



BIBLIOTECA ORBISTERTIUS

EL ROMANTICISMO EN LA PRENSA PERIÓDICA RIOPLATENSE Y CHILENA

Hernán Pas

EDITOR

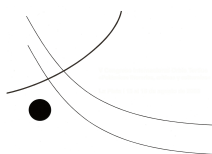


FaHCE Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación



Hernán Pas (editor)

**El romanticismo en la prensa
periódica rioplatense y chilena
Ensayos, críticas, polémicas
(1828-1864)**



BIBLIOTECA ORBIS TERTIUS /7

Pas, Hernán

El romanticismo en la prensa periódica rioplatense y chilena. Ensayos, críticas, polémicas (1828-1864) - 1ª ed. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2013.

E-book

ISBN 978-950-34-1063-9

1. Estudios Literarios. 2. Historia de la Literatura. I. Título

CDD 807

Fecha de catalogación: 06/02/2014

Hecho el depósito que establece la ley 11.723



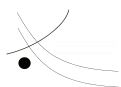
Esta obra está disponible en acceso abierto bajo licencia Creative commons 2. 5
(<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>)

Directora de colección: Geraldine Rogers

Comité Editorial: Miguel Dalmaroni, Enrique Foffani, Sergio Pastormerlo, Carolina Sancholuz

Secretaría y revisión de textos: Federico Bibbó

Diseño de tapa: Sara Guitelman



Biblioteca Orbis Tertius

Colección digital del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria

<http://bibliotecaorbistertius.fahce.unlp.edu.ar>

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata

Índice

Introducción.....	4
Criterios de esta edición.....	22

ANTOLOGÍA

Sumario.....	25
--------------	----

EN TORNO A LA LITERATURA

I. Echeverría: recepción crítica	31
II. Ensayos, crítica: Río de la Plata	64
III. Ensayos, crítica: Chile	103
IV. Romanticismo: polémicas	152

EN TORNO A LA LENGUA

V. Lengua, literatura, nacionalidad.....	209
VI. Polémicas de la lengua.....	238

EN TORNO AL TEATRO

VII. Crítica teatral.....	277
---------------------------	-----

Fichas técnicas de las publicaciones.....	298
Bibliografía	311
Nota sobre el editor.....	315

Introducción

La presente antología se propone ampliar y difundir el material bibliográfico relativo a las culturas argentina y chilena del siglo XIX –con especial énfasis en lo literario–, a partir de una recopilación de textos vinculados al romanticismo –a sus ideas, autores, obras literarias, poéticas y pictóricas, y, sobre todo, a los ensayos y debates producidos en la prensa criolla–, publicados todos ellos en periódicos rioplatenses y chilenos entre los años 1828 y 1864.

Fue en esos textos –antes que en los libros–, la mayor de las veces textos efímeros, precarios, atravesados por contingencias políticas y urgencias económicas, donde los escritores, letrados y publicistas de las llamadas generaciones –“generación del ‘37” en Argentina, “generación del ‘42” en Chile– debatieron e hicieron circular las ideas románticas provenientes de Europa, en un proceso que la crítica ha pensado a veces como adaptación, otras como transculturación o reformulación y otras –en recientes reflexiones en torno al nuevo comparatismo– como entramado de una red virtual mayor, o global, de la cual se nutrirían los poetas o escritores periféricos.¹

El período que abarca la presente colección se inicia con la primera reflexión pública sobre la literatura de la región, el ensayo de Juan Cruz Varela publicado en cinco entregas en su periódico *El Tiempo* (Buenos Aires, 1828), texto que, a pesar de su matriz ilustrada, comparte con las polémicas ulteriores acaecidas tanto en Chile como en Montevideo algunos presupuestos esenciales; y concluye, en cambio, alrededor de la última publicación en la prensa del novelista chileno Alberto Blest Gana en su primera etapa narrativa –y de los comentarios que suscitó esa publicación–, cerrando así no sólo un ciclo en su producción sino también en los debates y presupuestos críticos de la época.²

¹ La primera figura domina las reflexiones de Noé Jitrik en “Soledad y urbanidad. Ensayo sobre la adaptación del romanticismo en la Argentina”, *Ensayos y estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1970 y de Roberto Schwarz en “As idéias fora do lugar”, *Ao vencedor as batatas*, Sao Paulo, Duas Cidades, 1977. A comienzos de esa misma década, Ángel Rama bosquejó la noción de “transculturación” que, como se sabe, dejó plasmada en su libro *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982. Últimamente, Adolfo Prieto, en *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina* (Sudamericana, 1996; FCE, 2003), y María Teresa Gramuglio, en artículos como “Literatura argentina y literaturas europeas: Aproximaciones a una relación problemática” (CELEHIS, Año 13, n° 16, 2004) y “El buen salvaje no existe. (Para una relectura comparativa de dos textos románticos)”, *mimeo*, han postulado, por su parte, la idea de una “red textual” para los intercambios estéticos e ideológicos del romanticismo.

² A excepción de *Juan de Aria*, que se editó por separado en el *Aguinaldo* del periódico *El Ferrocarril*, y de *La aritmética en el amor*, novela premiada y publicada por la Universidad de Chile, Alberto Blest Gana publicó toda su obra narrativa en la prensa periódica. *Una escena social* se publicó en *El Museo* (1853); *Engaños y desengaños* y *Los desposados* en la *Revista de Santiago* (1855); *El jefe de la familia* (obra teatral) en *El Correo Literario* (1858); *El primer amor*, *La fascinación* y *El pago de las deudas* en la *Revista del Pacífico* (las dos primeras en 1858, y la última en 1861); *Un drama en el campo* en *La Semana* (1859); su novela más afamada, *Martín Rivas*, junto con *El ideal de un calavera*, *La venganza* y *Marihuán* en *La Voz de Chile* (entre 1862 y 1863), marcando el cierre de su primera etapa narrativa. En efecto, Blest Gana volverá a publicar concluida su tarea diplomática en París, promediando el fin de siglo. En 1897 da a conocer *Durante la Reconquista*; novela histórica sobre el período de la independencia;

La mayoría de estos textos permanece hasta el día de hoy sin reedición, y aun aquellos que fueron reeditados resultan, a pesar de ello, de difícil consulta. La presente edición, por lo tanto, fue pensada no sólo con el fin de recuperar materiales de fuentes originales sino también con la idea de reunir en un solo volumen una serie de textos de gran relevancia para la crítica y la historiografía literarias, muchos de ellos dispersos en distintas bibliotecas o archivos, y en general de acceso restringido. La compilación reúne textos de los siguientes periódicos: *El Tiempo*, *El Lucero*, *Diario de la Tarde*, *La Gaceta Mercantil*, *El Recopilador*, *La Moda*, *El Iniciador*, *El Corsario*, *El Talismán*, *El Nacional*, *El Plata Científico y Literario*, aparecidos entre 1828 y 1854 en Buenos Aires y Montevideo, y *El Mercurio*, *La Gaceta del Comercio*, *Revista de Valparaíso*, *El Semanario de Santiago*, *El Crepúsculo*, *El Mosaico*, *La Revista de Santiago*, *La Semana*, *El Correo Literario*, publicados entre 1841 y 1864 en Valparaíso y Santiago de Chile.³ En esas publicaciones, no obstante el carácter efímero que no dejaban de adjudicarle los publicistas criollos, se generaron los debates y ensayos que definirían, finalmente, parte de lo que hoy acostumbramos llamar “literatura” en el siglo XIX.

El romanticismo en la prensa

A mediados y fines de la década de 1830 en el Río de la Plata, primero, y desde inicios de la década siguiente en Valparaíso y Santiago de Chile, posteriormente, las ideas románticas –sobre todo aquellas vinculadas con el liberalismo político y el socialismo utópico francés, que congregaron a autores como Lamartine, Hugo, Lerminier, Leroux, Jouffroy, Michelet, Saint-Simon, entre otros– comenzaron a propagarse y discutirse a través de la prensa siguiendo, en este punto, parecido recorrido al que habían asumido ya en Francia: en periódicos como *Le Mercure du XIX^{ème} siècle*, *Revue des Deux-Mondes*, *Le Globe*, *La Revue Française*, *La Revue Encyclopédique*, *Journal des Debats*, por citar los más conocidos, escritores, ensayistas y críticos franceses pusieron a punto, formularon y reformularon las no poco confusas, y aun contradictorias, concepciones –éticas y estéticas– del romanticismo.⁴

Este –el de su discusión pública– es un aspecto de la literatura romántica que resultará determinante no sólo para la formación de nuevos parámetros de lectura y, en consecuencia, de nuevas demandas lectoras sino también en las concepciones literarias inherentes al oficio letrado. Así, en uno de los cruces epistolares más ríspidos entre Juan María Gutiérrez y Florencio Varela –vinculado con los discursos del Salón del 37 en Buenos Aires–, asistimos a una disputa generacional que demuestra, antes que la previsible controversia entre modelos y autoridades literarias, la emergencia de una nueva visión respecto de las prácticas letradas de la época. En su airada respuesta a las objeciones de Varela, Gutiérrez, en efecto, acusaba: “También está mal con que se imprima: no señor, se deben *gustar* las luces en la conversación, en la tertulia de malilla,

luego aparecerán los dos tomos de *Los trasplantados* (1904), *El loco estero* (1909) y *Gladys Fairfield* (1912), su última novela.

³ Consultar información acerca de los periódicos seleccionados en las “Fichas técnicas de las publicaciones”.

⁴ Cfr. Roger Picard. *El romanticismo social*, México-Buenos Aires, FCE, 1947.

en el café; pero para el pueblo nada”.⁵ Bajo la clásica idea de expandir las luces, el amigo y futuro biógrafo de Esteban Echeverría estaba sin embargo cuestionando esas competencias al vituperar el modelo tertuliano de “gustar” las letras por parte de un sector, el más tradicional, de la élite. La prensa, en ese sentido, venía a ofrecer un recurso verdaderamente novedoso, el de la publicidad, es decir el de una nueva legitimidad pública.

No obstante, el vínculo entre prensa periódica y romanticismo en absoluto se agota en el carácter de soporte de la primera respecto de las ideas, o ensayos, del segundo, aunque el periódico cumpla con esa función básica de plataforma material. Baste recordar que en Francia los primeros usos de la palabra “romántico” se combinaban indistintamente con los del término “novelesco”, e incluso hubo quienes admitieron su sinonimia (el poeta Delille, por ejemplo, al reeditar en 1802 sus *Jardins*, publicados originalmente en 1782, sustituyó por la palabra “romántico”, en boga por entonces, la de “novelesco”, en el verso: “Esos románticos lugares que han cantado los poetas”⁶). Esa peculiar contaminación de lo romántico con lo novelesco se vio favorecida, más allá del caso francés, con la expansión a mediados del siglo XVIII de la prensa burguesa, cuyo corolario fue el surgimiento de un tipo especial de literatura, capaz de “hablarle al público sobre sí mismo”.⁷ La prosa ágil del periódico, en definitiva, fue generando un vínculo novedoso entre productor y consumidor. Lo que habría que recordar aquí es el hecho de que, en sus inicios, los periódicos se confeccionaban de modo similar al de los libros: se imprimían en las mismas imprentas, con formatos parecidos y con los mismos tipos. Así, con 8, 16 o 24 páginas, con la posibilidad de encuadernarse en volúmenes, con paginación continua, sumario e índice, el periódico devenía libro.⁸ Por lo demás, el periódico agregaba su ritmo normalizado, repetitivo, que contribuía de modo más efectivo a consolidar el intercambio con el sujeto lector. Por tanto, podría aseverarse que tanto en Europa como en Latinoamérica fueron los periódicos, antes que los libros, los que proveyeron los elementos indispensables para la constitución de una subjetividad literaria moderna, secularizada; por ende, romántica.

La ofuscación de Gutiérrez ante los reparos cada vez más jactanciosos de Varela estaba sin duda secundada por el paulatino crecimiento, sobre todo en la plaza porteña,

⁵ Carta de Gutiérrez a F. Varela, 22 de septiembre de 1837 (Ernesto Morales (ed.), *Epistolario de Juan María Gutiérrez*. Buenos Aires: Instituto Cultural Joaquín V. González, 1942, p. 22). Hay que tener en cuenta, además, lo que Varela dice en una carta posterior refiriéndose, precisamente, a una de las empresas editoriales de la joven generación, *El Iniciador*: “no apruebo la doctrina de que todos deben escribir, porque una sola verdad entre mil errores es un triunfo [...] Quisiera en algunos, menos deseos de aparecer enseñando y más de aprender, en otros, menos adornos y más fondo; en muchos más tolerancia, menos adhesión a las ideas propias y en algunos que perdiesen menos tiempo en combatir errores que ya no tienen partidario alguno y empleasen más en propagar verdades útiles”. Carta de Varela a Gutiérrez del 26 de junio de 1838 (Juan María Gutiérrez, *Archivo. Epistolario. Tomo I.*, Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación, 1979, p. 210).

⁶ Roger Picard, *op. cit.*, p. 12. En francés, los términos “romántico” (*romantique*) y “novelesco” (*romanesque*) resultan bastante próximos, lo que sin duda ha favorecido ese ensamblaje significativo.

⁷ Ian Watt, *The Rise of the Novel. Studies in Defoe, Richardson and Fielding*, London, Penguin Books Ltd., 1968, p. 53.

⁸ Cfr. Jean Sgard. “La multiplication des périodiques”, en Roger Chartier et Henri-Jean Martin, *Histoire de l'édition française, II. Le livre triomphant, 1660-1830*, Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 246-255.

de ese tipo de publicaciones.⁹ Y para fines de la década de 1830 y principios de la siguiente, la prensa de todo el continente comenzaba a columbrar un mismo fenómeno: el incremento entre sus páginas de lo que por entonces se dio en llamar “amena literatura”. De hecho, prensa periódica y “amena literatura” conformarían un binomio de avanzada en manos de quienes creían, como el Juan Bautista Alberdi de *La Moda*, que debía incentivarse primero el hábito mismo de la lectura y, luego, una vez afianzado éste, depurar determinadas reglas para hacer de esa práctica, a la vez que un ejercicio de esparcimiento, un acto útil. El periódico, en todo caso, no dejaba de acreditar entre los escritores románticos la utilidad de la lectura: elemento filantrópico por excelencia – como recuerda Bernardo Subercaseaux, la imprenta se percibió como herramienta liberadora frente a los siglos de oscuridad colonial¹⁰–, el papel periódico parecía destinado a ejercer su influjo pedagógico en una sociedad, paradójicamente, con mayorías iletradas.

Pero más allá de la idealización ilustrada acerca de las virtudes de la prensa, lo cierto es que esta, por sus características materiales, se avenía mejor a los procesos de ampliación y formación del público lector. Ya una década antes de aquel cruce epistolar entre Gutiérrez y Varela, el hermano de este último, Juan Cruz, ponderaba del modo que sigue esa capacidad formativa:

Insensiblemente nos acostumbramos a leer cada mañana uno o dos pliegos de papel; y esta costumbre llega muy pronto a ser una necesidad, que es preciso satisfacer. Así se va adquiriendo poco a poco la afición a la lectura, y la curiosidad de profundizar las materias tratadas ligeramente en los periódicos. Como todos los leen a la vez, nada es más natural que el hablar sobre lo que se ha leído, luego que algunos hombres se reúnen: la discusión empieza; su interés ocupa progresivamente; nacen dudas; es menester consultar autores capaces de decidir la cuestión; y de todo esto resulta la ilustración de la materia (*El Tiempo*, N° 44, 25/06/28, p. 3, cols. 2 y 3).

Es notable la coincidencia con la visión sarmientina acerca del valor de la prensa como instrumento de expansión de la *literacy*. Notable, asimismo, la optimista descripción que realiza Juan Cruz Varela de aquel fenómeno complejo que Jürgen Habermas describió como formación de la “esfera pública”¹¹. No obstante, es precisamente la visión ilustrada del espacio público que maneja Varela la que lo distancia de una reflexión más práctica sobre la socialización de la lectura, como la que empezarían a ensayar las nuevas promociones letradas –y de modo especial Domingo Faustino Sarmiento–, contrastando sus propuestas editoriales con las activas demandas

⁹ Entre 1830 y 1838, año decisivo en la restricción publicitaria por parte del rosismo, se sucedieron un total de 89 publicaciones periódicas. Sólo en el año 1833 aparecieron 37 periódicos nuevos, formando con los ya existentes un total de 43 publicaciones periódicas. Entre 1835 y 1837, año de la carta de Gutiérrez, se publicaron 11 periódicos nuevos. Cfr. Antonio Zinny, *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída de Rosas*, Buenos Aires, Imprenta del Plata, 1869, p. 3.

¹⁰ Bernardo Subercaseaux, *Historia del libro en Chile (Alma y Cuerpo)*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1993.

¹¹ Cfr. Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, México, Gustavo Gili, 1986.

de una audiencia renovada. Ese cambio se vislumbraría, por ejemplo, cuando una década después *El Semanario de Santiago* se preguntara: “¿Qué sacaríamos con que todos los chilenos supiesen leer si no leyeran? Nada, absolutamente nada. Es preciso pues excitar el gusto a la lectura con escritos apropiados a las circunstancias de los lectores y donde se encuentre algo de lo que de antemano apetezcan” (*El Semanario de Santiago*, N° 13, 29/09/42). Es por demás significativo el pasaje entre “habilitar” a leer (deber del gobierno) y “estimular” y “proporcionar” el interés por la lectura, tarea que el escrito destina a la prensa periódica: “incomparablemente más ventajosos que los libros son los periódicos para civilizar a un pueblo”, dirá. En resumen, el universo letrado ya no es el espacio imaginado por Varela, en el que los redactores esparcirían sus reflexiones con el didactismo de una clase universitaria o con la confianza de imponer su magisterio, sino uno en el cual el escritor debería intentar captar aquellos temas o asuntos que los lectores “de antemano apetezcan”.

En Buenos Aires, la primera expresión más o menos coherente de ese giro se manifestó en las páginas de *El Recopilador* (1836), periódico ilustrado, editado por la Imprenta Bacle y Cía. y redactado principalmente por Juan María Gutiérrez, en el que pueden percibirse los primeros atisbos de un programa de literatura nacional.¹² Además de las estampas litográficas que acompañaban cada número —el semanario era, en su formato, continuación del periódico también ilustrado *Museo Americano*, editado por la misma imprenta apenas un año antes—, *El Recopilador* se esforzaba por atender las apetencias de sus potenciales lectores. Escribía Gutiérrez: “Lo primero que tiene en vista el *Recopilador* es la variedad, el contraste en los artículos de sus columnas; sin esta condición, difícil o imposible es ser leído en los tiempos presentes; tiempos en los que la inteligencia es ambiciosa de saber, pero perezosa” (*El Recopilador*, N° 16, pp. 121 y 122). Variedad, contraste, rapidez caracterizan un paradigma eminentemente moderno de lectura —lo que en la historia de la lectura se conoce como lectura extensiva.

Si bien con *El Recopilador* se vislumbran por primera vez en Buenos Aires algunos intentos de socialización de la cultura romántica —al ensayo de J. M. Gutiérrez que transcribimos, “El caballo en la provincia de Buenos Aires”, deben sumarse los textos de Esteban Echeverría, como su “Apología del matambre”, y de Juan Thompson acerca de la música y la poesía popular, entre otros afines¹³—, es decir si ya la dirección que Gutiérrez imprimía al semanario respondía de modo implícito a los nuevos valores del romanticismo literario, fue con periódicos como *La Moda* y *El Iniciador* que tales novedades se midieron con mayor soltura entre pares y ante el público —pares y público que, dicho sea de paso, por aquel entonces eran casi lo mismo—. En efecto, las discusiones en torno al romanticismo que se filtraron en *La Moda*, o los artículos sobre poesía y literatura que programáticamente se difundieron en *El Iniciador* contribuyeron sin duda a afirmar la nueva modalidad de mediación letrada —que ya no se amparaba en el aval tertuliano, como advertía Gutiérrez, sino que buscaba la mediación del espacio público.

¹² En la Colección Reediciones & Antologías de la Biblioteca Nacional acaba de editarse una compilación a mi cargo de este periódico: v. *El Recopilador. Museo Americano*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2013, 344 pp.

¹³ Véase, al respecto, la correspondiente Ficha técnica.

Esa fue una circunstancia que durante el primer lustro de la década del '30 comprobaría Esteban Echeverría de modo patente: desde la publicación de su poema “El regreso” el 8 de julio de 1830 en *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires hasta por lo menos la aparición del volumen *Los consuelos* en noviembre de 1834, la prensa funcionó como catalizador de la valoración y difusión del novel y anónimo poeta. A pesar de ello, la crítica ulterior, siguiendo de cerca el legado de J. M. Gutiérrez –quien se quejaba en la introducción a las *Obras completas* de Echeverría de la prensa de la época en la figura de Pedro de Angelis, redactor a la sazón de *El Lucero*, identificándola con “la ética de tartufo”, en referencia al personaje así llamado de la obra de Molière, *Tartuffe ou l'Imposteur*–, ha considerado en general infructuoso, y en ocasiones hasta mendaz, el rol de la prensa en la recepción de la nueva poética introducida por Echeverría.

Ahora bien, si se tienen en cuenta el clima de inestabilidad política de aquellos años, la precariedad material e institucional de la prensa, la superposición de los intereses políticos con los literarios, así como la escasez de un público lector competente en términos de nuevas tendencias literarias, se debería colegir exactamente lo opuesto. En efecto, aun en ese marco, los periódicos más representativos de Buenos Aires, como el mismo *El Lucero*, *La Gaceta Mercantil* o el *Diario de la Tarde* –en cuyo número 7, en vísperas al 25 de 1831 aparece, en su primera página, la tercera pieza de Echeverría, con el título “Profecía del Plata, Antes de la Revolución de Mayo”¹⁴– reservarían un espacio entre sus páginas para comentar los versos del recién arribado “joven argentino”. Y, un par de años más tarde, en septiembre de 1832, cuando aparezca el folleto *Elvira o la novia del Plata*, esa misma prensa –digamos: la de los Tartufos–, como muestran los textos de *El Lucero* y *The British Packet and Argentine News* transcritos en esta antología, no escatimará elogios ante semejante rareza. Por lo tanto, no puede decirse, como viene repitiendo la historiografía literaria con cierto desdén revisionista, que la irrupción del poeta haya pasado desapercibida o, en la versión más interesada, que su manifestación fuera desatendida, menospreciada o directamente silenciada. Esa misma línea interpretativa pasa por alto con increíble menoscabo los dardos esgrimidos por Juan Thompson en la única crítica verdaderamente rigurosa a *Los consuelos*, de 1834. La subestimación que los críticos echeverrianos han manifestado ante ese juicio resulta proporcional al primer escándalo soterrado de la literatura argentina: la exasperada contestación anónima que el propio poeta escribió y dio a conocer en *La Gaceta Mercantil* el 27 de noviembre de ese mismo año. Como el lector de esta antología tendrá la posibilidad de comprobar, será su amigo y principal exégeta, Juan María Gutiérrez, quien, en los números 1879 y 1880 del *Diario de la Tarde* dedicados a las *Rimas*, se encargará de menguar, hasta depositar en el olvido, aquella temprana reyerta entre crítico y poeta.¹⁵

¹⁴ El poema, aparecía encabezado por esta breve nota: “La siguiente poesía nos ha sido remitida por un joven, hijo de Buenos Aires, para que le demos lugar en nuestras páginas”, cfr. *Diario de la Tarde*, N° 7, 24 de mayo de 1831, p. 1, col. 3.

¹⁵ Una lectura bastante reciente, la que ejerce Félix Weinberg en *Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución* (Buenos Aires, Taurus, 2006), parece una buena muestra de esa subestimación: Weinberg, tan atento a los movimientos del “espíritu hipersensible” del poeta, pasa sin embargo por alto las implicancias críticas del juicio negativo de Thompson.

Las concepciones románticas –es decir, modernas– de la literatura comenzaron a esparcirse con cierto natural desparpajo en los periódicos liberales publicados por los exiliados argentinos después del año 1838, cuando el régimen rosista se volvió intransigente y decididamente censurador. Con *El Iniciador*, como se dijo, tales concepciones tentaron determinada organicidad. A los artículos de Alberdi sobre poesía o literatura social –en su sentido amplio–, deben sumarse los del mismo autor respecto de la necesidad de una lengua nacional, los escritos por Miguel Cané (p.) en torno a la literatura y los de Félix Frías sobre poesía, entre otros, además de las traducciones y críticas que sobre distintos aspectos culturales y literarios ocuparon las páginas del periódico. Fundado y dirigido por Miguel Cané (p.) y Andrés Lamas, *El Iniciador* se convirtió así en un verdadero emporio de las nuevas ideas literarias; a ejemplo de sus páginas, surgieron y se expandieron nuevas empresas editoriales, algunas con intereses circunstanciales y políticos, como *El Grito Argentino*, *El Tirteo* o *El Paquete de Buenos Aires*; otras, como el *Talismán*, buscando más decididamente forjar adeptos literarios; otras, como *El Corsario*, de Alberdi, o *La Semana* de José Mármol, combinando ambos planos. Pero fue en *El Iniciador* donde se daría por primera vez una compacta visibilidad pública a los programas de los jóvenes románticos, quienes a partir de entonces escribirían, según la imagen que postuló José Enrique Rodó, “más que como insurrectos que proclaman, como vencedores que dominan”.¹⁶ Por lo demás, la importancia de este periódico en términos generacionales se vuelve más clara cuando recordamos que en su último número se publicaron las famosas *Palabras simbólicas*, documento que después formaría el núcleo conceptual del *Dogma socialista*, publicado por Echeverría en 1846.

Al calor de ese ímpetu asociacionista, otros periódicos, como los mencionados *El Talismán* y *El Corsario*, se coaligaron en la ciudad sitiada en función de intereses tanto literarios como políticos. Si el primero, como deja inferir el subtítulo –“Periódico de modas, literatura, teatro y costumbres”–, se aproximaba más a *La Moda* alberdiana, el segundo, en cambio, articulaba un curioso frente de combate, combinando folletines franceses con partes de guerra –relativos a los avances del General Fructuoso Rivera, por ejemplo–, ideas literarias con propaganda política. Y fue precisamente en *El Corsario* donde se manifestó la primera polémica pública en torno al romanticismo, a raíz de la reedición, en otro periódico montevideano, *El Correo*, del artículo satírico “El romanticismo y los románticos”, escrito y publicado originalmente por el costumbrista español Ramón de Mesonero Romanos en el *Semanario Pintoresco Español* el 10 de septiembre de 1837. Si bien los redactores de *El Correo*, los hermanos José y Luis L. Domínguez, comulgaban con las ideas liberales –y, en consecuencia, también románticas– que agrupaban a los exiliados argentinos en Montevideo, al publicar el texto del español, no obstante, ofrecían un justificado motivo para enardecer la polémica, incluso hacia el interior del propio grupo.¹⁷ En efecto, el mentado artículo de

¹⁶ José Enrique Rodó, “Juan María Gutiérrez y su época”, en: *Obras completas*, introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1957, pp. 672-721.

¹⁷ Un detallado abordaje de la polémica, que incluye la reproducción completa de los textos de ambos periódicos así como de otros artículos de *El Nacional*, puede hallarse en Luis Marcelo Martino, ¿“Guerra de los diarios” o “rencillas de escuela”? *Crónica de una polémica en la prensa uruguaya de 1840*, Cuadernos Artesanos de Latina, Universidad de La Laguna, Tenerife, 2012. Acceso digital en:

Mesonero Romanos era un ataque furibundo –en tono de sorna, vale decirlo– a determinadas expresiones del romanticismo en el terreno artístico, que si bien en la época buscaba explicarse mediante la imagen recurrente de los “excesos” no dejaba por ello de manifestar una visión conservadora respecto del romanticismo. La reacción de Alberdi contra lo escrito por el costumbrista español se anticipa así en dos años a las polémicas suscitadas allende de los Andes entre los redactores de *El Semanario de Santiago* y algunos exiliados argentinos (particularmente, D. F. Sarmiento y V. F. López) y por ello sus artículos son la puerta de entrada, en nuestra antología, a la sección dedicada a las polémicas del romanticismo que tuvieron tanta resonancia en la década del 40 en Chile.

Los programas del romanticismo en Chile

En las cartas enviadas por el mismo Alberdi poco tiempo después durante su residencia en Valparaíso a los más conspicuos integrantes de la emigración argentina, las referencias a su inserción pública son elocuentes: arreglos económicos con los editores y las imprentas, propuestas y recomendaciones de pares, comentarios sobre periódicos chilenos o extranjeros, etc., plagan su correspondencia privada. En una carta a Félix Frías, por ejemplo, el futuro autor de las *Bases...* expresa lo siguiente: “Valencia, escribe el *Comercio*, Mitre el *Progreso* (con 16 \$ al mes), Gutiérrez la *Tribuna* (papel soñoliento) y Sarmiento la *Crónica*. Tenemos, pues, como de ordinario la prensa en manos de argentinos”.¹⁸ Efectivamente, si quitamos de la nómina al periódico oficial redactado por Andrés Bello, por lo menos durante la década del 40 los periódicos más importantes de Chile –*El Mercurio*, *La Gaceta del Comercio*, además de los mencionados por Alberdi– estuvieron en manos de los argentinos.

La historiadora Sol Serrano ha señalado que, en este período particular de la historia chilena, la importancia de los argentinos asilados en el país radicó en “la formación de una política moderna basada en el imperio de la opinión pública que reclamaba para sí la encarnación de la soberanía”.¹⁹ De allí el rol preponderante de la prensa como instancia de resolución en el espacio público letrado de cuestiones ideológicas, fueran estas literarias o políticas, o amalgamadas como más de las veces, que en muchas ocasiones se veían encarnadas en las figuras de individuos o grupos, en firmas o empresas editoriales. Pues además de su rol formativo o difusor, la prensa funcionaba como acicate para la discusión y la canalización pública de asuntos privados. Como escribían los redactores de *El Semanario de Santiago*: “Buena es la polémica considerada como la vida de la prensa periódica, como un medio de poner en claro cuestiones dudosas, de sacar a luz pensamientos sepultados en los rincones de los gabinetes, de excitar los talentos que viven en ociosa inacción” (véase “El Semanario”,

<http://issuu.com/revistalatinadecomunicacion/docs/cal31martino>

¹⁸ Carta de Alberdi a F. Frías, Valparaíso, 29 de octubre de 1849, en Jorge M. Mayer y Ernesto A. Martínez (comps.). *Cartas inéditas a Juan María Gutiérrez y a Félix Frías*, Buenos Aires, Luz del Día, 1953, p. 247.

¹⁹ Véase “Emigrados argentinos en Chile (1840-1855)”, en: Esther Edwards (comp.). *Nueva mirada a la historia*, Santiago de Chile, 1996, p. 117.

El Semanario de Santiago, N° 4, 4 de agosto de 1842, p. 32, cols. 1-2). La polémica como vida de la prensa era, en definitiva, ni más ni menos que el usufructo del aparato publicitario de la época.

Sin duda, fue D. F. Sarmiento quien más provecho sacó de esa función publicitaria, quien supo con más tesón y suspicacia hacer de la polémica una herramienta de publicidad y legitimación social. Largamente conocidas son sus polémicas en el campo intelectual durante su residencia chilena, entre las que emergen, claramente, las referidas a la lengua y a ciertas ideas románticas. Pero Sarmiento, como Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, o Miguel Piñero, también representaba un tipo de colocación intelectual particular, que los chilenos más adustos solían identificar con un adjetivo que se quería afrentoso: “cuyanos”. En efecto, el calificativo “cuyano” fungía de sinónimo de argentino exiliado, que a su vez arrastraba diversas connotaciones negativas, entre las cuales cabría recordar aquí –porque nos interesa especialmente– aquella que Andrés Bello endilgaba a los publicistas argentinos, la de ser profusos corruptores de la lengua literaria.²⁰ Conviene, por lo tanto, describir algo detalladamente el contexto de esas polémicas en torno al romanticismo y los programas literarios alentados por argentinos y chilenos, a fin de no seguir repitiendo, como suelen hacer muchos estudios dedicados al tema, lo dicho hace ya varias décadas por Norberto Pinilla en sus clásicos trabajos.²¹

En efecto, se suelen aducir las intervenciones cáusticas de Sarmiento sobre la poesía chilena –sobre su inexistencia, para ser precisos– como el inicio de una querella entre clásicos y románticos –o como una renovada lid entre antiguos y modernos– que culminaría con el triunfo de los segundos con el artículo anónimo aparecido el 9 de agosto de 1842 en *El Mercurio*.²² Si bien es cierto que la disputa se conecta con las irreverentes intervenciones del sanjuanino, otros textos no recogidos en torno a la polémica permiten vislumbrar con mayor precisión el sustrato de ideas que da forma a los programas literarios puestos en discusión.²³ Porque, aunque en ese lapso se produjeron las rispideces públicas más notorias, lo cierto es que las posiciones encontradas entre una parte de la intelectualidad chilena y otra de la argentina allí residente, sobre todo en cuestiones literarias y estéticas, no se redujeron a esas polémicas situadas, sino que perduraron durante toda la década del 40 y aún se extendieron más allá, aunque sin el vigor que tuvieron con los agentes *in situ*.²⁴

²⁰ Véase, al respecto, el artículo de nuestra antología firmado “Un Quídam”, en: *El Mercurio de Valparaíso*, N° 4087, 12 de mayo de 1842.

²¹ Cfr. Norberto Pinilla, *La polémica del romanticismo en 1842* (V. F. López, D. F. Sarmiento, S. Sanfuentes), Buenos Aires, Ed. Americalee, 1942, y *La generación chilena de 1842*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1943.

²² El escrito anónimo del 9 de agosto de 1842 publicado en *El Mercurio* es el último documento registrado por Pinilla en *La polémica del romanticismo en 1842*, titulado por éste “Discusión sobre el romanticismo”.

²³ Algunos de esos textos son, por ejemplo, los dos editoriales que dedicó *La Gaceta* al *Semanario* en sus números 139 y 146, y los extensos artículos que V. F. López dedicó a analizar el discurso que J. V. Lastarria ejecutó en su incorporación a la Sociedad literaria chilena, no recogidos ni por Pinilla ni por Durán Cerda en sus volúmenes sobre el movimiento literario del 42, y compilados en la presente antología.

²⁴ Ver, más adelante, lo referido a *El Mosaico* sobre literatura nacional. Aún en 1860, esas diferencias se hacían ostensibles. La *Revista del Pacífico*, en el primer número de su tercer tomo, daba a luz el informe que premió el *Juicio crítico sobre los principales poetas hispanoamericanos*, obra de los hermanos

El 3 de mayo de 1842, José Victorino Lastarria leyó su discurso de incorporación como Director de la Sociedad Literaria de Santiago ante los jóvenes fundadores de dicha asociación. Pocos días después, el discurso fue publicado por la imprenta de M. Rivadeneira y, seguidamente, recibió algunos comentarios en la prensa periódica, sobresaliendo la serie de artículos escritos por Vicente F. López en las páginas de *La Gaceta del Comercio*.²⁵ Es importante la reconstrucción de esos comentarios y reseñas públicas, puesto que en ellos se cifran varios de los objetos que las rencillas personales o grupales con el tiempo terminarían por opacar o teñir de parcialidad. En este sentido, hay que recordar que V. F. López había publicado por esos días su ensayo “Romanticismo y clasicismo” en la *Revista de Valparaíso*, cuyas ideas no sólo secundaban su apreciación sobre los dichos de Lastarria, sino que poco después serían retomadas por el autor al calor de la discusión con *El Semanario de Santiago*. Por eso mismo, resulta llamativo el modo en que J. V. Lastarria atribuye en sus *Recuerdos literarios* a su discurso de incorporación una osadía similar a la de Sarmiento en su polémica sobre la lengua con Andrés Bello cuando, en verdad, sus ideas sobre la lengua y el idioma nacional lejos estaban de emparentarse con las propuestas lingüísticas de los románticos rioplatenses.²⁶ Más aún, su propuesta sobre el estudio de la lengua y de los modelos españoles fue uno de los puntos discutidos por Vicente F. López. Es decir, la interesada reconstrucción de Lastarria nos devuelve un discurso en el que sus conceptos centrales parecen aliarse con la prédica de la emigración argentina tanto como alejarse del magisterio bellista. A decir verdad, los pilares de ese discurso menos comulgaban con unos que lo que supuestamente se alejaban del otro.

En ese contexto, el de las intervenciones de Lastarria y López, se desarrolla entonces la famosa polémica sobre la lengua de D. F. Sarmiento con Andrés Bello.

Amunátegui presentada a la convocatoria abierta por la Universidad el año anterior. El informe, redactado por J. V. Lastarria y J. Blest Gana, mencionaba en un pasaje a los escritores argentinos, “a quienes – decía– sin rubor debemos confesarnos deudores del servicio de haber hecho despertar entre nosotros el gusto por las letras, generalizando el conocimiento de la literatura moderna, pero que al propio tiempo nos infundieron el espíritu de imitación de la escuela romántica, la menos adecuada a nuestras costumbres, la menos conciliable con el interés primordial de la literatura del nuevo continente” (*Revista del Pacífico*, Valparaíso, 1860, tomo III, pág. 32). Cuando, en 1861, la obra se publicó en libro, esa misma frase era acompañada por una nota al pie que decía: “El señor rector de la Universidad [Bello] i el señor vice-decano de humanidades protestaron, en la sesión del 27 de julio de 1860, contra la verdad de estas expresiones: *A quienes sin rubor, etc. Nota del Secretario de la Facultad de Humanidades.*” Cfr. M. Luis y G. Víctor Amunátegui, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861, p. VII.

²⁵ Los artículos dedicados al discurso de Lastarria comenzaron con un editorial en el número 99 de *La Gaceta del Comercio* (Valparaíso, 31 de mayo de 1842) en el que se anunciaba que se lo abordaría en artículos posteriores bajo el título de *Cuestiones Filológicas suscitadas por el Discurso del Sr. Lastarria*. Esos artículos corresponden a los números 103 (4 de junio), 107 (9 de junio), 109 (11 de junio) y 114 (18 de junio). Los artículos han sido recogidos en esta antología.

²⁶ Lastarria mezcla la polémica sostenida entre Sarmiento y Bello con las supuestas proposiciones rupturistas de su discurso. Tal confusión fue posible dado que la polémica del sanjuanino comenzó por los mismos días: el 27 de abril Sarmiento daba su visión en *El Mercurio* de los *Ejercicios populares de la lengua castellana* de Fernández Garfías, y ese sería el principio de la polémica. Lastarria cita un pasaje de ese artículo y luego otro del 22 de mayo (conocido como “Segunda contestación a Un Quídam”, incorporado en la presente antología), en el que Sarmiento responde al planteo conservador de Bello diciendo “que son los pueblos los que forman las lenguas”; el chileno parecía así hacerse eco de la postura sarmientina, verdaderamente ausente en su discurso. Cfr. J. V. Lastarria. *Recuerdos literarios*, Santiago de Chile, Librería de M. Servat, 1885, pp. 120 y 130.

Inserta en ese horizonte de expectativas, es posible pensar la polémica como un intento de incitar indirectamente las discusiones literarias hasta entonces adormecidas, sobre todo si recordamos la dirección más bien moderada que el discurso inaugural del chileno en la Sociedad Literaria había señalado con respecto a la lengua y la literatura españolas, aspecto que como dijimos no tardaría en señalar V. F. López desde *La Gaceta del Comercio* –y que seguramente orientó las intervenciones de Sarmiento–. Por lo demás, ni bien concluida esta polémica (el 30 de junio Sarmiento publica su último artículo, “Raro descubrimiento”, en referencia a uno suyo anterior en el que usufructuó textos de Mariano José de Larra como propios), principiaron los cruces con *El Semanario de Santiago* y las discusiones sobre romanticismo.

En efecto, el 14 de julio de 1842 apareció el primer número de *El Semanario de Santiago*. Aunque es verdad que el periódico no nació como expresión orgánica de la Sociedad Literaria dirigida desde mayo por Lastarria, el impulso y los nombres comunes que nutren a ambas empresas así como la proximidad de ideas que las reúne y caracteriza, muestran que el vínculo es inexcusable. De hecho, en el primer artículo que sigue a la presentación editorial del semanario, titulado “Literatura”, se pueden apreciar ideas similares a las desarrolladas por Lastarria en aquel su discurso de mayo. No obstante, la particularidad de la empresa editorial tal vez haya radicado en la decisiva mediación del caraqueño Andrés Bello, quien, aunque no tuvo participación directa en la redacción, intervino, en cambio, recomendando colaboradores a él cercanos (Antonio García Reyes, Salvador Sanfuentes, José Joaquín Vallejo (Jotabeche), Manuel Talavera, José María Núñez). De manera que, si en aspectos fundamentales el discurso de Lastarria había resultado por demás cauto, no debería sorprender que a los ojos de los exiliados argentinos la plataforma editorial de *El Semanario*... se presentase como objeto de polémica. Por lo tanto, no es en *El Semanario de Santiago* donde los jóvenes liberales chilenos difunden e introducen las ideas románticas en su país, como suele apuntar rápidamente alguna crítica despistada; al contrario, tal como dejan ver los cruces con sus pares argentinos, y especialmente la zona del semanario –a cargo de M. Talavera– dedicada a la crítica teatral, *El Semanario*... debe considerarse una empresa que pivotaba entre una actitud tradicionalista –he ahí la impronta de Bello– y una actitud de renovación –sostenida por jóvenes como Marcial González, Juan Nepomuceno Espejo, y en parte por el mismo Lastarria–, que se apuntalaba en las nuevas ideas pero que, a la luz de las discusiones y publicaciones de la época, resultó más bien vaporosa e intrascendente.

Por ello, en su recepción del primer número de *El Semanario*..., V. F. López y D. F. Sarmiento señalaron el carácter retraído que cobraban esas ideas en la redacción de los chilenos. Sarmiento, perspicaz como de costumbre, sostuvo que en *El Semanario*... se hacía efectiva la disposición que él alentaba en la polémica con Bello, y anticipó estratégicamente la polémica, afirmando que era buena la discusión. Por su parte, López, en un editorial en el que criticaba un poema del chileno Prieto Warnes aparecido en el primer número de *El Semanario*..., si bien celebraba el auspicioso camino que tomaban las ideas literarias en Chile, no dejaba por ello de señalar la excesiva ambigüedad en las propuestas:

El artículo *Literatura* es bueno, excelente, pero hay un no sé qué de tímido y de diplomático en sus principios y en sus consecuencias que nos hace sospechar que su autor ha tenido miedo de ser más franco; no sería extraño tampoco, que no lo hayamos entendido bien, porque sus fundamentos arrancan de cierta *tendencia nueva* que se deja notar en nuestra joven literatura y que nosotros no conocemos todavía; deseáramos mucho ver de un modo claro y neto lo que pretende y lo que quiere esa nueva tendencia. (*La Gaceta del Comercio*, N° 139, 18 de julio de 1842, p. 3, col. 2)

De manera coherente, López volvía a subrayar lo que, en ocasión del discurso de Lastarria, había expresado sobre el carácter de la literatura moderna. En efecto, en el último artículo destinado a ese discurso, López no sólo le había hecho decir al chileno lo que sus propias palabras negaban, sino que había reservado un último párrafo para discutir los protocolos de una literatura nacional –que, cabe recordarlo, en la propuesta de Lastarria quedaban apegados a los modelos clásicos de la lengua:

No es lo mismo una literatura nacional, que una literatura original. Muy bien puede alcanzarse lo primero, sin alcanzarse lo segundo [...] ¿Cuál será pues la originalidad que logrará expresar nuestra literatura? Veamos. Hasta aquí no tenemos todavía sino dos elementos de literatura, a saber: la naturaleza y la guerra de la independencia. La naturaleza es original por cierto, pero como la naturaleza inspira ideas que toman la forma del hombre que las concibe, si el hombre no es original, estas ideas pierden en él su originalidad primitiva; se transforman y se visten a la europea. Copiaremos distintos cuadros; pero los copiaremos del mismo modo que la Europa civilizada; y a pesar de nuestra originalidad natural perteneceremos por mucho tiempo a las escuelas europeas, por los modos que expresaremos esta originalidad. La guerra de la Independencia nada tiene de original. Es una epopeya, pero una epopeya europea.

Así, pues, a nosotros nos sucederá lo que les está sucediendo a todos los pueblos civilizados: que a medida que se civilizan más, pierden su originalidad; porque la originalidad es la barbarie primitiva. (*La Gaceta del Comercio*, N° 114, 18 de junio de 1842, p. 1, col. 2)

El desplazamiento que produce esta reflexión de López es significativo. Reconoce, por un lado, la necesidad de una literatura nacional, pero la acota a dos tópicos o motivos sobresalientes: las batallas de Independencia y la naturaleza americana. Al mismo tiempo, ni uno ni otro de los motivos redundan en originalidad puesto que, al igual que ocurre en Europa con las naciones civilizadas (vale decir, Francia e Inglaterra), las repúblicas sudamericanas “se transforman y se visten a la europea”. El carácter original es así rechazado pues se aproxima demasiado a la “barbarie primitiva”, primitivismo que en este párrafo remite implícitamente a la tendencia medievalista del romanticismo alemán, con la cual los clásicos modelos de la lengua española, peligrosamente, armonizaban.

Casi un lustro más tarde, *El Mosaico* se hacía eco de esa polémica volviendo a trazar las diferencias entre argentinos y chilenos: “Hay una disputa entre los escritores de aquende y los de allende la cordillera”, comenzaba un artículo sobre literatura nacional, y agregaba: “disputa que lleva visos de ser eterna, porque ya van contados cinco años mortales desde que se principió y en estos cinco años los partidos contendientes se mantienen en sus trece el uno y el otro en sus catorce”. Esa diferencia, notablemente, rige una buena cuota de la interpretación tendenciosa. En efecto, los redactores de *El Mosaico* olvidaban que Sarmiento había protestado contra “las galas del decir” y la pretendida corrección del lenguaje, y que había declarado el anacronismo de la crítica al romanticismo realizada por *El Semanario*...; olvidaban, también, lo que López sostuvo en ese y otros pasajes sobre el discurso de Lastarria y su demanda de una literatura nacional; olvidaban todo eso, por ejemplo, cuando se preguntaban:

¿Qué se nos quiere decir cuando se nos echa en cara que no somos originales en nuestra literatura? ¿Qué se entiende, pues, por una literatura original? ¿Qué se exige de nosotros? ¿Que seamos originales en nuestras producciones? ¿Que no copiemos servilmente a los franceses, a los alemanes y a los españoles modernos? No se nos querrá decir sin duda que inventemos nosotros nuevas artes y nuevas ciencias, tampoco se pretenderá que nos formemos una lengua propia que nosotros solos entendamos, ni será posible que una nueva religión y usos y costumbres nuevas vengan en nuestro auxilio para ayudarnos a formar una literatura original. Nuestros escritos, nuestras producciones han de estar concebidas por necesidad en la lengua de Castilla; nuestra religión es la misma que profesan los españoles y franceses; y nuestras costumbres y nuestros usos son con corta diferencia los mismos que heredamos de nuestros abuelos; con las modificaciones propias de las localidades y las que resultan del comercio de las naciones europeas, que cada día nos ponen en mayor contacto con los pueblos civilizados del globo. Nuestra literatura pues, no puede por ahora ser otra cosa que un trasunto fiel de la literatura europea. (*El Mosaico*, “Literatura nacional”, N° 2, 21 de junio de 1846).

No puede haber mayor distancia entre dos proposiciones en apariencia homologables: que la literatura hispanoamericana debe ser “un trasunto fiel” de la europea, como dicen los redactores de *El Mosaico*, es una idea que parece coincidir con lo que escribieron López y Sarmiento en distintas oportunidades (en el fragmento citado arriba, por ejemplo, López había dicho: “copiaremos del mismo modo que la Europa civilizada”). Sin embargo, los letrados chilenos se apoyaban en ese argumento con el fin de autorizar un linaje español que era, desde el inicio (desde el discurso en la Sociedad Literaria de Lastarria), el punto de verdadero conflicto. Ni usos ni costumbres nuevas ni lengua propia, sostienen los redactores de *El Mosaico* –repitiendo a su modo lo que antaño sostenían los redactores de *El Semanario*–, la literatura chilena debe expresar las costumbres heredadas y escribirse con la lengua de Castilla.

Las reflexiones en las décadas de 1850 y 1860 en Chile –algunas, notorias, también en Argentina, como el prólogo de V. F. López a *La novia del hereje*, novelita

que López dio a conocer primeramente en las páginas de *El Plata Científico y Literario* en 1854, o la indignada refutación que escribió Mitre a la visión poética de Sarmiento en la “Carta-prefacio” a sus *Rimas* ese mismo año—, demuestran que el problema de la originalidad o el de la existencia o creación de una literatura propia sobrepasó los recurrentes tópicos románticos, dejando de ser un asunto retórico —como lo era primordialmente en la década del 40— para volcarse sobre sus fundamentos institucionales, aun materiales. A mediados de los años sesenta, *El Correo Literario* sostenía que la falta de propiedad de la literatura chilena se debía a dos causas principales: por un lado, al flagelo de la imitación (“la literatura entre nosotros no tiene vida propia; hemos estado enfermos de un mal de imitación que es muy temible se haga crónico”), y, por otro, al hecho de que la producción literaria europea rebasara por mucho los conatos locales, siendo el público un factor determinante de esa disimetría (“Mientras las novelas francesas se agotaban en las librerías, el autor de una obra nacional veía con dolor apolillarse en los estantes sus volúmenes empaquetados”).²⁷ Ambas causas, inextricablemente unidas, reaparecerán una y otra vez a lo largo de toda la centuria: la producción de los Dumas, Sue, Hugo, Scribe, Balzac, etc. generaba no sólo una inclinación determinada al consumo sino también un estupor al parecer agobiante al novel escritor periférico. De allí que la noción de “talentos secundarios”, que Alberto Blest Gana tomara prestada de Eugène Pelletan, resulte un modo eficaz de afrontar las incongruencias del mercado: aunque la literatura europea parezca estar en su apogeo, el escritor americano debe persistir en sus “horas de trabajo”, pues, siguiendo la misma lógica del pensamiento evolucionista occidental —“misión civilizadora que camina, como el sol, de oriente a occidente”, tal la expresión de Andrés Bello—, “tal vez la América está llamada a enriquecerla”.²⁸

Esa visión menos maravillada de la producción literaria —o más materialista, si se prefiere— halla en el género novelístico —pero sobre todo en su versión folletinesca, que lo acerca a la producción en serie de los periódicos— una experiencia ejemplar del funcionamiento del mercado. Ya a mediados de la década de 1840 la producción seriada de la literatura folletinesca comienza a ser discutida en sus fundamentos formales. *El Nacional* de Montevideo, por ejemplo, publica tempranamente un artículo crítico ante “esa inmensa cantidad de novelas francesas en que nos ahogamos”, desmontando agudamente las tramas modélicas del folletín francés: “...la fábula más común que sirve de texto a sus novelas, suele ser esta u otra semejante. Un marido de cuarenta años toma por esposa a una doncella joven, tierna paloma, ángel de dulzura y de belleza, criatura ideal y vaporosa que no estaba formada para un marido tan prosaico. —Infidelidad obligada de la mujer aérea..., etc.”²⁹ Esa mordaz reproducción de tópicos y estructuras narrativas del centro —*core*, como lo llama Franco Moretti³⁰— demuestra, por un lado, una aguda conciencia del agotamiento de ciertas fórmulas romancescas, como las que caracterizaban a los folletines periódicos. Por otro lado, y al mismo tiempo, esa crítica temprana a fórmulas literarias estereotipadas viene a reponer aquello que el

²⁷ *El Correo Literario* (Segunda época), N° 3, 7 de agosto de 1864. Ver antología.

²⁸ A. Blest Gana. “De los trabajos literarios en Chile”, *La Semana*, N° 4, 11 de junio de 1859. Ver antología.

²⁹ “Las novelitas francesas”, *El Nacional*, N° 716, Montevideo, 24 de abril de 1841. Ver antología.

³⁰ Franco Moretti. “Conjectures on World Literature”, *New Left Review*, Jan-Feb. 2000, pp. 54-68.

comparatismo contemporáneo –p. ej. Even-Zohar– pareciera descubrir de forma tardía: que las narrativas centrales de la Europa central también tuvieron, desde siempre, sus propias periferias.

El teatro: miseria o folletín

Dejamos para el final el género que prioritariamente absorbió las manifestaciones estéticas e ideológicas del romanticismo. En efecto, al igual que en Europa, en América fue el teatro el género que, en sus dos manifestaciones: la puesta en escena y la crítica teatral, modeló y difundió como ninguno las novedades estéticas e ideológicas. No por azar el primer artículo crítico sobre romanticismo de la joven generación chilena delibera sobre piezas teatrales antes que sobre poesía o narrativa: *El jugador* de Victor Ducange, el *Ruy Blas* de Victor Hugo y los “excesos” de Alejandro Dumas componen el núcleo de la crítica del chileno Salvador Sanfuentes.³¹

Salvo las historias generales del teatro en la región (en Argentina, las de Mariano G. Bosch, Luis Ordaz, Juan Pablo Echagüe y Jorge Lafforgue; en el caso de Chile, las de Nicolás Peña M., Eugenio Pereira Salas, Mario Cánepa Guzmán, entre otras³²), carecemos hasta ahora de un estudio detallado del arte dramático que se inicia con la Independencia y atraviesa el romanticismo –digamos, de 1810 a 1870–. Conocemos, por las propias publicaciones periódicas, varios de los títulos y autores que se tradujeron y representaron en la época, pero ello no alcanza para una comprensión plena, tanto material como formal, de la producción, circulación y consumo del drama moderno. Siguiendo una reciente investigación que estudia el desarrollo del teatro español entre 1808 y 1814, puede inferirse que durante las primeras décadas independientes, a excepción de la producción propagandística de la Revolución –donde deben situarse obras marcadamente proselitistas (e indianistas) como *El hijo del Sud*, *Camila o la patriota de Sud-América*, *Túpac Amaru* o *La revolución de Túpac Amaru*, *Arauco libre*, *Molina*, etc.–, la mayoría de los títulos que se representaron en Sudamérica provenían de la regeneración teatral española emprendida en la península por la administración del gobierno josefino, que buscó establecer allí el modelo neoclásico del teatro francés.³³ Así, es común encontrarse durante las décadas de 1820 y 1830 tanto en Buenos Aires como en Santiago o Montevideo representaciones de obras tales como *Abelardo y Eloísa*, *El desquite*, *Un día de lotería*, *Los abates locos*, *La posadera* o *El enemigo de las mujeres*,

³¹ Cfr. el artículo “Romanticismo” en *El Semanario de Santiago*, N° 2, 21 de julio de 1842. Ver antología.

³² Juan Pablo Echagüe, *Teatro Argentino (Impresiones de teatro)*, Editorial América, Madrid, 1917; Luis Ordaz, *El teatro en el Río de la Plata. Desde sus orígenes hasta la actualidad*, Futuro, Buenos Aires: 1946 [2ª edición corregida y aumentada: Buenos Aires, Leviatán, 1957]; Mariano G. Bosch, *Historia de los orígenes del Teatro Nacional Argentino y la época de Pablo Podestá*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1969 [1ª edición: Talleres L. J. Rosso, 1929]; Jorge Laforgue (selección, notas y cronología), *Teatro rioplatense (1886-1930)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977; Nicolás Peña M. (comp.), *Teatro dramático nacional*, Tomo I, Santiago de Chile, Imprenta Barcelona, 1912; Eugenio Pereira Salas, *Historia del teatro en Chile: desde sus orígenes hasta la muerte de Juan Casacuberta 1849*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1974; Mario Cánepa Guzmán, *Historia del teatro chileno*, Santiago de Chile, Editorial Universidad Técnica del Estado, 1974.

³³ Cfr. Ana María Freire López, *El teatro español entre la Ilustración y el Romanticismo. Madrid durante la Guerra de la Independencia*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana, Vervuet, 2009.

El opresor de su familia, El sastre fanfarrón, Los tres maridos, El convidado de piedra –adaptación de *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina–, entre tantas otras que, ya fueran traducciones del francés, ya obras clásicas españolas, indican el carácter neoclásico que dominaba las tablas criollas hasta principios de los años ‘40.

Fue precisamente en esa década que en Chile comenzó la recepción de las innumerables traducciones españolas del avasallador *vaudeville* francés, que hacia los años ‘30 había impuesto también en España la nueva moda del drama romántico, bajo traducciones y adaptaciones de, entre otros, Mariano José de Larra y Manuel Bretón de los Herreros. Y fue al calor de ese tipo de obras que escritores como Juan B. Alberdi, Carlos Bello, Bartolomé Mitre y Rafael Minvielle probaron sus dotes como dramaturgos. En el caso de los argentinos, por diferentes motivos, escribieron además desde una concepción típicamente propagandística, modeladora de la conciencia social, que se remonta al período ilustrado. En efecto, la idea del teatro como arte reformista se instaló en la época revolucionaria, sostenida por autores como Camilo Henríquez, que percibieron al teatro como “escuela pública”.³⁴ Esa percepción de las obras dramáticas se intensifica durante el apogeo del romanticismo, ya que el drama era considerado, como lo había hecho Victor Hugo en su famoso prefacio al *Hernani*, el género de mayor incidencia social. Además de educar, pulir las costumbres –que era la función pedagógica que le asignaba el pensamiento ilustrado–, ahora, con el romanticismo, el teatro debía convencer, movilizar, alcanzar y congrega a la mayor cantidad posible de público. Por lo demás, en Hispanoamérica el teatro se distanciaba tempranamente de toda teoría arte-purista: “cuando sólo es literatura, es miseria”, decía el comentarista de *Las cuatro épocas* de Mitre en *El Nacional* de Montevideo. En efecto, el teatro era concebido como una “especie de folletín de periódico, de panfleto político, a los que con tanta justicia se ha llamado *drama-panfleto, drama-libelo*; obras que [...] han sido escritas para mover las masas y arrastrarlas en el sentido de un grande y poderoso objeto”.³⁵

El teatro, entonces, será la institución privilegiada para la crítica, y eso por dos razones: en primer lugar, porque es en las tablas donde la relación de la forma –a través de la representación y la puesta en acto– con el contenido temático presenta mayor despliegue, y, en segundo lugar, porque el teatro es pensado a partir de su amplia –como, en ocasiones, asidua– convocatoria de público; un público desde ya definido, aunque suene contradictorio, como “la más sana y escogida parte de una población”.³⁶ Por ello, como dijimos anteriormente, es la zona de la crítica o de la reseña teatral donde con mayor soltura y antelación se perciben las novedades estéticas y literarias del romanticismo.

En este sentido, el primer artículo de *El Semanario de Santiago* dedicado a reseñar la representación de *El mulato*, obra de Alejandro Dumas, es uno de los textos que ha llevado a confusión a la crítica respecto de las disposiciones liberales del periódico en el ambiente intelectual chileno. El propio V. F. López, quien se dedica a

³⁴ En uno de sus artículos de la *Aurora de Chile*, Henríquez había escrito: “Yo considero al teatro únicamente como una escuela pública; bajo este respecto es innegable que la musa dramática es un gran instrumento en las manos de la política” (Cfr. *Aurora de Chile*, N° 31, 10 de septiembre de 1812, tomo I)

³⁵ *El Nacional*, N° 452, Montevideo, 1 de junio de 1840. Ver antología.

³⁶ *El Semanario*, N° 6. Ver antología.

disecionar la oferta de su primer número, parece reconfortado con ese juicio del crítico teatral: “La verdadera *corona* así material como social del *Semanario*, está en el excelente y socialista artículo escrito sobre la representación del *Mulato*; este artículo está valientemente concebido, es digno de ser leído y ha sido inspirado por un amor verdadero a la humanidad.”, dirá López con entusiasmo desde las páginas de *La Gaceta del Comercio*.³⁷ Ocurre, no obstante, que el primer confundido fue ni más ni menos que el propio autor de ese artículo. En efecto, Manuel Talavera parece desconocer quién es el autor de la pieza tratada. Aunque los letrados chilenos estuviesen familiarizados con las obras en boga del drama moderno francés, parecería que el de Dumas es un nombre que ingresa con posterioridad a los de sus compatriotas más encumbrados por el mercado editorial (Ducange, Delavigne, Scribe, Hugo).³⁸ Hay que decir que no sólo en ningún momento de la reseña Talavera nombra a Dumas, sino que aun en un pasaje el crítico chileno asume explícitamente el (supuesto) carácter anónimo de la obra: “Su fin moral se dirige a hacer recaer la indignación del espectador sobre el padre inhumano que abandona sus hijos naturales [...] pero no ha unido el ejemplo al precepto, pues él también ha abandonado su obra. La pieza es bastarda como el héroe de ella, su autor no la ha reconocido prestándole su nombre; el traductor don J. Varela la ha prohijado”.³⁹ De ese desconocimiento pueden desprenderse dos cuestiones: por un lado, que el autor del comentario crítico no tuvo en vista una *obra romántica* cuando realizó su reseña; por el otro, que, si debido a ello esta primera reseña parece exhibir un juicio relativamente favorable de la literatura romántica, las concepciones estéticas que predominan en la crítica dramática del semanario siguen, no obstante, la línea de los argumentos desarrollados por Salvador Sanfuentes, encaminados a vituperar los “excesos” del romanticismo literario.

Por lo demás, ese posicionamiento se vuelve notorio al criticar la puesta en escena de la obra de Larra, *No más mostrador*, reescritura de *Les adieux au comptoir* de Eugène Scribe, que tematiza asuntos propios de la sociedad y mentalidad burguesas. El crítico del semanario recordará allí que con el *Gentilhomme*, Molière, “después de haber combatido algunos vicios inherentes al corazón del hombre, sacó a la mofa del público (...) la necia pretensión de algunas gentes de figurar entre la nobleza y de buscar una esfera distinta de la que la naturaleza les ha concedido” (*El Semanario*, N° 7, p. 54, col. 2 [subrayado nuestro]). Larra, en cambio, “ridiculiza al vanidoso, *degrada* la nobleza, manifiesta que la pretendida superioridad del nacimiento es una quimera; que el noble es un hombre como cualquier otro” (ídem, p. 55, col. 1). Por lo tanto, para los críticos chilenos reunidos en *El Semanario*... el modelo de Molière debe imponerse ante las “extravagancias” del romanticismo, ante sus “necias pretensiones”. Pues, al

³⁷ *La Gaceta del Comercio*, N° 139, 18 de julio de 1842. Ver antología.

³⁸ Por lo que muestran las reseñas y folletines de los periódicos de la época, parecería ser que las obras de Dumas comienzan a circular efectivamente recién a mediados del año 1842. *La Gaceta del Comercio*, primer periódico que inaugura, en mayo de ese año, la sección “folletín”, salvo el artículo que publicó con motivo de la representación de *Catalina Howard*, de A. Dumas, (N° 116, 20 de junio de 1842), no menciona ni publica folletines del autor francés en todo ese año. *El Progreso*, de Sarmiento, publica un primer folletín de Alejandro Dumas recién el 17 de junio de 1843, titulado “El voto de la garza”, que es en realidad un capítulo de la novela *La condesa de Salisbury*, y que apareció en *El Progreso* entre los números 184 y 188.

³⁹ *El Semanario de Santiago*, N° 1, 14 de julio de 1842. Ver antología.

parecer, esas estéticas románticas exacerban no sólo las *formas* del drama o la literatura, sino también las formas o convenciones sociales de la República.

Criterios de esta edición

Los textos de la presente antología fueron compilados con la idea de reunir en un solo volumen un variado y disperso material bibliográfico relativo a las discusiones y ensayos del romanticismo rioplatense y chileno del siglo XIX. Por ello, aunque algunos hayan sido reeditados con anterioridad hemos decidido incorporarlos igualmente procurando, de ese modo, mantener cierta organicidad temática en la compilación. Así ocurre, por ejemplo, con los artículos escritos por D. F. Sarmiento en *El Mercurio* a raíz de su discusión sobre la lengua con Andrés Bello. Aunque esos textos pueden consultarse en el tomo II de sus *Obras completas*, preferimos incorporarlos para dar coherencia y continuidad a la sección dedicada a esa polémica, que agrupa otros textos poco frecuentados y aun desconocidos. Lo mismo ocurre, vale anunciarlo, con los textos de Sarmiento referidos al romanticismo, publicados en el mismo periódico.

Entre las compilaciones o reediciones que incluyen a algunos de los textos aquí transcritos cabe mencionar las compilaciones de Norberto Pinilla (*La generación chilena de 1842*, Santiago, Universidad de Chile, 1943 y *La controversia filológica de 1842*, Santiago, Universidad de Chile, 1945) y de Julio Durán Cerda (*El movimiento literario de 1842*, 2 tomos, volumen I: textos, Santiago, Editorial Universitaria, 1957), las ediciones facsimilares de *La Moda* (Academia Nacional de la Historia, prólogo y notas de José A. Oría, Buenos Aires, Kraft, 1938) y de *El Iniciador* (Academia Nacional de la Historia, estudio preliminar de Mariano de Vedia y Mitre, Buenos Aires, Kraft, 1941), y las reediciones de Félix Weinberg tanto del largo ensayo de Juan Cruz Varela publicado en *El Tiempo* (*Boletín de Literatura Argentina*, Universidad Nacional de Córdoba, año 1, N.º 1, 1964) como de los textos críticos en torno a la poesía de E. Echeverría que recopila en el Apéndice de su *Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución* (Buenos Aires, Taurus, 2006), y que conforman la primera sección de nuestra antología (“I. Echeverría: recepción crítica”). No obstante, muchos de esos textos –sobre todo los que agruparon Pinilla y Durán Cerda, y la reproducción de Weinberg del ensayo de J. C. Varela– ya sea por el tiempo transcurrido, ya por la poca visibilidad de sus fuentes, resultan hoy por hoy casi inaccesibles. A raíz de ello, entonces –y desde ya debido a su relativa trascendencia–, es que los integramos al conjunto de nuestra antología.

En general, hemos intentado presentar los textos siguiendo un orden cronológico. Por lo tanto, las siete secciones temáticas en que dividimos la compilación procuran respetar dicho orden, aunque a veces el objeto, inevitablemente, se imponga a la cronología. Lo mismo vale para el orden temático: la mayoría de los textos de la sección sobre teatro, por ejemplo, podrían integrar al mismo tiempo la de las polémicas del romanticismo –preferimos, en ese caso, dar prioridad al formato. En los casos en los que hemos podido averiguar la autoría, colocamos esa información entre corchetes, debajo del título del artículo. Asimismo, hasta donde nos fue posible realizamos un trabajo de edición: modernizamos la ortografía y repusimos topónimos siempre que los cambios no implicaran una alteración o aplanación de peculiaridades lingüísticas y/o

culturales de la época. Cuando lo creímos conveniente, colocamos [*sic*] para salvar esa distancia.

Por último, cabe advertir que en algunos de los textos, dada su extensión o su precariedad material, hemos tenido que hacer recortes o selecciones. Cuando esto sucede lo señalamos mediante tres puntos encerrados entre corchetes ([...]). Cuando una palabra o fragmento textual era irrecuperable colocamos también entre corchetes el término “ilegible”. A su vez, se consignan página [p] y columna [col.] cuando corresponde un cambio de página o de columna en el periódico original.

Los textos de los periódicos que aquí se reproducen fueron consultados en la Salas de Publicaciones Periódicas Antiguas (PPA) y del Tesoro de la Biblioteca Nacional argentina, y en la Hemeroteca y Sala Toribio Medina de la Biblioteca Nacional de Chile.

ANTOLOGÍA

SUMARIO

EN TORNO A LA LITERATURA

I. Echeverría: recepción crítica.....31

“Literatura” [sobre “El Regreso”]. *El Lucero. Diario político, literario y mercantil*, 15 de julio de 1830. ~ “Literatura” [sobre *Elvira, o la novia del Plata*]. *El Lucero. Diario político, literario y mercantil*, 4 de octubre de 1832. ~ “Elvira o la novia del Plata. Elvira or the Bride of the Plata”. *The British Packet and Argentine News*, 22 de septiembre de 1832. ~ “Literatura. Los consuelos, Poesías de Esteban Echeverría”. *Diario de la Tarde*, 18 de noviembre de 1834. ~ “Correspondencia. Los consuelos”. *La Gaceta Mercantil*, 20 de noviembre de 1834. ~ “Los Consuelos. Poesías de D. Estevan Echeverría”. *La Gaceta Mercantil*, 20 y 21 de noviembre de 1834. ~ “Interior. Literatura. Los Consuelos. Poesías originales de Estevan Echeverría”. *Diario de la Tarde*, 24 de noviembre de 1834. ~ “Sr. Editor de la G. M.” [Respuesta anónima de Echeverría]. *La Gaceta Mercantil*, 27 de noviembre de 1834. ~ “Interior. RIMAS de don Estevan Echeverría”. *Diario de la Tarde*, 3 de octubre de 1837. ~ “RIMAS. LA CAUTIVA (Conclusión)”. *Diario de la Tarde*, 4 de octubre de 1837.

II. Ensayos, crítica: Río de la Plata.....64

“El caballo, en la provincia de Buenos Aires”. *El Recopilador*, 1836. ~ “A Ella”. *La Moda*, 25 de Noviembre de 1837. ~ “Literatura española”. *La Moda*, 23 de diciembre de 1837. ~ “Poesía nacional” [ensayo anónimo sobre poesía publicado en varias entregas]. *La Moda*, 17 de febrero y 3 de marzo de 1838. ~ “La anarquía Literaria”. *La Moda*, 3 de marzo de 1838. ~ “Sobre la anterior traducción”. *El Iniciador*, 15 de abril de 1838. ~ “Literatura”. *El Iniciador*, 15 de mayo de 1838. ~ “De la poesía íntima. Fragmentos”. *El Iniciador*, 1 de junio de 1838. ~ “Del arte socialista (Fragmento)”. *El Iniciador*, 15 de junio de 1838. ~ “La poesía nacional. *El Iniciador*, 1 de septiembre de 1838. ~ “Las novelitas francesas”. *El Nacional*, 24 de abril de 1841. ~ “De la composición poética del número anterior”. *El Talismán*, septiembre 1840. ~ “Crítica literaria”. *El Talismán*, noviembre 1840. ~ “Fisonomía de la literatura de los siglos democráticos”. *El Talismán*, noviembre 1840.

III. Ensayos, crítica: Chile103

[Primer artículo de la serie escrita por V. F. López sobre el discurso literario de J. V. Lastarria; se publica en la sección Editorial]. *La Gaceta del Comercio*, 31 de mayo de 1842. ~ “Cuestiones Filológicas suscitadas por el discurso del Sr. Lastarria. (Continuación)”. *La Gaceta del Comercio*, 9 de junio de 1842. ~ “Cuestiones Filológicas suscitadas por el discurso del Sr. Lastarria. (Continuación)”. *La Gaceta del Comercio*, 11 de julio de 1842. ~ Editorial [Quinto artículo de V. F. López sobre el discurso de Lastarria]. *La Gaceta del Comercio*, 18 de junio de 1842. ~ “Las novelas en el día”. *El Semanario de Santiago*, 8 de diciembre de 1842. ~ “Literatura nacional”. *El Mosaico*, 21 de junio de 1846. ~ “De los trabajos literarios en Chile”. *La Semana*, 11 de junio de 1859. ~ “Cuatro novelas

de Alberto Blest Gana”. *La Semana*, 20 de agosto de 1859. ~ “Walter Scott”. *Revista de Santiago*, Tomo I, 1848. ~ “Tendencia del romance contemporáneo”. *Revista de Santiago*, Tomo I, 1848. ~ “Consideraciones generales sobre la poesía chilena”. *Revista de Santiago*, Tomo II, 1849. ~ “Literatura Americana”. *La Semana*, 3 de mayo de 1860. ~ “Tendencias literarias”. *El Correo Literario* (Segunda época), 7 de agosto de 1864. ~ “Tendencias Literarias II”. *El Correo Literario* (Segunda época), 28 de agosto de 1864. ~ “Las caricaturas”. *El Correo Literario*, 21 de Agosto de 1858.

IV. Romanticismo: polémicas162

“Artículo sobre el romanticismo”. *El Corsario*, 1840. ~ “Al corresponsal del Correo”, *El Corsario*, 1840. ~ “El romanticismo no decae”. *El Talismán*, 4 de octubre de 1840. ~ “Clasicismo y romanticismo”. *Revista de Valparaíso*, mayo de 1842. ~ “Prospecto”. *El Semanario de Santiago*, 14 de julio 1842. ~ “Literatura. Primer artículo”. *El Semanario de Santiago*, 14 de julio de 1842. ~ [Editorial sobre aparición de *El Semanario de Santiago* escrito por V. F. López]. *La Gaceta del Comercio*, 18 de julio de 1842. ~ “Romanticismo”. *El Semanario de Santiago*, 21 de julio de 1842. ~ [Segundo editorial sobre aparición de *El Semanario de Santiago* escrito por V. F. López]. *La Gaceta del Comercio*, 26 de julio de 1842. ~ [Editorial sobre romanticismo en *El Semanario de Santiago*, escrito por V. F. López]. *La Gaceta del Comercio*, 29 y 30 de julio; 1, 2, 3 y 4 de agosto de 1842 ~ “El Semanario” [polémica con *El Mercurio*, seguida de otra con *La Gaceta del Comercio*], *El Semanario de Santiago*, 4 de agosto de 1842.

EN TORNO A LA LENGUA

V. Lengua, literatura, nacionalidad.....209

“Literatura nacional”, *El Tiempo. Diario político, literario y mercantil*, 14 y 25 de junio; 1, 3 y 23 de julio de 1828. ~ “Fragmento inédito de *La Moda*, Cursos públicos. Enseñanza del idioma. Boletín Cómico”. *El Iniciador*, Tomo II, 15 de mayo de 1838. ~ “Lenguas indígenas de la América”. *Revista de Santiago*, Tomo I, abril de 1848. ~ “Palabras indígenas americanas”. *El Plata Científico y Literario*, 1854.

VI. Polémicas de la lengua.....238

“Álbum alfabético”. *La Moda*, 31 de marzo de 1838. ~ “Emancipación de la lengua”. *El Iniciador*, 1 de septiembre de 1838. ~ “Literatura. Revolución de la lengua castellana”. *El Corsario*, Montevideo, 1840. ~ “Señores Editores de *El Mercurio*”. *El Mercurio de Valparaíso*, 3 de mayo de 1842. ~ “Se contesta a un comunicado”. *El Mercurio de Valparaíso*, 7 de mayo de 1842. ~ “Ejercicios populares de lengua castellana”. *El Mercurio de Valparaíso*, 12 de mayo de 1842. ~ “Contestación a Un Quídam”. *El Mercurio de Valparaíso*, 19 de mayo de 1842. ~ “Segunda contestación a Un Quídam”. *El Mercurio de Valparaíso*, 22 de mayo de 1842. ~ “Al señor redactor de *El Mercurio*. Otro Quídam”. *El Mercurio de Valparaíso*, 27 de mayo de 1842. ~ “Al *Mercurio* números 4.094 y 4.097”. *El*

Mercurio de Valparaíso, 28 de mayo de 1842. ~ “El comunicado del otro Quídam”.
El Mercurio de Valparaíso, 3 de junio de 1842. ~ “Los redactores al Otro Quídam”.
El Mercurio de Valparaíso, 5 de junio de 1842. ~ “Tercer comunicado”. *El Mercurio de Valparaíso*, 6 de junio de 1842. ~ “Correspondencia”, *El Mercurio de Valparaíso*, 11 de junio de 1842.

EN TORNO AL TEATRO

VII. Crítica teatral.....277

“Las cuatro épocas” [Reseña crítica de la obra dramática de Mitre]. *El Nacional*, 1 de junio de 1840. ~ “Correspondencia. Representación de *Las cuatro épocas*. *El Nacional*, 2 de Junio de 1840. ~ “Teatro de Santiago”. *La Gaceta del Comercio*, 20 de junio de 1842. ~ “Teatro. Primera representación del Mulato”. *El Semanario de Santiago*, 14 de julio de 1842. ~ “Teatro. ‘Luis Onceno’”. *El Semanario de Santiago*, 4 de agosto de 1842. ~ “Correspondencia. Producciones dramáticas modernas”. *El Semanario de Santiago*, 18 de agosto de 1842. ~ “Teatro. ‘No más mostrador’”. *El Semanario de Santiago*, 25 de agosto de 1842. ~ “Teatro de Copiapó”. *El Semanario de Santiago*, 18 de noviembre de 1842. ~ “Teatro. ‘El ambicioso o La dismicion [sic] de un Ministro’”. *El Semanario de Santiago*, 24 de noviembre de 1842. ~ “El drama moderno. ¿Es moral o es inmoral?” *El Mosaico*, 5 de julio de 1846.

28

EL MOSAICO.

PERIODICO SEMANAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y BELLAS ARTES.

ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE NÚMERO.

Prospecto.—La mujer.—La cabra y el gato.—Fábula de Silvio.—Como viene a parar en autor dramático, por Alejandro Duménil.—La prima donna, novela.—Correo semanal.

PROSPECTO.

He aquí una nueva publicación periódica y he ahí es decir, arriba, el título de ella: *El Mosaico*, título que hemos tenido a bien poner a nuestro papel a falta de otro que pudiéramos haber encontrado si hubiésemos detenidamente pensado en buscar uno que le cuadrara mejor. El público sabe que no debe fiarse mucho en lo que prometen los títulos en los periódicos.

Aquí viene como de molde el asegurar que de todo tenemos intenciones de hablar, y que de todo podemos ocuparnos; pero que no hablaremos ni nos ocuparemos en manera alguna de la política nacional; por lo que desde luego y ante todas cosas ofrecemos un abrazo amigoso al *Mercurio*, al *Progreso*, al *Orden* y demás publicaciones periódicas, ministeriales o de la oposición.

Hemos ofrecido un abrazo amistoso al *Progreso*; y esto debe entenderse por lo que toca a la política y a la polémica política; la que nunca tendrá lugar entre nosotros, que por lo que hace a la polémica impolítica no dejaremos de aceptar la que se nos ofrece con los *Estados* teatrales.

Nos ocuparemos pues, de todo aquello

que pueda ser agradable e instructivo al mismo tiempo. El arte dramático nos llamará a menudo la atención. La literatura en general, ocupará algunas de nuestras columnas; de modo que no dejaremos de dar de cuando en cuando una biografía de algún autor o autora, actor o actriz que haya llamado la atención del mundo, o que por algún título se recomiende a la memoria de nuestro público. Daremos cuenta de las novedades y curiosidades que ocurran en la capital y demás pueblos de la nación, cuando las haya y las sepamos oportunamente, cosas que no dejan de ser un tanto cuanto diletantillas. Así es que llevará nuestro *Mosaico* su *correo semanal* de Santiago que pueda ofrecer un pasatiempo noticioso a nuestros suscriptores, si los tenemos; otra cosa que tampoco deja de ser difícil, y a ellos nos empeñaremos por ofrecerlos de vez en cuando a pesar del atraso en que actualmente se halla nuestra litografía, el retrato de alguna persona célebre.

Contamos con la protección de la belleza de la capital y ella haremos cuantos sacrificios son imaginables. Las modas, las poesías, las novelas, y todo lo que puede ser agradable al bello sexo, tendrá su lugar cosechado en nuestro periódico, sin que nos olvidemos de regalarles un figurín por lo menos en cada estación del año.

Tendremos también ocasión de dar algunos artículos serios y de alto interés nacional, daremos noticia de los nuevos descubrimientos e invenciones que se hagan en las artes y las ciencias, de manera que nuestro *Mosaico* no deje, si es posible, que decaer a nuestros favorecedores.

N.º 7.º

26 de julio de 1846.

EL MOSAICO.

PERIODICO SEMANAL

DE CIENCIAS, ARTES Y BELLAS LETRAS.

ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE NÚMERO.

La Prima Donna. Continuación.—La Cometa, poesía.—Al lector.—El Mosaico.—Crítica teatral.—Correo semanal.

UNA PRIMA DONNA.

(Novela original.)

RECETA PARA EL MOSAICO.

CAPÍTULO II.

UN AMIGO DE CORAZON.

Continuación[7].

La puerta se abrió y un joven jivado, de estatura pequeña y fúlfirme se presentó en el dintel.

No obstante las ridículas proporciones de su cuerpo, la noble organización de esa cabeza demuestra juicio y profundidad; su ánimo debe ser firme e inextinguible; algunas miradas ardientes serían seguras de una enfermedad mortal sobre su tez blanca y pálida.

María al verlo se levantó y fué a estrecharle la mano afectuosamente. Siempre buena, dijo el joven al sentir la dulce presión de esa mano mágica.

(*) Véase los n.ºs 1.º, 2.º y 3.º

María sin contestar nada de pronto, solo le respondió con una larga mirada llena de bondad, y conmoviéndolo al confidente en que se hallaba, sentose junto a él.

—Pues Pablo, como va? le preguntó cariñosamente ¿os sentís mejor? no os habéis visto en todo el día.

—Ciertos; y permitidme que os lo diga, lo he estrañado, me habéis engreído con vuestras bondades, María... ¡Ah! al supierais, continuó el joven con vehemencia, al mismo tiempo que brillaba el cristal apagado de sus pupilas, si supierais cuanto me alivia el hablaros, el teneros cerca de mí, como ahora; entonces me parece no ser tan desgraciado, hasta llega a olvidar en mi entusiasmo, que soy una criatura maldicha de Dios, y arrojada al mundo para servir de burla y de escarnio a los demás.

—Pobre Pablo! murmuró la joven entre dientes, luego dirigiéndose a él le dijo: ¡Ah! ¡Porqué atormentas de eso modo?... sois injusto, no solo con vos mismo, si no también con los demás, ¿acaso no tenéis quien se interese por vos? ¿quien sienta vuestros males?... mi padre no os quiere como a un hijo?... ¿en mí misma no tenéis una amiga, una hermana, una hermana? si una hermana continúa con tierno interés, porque os amo como si hubiésemos nacido de un mismo seno: creedme Pablo, confiad en Dios y esperad; todavía podéis ser feliz... ¿Es tan risueño el porvenir a nuestra edad?

—Porvenir para mí! le interrumpió Pablo con la mas amarga ironía, ¡porvenir!... sino fuésteis vos, quien me lo di-

El Correo Literario.

Periódico político, literario, industrial i de costumbres.

ILUSTRADO.

Año I.

Sábado 30 de Octubre.

Núm. 16.

EL CORREO.

SANTIAGO, OCTUBRE 30 DE 1858.

Historia de la semana.

Un gran obra trabaja en estos momentos el pueblo chileno, obra que ha nacerse de todas sus fuerzas, de toda su prudencia, de todos sus sentimientos: la reorganización política del país.

Se opone a esta obra un gobierno perdidó en la opinión i que solo cuenta con el apoyo de sus aliados, los que no desertan de su bandera porque temdrán que hacer el sacrificio de las rentas que les garantizan su adherencia ciega al sistema que se les impone. El término de la lucha está muy cerca, porque hoy día se vive muy aprisa i cada sol que se levanta viene a slumbrar una novedad, un acontecimiento, un desengño, una nueva esperanza, brotados de los conflictos de la situación.

Esta semana como las anteriores, el pueblo de Santiago ha estado esperando que abran los ojos los que tienen el raro capricho de que nos gobiernan a su modo i que se les ha puesto que no hemos de ser sino lo que ellos quieren que seamos: i esta semana como las anteriores, se ha observado el mismo silencio i se ha guardado el mismo misterio en las regiones del poder.

Ese silencio, ese misterio cuando se acerca la hora de la prueba, son dignos de los argumentos que se empleaban en los tiempos de aislamiento en que nadie podía hablar sin ser un insolente, nadie podía argumentar sin ser perturbador del orden público, nadie podía reunirse con sus amigos políticos sin ser un conspirador. Era valientes cuando el pueblo desgraciado no podía en su fealdad hacer cara al absolutismo, i sumalece en su oculta, cuando desamparadas las poblaciones se alzaban imponentes llamando a cuentas a los que se habían figurado que su sueño era eterno.

Pero en tiempo de esclaparse: el silencio no es como en calma. Detrás, ¿quién son los verdaderos servidores de la república? ¿qué hacen hecho de la impudencia i el patriotismo?

Nos preguntan avergonzados algunos doctores de melindres por que las elecciones al plebiscito de la futura constitución por la ley impugnada.—Nuestro

traz razones nada pueden pesar por que son ridículas, pero nos queda la fuerza.—

I esta fuerza, con qué objeto os la reservais? que pensais hacer con ella?...

¿Defender vuestras personas? Pero si nadie amaga vuestras vidas si nadie os amenaza tampoco. ¿Defender la república? De quién? ¿Para que no se la lleve el pueblo, sin dudar? Entonces queréis llevarlos vosotros? ¿queréis hacer de ella vuestro patrimonio? Pero que no habéis leído la Constitución del Estado que dice: *transmisoramente*, que la república chilena no puede ser patrimonio de nadie! I si nadie amaga vuestras personas i no podéis ser dueños de la república ¿con qué objeto preparais al ejército? ¿qué cruzada vais a emprender?

La disciplina eterna del orden público no la puede hacer valer ahora porque se han cambiado los papeles: el orden público, la paz, la tranquilidad están exclusivamente a cargo del pueblo, porque es él el que pide la verdad de las garantías, el respeto a la justicia, el cumplimiento de las leyes; i el orden que vosotros reclamais, no es más que la sumisión a vuestro sistema, el respeto a vuestra voluntad, el cumplimiento de vuestros caprichos. Si este se llama también orden público, bien puede ser para vuestro modo de pensar; pero jamás habíamos encontrado nada que se pareciera una al orden.

Está visto, en la certidumbre de que no poseéis la confianza de los pueblos, deseados de continuar poseyendo la república, preparais los elementos de guerra que la nación os confió para su respecto i seguridad, i os apurais a hacer frente con ellos al querer de la inmensa mayoría de los chilenos. Preciso es que los delicias del poder embriegen hasta tal punto, que os conducian a este supremo sacrificio. Si, porque sin duda alguna si sacrificáis desde que os podéis faltar mañana esos elementos, i desde que debéis tener en vuestra conciencia que el triunfo no es seguro, porque los pueblos cuando se presentan ellos mismos a defender su causa, jamás la pierden.

Ya la nación los tomados su actitud i se ha puesto en marcha a su objeto: quiere una Constitución i la obtendrá. Pero ella se opone a conseguirla por la fuerza, porque es preciso la surgir de sus hijos

EL PLATA

CIENTIFICO Y LITERARIO.

Revista de los Estados del Plata sobre Legislación, Jurisprudencia, Economía-Política, Ciencias Naturales y Literatura.

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION DE

MIGUEL NAVARRO-VIOLA, (Abogado.)

On le peut, je l'essai; le plus savant le sçait.
La Fontaine. Liv. II, fab. L

BUENOS AIRES.

IMPRENTA DE MAYO, BELGRANO N.º 24.

1864.



EN TORNO A LA LITERATURA

I

Echeverría: recepción crítica

Literatura

[Pedro de Angelis]

Hemos recorrido con placer los versos insertos en la *Gaceta* del 8, que ciertamente merecen la aprobación pública. Celebramos que un joven argentino se distinga por esta clase de trabajos. Algunas líneas encierran ideas cuya brillantez fascina la imaginación: la rima es, con pocas excepciones, perfecta; y muy feliz la elección de los conceptos.

Hubiéramos deseado, sin embargo, que nuestro poeta no se hubiese dejado arrastrar de la exaltación de su musa. Sentar que la *Europa está degradada*, es juzgar muy ligeramente de la parte más civilizada del mundo; y cuando es un joven el que falla, podría sospecharse que es por presunción o ignorancia; defectos que estamos lejos de imputar al autor de tan elegante composición.

Las principales naciones de Europa, al amparo de leyes constitucionales, disfrutan de una libertad sabia y templada. Los esfuerzos magnánimos de tres grandes potencias, sustrajeron a los descendientes de Temístocles de la cimitarra otomana. Las prensas inglesas, francesas, holandesas y alemanas están proclamando ideas liberales, y toman el mayor empeño en difundir las luces y los conocimientos útiles, y este interés en mejorar la suerte de los pueblos supone vigor, no degradación. Si hay gobiernos que contraríen tan nobles aspiraciones, no es razón para denigrar a las naciones que resisten con tesón los desmanes del poder. Los vicios que se les podría reprochar son una consecuencia tal vez inevitable de una grande civilización; y en la imposibilidad de desterrarlos enteramente, mejor es verlos *encubiertos de rosas*, que *rodeados de espinas*.

[Col. 2] La libertad moderna no lleva ese carácter austero y extravagante, que tanto halagaba a los antiguos. ¿Quién admiraría a Diógenes, que para vivir libre se encerró en una tinaja?

Literatura

[Pedro de Angelis]

Sin tener graves cuidados que nos rodeen nos falta a veces el tiempo, o mejor diremos la oportunidad, de llenar algunos deberes que nos corresponden como escritores públicos; y nos consideramos obligados a hacer esta declaración, para que la omisión que confesamos no se atribuya a defecto de voluntad que no podemos reprocharnos.

Hace algún tiempo que se nos favoreció con un ejemplar de una obrita en verso, titulada *Elvira, o la novia del Plata*, y hemos visto después los elogios y las críticas de que ha sido objeto. Sin pretender rectificar el juicio de nuestros coescritores, manifestaremos francamente el nuestro en una materia en que la libertad de las opiniones no debe tener más trabas que el buen sentido y los buenos ejemplos.

Ni unos ni otros se oponen a que se alternen los metros, para que la mayor o menor rapidez del verso corresponda a los pensamientos que queremos expresar o los afectos que nos proponemos mover.

Estos cambios, cuando son justificados, no sólo no contrarían las reglas del arte, sino que pueden invocar en su favor el ejemplo de grandes modelos, como Schiller, Byron, Alfieri; y nos sería fácil aumentar este catálogo si un sentimiento de respeto y de conveniencia no nos impidiese asociar a nombres tan clásicos, los de Grossi, Manzoni, Lamartine, Hugo, etc., aunque predilectos entre los hijos de Apolo. Todos ellos han variado los ritmos en el mismo poema, sin que esta mezcla ofenda el oído más acostumbrado a la igualdad de metros.

Las obras de los autores que hemos citado están en manos de todos, y [col. 2] pueden consultarlas los que dudan de nuestros asertos.

Es verdad que *Saul*, *Manfred*, *Deformed transformed*, etc. son poemas dramáticos, en que los trozos líricos se apartan de la monotonía general del verso: pero, ¿qué tema más dramático que el de *Elvira*, y qué trozos más líricos que la canción en que manifiesta sus tristes presentimientos?

Creció acaso arbusto tierno etc.

Y las estrofas que empiezan:

Tú serás mía, etc.

Yo vi en mis sueño, etc.

Al contrario, nos parece que hubiera sido difícil escoger un metro más a propósito que el anacreóntico para hacer pasar en el ánimo de los lectores sentimientos tiernos de que estaba poseído el corazón de Elvira; y en cuanto a su canción nos bastará citar los elogios que le prodigan aquellos mismos que opinan que “en los asuntos nobles el octosílabo no puede disputar la preferencia al endecasílabo; porque deben ser presentados de un modo elevado y nadie podrá ennoblecer en materia alguna lo que una vez envileció la opinión”.

Los versos que canta Elvira son octosílabos, y sin embargo, dicen sus censores, que “les parecen expresar con cierto aire de novedad y de ternura sentimientos que, aunque comunes, dejan de serlo, por la fluidez y nuevo aspecto en que se nos ofrecen”. Véase pues cuán infundado es el ataque, y cuán legítima la defensa.

Elvira o la novia del Plata
Elvira or the Bride of the Plata

We have had the pleasure to receive a poem under the above title, written as we are informed by a native of this country. It is in twelve Cantos, the subject of course amatory, and the eleventh Canto particularly so. It has quoted (by way of Motto) the following.

Ven, Himeneo, ven. Ven Himeneo.

Moratin.

‘This said that some have died for love’.

Wordsworth.

With all due respect for the talents of our countryman Wordsworth –we must remark that that [sic] great judge of human nature– the “Immortal Shakespeare”, speaks in very different language about dying for love, he says.

“The poor world is almost six thousand years old, and in all this time there was not any man died in his own person, videlicet, in a love-cause. Troilus has his brains dashed out with a Grecian club; yet he did what he could to die before; and is one of the patterns of love. Leander, he would have live many a fair year, though Hero had turned nun, if it had not been for a hot midsummer night: for, good youth, he went but forth to wash the cramp, was drowned;; and the foolish chroniclers of that age found it was- Hero of Sestos. But these are all lies; men have died from time to time, and worms have eaten them, but no for love”

As you like it.

A perusal of Elvira has convinced us that its author has poem talent –that he has made a successful wooing to the Muses– and may here after deserve a niche in the temple at Parnassus.

Literatura

Los consuelos. Poesías de Esteban Echeverría *

La mitología para significar los primeros pasos de la civilización y tránsito de la vida salvaje a las dulzuras sociales, finge que se obró este cambio con el influjo de una lira cuyo sonido armonioso detenía el ímpetu de los torrentes, domaba la ferocidad de los leones y comunicaba vida y movimiento a árboles y piedras. Este velo alegórico cubre ligeramente la verdad, porque casi no hay pueblo que no haya tenido un poeta que le ilustrase y condujese en los primeros pasos de su existencia; y los poetas merecieron del agradecimiento público el renombre de *inspirados* y de *profetas*. Estos hombres obraban a su antojo sobre las sociedades, porque en éstas al nacer, como en la infancia del individuo, la imaginación es la facultad mental que predomina sobre las otras, y es a la que se dirigen las imágenes abultadas y brillantes del poeta.

Cuando se aumenta la cultura, y la ilustración, se presenta la poesía no solo adornada con las galas ideales que forman su esencia, sino también con las más sólidas que le prestan la meditación, el conocimiento del hombre moral y de las leyes que rigen el universo. Entonces la razón, la ciencia y la verdad tan amargas y desapacibles, penetran suave y agradablemente a iluminar la inteligencia, a merced de los versos armoniosos que las disfrazan y embellecen. El poeta se apodera de nuestra sensibilidad y la impresiona a su antojo, como el que ablanda un metal para imponerle un sello. ¡Tal es el poderío de este arte!

En una de las naciones europeas, un poeta ha cambiado el giro que habían tomado las ideas religiosas, y otro contribuido eficazmente a destruir los restos de fanatismo y tiranía que aún pesaban sobre su patria.

Tales han sido las consideraciones que nos han hecho ver con complacencia la obra que con el título de *Consuelo* [sic] acaba de publicarse, y cuyo carácter melancólico anuncian los versos que le sirven de epígrafe. Todas las composiciones que comprende, manifiestan una imaginación fértil, un talento cultivado, un gusto puro y nutrido con los únicos modelos dignos de imitarse en nuestros días; y prometen a la patria un poeta más, capaz de producir grandes cosas.

El poema último, el *Cementerio*, *Él y Ella* han fijado particularmente nuestra atención. En *Layda*, está pintado con maestría el estado de una mujer abandonada por su amante, y que ha perdido el fruto de sus amores sobre cuyo sepulcro derrama flores y lágrimas: no hemos podido contener las nuestras al leer los sáficos en que exhala sus quejas, interrumpidas de cuando en cuando por aquellos versos [col. 3] verdaderamente inspirados que recuerdan la agitación de la naturaleza:

Y el diáfano horizonte se cubría
De capuz tenebroso; centellaba
Flamígero el relámpago en su seno
Y sordísono el trueno retumbaba

* Nota del E: Comentario anónimo, cuyo autor probable es Juan María Gutiérrez (Cfr. Weinberg 2006: 306)

La nave que lleva a Layda, perece en la tormenta, y véanse los colores que emplea el autor para pintarla:

La tempestad sonora en un momento
Se enseñoreó del mundo; las estrellas
Y la Luna y el cielo recatando
Fueron su opaca luz, y a fuer de montes
Lanzaban los sombríos horizontes
Escuadrones de nubes, que rodando
Con horrísono estruendo por la esfera,
Hacían retemblar en su hondo asiento,
El sólido terráqueo pavimento.
Se encapotó el cenit, con ceño torvo
Miró el cielo iracundo
Al angustiado mundo;
El trueno retumbando
Se acercó mas y mas, y rebramando
Sus resonantes alas sacudieron
Frenéticos los vientos, y azotaron
Las corrientes del Plata que se hincharon.
Todo fue horror entonces; levantaba
El río soberano embravecido
Su aterrador bramido,
Y al sonoro rugido de los vientos,
De los truenos y rayos lo mezclaba
Con el ímpetu ciego de un torrente,
De su hidrópico seno vomitando
Sobre las ondas, ondas, que espumeando
El límite asaltaban prepotente,
Bramaban, se agitaban, resurtían
Y con nueva pujanza lo embestían.
Los eléctricos fluidos se chocaban,
Ardía cual hoguera, el firmamento,
Y con mas rapidez que el pensamiento,
Los rayos y los truenos se seguían,
Y rugiendo estallaban,
Y en la tierra, en el aire o en las aguas
Su abrasadora llama sepultaban.
En vano fiaron las soberbias naves,
Que poblaban los senos del gran río
En sus anclas férreas; la tormenta,
Con impetuoso brío,
Las levantó en sus hombros, y bramando
Dio con su presunción en los escollos,

O las sorbió por siempre, derramando,
Para triste espectáculo á los ojos,
Por la playa arenosa y extendida
De su tremenda saña los despojos.

No podemos dejar de transcribir el Canto VIII de este poema, en el que reina la expresión de la sensibilidad más delicada, y en el que el poeta ha unido a la suerte de Layda, el sentimiento de su fragilidad: este fragmento basta a nuestro juicio para dar celebridad a su autor.

Ya no veréis del Plata en la rivera
Resplandecer de Layda en la hermosura,
Llorad ninfas del Plata generosas
Lágrimas de dolor y de ternura;
Se marchitó la flor más bella y pura
De vuestro sacro río; el débil pino,
Que llevaba a otro suelo su destino,
Despojo fue de las airadas ondas;
Diole el gran río en sus entrañas ondas
Digno sepulcro, y con ligero vuelo
Se sublimó su espíritu divino,
Desdeñando la tierra, al alto cielo.
Murió como la rosa de los campos,
Privada del balsámico rocío,
Y que deshoja el soplo del estío,
Cuando su pompa á desplegar empieza.
Se agostó, cual se agosta la esperanza,
El deleite, el amor, y la ventura.
Así también, á la inclemencia dura
De la suerte enemiga, amortiguada
Siento mi juventud; pronto el viajero
Contemplará, con ojo indiferente
Mi losa funeral, y sepultada,
Por la mano del tiempo en el olvido,
Layda infelice, quedará la gloria
Del Bardo que consagra hoy afligido,
Este fúnebre canto á tu memoria.

[Col. 4] Sentimos que el poco tiempo de que hemos podido disponer nos impida detenernos como deseamos en el examen de los *Consuelos*. Tal vez volvamos sobre el mismo asunto.

Diremos finalmente que la impresión, forma y encuadernación del libro, son buenas y elegantes, como si se hubiera publicado en Europa.

Correspondencia

Los consuelos *

Con este título se ha publicado en estos últimos días una colección de poesías originales, escritas por un porteño. 37 son las composiciones que encierra el libro, y en casi todas ellas predomina un sentimiento melancólico y un desvío de las cosas del mundo, que extrañaríamos ver enseñoreados del corazón de un joven, si la reflexión no explicara este enigma mortal.

La vida, es un camino que todos andamos con pereza y aburrimiento, cuando nos acercamos a su término, y con alegría y precipitación cuando damos en él los primeros pasos conducidos por ese presentimiento de dicha futura que divinizaron los antiguos, que la imaginación adorna y embellece, y todos llamamos *esperanza*. ¿Quién se acuerda en la juventud del día de mañana? ¿Quién en la aurora de la vida piensa que ha de llegar la noche profunda y misteriosa! Esto pasa en el hombre y también en las sociedades, que nacen, envejecen y mueren, y tienen en estos distintos períodos de su [col. 3] existencia, las calidades que distinguen al mozo y al anciano: el primero alegre, fugaz, vigoroso; el segundo lento, reflexivo, experimentado, triste, en fin, como el que después de perseguir con ahínco a un fantasma revestido de formas hechiceras, encuentra al palparle, que solo era sombra y vanidad.

Parece que tales deben haber sido las consideraciones que sugirieron al autor de los *Consuelos*, estas palabras de su nota primera: “Tal vez el tono lúgubre... disonará al corazón de la mayor parte de los lectores, como dan escozor cuando nadamos en regocijo, los sonidos de una fúnebre música”. Tal vez así suceda. Buenos Aires sólo cuenta veinte y cuatro años, porque la vida de un pueblo esclavo, es como la de las plantas sin voluntad ni movimiento, y puede decir como aquella anciana de una provincia argentina: “No soy tan vieja como parezco... nací el 25 de Mayo; hasta entonces no he vivido un solo día.” Su cielo es hermoso y despejado, sus anales están escritos por la victoria, y hasta aquí sólo han cantado sus poetas himnos de triunfo y de alegría. Sin embargo, puede ser muy bien que nuestra sociedad penetre la situación particular del autor, el sentimiento de sus versos, se complazca con la dulzura y fluidez de ellos, y no exija su mismo modo de sentir a un joven formado en otro clima, imbuido en las ideas de pueblos ya viejos, agitados de pasiones profundas, y tristes y melancólicos por lo mismo que han adelantado mucho en la carrera de la civilización.

Varias observaciones nos ha sugerido la lectura de *Los Consuelos* y todas favorables a su autor. Hemos notado que puede indicarse sin equivocación el orden *cronológico* de sus composiciones colocándolas por el *aumento* progresivo que se nota en ellas, con respecto a la pureza del idioma, claridad y soltura del estilo, elección de metros, naturalidad y belleza en las imágenes y profundidad en los pensamientos; y esto vale por sí solo un elogio, pues la perfectibilidad es calidad exclusiva del hombre de talento *contraído* y estudioso. Observamos que ha sido muy feliz en la elección de los modelos y que ha formado su

* *Nota del E*: Comentario anónimo, cuyo autor probable es Valentín Alsina (Cfr. Weinberg 2006: 308)

gusto en la lectura de los verdaderos poetas y de los libros sagrados; y que rara vez (y eso a nuestro juicio solo en sus primeras composiciones) se olvida que [*sic*] las divinidades del paganismo yacen entre las ruinas de los templos griegos y romanos solitarios en el día, sin víctimas ni sacerdotes. Estamos convencidos de que el Sr. Echeverría cree con nosotros que la religión de Melendez y de Lamartine ensancha mucho más el corazón y la mente, que la de Horacio y de Ovidio. Digamos si no se ha sentido con el ánimo más tranquilo después que [*sic*] corrieron de su pluma estos versos suaves y sencillos, sin artificio:

Mi espíritu se humilla
A tu divina planta,
Y su dolor levanta
Esperanzado á tí;
Acoge la sencilla
Plegaria que te envía
Señor, y tu faz pía
Vuelve un instante á mí.
.....
De dolor consumido,
De angustias y dolencia
Tu divina asistencia
Necesito Señor;
Levanta mi abatido
Corazón, vuelve á mi alma,
Vuelve la dulce calma
Que le roba el dolor.
.....

Algunos de aquellos críticos que solo ven con ojos ajenos y se atienen, al juzgar las obras de imaginación y de gusto, a lo que han dicho Quintiliano, La Harpe o Martínez de la Rosa; creerán que es una licencia imperdonable la mezcla de diferentes metros que se nota en *El y Ella*, y en el poema titulado *Layda*, como lo dijeron cuando apareció una obrita que se atribuía al autor de los *Consuelos*: pero nosotros que sabemos que la celebridad de que gozan algunos poetas inmortales, la deben al juicio público, y no a los anatomistas de palabras y de frases; creemos por el contrario que la diversidad de medidas en el verso, son en una pieza de poesía como las cuerdas de un instrumento, de las cuales cada una tiene un tono propio, y pulsadas a la vez o alternativamente por una mano inteligente, forman una armonía que nos encanta y arrebatada.

Creemos que así como el músico precipita o detiene los sonidos, según la impresión que quiere producir, debe el poeta del mismo modo uniformar la pasión o el pensamiento con la cadencia y medida de sus versos. De esta verdad estaban penetrados los dramáticos españoles, pues vemos en las más de las comedias antiguas empleados el romance y el endecasílabo.

Verdad es, que, si se mezclan los metros sin necesidad y sin orden, y por lo tanto sin que se pueda explicar la razón que indujo al poeta a hacerlo, resulta una discordancia tan desagradable como la de un instrumento destemplado: pero véase cómo el poeta se vale

de es- (col. 4) tos resortes, con los cuales a todos impresiona; pero cuya causa no es dado a todos discernir. No hay un hombre que no abrigue algunas ideas, y los más ignoran que las deben a los sentidos y que las engendró la percepción. Veamos, decíamos, cómo el poeta se vale de esos resortes, y cómo hace que Laida exhale sus quejidos en el metro más adecuado y cuya invención se atribuye a otra mujer también víctima del amor:

Crudo el destino deshojó en un día
Las flores todas de mi vida ufanas;
Diólas al viento, y me dejó desnuda
De toda gloria.
Doquiera miran mis cansados ojos
Duelo tan solo y confusión encuentran,
Y nada, nada, que a mis ansias pueda,
Darles consuelo.
Lágrimas tristes de dolor ardientes,
Estéril llanto sin cesar derraman;
Buscan en vano, y ni aun la luz divisan
De la esperanza.
Arido yermo para mí es la tierra:
El tierno fruto de mi amor funesto
Yace en la tumba, y el q' reina en mi alma
Mis ansias no oye.

El resto de este poema está casi todo escrito en silva, porque el uso alternativo de versos de 7 y 11 sílabas y la libertad de la colocación de los consonantes que ésta permite la hacen a propósito para las descripciones que piden movilidad y soltura en ésta:

Ya el astro de la noche derramaba,
Seren y melancólico su lumbre,
Sobre la triste tierra, y muchedumbre
De fúlgidos diamantes esparcidos
En su diáfano velo rutilaba
La noche era apacible, y los alientos
De los tranquilos vientos,
Suavemente lamían
Las corrientes del Plata que dormían;
Mientras, tendido al aire el ancho lino,
Un bajel se alejaba
Arando suave el líquido Argentino.
Sentada Layda en la soberbia popa,
Sola con su dolor, al desvarío
De su afligida mente se entregaba,
Y su vista espaciaba
Por el cristal sereno del gran río,

Do gozosa la Luna se miraba,
Y en piélago de luz lo transformaba.
Su cabellera airosa,
De color de azabache, ondeaba al viento,
Y sus ojos hermosos,
Cual astros macilentos y radiosos
En la cándida frente de la noche,
Sobre su tez nevada relucían;
En tanto que la obscura
Sombra de la tristeza
Los divinos encantos y pureza
Velaba de su angélica hermosura.

...Muchas otras citas podríamos hacer en comprobación de nuestro modo de pensar; pero creemos que las hechas hasta aquí bastan a la penetración de los lectores, que serán seguramente muchos los que tengan una obra tan llena de bellezas y que tanto honor hace a nuestra literatura naciente.

Los Consuelos.

Poesías de D. Estevan Echeverría

Esta interesante colección de poesías selectas de un joven compatriota nuestro ha visto ya la luz pública; y es una obra clásica entre las composiciones de esta especie. Parece que el Sr. Echeverría ha ensayado el trazar la senda al poeta por un campo nuevo; representando al natural las escenas de nuestro país que más imperio ejercen en la imaginación y excitan más la sensibilidad. En la descripción de aquellos objetos que más interesan al corazón humano, en el cuadro animado de aquellas ilusiones queridas que halagan nuestra fugaz existencia, siempre prefiere representárnoslos con el colorido del país como sucede en *El Pensamiento*, *La contestación a D. J. T.*, *El Regreso*, *El Clavel del aire*, y otras.

Un colorido tierno y melancólico domina en las armoniosas composiciones de este joven poeta. Aquellos acentos penetran lo más vivo de la sensibilidad; y parecen los soliloquios de un corazón que ha experimentado pasiones y solo ha recogido pesares. ¿A quién no interesan los siguientes versos?

En vano busco la muger hermosa,
Iman de mi alma, que llenó mis días
De tiernas ansias, deliciosos sueños,
De amor y dichas.
La busco en vano, que doliente siempre
Voz ominosa de la negra tumba
Burla mi anhelo y me responde triste:
“Aquí se oculta.”
Se oculta sí... ¿mas sempiterna noche
Cubrirá el lecho dó mi amor descansa?
¿No verá un angel que moró en la tierra
La luz de otra alba?
Pero que importa, si su imagen bella
Mientras yo aliente vivirá en mi pecho,
Dó el aura aspira que á los serafines
Destina el Cielo:
Hasta que airada la insaciable muerte
Corte la trama de mi frágil vida,
Una mis restos á los suyos caros
Y todo estinga.

No es menos interesante el cuadro animado y sentimental que nos presenta en el *Poeta enfermo*; tanto más cuanto que es análogo a su situación. Parece que la naturaleza al favorecernos con esos ingenios hijos de la armonía, que nos deleitan y conmueven con sus sublimes cantos, ha circunscripto su existencia a un círculo más pequeño que los del resto de los mortales. Sea que la intensión del sentimiento aje más prontamente los resortes de la vida, o que la melancolía del corazón unida a la asidua representación de escenas afligentes

ejerza una influencia funesta sobre su organización física, ello es cierto que apenas brillan un momento; dejando solo la celebridad de un nombre que se transmite a la posteridad...

Oigamos al *Poeta enfermo*:

El Sol fulgente de mis bellos días
Se ha oscurecido en su primer aurora,
Y el caliz de oro de mi frágil vida
Se ha roto lleno.
Como la planta en infecundo yermo
Mi vida yace muribunda y triste,
Y el sacro fuego, inspiración divina,
Devora mi alma
Don ominoso! En juventud temprana
Yo me consumo, sin que el canto excelso,
Eco sublime de mi dulce Lira,
Admire el Mundo.
Gloriosos lauros las divinas Musas
Me prometieron, y guirnalda bella

[P. 3, col. 1] Notamos que a la cadencia poética se halla reunida en estas composiciones aquella naturalidad amena con que se deslizan, por decirlo así, sin afectación ni pompa, los pensamientos más sublimes y las imágenes más vivas. El corazón del lector se interesa, y herida su sensibilidad por esos ecos melodiosos, tributa en silenciosas lágrimas el encomio más sincero y elocuente al ingenio que ha sabido presentarle un cuadro fiel de sus pasiones, de sus afectos y de sus simpatías. En los *Recuerdos*, romance a Dalmira, se halla descripta con admirable naturalidad aquella época indeleble siempre en el albergue del corazón: *Los primeros amores*; es imposible leer esta bella producción sin trasladarnos a la contemplación de aquellos momentos felices con que nos deleitó la primera, la más fuerte simpatía del corazón; y sin que nos excite el recuerdo de lo que más amamos, y de lo que no encontramos después en las ulteriores escenas de la existencia.

(Continuará)

La Gaceta Mercantil, 21 de noviembre de 1834, N° 3431, p. 2, cols. 2-3

Los Consuelos

Poesías de D. Estevan Echeverría

(Concluye el artículo del Núm. anterior.)

La bella e infeliz *Layda* es un objeto que interesa en sumo grado. Aquí el poeta nos retrata de un modo tierno y dolorosamente elocuente el amor maternal desgraciado y el amor mal correspondido.

¿Dónde irá Laida, adonde
Llevará su dolor y desconsuelo?
Nadie se apiada de su triste duelo;
Nadie en la tierra á su clamor responde.
Dó quiera vuelva sus inquietos ojos
Halla solo los mismos despojos
Que le dejó el amor, dó quier vestigios
De glorias y venturas que pasaron,
Dó quier caros objetos que le dicen,
Con voces penetrantes, de amargura:
“Aquí fuiste feliz, aquí gozaste,
En brazos del amor y la ternura,
Deliciosos momentos que volaron,
Y para ti por siempre se acabaron.”

Parece que en este rápido e ingenioso cuadro ha comprendido el autor toda una época de caros pero mortificantes recuerdos; época en que nos arrojamus inciertos y descuidados en la corriente de la felicidad, halagados por la esperanza, el amor y los placeres... Después, desimpresionados del brillo de aquellas ilusiones, solo encontramos ya caros objetos que nos dicen:

“Aquí fuiste feliz, aquí gozaste, &.”

¿Y qué diremos del *Cementerio*, de esta composición maestra en que resalta la sublimidad en los pensamientos, y en que una melancólica melodía corresponde a la naturaleza del objeto?

Al resplandor sereno de la Luna
Yo andaba por los sitios solitarios
Que al vulgo atemorizan, pesaroso,
Y en lúgubres ideas embebido;
Y mis inciertos pasos me llevaron
A la mansión sagrada de los muertos:
Religioso pavor cubrióme al punto,
Y exclamé sofocando mis angustias;
Silencio ¡ó corazón! he aquí el asilo
Donde reina la paz inalterable,
Dó no alcanza el tumulto de los hombres,
Dó se acaban las ansias y tormentos
De la altiva ambición y el infortunio,
Dó se estrella el poder y la grandeza,
Dó el amor y el deleite se anonadan,
Donde la gloria es humo y las pasiones
Que agitan al mortal; aquí el esclavo
De sus hierros se olvida, y con el polvo
Del que oprimió insolente, á confundirse
Viene el feroz tirano; aquí del crimen
Cesa el remordimiento, y los gemidos

De la virtud paciente se sepultan;
Aquí se abruman, sin cesar, los siglos
Y mil generaciones y mil otras,
Con rapidez se agolpan, no dejando
Vestigios de su ser; aquí su cetro
Levantán el misterio y el olvido,
Las esperanzas mueren, y en su aurora
El ingenio brillante se disipa.

En otra parte se hallan estos versos:

... “Silencio, réptil vano,
La mansión del misterio es el sepulcro”
Un eco moribundo respondiome,
Y silencio, silencio repitieron
Los cóncavos helados de las tumbas.

Y más adelante:

Y vi de una mujer la vaga sombra
De una mujer que conocí en la tierra
Y que profano labio nunca nombra
Y otra voz repitió –“ven, hijo mío,
Ven te consolaré, ¡qué infeliz eres!
Tu alma no es de ese Mundo, aquí es su centro:
El lodo es del réptil” –un grito entonces
Quise dar, y no pude, y la voz madre
En mis labios se ahogó, y yo miraba
Pasmado de terror, sin movimiento
De la tumba fatal aquel portento.

No es menos digna de encomio la *Contestación á D. J. T.*, compañero y amigo del autor. El hombre religioso se presenta aquí, sin fanatismo, sin funestas preocupaciones; el hombre religioso por un profundo convencimiento derivado del orden admirable del Universo, y de las armonías de la creación. Él es quien nos dice:

Allí tu alma inflamada en su desvelo
Hasta el trono de Dios levanta el vuelo
Y olvidada del Mundo
Escucha la armonía soberana
Que de su eterna gloria eterna mana
Cual venero fecundo.
Allí anhela calmar su sed ardiente
En esa viva inagotable fuente
Que al universo anima,
Y con alas de fuego divagando

El infinito abarca y remontando
Más y más se sublima.

En fin, *Los Consuelos* tienen derecho a un puesto eminente en el Parnaso Argentino. El buen gusto que ha formado su autor en la escuela de los verdaderos poetas, la nobleza, sublimidad y energía de los pensamientos, el bello colorido de las imágenes, la fluidez del estilo, la buena elección del metro, y esa elegante sencillez con que sabe interesar el corazón del lector, todo recomienda el justo mérito de esta obra.

Interior

Literatura

Los Consuelos;

Poesías originales de Estevan Echeverría

[Juan Thompson]

En una sociedad cuyas bases descansan en instituciones sancionadas por el tiempo, y por los progresos del espíritu humano, la literatura ocupa su lugar, porque todas las ciencias ya tienen el suyo exactamente marcado. Allí la literatura sigue siempre la huella que le traza la filosofía de la época, y a su vez ella también ilumina el camino por donde la historia debe pasar más tarde con su séquito de hechos ciertos, o cuentos fabulosos. Entonces, y cuando llega a ocupar ese lugar, la literatura se reviste de un carácter propio, toma un nombre, y su misión es ensanchar el dominio de la inteligencia. Por el contrario una sociedad naciente, que no puede haber recibido nada de la marcha de sus instituciones, no es posible tenga literatura verdadera, porque ésta, lo repetimos, viene mucho después; es decir, cuando ya están los materiales reunidos, y prestos a ser colocados para levantar el edificio; es, por decirlo así, como los adornos que deben hermosearlo, o como las columnas que indican el orden y el objeto del monumento.

Efectivamente en los tiempos primitivos no conocemos literatura alguna que merezca ser llamada así. Tenemos cantos fugitivos inspirados por el espectáculo de la naturaleza, o por las risueñas ficciones de la mentirosa mitología. Tenemos a Homero; pero Homero no representa ninguna literatura: es un inmenso genio que lo abarca todo, leyes, moral, artes, poesía. Homero es uno de aquellos Semi-Dioses que bajaban de cuando en cuando del Olympo para consolar al desgraciado y aleccionarlo con versos armoniosos sobre sus deberes para con el que preside todos los destinos, y sus obligaciones para con sus semejantes. Los hombres reconocidos y admirados le levantaron templos, le tributaron culto, y le pusieron en el número de los inmortales. Tampoco Osian, ni las proezas rimadas del Cid representan la literatura de sus países; y ¿cómo sería dado, la representasen cuando asoman en los días primitivos de sociedades movidas apenas de un espíritu progresivo?: serán cuando las fuentes preciosas donde irán después los que quieran, y sepan escribir en busca de nociones para pintar aquellos mismos tiempos cual se trasluce que pudieran ser, y tomar para sus cuadros personajes idénticos a fin de que reflejen el lenguaje y el espíritu de épocas casi olvidadas, si el historiador, y el poeta no se apresuran a darle vida [*sic*]. Entonces sí, empieza la literatura, entonces, como ya dijimos, merece un lugar, y en efecto lo tiene: entonces empieza la tragedia o el drama, el poema, el canto, la novela; entonces la literatura ya trabaja ansiosa a favor de la inteligencia: no se contenta con tocar por encima objetos frívolos. Desde la epopeya hasta la crónica, desde la oda hasta la elegía todo lo abraza; pues la sociedad es su teatro. Por consiguiente pinta las pasiones sin dejar ya ese cuidado a la historia, y muy al contrario le suministra rasgos que hubieran pasado quizás sin que ella los percibiera.

Si no nos hemos engañado al decir que una sociedad virgen no puede tener literatura, bajo todas sus formas, sus géneros y colores, confesaremos que nosotros aún

carecemos de ella. Poseemos, es cierto, admirables inspiraciones del genio más atrevido, discursos elocuentes, y en el púlpito y en la tribuna ha resonado más de una vez la voz bienhechora de los varones doctos, y la poesía a su turno llevó también lauros a las aras populares. Pero esto no basta para creer que tengamos una literatura. Inspiraciones del momento, hijas del entusiasmo, son pasajeras, y casi siempre esas producciones fogosas y valientes, engendradas en el corazón del poeta, recibieron su forma en molde extraño, y calmado el primer sentimiento de simpatía, hallamos que el objeto era noble, pero que los colores con que fue pintado eran exóticos, y hubiésemos querido fueran nuestros. No son tampoco inculpaciones. Una sociedad marcha a su tiempo, y en su carrera encuentra las galas que mejor le sientan. En la nuestra joven, nacida ayer, y nacida esclava, ¿qué literatura podría haber cuando apenas sabíamos hablar? Apenas un pálido reflejo de la literatura de la Metrópoli llegaba hasta nosotros, porque era pacto ya firmado con la ignorancia, y la maldad embrutecernos para gozarnos, sumirnos en las tinieblas para mandarnos. Pero enternecida la providencia repitió por segunda vez para nosotros *fiat lux et lux facta est*.

Se cumplieron, como se cumplen siempre los decretos supremos, y pudo decirse después de la esclavitud.

¡Aquella ingrata noche había pasado!

Días de entusiasmo nacieron; días de gloria nos esperaban. Hondeó abrigándonos con su sombra otra bandera de colores más suaves, porque le prestó el cielo el hermoso cándido de sus estrellas, y el azul de sus bóvedas. Edad nueva para nosotros. Aquí el entusiasmo, y la realidad imperan; la ficción nada tiene que hacer; y es preciso que los primeros sonidos de la lira, sean cuales debieron ser, exclamaciones, gritos, clamores, algazara: que todos los pechos latan, que el corazón rebose, y se derrame: Es preciso que el poeta grite en alta voz, y desde la cúspide, temple su lira al uníson del entusiasmo, del brío, y de las exigencias nacionales: es preciso que a nuestros guerreros jóvenes e inexpertos inspire denuedo; que la gloria les llame sentada allá entre las nevadas regiones de los Andes, y que para que trepen sin desmayar las frías sendas le cante con mágico acento:

A vosotros se atreve argentinos
El orgullo del vil invasor.

La victoria no tarda en lavar la afrenta de un pueblo libre. El tiempo apura, no se detiene el poeta en adoptar tal o tal género, le pide a su corazón loores para sus hermanos, y prorrumpe en cánticos como éste:

Oigo el eco veloz que atravesando
Del Pacífico mar la quieta hondura
Resuena de los Andes en la cima
Libertad, libertad, no mas resuena
Por todo el continente; y el ruido
Del último eslabón de la cadena
En trozos dividido

Amedrenta, y aterra
A todos los tiranos de la tierra

He aquí un género sin embargo; el género lírico: un principio de literatura nacional. Comenzamos nosotros por donde siempre empieza la literatura, y es porque nosotros recién nacemos, que la gloria nos dio el ser, y que era justo tributarla homenaje y gratitud. Muchos trozos hallaríamos que pertenecen enteramente al tono atrevido, y grandioso de la oda, posición respetable en donde los acontecimientos han colocado siempre al poeta, y que nos impulsa más y más a creer que nuestra literatura se ha movido muy poco. Sí, ella ha empezado por lo más sublime, por la oda pindárica, pues no pudo ser de otra manera, y era natural que un pueblo joven cuyo cielo hermoso se refleja en su mirar altivo; que pasó sus tempranos días bajo la tienda militar, en medio de las balas y de la humareda de la pólvora, de un pueblo cuyos oídos no conocían más armonía que el sonar de una corneta, y el *relinchar del alazán fogoso* entonara su primer himno a la victoria, que por tantas veces ciñó sus sienes con laureles inmarcesibles.

Esta es la razón que nos hace creer que nuestra literatura ha recorrido un corto trecho, y que no ha llenado aún lo mucho que pide el entendimiento para que le demos aquel nombre. Ella no ha girado alrededor del poema épico, de la tragedia o del drama, de la comedia, del cuento, de la novela. No se ha revestido de las caprichosas ficciones de la fantasía, y por lo mismo está aún en su primer[a] infancia, pero en una infancia robusta, y lozana. Pronto la veremos en la calma de la tormenta, cuando se haya disipado un poco el ruido de las armas, pronto la veremos adoptar otra forma.

A medida que un pueblo marcha, los elementos de su grandeza lo rodean: ya igualmente la literatura quiere tomar parte en el movimiento común. El que cantó con valor y fuerza, el poeta espera celebrar aún los progresos de esa sociedad que le dio vida; busca un nuevo género cuando de repente la muerte le arrebatara un padre o un amigo, y entonces hallándose con (col. 3) un laúd en la mano, pídele un sonido, y al pulsar las cuerdas ya no saca como antes cantos bélicos, sino voces lúgubres y melancólicas. Tal el género elegíaco.

No hay duda de que este género como el lírico son los que más dominan en nuestra escuela poética, y que ambos han sido tratados con igual ingenio, y por lo mismo pertenecen a nuestra tierna literatura. Citaremos a fin de robustecer nuestras ideas:

Vano llorar y suspirar mas vano!
Que al reino del olvido
La voz no llega que lanzó el gemido
Mas valiera; Ramón, sí mas valiera
Ni sentir, ni querer; y cual huimos
De carnívora fiera
Así del hombre cuyo pecho vimos
Abierto á la amistad, y á sus encantos,
Ay! ¿quién resiste si se pierden ellos
Tan acerbo pesar, tan largos llantos,
Resista el duro; mientras yo postrado
Sobre el cadáver del que fue mi amigo
Todos los nombres del amor le daban

Y desoído y solo
De ingrato á mi cariño le acusaba.

Es cierto que a más de esos dos géneros hubo quien ensayase también la tragedia, pero lo decimos con pesar, a este respecto el poeta, olvidado de su verdadera misión, desconociendo sus nobles intereses, tomó sus héroes en otra historia que la nuestra: no comprendió que así como la América tenía su libertad peculiar, era indispensable crease su teatro donde ella misma se reflejase; pues no se dirá falte el asunto, y que el espectador no saldría más entusiasmado, más conmovido de la representación de un hecho acaecido en su patria, que de un acontecimiento de la Grecia o de Roma. He aquí lo que nosotros llamamos literatura nacional, y por qué manifestamos que la nuestra está aún en su cuna.

No carecemos por cierto de elementos, no nos faltan recuerdos de todo género, capaces de despertar la inspiración.

Cuando nos propusimos hablar de nuestra literatura, comunicando nuestras ideas respecto a su estado, nos fijamos en los *Consuelos*, poesías originales del Sr. D. Estevan Echeverría, y nos pareció exigían, por el interés con que han sido acogidos, examinásemos detenidamente, si tenemos o no una escuela literaria.

La aparición de los *Consuelos* debe lisonjear a todo argentino. Nosotros hemos participado de la más sincera emoción al ver salir a luz una obra fruto de los desvelos de un compatriota. Ella manifiesta en sí una tendencia, y quizás hayamos penetrado el pensamiento del autor, diciendo que es necesario tengamos una literatura nacional. No dudamos [de] que el autor de los *Consuelos* trabaje con tan noble objeto; pero nos permitiremos decir también, que las cuerdas que él ha pulsado con dulzura y armonía han resonado ya otras veces entre nosotros con bastante éxito. La elegía, pues este género es el predilecto del Sr. Echeverría, fue cantada antes de un modo sublime, y lo hemos indicado refiriendo trozos de una muy patética, y que como los *Consuelos* pide y consigue lágrimas.

El lenguaje del autor de los *Consuelos* es dulce y melodioso. La fuente en que bebe es pura, pero no tan nueva que olvidemos otros hermosos cantos a cuyos autores es lícito que la crítica ofrezca a su tiempo un respetuoso recuerdo, única y bien humilde recompensa para el poeta que al mitigar el dolor ajeno solo aspira a una mirada de reconocimiento, y de simpatía.

El poeta ha llamado también [a] la religión en su auxilio, y en esta parte confesamos que el santuario será siempre un asilo de paz donde el corazón que sufre puede ir sin temor a desahogarse a presencia de la divinidad. No hay duda de que el silencio y la majestad de un templo merecen los himnos de la lira. En este género el autor de los *Consuelos* no satisface, a juicio nuestro, las ideas que podemos abrigar, y que nos infunden esos solemnes cánticos de David, esos versos de la Biblia, leídos y meditados allá en el silencio misterioso del santuario, postrados humildemente delante del Dios de Israel. Sí, hubiéramos querido que tuvieran más unción, fueran más místicas las poesías religiosas del Sr. Echeverría; así como no le pedimos ni más calor, ni más vida en las líricas, porque el que se lamenta con tan acerbo dolor, el que exclama desde su lecho de agonía:

El sol fulgente de mis bellos días
Se ha obscurecido en su primer aurora;
Y el cáliz de oro de mi frágil vida

Se ha roto lleno,

[col. 4] no podrá nunca, aunque quiera, acomodar su lira a la entonación elevada. Así es que en esta parte lo hallamos muy inferior a otro poeta argentino, cuyo pecho se conoce arde al hablar de Patria:

Ya las voces escucho
De los mismos guerreros
Que fueron el terror de los Iberos
En Pichincha, en Junín, en Ayacucho;
Guerreros argentinos, que llevaron
Triunfante sus banderas
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el opimo Chile las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al terrible marchar de los campeones.
Parten de allí, cual rayo á otras regiones
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimar sonoro:
El Ecuador los vio, Quito amagada
Miró argentinos, y quedó asombrada...

En cuanto a la preferencia de las piezas, admitimos la opinión luminosa de otro crítico, que en el brillante análisis que ha hecho sobre los *Consuelos*, sienta que el *Poeta enfermo*, *Lara o la Partida*, el *Cementerio* conmueven. No dudamos por lo mismo que el poeta obtenga en alivio de sus penas, una *lágrima* de la *ternura*, un *suspiro* de la *belleza*, sobre todo si en ciertos días de la vida, acerbos y solitarios, los bellos ojos de alguna cándida e inocente virgen miran estas estrofas:

Adiós amores, de la vida rosas
Que exhaláis grato vuestro aroma un día
Y perdéis luego el poderoso hechizo
Que delirar nos hizo.

Y tú también angelical criatura
Guarda celeste de mi triste vida
Que yo vi en sueño y en feliz instante
Pude llamar mi amante.

Tú que supiste embelesar mi mente
Tú que las ansias de mi amor pagaste
Que el dulce néctar del amor me diste
Y dichoso me viste!

No hemos querido al formar este cotejo de las producciones de nuestros poetas, salir de nuestra escuela, pues hubiéramos hecho mal de traer autoridades que si bien eminentes y respetables no nos pertenecen bajo ningún título, ni satisfarían nuestro propósito. Como tampoco pretendemos discutir si el libro de los *Consuelos* se acerca a la escuela antigua o a la moderna. Nada gana el entendimiento con esas vanas cuestiones de nombres, y de clasificaciones vacías; porque para nosotros no puede haber otra escuela que aquella en que se ostenta con toda su brillantez lo natural y lo bello.

Mucho tiempo ha que nuestros escritores dejaban de producir algo, y no pertenece a nadie culpar esta falta, deplorarla más bien, porque dimana de circunstancias tristes y poco propicias a las producciones del talento. Ahora aparece un nuevo poeta exhalando sus quejidos, hablando un lenguaje íntimo, fácil de entender, si alguna vez la melancolía ha penetrado en nuestros corazones. Su voz es dolorida, y si él no hubiese prevenido el juicio de la crítica en una de sus notas, diríamos que lejos de ser *Consuelos* son *desahogos* de un pecho marchitado que batalla sin cesar con el dolor.

En la existencia del poeta, y de nuestra joven literatura, el libro de los *Consuelos* hará época, aunque su género en globo participe de algún modo de influencias extrañas, de las ideas de otra sociedad más ilustrada en la carrera de la civilización, de una sociedad ya envejecida por las vicisitudes humanas, en donde las pasiones se desarrollan bajo una forma distinta día a día, en donde el amor mismo, ese sentimiento puro y delicado despojado de sus amables hechizos se muestra melancólico y casi siempre enlutado para herir el corazón que adora. Mas entre nosotros, las pasiones, como todo, se resienten de una juventud tierna: es obligación entonces de aquel que reasume la elevada misión de escritor, si quiere desempeñarla con lealtad, ya que a la par del sacerdote tiene también conciencias a su cargo, animar, no afligir, cantar la esperanza, no la muerte.

He aquí el camino abierto a nuestra literatura: estudiar nuestras costumbres, evocar lo pasado, y embellecer lo porvenir.

Sr. Editor de la G. M.

[Esteban Echeverría]

Dígnese Ud. Insertar las siguientes observaciones sobre el artículo *Literatura*, que publicó el *Diario de la Tarde* en su número 1041, analizando *Los Consuelos*.

Sr. articulista:

No es mi ánimo disputar a Ud. la palma de la crítica literaria, ni menos arrostrar el magisterio con que Ud. desde su cátedra, reparte coronas a nuestros poetas; sólo sí, hacerle notar algunas candideces, que inadvertidamente sin duda, se han escapado a su *elegante pluma*.

Después de un largo preámbulo, en el cual parece se ha propuesto Ud. trazar el cuadro de nuestra poesía, olvidando, en mi concepto, injustamente algunos poetas sobresalientes que desgraciadamente no existen ya, y a los cuales era más *lícito, que la crítica ofreciese un respetuoso recuerdo*, pasa Ud. a hablar de la obra que ha dado motivo a tan brillante inspiración, y asienta Ud. que nada hay nuevo en los *Consuelos*, porque ya antes poseía nuestra *tierna literatura, sublimes elegías y pindáricos cantos*. No ha dejado de sorprenderme a la verdad este aserto, tanto por el aire de novedad con que se arroja ante los ojos del público porteño, cuanto porque de él deduce Ud. que a pesar de ser el género predilecto del autor de los *Consuelos* el elegíaco, él no ha podido llegar a igualar a los sublimes trozos que Ud. cita. El autor de los *Consuelos* no se ha propuesto disputar el lauro a nuestros poetas, ni menos deslucir su reputación fundada en algo más sólido que los elogios del Sr. articulista; pero hubiera deseado que no hubiese puesto en cotejo intempestivamente sus producciones, con las de los poetas que le han precedido en la carrera, pues no es al Sr. articulista, a pesar de su magisterio, a quien toca pronunciar el fallo sobre su intrínseco y relativo mérito, sino a la pública opinión, y al tiempo, únicos jueces a quienes, como dijo un crítico de la Gaceta, deben su celebridad algunos poetas inmortales.

Lo que Ud., Sr. articulista, debió haber hecho a mi ver, para *desempeñar con lealtad y buena fe, la elevada misión de escritor público*, era, al hablar de nuestra poesía, hacer mención de los Lucas, Lafinures [*sic*], Rodríguez, etc., compararlos entre sí, y adjudicarles coronas, ya que ha tomado Ud. a pecho el empuñar el cetro de la crítica, y el hacernos ver, que si no tenemos literatura no nos faltan al menos Jeffreys, St. Beuves, y La Harpes.¹

El autor de los *Consuelos* ha conocido antes que Ud. la falta de literatura nacional, pues lo indica en su segunda nota; pero no ha dicho, ni pretendido con sus *Consuelos* echar el cimiento de aquella magnífica obra. Su solo objeto ha sido, no *exhalar sus quejidos*, sino expresar sus sentimientos en el idioma de las musas: tampoco ha implorado para *aliviar su pena*, lágrimas de la ternura, ni suspiros de la belleza, lo que sería ridículo, sino que dijo de modo que todos pudiesen entenderlo “que el poeta al modular el canto que le inspira su corazón, si consigue una lágrima de la ternura y un suspiro de la belleza, debe llenarse de

¹ Célebres críticos extranjeros.

satisfacción, pues estos sinceros elogios le muestran que ha herido realmente la cuerda que se propuso herir, y son sus más gloriosos trofeos”.

Asienta Ud. con ligereza, Sr. articulista, que el que se lamenta con tan acerbo dolor, y exclama en su agonía

El sol fulgente...

no podrá nunca aunque quiera, acomodar su lira a la entonación elevada; y esta deducción me parece tan ridícula y tonta, que estoy aún indeciso si debo prohibirla a su cerebro, o a algún desliz de pluma o de imprenta. Me asiste el convencimiento, que no le sería difícil al autor de los “Consuelos”, si viviese en época de entusiasmo y de gloria nacional y ocupase *esa posición respetable, en donde los acontecimientos han colocado al poeta*, elevarse a esa *entonación* robusta que campea en los Pririderios [*sic*] trozos con que ha engalanado su artículo, ya que ha estado Ud. tan corto de vista, que no ha encontrado nada comparable a ellos en los “Consuelos”.

Acaba Ud., Sr. articulista, por decir que el poeta, como el sacerdote, tiene también conciencias a su cargo, y hubiera sido bueno que no echase en olvido las siguientes líneas que puso también Hugo en el prefacio de sus Orientales:

El autor de esta obra no es de aquellos que reconocen en la crítica el derecho de interrogar al poeta sobre sus fantasías, ni menos de preguntarle, por qué escogió tal asunto, aplicó tal color, o bebió en tal fuente. ¿La obra es buena o mala? He aquí la jurisdicción de la crítica.

Y que fiel a las doctrinas de su maes- [col. 3] tro, se hubiese Ud. ceñido a analizar los “Consuelos”, y a averiguar si podrán ellos influir de algún modo en el progreso de nuestra literatura, sin cargar la mano sobre su autor, por haber dado a sus composiciones un colorido sombrío.

Bueno hubiera sido, Sr. articulista, que sin dejarse llevar de la extravagante manía de singularizarse, se hubiese Ud. acordado [de] que el autor de los “Consuelos” se abstuvo de tocar en sus notas algunos puntos de crítica literaria, porque no se creyó con derecho ni autoridad, para dogmatizar sobre este ramo como Ud. lo ha hecho.

Disimulo a Ud. el tono magistral con que se pronuncia relativamente a los “Consuelos” y con que falla sin apelación en materias de gusto, porque veo que Ud. se ha propuesto nada menos que el público ajuste su humilde juicio a la arrogancia y vanidad de su crítica: pretensión a la verdad extravagante. Creo Sr. articulista, que en esto de críticas es preciso irnos muy a tientas, y no lanzarnos a decir cuanto se nos pase por la imaginación, y cuanto nos hayan sugerido mal digeridas lecturas, o amistosas conversaciones.

No se crea que ningún sentimiento innoble me ha movido a trazar estas observaciones, sino el deseo de reprimir los arrojos de la petulancia, y de decir algo en obsequio al mérito y [a] la justicia.

[Firma] *Un verdadero amigo del autor de los “Consuelos”.*

Interior.

RIMAS de don Estevan Echeverría

[Juan María Gutiérrez]

Sabemos a no dudarlo que el autor tenía premeditado el poner al frente de su nueva publicación, una teoría extensa y nueva sobre el arte, o sobre su metafísica estética.¹ Este trabajo interesante para los estudiosos, servirá a la vez al poeta, ya de escudo contra los tiros ciegos de la crítica descaminada, ya para colocar al lector en el punto de vista adecuado a la talla de sus personajes, a las sombras, luces y coloridos de sus cuadros. Servirá igualmente de antorcha fiel para seguirle los pasos en el camino de su pensamiento, decidiéndonos a proseguir por su vida o a darle las espaldas tomando otro sendero.

Ha desistido por ahora de su propósito, considerando sin duda que aún no ha cerrado el círculo de sus trabajos artísticos, ni hecho vibrar todas las cuerdas de su harpa: condición necesaria para poseer todos los materiales que debe alzar el edificio de su teoría. Trabajo es este útil y necesario: trabajo por que clama una generación que se endereza ansiosa a los veneros del saber, y que aplicando la razón a todo objeto, detiene el paso (al poeta mismo) preguntándole qué quiere, a dónde se encamina.

Nos hemos propuesto decir algo no ya acerca del arte en general; ni tampoco de la poesía en particular, sino acerca de las que contiene el volumen de *Rimas* del Sr. Echeverría. Mas séanos permitido remontar por un instante hasta la primera producción del poeta.

ELVIRA

En 1834 [*sic*], apareció en Buenos Aires un corto poema titulado: *Elvira o la Novia del Plata*, sin prólogo y anónimo. Hijo de autor retirado y desconocido, pasó como huérfano sin valimiento: apenas el dedo de la prensa periódica le señaló a las miradas distraídas del público. Sabemos que la ira del poeta, le hizo cribar entonces las cuerdas de la sátira, marcando con sello ígneo la frente mezquina de los diaristas que enmudecieron ante el primer vuelo de una imaginación en su aurora. Juró en lo secreto de su conciencia tender en adelante sus alas, y agitarlas de modo que resonaran con eficacia; y levantar el acento de sus armonías hasta que fueran escuchadas; juró formarse un nombre, y trabajó por no burlar la voz misteriosa que le decía: eres poeta.

El autor de los *Consuelos* es aclamado tal por el público, y nuestra opinión particular le asigna un puesto señalado entre las luces de nuestra constelación poética.

Elvira (digámoslo sin embozo) no pudo ser comprendida en nuestro pueblo: era una piedra preciosa; pero desconocida, avalorada por unos pocos. Nueva Ofelia, concepción mística y caprichosa, escapó a los sentidos y se desvaneció como una ráfaga o como un sueño. *Elvira* es una producción cuyo tipo no se halla en las literaturas que nos son familiares: parece nacida en los climas de Septentrión; escrita al dulce calor de los hogares del invierno, en tanto que la tempestad sacude las selvas, y las estrellas se esconden entre nubes preñadas de fatales presagios. Nuestra alma meridional abierta siempre a las

¹ Estudio de lo bello en las artes y la literatura.

influencias del sol; embriagados nuestros sentidos con el perfume que difunde el seno de una naturaleza pródiga, libidinosa como una vacante; alejan al alma de las abstracciones y de los presentimientos.

La belleza femenil, puramente intuitiva, colocada sobre fondo sombrío; alzada a una cima de donde la amenaza el *mal* a que la precipita el abrazo encarnizado del destino; es un cuadro que no entendemos; es una copa que nunca hemos llevado al labio. Y tal es la Novia del Plata. ¿Qué significa aquella turba de engendros, aquel *Sabat* nocturno acaudillado por Satanás? ¿Aquellos ensueños febriles de Lisandro? ¿Aquellos corazones sanguinolentos que una mano yerta oprime? Por qué embarazar la atención en el desenvolvimiento de un suceso sencillo (cual es el amor desgraciado de los seres) con una forma exótica y complicada. He aquí los cargos que nuestra perezosa razón y pocas ideas artísticas dirigen a su autor; he aquí lo que sin duda preguntamos todos al ojear su poema en los días de su aparición.

Nada más difícil de absolver... pero dejamos esta tarea al poeta. Al darnos él cuenta [col. 2] de sus meditaciones sobre el arte, sabrá probarnos que lo bello es bello por el contraste con lo deforme y feo; así como, el albor de la mañana es sensación de luz tras la sensación de tiniebla: sabrá probarnos que la poesía no reside tan solo en las armonías palpables de la naturaleza visible, sino también en las secretas de los corazones y de las almas; que los mudos pavores que suelen avasallarnos aun en medio del gozo, son colores en la paleta del poeta, y realidad en el mundo de la fantasía. Digamos, en fin, con él mismo:

..... misterio!
Visiones del alma son
Quizá los sueños brillantes
De la inquieta fantasía
Forman coro en la armonía
De la invisible creación ²

Si tras esto viene el estólido escepticismo a desvanecer nuestra visión deleitosa, y a repetirnos como la *duda* personificada en Hamlet: *palabras, palabras...* le diremos que la más alta filosofía reside en la humanidad, y que la humanidad nos comprende.

En cuanto a nosotros que no pretendemos entrar en los misterios del arte, decir qué cosa sea la poesía, sería en este lugar, descender a una vulgaridad, o más bien, alzarse con la pretensión de explicar lo que cada ánimo experimenta según los grados de su sensibilidad o de su imaginativa. Ella es una divinidad a que cada uno tributa culto a su manera, y como a ser sobrenatural le pide lo que el hombre y el mundo real no puede darle. Pregúntese a los poetas mismos, qué cosa sea, y ellos, como recobrándose de una perturbación o un ensueño, no acertarán a explicarla ni a definirla; alzarán, tal vez, la mano mostrando el cielo; las nubes que vagan, los luceros que resplandecen; o el espacio sembrado de árboles sombríos y de colinas risueñas. Oprimirán luego su pecho y en lamento armonioso, dirán por último que la poesía está en la naturaleza, en el corazón, y por consiguiente en Dios hacedor de todo y Señor de nuestros afectos.

Ehvira nos prometió un poeta puramente artístico; es decir, que guiado por la estética que él se ha fraguado, arregla y distribuye sus cuadros; pone a aquel personaje en el

² Epílogo de la *Cautiva*.

fondo sombrío, a este a la luz viva y llena: da a uno una voz bronca y disonante, a otros un acento armonioso y tierno; un poeta nacido para el drama; que juzga y calcula los efectos, aun en medio del arrebató lírico, como el jefe de la escuela visible de la Francia.¹ Pero Elvira nació en días de tranquilidad para el autor: en días de ilusión y de fuerza, en que el corazón responde al llamado del ingenio, porque está libre y sano; en días en que el poeta no se dobla como débil caña al peso de una idea fija, y se mantiene erguido a manera de cedro inalterable al soplo de los huracanes,

..... che non crolla
Giamai la cima per soffiar de' venti.² [sic]

LOS CONSUELOS

Pero no sabemos qué borrasca turbó el pecho del autor de *Los Consuelos*. Aparecieron estos revelándonos un nombre. Su autor se mostró desesperanzado, atormentado por el dolor. Toda la naturaleza se le presentaba amortajada, y como Millevoye [sic], veía un presagio de muerte en cada hoja que se desprendía de los árboles. ¿Qué mal es este que se apodera de todo joven que medita sobre la vida y la sondea? Oh Dios! Será cierto que si avivas los ojos de la inteligencia humana, es solo para que vea con más claridad su nada y su miseria!

Distínguense *Los Consuelos*, entre las otras obras de igual clase que conocíamos, como un individuo se distingue del resto de los de su especie. Reina en ellos la personalidad, el yo, el lamentar continuo del autor; este es el carácter principal de aquel libro y la razón primera del interés que despertó. Los *Consuelos* son la biografía moral del autor, y todos nos manifestamos curiosísimos de conocer al hombre que sobrepasa del nivel común de la generalidad.

Como obra de poesía se presentaba trayéndonos novedades: interpretaciones de la naturaleza no conocidas por nosotros; imágenes de colorido desusado; pasiones hondas y sentidas, una dicción armoniosa y noble; pero más humana, digámoslo así, que la empleada por el mayor número de los hijos de Apolo de la Península Española, y de la corte de Luis décimo cuarto. Cansados estábamos ya de la Arcadia y de sus pastores; fatigados con el uso absurdo de una mitología a que los últimos romanos ya no daban crédito. Buscábamos una poesía que no consistiera en palabras, y una filosofía sin afectación ni pedantismo. Hallamos todo esto en los *Consuelos*, y los elogios resonaron en las prensas y en la boca de todos. Es de notar [col. 3] (porque esto importa un progreso) que en el examen que se hizo entonces en los diarios de la obra de que hablamos, se mostró la crítica como no era de esperarse. Ella se alzó sobre lo vulgar, y sin acordarse de los preceptistas consideró el todo sintéticamente, y guardó discreta el escalpelo: no desmenuzó la frase ni se engolfó en el trivial análisis de las palabras y de su recta, y por lo tanto, prosaica significación. El crítico que así no procede (no tratando de enseñar la gramática ni la retórica) se asemeja, como lo ha dicho un contemporáneo, a esos insultadores mercenarios que seguían los carros triunfales de los antiguos, prodigando denuestos al vencedor en medio de su gloria.³

1 V. Hugo.

2 Dante.

3 Ms. C. Nadier, prefacio a las *Meditaciones* de Lamartine.

Los *Consuelos*, a más, dejaban traslucir una idea, que hoy ha echado raíces en el suelo siempre fértil de las inteligencias cultivadas. *Layda*, el *Regreso*, el *Clavel del aire*, reflejaban un tanto, o por mejor decir dejaban entrever, ya en el fondo ya en lo accesorio, la fisonomía peculiar de nuestra naturaleza: el poeta había mirado en torno suyo, y encontrado poesía donde antes no la hallábamos. Cuando nuestras cosas de ahora y de ayer pertenezcan a la crónica y a la historia; cuando las iras de nuestro Plata, por ejemplo, se contemplen al través de las nubes que condensa el tiempo, entonces los versos descriptivos de *Layda* ayudarán a dar idea de aquel fenómeno.

Más claro: la idea de una poesía nacional, tuvo su aurora en las páginas de los *Consuelos*, y el autor expresa allí en una nota su manera de concebirla: “Preciso es, dice, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes... sentimientos, pasiones e intereses sociales”. Dijo en esto una acertada e incuestionable verdad, de aplicación inmediata en parte, de aplicación remota en lo demás; señaló el principio y el término de un camino, que sin duda se andará en adelante no sólo en poesía, sino también en los demás ramos de la literatura y de las artes. La conformación física del suelo y los accidentes de la naturaleza, son cual fueron, invariables y constantes, y así lo serán eternamente. Salieron acabados de la mano del hacedor; no se hallan sujetas a menguar ni a envejecer, y son por lo tanto una fuente de poesía que abundantemente corre ya para el que la busque. Conviértase, pues, la vista a las dos inmensidades que a semejanza de dos gigantes en reposo se extienden a uno y otro lado de nuestro pueblo: contéplense la pampa y nuestro río, estúdiense sus armonías y las escenas del desierto palpiten animadas en los productos de la mente argentina: máticense con las imágenes que allí abundan, para que campee la originalidad, condición esencial de las obras de imaginación si es que quieren suscitar el interés, fijar la atención y conquistar la admiración. Mas, no diremos de igual modo, en cuanto a nuestra naturaleza moral y social: es decir, en cuanto a nuestras pasiones y costumbres, porque estas ni medias tintas prestan al poeta para colorear sus cuadros. Un pueblo mercantil fundado en suelo heredado de míseros salvajes, que ni un momento tiene santificado por las edades; cuya historia es pobre en épicos sucesos, y en personajes dignos de la apoteosis del ingenio, cuyas costumbres son las mismas del mundo civilizado, cuyos hábitos y trajes a cada hora, a cada instante llegan en las naves que tocan el puerto; no puede dar materiales a la poesía ni herir fuertemente la imaginación del bardo. El drama hallará asuntos en América, pero no en Buenos Aires ni en la República toda. La sublevación de un pueblo indígena contra opresores insolentes, sería un espectáculo dramático, pero el tiempo aun no ha revestido con los colores de su prisma, y en igual caso se halla el heroísmo de nuestra sagrada revolución. La Comedia no tiene ridiculeces; vicios que pintar; ni aun ámbito para moverse, sin tropezar con el tipo que señalase a la irrisión del público.

El transcurso de los tiempos amalgamará todos los elementos que dan fisonomía a una sociedad; y los hechos y los hombres que ayer acaecieron o conocimos, se agrandarán en interés y en importancia. El tiempo, al interponerse entre unos y otros les abulta y enalza [*sic*] cual lo hace la refracción con los cuerpos que pueblan el espacio. Sólo el tiempo, pues, será poderoso a dar pábulo al arte, con los elementos morales de nuestra sociedad naciente.

RIMAS

LA CAUTIVA (Conclusión)

[Juan María Gutiérrez]

Aunque hojeásemos con afán cuantas poéticas conocemos, ciertos estamos en no hallar en sus nomenclaturas, nombre que dar a esta composición mirada por su aspecto más saliente; que es, su forma o estructura. Será un poema, si tal denominación debe darse a la relación de un hecho en que intervienen dos o más personas; pero no es épico en el sentido didáctico, considerada su duración, la calidad de los héroes, el metro mismo y la versificación. Pero no nos atormentemos en clasificar una producción de la fantasía con la exactitud que emplea un naturalista en ordenar su herbario. Entre la tragedia regia, y la comedia que pinta humildes costumbres, así como entre una epopeya y un cuento o una balada, hállanse infinitos escalones en que puede detenerse el poeta, quien por otra parte, esencialmente creador, sale a veces de las veredas andadas por sus predecesores. Para él, a más, existe una ley sobre todas las demás leyes que le ordena armonizar las formas con los afectos, las pasiones y la naturaleza inerte, a la manera que el pintor dispone los fondos y lejos de sus cuadros en relación misteriosa con el asunto manifestado en la actitud de los seres vivientes que les ocupan.

Cuando el lugar de las escenas de la *Cautiva* es nuevo y recién descubierto para el arte; cuando en él resuena el alarido del salvaje de la pampa; serpean llamas del incendio, la sequía esteriliza y yerma, y el yajá se levanta fatídico sobre todo este mundo raro que anima el poeta; imposible era someterse a una forma que no naciese espontáneamente del seno de estas mismas cosas. Así nace, y la forma queda santificada, sin necesidad de mayor examen ni apología.

Una serie de cuadros en número de diez desenvuelven el asunto, con variedad y sin cansada monotonía. El primero representa la Pampa en los momentos en que la luz del día la abandona. Esta primera descripción no abunda en pormenores, es más bien, la pintura de las impresiones que transmiten al ánimo la inmensidad, el silencio, la planicie sin interrupción, en medio de la cual como una evocación del infierno se muestra una horda victoriosa de salvajes. Entréganse estos a los excesos de la embriaguez y del placer, en tanto que Brian el guerrero, yace herido y maniatado entre las más valiosas preseas del botín. María (mujer celestial a quien el amor infundió alma de héroe) llega armada de un puñal, y a merced del sueño de los bárbaros y de la tiniebla liberta a su esposo de los lazos y del cautiverio. Huyen; María alentando a Brian, atraviesan la soledad, leyendo como acontece al desgraciado su fatal o próspera fortuna en las mudanzas del cielo. Un pajonal les da reposo y abrigo; el incendio aumenta la deplorable situación de los esposos. María salva a Brian de nuevos peligros, y llevándole sobre sus hombros, le pone en la opuesta y menos desolada orilla de una corriente que ella ha atravesado con carga tan preciosa. El guerrero muere en delirio soñando con sus contrarios, con su gloria y con el objeto digno de sus amores.

María sigue al occidente en demanda de su hijo, su único vínculo con la tierra; halla victoriosos a los soldados de su esposo y de entre ellos sale una voz que le dice: “murió tu hijo”. A esta nueva cae María cual planta que el viento desarraiga: muere, y como en manifestación de que el cielo le ha abierto sus mansiones, revive en su rostro la apagada belleza y las marchitas gracias.

¡Cuánta poesía campea en la pintura de la naturaleza inculta! ¡Cuánta en el heroísmo de María y en el amor hacia su esposo! Esta pasión (el amor) que siempre predomina en la obra de todo poeta, se halla expuesta a rayas en trivial, o a extrañarse en el sentido moral, cuando no la concibe una razón filosófica y no la siente un corazón elevado. El amor en María, es una centella que a infundirle de virtud y fortaleza, se ha desprendido de los cielos: ella es fuerte porque ama: tiene esperanza y fe porque ama: el amor orienta su vida y guíala en todas sus acciones por un camino que deja señalando con luz vivísima y hermosa. Mientras el poeta no vea en el amor una predestinación y la aleje de los sentidos para acercarla al alma, sus personajes serán como el D. Juan de la tradición, [col. 2] dignos del infierno, dignos sólo de ser estimados por inteligencias depravadas.

Al poema de la *Cautiva*, siguen un *Himno al dolor*, unos *versos al corazón* y algunas canciones. Dícenos el autor que las dos primeras composiciones pertenecen a la época de los *Consuelos* y que son acentos de la misma lira. No lo dudamos; pero las consideramos nacidas en momentos en que el alma sola velaba a la luz de la contemplación. El tumulto de los sentidos se deja oír a veces en los *Consuelos*; y los recuerdos del placer y del amor, cruzan a menudo como nubes doradas el cielo sombrío de aquellas poesías. El himno y los versos al corazón, son, tras las anteriores obras del autor, como el fruto de una larga experiencia en la escuela de los padecimientos del espíritu: podrán tal vez compararse a esos profundos corolarios que deduce la edad madura al meditar sobre las circunstancias de la ya pasada. Triste escuela, por cierto. Pero, desgraciado también del que no se alecciona para resistir al dolor y al infortunio que son la común herencia del hombre. ¡Feliz el que sube a tanta altura que en el potro del tormento puede entonar un himno! Entonces es, cuando el hombre se muestra digno de serlo: cuando, a la manera de nuestro poeta, se reconcentra en su alma, y desafía desde allí, como desde un baluarte, al mal que se encarniza en su porción perecedera: cuando, sondeando la cima de su corazón, pide a Dios le diga cuál fue la materia de que quiso hacerlo y acalla y somete a aquel con el poder de la reflexión y de la filosofía.

¿Qué mayor elogio podríamos hacer de las mencionadas poesías, que el recordar que ellas nos han sugerido estas serias consideraciones? ¿Qué mayor triunfo para el poeta y para la poesía, siempre considerados, el uno como un ser de ameno ingenio nacido para ahuyentar el fastidio, la otra, como una expósita [*sic*], de bajo linaje en el mundo de la razón, y solo por consiguiente estimada como vil objeto de deleite?

El hombre ha debido ser siempre, y tiende a serlo en nuestra época, grave, meditador, religioso, penetrado hondamente de que viene a la tierra a cumplir con una misión noble y útil. Ya el que vive sobre un suelo que cubre tantas generaciones, es rico de la experiencia de todas ellas, y ha dejado de ser infante: no busque, pues, frivolidades, no alimente solo sus sentidos: nutra el espíritu y la inteligencia con sólido alimento, y demande a la poesía, a la música, a las artes todas, a las pasiones mismas, algo que deleitando el alma, la mejore, la ennoblezca, la ensanche para comprender en ella a la humanidad toda como a una numerosa familia de hermanos... Sí, y la palabra del poeta, es la trompa que debe hacer

que palpiten y vivan los cadáveres; debe ser el mandato de la resurrección que ha comenzado en el viejo mundo, y ya tal vez en el que nosotros habitamos.

El Civismo, ha dicho en nuestros días un ilustre mártir de la verdad,¹ mantiene al hombre en el fango, y la verdadera y religiosa filosofía se esfuerza por arrancarlo de él. He aquí el secreto de ese giro que han tomado las modernas producciones, y del cual los hábitos contraídos de antemano alejan aun a muchos creyéndole una exaltación, una sublevación contra los maestros; una novedad de mal gusto. Pero, pasando de la corteza al corazón, desde la forma al fondo ¿qué hallamos en el nuevo proceder del arte? Hallamos que el soplo que le anima, no es ya el aterido y letal del sensualismo y la materia, sino el vivificante y fecundo de aquella filosofía que reconoce en el hombre una esencia que no perece; una llama que anhela por levantarse a regiones más puras; un vínculo que le mantiene siempre en presencia de Dios, y le recuerda que en todos sus actos le preside. La escala por donde los deseos, las esperanzas, las plegarias del hombre subían hasta el cielo, y que la filosofía que agoniza había sacrílegamente roto, es la que se trata de reconstruir y de rehabilitar, por decirlo así. Tal es la demanda de las olas de ese torrente que arrasa ciertas fábricas reputadas por gigantes, y ensaya otras más completas, más acabadas que representan la doble faz del hombre. Esas alteraciones en el lenguaje; ese cambio de lo que se llama gusto; ese afanosos buscar de ideas y pensamientos; los matices desusados de las imágenes; las creaciones fantásticas que se apartan de la realidad material. ¿y qué nos dicen? ¿qué prueban? Dicen y prueban que el espíritu brega por desasirse del error para ampararse de la verdad; que se divorcia de una filosofía que ha conocido mala, para someterse a la influencia de otra, que como el Sol, luz y vida y calor infunde en cuanto toca.

Pero, es preciso decirlo: el autor de las *Rimas* y de los *Consuelos*, no ha entrado enteramente por este sendero. Él, sin dudas que es un atleta en la palabra del Progreso; pero más como artista que como hombre de creencia y fe. Su *Himno al dolor* y sus versos al corazón, que nos han hecho, tal vez, comprometer las ideas anteriores tocándola así de paso, parecen más bien escritos por un discípulo de Zenón, que por un discípulo de aquel [col. 3] otro maestro que con su ejemplo sublime eclipsó las ásperas virtudes del Pórtico; más se acercan a los raptos altivos de aquel genio que dijo: “el dolor es la ciencia”² que a la mansa resignación del autor de las meditaciones poéticas y religiosas. Esperamos sí que llegará día en que el autor de las *Rimas* nos dé margen a decir de él todo lo contrario. El, que hasta en las más ligeras y vaporosas canciones ha huido de la trivialidad a que había condenado a este género la medianía, está al umbral de la poesía social y religiosa que anhelamos. Ella, como todos los demás ramos de la literatura que asumen tal carácter, son los ángeles guardianes que protegen a los pueblos, perfeccionan al hombre y convierten la vida en una ventura permanente.

Hay de notable en las *Rimas* de que hemos hablado, la generalidad con que domina el *metro de ocho sílabas*, tan pocas veces usado por los poetas que en épocas recientes han escrito en lengua de Castilla. Dícenos el autor en su Advertencia, que le cobró repentinamente particular afecto y quiso exhumarlo restituyéndole el valor y el mérito con que campeó en lo antiguo. Si tienen los españoles un metro o una versificación completamente nacional, es sin duda el octosílabo: en él fueron celebradas las proezas sobrehumanas del Cid, por poetas cuyos nombres nos son desconocidos, alzados desde la

¹ Pellico.

² Byron.

faz del pueblo hasta la inmortalidad a esfuerzo solo de la virilidad de sus imaginaciones. La braveza de los caudillos cristianos y sus combates y justas en noble emulación con los árabes: la religión, el amor, cuanto fuera poético, en fin, le encarnó bajo la forma octosilábica, en los sabrosísimos romances que sólo perecerán con nuestra lengua. Cristobal de Castillejo fue el adalid que defendió esta forma de versificación contra el cisma o herejía, que con el endecasílabo italiano introdujo Boscán o más bien difundió, puesto que como lo dicen muchos, era ya conocido de los españoles.

Fundábase Castillejo en que la *nueva trova* era oscura y prolija, y por consiguiente opuesta a la índole de la lengua española, *devota de la clara brevedad*. Hicieron bien los poetas de entonces en no hacer caso de aquel coplero, como le llama Quintana, y en dar a la lira de su nación una cuerda más sonora y armoniosa. Pero, como es indispensable que la obra se resienta a veces del instrumento con que se atiza, el endecasílabo ha contribuido en nuestro humilde modo de entender, a la flojedad del pensamiento que se nota en la generalidad de las poesías castellanas y a ese eterno rodear y circunvalar en torno de la idea y de la expresión más propia y natural. “En los más de los poetas castellanos (dice el autor del *Español* y de las *Variedades*) desde Garcilaso a los de nuestros días se observa que rara vez dicen lo que quieren sino lo que pueden. La rima, el metro italiano, con su entono y poca flexibilidad para nuestra lengua... les ha quitado la libertad de pensamiento y expresión”.

Puede ser que estas consideraciones sirvan no a condenar los demás metros ni a levantar al octosílabo sobre todos ellos, sino a justificar la afición que le profesa el autor de las *Rimas*. A cualesquiera límites que reduzca el verdadero poeta sus concepciones, siempre tendrán el valor y el brillo que a cuanto toca sabe dar el talento y el ingenio: así, instrumentos de pocas cuerdas y tenue sonoridad, suelen en manos de diestros tañedores encantar al auditorio de gusto más refinado y descontentadizo. No seamos, pues, exclusivos en cosa alguna y muy particularmente en materias que solo tocan al instinto y a las inexplicables simpatías del artista: no nos aventuremos a condenar la versificación de que hablamos solo porque el autor de una poética novísima haya dicho en sus anotaciones que es poco acomodada para asuntos sublimes. Si lo sublime no consiste solo en la rotundidad, ni en la palaciega ostentación de un fasto cifrado únicamente en el ropaje, las *Coplas* de Manrique, por ejemplo, son el más sublime y sentido lamento que jamás haya lanzado el alma de un gran poeta.

II

Ensayos, crítica: Río de la Plata

El caballo, en la provincia de Buenos Aires

[Juan María Gutiérrez]

A horse! A horse! My kingdom for a horse!
Shakespeare – *King Richard III*

Si nuestros padres y conquistadores no nos hubiesen enseñado las verdades del evangelio, tal vez contaríamos entre nuestros dioses a este arrogante y fogoso animal, que nos proporciona placeres indecibles y es uno de los medios más poderosos de nuestra riqueza: y si abandonados a nosotros mismos, hubiésemos formado como los pastores de Egipto, la nomenclatura de las constelaciones que brillan en el cielo, sin duda que habríamos colocado al caballo entre las estrellas meridionales. Ley hubiera sido impuesta por el agradecimiento, el darle el mismo lugar que dio la mitología a la fabulosa Amaltea. ¿No es para nosotros el caballo, símbolo de abundancia, como el adorno de la frente de aquella?

¿Qué serían las tendidas pampas sin el animal que puso alas al hombre que las habita? Vastos desiertos, abrigo de algunas tribus aisladas, soledades estériles, mares de tierra inútiles para servir de comunicación a unos pueblos con otros pueblos: la piel del gamo, de los leones, del tigre, de la nutria; las plumas del avestruz, la sal mineral, tantas otras producciones de nuestros campos, y sobre todo la ganadería, habrían quedado sin fruto para la industria y el comercio, a no ser la agilidad, inteligencia y robustez del caballo.

Debemos la adquisición del caballo a la conquista. La raza belicosa que plantaba su toldería donde hoy se asienta Buenos Aires, compró con su sangre el instrumento remoto de sus venganzas; y los nietos de los que perecieron en la Matanza, a merced del caballo que manejaron con mayor destreza tuvieron largos años reducido al poder español entre los límites del Salado.

Sin duda que instructivo a la par de curioso, sería el examen que se hiciese del influjo que ha podido tener este animal, en la condición de nuestros indígenas; cuál sería su suerte y carácter sin este medio de acelerar la huida, de atacar con mayor violencia. Y averiguar también con mayor detención que en este artículo, cuál es la parte de originalidad que debemos nosotros ya civilizados, al uso hábil y frecuente que sabemos hacer de las nobles condiciones del caballo. Jóvenes, una mina inagotable de originalidad tenéis bajo las plantas: los que deseáis escribir con independencia de las trabas que imponía un gusto caduco y apocado, buscad en vosotros mismos y en la naturaleza que os rodea, los rasgos de nuestra fisonomía y retratadla.

Nuestros caballos descienden de la mejor raza del mundo: los céfiros del Betis, como apellida un historiador americano a los caballos andaluces, son conocidamente árabes o cuando menos berberiscos; y si han podido degenerar algo por el poder del clima, han mejorado mucho por la mano del hombre que les maneja. El caballo europeo es por lo general una máquina, un esclavo que tiembla a la voz de su amo, que pierde su natural fiereza bajo el peso de la vil carga y de los palos con que se le doma: el nuestro aunque dócil a la voluntad del jinete, conserva, reducido a un alto grado de mansedumbre su

voluntad e independencia: reconoce desnudo y bravura en quien le monta, y cede de sus bríos y se amansa convencido, digámoslo así, de que no puede triunfar en la lucha que sostiene con el hombre. Cualquiera que compare los medios empleados por los europeos y los nuestros para domar un caballo, debe forzosamente deducir que el nuestro le envilece menos, dejándole muchas de las nobles condiciones que le ennoblecían y hermoseaban, cuando en estado de bravío volaba por los campos entregado completamente a su capricho.

Manso ya, sellado por la cruel marca de la propiedad, lejos de la hembra cuya posesión disputaba a su iguales, ante la cual ostentaba sus crines, de que el tuce [*sic*] le ha despojado, empieza una nueva vida bajo el poder de las pujantes piernas de un ganadero: debe ser fiel como el mastín de un pastor del viejo mundo, de buena rienda, o como nos obliga a decir la cultura del estilo, dócil al freno; debe alcanzar al toro y no temerle, adiestrarse en las faenas del rodeo y correr a la par de los avestruces y los ciervos. Cargará los utensilios y armas de su jinete, el trenzado lazo, las bolas silbadoras y certeras: llevará a su amo a la remota laguna si tiene sed, le pondrá a tiro de la gama si tiene hambre; le dará sombra en las ardientes siestas del verano y anunciará con un relincho la proximidad del peligro, al que descansa confiado en su fidelidad. Criatura inapreciable, ¡cuán diferente te nos muestras según la persona que os maneja! Si quieres conservar tu gracia y tu belleza, y despertar ideas y sentimientos poéticos en quien te contempla, no dejes los campos por el estrecho pesebre de las ciudades y sobre todo no permitas que suba a tus espaldas el que surca los mares y os maltrata por falta de destreza en gobernar las bridas. Un porteño llora cuando alcanza el significado de estas palabras: *Horses to let*.

No sólo ha de ser útil a su dueño sino que también ha de proporcionarle placeres, ganando premios en la carrera y en otros juegos, especie de torneos en que no se derrama sangre humana; en donde la liza es la llanura, el palenque, el horizonte que la limita, y las gradas para los espectadores, los lomos y las ancas de todos los caballos de un pago entero, enajenado de gozo y vestido con los más lucidos arreos del domingo. En estas escenas, verdaderamente nacionales es donde debe estudiarse la índole del caballo y no en la guerra y en la caza, donde únicamente le halló Buffon digno de la poesía y la elocuencia.

Tantos placeres y servicios le son recompensados con un amor sin límites: él y la querida se disputan en viva lucha el corazón de un paisano, y si este como el héroe de Shakespeare poseyera un imperio, lo cambiaría sin trepidar por un caballo.

Si todas las capitales se parecen, no es dentro de Buenos Aires donde ha de examinarse el influjo que ha tenido este animal en nuestro carácter y propensiones: la ilustración borra de la fisonomía de los pueblos todos los rasgos originales, porque su tendencia es la de reducir a los hombres a una sola familia y traerlos a un mismo modo de pensar, de proceder y de vivir: un paquete de la calle Cabildo, un elegante de las Tullerías, un fashionable [*sic*] del parque del Regente, un lechugino del Prado, son todos de la misma familia, como lo son cuatro mariposas aunque en sus alas brillen diferentes tintes y cambiantes; se parecen como cuatro bustos de un mismo personaje, cincelados en cuatro diversas edades de su vida. Pero las modas y las pestes huyen de los campos: allí la ley de la necesidad dictó las formas del traje, y tal cual es y ha sido, permanecerá mientras el hombre identificado con el caballo necesite soltura en los miembros y agilidad en los movimientos. Lo que decimos del vestido, puede aplicarse a los hábitos morales, a las pasiones del ánimo y al desenvolvimiento y cultura de los sentidos y de la inteligencia.

El hombre de nuestra campaña es esencialmente independiente, y reúne todas las buenas condiciones que acompañan al amor de la libertad personal y al aborrecimiento de la sujeción y de la fuerza. Acostumbrado desde la infancia a encontrar en el caballo un medio seguro de evadir la injusticia de los hombres, a no medir nunca las distancias, a no detenerse ante un río o un precipicio, porque todo lo salvan las alas del animal que monta; llega a creer que su voluntad es prepotente y que si esta no se estrella contra los obstáculos naturales, tampoco debe ceder a la de los demás hombres. Señor de los campos, rey de la llanura, como un cóndor es de los aires y de la cumbre de la Cordillera ¿quién le sojuzgará si monta *un caballo propio para burlarse de un alcalde*? En esta expresión proverbial está encerrada la idea que hemos intentando analizar y desenvolver.

El movimiento del caballo despierta la meditación e impone silencio al jinete: las ideas se suceden con la rapidez del galope; pero los labios se niegan a expresarlas, tal vez porque la excesiva actividad como el profundo reposo producen iguales efectos. ¿No podrían explicarse por esta observación, el carácter silencioso de los hombres de nuestra campaña y la especie de pereza que tienen para expresar lo que piensan y sienten? Agréguese a esto, el silencio del desierto y el pasmo que produce su extensión, sólo comparable con la de nuestro río o con la inmensidad del cielo...

(Continuará) [Firma] Z.

El Recopilador, Buenos Aires, Imprenta del Comercio, N° 22, 1836, pp. 171-173

El caballo, en la provincia de Buenos Aires

(Continuación)

[Juan María Gutiérrez]

Los naturalistas han observado la íntima relación que existe entre la velocidad de los animales y la intensidad de su potencia visual: las aves que se levantan a mucha altura y juegan en el aire dando graciosos giros unas veces, y otras quedando como estáticas contemplando la tierra, tienen la facultad de percibir hasta los insectos que el arado por ejemplo saca de las entrañas del suelo, y se lanzan sobre ellos para alimentarse. Los animales de andar perezoso y tímido, no alcanzan a ver lejos, y a cada momento tenemos lugar de observar los pasos vacilantes e inciertos de un ciego, y la presteza de los niños, cuya vista aun virgen de años y fatigas es penetrante y alcanzadora como una flecha. Nuestros paisanos que son sobre el caballo como hechos *de una misma pieza*, de un mismo tronco, como una estatua ecuestre, y que pudieran muy bien haber dado lugar a la fabulosa existencia de los centauros, han convertido en propiedad suya la velocidad del movimiento de aquel animal. Recorriendo a brida suelta vastos espacios en cortísimos instantes; prevenidos siempre al encuentro de un tropiezo y preparados a evitarle con la celeridad del relámpago, tienen una vista cuyo alcance pasma a los hombres de las ciudades, cuyos rayos

visuales muy pocas veces llegan a ver los confines del horizonte: ellos divisan la más ligera y rala nube de polvo que se levanta en lo más remoto del campo; descubren en un punto negro y distante que asoma, sobre alguna de las suaves colinas de nuestra campaña, a un animal, cuyo género y tal vez el color de la piel dirán sin equivocarse ni trepidar. Dirán si aquel polvo es levantado por una tropa de animales vacunos, o por jinetes; y sabrán distinguir si estos son los pavorosos Indios, o *Cristianos* hermanos y amigos.

Es verdad que no sólo al sentido de la vista, sino también a ciertas observaciones ingeniosas, deben la especie de adivinación que ejercen sobre los misterios que oculta la distancia; ellos dirán, por ejemplo: por aquel bajo va un hombre, y va a todo galope. ¿Cómo lo saben, si entre el lugar que señalan y el que ocupan, se interpone una altura? Lo saben por los pájaros que se levantan del bañado y huyen atemorizados. Dirán también: en aquel *matorral* hay un animal muerto, y también lo saben por el grito o el vuelo de las aves de rapiña que se disputan los despojos del cadáver: y sabrán decir también, juzgando por lo apartado o cercano que se halle de las casas y del camino principal, si ha sido robado del rodeo, y muerto o para aprovechar la piel o para saciar la necesidad gástrica de algún viajero. Sí, lo saben, porque como observa Mr. Head, el gaucho en su pampa no es menos sagaz que Zadig; Zadig el oriental que se lleva la palma del sabio, porque el genio que fue su padre le dio cuna en la región del mundo más decrepita.

No hay exageración: la idea que nos hemos propuesto en estas líneas, es digna de ser desenvuelta con madurez y reflexión en un volumen entero. El hombre, frágil, inconstante, hijo del hábito, está sujeto a la influencia de las causas más imperceptibles. ¿Qué mucho es pues que sobre hombres salidos de manos de la naturaleza y sin que el refinamiento de la civilización haya obrado nada en ellos, pueda tanto un animal a quien deben media existencia? No es exageración cuanto hemos dicho de la influencia ejercida por el caballo sobre la parte física y moral de nuestros habitantes de la campaña, es un hecho, una verdad palpable para todos.

En todas partes del mundo, en la antigüedad como en los tiempos presentes, el caballo ha sido compañero inseparable del hombre en todos los actos de valor, y muy particularmente en la guerra. La Europa, adelantada en este arte terrible de exterminar los hombres, ha reducido la libertad del caballo a la ciega obediencia a que somete la disciplina al soldado. Las filas de la caballería avanzan con la regular monotonía de unos autómatas: el clarín manda las evoluciones, y aquellos animales siempre inteligentes, aun siendo esclavos, se mueven de concierto sin esperar los movimientos de la brida. El hombre en este caso es menos inteligente que el generoso bruto, y la caballería obra sobre el enemigo como una muralla que tuviese la facultad de moverse y adelantarse.

No así entre nosotros. El jinete se presenta en la batalla con toda la importancia que le da la fuerza del animal que monta, y al cual dirige y maneja con tanta facilidad como a su sable. El pecho robusto del cuadrúpedo es la más terrible arma que puede emplear contra un enemigo poco avezado en los ejercicios ecuestres. ¡Cuántas veces no ha roto por un cuadro de infantería un caballo argentino al sentir en sus ijares las punzantes espuelas de un bravo!

Mucho más digno es del hombre que la influencia de la voluntad se ejerza sensiblemente sobre el animal que dirige: este es el caso de nuestros paisanos, siempre señores absolutos de los bríos del caballo que montan....

Pero dejemos la guerra; no es en los campos de batalla donde falta al pueblo argentino títulos de gloria: no es en los campos de batalla donde menos ha brillado la eficacia de esa alianza benéfica entre el hombre y el caballo. La historia fecunda en hechos singulares y grandes, dirá las maravillas que han pasado en la pampa que se extiende desde el Paraná y el Plata hasta las faldas de la Cordillera.

Las artes, hijas de la paz, se preparan a sacar fruto de la originalidad que derrama el caballo sobre nuestros hábitos y costumbres. La pintura hallará variados movimientos, graciosos grupos, escenas divinas de animación y vida.

La poesía, apoderándose de las pasiones hondas que la soledad arraiga en el pecho del hombre: de la inmensidad de la pampa y de los misterios y ocultas armonías que encierra, presentará divinos poemas originales y arrebatadores. ¿Quién podrá soportar los zagales del parnaso español, cuando un compatriota inspirado por el genio de la poesía del siglo, nos muestre hasta qué punto es sublime el hombre en cuyo seno late un corazón magnánimo y sensible, que atraviesa los desiertos, libre, independiente, sin más compañero que su generoso caballo?

[Firma] Z

*A Ella (Cielito) **

Cielito, cielito del alma,
No es tan blanca la azucena
Como la mujer divina
Que me causa oculta pena.

Sus ojos son dos diamantes
Que entre violetas relumbran,
Pequeños son y modestos
Pero el corazón me turban.

Cielo, cielito las nubes
De púrpura matizadas
Pálidas son y sin brillo
Con mi amada comparadas.

El aire de aromas lleno
No es tan fragante y sabroso
Como el aire que respira
De su pecho candoroso.

Cielo, cielito del alma
Si este ángel a mí me adora
Cielos estaré cantando
Desde una aurora a otra aurora.

Esta poesía que sin duda es bella, es no obstante como una gran parte de la poesía que se escribe en nuestro país, incompleta y egoísta. No expresa una necesidad fundamental del hombre, ni de la sociedad, ni de la humanidad, ni del progreso: es la expresión de un sentimiento individual y por tanto, a pesar de su belleza, es una poesía pueril y frívola en el fondo. Es dedicada a Ella: ¿cuál ella? ¿La patria? ¿La humanidad? No, una mujer. Es un amante que en pago de un amor egoísta, promete pasar su vida cantando día y noche: bello y noble destino, sin dudas, para el hijo de una patria y una humanidad que sufren ignorancia y pobreza y necesitan palabra elocuente que lo grite.

* *Nota del E*: según Oría (1938), este poema y su comentario crítico pertenecen a Juan M. Gutiérrez y Juan B. Alberdi, respectivamente.

Literatura española *

Se ha creído deber atribuir las tendencias antipáticas de la juventud contra la literatura española manifestadas de algún tiempo a esta parte, a una buena preocupación de patriotismo emanada de la cuestión pasada. Se va a demostrar en estas líneas que la preocupación está, por el contrario, de parte de los que tienen por nuevas y acreditadas vistas de que en el día no son sino viejas tanto en Francia, que las ha propagado, como en Alemania, que las ha concebido.

Ya nadie hacía caso de la literatura española excepto la España sola, cuando vimos en Francia, en tiempos de la Restauración, es decir, en el tiempo en que un gobierno viejo, arrojado por la Francia nueva y restaurado por las bayonetas de la Europa coaligada, hacía todos los esfuerzos por restaurar hasta los menores apoyos de la vieja monarquía, aparecer también la literatura española figurando entre las cosas viejas restauradas; y de aquí, en primer lugar, la especie de boga de que esta literatura ha gozado en este siglo. Por este tiempo había furor en Francia por todo lo que era de Alemania: literatura, historia, filosofía, todo había sido invadido por las ideas germánicas como un desagravio de la invasión francesa. Provenía esto de que [col. 2] las ideas del Rhin en aquel momento eran adecuadas al espíritu de la Restauración. Entonces se hizo la importación del eclecticismo. Entre los alemanes la poesía Española había sido puesta en boga por ciertas exigencias políticas y religiosas. ¿Cómo la Francia y el resto de Europa no habían de seguir el gusto y tendencias de los que, entonces, eran mirados como los hombres más instruidos, más sólidos, más profundos de la tierra? Federico Schlegel, crítico de circunstancias y de nombradía, era el principal propagador en Alemania del gusto y afición por la literatura española. Importa pues, mucho, el saber de dónde sacó Schlegel este gusto y esta afición tan singular por una literatura justamente olvidada. Con este motivo, bueno es que nosotros también nos hagamos una idea conveniente de este autor, que comienza a dejarse ver en nuestro país con un crédito no poco peligroso. De este modo se expresaba una revista inglesa en 1825 (*Westminster Review*). El artículo está reproducido en la revista Británica de set. de 1825.

“Schlegel, como muchos otros contemporáneos, preparaba el camino a la insertación religiosa por el epicurismo [*sic*], una imaginación desarreglada, un deseo ardiente de brillar, un entusiasmo salvaje por la edad de la caballería habían extraviado, en la [p. 2, col. 1] época en que él escribía, a una porción de hombres muy distinguidos de la senda de lo verdadero y de lo bello. Winkelman abandonó el protestantismo con miras puramente mundanas, pero más tarde, poetas, autores, artistas se hicieron católicos porque las ceremonias del culto protestante eran demasiado simples, demasiado poco favorables a las bellas artes y a la poesía. Federico Schlegel fue uno de este número. En 1802, su mujer y él

* *Nota del E*: artículo sin firma, atribuido a Alberdi por Oría (1938)

renunciaron a la comunión protestante, y ganaron el seno de la Iglesia católica”. Llévase cuenta de que Schlegel es católico por especulación poética, por lo cual debe serlo tan profundamente como fue protestante. “Después de su conversión, todos sus escritos han reposado sobre una base estrecha y frágil”. Sin embargo “no se le podría negar una gran superioridad de estilo”... “conoce perfectamente las lenguas, la poesía y la filosofía de los antiguos y de los modernos. Pero el deseo de justificar su apostasía y sus opiniones políticas del momento, han dado a sus escritos una tendencia contra la cual, es importante premunir al lector. A fuerza de espíritu y de elocuencia procura probar, por una multitud de circunstancias sacadas de la historia civil y literaria, que el principio de la monarquía absoluta, sostenida por una jerarquía sacerdotal, es de origen divino... Se le puede considerar como una muestra de los medios empleados, bajo la dirección de algunos de los gobiernos de Alemania, para retener a los hombres en la ignorancia y en el error, entreteniendo con ellos su imaginación de objetos frívolos y de un interés secundario, bajo el pretexto de enseñarles la verdad... Todas sus consideraciones, por generales que parezcan, son siempre dictadas por las circunstancias, y siempre con el fin de imponer a sus lectores las opiniones que el gobierno austriaco tiene interés de hacerles adoptar”. Sostiene que “los nobles son los preceptores naturales del género humano, que los otros hombres son nacidos para recibir el sello de su carácter y la forma de su civilización”. A los ojos de Schlegel, Píndaro tiene “el gran mérito de aborrecer [col. 2] la democracia y de amar el poder monárquico... No habla una palabra de Demóstenes. ¿Y por qué? Porque su elocuencia enérgica fue dirigida contra un monarca”. En fin, literatura, filosofía, historia, sistemas, libros, hombres, todo, lo inspecciona con un sistema personal cuyas dos grandes síntesis son el cetro y la tiara, y de ahí, y estamos en el fin, “sus exageraciones, sus preocupaciones por el mérito de las literaturas española y portuguesa”. Puede leerse y escuchársele, concluye la revista, “porque su estilo tiene número, movimiento y gracia; pero este encanto es seductor: para escapar de él, es menester estar en guardia, y no perder de vista las reflexiones que acabamos de someter al lector”.

Tal es el hombre que ha puesto en moda en Alemania la literatura española. Y unos por cálculo y otros por imitación han propagado esta afición al resto de la Europa. Hoy no sucede así. La Joven Alemania no ama los hombres como Schlegel, ni sigue sus tendencias. La Joven Francia no ama el romanticismo, ni la Edad Media, ni el germanismo, ni el españolismo que era tan bien recibido durante la Restauración. La misma Joven España, la única España mía y querida nuestra, no ama a la España de Calderón ni de Lope. La Joven Italia quiere más al Dante que al Tasso, que Schlegel prefiere. En cuanto a nosotros, decir que la literatura española nos gusta es una afectación de una afición y de una admiración que no se tiene. Si hay quien la admire entre nosotros no es sino porque ha sido admirada en Francia y Alemania, sin que lo sepan por qué han obrado así estos pueblos. Que se consulten el instinto de nuestra sociedad menos ilustrada y por lo mismo menos afectada y se verá que ningún apego tiene la literatura española. Regístrense sus libros habituales y rara vez entre ellos encontrarán un libro español, ¿ni qué libro han de leer aunque lo desearan? La revolución ha cambiado la dirección de nuestras aficiones y las ha encaminado a ideas y

cosas que la España jamás pudo expresar [p. 3, col. 1] en su literatura porque jamás conoció. A la prensa periódica como a la no periódica, lo que pedimos sobre todo es materias políticas y filosóficas en que la España, por su desgracia, es el atraso mismo. La juventud industrial se aburre de leer el *Quijote* y la España no puede darle unos *Diarios de Santa Elena*, una *Nueva Eloísa*, un *Curso de Política Constitucional*, una *Teoría de la Democracia Americana*.

En los números siguientes haremos ver el caso que la Francia del día y la misma España del día hacen de esa literatura que tanto se pondera, y cuyo desprecio es considerado por señal de ignorancia y preocupación por hombres que en este punto, como en muchos, tienen la preocupación de quererse despreocupados.

Poesía nacional *

[...]

VI.

Nuestra literatura, como nuestra libertad, dormía reclinada en el seno de la España, como inexperta joven candorosa en el regazo de madre que había entregado al ocio de pueril cortesanía los tiempos dichosos de su edad florida. Su sueño no era el reposo benéfico que vigorizaba las potencias que despeja el alma, no era sueño, era mortífero sopor que ni aún tenía en el fondo para consuelo de la esperanza la remota dulzura de ambiciosos delirios en el etéreo mundo de las cavilaciones.

Todo era incierto, débil, tímido entonces como los primeros pasos de un infante; todo incompleto, oscuro, vago, como sus primeros acentos. Algunos siglos habían pesado sobre la virgen inculta tierra de los Incas, ninguno fue su siglo de oro. Ningún Pericles, ningún Augusto prestó su nombre para ilustrarlos. Gérmenes infecundos, semillas sofocantes fueron arrojadas a este lado del Atlántico. Las cultivaron férreos brazos que anonadaban hasta sus mortíferos frutos; y desde el Golfo de México hasta el undoso Plata, hiende las ondas altiva nave europea, cargada de pesadas cadenas, retornando preñada de riquezas: infortunado [col. 2] presente que le acordó para su ruina la pródiga mano de la naturaleza.

Un genio poderoso, un ente privilegiado, de aquellos que la Providencia envía de vez en cuando, para hacer temblar con su nombre el universo, rompió los cetros de la Europa, hacinando sobre su cabeza gigante las coronas feudales de los señores del mundo.

Brilló para nosotros fulgor luminoso, vimos la caída de nuestros mandarines: los escombros de la monarquía hubieran oprimido nuestro cándido suelo, si el ruido espantoso de sus convulsiones no hubiera turbado el reposo monótono de nuestros esforzados padres. Saludónos el sol de Mayo hombres libres, la civilización nos señaló distinguido lugar en la jerarquía de las naciones, cuando el cañón de Julio haciendo estremecer en el trono de los Incas los enervados sucesores de Pizarro, perdieron hasta su estandarte al grito de guerra de nuestros valientes. Intrépidos ciñéronse la frente de laureles... ¡Tenemos glorias!

Nuestro genio no puede marchar sin la emancipación de la literatura, o más bien, entre las ilusiones encantadoras de un futuro adelanto. Tiempos fabulosos no tenemos: el alma no puede embriagarse con el delicioso néctar de venturosas épocas: no poseemos Edad Media, ni a manera de los hijos del Norte, los bardos del sud cantan dolorosas baladas sobre los escombros del solar feudal. No seduce nuestra mente embeleso risueño de antiguas tradiciones; pero tenemos campos sagrados, tan venerables monumentos como el osario de Morat. Limitados son nuestros fastos literarios, poco enérgicas nuestras tareas;

* *Nota del E*: ensayo anónimo publicado en varias entregas.

pero tenemos la virginal tierra de Colón, independiente, rica, fecunda, radiante de belleza y pura de esplendor... Sujeta un día, humillada, vilipendiada, rompió sus prolongadas cadenas. Declaróse augusta señora de sus derechos, triunfó el pensamiento. ¡También tenemos restauración!...

(Continuará)

La Moda, N° 16, Buenos Aires, 3 de marzo de 1838, pp. 3-4, cols. 1-2

Poesía nacional (*Continuación*)

Cerróse la puerta de los tiempos misteriosos, se alza el velo denso del materialismo, para mostrarnos la inteligencia embellecida con todo lo que la imaginación tiene de ideal, con todo lo que tiene de real la experiencia. Triunfa el espíritu, queda destruido el prestigio de la materia, la sujeta a su poder, abalanzándose después por las sendas peligrosas de la espontaneidad, siguiendo el entusiasmo impetuoso de exaltada presunción. Turbia, espesa nube envuelve el horizonte argentino, horrible vorágine arrebatada, destroza, hunde en el abismo, cuyo seno revienta en lamentables llantos... ¡También tenemos extravíos!

VII.

Nuestras épocas no se pierden en la oscuridad del temeroso pasado. Aún no se ha despejado, es verdad, el laberinto sinuoso de la conquista. Nuestros literatos no han interpretado el numen de los hijos del Sol, no han contemplado los destrozos de sus vencedores, su feraz tierra no ha sido explotada. Sólo el filósofo extranjero, ávido de maravillas, surcando los mares ha venido a interrogar con religioso respeto el silencioso polvo de los Incas, sentado tristemente sobre la tumba de los conquistadores.

El campo vasto de nuestra literatura no ha sido recorrido; porque un pueblo nuevo como un joven es arrebatado por la fantasía. Su vida se desarrolla con rápido curso en el mundo de las felices concepciones, en la órbita infinita de ilusorio idealismo. Como él canta amorosos desdenes, pasiones furiosas o sangrientos combates. Toda nación, alerta por sus libertades, no se ocupa de literatura en los tiempos calamitosos de sus guerras. Toda ella es poesía: poesía heroica, marcial, llena de fuego, enérgica, tempestuosa, sublime como el tumulto de las batallas. Un vigor colosal se desenvuelve admirablemente en los cantos guerreros. La originalidad es su investidura. En ellos nada hay exótico, prestado; porque todo pertenece al suelo que se pisa, a la querida que se ama, a la patria que se defiende. Habla la inspiración al corazón, el corazón a la patria, la patria a la humanidad.

[...]

En poesía, como en todo, la popularidad no se improvisa, es el resultado positivo de la sanción de las masas. La filosofía no puede tener influencia directa en ellas, porque les habla de una elevación que aún no alcanzan, un lenguaje que aún no comprenden. Si queremos tener rol de importancia, de rango, en la marcha socialista del panorama popular, debemos tener siempre el arado en la mano, la espada en el arzón, el libro en el hogar. El trabajo nos dará riqueza, la espada independencia, el saber consolidará nuestra libertad.

VIII.

La majestad imponente de nuestros desiertos, su ilimitada extensión, [p. 4, col. 1] inspiran al alma secreta veneración, revelando el corazón desconocidos encantos, en medio de gratas impresiones, sencillas como la naturaleza, graves como la creación. La fisonomía de nuestra poesía popular, su engalanado ropaje, su expresión sobresaliente reunida a la versión metafísica eminentemente ponderativa que reviste, enuncian la proximidad de un origen. El género triste o elegíaco respira entre nosotros sensibilidad, caballeresco amor. Su nacimiento está en el norte de nuestro hemisferio. El peruano vive de deseos: tímidas son, pero lisonjeras, sus esperanzas; su poesía, la de los llantos. Aproximándose de nuestras llanuras hacia las floridas selvas del ecuador, los pueblos son todo corazón, todo ternura. El alma guiada por los placeres, dirigida por el amor se dilata en endechas que arrebatan el espíritu con éxtasis delicioso. Su ardiente sol les ha prodigado el impetuoso fuego que los consume, la dulce llama que los devora. Sus baladas, sus canciones, hasta su porte, su idioma y su aspecto respiran cierta vaporosa melancolía, cierto uniforme y sombrío pesar. El peruano abandona pocas veces sus breñas, sus montañas elevadas; desciende como el cóndor, tranquilo, sosegado con vista vagarosa, buscando en el profundo valle aislada, tétrica soledad. Cuando visita nuestros llanos, nos trae una poesía blanda, seductora, cuya dulzura se pierde entre los lamentos de prolongados ayes, y los entusiasmados recuerdos de la ausente patria.

La poesía popular, siendo idéntica en toda la extensión de nuestras dilatadas comarcas, representará un tiempo el grado de civilización, las tendencias, el desenvolvimiento efectivo, nacional, de nuestros conocimientos. Para las capacidades generosas, extrañas a toda afección que no sea el bien, a todo mezquino sentimiento que no sea la integridad, irrevocable decreto de la providencia es el progreso del género humano. Su sólida base es el pensamiento, su experta guía la razón, que teniendo experiencia de lo pasado, abriendo el luminoso libro del presente se avanza con rápido firme paso, mostrándole a lo [col. 2] que debe aspirar, lo que debe ser en la escena grandiosa del drama social, allá en el fondo de las más felices, no muy remotas edades.

(Continuará)

La anarquía Literaria

La anarquía es un dardo envenenado en el corazón de la Patria. Este nombre, pues, es con razón odioso a los buenos ciudadanos; más no debe serlo siempre. Sin una dulce anarquía en literatura todas las inteligencias parecen estar en una completa parálisis, y todas las pasiones sumergidas en un mar de hielo. Nada perturba el silencio universal; una lamentable apatía reina por todas partes; y el corazón de la Patria cesa de palpar. Pero el pueblo no puede ser un ílota eterno. Así, los que combaten esta anarquía inocente de opiniones literarias, son al fin vencidos por las olas impetuosas del pensamiento.

A qué tienden estas reflexiones, se nos preguntará. ¡Ah!, mirad a nuestros jóvenes, la sociedad es para ellos como la toga viril de los romanos, el reposo moral es toda su ambición. ¡Y tenemos delante una arena vasta y nueva! Que los jóvenes tomen el nudoso bastón de viajeros, y dejen las delicadas varitas con que pasan días muy alegres sin pensar en Dios, en la humanidad ni en la Patria. He ahí el genio que nos salvará de un atraso vergonzoso. Estamos desheredados de las ideas: es preciso conquistarlas de nuevo si queremos merecer una juventud inmortal. Marchemos pues. Continuemos el impulso lírico de la revolución que rompió las cadenas ibéricas. Volveremos es verdad, encubiertos de polvo, pero coronas de laurel adornarán nuestras sienes. ¡Ay! del que no las prefiera a sus blancos vestidos.

[Col. 2] La literatura es como una querida celosa: no permite en sus amantes una tibia adhesión, un entusiasmo intermitente. Esto parecen no haber comprendido las amables mariposas que saludan los libros y las ciencias, sin otro objeto que una diversión pasajera. Nada más pernicioso a nuestro progreso inteligente. De ahí vienen las incapacidades fastuosas que tanto abundan en nuestra sociedad. Sin una fe profunda en las ideas, inmolan fríamente todos los sentimientos heroicos, todos los vuelos fogosos de la imaginación. Es sueño todo lo que excede las tristes hábitos de su egoísmo estrecho y calculado; fantasmagoría y visiones todo lo que no conciben. Por eso ellos son los primeros que se oponen con una amarga ironía al curso majestuoso de las nuevas ideas. ¡Desgraciados! No saben que las ideas son invencibles, como la libertad y el porvenir.

¡Sois un pueblo y lloráis!, decía a los franceses Ma. Stäel, a presencia del audaz guerrero que la desdeñaba. Sois jóvenes y amáis el descanso, se nos podría decir a nosotros con más justicia; estudiemos, pues; discutamos con sinceridad las opiniones filosóficas que propaga la civilización moderna, y la Patria nos deberá su gloria. No temamos su ingratitud. Ella recompensará con honores el sudor de nuestras frentes. Es aún muy joven para que su corazón no sea virtuoso.

Sobre la anterior traducción *

El autor de esta mala traducción conoce la obra de Mr. Viardot y juzga el artículo de Mr. Leroux como un apéndice necesario a aquella obra; porque es de opinión que un libro destinado a hacer conocer la inteligencia de una nación, en todas sus fases y desarrollos, no debería, como lo ha hecho el autor de los *Estudios*, haber despreciado la parte crítica de la misma. Mr. Viardot se ha contentado con bosquejar el cuadro sin ocuparse del fondo; con dar las bellezas sin criticar los defectos; con señalar los resultados sin mostrarnos las causas; en una palabra ha olvidado que también la perfección pertenece a esa cadena absoluta a que todo va ligado en la tierra y a la única en que todo debe reasumirse. Esta omisión de Viardot, ha sido corregida por un hábil escritor, y hay quien conceda con gusto un doble mérito, al libro de los estudios, por haber motivado el artículo de Leroux.

[p. 16, col. 1] La Francia ha podido aprender en la obra de Viardot, nosotros hijos de la España tenemos que hacer algo más. Dominados hasta hoy, por un espíritu material y egoísta, en todos los elementos de nuestra sociedad, podemos decir que es el único legado que nos ha quedado de la España, legado que aunque no lo agradecen nuestros corazones, no han tenido tiempo de repudiarlo.

Ninguna época es más a propósito para evitar los efectos de una mala imitación, que cuando se empieza la educación intelectual: nosotros estamos en este período. Mr. Leroux nos ha hecho el mayor servicio que se podía esperar, de un escritor como él: nos ha descubierto la parte dominante y característica del arte español: ese espíritu positivo y de cálculo, llevado hasta el grado en que la España lo posee, es mortífero para las cabezas republicanas; ¿si no se hace el sacrificio de dedicar los pensamientos a la Patria, a la humanidad, qué podéis esperar del hombre que no piensa sino en lo útil y en lo real? ¿Si la inteligencia nacional no se ocupa sino del valor material de las cosas, cómo podrá ser republicana, cuando en esta forma hay tanto de ideal, tanto que solo pertenece al sentimiento? La España, egoísta en su política, en sus costumbres, en su literatura, tiene que combatir esos viejos gustos que la agobian, para que el espíritu nuevo, progresivo, pueda sacarla del fango en que está sumida. Nosotros que de 28 años acá hemos tenido una vida instintivamente republicana, no necesitamos sino, oponer una fuerte y vigorosa resistencia, para que el influjo retrógrado de la realidad, del egoísmo, no invada nuestros sentimientos, no limite nuestro espíritu, destruya las altas tendencias que empiezan a nacer hacia el progreso, hacia la concepción de otras verdades que no se derivan de solo el espectáculo material de las cosas.

Como la armonía entre los elementos sociales de una necesidad absoluta, nosotros sin cometer una vergonzosa contradicción, no podemos quedar bajo el yugo literario de la

* *Nota de E.*: Comentario crítico a la traducción realizada para *El Iniciador* del texto “Golpe de vista sobre la literatura española, por P. Leroux”, a propósito de una obra de Luis Viardot titulada *Estudio sobre la historia de las instituciones, de la literatura, del teatro y de las bellas artes en España*; ese libro de Viardot ya había sido comentado también en *La Moda*, destacando los aspectos negativos sobre España.

España, después de haber hecho pedazos el político. No podemos ser positivos, reales, y egoístas, sin quebrantar el pacto que nos dieron nuestros padres con su sangre: no podemos, como la España, contentarnos con los placeres de una mera distracción; el momento en que nos dijimos hombres libres, fue sagrado; nos impuso fuertes y pesadas obligaciones que es forzoso llenar, so pena de que se nos eche al rostro una “falsía”, una deserción vergonzosa, esperamos no merecerla.

En este sentido ha hecho Mr. Leroux un favor inapreciable a nuestro país. Los viejos hábitos de los pueblos, son leyes que pueden precipitarlos en eterna obscuridad o [col. 2] llevarlos hasta la alta categoría de una verdadera civilización: nosotros, desgraciados hijos de una conquista terrible, conservamos aun innumerables atributos de nuestros amos; hoy se oponen a nuestro ser, debemos tener toda la fuerza que el sacrificio exige, para desprendernos de ellos; algo más, para combatirlos, pues que son enemigos, y enemigos tan poderosos como los que se apoderan del corazón.

Pocas son, sin duda, las producciones literarias de nuestro país. Y doloroso es no poder indicar una sola, que tenga una tendencia verdaderamente social, ni sea como dice Leroux, la expresión de la vida; hemos creído hasta ahora, que la Poesía, por ejemplo, no es ni debe ser sino un lujo del espíritu, una distracción del corazón, que ante todo debe afectar los sentimientos personales del hombre. La España ha creído lo mismo, pero ella contaba con elementos que no tenemos nosotros; cuando menos tenía sus recuerdos. Su espíritu caballeresco se deleitaba en los altos hechos de sus edades gloriosas; la América, es un vasto cementerio: impiedad bárbara es cantar alegrías en medio de las tumbas. Somos hijos del genio destructor; para tener vida desgarramos el seno materno: y bien, ¿nos detendremos como el insensato a contemplar las ruinas, cuando el lamento de la Patria nos llama al trabajo, a la producción de todo lo que nos falta? No, no por Dios, si no queremos contrariar el destino de la Patria.

Con razón se nos podría llamar injustos con la joven España, pero no hablamos con ella. Sus escritos, las víctimas de ese espíritu viejo, por cuya destrucción tanto trabaja, nos merecen profundas y sinceras simpatías. La España joven, es nuestra mejor amiga, es nuestra hermana; pues que nuestra misión es idéntica a la suya. Le ofrecemos una mano de amigo, y un corazón de hermano.

[Firma] E.

Literatura

[Miguel Cané (p.)]

Nuestra misión es grande. Los tiempos nos imponen pesadas obligaciones que es forzoso llenar, si no queremos caer en la vileza de ponernos en lucha con nuestro siglo, con nuestras necesidades, y hasta con las tendencias soberanas de nuestra sociedad. Nos hallamos en una época de acción, de trabajo: un campo inculto nos legaron nuestros padres, ellos pelearon, destruyeron; a nosotros nos toca alzar el edificio, levantar el templo de nuestras adoraciones y creencias.

Pensamientos aislados, escritos fugitivos, alabados y despreciados a un tiempo, nos han revelado la consolante verdad de que en medio de este choque furioso de elementos materiales que nos agobia, hay hombres que no desesperan de una suerte mejor, y ponen sus ojos llenos de fe en el rico porvenir que nos aguarda. En el porvenir, sí, porque allí está la vida de las Repúblicas Americanas; no nos declaremos contra él, sería una impiedad, la Patria sería la víctima.

No ha mucho tiempo que la Europa sostenía una lucha encarnizada; la invasión de una literatura toda nueva, hostil y atrevida, se presentó con rostro descubierto a combatir corporalmente las reglas, los gustos formados por ellas, y los colosos que dirigían los destinos literarios del mundo.

La insurrección levantó su estandarte y las generaciones jóvenes corrieron a combatir con él y por él. Las viejas autoridades sacudieron el polvo al pabellón que un largo transcurso de tiempo había hecho innecesario, y apoyadas en la más fuerte potencia del mundo, el hábito, pretendieron anonadar esa hueste débil y despreciable en apariencia, pero fuerte e invencible en el fondo. Los nombres de clásicos y románticos, vinieron a ser la divisa de los combatientes; estos peleaban por la libertad absoluta del arte, aquellos defendían la rutina, las formas iniciadas por Aristóteles y observadas hasta nuestro siglo. La lucha no fue larga, ni pudo serlo. El espíritu democrático de nuestra época, ha penetrado por todas partes, y no hay poder humano que pueda resistir a su influjo. El clasicismo cayó, y cayó cuando menos hasta que un nuevo orden de cosas, diferente en todo del que hoy existe, le vuelva a hacer necesario.

Fácil es concebir que una escuela que levantaba el estandarte de la regeneración, que peleaba denodadamente por romper las cadenas del genio tendría [*sz*] secuaces, fuertes como la juventud, santos como la libertad. Byron, Hugo, Chateaubriand, Hoffman, Novalis, Pellico, Grossi fueron apóstoles de la nueva doctrina: fue la batalla de los primeros talentos del mundo: la batalla de las nuevas generaciones contra las viejas que querían dominar desde el sepulcro; fue la batalla del movimiento contra la inercia hecha ley por el solo transcurso de los siglos.

Se ventilaban grandes intereses sociales en esta lucha: la insurrección romántica invocaba los nombres de patria, religión, libertad; los clásicos, los de obediencia, respeto, autoridad. Los unos peleaban por la armonía del arte con el espíritu político del siglo, los otros defendían las reglas, como fundamentos de la aristocracia, del poder. La causa de

Dios y de la Patria, la causa de los pueblos y de la humanidad, no admite enemigo; toda oposición es un delirio, todo coloso un pigmeo: la derrota del clasicismo fue completa.

El espíritu de innovación, de libertad, inundó la faz artística de la Europa, que, estéril después de tanto siglo, bebió hasta el exceso ese nuevo elemento de vida que sus hijos le daban. En los primeros albores de ese mundo conquistado a viva fuerza, se oyeron los himnos del dolor y los cantos de la victoria. Eran los suspiros del moribundo confundidos al eco fuerte del que vence; las quejas del que llora, a la algazara del que ríe. [p. 2, col.1] Hubo un momento en que el arte no tuvo fisonomía propia; el polvo de la batalla había alterado sus facciones. El arte todo era un drama, fecundo, inmenso, como la nueva creación; oscuro, indefinido, como la época.

Los restos del destronado clasicismo, quisieron vengar su afrenta, atacando un arte, que en sus más bellos días, se presentaba frívolo, sin tendencias y sin misión verdaderamente social. Empezó la conmoción, luego la lucha, luego las lágrimas y la victoria: un nuevo rayo vino a la tierra, y hoy podemos marcar la fisonomía del arte, como lo podríamos hacer con la de la virgen de nuestro corazón.

Los rasgos característicos del arte, son difíciles de tomarse en esa época de acción y destrucción, en que el talento no producía sino para destruir, en que el espíritu de partido literario, tenía sus distintivos personales y de secta. ¿Buscad las semejanzas entre Byron y Hugo, por ejemplo, entre estos dos colosos de nuestros días? ¿Buscad el pensamiento común a esas dos cabezas noblemente republicanas? ¿Buscad la fe de sus ardientes corazones? Ambos difieren, tendencias, vistas, fisonomía, todo es distinto entre ellos; sin embargo hay un punto en que esas capacidades se tocan, y vienen a él como al manantial de la vida, a rehacerse para volver al campo de las santas batallas. Un sentimiento les era común, característico, dominante; la fe en la victoria; el mismo ardor en el combate.

Es una triste verdad, pero históricamente probada, que sea cual fuera la santidad del sentimiento que agita al corazón humano, el sello de la personalidad, se imprime siempre y está en las obras del hombre, como esas eternas manchas que se descubren en el sol. Los magnánimos campeones de esa cruzada regeneradora, de vida, de libertad, por un sentimiento fatal, quisieron formular la vida universal porque habían peleado dentro de los mezquinos límites de la personalidad, del individuo: *Goethe*, redujo la vida a una forma de indiferencia; *Byron*, a un canto sublime de desesperación; *Hugo*, a un capricho; *Lamartine*, a una queja, a un llanto celestial. De esa potencia de capacidades, de esas almas de amor y de fe, ¿qué nos queda en efecto? Recorred sus trabajos con la avidez del hombre que desentraña los tesoros de la tierra; leed esas páginas de fuego, de esperanzas, de amor; deleitarán vuestra alma, hallareis recorrida la historia toda de vuestra vida; pero no la gran síntesis de la vida humanitaria; no las grandes profecías del porvenir; [col. 2] no los indestructibles eslabones de esa cadena inmensa que a él nos liga.

Fue un tiempo de insurrección; se peleaba por una causa santa, pero combatía el individuo contra el individuo, la idea con la idea, el principio nuevo con el principio viejo; los elementos todos de la gran unidad moral, pero no era esta misma en toda su plenitud, eran combates parciales, poderosos para destruir, pero estériles para la gran obra de la regeneración artística.

Un vacío inmenso quedó en el arte, después de restaurado con tanta intrepidez por los románticos. Pero la victoria no fue estéril. Se destruyó la tiranía y por pequeños que sean los adelantos que hasta hoy se han hecho, se ha conseguido cuando menos, tener la

independencia del pensamiento, la libertad de dirigirlo en armonía con las necesidades de los tiempos, y la fuerza de despreciar profundamente ese arte estéril, pueril, exótico. Esto es mucho, “*nosotros pensamos que cada paso de la humanidad en la carrera que recorre es un progreso*”.

Del muerto clasicismo y del nuevo espíritu vencedor, se ha alzado una nueva categoría intelectual, más vasta, más social, nacida con nuestros días, que trabaja por ellos y para ellos. A sus ojos la literatura no es sino una faz de la inteligencia humana, uno de los atributos de nuestra vida, de nuestro estado y condición. Reasume la personalidad, sin dejar de ser objetiva; refleja el progreso individual, sin contrariar la ley del progreso humano, pero siempre bajo la doble Ley del tiempo y del espacio.

Esta concepción, que en política es vieja, aplicada a la literatura es una verdadera gloria de nuestros días. Son tal vez muy pocas las obras en que se halla realizada, pero el sentimiento agita el corazón de la juventud, se trabaja por la aplicación, y el resultado será infalible.

Fecunda es sin duda la idea de hacer de la literatura un elemento vital: no considerarla ya ni como sujeta a los gustos y necesidades de un mundo muerto, ni como el eco de la individualidad del escritor. Esta alta idea, hija del desarrollo humano, y no de los trabajos parciales de los hombres, lleva en sí el profundo concepto de la armonía humanitaria, del sentimiento dominante de una unidad artística, como el de la unidad política, el de la unidad social. Se ha abierto el campo a los grandes trabajos; tenéis un mundo nuevo, libre, fecundo en hechos y en doctrinas. ¡Jóvenes! Abrid el pecho a las grandes esperanzas, prestaos a la fe que inspira la mejora. Sentid y expresad sentimientos de la humanidad, seréis artistas.

[p. 3, col. 1] He procurado demostraros el sentimiento dominante en la Europa literaria; ahora permitidme descender hasta nosotros, tocar nuestra individualidad, puesto que somos miembros de la gran familia humana, y como tales la [*sí*] debemos trabajo, cooperación.

Fácil sería la tarea del que se propusiese pasar en revista los elementos de nuestra vida: política, comercio, ciencias, industria, literatura, todo está en embrión. Llenos de provenir, sin duda, pero estériles aún: no es extraño. Principiamos esta azarosa vida de las repúblicas sin los profundos y fuertes sentimientos que son el freno a los que como nosotros, rompen de un solo golpe el tenebroso yugo de la tiranía, y se declaran hombres libres. Pueden bastar en las batallas los brazos fuertes y vigorosos, los deseos y las esperanzas, pero no bastan para las conquistas de la civilización. Son lentas, por lo mismo que son profundas, y podemos decir lo que *Lamennais* de la libertad, que los pueblos la compran con el sudor de su rostro.

Entramos recién en esta vasta carrera del movimiento intelectual: el sable rompe de un solo corte las cadenas de la tiranía, pero la de los hábitos es más fuerte: un medio solo hay para quebrantarla, *los hábitos*.

Si estos no se forman diariamente y momento a momento solidasen su poder, yo os diría desde luego, tales gustos son malos, tales tendencias os perjudican, y tal vez mi palabra no sería inútil, pero os haría un mal, pues os daría un remedio ineficaz. Nosotros tenemos un doble trabajo que llenar: nuestro estado exige una acción destructora, y una reacción que construya. Tenemos que despojarnos tal vez, de lo que nos es más caro, para proveernos de otras cosas mejores, que con el tiempo nos serán doblemente queridas,

porque llegaremos a comprenderlas en todo su valor. La obra es lenta, difícil, pero no es imposible, y el momento de principiarla ha llegado.

Nosotros concebimos que la literatura de una nación joven es uno de los más eficaces elementos de que puede valerse la educación pública. Sin duda, que no entendemos por esta palabra, lo mismo que con ella significaban los antiguos; ni tampoco lo que en tiempo de la insurrección romántica se quiso expresar por medio de ella. Para nosotros su definición debe ser más social, más útil, más del caso, será *el retrato de la individualidad nacional*. En este sentido, la literatura es una gran síntesis en la que se reasumen todos aquellos elementos, que, por su naturaleza, no pertenezcan a alguna de las otras clasificaciones en que la inteligencia humana ha dividido sus atributos.

[p. 3, col.2] Pensamos que las Repúblicas Americanas, hijas del sable y del movimiento progresivo de la inteligencia democrática del mundo, necesitan una literatura fuerte y varonil, como la política que las gobierna, y los brazos que las sostienen. Que los hombres felices a quienes les cupo la dicha de vivir bajo un cielo dulce y puro, bajo la influencia de un Gobierno estable y querido, llenen su alma de solo aquello que contribuya al deleite de la vida, está en el orden racional de las cosas; pero nosotros que aun no hemos armonizado los elementos sociales entre sí, ni dádoles la impulsión correspondiente para llegar al objeto de nuestra asociación, nosotros digo, no debemos ocuparnos de esa literatura de lo bello, que para los antiguos era todo, sino como uno de los accesorios que puede dar más valor a la obra. Ante todo la verdad, la justicia, la mejora de nuestra pobre condición humana, en fin, todo lo que, aun sacrificando la perfección nos dé un progreso moral e intelectual. La obra que no llene esta doble misión, sino es del todo mala, es cuando menos importuna.

No estamos, por desgracia, en aquellos momentos celestiales en que la inteligencia nacional, satisfechos todos sus deseos por su abundancia presente necesite retrotraer su vida a lo que fue para embriagarse de dulces y grandes recuerdos; nos falta todo: somos hijos desheredados de una madre cuyo seno ha sido desgarrado por nuestras propias manos. El patrimonio de la patria es ilusorio; a sus hijos les toca realizarlo, tal es nuestra misión.

Ya veis, pues, que ante todo, nuestra literatura debe ser caracterizada por rasgos verdaderamente nacionales. Debe contener la expresión de nuestra vida; sin esto, será un plagio, una ficción de más, y nos presentaremos al mundo como los viles, que toman la fisonomía de todos, y no se parecen a ninguno.

Pero, pensad, al hablaros de la individualidad nacional representada por nuestra literatura, no he querido aconsejaros una individualidad, raíz, como llama Larra a ciertos hombres, y como ha tenido la España desde tantos siglos atrás. Sería un consejo pérvido: las Repúblicas Americanas entran ya en la vasta carrera intelectual que recorren los pueblos jefes de la civilización humana: hacerlas marchar solas, aisladas y sin relación alguna con ellos sería precipitarlas en el egoísmo que es, sin disputa, la más negra mancha que puede caer sobre el carácter de una nación. Desarrollo propio, carácter nacional, tendencias nacionales pero siempre bajo la doble [p. 4, col. 1] armonía de nuestro ser con el espíritu civilizante de los tiempos; ved ahí la obra que la juventud debe desempeñar, si quiere dejar a sus hijos la mejor base de todo provenir, de toda felicidad.

De la poesía íntima. Fragmentos

[J. B. Alberdi]

1°. *El arte es la expresión de la vida humanitaria, dice Fortoul. La poesía es la expresión de la vida infinita, dice Leroux.* Estas fórmulas quieren decir que la poesía no debe expresar sino las ideas, las costumbres, los deseos, los votos y las esperanzas que constituyen los votos de los pueblos y de la humanidad: que constituyen la vida, se dice, porque vivir es pensar, sentir, desear, amar, expresar; expresar, pues, estas cosas que forman la vida humanitaria, es expresar la vida de la humanidad.

Pero pintar por pintar la naturaleza material no es expresar la vida; no es aliviar, no es desenvolver la vida humana; es perder el tiempo en expresar bellezas que no conducen a nada. Se puede poetizar la naturaleza material, es verdad, porque también en la materia reside la belleza, pero esto es frívolo, inconducente. No ha de hacer el poeta jazmín más bello, que el jazmín natural; y yo quiero saber qué tendencia, qué influencia útil deja en mi alma la sensación de su perfume. No es pues sobre lo bello que recae la cuestión del arte, sino sobre la elección sobre el género de lo bello. Bella es la naturaleza, pero no basta que sea bella; la sabiduría humana exige que sobre ser bella sea útil y moral. Cuando la belleza material visible, no es para expresar un hecho importante de [p. 5, col. 1] la vida del alma, no vale nada. Por dos cosas nos gusta el color azul, y no porque es bello solamente; porque nos recuerda a Dios en el Cielo y la libertad en la tierra. Pintar la venida de la aurora para expresar la venida de la libertad, es ser poeta; pero pintar la aurora porque es linda, es expresar un signo sin idea; es cuando más ponernos en presencia de la aurora a media noche, en nuestras camas, sin darnos el trabajo de levantarnos a las cuatro de la mañana para contemplar este espectáculo bello y trabajoso por la hora en que tiene lugar; pero entonces la poesía es un panorama, un tutilimundi, un juego de óptica y el maestro de estas pampinas, no tiene derecho a que se le distinga de un titiritero. Que la poesía nos pinte la aurora, poco importa; la aurora es eterna y llegará a la posteridad. Que la poesía alce los espíritus y siembre el progreso humano, y entonces el porvenir será nuestro, porque será hijo nuestro. Si la poesía quiere el porvenir, que lo siembre, que lo trabaje.

2°. La pintura de los lugares no es pues interesante, sino por las ideas que ellos despiertan. La pintura de una tierra virgen y graciosa que no ha pisado el hombre, no será nunca comparable al cuadro de un sitio marcado por una victoria del espíritu nacional y humano. Lejos de ser bello un lugar solitario y desierto, solo es bello el lugar que refleja al hombre. No hay árbol que se tenga con más gracia sobre los campos que el árbol de la gloria y de la libertad. Esta vegetación divina, porque es humana, tiene el privilegio de convertir un páramo en un paraíso. La humanidad besa con toda su alma ese madero tosco

en forma de Cruz, porque sobre ese madero tosco selló su salvación con la sangre del hijo de Dios. Toda la poesía que ha derramado el Cielo sobre el suelo de mi patria, no me ha hecho tanta impresión como el Campo de Ituzaingó. No hay pedazo de tierra más poético en todo el Perú que el valle de Ayacucho; y las costas deliciosas del Pacífico, no presentan nada comparable a los Campos de Chacabuco y Maypú. Que les pregunten a los franceses si sus campos Eliseos son más bellos que los de Austerlitz y Marengo.

[Firma] N.

Del arte socialista (Fragmento)

[J. B. Alberdi]

Jamás el poeta debe proponerse por único fin el engrandecimiento de la literatura nacional. No es tan pequeña su misión. ¿Qué es el engrandecimiento de la literatura nacional sin el engrandecimiento de la nación? La poesía es obra de la nación y no del poeta que la expresa; si es una faz, una expresión de la nación, el solo medio de agrandar esta expresión, es decir, la poesía nacional, es agrandar la nación. Se desea que un pueblo posea una expresión, esto es una literatura poderosa, dese al alma, al corazón, al espíritu de ese pueblo una capacidad poderosa. Lo que se siente es lo único que se expresa. Póngase la poesía en el alma del pueblo y saldrá a sus labios. Elevar el espíritu de una nación, es crear la poesía nacional. La poesía como la elocuencia es la expresión de lo que hay de sublime y de divino en el alma. Sublimar y divinizar al pueblo es hacerlo poeta y orador. No se ha visto jamás salir la poesía y la elocuencia de una boca corrompida. La poesía es el aliento vital de un corazón sano.

Así pues, por sobre la poesía, el poeta debe ver la nación, de cuya vida no es sino una faz inseparable. El poeta pues, como el filósofo y el estadista, debe ser un espíritu sintético: debe partir y caminar a la idea general de la patria, que es el sistema armónico de todas las individualidades.

Pero es necesario precisar esta noción sintética de la patria o de la sociedad, porque hay hombres para quienes la poesía social no es más que la poesía política, como si la sociabilidad se limitase a la política y nada más. La política es una faz, una rama, una sección de la sociabilidad que es la ciencia y la armonía de todas las [col. 2] relaciones posibles que estrechan a los hombres recíprocamente. La política, si es posible decirlo, es la faz pública y solemne de la sociabilidad: como la religión tiene sus templos y sus tribunas donde sus doctrinas son enseñadas y prescriptas; no desciende a las intimidades domésticas, a las regiones de la familia, de la mujer, del menor, del proletario. La sociabilidad al contrario, todo lo domina, todo lo abraza; estado, familia, individuo, sexos, edades, condiciones; todo lo penetra de un espíritu único, de una sola y misma impulsión, lo predispone uno para otro, lo amalgama armónicamente y constituye la economía del cuerpo social cuyos dos principales miembros son el “pueblo y el individuo”. La sociabilidad moderna y verdadera, no hace desaparecer a estilo de Grecia y Roma el individuo en la unidad panteísta de la patria. El cristianismo vino a despojar este segundo término del problema social: el individuo. Tampoco permite disminuirse la unidad de la patria en individualidades egoístas y aisladas: la época que empieza viene a despojar [sic] esta otra incógnita, la sociedad. Combinar la patria y el individuo, el pueblo y el ciudadano, y en el equilibrio armónico de esta combinación está encerrada la solución del problema social; tal es también, lo que harán la filosofía y el arte, la una organizando la autoridad de la razón

por la combinación de una rama colectiva del pueblo y la razón individual, y el otro por el concierto de la expresión del individuo con la expresión del pueblo. De suerte que la poesía social viene a ser, como dice Fortoul, “el concurso de los deseos de un hombre, con los deseos de su tiempo: un sufrimiento particular en la comunión con los sufrimientos generales, un gozo ennoblecido por los gozos de todos”.

Y toda la ciencia social con las ramas accesorias que le están subordinadas, no tienen otro destino que buscar la ley del progreso y de armonía entre la individualidad [p. 2, col. 1] y la generalidad, estos dos términos que constituyen el mundo social, como el mundo universal. La individualidad y la generalidad son más bien los dos modos de ser fundamentales del universo: el universo es una unidad múltiple por decirlo así, y así quiere ser organizada la sociedad y la humanidad. Tal es la constitución política de la federación de Norte América, que por tanto no es una pura confederación sino algo más. No es la generalidad ni la individualidad sino la combinación armónica de ambas cosas. Es una unidad múltiple también, una fórmula completa de sociedad que todos los pueblos del mundo acabarán por adoptar a la larga, porque ella abraza y combina en una justa proporción los dos modos esenciales del universo: la generalidad y la individualidad.

Sobre esta fórmula completa es que el arte social debe elevar su patria moderna. El arte social y moderno no excluye pues el romance que es la poesía individual en provecho del drama que es la poesía general: combina el drama y el romance, el individuo y el pueblo, el finito y lo infinito, el fenómeno y lo absoluto, lo visible y lo íntimo. Al dar la expresión de la sociedad no sofoca la del individuo, ni se olvida de aquella al dar la expresión de éste, sino que sus signos reflejan a la vez expresión de todos y de cada uno.

El poeta social no es un mero poeta político, un puro poeta lírico, destinado perpetuamente a cantar la patria y sus glorias: como la sociedad vive de lo privado como de lo público, de lo individual como de lo general, el poeta social puede tomar también su asunto hasta de lo más privado de la familia y del individuo. El poeta es social desde que sirve directamente de órgano de una exigencia social, sea que esta exigencia sea pública o privada, de estado o de familia, de gobierno o de individuo; socializar el pueblo es hacerlo útil para sí y para el individuo; socializar el individuo es hacerlo útil para sí y para el pueblo; socializarlo todo es hacerlo todo propio al progreso y al bien de todos y cada uno. Así, atacar las pasiones egoístas es socializar, como lo es también atacar las pasiones panteístas, porque ambas pasiones son exclusivas y enemigas de uno de los elementos del orden social. Excitar las pasiones nobles y elevadas, la generosidad, el desprendimiento, la constancia y designar a estas pasiones su objeto, a la vez humano social y personal, es socializar.

Así, caminando a la democracia que es la última forma de la sociabilidad, el poeta social y democrático debe cuidar siempre de atizar el fuego de aquellos [col. 2] sentimientos de igualdad, de atacar fuertemente las preocupaciones que se oponen al progreso democrático, de concluir con las reliquias de las edades bárbaras. De modo que la poesía democrática es tan vasta como la democracia; y así como la democracia no vive únicamente en la carta constitucional, sino que reside principalmente en las ideas, en los usos, en las costumbres tanto públicas como privadas, la poesía democrática debe cuidar de dar a las ideas, a las costumbres, a los sentimientos del pueblo una dirección enteramente

democrática. Claro es que en ningún punto tiene más que hacer esta poesía que allá donde el régimen democrático está proclamado y sin embargo en lugar suyo existe en la vida real un régimen opuesto.

Tiene pues un campo tan vasto y tan variado como la democracia, que, identificada a la vida social todo lo ha penetrado; no tiene que ser puramente lírica, ni puramente dramática; ni puramente romancera; puede ser cada una de estas cosas cuando le convenga, y frecuentemente le convendrá abandonar uno por otro de estos modos.

[Firma] N

La poesía nacional

[Félix Frías]

Como los individuos no son la patria, la poesía individual no es la nacional. La nacionalidad de la poesía no le viene por derecho de nacimiento. Cervantes no fue escritor nacional por ser español, sino porque escribió la España. Todo escritor que es un eco de su nación es escritor nacional, esto es escritor popular. Hoy la nación es el pueblo. En los tiempos en que la gloria de las naciones era la de sus escritores, estos se elevaban y reflejaban su celebridad sobre la patria. La Patria era el círculo estrecho de egoístas individualidades. El pueblo entonces no manejaba ni la espada, ni la pluma. Pero estos tiempos de opresión han pasado. En el día los pueblos son genios; improvisan una epopeya en tres días, componen odas sublimes en pocas horas. La poesía del pueblo es la de la acción. ¿Queréis una elegía más tierna que una derrota popular? ¿Un drama más grandioso que una lucha y un triunfo nacional? En lo grande está la belleza. Las lágrimas del pueblo, sus llagas, su heroicidad, su amor y sus esperanzas son temas fecundos donde debe el poeta tomar los motivos de sus inspiraciones. El pueblo no es frívolo. Quiere contemplar algo más serio que una flor, una pasión, un sentimiento individual.

En circunstancias como las actuales de regeneración y movimiento, nada más intempestivo e indiscreto que distraer la atención de las vitales exigencias de nuestra sociedad, para entregarse a pueriles e ingeniosas vaguedades. Queremos ciudadanos. La ciudadanía en la poesía, el arte, la filosofía, la política y la literatura. Queremos representantes del pueblo; que su soberanía infinita sea comprendida y practicada. Unidad científica que sea la expresión de la unidad nacional. La revolución pide una interpretación filosófica y poética. Una revolución es el golpe más poético y el más racional. Una revolución [col. 2] es una conclusión filosófica y un desenlace dramático; una idealización racional. Una revolución es también la moral en acción. Fue, pues, nuestra revolución filosófica, moral, y poética. Tuvo una alma trinitaria, esto es una inteligencia, un corazón y una imaginación. El escritor del día debe ser pues un todo, como la revolución fue un todo, y el pueblo es un todo.

La poesía que no atienda esta triple exigencia, será una poesía hueca, sin alma. Debe ser lógica sin ser prosaica, espontánea sin individualidad, moral sin ser consejera, sublime sin oscuridad. Siempre un grito, un clamor popular. Su moralidad estará en ser caritativa. Los esclavos, los pobres, los mendigos, los enfermos, la viuda, el huérfano, todos deben ser acogidos con maternal cariño en el Hospital de la poesía. Para completar nuestra idea, diremos que queremos una poesía cristiana, como queremos que el cristianismo sea el alma de la filosofía y la política, el alma de la democracia de la joven América. Y nos fundamos. El cristianismo es la expresión más verdadera y alta de la individualidad americana. El primer artículo de nuestro credo político, es el dogma de la soberanía nacional. Un pueblo que viste luto el aniversario de la muerte del Salvador, que golpea su pecho y llora al pie de la Cruz, que pide a Dios el pan de cada día, que pobre y desgraciado espera y no se suicida, que abriga en su pecho arrepentimiento, esperanza y fe, que muere con el crucifijo en las

manos; lo decimos, un pueblo que practica el cristianismo es cristiano. La razón del pueblo es más racional que la razón filosófica. El buen sentido es infalible. Si la razón colectiva de las masas ha de ser la luz de la democracia americana, y si esta razón es la razón inmortal de Cristo, cristianos deben ser la filosofía, la política y el arte, elementos íntimos y vitales de la ciencia social.

No es nuestra intención en este momento ventilar la cuestión del lenguaje que deben revestir las producciones literarias. Diremos solamente que si fuera necesario los poetas deben sacrificar su fama literaria a su fama civil. Que el pueblo que lee no es literato y ante todo pide que se le hable claro. Que el pueblo lee sin diccionario. Que el pueblo no entendería a Cervantes, ni a sus imitadores, pero sí entiende la Biblia. Este es el libro a nuestro juicio modelo del lenguaje popular.¹ Además estos modelos [p. 15, col. 1] existen y han nacido de los rangos mismos del pueblo. Un poeta argentino ha iniciado con la palabra y el ejemplo la necesidad de crear una poesía nacional, nosotros no creemos anunciar una mentira, diciendo que esta poesía nacional existe. El tiempo llegará en que los habitantes de los campos sean explorados por algunas de las capacidades metafísicas y observadoras que brillan en las filas de la joven generación. Entonces se enseñará a la meditación del filósofo las novedades poéticas que el desierto oculta. Manantial fecundo de altas deducciones deberá ser sin duda esta poesía original, expresión espontánea del hombre de la naturaleza. La espontaneidad es siempre una verdad. Esta poesía, mostrándonos la anatomía del corazón de nuestros hombres, nos dirá su carácter individual y sus tendencias primitivas. De inmensa utilidad será este estudio para el conocimiento exacto de nuestra personalidad. La filosofía sabrá el suelo en que debe arraigarse, y la literatura recibirá su nacionalidad. El lenguaje de todas estas composiciones es pobre y prosaico; pero como los andrajos del mendigo encumbren un hombre, así bajo esta forma mezquina, bella a veces en su extravagancia como los remiendos del pobre, hay un fondo original y grandioso, humilde y sublime, la verdad del sentimiento, el fuego de la pasión, el brillo de alta imaginación. Quizá son éstos delirios de fantasía extraviada; pero para justificar este juicio nuestro, mostraremos en adelante algunas de las producciones que hemos conseguido, cuyo análisis probará ser muchas de ellas modelo de la poesía, cual la concebimos, lógica y verdadera, clásica y romántica, esto es, la expresión de un corazón y una imaginación racional.

El que se sienta [*viz*] la capacidad musical hará sin duda iguales observaciones sobre los cantos de nuestros gauchos, que con suave y tierna melodía acompañan los sentidos suspiros de un corazón virgen. Quizá nos atreveremos, a este juicio en adelante; porque creemos ser el corazón, el juez único de la música, que es lenguaje del alma, no de los sentidos.

[Firma] D. y L.

¹ Deseamos que no se crea que en estas pocas palabras está envuelto nuestro pensamiento sobre el lenguaje y la necesidad de nacionalizarlo. En este punto somos eclécticos, si se nos permite la expresión, aceptamos la tradición y creemos en el progreso de las lenguas. Creemos al pueblo en esta materia maestro y discípulo; otra vez desarrollaremos nuestra idea.

Las novelitas francesas

La literatura novelera francesa va en decadencia: su gran senescal Honorato Balzac, se planta ya en 800 ejemplares, algunas veces menos, muy pocas más. Jorge Sand llega con dificultad a mil. Alejandro Dumas, de 800 a 900, y Julio Janin para llegar a los 1000 tiene que hacer sonar un mes antes y otro después de la publicación la trompa de la fama; tómese pues por término medio 700 ejemplares, y resultará uno solo por cada cuarenta y ocho mil quinientos cuarenta franceses y francesas, y esto que las diez y nueve vigésimas partes de aquellos saben leer, escribir y contar; hacemos abstracción de los honrados lectores y lectoras rusos, ingleses, alemanes, bávaros, suecos, noruegos, españoles, italianos, americanos, asiáticos y otros que tienen la bondad de cambiar su dinero a trueque de esas lindas producciones.

Jorge Sand, con sus pretendidas disertaciones filosóficas, con sus detalles de tocador y con sus descripciones agrestes, marcha con una lentitud que fatiga al lector. Mr. Balzac es tan pesado y tan fastidioso como Jorge Sand, si bien suple a las disertaciones filosóficas de este con minuciosas observaciones y descripciones de antiguos muebles y adornos, de los que no perdona ni siquiera un clavo. La novela de Dumas es el reverso de aquellos; en él los hechos se precipitan con una rapidez extraordinaria. Ábrese una trampa bajo los pies del héroe, y cae este en el foso, y apenas sale de él se halla con otra trampa: camina dos pasos más, otra trampa le espera; y así de trampa en trampa llega el héroe trampeando hasta que da en la última, que es por supuesto la más ancha y profunda, y o bien se hace añicos la cabeza, o sale triunfante y va a gozar en paz del fruto de sus proezas.

No hay que buscar en esta lectura ni filosofía, ni objeto. Todo el interés consiste en acumular hechos sobre hechos. Eulalia v. g. joven lindísima (y esto es muy esencial) va a las Tullerías en busca de su hermosa amiga Clarisa; encuentra allí un hombre de ojos verdes y de seis pies de estatura: Eulalia, sin tener la más mínima idea del amor, queda perdidamente enamorada, y a pesar de que la muchacha tiene virtud y educación, sin embargo se deja seducir, porque el hombre de *los seis pies y de los ojos verdes* a quien había tenido por un paladín es un monstruo tamaño. ¿Qué hace Eulalia? Va y se echa a llorar; pero con su educación y virtud vuelve al cabo de algunas semanas en busca de nuevas aventuras y de nuevos monstruos que le hacen reír y rabiarse alternativamente. Tal es la novela de Alejandro Dumas, y en ella una situación hace olvidar a otra antes que la primera haya causado impresión alguna. Al paso que en las de Jorge Sand y de Balzac el lector saltará fastidiado veinte hojas de cada situación para haber de llegar a la peripecia.

Todos estos escritores pretenden además tener un estilo elegante; pero ¿sobre qué estriban sus pretensiones? En general le vemos duro y afectado. En una página la nube *cierne los rayos del sol* o de la Luna, las *cariátides* “salpican de sus pechos hilos de agua perfumada que cae en el estanque y empaña el cristalino espejo con sus vaporosas gotas”, o bien “los ojos de la heroína sepultados en sus órbitas quedarán como suspensos en el globo de lágrimas”; de forma que para comprender el lector esta jerigonza debe ser a la vez

panadero, jardinero y oculista. Esto en toda tierra de cristianos no es otra cosa que palabras zurcidas a otras palabras, o en términos técnicos, “música celestial.”

Con palabras, es verdad, se habla y se escribe; enhorabuena; pero si para decir una joven hermosa nos tiene el autor durante diez pág. [*sic*] anatematizando la belleza de sus piernas, y la gracia de su cintura, el fuego de sus ojos y la transparencia de su cutis; si diez páginas más adelante emprende de nuevo, bajo el mismo tono, otra excursión por la muchacha, el lector ni podrá menos de darse a los diablos, y digan lo que quieran los entusiastas, tirará el libro debajo de la mesa.

El estilo de Jorge Sand es ardiente como de mujer, y encierra bellísimos trozos, pero en general cada palabra tiene su epíteto [col. 2]. “Los ríos *tormentosos* arrastran sus *enardecidas* aguas a través de los *profundos* valles circunvalados de rocas *escarpadas*.” Carece también de gradación, a una página llena de animación sigue o precede otra que aunque bien escrita aparecerá lánguida por lo brusco del contraste, y después de haber elevado al lector hasta las nubes, tiene gusto en dejarle caer de un golpe en el duro suelo.

Pero si esto decimos en cuanto a la forma, ¿qué no podrá decirse en cuanto al fondo de todas estas obras? Sangre y cadalsos por doquier; crímenes espantosos justificados o convertidos en objeto de burla; la seducción, la violencia, el adulterio, el incesto; tales son los materiales en que fundan el éxito de sus obras aquellos autores. Así el *P. Goriot* (de Balzac) después de haberse arruinado por su hija, se deshace de la única renta que le queda para proporcionar a esta misma hija la distracción de una cita adúltera y secreta. Así en la *Mujer virtuosa* el juez Grandville, el héroe de la novela, compra una hija hambrienta de manos de una madre hambrienta también, por lo cual se arruina y concluye por engañarla; y en *Lelia y Leon Leoni* sólo se ven prostitutas, bandidos, maniáticos, asesinos y estafadores.

Una vez puestos a la obra los modernos noveleros, en nada se detienen, y la fábula más común que sirve de texto a sus novelas, suele ser esta u otra semejante. Un marido de cuarenta años toma por esposa a una doncella joven, tierna paloma, ángel de dulzura y de belleza, criatura ideal y vaporosa que no estaba formada para un marido tan prosaico. Infidelidad obligada de la mujer aérea. Si el marido tiene la tontuna de llevarlo a mal, entonces estocadas, puñaladas, pistoletazos entre el marido y el amante. Si este es el que se enfada, también hay puñaladas y golpes que canta el credo, con la diferencia de que entonces es al marido a quien le toca recibirlas de mano de su sustituto, que es exactamente el refrán de tras c... apaleado. Algunas veces hay una completa abnegación, un perfecto estoicismo del marido, y aún suele él mismo estimular los amores de su mujer; pero en todos casos [*sic*] la heroína siempre por supuesto es una criatura dócil, incomprensible, ángel de otra región más elevada. Ahora bien, preguntamos a estos señores autores, si es que tienen esposas, hijas o hermanas, ¿dan ustedes a leer sus obras a sus hermanas, a sus hijas y a sus mujeres?

No! Responderán, porque ningún corazón honrado puede dejar tales obras en manos de una doncella o de una mujer joven sin temblar por su virtud y por su felicidad. Abramos cualquiera de sus páginas. “Es casi imposible en Francia a una mujer casada el ser virtuosa”, dijo Mr. Balzac; lo cual no dejó de ser un agasajo para las señoras de su familia, y para las demás francesas. “No puedes entrar religiosa (dice Jorge Sand) aun tienes un recurso; hazte cortesana”. “La ley del matrimonio es dirimente ante los hombres”. “La fidelidad conyugal es una excepción; la mayoría tiene otras necesidades”.

¡Y quien así escribe es una mujer! Recorred los diarios franceses, y contad a cuantos desgraciados han conducido esas máximas al Sena; cuántas seducciones, adulterios, violencias, separaciones han causado; cuántos amantes se han dado la muerte mutuamente, cuántos hombres de mérito se han dejado arrastrar de esta execrable manía.

Otro inconveniente de lo extraordinario es que no ha de ser manoseado; y precisamente ha sucedido todo lo contrario. Apenas hay cursante en cualquiera de las aulas francesas que no sea autor de una o más de estas novelas terribles, y muchas veces la componen a cuatro manos. La forma es menos atrevida que las de las obras de Jorge Sand y de Balzac, pero en cuanto al fondo pudiera decirse que habían sido fundidas en la misma turquesa. La mina de lo extraordinario se agota muy en breve; una vez agotada, se roba de los antiguos y de los modernos, de la España y de la Inglaterra, de Italia y de la Alemania, y no pocas veces sucede que un autor se roba a sí mismo, sin acordarse ya de lo que escribió.

De aquí esa inmensa cantidad de novelas francesas en que nos ahogamos; cantidad tal que todo francés parece haber nacido novelista. El mancebo de una tienda forma su tomito; el oficial de sastre nos regala el suyo; la condesa, el militar, el estudiante, todos forman novelitas que es un primor. “¿Cuál es vuestra profesión, caballero?”. Si hacéis esta pregunta a doscientos jóvenes que veáis vagar por los paseos de París, los ciento noventa os responderán: “Literato”. Preguntadles qué ramo de la literatura siguen, y os responderán con énfasis que saben *hacer de todo*. Y no os engañarán, porque seguramente no hay cosa más fácil que zurcir diez o doce páginas de un libro, a diez o quince de otro; diez o quince del tercero a diez o quince del cuarto; y de este modo hacer un tomo primero: se fabrica del mismo modo el segundo, y luego se le pone un título, y ya tenemos una novela más.

[Firma] (S. P.)

De la composición poética del número anterior *

Muchos son los modos de manifestar el patriotismo: no sólo con acciones ruidosas se sirve al país en que nacimos, sino también con las más humildes. Y cuando está en todos los individuos este sentimiento, y preside a todas sus palabras y a todos sus actos, entonces una nación tiene forma propia y puede envanecerse de sus hijos.

Los literatos que son como el pensamiento del pueblo, la parte que discurre, pueden contribuir efectivamente a la obra del patriotismo que corresponde a todos. No hablamos aquí de aquella parte alta del saber que dirige la moral, compagina la historia, formula los principios políticos y establece la ley filosófica de las ideas y de las cosas. Hablamos de aquella región más humilde en que la razón profunda y lógica ceden gran parte [p. 28, col. 1] sus derechos a la fantasía, y en donde los objetos se visten con el velo brillante de la imaginación.

Todos los pueblos tienen su tiempo pasado; la crónica de sus hechos; la biografía de sus hombres celebres, mas o menos extensas, mas o menos limpias del polvo del olvido. La parte grandiosa pertenece al historiador, se pinta en telas de grandes dimensiones, se talla en mármoles que no perecen, se escribe en láminas de metal, se eterniza en monumentos, se abriga a las injurias del tiempo bajo cúpulas que se levantan a las nubes. La parte más sencilla y humilde; las individualidades y pormenores; la narración de los acontecimientos aislados que tuvieron lugar en el pobre albergue cuyas ruinas huella desdeñoso el transeúnte; las penas o alegrías humanas de una familia que se extingue y refiere a sus últimos nietezuelos el anciano que se despide de la vida: todo esto, no debe ser perdido; ni mirado con desdén. La pluma del escritor debe hacer estables estos rasgos que pueden borrarse para siempre si pasan por sobre ellos las horas de un día más.

El que no se detiene indiferente ante la cruz del camino que pide una oración por una víctima y señala un acontecimiento lamentable: el que se interesa por los restos de una nave naufraga sepultados en las arenas de la playa; el que se siente conmovido a la vista de las piedras desquiciadas de un edificio donde vivieron semejantes y compatriotas suyos, indague y refiera y supla inventando lo que falte a la tradición.

Esta es una noble tarea: es el campo halagüeño del artista, sea que maneje el lápiz, combine los colores de la paleta o guíe la pluma que narra y pinta a un mismo tiempo. Este es en cierto modo una especie de trabajo moral, porque así como no nos atrevemos a pisar la lápida sobre la cual hay escrito un nombre, respetaremos de igual modo los demolidos [col. 2] escombros que animaron o restituyeron a la vida los versos del poeta o la prosa brillante del novelista.

América y ruinas son dos palabras que se contradicen, ha dicho un europeo hablando de los monumentos derruidos de los incas: y aunque es verdad que nuestros pueblos pudieran compararse al león de la creación de Milton que asoma la crinada cabeza y se impacienta esperando que se anime el resto de su cuerpo atado todavía a la tierra de

* *Nota del E.:* comentario crítico al poema “Liropeya” de A. Berro, publicado en el número anterior del periódico.

que le formó Dios; o a la estatua empezada cuyo busto ya tiene forma y el resto se esconde en las entrañas de la cantera; no por eso es menos cierto que nos rodean ya las ruinas, porque la mano que edifica destruye, y la vida de un ser supone casi siempre el aniquilamiento de otro semejante. Ayer, cuando Montevideo se ceñía al recinto de sus murallas, tenía un cementerio que hoy se denomina ya *el viejo*, y es una catacumba abierta al aire en la cual blanquean los cráneos y los huesos apilados en desorden. La ola de la población destruyó este lugar de descanso para fundar otro más extenso en la ciudad nueva, porque la vida y la muerte caminan juntas y se desenvuelven en una misma proporción.

Sería, pues, detener la obra de la muerte, el mantener viva la memoria de todo lo que ha sido y no merezca perderse en el olvido. Quisiéramos ver algunos ensayos contraídos a la aplicación de lo que dejamos dicho, y prestaremos gustosos nuestras reducidas columnas a la narración de sucesos nacionales, escritos por aquellos compatriotas que se consagran a la literatura y con especialidad a la poesía.

Nos complace al ver ya a algunos de estos penetrados de una verdad: consiste esta, en que, para ser originales, es necesario escoger asuntos y motivos propios y recuerdos de nuestra historia: no tener reparo, ni dificultad en decir lo que se siente aun [p. 29, col. 1] cuando en nada se parezca a lo que otros hayan expresado en circunstancias parecidas. Porque así como unas mismas cosas, ríos, montañas, árboles y mares, cambian de aspecto y tienen algo de peculiar en cada zona, del mismo modo el sentimiento y las pasiones y su modo de manifestarse cambian en cada clima; y cambian también por las modificaciones que les presta la organización de cada individuo. Y esta variedad y diferencia, el atractivo encantador de la poesía. Nos arrojamus a los versos del poeta extranjero, con la misma curiosidad, con el mismo amor, con que nos arrojamus a los mares deseosos de ver países y regiones nuevas, escenas desconocidas, y razas de hombres diversas de la nuestra.

En el número anterior del *Talismán* se ha publicado una composición de D. Adolfo Berro cuyo asunto es tomado de la historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata. De esta misma fuente pueden sacarse otros muchos, no menos interesantes, y que como aquel hablen a la imaginación. El Sr. Berro ha hecho un romance que encierra la mera relación del suceso, a la manera de los romances históricos castellanos. Este proceder es excelente para vulgarizar y derramar en el pueblo el conocimiento de lo que pasó en épocas remotas; pero creemos que si el romance de *Líropeya* tuviera algo de la imaginación del autor; si en él se descubriese el teatro en que se mueven los personajes; si la voz de la selva virgen y majestuosa se mezclase a la de los amantes; si el Sol de América se reflejase en el cuadro y le iluminase; si se pintase en él el suelo hasta entonces no hollado por planta alguna humana: en fin, si en la escena se descubriese el paisaje con sus lejos y sus colores peculiares, entonces la composición de D. A. Berro sería más perfecta de lo que es.

Nos tomamos la libertad de hacer [col. 2] estas observaciones porque sabemos que se ocupa en escribir sobre otros asuntos de igual naturaleza a cuyo fin se ha contraído al estudio de los antecedentes históricos que se han publicado hasta hoy. En esta obra a que le alentamos con nuestra humilde voz puede levantar un monumento para su país, y para su crédito literario; pues que, como ha dicho un contemporáneo: “Felices son los poetas que tratan asuntos nacionales, porque el que canta a su patria, canta para la posteridad.”

Crítica literaria

Si en alguna materia puede verse hasta qué punto varían las humanas opiniones, sin duda es en los escritos críticos; pero no tanto en los que se contraen a las producciones de las ciencias exactas, de la moral o de la filosofía, sino en los que se contraen al examen y juicio de los partos de la imaginación. Apenas aparece sobre la escena europea un drama escrito por un autor conocido, apenas se vende el primer ejemplar de una novela publicada por algún editor de gusto acreditado y que tiene buenos tipos, graciosas viñetas y papel bien batido a su disposición, cuando ya se pueblan los folletines de todos los periódicos con artículos sobre el drama o sobre la novela *del día*. La alta [col. 2] crítica, establece su cátedra en las nubes de la metafísica, y pide a la obra del arte, lo que apenas podría exigirse al orador sagrado. Pídele una moral severa, una idea, germen de la obra, que lleve en sí una lección eficaz y una aplicación inmediata a las necesidades sociales. La vara con que mide es de hierro e inflexible, y declara como malo, lo que no entra en la medida que despóticamente establece. La crítica menos pretenciosa, no lleva la sonda hasta el corazón: se detiene en la superficie, pero con mala intención y con malicia, dejando a un lado las bellezas, cerrando los ojos para no ver lo bueno, se fija en los lunares, en las manchas por ligeras que sean y poniendo allí su lente [p. 86, col. 1] ponderativo, hace saltar y advertir a voces las partes flacas de la obra.

Los que a muchas leguas de la Europa, siguen y estudian los movimientos de su prensa literaria se hallan como en un laberinto oscuro e intrincado. Un crítico proclama, primer poeta del mundo, al mismo que otro crítico le niega originalidad y la imaginación. El uno le llama escritor amanerado y sensual; le acusa de no ver más que la epidermis de las cosas; le acusa de que no sabe levantarse de la imagen palpable a la consideración y a la idea abstracta; le acusa de que su lenguaje es una jerga tomada de las artes mecánicas y aprendida en el taller del escultor o en la tienda del mercader de antigüedades. El otro encuentra en cada verso una sentencia, en cada estrofa un pensamiento que destila la más pura y evangélica filosofía; en cada composición un mundo de cosas, una creación inmensa y armoniosa, en la que nada falta, ni la pasión humana, ni la naturaleza con sus montañas y llanuras, ni la lumbre del día, ni los coros de serafines resplandecientes pulsando arpas de oro, ni la mirada fascinadora de Satanás, ni la apacible sonrisa del eterno.

Y nada sería la diversidad o contrariedad de juicios, si estos fuesen expresados con la medida, el comedimiento y la conciencia de Villemain o de Sainte-Beuve. Lo peor es, que la crítica de hoy es un negro furor de denigrar y de agredir; es un patíbulo colocado al aire libre, en medio de la plaza, en donde se hace caer, como si fuese víctima de la justicia, cuanto se levanta un ápice del nivel de la generalidad; en una palabra, más que crítica es un verdadero sistema de terror literario.

En estos críticos que atacan sin piedad, tanto al joven que comienza, como al anciano que se retira de una carrera de labor y de gloria, nos parece ver a esos reyezuelos que desde el segundo piso de sus palacios [col. 2] descubren más acá de la línea del

horizonte los límites de sus dominios; y para probarse a sí mismos que son señores y monarcas de algo, ahorcan de cuando en cuando a uno de sus súbditos.

No faltan sin embargo en la literatura francesa algunos escritores desapasionados, y llenos de experiencia que se consagran a la crítica, la cual bien entendida, no es otra cosa sino el examen hecho con amor y con inteligencia de las obras ajenas. Educados en la escuela de las revoluciones políticas y literarias; testigos de mil reputaciones bulliciosas por la mañana olvidados a la noche; y que duraron lo que duró la claridad de un día; dudan con razón de la infalibilidad de los fallos de la crítica, y limitan la suya a alentar lo bueno, a callar lo malo, y a sonreír afablemente a los ensayos de la juventud, que es la única que puede tener entusiasmo y candor en medio de la civilización caduca de una capital europea.

A este número pertenece un DESCONOCIDO, que escribe en el folletín de uno de los diarios más acreditados de París, no como maestro de escuela, como el mismo dice, armado de su férula y con el gorro calado, sino como quien habla en una reunión escogida é inteligente, acercado al calor de la chimenea, y refiriendo las impresiones actuales y los recuerdos de otros días. El DESCONOCIDO, da muchas razones para fundar su doctrina crítica; pero no son razones puramente teóricas, sino hechos los que hace valer para demostrar la facilidad de las opiniones y lo que cambian con los tiempos. Uno de estos hechos lo refiere así:

“Poco después de la revolución de Julio, la casualidad y la festividad del año nuevo, nos llevaron impensadamente a una mercería, a donde vimos entrar casi al mismo tiempo que nosotros a una mujer joven, de poca estatura, de cabello negro y extremadamente despierta. Su traje era muy [p. 87, col. 1] sencillo; el vestido de zaraza, el sombrero muy usado y más usadas que el sombrero, las cintas con que lo ajustaba bajo la barba. Con aire misterioso sacó como del seno una cajita de pino pintada con flores de colores y la puso sobre el mostrador: entonces el dueño de la tienda le entregó dos duros a la joven, quien al tomarlos y retirarse echó hacia mi una mirada cuya expresión mezclada de melancolía y de fiereza, me interesó tanto, que pregunté el nombre de aquella criatura.

—Lo ignoro —respondió con indiferencia o más bien con desprecio, el dueño de la mercería: entre todas las personas a quienes reparto tarea, esa es la más hábil para pintar flores en madera, y será sin duda con el tiempo, nuestro desempeño en el almacén de juguetes que tenemos en la capital.

“No había pasado mucho tiempo, cuando teniendo que visitar a uno de los redactores del periódico *Fígaro*, encontré en su casa, sentada cerca de la chimenea a mi desconocida de la mercería: estaba vestida del mismo modo, con el mismo traje y con el mismísimo sombrero ajado. Refería en aquel instante, con mucho talento é infinita gracia una historieta chistosa y con este motivo, tuve ocasión de examinarla detenidamente mientras hablaba. Tenía la frente extremadamente desarrollada: en sus ojos brillaban repentinos relámpagos, que se ocultaban luego tras de una nube de indecible dolor, y las líneas curvas de su fisonomía demostraban una naturaleza superior. Así que se concluyó su relación, se levantó y se despidió del redactor dándole familiarmente la mano.

—¿Como así? —dije a este—, ¿conoce Ud. a uno de los más hábiles pintores de juguetes de la capital?

—Acabáis de conocer, me respondió el redactor con aire serio, a la bisnieta de un rey, a una mujer cuyo abuelo tuvo por secretario a J. J. Rousseau. Vivía en mi [col. 2] provincia, y después de los tres días gloriosos ha venido aquí atraída por la fiebre de la

época y lo pasa con una escasez que casi raya en indigencia. Todos los días me trae para el FIGARO, malísimos artículos que a pesar de mi buena voluntad no puedo insertar en él. Creo que mejor se desempeñaría en la novela porque sus ideas son muy exaltadas y caballerescas. Aquí tenéis, me dijo tomando de la meseta de la chimenea un abultadísimo manuscrito, no vale mucho, pero sí tanto como esa multitud de producciones que se venden, se compran y se admiran. Debíais buscarle un editor, puesto que sois de la Academia, y sería hacer una verdadera obra de caridad.

“Tomé el manuscrito y se lo llevé a mi sabio amigo Keratry que entonces tenía mucha relación con los editores de París y se lo recomendé expresamente. Keratry, que es la conciencia misma, me prometió leer el manuscrito y hacerlo imprimir por el mejor editor. A la semana siguiente fui a informarme del estado de mi hijo adoptivo.

—Llevaos de aquí pronto ese laberinto—, me dijo el académico diputado, desde el momento en que me divisó. Por cierto querido amigo que me proporcionáis tales marchantes, que si hubiera de servirles de padrino me llevarían muy pronto a la casa de locos. Esa novela es un tejido de locuras. Decid a esa buena señora que se entromete a escribir, que cuide de sus hijos en adelante.

“Volví con la respuesta y el manuscrito al editor de Fígaro. Keratry le había leído sin duda, porque así lo atestiguaban señales inequívocas en cada página, manchas frescas todavía del rapé derramado con profusión.

“Este manuscrito, cuyo título solo conocía entonces, era el original de la famosa novela INDIANA, y aquella mujer, nada menos era que JORGE SAND.

“Y sin embargo, Keratry es un escritor que tiene mucho gusto, más es simpático que hostil a las obras del arte moderno y es un crítico perspicaz e inteligente. Después que un hombre de este juicio comete semejante error de concepto, ¿qué diremos de esa nube de critiquillos que revolotean y susurran en torno de los pobres autores?” [...]

Fisonomía de la literatura de los siglos democráticos

En otro número del *Talismán* hemos anunciado la aparición de una nueva obra de M. Tocqueville sobre la democracia en América, que no es sino el complemento de su primera publicación sobre el mismo asunto. En la primera se ocupa de investigar la influencia de la igualdad de clases en la legislación y las costumbres: en la última investiga el poder del mismo principio sobre el carácter de las ideas y de los sentimientos. Aunque menos fuerte este último trabajo que el primero, a nuestro ver, creemos que no le cederá en reputación y en celebridad de aquí a poco tiempo. Esperamos a lo menos que esta obra ejercerá una influencia poderosa en nuestras opiniones y tendencias literarias: ella viene a esparcir una nueva y viva luz en esta materia tan oscurecida entre nosotros; y la dirección que en estos últimos 6 años han dado a las letras las generaciones jóvenes de los dos lados del Plata, van a encontrar su justificación en la clara y hermosa doctrina del célebre publicista sobre la tendencia natural de la literatura en América. Extraeremos algunas de sus opiniones sobre la materia.

“Cuando se entra en una librería en Estados-Unidos, y se revisan los libros americanos que llenan los estantes, se piensa que su número es muy grande, mientras que parece muy pequeño el de los autores conocidos.

“Se encuentra desde luego [p. 110, col. 1] multitud de tratados destinados a dar las primeras nociones de los conocimientos humanos. Las más de estas obras se han compuesto en Europa. Los americanos las reimprimen adaptándolas a sus costumbres. Viene enseguida una cantidad innumerable de libros de religión, biblias, sermones, anécdotas piadosas, controversias, manifiestos de establecimientos de caridad. Llega por último el largo catálogo de los panfletos políticos; en América, los partidos no hacen libros para combatirse, sino cuadernos que circulan con una rapidez increíble, viven un día y mueren.

“En medio de todas estas producciones oscuras del espíritu humano, se dejan ver las obras más notables de un corto número de autores que únicamente son conocidos de los Europeos o que deberían serlo.

“Aunque la América sea quizá el país de nuestra época que menos se ocupe de la literatura, se encuentran allí una porción de individuos que se interesan en las cosas del espíritu, y que si no hacen de ellas el estudio de su vida, constituyen al menos el atractivo de sus ojos. Sin embargo es la Inglaterra la que suministra a estas personas la mayor parte de los libros de que necesitan. Casi todas las grandes obras inglesas se reimprimen en los Estados Unidos. El genio literario de la Gran-Bretaña lanza todavía sus rayos hasta el fondo de las florestas del Nuevo Mundo. No hay cabaña de jornalero donde no se encuentren algunos tomos trancos de Shakespeare.

“No solamente los americanos van a proveerse cada día de los tesoros de la literatura inglesa, sino que se puede decir con verdad que ellos encuentran la literatura inglesa en su propio suelo. Entre los pocos hombres que se ocupan en los Estados Unidos

de componer obras de literatura, la mayor parte son ingleses por el fondo y más que todo por la forma.

[Col. 2] “De este modo trasladan en medio de la democracia las ideas y los usos literarios que circulan en la nación aristocrática que han tomado por modelo. Pintan con colores postizos costumbres extranjeras: no representando casi nunca en su realidad el país que los ha visto nacer, rara vez consiguen ser populares.

“Los habitantes de los Estados-Unidos, no tienen pues, propiamente hablando una literatura que les sea propia. Los únicos autores que reconozco por americanos son periodistas. Estos no son grandes escritores, pero hablan la lengua del país y se hacen entender de los suyos. En los otros no veo sino extranjeros. Estos son para los americanos, lo que fueron para nosotros los imitadores de los griegos y de los romanos en la época del renacimiento de las letras, un objeto de curiosidad, no de universal simpatía. Divierten el espíritu, pero no influyen sobre las costumbres.”

Esto mismo sucede entre nosotros y es la razón del poco influjo que la literatura ejerce en nuestras costumbres: es que la que llamamos nuestra literatura, no es nuestra, porque no es la expresión de los intereses, de las costumbres y sentimientos de nuestros países: no tenemos literatura que nos pertenezca: lo que llamamos nuestra literatura es literatura extranjera, es literatura española, y nuestros literatos no son por lo común nacionales, son literatos españoles, formados con los modelos y las costumbres literarias de los españoles. Es por eso que sus obras, perfectas muchas veces, consideradas como producciones españolas, no son sino reminiscencias de una literatura sin vida entre nosotros, de una literatura que solo existe escrita en estos países como la literatura romana o griega; pero que no está en acción, que no es la expresión viva de la palabra y del pensamiento que oímos todos los días: y es esta la principal causa de que la literatura solo sea en esta parte [p. 111, col. 1] de América, un bello entretenimiento pero no un elemento social. Para que la literatura llegue a ser un poder de acción entre nosotros, es necesario que se constituya la imagen viva de las cosas que forman nuestra sociedad americana, que deje de ser extranjera, que se inspire del genio de nuestros países, que adquiera un carácter peculiar y suyo; pero ¿qué medios podrán llevarnos a este resultado? Dejemos proseguir a M. Tocqueville.

“He dicho que este estado de cosas estaba lejos de proceder de la democracia únicamente, y que era necesario investigar sus causas en muchas circunstancias particulares e independientes de ella.

“Si los americanos, aun conservando su estado social y sus leyes, tuviesen otro origen y se viesan transportados en otro país, no dudo que ellos no tuviesen una literatura. Yo estoy seguro que tales como son, acabaran por tener una literatura suya; pero tendrá un carácter diferente del que se manifiesta en los escritos americanos de nuestros días y que le será peculiar. No es imposible trazar este carácter de antemano”.

No puede ser imposible efectivamente trazar desde hoy los grandes rasgos que deben caracterizar un día a la literatura de estos países, conociendo como se conocen las fuertes afinidades que ligan a la literatura con la política y las instituciones de cada país. Y partiendo de estas mismas afinidades podemos afirmar también que esa literatura, imitada de la literatura española, que se nos da por nuestra, no lo es absolutamente, porque no tiene ninguna relación de filiación con el orden social que se desenvuelve gradualmente en estos países; y solo es la expresión de una sociedad aristocrática, pasada, y extranjera.

Veamos, según los hechos fundamentales del nuevo régimen social de estas repúblicas, cuáles deben ser mas o menos los caracteres de la literatura [col. 2] que ha de ser la expresión de este nuevo régimen. M. Tocqueville se expresa de este modo sobre las conexiones de la democracia con la literatura.

“Transportémonos al seno de una democracia a quien las tradiciones pasadas y las luces presentes mantienen aficionada a los goces del espíritu. Allí los rangos están mezclados y confundidos; los conocimientos, como el poder, están divididos al infinito, y si me atrevo a decirlo, desparramados por todos lados.

“Ved ahí multitud confusa cuyas necesidades intelectuales quieren ser satisfechas. Estos nuevos aficionados a los placeres del espíritu no han recibido todos la misma educación; no poseen las mismas luces, no se parecen a sus padres, y a cada instante cambian de lugar, de sentimientos y de fortuna. El espíritu de cada uno no está pues ligado al de todos los demás por tradiciones y hábitos comunes, y jamás han tenido ni el poder, ni la voluntad ni el tiempo de entenderse entre sí.

“Es sin embargo en el seno de esa multitud incoherente y agitada que nacen los autores, y ella es la que les distribuye los premios y la gloria.

“Así establecidas las cosas no me cuesta comprender que debo atenerme a no reconocer en la literatura de un pueblo semejante sino un corto número de esas convenciones rigurosas que en los siglos aristocráticos reconocen los lectores y los escritores. Si sucediese que los hombres de una época se pusiesen de acuerdo sobre algunas de ellas, nada probaría esto todavía respecto a la época siguiente, porque, en las naciones democráticas, *cada generación nueva es un nuevo pueblo*. En semejantes naciones, pues, difícilmente podrían estar sometidas las letras a reglas estrictas, y es como imposible que lo estén jamás a reglas permanentes”.

Júzguese, por esta observación de [p. 112, col. 1] M. Tocqueville, el caso que merecen las tentativas que en estas repúblicas se hacen por someter nuestras letras nacientes y vagas, a las conveniencias estrictas de literaturas clásicas y extranjeras.

“En las democracias, prosigue Tocqueville, es mucho que todos los hombres que se ocupan de la literatura hayan recibido una educación literaria; y entre aquellos que han recibido alguna tintura de bellas-letras, la mayor parte sigue una carrera política, o abraza una profesión de que no pueden separarse, sino por momentos, para gustar a hurtadillas de los placeres del espíritu. Ellos no hacen pues de esos placeres el principal encanto de su existencia; pero los consideran como un pasatiempo transitorio y necesario en medio de los trabajos serios de la vida: semejantes hombres no podían adquirir jamás un conocimiento bastante profundo del arte literario para sentir sus delicadezas; los matices delicados se les escapan. No teniendo sino muy poco tiempo que dar a las letras, quieren aprovecharlo bien. Gustan de los libros que se consiguen a poco precio, que se leen pronto, que no exigen investigaciones sabias para ser comprendidos. Quieren bellezas fáciles que se revelen por sí mismas, y de que se pueda gozar inmediatamente: necesitan sobre todo cosas inesperadas y nuevas. Habitados a una existencia practica, disputada, monótona, necesitan emociones vivas y rápidas, claridades repentinas, verdades o errores brillantes que los saquen de un golpe de ellos mismos y los introduzca con igual prontitud en el asunto.

“¿Tendré necesidad de decir más? Y ¿quién no comprende, sin que yo lo diga, lo que va a leerse?

“Considerada en su conjunto, la literatura de los siglos democráticos, no podría ofrecer aun como en los tiempos de aristocracia, la imagen del orden, de la regularidad, de la [col. 2] ciencia y del arte; la forma se verá, por lo común, abandonada, y muchas veces despreciada. El estilo se manifestará con frecuencia arrogante, incorrecto, sobrecargado y flojo, y casi siempre atrevido y vehemente. Los autores tirarán a la rapidez de la ejecución más que a la perfección de los detalles. Los escritos ligeros serán más frecuentes que los libros voluminosos; el espíritu, que la erudición, la imaginación que la profundidad; reinará una nueva fuerza casi inculta y salvaje de pensamiento, y una singular fecundidad en las producciones. Se tratará de sorprender más bien que de agradar, y se esforzará por encadenar las pasiones más bien que por complacer el gusto”.

¿Esta tendencia se podrá considerar como un bien o como una desgracia para la literatura? ¿M. Tocqueville el retrato, hecho rasgo por rasgo, de la fisonomía que la literatura ha presentado en nuestras repúblicas especialmente en los últimos diez años?

Este movimiento normal del pensamiento entre nosotros, paralelo de un desenvolvimiento análogo de nuestra democracia, ha sido enteramente desconocido por los que han querido considerarlo como una tendencia de desorden literario que era preciso contener por medio de una crítica austera y rígida, o por la contraposición de una literatura en que el orden, la ciencia, la regularidad y el arte se dejasen ver en los grandes como en los menores rasgos.

Es preciso reconocerlo: todas las tentativas que se encaminen en este último sentido, todas las tendencias dirigidas al establecimiento de una literatura de formas perfectas y sabias, de clásica y severa disciplina, serán desbaratadas por la corriente impetuosa de un pensamiento [p. 113, col 1] negligentemente elaborado, emitido en estilo incorrecto, arrogante y vehemente; contenido en escritos ligeros, con más imaginación que instrucción intensa, lleno en fin de un vigor y de una fuerza casi salvajes, como dice M. Tocqueville. Se alzarán contra esta tendencia voces que denuncien en ella [col. 2] el desorden, la depravación, la ruina de nuestro corto caudal literario: todo será en vano: es la democracia que se desborda de los antiguos límites; en la literatura, lo mismo que en la política, es la revolución que invade las letras, después de haberse apoderado de los gobiernos!

III

Ensayos, crítica: Chile

[Primer artículo de la serie escrita por V. F. López sobre el discurso literario de J. V. Lastarria; se publica en la sección Editorial]

Ésta es la primera vez que nos dedicamos a nuestra tarea de escribir para el público con una completa satisfacción; porque lo hacemos bajo la influencia de ideas netas y sobre un asunto de importancia que parece destinado a ocupar seriamente la atención del país.

Pocos días hace que ha salido impreso para el público un escrito titulado *Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago etc. etc.*¹ y tanto por las teorías que dominan en este opúsculo, cuanto por el objeto que lo ha motivado, lo creemos llamado a iniciar un movimiento importante que sacudirá de sus pañales la literatura nacional y le imprimirá el impulso *libre y progresivo* que lleva en Europa, y en algunas otras partes de América también.

La publicación del discurso del Sr. Lastarria es en esta república algo más que la impresión de un escrito. Nosotros la clasificamos como *un suceso social*, sin pretender rebajar en lo más mínimo el alto elogio que envuelve esta palabra.

Este discurso es la primera voz que alza la generación nueva: esa generación a quien el tiempo y la fuerza necesaria de las cosas ha dado principios distintos de los que tuvieron sus padres, y ha presentado espectáculos que aquellos no presenciaron en los años de su educación. Manifiesta está en este escrito la conciencia de que la juventud actual está llamada a un trabajo nuevo, a una tarea silenciosa, pero fecunda; sólida aunque sin brillantéz: al estudio en fin, que es la senda pacífica y lenta que dirige a los pueblos que caminan a la *ilustración* y a la *democracia*. El Sr. Lastarria es el primero, entre los jóvenes chilenos, que ha tocado con sus ideas y sus estudios las cuestiones que debieran ocupar al pensamiento nacional: las ha tocado de un modo bello y claro; pero diremos con franqueza que habríamos deseado ver en su discurso más profundidad para desentrañar de la sociedad las causas y las leyes del desenvolvimiento intelectual del país. Quisiéramos haberlo visto emplear la altura de su inteligencia y las gracias de su estilo en bajar al fondo de las situaciones pasadas de la nación, averiguar en ellas los progresos de las ideas, de los intereses, y de las costumbres, y explicarnos *su discurso*, las necesidades nuevas que han provocado *la sociedad de Santiago*, por medio del sucesivo desarrollo de la historia nacional, aclarando así las causas que hacen que en la situación presente, la juventud y él piensen y hagan cosas que hasta ahora no se hicieron. Es de esperar que el Sr. Lastarria hará todo esto en adelante y que no separará la luz de su inteligencia de estas cuestiones; que son vitales en el estado actual de la civilización. Nosotros hemos visto que el autor concibe lo muy necesario que es no soltar la cadena que liga lo pasado con lo presente; porque de hacerlo podríamos llegar a extraviarnos sobre la vasta anchura de la tierra. Sin embargo no pensamos como él, que esa anarquía que tanto lamenta y que mira como una época estéril y

¹ Imprenta de M. Rivadeneyra 1842.

de aberración, en nada haya servido para elaborar el pensamiento nacional y fecundizar los gérmenes que hoy muestran ya desenvuelto él mismo y los demás jóvenes que lo rodean. Quisiéramos haberlo visto explicar cómo es que se ha llegado a la situación actual pasando por las situaciones anteriores; porque el atribuirlo como el autor lo hace al encanto y la ventura nos parece algo impropio de su talento claro y filosófico.

El joven literato empieza por pintar su situación al verse llamado a presidir el desarrollo de ese germen de ciencia y de saber que se ha establecido en su patria bajo el nombre de *sociedad de literatura*. Se le ve poseído de la idea de que es una novedad fecunda la que aparece aquí; y que esta novedad es un resultado de la ley del progreso social que ha hecho resaltar en la historia de la humanidad la *ciencia nueva*: esa ciencia propiedad de nuestro siglo que se llama *Filosofía de la historia*; y que consiste en ligar *lo que es con lo que será*.

Bello es para nosotros poder poner al lado de las pa-[col. 2] labras del Sr. Lastarria las que dijo otro joven americano en una situación perfectamente idéntica con la que ha motivado el discurso de que nos ocupamos. Éstas son: “No pudiéramos saber por qué y para qué entramos en el movimiento revolucionario. Estoy persuadido que mal nos sería dado comunicar si no averiguásemos de dónde venimos y hacia dónde vamos. Aquí tenéis pues a nuestra revolución en presencia de la Filosofía que la detiene en su eterno *por qué* y *para qué*”. He aquí lo que ahora dice también el Sr. Lastarria a sus conciudadanos. He aquí la cuestión importante que este joven presenta envuelta en bellísimas formas de estilo a los trabajos del ingenio nacional. Su escrito es el primer paso que se da en cuestiones de esta importancia; es como la primera palabra que pronuncia un niño con sus bellos y graciosos labios que imprime una sonrisa de júbilo en el semblante de su madre. La patria ha debido sonreírse de gusto al escuchar las palabras del joven escritor.

Apenas puede darse un espectáculo más consolador ni más santo a los ojos del hombre pensador, que la ratificación constante que da la historia de la humanidad a esas verdades que pronuncian los hombres grandes; que primero se nos presentan como un puñado de ideas recogidas en un libro y que a medida que pasa el tiempo se convierten en leyes estables y divinas; ideas que de cuando en cuando caen sobre la frente de los pueblos, como el bautismo sobre la frente del Neófito, para abrirles las puertas de un porvenir inmortal y plantar las leyes del espíritu sobre las leyes de la materia y de la oscuridad. Cuando Leibnitz [*sic*] dijo: “Lo presente, hijo de lo pasado, está preñado del porvenir” pudo agregar también “He dictado el código fundamental de la humanidad”. Sus palabras están repetidas hoy por el movimiento del mundo entero, que tal vez no las recuerda; pero que obra conforme a ellas. Las generaciones están en una perpetua peregrinación hacia el porvenir; [*ilegible*] caminan por una senda que de más en más se ensancha y van desparramándose sucesivamente por ella hombres, razas, y pueblos nuevos. A los americanos nos ha llegado también la ocasión de ocupar nuestro lugar en las filas de la civilización y el discurso del Sr. Lastarria lo prueba bien.

Mas para ocuparnos de este escrito de un modo provechoso tenemos que volver nuestra vista a los antecedentes de nuestra situación, examinar el sentido de nuestra historia; el desarrollo de nuestras ideas; las anteriores situaciones por donde hemos pasado; para confrontar todo esto con el discurso que ahora nos ocupa y expresar sobre él nuestro

juicio definitivo. Haremos esto bajo el título siguiente: *Cuestiones Filológicas suscitadas por el Discurso del Sr. Lastarria*.

La Gaceta del Comercio, N° 107, Valparaíso, 9 de junio de 1842, p. 1, cols. 1-3

Cuestiones Filológicas suscitadas por el discurso del Sr. Lastarria (Continuación*)

[V. F. López]

Envueltos nuestros padres en este torbellino revolucionario; arrebatados por necesidades premiosas e inesperadas que a la vez que los tenían vueltos de frente unos contra otros, los sujetaban a un peligro común si se perdía la causa de la independencia, les era imposible atinar con la razón y el principio de esta lucha interna. Cuando la querían contener la encendían, y cuantas leyes daban al efecto, cuantos medios adoptaban eran otros tantos gérmenes asediados de confusión y de enemistad. Sin embargo, en medio de esta confusión tenían que luchar contra la España, que no solamente los amenazaba con sus ejércitos sino con las reacciones interiores que continuamente estaban preparando sus partidarios.

Entre las dos naciones que hemos dicho que nos presentaban modelos más nuevos y más análogos a nosotros de revolución, la una nada había tenido que hacer para organizarse sino vencer los ejércitos de su metrópoli. Educada, desde que nació, para ser libre, había crecido con costumbres y con industria, y se hallaba en el caso de emanciparse sin correr los peligros a que arrastran el extravío de las ideas y el poco asiento de los intereses. El trabajo y la industria tenían preparados para este pueblo gérmenes inmensos de riqueza y semillas fecundas de orden y de libertad: el hombre de las masas se hallaba allí nutrido con los dogmas del hombre libre y provisto además de todos los intereses del hombre industrioso. No hay maravilla alguna que no esté en el caso de producir una sociedad compuesta de tales ele-[col. 2] mentos, donde sus miembros todos saben trabajar y saben ser libres, y así es que esas maravillas nada tienen de misterioso en los Estados Unidos, en cuyo país son el resultado de la feliz consolidación de los intereses y de las ideas.

El otro pueblo de que hemos hecho mención [se refiere a Francia] era un pueblo que desde muy atrás venía gobernado por un orden de cosas despótico: no tenía educación industrial; sus costumbres eran encontradas entre sí; las unas eran hijas del despotismo orgánico de sus sistema político; las otras eran gérmenes de revolución; y otras también había que eran el resultado del egoísmo, y como tales eran costumbres sibaritas criadas por la duda y el escepticismo. Pero en desquite, ése era un pueblo en el que las ideas habían

* Véanse nuestros números 99 y 103.

recibido un alto grado de desarrollo; la ilustración había preparado en su seno un divorcio enérgico completo entre sus costumbres tradicionales y los resultados de su ilustración.

Semejante situación (y fíjense nuestros lectores en los hechos de este párrafo, porque de aquí sacaremos deducciones, que corren de un modo directo sobre el discurso del Sr. Lastarria) había sido enteramente desconocida en los Estados Unidos, porque en este país aun en su estado de revolución las ideas eran hijas de las costumbres, y las necesidades nuevas hijas de las tradiciones; por consiguiente en el seno de la nación no había contradicciones interiores; todo era armónico y paralelo, y la guerra civil era absolutamente imposible. La Francia por el contrario; puesta en revolución, tenía que ponerse en lucha consigo misma para arrancar de las entrañas de su suelo las raíces de la monarquía absoluta; tenía que destruir las costumbres dominantes y tradicionales, para poder fundar el imperio de sus ideas nuevas, y para preparar con ellas el predominio de las costumbres y de la organización futuras; tenía, en fin, que fraccionarse, iniciando así una guerra recíproca e interna entre estas fracciones que no podía menos que ser uno de esos temporales que de cuando en cuando prepara en la atmósfera de un país la mano infalible de la Providencia, para regenerar el aire o la sociedad.

Las monarquías extranjeras sintieron todas el terremoto con que la revolución francesa había sacudido el suelo todo de la Europa. Todos los reyes llevaron instintivamente su mano a la cabeza, para examinar si estaba segura su corona; y los pueblos por un movimiento igual se miraron el brazo para conocer si era robusto. La cuchilla de la convención baja la cabeza de Luis XVI de los hombros que la sostenían; la sangre real mezclada con tierra va debajo del zapato de la plebe. Los reyes de todo el mundo tiemblan de pavor, y el viento del terror sopla sobre todos los tronos. Aterrados éstos empujan sus soldados sobre las fronteras de la Francia para contener la desatada inundación que los amenaza, y así es como comienza para esta nación una guerra formidable en el exterior; y en el interior también, porque la diferencia de las ideas, la contrariedad de los intereses, de las costumbres y de las creencias, suscita partidos, anarquía, y realiza un choque ruidoso que revuelve las ideas, las cosas y los hombres, para sacar de esta amalgamación una sociedad nueva, joven e hija legítima del siglo. No hay duda que este sacudimiento era regenerador pues que él ha producido esa Francia, que todos admiramos hoy, a pesar de los defectos que la afean un tanto todavía; ese sacudimiento ha producido grandes cosas; pero a pesar de eso, su espectáculo está muy lejos de inspirar ese sentimiento de tranquilidad y de belleza moral de que goza el alma cuando contempla la revolución norteamericana.

Tales eran los dos pueblos cuya revolución se presentaba como modelo a los patriotas e independientes de la América del Sur. No hay uno entre estos hombres beneméritos y grandes que fueron nuestros padres que no haya suspirado por realizar en sí o ver realizado en otro el modelo de un Washington o de un Jefferson; pero tampoco había quien fuera capaz de realizarlo, ni pueblo preparado para recibirlo o apreciarlo. La sociedad se hallaba en un estado que hacía inútiles y estériles hombres como éstos; porque las virtudes y las capacidades que los hubieran hecho tales, lejos de hacerlos

propios para dirigir y servir al triunfo del movimiento revolucionario, los habrían hecho más presto víctimas de él y los habrían gastado en un solo día.

Nuestra revolución tenía pues más analogías interiores y exteriores con la revolución francesa, y supuesto que había analogía entre las situaciones de ambas sociedades, es preciso confesar que la había y que la hay todavía entre los hombres y las ideas, y entre la marcha y los principios existentes en ellas.

Pero no solo eran la Francia y los Estados Unidos los únicos pueblos que vinieron a visitarnos después que fuimos independientes. No; otro gran pueblo también desplegó sus banderas al viento de nuestras costas, la Inglaterra. La Inglaterra no nos traía modelos de revolución, ni tampoco de organización social; entre su organización y la nuestra había un abismo cavado por una porción de siglos y por un sinnúmero de diferencias naturales y sociales que nos hacía imposible el copiarla en aquellos momentos apurados en que nosotros buscábamos modelos. Pero la Inglaterra nos traía el comercio con más abundancia y comodidad que los otros dos pueblos de que antes hemos estado ocupados; trayéndonos el comercio, fomentaba el desarrollo de nuestra riqueza y echaba los gérmenes del trabajo *industrial y productivo* en nuestra sociedad: trayéndonos el comercio, nos traía hábitos nuevos y criaba en nuestros pueblos necesidades no sentidas ni apreciadas hasta entonces.

He aquí el cómputo de las influencias europeas que recibimos con nuestra revolución. En el orden intelectual y político, la Francia, y en algún tanto los Estados Unidos; en el orden mercantil e industrial, la Inglaterra. Nuestra revolución se mueve pues en sus primeros años bajo el impulso de la Francia, y nuestra riqueza bajo el impulso de la Inglaterra.

Ahora bien: estamos en el caso de examinar un *discurso literario*; un discurso escrito exclusivamente bajo la influencia de las ideas francesas, y dirigido a una sociedad formada también para realizar estas ideas mismas y no otras algunas. Creemos pues haber sentado las bases de *ese discurso* y de *esa sociedad* de un modo neto y claro, y sin necesidad de *tomos* sobre los griegos y romanos y otros disparates como éstos.

Entremos ahora en el examen especial del discurso del Sr. Lastarria. Lo primero que encontramos es cierta separación poco meditada, hecha entre la *riqueza* y la *ilustración*; cierta creencia de que los brazos que absorbe la una, son cabezas perdidas para la otra. Confesamos francamente que tal vez pudiéramos padecer a este respecto alguna mala inteligencia; pero las palabras del Sr. Lastarria nos autorizan a nuestro modo de ver para esto; él dice así: “Todos conciben que necesitan promover sus intereses personales, acometen la empresa que los ha de engrandecer y que ha de dar a la nación el apoyo *que en su concepto necesita*, el de la *riqueza*: ... Pero la riqueza, señores, nos dará poder y fuerza, mas no libertad individual,... otro apoyo quiere la democracia, el de la *ilustración*”. Contra esta diferencia protestan muchos pueblos modernos, y nosotros juzgamos que lo hacen con muchísima razón. La *riqueza moderna*, que es la riqueza de Chile, que es la riqueza fundada sobre la industria y el trabajo, no arrastra diferencia alguna con la ilustración; y más nos atrevemos a decir, y es, que será imposible conseguir esta última sin identificarla con la

primera, porque en los pueblos modernos no hay tal diferencia entre la riqueza y la ilustración. Los pueblos ricos son pueblos ilustrados; los pueblos ilustrados son ricos sin remedio: no hay ilustración sino donde hay intereses positivos que la fomenten y la consoliden; ni tampoco hay intereses donde no hay ideas ilustradas que los aclaren y los ordenen. La riqueza y la ilustración, es decir, una misma y única cosa –la civilización– ha empezado a marchar entre nosotros el día que estalló la revolución; no se han separado jamás: ni se separarán, no lo tema el señor Lastarria. Si son débiles todavía, no es porque hayan estado separadas, sino porque aún no tienen suficiente [col. 2] tiempo para haberse desarrollado de un modo completo. Echemos la vista sobre la situación presente y veamos lo que ella nos presenta: la riqueza y la ilustración marchando juntas, como un solo principio, el principio civilizador. Echemos la vista sobre algún otro país que no se halle en el mismo estado que el nuestro, y veremos que no están divorciadas, sino atacadas y destruidas a la vez.

Nos hemos permitido enristrar la lanza y descender con ella al palenque a disputar la posesión de una hermosura, la verdad; estamos seguros de que el campeón que ha ocupado la lid de un modo tan brillante, y que se ha granjeado en ella los aplausos de todos los espectadores, no desdeñará en romper una asta con nosotros en este torneo, cual lo hacían disputando otras cosas los antiguos y nobles caballeros, con franqueza y con lealtad.

(Continuará)

La Gaceta del Comercio, N° 109, Valparaíso, 11 de junio de 1842, pp. 1-2, cols. 1-3.

Cuestiones filológicas suscitadas por el discurso del Sr. Lastarria. (Continuación*)

[V. F. López]

En el número anterior en que nos ocupamos del discurso del Sr. Lastarria, determinamos las tres influencias socialmente revolucionarias que vinieron a combinarse con el sacudimiento político de nuestra emancipación. Dijimos que la revolución política e intelectual se verificaba bajo la influencia del pensamiento francés, que en las exterioridades administrativas no dejaba de influir también como modelo la revolución norteamericana y la organización social allí fundada; y por último establecimos, que el comercio inglés ha sido para nosotros el principio revolucionario de nuestra industria, y que influyendo sobre las fuentes de riquezas y de trabajo propias del país introducía necesariamente una reforma en los hábitos y ayudaba a los demás principios regeneradores que obraban sobre las ideas y sobre los derechos públicos. Mas con esto no hemos hecho más que determinar los elementos de reforma que la revolución de 1810 había cimentado en nuestra sociedad; es

* Véanse nuestros números 99, 103, 107.

decir, que solo conocemos de ésta, su faz revolucionaria; y que para poder conocerla en su conjunto, tenemos que encarar su faz antigua, es decir: su faz retrógrada y española.

Sobre este punto poco tenemos que decir para establecer que todos los principios de administración, todas las ideas, las costumbres, y los medios de trabajo y de economía legados por el régimen colonial, eran anti-regeneradores y retrógrados; y que como tales, constituían el verdadero elemento contradictorio de la marcha progresiva iniciada por las tres influencias que antes hemos examinado. Había pues en el fondo de nuestra emancipación social un verdadero choque de principios: una verdadera guerra (permítasenos esta palabra) entre las ideas, las costumbres, y los intereses engendrados por el comercio extranjero.

[col. 2] Ahora bien, el tiempo, las circunstancias, y el desarrollo de la prosperidad interior han fortificado de día en día la naturaleza de los elementos regeneradores y civilizadores, nacidos con la revolución del año 10 de este siglo, defendidos y sostenidos por nuestros padres, y conservados por éstos hasta el presente, que empiezan a ser depositados en la mano de la juventud. Sentado esto, es claro, que estos elementos de regeneración pertenecen a tres clases distintas de esta sociedad. El elemento gubernativo pertenece todavía, y pertenecerá por mucho tiempo, a los hombres formados ya, y que por su saber práctico y experiencia tienen la reputación de capacidad necesaria para girar con derecho en esta esfera; la reforma industrial pertenece al comercio extranjero y nacional, a los especuladores y a los trabajadores, a los capitalistas y al pueblo jornalero. Queda pues la regeneración intelectual, esto es, el aprendizaje, el estudio, ¿a quién pertenecerá? A la juventud con pleno derecho. Los hombres ilustrados que han dejado de ser jóvenes ya, tienen que obrar, y por bien del país ni deben ni pueden estudiar, su misión es realizar, aplicar lo que aprendieron; la juventud al contrario, por deber y por posición se tiene que dedicar al trabajo especulativo, a la reforma intelectual, a esa renovación de ideas que constituye la marcha progresiva de las sociedades.

Aquí es donde ella tiene que estrellarse contra un obstáculo fuerte, a saber: las ideas, las costumbres, y las tradiciones perjudiciales de la antigua educación. Esta resistencia por un lado, y su debilidad natural por otro, la obligan a una concentración, a una alianza que refundiendo todas las capacidades en una sola —*la de la asociación*— y desarrollando todas las inteligencias por la mutua comunicación de las ideas, de las intenciones, y sobre todo, por la fuerza de acción y desarrollo que adquiere el trabajo intelectual cuando se hace en asociación y comunidad, la haga capaz de superar ese obstáculo, a pesar de su debilidad presente. He aquí la necesidad social de esa asociación de jóvenes efectuada en Santiago; he aquí lo que hace que ella no sea el efecto de un mero antojo, sino un resultado real y [col. 3] lógico de todos nuestros antecedentes sociales e históricos. Esta *sociedad* con el carácter peculiar que tiene, es un hecho que no ha podido realizarse sino ahora: una *necesidad social* que si no se ha satisfecho antes, no es por la razón que dice el Sr. Lastarria de no habérseles ocurrido a nuestros padres, sino porque recién ahora se han establecido circunstancias que lo hacen posible. En los años anteriores de nuestra revolución, la patria arrebatava para satisfacer sus necesidades todos aquellos hijos suyos en quienes alboreaba alguna capacidad

intelectual; los ocupaba en la acción, que era la necesidad primordial que ella tenía, sin permitir que quedara en retiro, y ocupada de estudios especulativos y profundos una masa de juventud capaz de formar una asociación militante “contra los vicios sociales”.¹ Pero no por esto dejaban nuestros padres de desempeñar un trabajo eminentemente civilizador, igual, sino superior, al que actualmente emprende y realiza la juventud, trabajo que los ha hecho *dignos sin tacha alguna de la independencia* por que lidiaron. Este trabajo era el de destruir aquel poder que impedía el desarrollo de los principios civilizadores en el país, el poder español; y el de levantar en su lugar otro poder que alentara la vida de esos principios y permitiera por la naturaleza misma de su constitución la formación de asociaciones tales como ésta y otras formadas en la capital. Y bien claro es, que semejante trabajo no era un trabajo exclusivo del sable y del brazo, sino una tarea también del pensamiento; una alta tarea de ilustración a la cual la época presente debe todos los caracteres de prosperidad que tiene.

Por lo demás, la necesidad de las luces y de la civilización están sentidas y concebidas en el discurso que nos ocupa de un modo altamente honroso para su autor. Por todo lo que él ha escrito a este respecto se le conoce dotado de una inteligencia viva y perspicaz, que atrapa con seguridad las altas dificultades de las ciencias sociales que presenta la situación especial de esta república y la de la América toda, como él mismo lo dice. La inteligencia y el corazón del autor se hallan [pág. 2, col. 1] fuertemente impregnados de la idea y del sentimiento del *progreso*, que es la enseña de nuestro siglo, el resultado más grande y fecundo que han alcanzado hasta hoy las ciencias morales en Europa. Aunque no fuera más que por el modo con que el Sr. Lastarria ha sabido desplegar esta idea en su discurso, todos los hombres verdaderamente ilustrados debieran concederle la palma que pertenece al buen escritor.

Continuando pues nuestro examen detallado del discurso, diremos que el Sr. Lastarria no nos ha hecho sentir de un modo fuerte y necesario la necesidad de ocuparse de la literatura en la sociedad a quién se dirigió, a causa de la falta de antecedentes históricos y sociales que anteriormente le reprochamos; reproche que causó tan fuerte como injusto enojo al Sr. Corresponsal del *Mercurio*. Nosotros sabemos que el Sr. Lastarria no fue a aquella *sociedad* a hablar de literatura por antojo, sabemos que los miembros dispuestos a oírle, no lo estaban por antojo tampoco, sino que tanto en el escritor como en el auditorio había una necesidad anterior e íntima que exigía un escrito literario ante todo.

Profundicemos.

Según lo que anteriormente establecimos, aquella juventud estaba reunida allí para adquirir *ideas nuevas*; esto resulta del *discurso* y de la *noticia de la sociedad* que lo encabeza. Se trataba pues en aquella reunión de una regeneración intelectual y social. Muy bien. Esta regeneración era preciso realizarla en la esfera pura del pensamiento; diciendo esto se dice también que era necesario armonizar la inteligencia de todos los individuos reunidos y hacerles abrazar esas *ideas nuevas* como *creencias sociales* ¿Cómo pues llevar al cabo este trabajo? Por las *letras*, que es lo que responde directamente a las *ideas*. De aquí es de donde

¹ Palabras del Sr. Lastarria.

ha nacido la necesidad de hacer un discurso de literatura; discurso que si hubiera tenido otro objeto cualquiera no habría sido tan análogo, como lo es el del Sr. Lastarria, con la institución especial de la sociedad en que fue pronunciado. Si en él se hubiera ocupado el autor de Agricultura o de Economía Política, habría encontrado sin duda menos disposición en su auditorio y en el público [col. 2] para aplaudirlo con el entusiasmo con que ha sido aplaudido, a pesar de que estas materias no son menos interesantes al país que lo que es la literatura.

De la falta pues de esos antecedentes sociales e históricos que se hace notar en el *discurso*, y que constituyen la necesidad de la literatura entre nosotros, resulta un vacío notable en este bello trabajo del Sr. Lastarria. Parece que la dedicación especial que da a su obra, de ocuparse de literatura, fuese mero capricho individual en el que lo escribía, y en la *sociedad* que lo escuchaba; y la verdad es, que en el fondo de las cosas no era así, sino que había una exigencia real por ambos lados de ocuparse primordialmente de ese ramo de la ciencia humana. He aquí pues en el discurso una transición repentina que obliga al lector a recapacitar y examinar por sí mismo cuál es la razón por que el autor nos ocupa de literatura, más bien que de otra cosa cualquiera, lo cual no sucedería si se nos hubiera preparado de un modo lógico a este empleo de nuestra meditación. Mas no solo resulta esto, sino que nos deja también sin darnos la razón de las hermosas palabras con que concluye este párrafo: “Porque, señores, no debemos pensar solo en nosotros mismos, quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones y preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria. Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración, pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en la marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderosa”. ¿Con que la literatura tiene entre nosotros que llenar una misión socialista y popular? Es decir: ¿con que tiene que regenerar nuestra sociedad? Éste es un hecho que muy bien puede ser negado o no comprendido (aunque no lo será ciertamente por nosotros). Las ideas de que se alimenta la literatura son de dos clases, progresistas, nuevas, revolucionarias; y tradicionales, viejas, retrógradas. Actualmente hay una lucha en Europa que lo prueba; la hay también, y la ha habido siempre entre nosotros, aunque en una escala infinitamente inferior; luego en literatura hay siempre dos banderas; si la una de ellas es [col. 3] progresista y la otra no, alguna de las dos no es socialista, y no siendo socialista no puede realizar las pretensiones del Sr. Lastarria, que es hacer que sirva a la utilidad de su patria. Aquí es necesario servir a la patria haciendo triunfar una de las tendencias literarias sobre la otra, la progresista sobre la retrógrada. No hay medio entre estos dos caminos. He aquí la razón incontrastable que tuvimos en uno de nuestros artículos anteriores, para echar de menos en el discurso antecedentes sociales e históricos, antecedentes chilenos, *no griegos, romanos, dantescos*, como se ha querido hacer entender que dijimos. Mas si se nos hubiera explicado nuestros antecedentes y se hubiera hecho arrancar de ellos nuestras necesidades literarias, habríamos sabido cuál era para nosotros la verdadera literatura social. Si era aquella que representan Oña, Lacunza, Ovalle, La Torre, Herrera, Mariana, Solís, Hidalgo, etc. etc. o bien aquella que representan Villemain, Artaud, Hugo, Dumas, Larra, Zorrilla,

etc. etc. Porque a la verdad esto es vital, y el Sr. Lastarria nada nos ha dicho a este respecto. Todos sabemos que si como dice el mismo autor *la literatura es la expresión de la sociedad*, una sociedad había, cuando escribieron los primeros autores, y otra hay, cuando escriben los segundos; podemos decir más, y es, que aquella sociedad tenía principios opuestos a ésta; que aquellos principios han sido destruidos en Europa por éstos; ¿a cuál de estas dos fracciones de la humanidad pertenecemos, a cuál de estas dos sociedades, a cuál de estas dos *expresiones*; o lo que es lo mismo, a cuál de estas dos literaturas? Volvamos a repetir que todo esto queda inexplicable si no se acude para hacerlo a los antecedentes históricos y *nacionales*. Estas cuestiones son vitales hoy en literatura, y al reprocharle al Sr. Lastarria esta falta no ha sido nuestro motivo una mezquina inclinación a encontrarle una, sino la necesidad de pedirle explicación de cosas que no ha explicado y que deben ser explicadas. Nosotros escribimos para el público; y al público no se le satisface alabando todo lo que es de una parte y criticando todo lo que es de otra; el público necesita la verdad y la independencia; y ésta se la prometemos de todo corazón.

(Continuará)

La Gaceta del Comercio, N° 114, Valparaíso, 18 de junio de 1842, p. 1, cols. 1-2.

Editorial

[Quinto artículo de V. F. López sobre el discurso de Lastarria]

No creemos que puedan presentárenos como una objeción aquellas profundas y hermosas palabras¹ con que el Señor Lastarria repudia la alianza de nuestra naciente y futura literatura con la vieja literatura española. Pocas veces se ha escrito sobre esto en la América del Sud con más verdad y acierto; pero a pesar de eso no hemos querido ver en esas palabras una objeción contra nuestras observaciones anteriores; porque muy pronto encontramos otras que a nuestro modo de ver las contradicen.

Antes de todo debemos observar que las cuestiones literarias se reducen de un modo preciso a cuestiones de estilo. No siendo la literatura sino la *expresión* de la sociedad, y no siendo la expresión de la sociedad otra cosa que el *estilo*, resulta que la literatura es esencialmente el estilo. El fondo, es decir las ideas, pertenecen a la filosofía y a las demás ciencias; pero no constituyen la literatura sino por el modo con que están expresadas, o lo que es lo mismo por el estilo. Ahora es pues cuando para resolver las objeciones anteriores que hemos hecho tenemos que parangonar dos pensamientos del Sr. Lastarria. Dice este Sr.

¹ Página 10 del discurso.

que: “Hay una literatura que nos legó la España con su religión divina, con sus pesadas e indigestas leyes, con sus funestas y anti-sociales preocupaciones”, concluyendo de todo esto que esa literatura no puede ni debe ser la nuestra. Pero al mismo tiempo nos dice (adoptando el parecer de un ilustre contemporáneo) que nuestra habla, es decir, *nuestro idioma, nuestro estilo, nuestra expresión, nuestra literatura, anuncia los progresos de la razón*. No sabemos cómo combinar estas dos expresiones; porque creemos que si es cierto que la literatura española es retrógrada y anti-social, es imposible que el *habla*, que no solo es el vocabulario sino el estilo y la literatura también, anuncie los progresos de la razón; y aun agregamos, que si es cierto lo primero, es claro que el idioma español no ha trabajado con sus instrumentos propios ciencia alguna de las modernas, que las matemáticas, la política, la filosofía, la industria, la química, etc. etc., no pueden contar en su vocabulario con palabras y modismos que las satisfagan; porque el idioma español en nada ha intervenido en los últimos trabajos, que han rehecho de nuevo todas estas ciencias.

Pareciéndonos innegable que la literatura consiste esencialmente en el estilo, no sabemos cómo conseguiríamos desarrollo literario que pudiera representar los últimos progresos de la razón humana, comparando un estilo que, como el de Garcilazo, La-Torre, Herrera, Mendoza, Solís, Mariana, etc. etc. representa un fondo retrógrado y constituye una literatura repudiada por el mismo autor. Y en efecto, si el *fondo* de la sociedad ha variado, la *expresión* debe variar también. No se debe pues *imitar*, sino *comprender* para reformar; no se debe estudiar para imitar sino para progresar. El fondo actual de la literatura española y de la nuestra es extranjero. ¿Cómo conseguiremos tener una expresión española y nacional de este fondo?... Ocupándonos en crear una habla que lo represente y no contrayéndonos a la imitación del estilo de escritores que nada tienen que ver con el orden de ideas que hoy nos domina y nos arrastra. Todos los nuevos escritores de la España hacen esto.

Para escribir bien no se necesita imitar; al contrario, todo estilo que es imitado es malo, es como un espejo empañado que vuelve caprichosas y desfiguradas las imágenes que se le ofrecen. Todo escritor notable está obligado a formarse un estilo, que llegará a ser tanto mejor cuanto más propio y peculiar le sea. Los escritores vulgares y medianos tenemos todos que imitar y copiar, es verdad; pero sólo debemos tomar por modelos a los escritores contemporáneos; porque sólo estos son los que representan con su estilo el fondo que constituye la vida y los juicios de toda una época; o para decirlo más claro, sólo ellos son los que ponen en su estilo algo de aquello que todos sentimos y tenemos. Los escritores viejos pasan con las sociedades de que vivieron; sus servicios son locales y contempo-[col. 2] ráneos, y muy grandes deben ser para que pisen el territorio del porvenir. De éstos no conocemos uno solo que sea español. La literatura de la España no cuenta con un pasado que revele un gran desarrollo inteligente y civilizador. ¿Cuál es su gran siglo? Esto es, un siglo tal que cuente con *una literatura que sea la expresión de una sociedad eminentemente ilustrada*. Y si no lo hay, ¿puede concebirse que en una sociedad retrógrada hasta ahora, como la califica el Sr. Lastarria, haya florecido una literatura que deba ser modelo de la época actual y del porvenir?

Sabemos bien que la literatura española cuenta con brillantes principios, con gérmenes preciosos que incesantemente deben ser estudiados para que sean bien

desenvueltos; pero de ser principio a ser modelo hay una inmensa distancia. Rechazando a la literatura española como modelo y adoptándola como germen, realizaremos un trabajo útil y fecundo, análogo y digno de nuestro siglo. Pero copiando su estilo, ya sea descriptivo o sentencioso, sólo emprenderíamos un trabajo irrealizable y estéril. Creemos que a este respecto el Sr. Lastarria habría dado un consejo mucho más útil y positivo a la juventud, si en vez de presentarle modelos en los viejos autores españoles, le hubiera dicho: “Haced lo que yo he hecho: estudiad los últimos progresos de la razón europea y cread vosotros mismos una expresión española que los represente”. Por sentido que su modestia le impedía tomar este partido; pero creemos que el autor del discurso puede muy bien presentarse como modelo de buen estilo, y como un modelo que en nada ha copiado a *Mariana*, a *Solís* y compañía: a no ser que se llame copiar usar de palabras tomadas del mismo idioma que ellos emplearon. En este sentido no habría escritor original en lengua alguna: Víctor Hugo sería copista de Voltaire y Larra del Padre Isla.

Concluiremos pues estableciendo que a nuestro juicio la educación intelectual del país está sometida a la influencia francesa. La razón de este hecho se halla en las leyes morales que han regido nuestra regeneración social. Fundados en esta base, atribuimos un gran mérito nacional al discurso del Sr. Lastarria, *por ser una producción que representa de un modo neto y terminante el extranjerismo regenerador*, bajo cuya influencia se está civilizando la América del Sur.

Esto nos conduce a una última observación: observación que tiene por objeto examinar si nuestra literatura puede y debe aspirar a ser original.

No es lo mismo una literatura nacional, que una literatura original. Muy bien puede alcanzarse lo primero, sin alcanzarse lo segundo. Es nacional toda literatura que expresa situaciones, necesidades, e ideas nacionales; más, cuando estas situaciones, necesidades e ideas nazcan de influencias extranjeras y se desenvuelvan bajo la acción de éstas, es claro que la expresión que se haga de ellas, esto es, la literatura, será nacional sin ser original; expresará ideas y necesidades nacionales, sin expresar ideas y necesidades propias y exclusivas, que es lo que constituye la *originalidad*. Hemos visto ya que nuestra sociedad de nada tiene menos que de originalidad, sus elementos civilizadores son europeos; sus elementos retrógrados lo son también, porque son españoles. ¿Cuál será pues la originalidad que logrará expresar nuestra literatura? Veamos. Hasta aquí no tenemos todavía sino dos elementos de literatura, a saber: la naturaleza y la guerra de la independencia. La naturaleza es original por cierto, pero como la naturaleza inspira ideas que toman la forma del hombre que las concibe, si el hombre no es original, estas ideas pierden en él su originalidad primitiva; se transforman y se visten a la europea. Copiaremos distintos cuadros; pero los copiaremos del mismo modo que la Europa civilizada; y a pesar de nuestra originalidad natural perteneceremos por mucho tiempo a las escuelas europeas, por los modos que expresaremos esta originalidad. La guerra de la Independencia nada tiene de original. Es una epopeya, pero una epopeya europea.

Así, pues, a nosotros nos sucederá lo que les está sucediendo a todos los pueblos civilizados: que a medida que se civilizan más, pierden su originalidad; porque la originalidad es la barbarie primitiva.

Las novelas en el día

En un artículo que extractamos del *Diario de los Debates*, se hallan algunas observaciones relativas a las novelas, parte tan importante de la literatura moderna. Siendo en gran parte aplicables al drama y a toda especie de obras de imaginación, hemos creído oportuno publicarlas ahora que este género empieza a cultivarse entre nosotros.

“Una noche de invierno dormía tranquilo en su lecho Galland, el traductor de las *mil y una noches*, cuando de repente le despierta una tropa de calaveras, gritando de voz en cuello al pie de su ventana: ‘Señor Galland, señor Galland’. Éste se asoma por fin, y les pregunta qué quieren con él. ‘¿No es Ud. a quien debemos esos lindos cuentos árabes?’ –Sí, a mí. –Pues bien, señor Galland, ya que Ud no duerme, cuéntenos mientras amanece, uno de esos tan divertidos que Ud. sabe...”

“En el día ya nadie va a sacar de su cama a los autores de cuentos. Pero sin ocurrir a esa treta anticuada, muy seriamente se les impide el dormir. A ver si a menos de consagrarse a ello día y noche, logra cualquiera satisfacer la furiosa pasión del público por la novela, única afición literaria de nuestra época. Demasiada delantera daría a sus competidores el novelador que pretendiese sacar su sueño tranquilo. ‘Dadnos cuentos, les dice el pueblo, buenos o malos, triviales o sublimes, virtuosos o satánicos; pero dadnos cuentos, pues ya no podemos leer otra cosa’.

“Y obedeciendo a este estímulo poderoso, brotan con tal rapidez las novelas que, mientras la crítica procura analizarlas, se expone a quedar como aquel barbero cuya lentitud ha inmortalizado Marcial. Hoy improvisan todos y todo se improvisa, constituciones, leyes, grandes hombres y grandes obras. Se improvisa en la pintura; se improvisa hasta en las ciencias; ¿por qué no se han de improvisar también las novelas? Ya lo he dicho: son la necesidad y la pasión del momento.

[col. 2] “Nuestra sociedad se asemeja algún tanto a esas caravanas del oriente que por la tarde, en la velada, entre dos jornadas fatigosas bajo un cielo de fuego, se agrupan y se apiñan alrededor de sus improvisadores de cuentos. Gustamos de ellos; entre la revolución de ayer y la crisis de mañana, gustamos de oír alguna alegre relación que nos entretenga, alguna sentida historia que nos conmueva, algún bello cuento que nos haga meditar, que nos arrobe el alma. Cuanto menos hay de novelesco en la sociedad del día, tanto más le agrada la novela; y cuanto menos le placen las aventuras en la política tanto más las solicita en los libros. Las novelas le proporcionan sin peligro en la apacible estancia de la fábula las emociones que teme en el terreno abrasador de la realidad. Se cree que nuestra época es frívola; porque nada tiene de serio nuestra literatura: éste es un error. Para ser frívolo no basta el quererlo, sino que además son necesarios mucho ocio, mucha seguridad. Hoy todo el mundo se ocupa en sus asuntos o se mezcla en los del Estado, a menudo lo uno y lo otro. Arrebatados por el torbellino de la vida práctica, no hay lugar como había en otros tiempos, para el fomento cuidadoso y esmerado de aquella primera cultura intelectual que, en un bosquejo más o menos perfecto, todos sacamos de nuestra

larga permanencia en el colegio. Si por una parte somos en el orden literario una nación de retóricos más o menos formados, por otra parte nuestros deberes, nuestros intereses, nuestros cuidados, nuestras ambiciones de todo género nos hacen inevitablemente serios. Es un engaño creer que la gravedad en los hábitos sociales ha de tener su correspondencia en los gustos literarios. Los Americanos del Norte, pueblo el más serio de todo el mundo en sus negocios y en sus costumbres, solo tiene un escritor sobresaliente, y éste es un novelador.

“Pero cualquiera que sea la causa de este gusto singular y exclusivo del pueblo francés por la novela, ese gusto existe y es universal. No hay quien sepa lo que ha de durar; pero aguardando que se agote por su misma violencia, vemos que se hace un prodigioso consumo en París y en las provincias de novelas buenas o malas. ¿Y cómo abastecer a tal consumo, cómo aplacar esa hambre desordenada que con la boca abierta aguarda su pitanza literaria de cada día, si el mercado no estuviese bien surtido; [p. 186, col. 1] si los proveedores no fuesen inteligentes y celosos; si en la producción de este artículo de comercio, la improvisación rápida y arriesgada no hubiese sustituido al trabajo serio y reflexivo; si el número no se hubiese sobrepuesto a la calidad; en una palabra, si la novela tal como agradaba a nuestros padres, la novela de costumbres tal como la escribían Lesage, Fielding, Prevost, con sus observaciones tan juiciosas y su estilo tan pulido y castigado, no hubiese cedido su lugar a la *novela folletín*, si la hemos de llamar por su nombre.

“En nuestras novelas modernas, el vicio se presenta en proporciones colosales; y raro es que después de haberse creado así monstruoso e imposible, los noveladores no deriven de su propia hechura alguna objeción no menos extravagante contra el orden social y la humanidad... Ya sabemos que el vicio pertenece a la novela y es de su resorte. Los malvados están bajo su jurisdicción; y sea en hora buena esta justicia de novela severa y aún inexorable. Pero no inventéis crímenes que no tienen nombre en lengua alguna, por solo el placer de castigarlos con más ostentación. Mostradnos vicios que tengan figura humana y que hablen una lengua que podamos entender. No desechéis de vuestros cuadros a los malvados; pero poned a su lado hombres de bien, sin premiar a aquellos con una dicha inevitable ni condenar a éstos a una desventura sin remedio. ¿De dónde habéis bebido esa misantropía petulante y dogmática que rebosa de vuestros libros, ese espíritu hostil a la sociedad, que se ha hecho la inspiración de nuestra musa, vosotros escritores felices a quienes todo sonríe en el cielo y en la tierra, que no conocéis de la vida social sino la libertad que da a la juventud, sino la gloria que prodiga tan fácilmente a los triunfos del talento? Decir que éste

Es el mejor de los mundos
Y solo bienes encierra

es un sofisma que Voltaire hizo muy bien en atacar con el ridículo. Pero la paradoja contraria no es menos falsa y sí, mucho menos moral. El hombre, por más que se diga, necesita creer en el buen suceso de la virtud y en las probabilidades que hay en la tierra a favor de la honradez; y nada es más propio para desviarle del bien que el espectáculo del vicio enriquecido, poderoso y respetado. No tienen todos el temperamento calmoso que permite aguardar pacientemente la dicha en otra vida, y quieren muchos haber su parte en

los bienes infinitos que la mano de Dios ha sembrado en nuestro humilde planeta. No juzgamos ésta una ambición culpable sino una pretensión muy legítima.

Esta vida es un combate
Cuya palma está en los cielos.

“Sea enhorabuena, pero en los combates nadie quiere salir siempre derrotado. Si la vida no es más que una lotería, justo es ganar en ella alguna vez. Tan imposible es sofocar en el corazón del hombre el deseo del bienestar, como el cuidado de su propia conservación; el uno se deriva del otro, y han de someterse al imperio de esta ley natural la razón más orgullosa a la par con la más resignada. No hay que erigir, pues, en teoría el triunfo del vicio y la opresión de la virtud. El instinto de la humanidad se rebela contra esa doctrina; y si es capaz de formar excelentes solitarios en una Tebaida, en la sociedad solo sirve para sem-[col. 2] brar el desorden. Esta teoría es por otra parte radicalmente falsa, y la experiencia la desmiente a cada paso por boca de la historia. Sin pretender que la virtud abstraída e inerte, perdida en los espacios del pensamiento o abismada en las sombrías profundidades de la contemplación religiosa, sea un medio infalible de prosperar en el mundo, añadiendo más, que no aspira a tal prosperidad una virtud tan alta y desinteresada, creo sin embargo que la honradez en esta vida tiene mejores probabilidades que el vicio, y que, todo bien considerado, es hasta mejor cálculo.

“La novela de costumbres es la verdadera novela. El mar sin duda es un hermoso cuadro para una ficción novelesca, pero es un cuadro que estrecha y destruye la pintura. Asimismo la historia si se mezcla con lo ficticio, lo domina con su altivez, lo entristece con su austeridad, lo embaraza con sus trabas; y solo es dado a ingenios de los más sobresalientes el realizar ese conjunto admirable de donde han salido obras como los *Puritanos de Escocia* y las *Cárceles de Edimburgo*. En la novela de costumbres el escritor se halla más a sus anchas; anda con más seguridad y franqueza; pisa sobre un terreno más sólido y que sostiene mejor a todo el mundo, a los grandes talentos y a los talentos mediocres, a los zurcidores de rapsodias novelescas y a los verdaderos noveladores.

“Aunque la novela de costumbres no excluye las aventuras, el principal interés recae sobre la pintura de los personajes. Hay verdad generalmente en los que figuran en las obras de los buenos escritores del día; pero es una verdad que anda en zancos. Sus vicios y virtudes tienen doce pies de alto. Son en el mundo, si se me permite la comparación, lo que los tambores mayores en su regimiento. Llevan el mismo traje que los demás, pero cortado por un modelo gigantesco; hablan el mismo lenguaje, pero con bocina. No existen, no, en la sociedad actual los caracteres que nuestros autores de novelas necesitan para componer obras en consonancia con el gusto reinante; y precisamente agradan los que nos representan porque no existen, porque son de invención. Si se contentasen con copiar la realidad monótona, descolorida, insustancial que tienen a la vista, el público aburrido se volvería hacia otro lado. Una nación positiva, egoísta, sin grandes pasiones, sin grandes vicios, que no pasa por otras aventuras que las de la Bolsa o del Parlamento, ha menester de noveladores de una imaginación valiente y de una inventiva fecunda y siempre dispuesta. Para tal nación la novela no es ya, como antes se decía, la expresión de la sociedad; es el instrumento dócil y vibrador de que algunos hombres de talento echan mano para entretener sus ratos de ocio. Pretender por otra parte que la sociedad, ya que no suministra

personajes a las obras de ficción, se haya dedicado a imitar a los que en ellas se le presentan, es una tesis todavía menos sostenible. Nada hay que esté menos comprobado que esa acción de la novela sobre el mundo real, se entiende en la época que alcanzamos. Contra su contagio tiene la sociedad una excelente defensa en su temperamento egoísta e interesado. Con esta coraza es capaz de arrostrar cuantos cuentos se puedan escribir. ¡Qué! porque un libro pernicioso ha caído en la manos de una niña de colegio, porque miembros de frases sacados de alguna novela del día se han encontrado en car-[pág. 187, col. 1] tas producidas en una casa de adulterio, ¿se inferirá que la sociedad toma sus formas a imitación de la novela? Es estimar la novela en mucho más, o si se quiere, en mucho menos de lo que vale:

.....no, no he merecido

Ni tan supremo honor ni tanta afrenta.

De otro agravio son responsables los noveladores para con la sociedad; no de corromperla porque es más fuerte que ellos, sino de calumniarla. Pero ella tiene la culpa: cuanto más se la maltrata, más aplaude. Hágase una novela bien negra, bien despiadada, en que se saquen a la picota nuestra civilización, nuestras costumbres; en que se tire lodo a ese mundo elegante y pulido donde vivimos en una confianza tan legítima. ¡Bien! dice la sociedad, y palmorea de gusto; se arrebatan el libro; no hay que dudar del buen suceso. ¡Extraña fascinación de nuestra época! Nada nos agrada como el vernos flagelados por la férula de nuestros autores. Hallándonos de tan buena pasta, se van avezando a maltratarnos; y cuanto más fuerte nos dan, más contentos quedamos, sin contar con la multa que nos cobran. Esto me recuerda una anécdota con que voy a concluir. Un abate, hombre de clase y de mérito, habiendo manifestado una admiración hartamente tibia por ciertos versos de Santeuil, díjole el poeta algunas expresiones de enfado. Al día siguiente el abate, para calmar el sentimiento que creyó haber causado al poeta, le envió diez ducados. Santeuil, al recibirlos, dijo al lacayo que se los traía: ‘dirás a tu amo que siento mucho solo haberle dicho injurias; y que otra vez le daré de golpes, porque sin duda así me enviará mucho más dinero’.

“Una palabra todavía. Nuestra sociedad se parece demasiado a la mujer de Sganarelle, que tenía un gusto particular en que la zurrasen.”

Literatura nacional

Hay una disputa entre los escritores de aquende y los de allende la cordillera, disputa que lleva visos de ser eterna, porque ya van contados cinco años mortales desde que se principió y en estos cinco años los partidos contendientes se mantienen en sus trece el uno y el otro en sus catorce. Dicen los de allende que nosotros no tenemos literatura nacional y los de aquende se empeñan en probar que la tenemos. Los de allende que no la tendremos nunca, y nosotros, que somos tan capaces de esta friolera como de tener otras cosas de mucha mayor importancia. A nosotros desde luego se nos ocurre que la cuestión no ha sido considerada en su verdadero punto de vista y que dicha cuestión no ha sido expuesta con la claridad y precisión que era de esperarse para que de su ventilación resultase la verdad del caso.

Por literatura, considerándola en una de sus ramificaciones, entendemos la par-[col. 2] te de ella que más comúnmente se apellida bellas letras y que a nuestro entender abraza no poca parte del saber humano, que tomándola en su sentido lato y general comprende todo cuanto el arte y la ciencia han producido hasta nuestros días. Un literato, pues para merecer el nombre de tal no será ciertamente aquel que solo tenga en su cabeza un poco de gramática castellana, algunos principios de latín, unas cuantas lecciones de retórica, de filosofía ni de historia. Todo esto es muy bueno sin duda, y el estudio de las lenguas, de los principios elementales de las ciencias exactas y demás rudimentos que se adquieren en los colegios, y que solo sirven para poner al hombre en estado de que por sí solo vaya aprendiendo y adquiriendo nociones y conocimientos nuevos en todo el discurso de la vida, están [*viz*] muy lejos de formar un literato ni un hombre de letras, si a aquellos primeros rudimentos no añade un estudio asiduo, fortificado con la experiencia y alimentado constantemente con la lectura de las obras de los maestros. Un verdadero literato es lo que más propiamente se llama un sabio. Para haber hecho un estudio de las bellas letras y creerse instruido en ellas, es cierto que no se necesita tanto, y para llamarse literato, bajo este respecto, tampoco creemos que sea necesario despeñarse sobre los libros, ni una tarea tan difícil y tan fuera del alcance de una regular capacidad.

Ahora nosotros preguntamos: ¿qué se nos quiere decir cuando se nos echa en cara que no somos originales en nuestra literatura?, ¿qué se entiende, pues, por [p. 2, col. 1] una literatura original? ¿Qué se exige de nosotros? ¿Que seamos originales en nuestras producciones? ¿Que no copiemos servilmente a los franceses, a los alemanes y a los españoles modernos? No se nos querrá decir sin duda que inventemos nosotros nuevas artes y nuevas ciencias, tampoco se pretenderá que nos formemos una lengua propia que nosotros solos entendamos, ni será posible que una nueva religión y usos y costumbres nuevas vengan en nuestro auxilio para ayudarnos a formar una literatura original. Nuestros escritos, nuestras producciones han de estar concebidas por necesidad en la lengua de Castilla; nuestra religión es la misma que profesan los españoles y franceses; y nuestras costumbres y nuestros usos son con corta diferencia los mismos que heredamos de

nuestros abuelos; con las modificaciones propias de las localidades y las que resultan del comercio de las naciones europeas, que cada día nos ponen en mayor contacto con los pueblos civilizados del globo. Nuestra literatura pues, no puede por ahora ser otra cosa que un trasunto fiel de la literatura europea, porque todo lo que tenemos es europeo; que si alguna vez fuéramos originales, esto solo pudiera entenderse cuando tratásemos de pintar aquellas peculiaridades que pertenecen exclusivamente a nosotros; y que no están todavía tan bien demarcadas que llamen la atención de los sabios y de los filósofos.

Aún creemos que podemos ser originales en medio de esta literatura tan vieja como el mundo, porque el mérito de la originalidad no consiste precisamente en crearse una literatura nacional (que esto lo miramos en la época actual como una hipótesis improbable), sino en revestir el pensamiento con *formas nuevas*, expresando nuestras ideas y concepciones en un lenguaje que no carezca de *novedad*. Pero esto mismo es lo que hacen los escritores europeos que aspiran al renombre de originales; y fuera de aquellos trabajos científicos en que más se cuida del fondo que de la forma, poco vemos que merezca el título de originales en que no se note desde luego esta misma marcha. Una literatura nacional no se tiene con solo quererla, y es necesario, a nuestro juicio, que el transcurso de algunos siglos cambien nuestras costumbres, nuestras leyes y nuestro modo de ser, para que tengamos una literatura que se llame original, y que pueda a la vez ser copiada por las demás naciones de la tierra.

[col. 2] Se ha dicho también que debemos buscar el modo de ser originales en nuestra poesía, y desde luego convenimos en que esto no es tan difícil para quien nazca poeta, porque éste siempre será original. Poco importa que el poeta haya sentido sus primeras inspiraciones bajo el hermoso y azulado cielo de la Italia, cuna de tantos y tan celebrados poetas, como bajo la nebulosa atmósfera de la capital de Inglaterra, patria del príncipe de la poesía lírica, así en la romanesca España, como en la clásica Grecia. En dondequiera que haya nacido el verdadero poeta allí será original. Se ha dicho que entre nosotros es inútil buscar la poesía, y ésta es una de aquellas cosas que, una vez dichas y publicadas, se aprenden de memoria por algunos charlatanes, los que repitiéndolas a trochemoche llegan a darles todo el carácter y la consistencia de verdades probadas. Se ha dicho que nuestro clima y nuestro cielo no podían producir al poeta, porque no eran a propósito para el cultivo de este ser privilegiado de la naturaleza; como si el poeta no naciera poeta, como si para tener ideas grandiosas, pensamientos poéticos, y expresarlos con sublimidad o en el lenguaje que conviene a la concepción, careciera nuestra naturaleza de espectáculos grandiosos, fuentes inagotables en que el poeta puede beber a raudales lo sublimado de la inspiración. Este clima, sin embargo, y este cielo que algunos consideran tan contrarios a la poesía, han sido los que han inspirado a un literato español el más magnífico de los poemas épicos que se cuenta escrito en la lengua de Cervantes, la corona más preciosa del Parnaso castellano, la flor más bella de su jardín poético. Aquí, en la contemplación de esta naturaleza llena de vida y de vigor, de esta naturaleza virgen y sembrada por todas partes de escenas imponentes, se sintió inspirado el cantor de la *Araucana* y dibujó el carácter y costumbres de sus mortales enemigos, encontrando robustas pinceladas con que mostrar en relieve el valor, el desprendimiento, la grandeza de alma y la misma simpática rudeza de sus indómitos contrarios.

Si este poeta no nos pertenece por no haber visto la luz primera en nuestro suelo, es evidente que si a este suelo se debiera el poema, debiéramos reclamarlo como hijo nuestro. Otros poetas han venido después y una falange de ellos ha ocupado las prensas de Chile en estos últimos años. Si sus [p. 3, col. 1] trabajos se resienten todavía de su inexperiencia y de los defectos propios de las primeras composiciones, cúlpese no al suelo, no a la patria, pero sí al ansia de producir que los acosaba, cuando vieron que caía sobre su nación una mancha tan negra. Jóvenes todos ellos, tomaron la pluma para vindicarla; y si se examinan sus producciones, se verá que en ellas hay poesía, hay corazón, fuera de aquellos defectos que la crítica siempre encuentra aun en las obras de las reputaciones más bien sentadas, no digamos en las de aquellos que principian con ensayos tan difíciles a darse a conocer en el mundo literario.

Nosotros tendremos la ocasión de dar en las columnas del *Mosaico* algunos de los trabajos de nuestras jóvenes capacidades que merezcan ver la luz pública. Tenemos actualmente varios de ellos a la vista y hay algunos que tal vez harán honor a nuestra prensa.

De los trabajos literarios en Chile

Tiempo es ya de establecer en este mundo la dignidad
de los talentos secundarios.

Eugenio Pelletan, *Horas de trabajo*.

Las bellas palabras que por epígrafe de este artículo hemos tomado, deben ser la divisa de todos en la difícil carrera de las letras. Sí, ya es tiempo de reconocer que es digno de aprecio para todo el que aspira al bien de la humanidad y de su patria, esta hermana predilecta de cada cual en la gran familia humana, el puesto de talento secundario. No es solo la luz de los planetas la que alumbra y fecundiza nuestro globo; sus satélites le envían también sus resplandores, su calor y su luz, contribuyendo al desarrollo magnífico de la creación. El orgullo debe, pues, dejarse a un lado cuando se trata de entrar como labrador en el fecundo y elevado campo de la inteligencia, porque todo esfuerzo, toda tentativa hecha para enriquecer la más brillante herencia del ser nacional, recibe las más veces del mundo su merecida recompensa.

También nosotros, como muchos, hemos arrojado a veces la pluma con el invencible desaliento del desengaño; también, en medio del trabajo, hemos creído divisar la sardónica sonrisa de una sociedad a quien egoísta y apática se ha hecho casi una costumbre el apellidar; pero después hemos querido profundizar las causas que helaban nuestro entusiasmo, nos hemos acercado para divisar esa sonrisa y percibir mejor la hiel de su sarcasmo: nuestra indagación, lejos de traernos desaliento, ha vigorizado nuevamente nuestra fe y, tratando de palpar más de cerca, el egoísmo tan decantado de la sociedad, lo hemos visto [col. 2] reducido en escasos y miserables círculos, que apenas merecen mencionarse, donde el soplo del materialismo o de la envidia ha apagado la llama divina del espíritu. Entonces hemos creído de nuevo en la eficacia de los esfuerzos secundarios, hemos encontrado muestras de aprobación donde solo creímos cosechar indiferencia y desprecio y seguimos adelante nuestra humilde tarea, confiados en el porvenir y apoyados en el noble deseo de arrojar una piedra siquiera en los cimientos del inmenso edificio del progreso común.

A las inquietas declamaciones de los que, sintiéndose con fuerza, abandonan la tarea culpando a la indiferencia de la sociedad, nosotros responderemos diciéndoles que busquen en su voluntad la energía que su propia indiferencia les roba y hallarán en el trabajo y la perseverancia su propio desengaño. Chile se encuentra ahora como esos campos que solo esperan la mano del cultivador para rendir frutos abundantes y sazonados; la civilización ha arrojado ya los cimientos que preparan la inteligencia: tened constancia y veréis convertirse en flores las que creáis zarzas y malezas. No es el aprecio por los trabajos literarios lo que falta, es la constancia y el entusiasmo de los que pueden cultivarlo.

El viejo mundo, se nos dirá, nos envía las producciones de su más cultivado espíritu y las fuerzas desmayan a la sola idea de luchar con su inmensa superioridad. Nuestras convicciones a este respecto, sin apoyarse en una presunción pueril o desmedida, nos alejan

de semejante temor. Nosotros creemos que la literatura no es un palenque donde cada campeón, para obtener los aplausos de los espectadores, necesita sobrepujar a los demás y terrasar [*viz*] al adversario con el bote de su lanza. En el campo pacífico del estudio, negamos que deba haber contendores y rivales: las inteligencias, por el contrario, se dan la mano para ayudarse en la empresa y el público acoge los ensayos de cada cual, apreciándolos tarde o temprano en lo que valen y animado las más veces de indulgencia por todo lo que es obra de los que han nacido en el mismo suelo. La desdeñosa apreciación de alguno que solo se precie de leer libros de allende los mares, además de ser un juicio que por su peso a nadie arredra, merece mirarse como una opinión aislada y no como la fórmula del sentimiento social. A menos de ser un libro cuya comprensión demande conocimientos previos y especiales, las producciones de amena literatura encuentran en nuestros círculos ilustrados una acogida benévola y cordial.

En el dominio de las letras, sobre todo, nunca las sociedades han tenido que buscar a sus trovadores o novelistas, sino que éstos han debido inspirarles, por sus trabajos, el gusto por tan hermosa ocupación del espíritu. Desde los cantos informes de algún oscuro bardo del Egipto, que buscara su inspiración en las misteriosas leyendas de la civilización [p. 52, col. 1] primitiva, hasta los que en nuestros días han marcado con su genio una época en el catálogo grandioso de los siglos, no creemos que ninguno haya esperado que la sociedad a quien iba a dirigirse, fuese un juez competente para apreciar las obras de su ingenio. Todos ellos, por el contrario, han hecho resonar su voz en medio de sociedades que no se hallaban preparadas para oírlas, salvando las épocas modernas solamente, y esas sociedades, las más veces, han escuchado su voz, alentando sus empeños.

Entre nosotros, además, la crítica ha perdido sus mordaces y punzantes sarcasmos, que en tiempos no lejanos, desplegara contra todo el que pretendía dar un paso en la vía literaria: los escasos juicios que en los últimos tiempos ha producido nuestra prensa, en análisis de obras nacionales, han llevado el sello de la generosidad y del buen criterio reconociendo el mérito y atenuando con indulgencia los defectos.

Nada se opone, pues, a que todos los que sienten el noble deseo de emplear su pluma al servicio del porvenir literario de Chile, ensayen sus fuerzas en favor del cultivo social al que todos deben su parte en la esfera de sus alcances, sin retraerse jamás por la modestia de la ofrenda, o la pequeñez del impulso que sean capaces de dar a las conquistas de la civilización, por medio de la poderosa palanca de las letras. Siendo nueva, además, nuestra sociedad, la misión de los escritores del día es echar los cimientos de un edificio que más diestros artífices, después, vendrán a enriquecer y a completar. Las sociedades americanas en general, y la chilena entre ellas, no han llegado aún, en punto a cultura literaria y científica, a esa especie de saciedad que parece al presente aquejar a los grandes mundos europeos. El espíritu de los pueblos jóvenes se alimenta con más sencillas producciones que el ya gastado de las naciones que han vivido mucho de la vida intelectual; entre nosotros puede ser nuevo lo que solo arrancaría al refinamiento de aquellos pueblos, una fría mirada de compasiva indiferencia. En América, pues, suelo pobre aún de notabilidades literarias, puede reclamarse mejor que en cualquiera punto de Europa la consideración y el apoyo para los talentos secundarios: de ese modesto círculo, bien podría más tarde adelantarse el hombre en cuya frente el dedo de Dios hubiese estampado el sello resplandeciente del genio.

Pedir, por otra parte, a nuestra naciente literatura una completa originalidad, es exigir la agilidad del adulto al niño que empieza a dar sus primeros pasos apoyado en el brazo de su madre. Aspirar a obtener esa originalidad, antes que el estudio haya madurado las dotes naturales de la inteligencia, es presumir muy alto, sin razones para ello, y olvidarse de que todo ha menester de un principio para alcanzar después al perfeccionamiento deseado. La [col. 2] marcha progresiva de la civilización a través de los tiempos y de las naciones, nos manifiesta que cada pueblo ha recibido de otro las primeras bases de su futuro progreso y que esa civilización en su paso ha ido enriqueciéndose con lo que cada raza ha podido legarle después de recibirla de otros climas. En esa marcha colosal emprendida desde la India (la primera cuna de las ideas puestas al servicio del progreso) a las ardientes regiones del Egipto, de allí a Fenicia, de ésta a la Grecia, y de la Grecia a Italia, que envió sus irradiaciones a todos los puntos de la Europa, ningún pueblo ha desdeñado los beneficios de las luces por no haber tenido origen en su seno. Lo que se observa de la civilización en general, puede aplicarse a la literatura, esta expresión más avanzada de la cultura social. Nosotros, al recibirla de Europa, no debemos desmayar porque parezca haber llegado a su apogeo; tal vez la América está llamada a enriquecerla, siguiendo la ley que la historia puede atribuir a la naturaleza. La originalidad, además, no es obra de unos cuantos años ni de una sola generación; siendo una expresión del perfeccionamiento general, debe formarse de los adelantos progresivos de las generaciones que van sucediéndose, las que buscarán su inspiración en su clima, sus costumbres y su suelo, dándole necesariamente la nueva forma que ha de constituir su ser con la marcha de los tiempos.

Volveremos a repetirlo: lo que se opone, entre nosotros, al desarrollo literario, es principalmente la propia apatía de los que pueden ayudarlo. Si le falta el impulso de extraños auxilios que pudieran vigorizarla en su marcha, punto que aquí no tocaremos, esos auxilios pueden conquistarse, estamos ciertos, con la perseverancia y el estudio de los que inician la obra, animados de desprendimiento y buena voluntad. Si la vida material está ceñida a los estrechos límites fijados por la naturaleza, la vida intelectual no reconoce términos ni valla, porque no pertenece al hombre aislado sino a la humanidad, su savia es la herencia de los pueblos. ¡Qué importa que después del trabajo los resultados sean modestos y oscuros: valdrán al menos una ofrenda que habremos depositado en el altar de la civilización y que será recogida por todos los que crean con sinceridad en la grandeza del porvenir!

Mayo de 1859
Alberto Blest Gana

Cuatro novelas de Alberto Blest Gana

Pocas sociedades más faltas que la nuestra de orgullo nacional bien entendido. Lo que es orgullo inoportuno y añejo, eso sí que no nos falta, nos sobra.

Esto es parte para que muchos errores corran el campo de la opinión, más libres, holgados y atendidos que la verdad misma. Lo es, también, para que el progreso, la vida de casi todas las esferas de nuestra actividad sea lento, intermitente, difícil y en no pocas ocasiones imposible.

En la literatura es donde más de lleno se han venido dejando notar estos extravíos sociales.

Es general creencia que nada bueno podemos producir. Basta que una concepción haya nacido en nuestro suelo para que pierda todo prestigio, para que sea mirada de reojo y condenada sin apelación. ¡Preocupación! A ella debemos: la esterilidad en el pasado, el desaliento en el presente, las dudas en el porvenir.

Asistidos de fe ciega en nuestra impotencia literaria nos echamos a despreciar cuanto creación no viene garantida por un nombre extranjero.

Pero entre todos los géneros literarios a ninguno ha cabido suerte peor que a la novela. Época ha habido en que se la consideraba parto de imaginaciones enfermas, y en que el vulgo de las gentes no tenía empacho para reír a las narices del que de tan lastimosa manera perdía su tiempo.

Y mientras tanto ¿qué hacíamos y qué hacemos? Leer las mal traducidas y muchas veces insípidas novelas que, por conducto del *Correo de Ultramar*, nos envían los *traditores* españoles. Esas novelas vienen firmadas Dumas, Sue, Jorge Sand, Feval, Emmanuel González, y esto nos basta. Sobre todo su acción pasa en París, en Londres o en Marruecos, y no en Chile. Porque hay otra creencia –y es que nuestra sociedad es la más prosaica del mundo, como si todas las sociedades no lo fueran: [col. 2] prosa es la vida en Chile como en París, como en Londres y Pekín.

Pero si en todas partes la vida es prosa, en todas partes, también, encierra el corazón tesoros de poesía que nada basta a agotar.

Para negar a la novela la entrada en una sociedad, es necesario empezar por negar el sentimiento, la pasión. Donde existen, la novela y el drama son posibles porque coexisten con ellos. ¿Por ventura no se siente, no se llora, se ríe, se ama, se odia, se padece y se goza en América como en Europa, en Santiago como en París? Bajo todas las latitudes el hombre es siempre la misma mezcla de bien y mal, de grandeza y pequeñez; es leal o traidor, derrochador o avaro, generoso o miserable, compasivo o cruel, ángel o demonio.

Rompamos alguna vez con errores que nada justifican, que no tienen otro apoyo, otra razón de ser que el desprecio de unos, la indiferencia de otros, la ignorancia de no pocos y la punible apatía del mayor número.

En medio de la tristeza, de la monotonía, de lo conventual de la vida de Santiago, es casi cierto que no corre día sin que más de un drama ignorado se realice. Es verdad que no habrá en él ni condes, ni marquesas, ni lores, ni banqueros, ni millonarios, ni escribanos a

lo Ferrand, ni hipócritas ambiciosos a lo Rodin, ni malvados como el Maestro de Escuela, ni monstruos como la Lechuza, ni niños deformes de alma y cuerpo como en Rengo, ni caballeros de industria como San-Remy; pero eso no quita que entren en campaña grandes pasiones, que haya cruda lucha de encontrados afectos, que haya drama, en una palabra. Lo que puede ser que nos falte son las exterioridades de la novela, el fondo no; ése no falta en parte alguna.

Pero ya esta cuestión ha pasado en autoridad de cosa juzgada desde la aparición de las cuatro novelas de Alberto Blest Gana. Ellas son la mejor y más espléndida defensa que hacerse puede de la novela nacional. ¿Qué dirán ahora los pesimistas de la literatura si se toman el trabajo de hojear esos dos volúmenes que nosotros hemos devorado?

Las novelas de Blest Gana parecen escritas de propósito para vindicar a nuestra sociedad de su tan gritada y compadecida esterilidad. Todas las figuras que dibuja en sus cuadros no tienen un pie, ni una pulgada más que cualquiera de los vecinos de nuestra buena capital: cuanto les rodea es prosa. El mundo en [p. 2, col. 1] que viven, los círculos que frecuentan son los mismos que frecuentas tú lector, y yo: mundo insípido, círculos donde la vulgaridad está a la orden del día, donde se bosteza mucho, se juega malilla y cada uno se ocupa en martirizar a los demás. En una palabra, cada uno de esos cuadros es un daguerrotipo de nuestra sociedad, solo si iluminado con los colores de un rico estilo. Y sin embargo, ¿quién se atreve a negar que todo eso es interesante sin hacer un agravio al arte?

Esto se comprende. Blest Gana no va a buscar los efectos de sus cuadros en las circunstancias exteriores, los va a buscar en la expresión, en la fisonomía que da a sus personajes. De aquí el que la materia tenga poca o ninguna influencia en el éxito de sus creaciones. Presenta siempre ante los ojos del lector al hombre moral: son sus sentimientos, sus ideas, sus pensamientos, sus pasiones en lucha, sus impresiones más fugitivas las que hacen todo el gasto. ¡Y qué delicadeza de observación, qué maravillosa facultad de adivinación en algunas escenas, qué pinceladas tan maestras y felices para comunicar cuerpo, vida y movimiento al personaje que retrata! Cuando se termina la lectura de una novela de Blest Gana, uno cree haber conocido a sus personajes, haber vivido en su intimidad. La ilusión es completa.

Sin embargo, preciso es confesar que la escrupulosidad de nuestro novelista para delinearnos sus figuras, para seguir paso a paso las alternativas, el constante ir y venir de la pasión; para no dejar nada al lector por adivinar, ni la arruga que marca la frente, ni el gesto de impaciencia o de despecho, ni la sonrisa, ni la lágrima furtiva, ni el ¡ay! a media voz, ni el estremecimiento más rápido, ni el tono con que cada palabra es pronunciada, ni el menor incidente de su vida presente y pasada, suele dañar de vez en cuando a la desembarazada marcha de la acción y perjudicar de algún modo al interés.

Blest, como Balzac, su maestro, parece se cura poco de las horas, se toma todo el tiempo que cree necesario, sin acordarse para nada del lector. “Quiere escribir la psicología de la sociedad; penetra hasta el último pliegue de la conciencia”.¹

Con todo, pecado es ése de que pronto se le absuelve, porque donde falta la acción sobra la observación, donde la imaginación reposa se presenta la razón ataviada con todos los esplendores del estilo.

De las cuatro novelas de Alberto Blest Gana, la más superior por la concepción es, sin disputa, *Juan de Aria*; por el desarrollo, *El Primer Amor*; por la belleza y pureza de los

¹ Eugène Pelletan, *Heures de travail*, T. 1, p. 104.

rostros, por la suavidad de las tintas, *Engaños y desengaños*. *La Fascinación* es un estadio feliz del poder, de la inmensa y fecunda influencia del amor sobre las grandes creaciones del arte; es una prueba de que el sentimiento es la mitad del genio.

En desacuerdo andan las opiniones de los hombres de gusto y de crítica en lo que al mérito de *Juan de Aria* respecta. Quien la juzga, como nosotros, la creación más original de nuestro novelista, quien sostiene un parecer del todo encontrado.

Cuando se sentencia sobre *Juan de Aria* por la impresión de una primera lectura, es con verdad difícil informar favorablemente. Esto nace de que si la concepción es feliz el desarrollo es desgraciado. Los personajes del cuadro son hermosos; pero están vestidos con un traje impropio y pobre, lo que casi echa por tierra toda belleza en el conjunto.

Blest es ante todo observador, hombre de razón, que busca sus efectos no en el mundo de los sueños sino en el mundo de la realidad con toda su prosa, con toda su miseria, con toda su pequeñez y toda su vulgaridad. Esto, que es sin duda una de las grandes cualidades de su talento, es lo que más daño ha hecho a su *Juan de Aria*. En novelas de ese género es necesario que la imaginación tome la delantera a la razón, lo imposible a lo posible, la mentira a la verdad, el corazón a la cabeza. Se necesita no del estilo reposado del anatomista del corazón, sino de ese estilo fogoso, rápido, cortado, lleno de fuegos si fatuos brillantes, de constantes luces y sombras que vienen y van, cruzan, corren, vuelan, de ese estilo que es engendro legítimo de la imaginación.

Pero entrando en el fondo de esa novela, todo cambia. *Juan de Aria* es la vida: empezamos riendo y concluimos llorando. Juan y el Mayor, los dos protagonistas de la novela, son dos personajes que visten, andan, comen, ríen como buenos habitantes de este bajo mundo, y que sin embargo tienen algo de misterioso en su voz, en su andar, en su sonrisa.

Juan de Aria es la juventud, la ilusión, el Mayor es la edad viril, la realidad persiguiendo a aquella, agostando sus más bellos brotes.

Juan de Aria ama, ahí está el Mayor para nublar el cielo de su amor.

Juan de Aria ríe, ahí está el Mayor para helar la risa en sus labios.

Juan de Aria corre tras la felicidad, ahí está el Mayor interponiéndose en su camino.

Juan de Aria cree haberla alcanzado por fin, ahí llega el Mayor para arrebatársela.

Este perenne contraste, esta lucha entre la realidad y la ilusión, entre la sombra y la luz, entre la duda y la creencia, entre el bien y el mal que forman el tejido de la asendereada existencia humana, es a nuestro entender difícil personificarlo mejor que lo que Blest lo ha hecho en su *Juan de Aria*.

Donde Blest está en su verdadero centro, donde domina, avasalla, esclaviza, y desbarata todas las dificultades, es en su *Primer Amor*. Si el argumento de esa novela no es tan nuevo como el de *Juan de Aria*, si no hay en ella [p. 3, col. 1] figuras tan simpáticas como en *Engaños y desengaños*, hay en cambio una admirable firmeza de líneas en el trazo de las figuras, un empleo siempre feliz y a veces maravilloso de la luz y la sombra. No hay una escena en *El Primer Amor* que no sea la realidad; pero la realidad evocada, llamada al movimiento, a la vida por la mágica varilla del estilo. ¡Qué abundancia de profundas reflexiones, qué naturalidad en las situaciones, qué lógica en la marcha y desarrollo de la acción! Todo sucede como no podía menos de suceder.

Pero Blest no ha dicho aún su última palabra. Sus obras manifiestan que no se duerme sobre sus laureles y cree en el estudio y en la vigorización de la inteligencia por su medio.

De *Engaños y Desengaños*, de pobre, amanerado y difícil desarrollo al *Primer Amor* hay de por medio todo un mundo de observación perseverante, de labor intelectual, paciente y concienzuda.

Constancia en el presente y fe en el porvenir es lo que pedimos a nuestro novelista.

Quien ha creado *El Primer Amor* no es ya un neófito del arte, es uno de sus caballeros que puede romper lanzas en su pro en campo abierto y sin temor de verse desarzonado [*sic*].

Ya es tiempo de que rompamos las ataduras de la preocupación, que no dudemos de la amplitud a que puede y debe llegar nuestro horizonte literario y tengamos buena voluntad para acoger, proteger y animar a los talentos que se alcen.

¡Qué la inteligencia sea una felicidad y no una desgracia! ¡Qué de hoy más solo quede encomendado a los imbéciles el armarse contra ella!

Lo que nos falta para conseguirlo, es fe en el talento.

¡Busquémola!

Justo Arteaga Alemparte

Walter Scott

[Joaquín Blest Gana]

La novela, que desempeña en nuestros días, uno de los más importantes roles del mundo literario, nació en el Asia con las relaciones informes y groseras de Pilpai; mas estas narraciones se diferenciaban lo suficiente de la fábula para poder asignarles un carácter peculiar. El hombre, naturalmente inclinado a toda clase de ficciones, acogió con placer la nueva invención, en la que, a pesar que dista mucho de ser perfecta podemos contemplar el primer embrión, el primer germen, que después vemos tan extensamente desarrollado.

La novela, este hermoso árbol que germinó bajo el ardiente sol del Asia, se trasplanta a Europa, en donde echa abundantes raíces y sus exquisitos frutos tocan a la completa madurez: y aunque planta exótica, se aclimató tan perfectamente en el suelo adoptivo, que la vemos adornarse con flores mucho más bellas, que aquellas con que se había engalanado en la región que le sirvió de cuna. Nace como el sol en el Oriente: pálidos, tenues, sus primeros destellos, fuertes, brillantes, a medida que avanza al Mediodía.

Los griegos fueron los que primeramente adoptaron este nuevo género de composición; pero casi ninguno de sus ensayos, merece una mirada de la posteridad, ninguno puede servirnos de norma para esta especie de producciones. La más espantosa depravación, la más refinada licencia, forma el distintivo de la novela en esta época. Es una asquerosa crónica de los apetitos brutales, más bien que un interesante episodio, de las revoluciones del corazón, o de las modificaciones de la inteligencia. Es puramente material.

En el siglo XII el carácter de la novela es esencialmente distinto; el grosero materialismo, se tornó en el platonismo más puro. Los ridículos Artus y demás héroes de la andante caballería, olvidan la despreciable materia para dar mayor ensanche al acongojado corazón. Las insípidas quejas de Florian y Rolando, monopolizan las páginas de la novela. Mas los melancólicos lamentos de los cuitados paladines, espiran ahogados en las estrepitosas carcajadas del ingenioso Sancho y entonces, la novela, abandona los fortificados castillos para huir a las apacibles campiñas: sus héroes, cambian la espada del caballero por el cayado del pastor, arrojan la bruñida armadura para vestir la tosca piel de cabra. Las quejumbrosas lamentaciones de Belainis, ante la gótica ventana de Frisabella, mueren al dulce trino del caramillo, que el rústico Nemoroso tañe en la choza de la inocente Galatea. Se hizo pastoril. Mas este género de romance cobija bajo sus mismas formas el germen de su destrucción. Esa felicidad tranquila y poética a la vez que nos brinda en sus páginas, no puede ser saboreada por el vulgo; sus escenas, de una idealidad exquisita, están fuera del alcance de la inteligencia común y es menester un talento más que vulgar para darles el colorido del interés y la animación de la vida. Aún hay más: la sociedad, a medida que progresa, se aleja más de las tradiciones poéticas que la arrullaron dulcemente en su infancia, que la hicieron arder con amor y entusiasmo en su juventud; pero que pierden toda su idealidad, toda su poesía, ante el pensamiento de hierro de la edad madura; ante el ojo tímido e irresoluto de la vejez: a proporción que se civiliza, es más real, menos poética, más prosaica, menos ideal. La frágil guirnalda de poesía, que orla la frente

del joven, se quiebra en la temblorosa mano del anciano. La imaginación, que en la juventud se desborda llena de atrevidas creaciones, en la que todo respira animación y vida, yace en la vejez sin vigor, sin lozanía, encadenada a la fría y metódica razón, escondida en un rincón del alma como un gastado pedernal, de cuyo agotado canto no puede sacarse chispa alguna, cual mueble inútil cuyos despedazados restos se abandonan al polvo y carcoma. Pues bien: la novela experimenta las mismas transiciones, está condenada como el esclavo a marchar por las huellas de su señor, semeja a un vasto cristal en el que se refleja el inmenso panorama de la vida; es una hija legítima de la sociedad que la engendra, una blanda cera, en la que se imprime con marca indeleble el sello de su época; un trasunto fiel del estado, costumbres y opiniones de un pueblo; y a esto debemos atribuir la despolarización del romance pastoril. Sus escenas, tranquilas, cual corriente del manso arroyuelo, no saciaban el alma que deseaba algo de más enérgico, de más tocante, que conmoviese el corazón como un golpe eléctrico, algo que ofreciera, más lucha, más contraste, más peripecia.

Era menester un licor más fuerte para apagar esta sed ardiente. Esta tendencia irresistible que con mano de hierro impele a la sociedad a modificarse, arrastra en su curso a la novela y por esto la vemos después de la caída del romance pastoril, tomar sucesivamente el carácter de picaresca, espantosa, satírica, moral, o filosófica, conservando este último hasta fines del siglo XVIII.

El siglo XIX llega. El hombre da un paso titánico en la carrera del progreso. La revolución francesa fue el inmenso crisol en que se depuró la humanidad. La sociedad, se alza libre, joven, mas lleva el corazón llagado por el escepticismo, porque el ojo observador vio cosas extrañas, en este vuelco de las instituciones añejas. La novela contemporánea, desarrollándose en el campo que suministraba la época, reglándose por el espíritu del siglo “tenía dos rumbos que tomar: hacerse política, o representar la anarquía moral y religiosa, producto de los trastornos acaecidos en estos últimos tiempos”. Fue anárquica en Francia, política en Inglaterra.

Waverley aparece, y en él encarnado el espíritu que seguirá la novela. El cantor de Marmion, acaudilla esta portentosa revolución. Las cuerdas de su lira fueron quemadas, por los ardientes reflejos de un nuevo astro, que rico de brillantez y fulgor se posó con indecible audacia en el centro del firmamento literario. El mundo entero, recogía con avidez las palabras de fuego del poeta escéptico, como en otro tiempo el pueblo escogido el maná celestial. El universo todo, pasmado de admiración encadenaba su existencia a la del bardo excéntrico. El arpa del último menestral, yacía polvorosa, despedazada, en un rincón de la Caledonia. El pueblo abandonó al Lord de las Islas, para peregrinar con Childe Harold. Walter Scott perdía su puesto al lado de Ossian, para conquistar gloriosamente un asiento a la diestra de Cervantes. En efecto, Waverley y Quijote deben colocarse juntos. No son simples libros, sino caudillos de un movimiento grandioso; ambos efectúan una revolución admirable, ambos representan una nueva concepción, concepción gigantesca, profunda, digna de la cabeza en que se elaboró.

Cervantes y Walter Scott, al producir a Quijote y Waverley, hacen lo que Júpiter arrojando de su cráneo a Minerva armada de punto en blanco.

Hay momentos, en los que el hombre se concentra en sí mismo, momentos de meditación y recuerdo en los que, arrojando una mirada a lo que fue, vemos dibujarse en el horizonte del pasado, figuras gigantesas cuyos contornos admiran. Dignos colosos del inmenso

poderío de la humana inteligencia, a cuya vista podemos exclamar como los antiguos ante las columnas de Hércules: *Nec plus ultra*. Entre las cabezas que se destacan de este dilatado lienzo la del novelista Escocés, atrae al instante nuestra vista. Columbramos surgir de su frente audaz, creadora, un pensamiento de grandiosa sublimidad, bajo su párpado, una pupila de águila que acecha cautelosa, el menor movimiento, la más pequeña oscilación del corazón humano; escalpelo mágico con el que analiza la más secreta fibra; luciente antorcha que lo alumbra en la investigación del enredado laberinto del corazón. Contemplamos con pasmo, este bellissimo árbol desplegando majestuosamente su abundante ramaje cargado de exquisitos frutos. Miramos con maravilla, cómo las naciones acuden en tropel, con ansia indecible a recogerlos. Hay mucho de grande, mucho de sublime, en este merecido homenaje que se tributa al genio; una corona de verde laurel, oculta el hondo surco que trazó en la frente la penosa vigilia. “Hay mucho de extraordinario en este romancista, que juega con sus lectores como el viento con una hoja”. Al leer sus páginas creemos que este ser es más que hombre: le miramos alzarse sobre el universo echando una ojeada escudriñadora a la naturaleza toda; abriendo con llave mágica, el más amurallado puesto del corazón; arrancando el más secreto, el más oculto pensamiento. ¡¡Águila intrépida que salvando los aires se lanza con raudo vuelo al empíreo, roba el fuego divino y anima con él el mundo que yace inerte a sus pies!!

Tendencia del romance contemporáneo

[Joaquín Blest Gana]

Hay en el hombre una tendencia irresistible hacia toda especie de ficciones; tendencia que se pronuncia harto temprano, pues apenas unas pocas ideas cruzan por nuestra cabeza, apenas una chispa de sensibilidad hace latir el corazón cuando deseamos algo más de lo que nuestros sentidos perciben, algo más que la realidad que se desarrolla a nuestra vista. La razón y la imaginación, zanja desde la cuna los lindes que deben dividirlos. Cuando la nodriza arrulla nuestra cabeza de niño con sus consejas y baladas, cuando repite a nuestro oído una canción para adormecernos, el pecho se ensancha y dilata, el cerebro estéril hasta ahora se lanza en una especulación desconocida hasta entonces; dorada concepción forjada más bella después en nuestras noches de ensueño, en las que apartados de mezquinas susceptibilidades del mundo, el pensamiento duerme en brazos de la ilusión, sin hallar en su vuelo la valla de nieve de la realidad. [...]

El estado de la sociedad debía reflejarse en la literatura. La novela, sobre todo que “es una hija legítima de la sociedad que la engendra”, debía consignarlo en sus páginas.

La sociedad actual, inmenso crisol en donde brillan elementos tan varios; remedo del caos, en él contemplamos el pasado y el presente, el siglo XVI y el siglo XIX, el crimen y la inocencia, el ateísmo y la fe, el lujo y la indigencia, ofrecen al novelista una perspectiva de contrastes: dilatado cuadro de cuyo fondo se destaca el pigmeo al lado del gigante; animada antítesis del dolor y delicia; variado panorama en donde vemos desfilar mil sombras, pálidas, amenazantes unas, risueñas, halagadoras las otras; campo vasto como el deseo; inmenso, cuanto la imaginación puede abrazar en su vuelo de águila.

El siglo XIX, reaccionario por esencia, trata de edificar después de haber destruido, trata de unir y combinar los elementos diversos, que amalgamados, deben producir la felicidad social. El romance es reformista en nuestros días. La novela contemporánea y principalmente la francesa, es como el esclavo romano colocado tras el cónsul triunfador; dice a la sociedad, “avanzas, progresas; pero eres imperfecta; no porque tengas que doblegarte bajo una maldición divina; no porque halle viciado el germen de tu existencia, sino porque las organizaciones que tus preocupaciones o tus legisladores han establecido, son viciosas”. He aquí el rumbo que la novela sigue en nuestros días. Nos pinta la sociedad en que vivimos, a diferencia del romance de los siglos pasados, que mendigando sus escenas en una vida bella, a la verdad, pero ideal y ficticia, o satirizando un defecto que entre nosotros no existe, o embotando el cerebro con la narración indigesta de inverosímiles aventuras o cansados amoríos, no puede inspirarnos un interés vivo y creciente como el romance contemporáneo del que podemos decir: es la exposición fiel del drama, en cuya acción tenemos que desempeñar un rol. En efecto, la novela contemporánea es un hábil naturalista que estudia, analiza y descompone hasta las más ocultas fibras del cuerpo social. Mil hechos, cuyo desenvolvimiento habíase efectuado desapercibido hasta ahora, han caído bajo su dominio, ensanchando de esta manera los lindes en que la moral, la filosofía y la legislación se hallaban circunscritas. He aquí al

romance rompiendo la mezquina esfera en la que hasta aquí se había contenido, alzándose desde la miserable condición de un mero entretenimiento a un fin noble y grande. Helo aquí sirviendo de órgano a la imperiosa tendencia del siglo. Poderoso ariete aplicado al gigantesco fuerte que ansiamos derribar; abundante río, se deslizaba por un cauce estéril, pero desbordándose, ha esparcido sus aguas por la dilatada campiña.

He dicho que el romance de nuestros días adopta un fin más noble y grande que el que anteriormente siguiera; y en efecto, extendiendo su círculo, abraza mil cuestiones que le eran desconocidas. Los intereses materiales, por ejemplo, considerados hasta ahora como ajenos de su carácter, constituyen en la actualidad una no pequeña parte del fin a que se encamina. La novela no es ya solo la razonada historia de las peripecias del corazón; es el animado memorándum, en donde se consigna el estado moral y material de la sociedad.

He dado el nombre de reformista al romance contemporáneo, porque es eminentemente regenerador. Si estudiamos su tendencia en los colosos que en este género de composición nos presenta la moderna escuela, veremos casi todas sus producciones impregnadas de un mismo espíritu, marcadas con el mismo sello. La época ha estampado sobre ella su mano de hierro. La complicada tarea del romancista contemporáneo no habrá tocado a su final complemento con la simple manifestación del estado social. Es necesario avanzar más allá, es preciso arrojar el dardo al edificio de las preocupaciones y de los errores, limar con mano osada la valla que detiene el progreso humano. Es menester, no solo mostrar la herida oculta bajo la tela que se ha rasgado, sino también proponer el bálsamo que la cicatrice.

Es verdad que el romancista contemporáneo escudado por esta tendencia del romance, prevalido del fin que se propone, fin útil a la humanidad, puesto que tiende a mejorar su condiciona actual, hace muchas veces de la novela el órgano de comunicación de las aberraciones en que su espíritu cae, ya por un estudio superficial del corazón humano, ya por hacerse sectario de un espíritu de originalidad mal entendido. Así no es de admirarse que mil absurdas teorías, ilusorias, quimeras contrarias al buen orden y a la sana moral, hayan venido a manchar las páginas de la novela, que muchos de los ilustres campeones de este género de composición, se lancen en busca de un bello ideal de reforma, que como un fuego fatuo, huye de nuestra vista a medida que nos acercamos y que solo existe en los ardientes cerebros que lo han forjado. Mas la novela tiene que doblegarse al espíritu del siglo que la produce, y si observamos el nuestro, veremos que el hombre recuperando la libertad intelectual, que perdiera envilecido bajo el ominoso despotismo del añejo sistema, encadenada en el ridículo Dédalo de la escolástica, somete a su discusión y análisis todo lo que a su alcance se halla. De manera que la inteligencia no circunscribiéndose al estrecho círculo de mezquinas especulaciones en que antes se encerraba, volteja atrevida de cuestión en cuestión, como el ave de rama en rama, formulando muchas veces conclusiones erróneas. Mas no por eso debemos condenar la novela en toda su latitud. Lancemos en buena hora un orden de proscripción en contra del romance que se presente en el palenque literario, acaudillando o sosteniendo un principio manifestamente inmoral o subversivo a lo establecido, en lo que no puede tentarse reforma alguna, ya porque es una institución divina o sancionada por el no engañoso testimonio de la opinión general, ya porque son sobradamente notorios los grandes bienes que bajo su sombra disfrutamos. Pero no hagamos universal el anatema, no involvamos en él producciones inocentes, que están bien lejos de herir en parte alguna a la moral o la

religión. Queriendo limpiar el prado de la dañada mies, no destruyamos el precioso plantel... No se crea que soplo la ceniza que cubre el fuego de la discusión. No: harto joven es mi pluma para que uno de sus malos rasgos pueda arrancar el árbol de la preocupación, profundamente arraigado en muchas cabezas.

No es este el único escollo que tiene que salvar el romancista contemporáneo. Hay otro que, naciendo de la naturaleza actual del romance, es más difícil evitar. Tal es la exageración en los cuadros, el colorido demasiado fuerte en los caracteres. Un lector de nuestro siglo es más incrédulo que otro de los siglos pasados, y sin embargo exige en la novela más energía en los afectos, más movilidad en las escenas, más drama en las situaciones. Se aburre y duerme al hojear los estirados coloquios de los amantes antiguos a los que apenas bastan dos gordos tomos para explicarse su pasión. Aunque Nemoroso se presentase de frac entre nosotros, no nos cansarían menos sus lamentos.

Al escribir estas pocas cuanto imperfectas líneas, habría deseado que mi patria me suministrase algunos datos de cuya apreciación hubiese podido deducir el carácter distintivo que entre nosotros observa, el género de composición cuya tendencia he intentado [ilegible]. Mas al arrojar una mirada de observación sobre la historia del romance en Chile no he hallado un solo punto, en donde nuestra vista pueda detenerse complacida. Embriones groseros, parodias informes, que no bellas producciones, chispas bastardas arrancadas del brillante foco, por mano inexperta o negligente; he aquí todo lo que en novela poseemos. Esto nace de los antecedentes de nuestra sociedad y del carácter de sus miembros. El chileno, amalgama confuso de la indolencia oriental de la severidad española, es como el árbol de nuestros bosques; lozano y fuerte, hermoso y firme; pero en su copa no se alza ni una flor que alterne con la monótona verdura de sus hojas. Además, hay entre nosotros un espíritu de positivismo a cuyo soplo de hielo, muere en nuestro cerebro, apenas forjada, una idea cualquiera a la idealidad de la imaginación. Nuestra inteligencia encadenada las más veces a intereses mezquinos, pero necesarios al bienestar material, ha despreciado todo lo ficticio a cuyo halago, el corazón late de emoción o placer. Aun hay más; nuestros efectos son templados como un rayo de sol de invierno, vegetan ocultos en los pliegues del corazón sin romper jamás la corteza de indiferencia que los cubre. Podemos aplicar al pueblo chileno lo que Jimon dice del español. “Sin embargo, y perdónenme los escritores de novelas y de historietas, lo cierto es que no hay pueblo en la tierra más taciturno, más pasivo, menos entusiasta, y menos romancesco. Jamás he oído hablar en España de raptos, ni de desafíos por dos bellos ojos; la sensibilidad ilícita de las doncellas suele acabar en un casamiento forzado, o en un convento: en las conquistas de amor, hacen allí más ruido las plumas de los escribanos y las citaciones jurídicas que los pistoletazos; ni hay allí más serenatas que las que el vecindario entero dan los serenos gritando con su penetrante voz de falsete: ¡las once y media y nublado! ¡las doce y sereno!”. Nuestra sociedad, severa y negligente, asida al viejo madero de las preocupaciones, como la hiedra a una añosa muralla, vegetando tardamente al soplo de la brisa del pasado, corriendo sangre añeja por sus jóvenes venas, es como un pobre invalido que solo puede recorrer el menguado espacio que sus miembros fracturados le permiten. Ha mirado el romance como el frívolo patrimonio de una ardiente cabeza de 18 años, como una creación indigna de surgir de entre unos cabellos grises por la meditación o de una frente plegada por el pensamiento. Apenas el romance se alzaba entre nosotros, niño como el pueblo en que nacía, murió ahogado bajo la mano de plomo ridículo. Mas no lo

debemos extrañar: muchos de nuestros compatriotas están firmemente persuadidos que una plumada dada al acaso, que una mal combinada aventurilla, producen el más completo romance y llevando por divisa este necio principio se han arrojado en una senda difícil, resbalando siempre, arrancando del bello árbol de la novela no una hermosa flor, sino una rama seca y deshojada. ¡Esto es lastimoso en verdad! Cuando tenemos bajo la mano nuestra historia, inmenso libro que tan bellas páginas contiene, riquísimo venero no explotado aun; cuando se nos presentan nuestras costumbres, que reflejadas en el cristal de la novela nos darían un cuadro bellísimo, abundante vergel en el que la hoz del romancista no ha segado una sola espiga. Y sobre todo las gigantes figuras de nuestros héroes que se destacan atrevidas de entre los negros nubarrones de nuestro pasado, de cuyas frentes se escapan mil rayos benéficos que van a proyectar sobre el prisma de nuestro provenir. Chile, oculta bajo los blancos pliegues del nevado ceñidor que lo circunda, entre sus verdes y poblados bosques, mil bellas tradiciones que nos darían otras tantas páginas llenas de animación y de interés nacional. Salid unas pocas leguas fuera de la capital: al discordo murmullo de la corriente de un río, sentiréis zumbir en vuestro oído el estampido del cañón de Maipú. Marchad hacia la heroica Rancagua, cada paso que deis hará reproducir en vuestra memoria horribles episodios de sangre y de derrota; veréis presentarse a vuestra vista el tricolor despedazado, el asta de nuestro pendón hecha trizas; entre las garras del triunfante león de Castilla.

Si nada hay de halagüeño en el presente de nuestro romance no debemos desesperar por esto de su porvenir. Nuestra poesía, bebiendo su inspiración en las copiosas fuentes que la naturaleza de Chile le presenta, nos regala ya sus dorados frutos. El romance a su turno, nos ofrecerá los suyos. Es tiempo ya de despertar de la pesada somnolencia que nos aqueja, de sacudir el polvo de la preocupación que cubre nuestro espíritu.

Consideraciones generales sobre la poesía chilena

[Joaquín Blest Gana]

[...] Ya hemos dicho en otra parte “nuestros afectos son templados como un rayo de sol de invierno, vegetan ocultos en los pliegues del corazón sin romper jamás la corteza de indiferencia que los cubre”. Si jóvenes apasionados, ardientes, sintiendo toda la fuerza de nuestro espíritu, toda la sensibilidad de nuestro corazón, deseamos lanzarnos a la deliciosa región que hemos osado figurarnos, salvando el muro de nieve que por todas partes nos circunda, miraremos estrellarse la palabra de fuego que brota espontánea del sincero labio, en el mármol de una mezquina y egoísta indiferencia. Así no es de extrañar que nuestra poesía haya bebido tan poco en el raudal del corazón, que haya flotado tan largo tiempo entre la superficialidad, germen de la medianía y una oscuridad pedantesca, grosero y mentido barniz con que ha procurado encubrirse los descarnados miembros de un cadáver.

Nuestra situación moral ha obrado directamente en nuestra poesía y aunque ella abraza a casi todos los miembros de la nación, no dudaremos de acusarla de haber originado el egoísmo de esta; porque es muy fácil explicar cómo nuestra moralidad no estando al nivel del deseo del poeta le ha obligado a encerrarse en una esfera individual. Sea lo que quiera, lo cierto es que la tendencia egoísta de nuestra poesía es suficientemente marcada para no distinguirla mediante una pequeña observación. El poeta chileno casi nunca ha enunciado una pasión popular, un sentimiento extensivo a la nación entera, un recuerdo, una creencia, un preocupación, un pensamiento que sea el patrimonio del pueblo todo, absorto en sí mismo, concentrado en su corazón, ha cantado solo para él y para él. ¡Mezquina y perecedera satisfacción de la negligencia o del orgullo de la misantropía o de la impotencia! He aquí el término fatal necesariamente liado a la absoluta carencia de un sentimiento nacional, bajo cuyo imperio [p. 346] nuestros pensamientos se aúnen, nuestras voluntades se encadenen: nuestra especialidad estéril, nuestros recuerdos olvidados, la nacionalidad perdida: fantasmas vanos que unos pocos nobles corazones osan vislumbrar aun en sus patrióticos delirios!! ¿Y este será el legado que a la posteridad dejaremos? ¿Podrá esta poesía satisfacer sus exigencias, contestar victoriosamente las preguntas que sobre el cumplimiento de nuestra misión le hagan? No; de ninguna manera. Ella ha traicionado a la patria desoyendo la voz de la nacionalidad; no ha sido sino el órgano infecundo, la reproducción estéril de pasiones privadas; y cuando el poeta no hace sino satisfacerse a sí mismo verá fenecer con él la manifestación de sus ideas.

¿Cuál es el género de poesía que según nuestros antecedentes y nuestro estado actual podía convenirnos? Difícil es contestar a esta pregunta: pero no dudamos en responder que la poesía lírica ofrece algunos requisitos que cuadran perfectamente a las condiciones que imponemos. La poesía lírica es un arranque espontáneo, sincero y ardiente, profundamente inspirado del alma impresionada, el movimiento más noble y

elevado del corazón; símbolo palpitante y verdadero, eco entusiasta y elocuente de un sentimiento grande como nuestra alma: excepcional y exclusivo que roza apenas con sus alas la tierra. ¿No es verdad que estos variados y brillantes adornos sentarían muy bien a nuestras hermosas tradiciones, a las bellas páginas de nuestra historia, formando un caprichoso e interesante marco al animado cuadro de la leyenda nacional, género en el que debemos fundar nuestras más trascendentes esperanzas? Además esta especie de poesía es tal vez la única que podrá germinar ampliamente en el árido seno de nuestra sociedad actual, labrándose un cetro de nuestra indiferencia, creándose un trono de nuestra susceptibilidad, conquistando una existencia estable y propia basada en el corazón, su origen radical, vinculada a la simpatía, su legítimo apoyo. Si nuestra poesía, despreciando esa mediocridad funesta, tósigo fatal que descuidada apuró, hubiese desplegado su vuelo en las hermosas regiones de nuestra historia; si, renegando del presente, infecundo en poética inspiración hubiese explotado el virgen venero de las tradiciones patrias sin mendigar una vida bastarda, en someras concepciones; si hubiese en fin detenido más sus pasos en el pasado nacional tan bello, como variado y fértil, habría conseguido una existencia verdaderamente lírica. Pero mal comprendido el espíritu de la poesía, procuróse ataviar con [p. 347] galas, que no todas tallas se adaptan, objetos extraños a su peculiar esencia; torcióse su misión subordinándola a materias que por su vulgaridad y medianía, eran completamente ajenas de su carácter. Unos hermosos ojos que nos han regalado una dulcísima e indeleble mirada, una perfumada flor que hemos contemplado ansiosos en un seno querido, viniendo después a parar en nuestras manos, la primera emoción de amor, la primera caricia de nuestra amada, una noche silenciosa y plácida son cosas ciertamente poéticas; pero cuán menguados fuéramos si solo tan fútiles objetos arrancasen las inspiradas notas de nuestra tira. Más noble y grande es nuestra misión, más vasto y bello el horizonte que columbramos; pero ¡ay! Muy pocos han osado arrancar los zarzales que estorban nuestras huellas.

Mucho se ha pregonado la decantada hermosura de nuestra naturaleza, mucho se ha dicho y se dirá aun sobre ella; ha llegado a ser un lugar común, una cómoda posada en la que casi todos los escritores se detienen.

Esto es a la verdad muy licito; muy justa es la manifestación sincera del placer de haber nacido en tan precioso suelo; pero no lo es de ningún modo elevar a tal punto su admiración por él, que pretendamos como universalmente se quiere que el poeta se asimile de tal modo con la naturaleza que le rodea, que nuestra poesía parta directamente de ella, que no sea sino su [ilegible]. Sería un lienzo dilatado y bello, de brillantes matices, de variados contornos, pero le faltaría aun el fuego de la vida, la movilidad de la acción, el colorido del sentimiento. Nuestra poesía se arropará con el flotante cortinaje de nuestros bosques, vestirá el manto de esmeralda de nuestras llanuras, aspirará el perfume de nuestras flores, se bañará en nuestras cascadas, remedará el trémulo y entrecortado trino que el ave modula en la alborada, pedirá en fía a la naturaleza la vida de su inacción, la voz de su silencio, su poesía real aunque muda; pero solo para engalanar con ella un cuadro preparado de antemano, cuadro sacado de la galería de la historia, del templo de las tradiciones o que la inteligencia ha explotado en las regiones de la imaginación. Porque fuerza es que la poesía de un pueblo joven, sea joven también como él; es decir, ardiente como su alma, creadora y encumbrada como su inteligencia y su deseo, fogosa como su aspiración, animada y vehemente como el germen impulsivo de vida que en su seno se agita

[p. 348] y la poesía descriptiva es el último atrincheramiento, el baluarte postrero del numen poético, que prescrito de su anchuroso dominio de creador descende del menguado rango copista; es un aciano desterrado de sus patrios lares que extenuado de hambre y fatiga procura en vano recordar su pasada dicha, bajo la sombra mentida de los escasos árboles de un desierto, engañando su sed con las yerbas sin sabia del helado erial que le rodea.

Los pueblos tienen su juventud ardiente, su virilidad vigorosa, su vejez estúpida y fría, como la añosa atmósfera de insípidos recuerdos que la rodea: en cada una de estas épocas adoptan un desarrollo especial encaminado a un fin especial también; creadores y poetas en la primera, pensadores y lógicos en la segunda... No calificaremos la última, pues podemos augurar que no alcanzaremos a ella: pues (cosa extraña) nuestra vejez ha sido la vanguardia de nuestra juventud, es decir el coloniaje, la ignorancia, el servilismo, la opresión, la aridez de la ancianidad en fin, fueron el indigno preludio de la nacionalidad, la fecundante animación de la juventud vivificante y briosa, de vacías esperanzas, de indomable esfuerzo.

Derrotado por fin el anciano coloso que con su mefítico aliento de opresión emponzoñaba los más nobles afectos, marchitándolos aun en su menos avanzada manifestación, nuestra atónita vista descubrió los purísimos gérmenes de original y duradera existencia, que vilmente ocultaba el despotismo como manjares velados a nuestro labio. El árbol nuevo que en la cabeza del colono germinaba, produjo entonces su fruto; una poderosa reacción operóse al instante. La patria, purificada en el borrascoso raudal de la revolución, colgó los antiguos atavíos en el ruinoso altar de su pasado, y rica en esperanza y fe, poderosa en entusiasmo, exuberante en vigor y esfuerzo, pronuncio el sincero y fervoroso voto en las aras del porvenir. Los sentimientos en toda su plenitud, los recuerdos en toda su majestad, el generoso afecto a la comunidad, la noble aspiración, las encumbradas miras, hicieron finalmente escuchar su desoída voz y el verdadero corazón restablecido en su legítima faz, sin que la usurpadora mano de una odiosa opresión o de una equívoca prudencia arrebatase ninguna de sus preciadas galas, cobró la vida de la primera edad pronosticando su entero desarrollo. No fuimos ya una raza extranjera violentamente injerida en nuestro suelo, sino los hermanos de Lautaro y Millarauco: la proscripción del pasado español (es decir, extranjero); la rehabilitación del Araucano (es [p. 349] decir, nacional), no es el menor legado de nuestra independencia.

Volvamos ahora a la cuestión; la poesía descriptiva sobre estar sujeta a degeneraciones funestas, no convendría de ningún modo a la particular tendencia de nuestro espíritu ni a nuestra edad actual, como se puede deducir de lo que llevamos asentado. La poesía chilena no deberá partir de los objetos materiales que nos rodean; y si es verdad que ese espíritu creador que se desborda en brillantes y espontáneos conceptos, reflejándose en el inanimado cuadro que se dibuja a su vista, podría prestarle un atractivo ropaje, no es menos cierto que entonces veríamos para siempre perdida la sincera expresión de esas hermosas modificaciones que siempre acompañan a la juventud de las naciones. Bella es por cierto la naturaleza de nuestra patria; mil peculiaridades se desenvuelven en su matizado seno; ¿pero renunciaremos a su favor, el adecuado puesto que nuestra civilización nos señala, que nuestra edad nos prescribe? ¿Despreciaremos nuestra fértil historia, cuyos hermosos hechos podremos embellecer con el brillante tinte de nuestro pensamiento, con el vario colorido de nuestra imaginación? Las peculiaridades que nuestro suelo nos ofrece no son tan distinguidas ni numerosas para que a ellas

sacrifiquemos manantiales más copiosos en acertada e interesante inspiración. Si nuestra naturaleza “permanece virgen, si no ha sido aun interrogada”, no lo están tampoco de otra suerte nuestras tradiciones e historia. ¿Háceles acaso preguntado los mil hechos que abrazan en su espacioso círculo?

No adoptamos tampoco la opinión generalmente admitida [de] que la poesía chilena debe abrazar su círculo principal, en la peculiaridad exclusiva a ciertas subdivisiones sociales que ofrecen una fisonomía característica y distinta, un tipo profundamente marcado, que constituye su exterioridad y su esencia, perfectamente deslindadas de la común esfera, como los *huasos* e indígenas intelectuales.

La poesía es una modificación del alma regular y ordenada en su manifestación, que se desenvuelve y ensancha, germina y crece en una región especial adoptada a su naturaleza, bajo una atmósfera particular propia para su existencia. Es una fuente delicada, demasiado caprichosa en su curso para no agostarla desviándola de su legítimo cauce, sobrado exclusiva, para no extinguirla esparciendo sus aguas sobre un terreno ingrato a su fecundante riego. La poesía es un poder; su dominio, es imprescriptible; su jurisdicción, está perfectamente demarcada. La [p. 350] observación y el buen gusto, el tiempo y el corazón le han dictado su código. Si quebranta las leyes que a su misión se ligaran, si desconociendo su espíritu osa salvar la barrera que a sus pasos se ha fijado, caerá como el Ícaro de la fábula suicidándose en la impotencia que ella propia se labrara. Agujaría su especialidad de otra manera; órgano bastardo de una tendencia opuesta a su carácter, ajena de su misión, sería un instrumento débil en su acción, nulo en su influencia, condenado a una vegetación infructífera, retrógrada y penosa.

Arrojemos ahora una ligera mirada sobre el inmenso campo, con cuya adquisición pretende acrecentarse el dominio de la poesía chilena y en el que no ha estampado aun su sello de posesión. Conocemos su originalidad, aceptamos a medias su belleza; pero negamos su idoneidad a todo trance. Es verdad que más de un rasgo original se vislumbra en la especial existencia de estas jerarquías, segregadas del todo principal: su exterioridad es distinta, diversa su tendencia, su modo de ser diferente. Sus costumbres ofrecen mil cuadros llenos de no conocida verdad, de no explotada belleza, de variedad ignorada. Pero si es cierto que estos hijos espurios de la civilización del pasado y en los que la del presente no ha deslizado aun su mano regeneradora, presentan un modelo original al pintor, un tipo nuevo al novelista, revelando al filósofo, bajo su insignificante corteza, más de un hecho trascendental o curioso, no es menos evidente que en vano buscaría el poeta su inspiración en ellos. Sus costumbres, si bien vaciadas en un molde original, no reflejan sino el despreciable destello de un genio vulgar y rutinario, no son sino la manifestación exterior de una alma común y antipoética que se enmaraña a cada paso en las tortuosas redes de una ignorancia sin par, verdadero reverso de la menos avanzada idealidad. Sería inútil rastrear el más débil rastro de un sentimiento noble, elevado o grande, en esas razas groseras, combinaciones informes del fanatismo y servilidad de los conquistadores, de la fiereza e ignorancia de los conquistados; sin la austera y sencilla virtud de los primeros, sin la nobleza indómita de los segundos. Suficientemente incultas para no concebir el audaz desarrollo del vicio, la intrépida revelación de la virtud, sin bastante energía para militar bajo las banderas del uno, sin bastante abnegación para acogerse a la sombra de la otra: suficientemente egoístas para encerrarse en un presente individual, sin recordar lo que han sido, sabiendo apenas lo que son, sin pensar jamás en lo que serán.

[p. 351] Además, la forzada sencillez de sus hábitos está muy lejos de ofrecer esa pureza simple y poética, faz humana de la divinidad, que eslabonando al hombre a la primitiva humanidad le coloca a un paso del trono del Hacedor; esa dicha quieta y sin mancilla, preciado retoño de una inocencia sin cálculo, de una fe sin racionalismo, tesoro inextinguible para el estro apacible del poeta pastoral. Más aun cuando así fuese la poesía pastoril, no sería aceptable en nuestro siglo y en nuestra sociedad. Una poesía basada sobre tan comunes y escasos elementos, adolece muy pronto de pobreza en su esencia, agotándose también todas sus formas posibles, que naturalmente carecen de toda verdad, y unas cuantas estrofas concluirían tan mezquina fuente.

Tocamos al término de nuestras consideraciones; pero mal cumpliremos nuestro deber ciñéndonos solo a examinar los extravíos pasados, los errores presentes de nuestra poesía, sin proponer el remedio para evitar futuros descarríos.

Según las observaciones precedentes, podemos deducir que los defectos característicos de la poesía chilena, son la superficialidad y el egoísmo, la ausencia de un espíritu extensivo a toda ella y la oprobiosa falta de nacionalidad. Cada vez que nuestra poesía ha deslizado sus pasos resbaladizos peldaños del corazón, cada vez que el poeta ha renunciado a la naturaleza que le brinda sus encantos, a la historia que le ofrece sus tesoros, a los recuerdos patrios que exigen su tributo deseando sacar la poesía de sí mismo, como emanada del foco inspirador cuyas hirvientes olas siente bullir dentro del pecho, no ha golpeado sino muy débilmente en el dintel de la morada del sentimiento, no ha contemplado sino por un estrecho resquicio el complicado dédalo del corazón. El resultado de su investigación ha sido somero como ella, superficial y falto de interés. La absoluta carencia de un sentimiento verdadero que estampase su sello distintivo, que procuraba en vano reemplazarse con falsos y alambicados relumbrones, se ha hecho sentir a cada paso. El engañoso y ligero tinte, con que torpemente se ha ataviado el tenue y moribundo reflejo de un afecto vulgar pesadamente analizado, es un grosero y mentido barniz, frágil al menor contacto, ludibrio del tiempo y de la observación. Lo que debemos buscar es un blanco general que concentrando las pretensiones particulares hasta ahora divididas, destierre el egoísmo; que sea al mismo tiempo la copiosa fuente de grandes y nacionales pensamientos, salvando los escolios que encallamos a cada instante.

[p. 352] Dífíciles son estas condiciones; pero podemos lisonjearnos que nuestro pasado histórico y tradicional las reasume perfectamente en sí. En efecto, si deseamos un giro vasto, uniforme en su conjunto, variado en su reproducción y formas accesorias, rico en naturales adornos, accesible a artificiales galas, coloreado por un tinte nacional distintamente pronunciado, susceptible de un más grandioso ensanche, de una más cercana perfección, lo encontraremos en él. Si a él vinculamos la inspiración poética, contemplaremos encumbrarse sin trabas la imaginación del vate, campear libre y franca en el precioso e ilimitado campo que recorre, llevando su creación el sello nacional cuya falta es sobrado lamentable. Este género de poesía adoptará todas formas, desde la epopeya hasta el romance, desde los multiplicados resortes del drama hasta la sencilla máquina de la leyenda; aceptará el apoyo del corazón, germen del sentimiento que es el ropaje necesario de toda poesía. Podrá llenar todas las aspiraciones: será desordenada y magnífica como una oda, sencilla y espiritual como un idilio, ligera y cándida como un madrigal, gigantesca como una epopeya, peripética [*sic*] e interesante como un drama; sentida y dulce modelada y regular, desaliñada e impetuosa: nacional y patriótica siempre. Panorama inmenso,

arrobador, infinito, en el que lucirán a porfía los encantos del corazón, los tesoros de la inteligencia, en cuyos bellos lineamientos el fuego de los recuerdos proyectará su vivificante rayo. Sobre todo, no llenaremos solo la exigencia de la actualidad; nuestra obra será la herencia de los venideros siglos, cuyas asiduas especulaciones la aumentará en gran manera.

Al segregar la providencia nuestro continente del antiguo, dióle copiosos elementos para crear una civilización adecuada a su naturaleza; civilización que deberá ser la verdadera expresión de nuestra especialidad y no el degradante e innecesario plagio del desarrollo de un mundo diverso al nuestro. Podemos elaborar una existencia nueva, original, Americana, fruto de nuestro esfuerzo, y la nacionalidad deberá ser la palanca matriz de esta existencia, el crisol de esta elaboración. Nuestro destino es de creadores, no de mendigos. Fuerza es convencerse; la generación actual debe ser esencialmente anticuaria: su misión consiste en rehabilitar el pasado, en restaurar el empañado brillo de las grandiosas acciones a que nuestros abuelos dieron cima en rasgar el velo de la indiferencia y del olvido cuyos espesos pliegues ocultan las majestuosas sombras de mil héroes chilenos. Chilena [p. 353] es la sangre que circula en nuestras venas, chilenos serán también nuestros recuerdos. Y a fe que en esto no tenemos que envidiar a pueblo alguno; pues harto precioso es el abundante acopio que de ellos poseemos. Y sin embargo, el genio de los recuerdos nacionales duerme... Cúmplenos despertarle; tras del letargo puede venir la muerte.

Literatura Americana

En la literatura española se distinguen los mismos rasgos que marcan el carácter de la España. El honor, la generosidad, el orgullo, la galantería, el espíritu caballeresco, los sentimientos religiosos caracterizan la literatura española. Las imágenes brillantes y atrevidas que algunos atribuyen a la literatura de los árabes, de quienes se dice que las tomaron los españoles, a cuya imaginación las atribuiríamos de buena gana, son también uno de los lineamientos que distinguen la fisonomía de la literatura española. Todos esos rasgos aparecen más o menos en las diferentes épocas de la vida literaria de España; pero en el renacimiento de las letras fue cuando se mostraron con todo el gusto de la antigüedad, con toda la regularidad de las formas clásicas. El siglo XVI, que fue literalmente el siglo de oro de la España, fue también metafóricamente la edad de oro de su literatura. El teatro español fue el modelo del francés y del inglés. La antigüedad, al salir de su tumba, llevaba en su seno el germen fecundo que debía dar vida al ingenio español. Desgraciadamente la corrupción siguió muy de cerca al renacimiento de las letras; y a las buenas prendas de la literatura del siglo XVI, sucedieron el alambicamiento de las ideas, la falsedad de los sentimientos, y los defectos [p. 152, col. 1] del estilo, que mirados como primores, se expresaban en la palabra *discreciones*.

“Después de Cervantes, dice A. Martín, la España, creadora del drama moderno, cae abatida por un sueño letárgico: la civilización de España expira, y su musa no tiene acentos. A la época de Cervantes sucede el reinado de [ilegible], de Quevedo, de Góngora. La raza de los autores dramáticos se extingue por grados; esa España inspiradora de Corneille, llega a ser imitadora sin fuego, y comentadora sin gracia”.

Los pocos escritos publicados en América durante el coloniaje, estaban sujetos a las mismas vicisitudes y llevaban el sello del gusto dominante en España, por lo cual deben incluirse en la literatura española. La literatura hispano-americana propiamente dicha, data de la guerra que se encendió por la independencia del Nuevo-Mundo. Honra es de los americanos no haber envilecido sus facultades, cantando al ruido de sus cadenas. Durante el largo y silencioso período de la esclavitud, han devorado en secreto sus sentimientos. Teniendo bastante sufrimiento para no quejarse, han tenido también bastante dignidad para no pronunciar una sola voz que pareciese el elogio de la tiranía. Con lo hecho por nuestros fueros empezaron nuestras inspiraciones; y así debía de ser, porque los pueblos necesitan de grandes acontecimientos que les ofrezcan el asunto que las ficciones deben engalanar. Haciendo una reseña de todos los portentos que ha producido la imaginación, se verá que la verdad ha sido su fondo. La *Ilíada* y la *Odisea*, ya se miren como obras de una sola persona, según lo ha creído la antigüedad, o ya se atribuyan a toda una escuela poética, como piensan Vico y otros, son poemas basados en acontecimientos reales. La verdad está, bajo muchos respectos, pintada en la *Eneida*. Milton debió sus inspiraciones a la guerra civil de su patria. Hay en el Dante la verdad del odio y de la venganza de que estaban animados los güelfos y los gibelinos: un escritor ha dicho que en la *Divina Comedia* está

retratada la libertad de la Italia, naciendo de la lucha sangrienta del sacerdocio i del imperio. Puede añadirse que la pintura del infierno es la imagen de los horrores a que estaba entregada la patria del primer ingenio de la Europa moderna. El mismo fondo de verdad se halla en la [ilegible] [col. 2], el poema de Ercilla tiene por asunto el heroísmo con que los hijos de Arauco resistieron a la conquista. La guerra que, por los consejos de la razón y en defensa de sus fueros, emprendió la América española, debía inflamar la imaginación de los americanos y hacerse el asunto dominante de nuestra literatura. En efecto, la libertad es el genio que anima las composiciones americanas. Entre los monumentos levantados a nuestra literatura, deben tener un lugar preferente los escritos del hombre que ha dado gloria y libertad a la América. Óigase a Bolívar, cuando refiriéndose a la América, dice: “¿quién se atreverá a levantar tronos en esta tierra abrasada por los rayos de la libertad y pronta a devorar esos cadalsos regios?” Por una de esas inconsecuencias a que están sujetas las imaginaciones ardientes, esa misma América que debió a Bolívar tan merecido elogio, fue después el objeto de un amargo sarcasmo. Parece que el hombre que, al enarbolar el estandarte de la independencia, tuvo fija la vista en el porvenir del Nuevo-Mundo, la volvió al presente cuando dirigiendo una *Ojeada al continente americano*, dijo: “En América los tratados son papeles; las constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía y la vida un tormento”. Sea de esto lo que fuere, el sentimiento de la libertad es uno de los rasgos característicos de nuestra literatura.

La melancolía que, según madame de Stäel, da la inspiración del talento y el distintivo de la literatura moderna, y en especial de la del norte, es también uno de los más fuertes colores de la nuestra. El genio melancólico de los americanos se debe quizá a las impresiones que dejan en el alma las vastas soledades del Nuevo-Mundo, y tal vez ha sido sustentado por la servidumbre de que hemos sido víctimas. Pudiera ser también que llevando una vida de reconcentración en que el alma no se distrae con los goces tumultuosos de las grandes ciudades tan [ilegible] en América, tengamos todo el tiempo necesario para entregarnos a meditaciones que al paso que son más frecuentes y profundas, dejan mejor conocer el destino humano, destino serio en verdad. Sea cual fuere el valor de estas conjeturas, la música lúgubre y acaso monótona de los americanos, su vida silenciosa y retirada, todo prueba que hay en ellos un fondo de melancolía y de tristeza;

[...]

[p. 154, col.1] Lo que antes hemos dicho no importa pretender que la literatura americana sea completamente original; de ningún modo: ella debe ser, bajo muchos respectos, el resultado de las luces que posee el mundo. Remitámonos a un hecho reciente. La filosofía espiritualista que acaba de penetrar en el suelo americano, es ahora mismo uno de los rasgos de nuestra literatura. Si puede decirse que el espíritu de la literatura y la filosofía sensualista esta expresado por estas palabras de Byron: “sonríó contemplando que, después de la muerte, no quedará de mí más que una fría ceniza”, el espíritu religioso de nuestra literatura está en esta expresión: “Dios y la esperanza de cumplir en otro mundo el destino que señala la Providencia”.

Hoy que la imprenta y el comercio ponen en contacto todos los pueblos, natural es que la literatura de un país tome algo de lo que pertenece a la de los demás. Pudiéramos decir de las producciones literarias de diferentes pueblos, lo que de las razas humanas, que a medida que se cruzan se acercan a un tipo común. La literatura americana que debe tener muchos rasgos de las que la han precedido, debe tener forzosamente semejanzas muy

notables con la española. La España nos ha dejado el colorido de su literatura en su lengua, en esa lengua que dice Raynal, “que es brillante como el oro puro, sonora como la plata, grave y mesurada como la danza de su [ilegible], noble y decente como las costumbres de la antigua caballería”. Si los españoles decían de los árabes: “han tomado nuestra tierra; pero la han cubierto de oro”, nosotros podemos decir a los españoles: “han llevado nuestro oro; pero nos han dejado un hermoso idioma”.

A pesar de lo que hay y lo que debe haber de común entre nuestra literatura y las que la han precedido, aquella tiene ahora mismo una fisonomía propia, porque las semejanzas y no las diferencias, son lo que constituyen la naturaleza de las cosas.

Si la literatura de las naciones hispanoamericanas presenta hasta ahora un mismo [ilegible] [col. 2] que aquellas recibieron, es indudable que después se mostrarán diferencias harto sensibles. Ahora mismo ya se advierten algunas particularidades en la literatura de las distintas secciones hispano-americanas. Así, en algunas partes se ostenta la imaginación calmada, serena y profunda como los ríos caudalosos que riegan la América; en otras engalanada, risueña y pomposa como la vegetación de nuestros valles; aquí ligera y brillante como la mariposa de nuestros bosques; allí, magnífica, inflamada como las montañas volcánicas de la cordillera. Así, rasgos comunes y diferencias muy notables entre nuestra literatura y la de los pueblos de distinto origen; y por el contrario, diferencias leves y semejanzas muy profundas en la literatura de los pueblos de Hispano-América, tal nos parece la fisonomía que en la actualidad muestra el ingenio americano.

La literatura de cada una de las secciones americanas sería todavía más nacional, si se hiciera valer las tradiciones de cada una de nuestras repúblicas, tradiciones en que consiste nuestra mitología. No contribuiría menos al mismo propósito el género de vida de cada nación. Véase el gaucho argentino entonando en alta noche, al son de la guitarra, una lúgubre canción. Solo en el seno del dolor puede haber nacido esta tétrica armonía: la sentida endecha argentina no puede ser sino la inspiración de una pasión profunda, alimentada en la soledad de los bosques, solo al aspecto del desierto, imagen severa de la eternidad, pueden modularse esas notas que se prolongan como para llenar el vacío de la naturaleza y del corazón. Tanto en la poesía popular argentina como en la cultivada por el arte, se encuentra algo del fatalismo oriental. No sería extraño que los españoles trasmitiesen a sus hijos los argentinos algo de la herencia poética que recibieron de los árabes. Esta aserción parece confirmada por la semejanza que se nota entre el canto argentino y el de los juglares españoles de la Edad media: se sabe que este no fue más que un gemido prolongado y que aun antes de la época mencionada, tenía el canto español el mismo carácter.

Tendencias literarias

No pretendemos desarrollar un tema que ofrecería un campo vastísimo, no para las columnas de un periódico, sino para formar un libro voluminoso. Sería, por otra parte, materia de un estudio concienzudo y serio, poco adaptable a la época presente en que la literatura hace un papel menos que accesorio en nuestra vida de pueblo. Queremos solamente decir unas pocas palabras, tratando el asunto sin profundizarlo, procurando, más que todo, de ser claros.

Difícil sería decir categóricamente cuáles son las tendencias literarias entre nosotros; algún pesimista podrá decir, con cierta justicia, que la literatura marcha a su ruina. Y muchos pesimistas hay que acaso pudieran ser creídos. Pero nosotros no tenemos tan triste convicción. Es verdad que ahora las bellas letras están completamente descuidadas, sumidas en una postración dolorosa que hace dudar de una existencia más larga y, lo que es peor, sin carácter ninguno que las distinga. Todo esto tiene muchas causas.

En primer lugar, la literatura entre nosotros no tiene vida propia; hemos estado enfermos de un mal de imitación que es muy temible se haga crónico; hemos ido a buscar en pueblos distantes inspiraciones que en nada nos tocan, mendigando materiales para alzar nuestro edificio, recogiendo como el trapero, de acá y de allá, retazos de costumbres extrañas, de escenas dramáticas, de episodios históricos, pidiendo prestado a otros lo que aquí podríamos tener con más brillo, sin fijarnos en que esa vida no era la nuestra, que esas costumbres nos eran desconocidas y que ese mundo no era el que nosotros habitábamos. Por el contrario, todos los géneros de literatura podían haber sacado de nuestro seno un inmenso alimento, un tesoro ignorado, digno de explotarse y que tiene la ventaja de ser una gloria propia de nosotros mismos. Nuestra historia, las tradiciones de [ilegible] [col.2] emancipación, esa época inmortal, de hazañas, de heroísmo, de persecuciones, de sacrificios, de victorias y derrotas, de martirio y de constancia, son una fuente infinita de donde los escritores podrían beber una agua inagotable. Ahí está también esa imponente y majestuosa naturaleza, llamando a los poetas para engrandecerlos con sus inspiraciones sublimes, y que por desgracia casi siempre ha sido olvidada por ellos.

También es cierto que el público ha mirado generalmente con desprecio toda clase de libros que no hayan venido del extranjero. Mientras las novelas francesas se agotaban en las librerías, el autor de una obra nacional veía con dolor apolillarse en los estantes sus volúmenes empaquetados, sin que nadie tuviese siquiera la curiosidad de hojearlos. Esto cuando no se despreciaba y criticaba su obra por todos los que apenas se habían dignado echar una mirada indiferente al título escrito sobre las tapas. De manera que los escritores, que no han tenido valor de crear una nueva vida, se han dejado llevar por la esperanza del lucro y del elogio, que son los mayores alicientes de todo trabajo.

He aquí los motivos principales de nuestra falta de originalidad. Pero no quiere esto decir que los soldados de la literatura hayan abandonado por completo las filas en que han tenido

un puesto. Buenos escritores ha habido, y hay, que lanzan de vez en cuando sus producciones originales y ya no se miran ellas con tanto desprecio. La historia nacional también ha sido explotada; pero necesario es decir con franqueza que no se ha trabajado la veta como se debiera. La historia no ha sido las más veces, más que apuntes inexactos, porque ha servido a la defensa o glorificación de un partido, y se ha vertido en sus páginas sagradas la hiel de odios políticos que los tiempos no han borrado y que han sabido conservarse con mucha vida aun cuando haya intervenido el polvo de la tumba. Nuestra historia por consiguiente, se puede decir que permanece como una veta virgen: todo lo que se ha hecho es trabajar las guías, sin que nadie todavía se haya atrevido a abrir [ilegible] [p. 2, col. 1] que ha sido cultivado con menos felicidad y es sin duda la que más debiera haber contribuido al brillo de las letras nacionales. Cuanto ha salido en ella de la narración, que muy pocas veces ha sido imparcial, se ha reducido a digresiones políticas sobre los partidos, que se han estado haciendo revivir; nunca la filosofía, la lógica o la moral han asomado en sus páginas su semblante severo, como el fin del estudio de acontecimientos pasados, ni tampoco se han dado lecciones para el porvenir. Aquí la culpa principal es de los historiadores, aunque también el público ha gustado poco de recrear e instruir su imaginación en la lectura de nuestro pasado, prefiriendo siempre leer las historias de otros pueblos. Gentes que saben casi de memoria la historia del Consulado y del Imperio, y las de Inglaterra o España, no saben tal vez uno solo de los gloriosos episodios de la nuestra. Y hay quienes se jacten de pertenecer a ese número.

No es, pues, extraño que la historia no tenga lectores ni autores, cuando aquellos la desprecian y éstos escriben desde el seno de un círculo político, viendo mal y desde lejos los sucesos que se desarrollan en la escena de otro partido. [...]

Tendencias Literarias [II]

Estudiando la historia de nuestra literatura desde los principios de nuestra vida de pueblo, siguiendo atentamente las distintas fases que ha venido tomando en su desarrollo y sus repentinas variaciones, siempre la vemos siendo un reflejo de la literatura del viejo mundo.

La originalidad alcanzada por los escritores de la revolución era hija solamente de las circunstancias y fue dejando poco a poco su lugar a la escuela del romanticismo que arraigaban en Francia las creaciones de Lamartine y Víctor Hugo, y que hicieron dar una conversión notable al carácter literario de varios países. Cantaban a la patria o daban al pueblo sabrosas e importantes lecciones para educarlo en ese sentimiento que no tenía todavía consistencia y que solo se acaba de arraigar con la costumbre de la libertad.

La originalidad de nuestros literatos no se debe buscar sino en el círculo de los argumentos nacionales: la guerra de la independencia y la memoria de sus héroes. Ésa es la verdadera, la única literatura nacional. Cuanto ha salido de esa esfera no ha sido más que imitaciones más o menos felices, reflejos más o menos exactos de lo que se ha escrito en otros países.

Sin volver a la historia, que hemos tratado muy a la ligera en el primer artículo, echaremos una breve ojeada a la novela y a la poesía.

Muchos son los que han penetrado a sus templos, pero desgraciadamente los más han sido profanos que han desvirtuado la atmósfera pura que allí se debe respirar. La novela es entre nosotros casi desconocida, sobre todo la novela histórica. Lo que más se ha hecho en este género es escribir episodios, muchas veces adulterando épocas y acontecimientos; retazos de poemas que apenas servirían unidos para formar un cuadro regular [...]

[col. 2] [...] Ella guarda en sus anales materia para centenares de volúmenes y ninguna fuente de trabajo pudiera ser explotada con más felicidad.

Pero esto será solamente cuando las bellas letras lleguen a ser entre nosotros una profesión; cuando el gobierno y el público premien y paguen el trabajo laborioso de la inteligencia que se sacrifica por hacer inmortal el recuerdo de las glorias americanas. Por ahora es difícil, si no imposible, encontrar un escritor suficientemente abnegado para perder sus buenos años en un trabajo que no le reportaría más que el frío aplauso de unos pocos y la indiferencia o el desprecio de la mayor parte.

La novela de costumbres ha tenido más aficionados que aquella y debemos confesar con satisfacción que los ensayos hechos en este género han sido felices y prometen excelentes resultados para el porvenir. Y ojalá los que a ella se han dedicado con mejor acierto, no abandonen una tarea tan útil y tan provechosa por el gran fondo de moral que puede beber el pueblo en la contemplación de su propia vida, estimulándose o riéndose y criticándose a sí mismo en los actos de los personajes que el autor les presenta.

Por otra parte, en nada tal vez pudieran nuestros escritores ser más originales que en la novela de costumbres; porque ella no sería el resultado de lecturas extranjeras sino solamente del estudio de nuestra vida íntima, del conocimiento de nuestro propio hogar y sobre todo del amor a la familia, al pueblo en donde se ha nacido, y de ese dulce amor a la patria que se manifiesta en las acciones más insignificantes de la vida diaria. No hay duda [de] que en este género hemos ganado admirablemente y que seguiremos ganando a medida que nos vayamos desprendiendo de esa capa de *extranjerismo* que ha tenido como oprimida durante largo tiempo nuestra facultad de pensar.

No sucede lo mismo en cuanto a la poesía. De ese sinnúmero de escritores en verso, que pretenden llamarse poetas cuando ni siquiera pueden ser legos del templo de las musas, hay apenas unos poquísimos que merezcan el nombre [ilegible] [p. 2, col.1] que buscaban sus inspiraciones en las glorias de la patria, apenas pasado el tiempo de las agitaciones colgaron sus liras y rara vez querían más tarde arrancar de ellas nuevos sonidos. Vinieron entonces los Byron y los Zorrilla de veinte años a llenar el aire con quejidos de penas que no sentían, con lágrimas estudiadas y con ideas que otros autores les prestaban. El amor, las flores, y la melancolía fueron el solo alimento de su imaginación y bien poco o nada guardaron para la naturaleza y para la patria, esas dos creaciones inmortales, fuentes infinitas de poesía y de nobles inspiraciones.

Los pocos elegidos compensan, sin embargo, el mal de aquella plaga y ellos solos bastan para formarnos también una poesía verdaderamente original. Nos hemos querido abstener de citar nombres propios, porque nuestra idea no es detenernos detalladamente. [...]

Ahora la poesía como los demás géneros de literatura ha tomado otro carácter de feliz augurio para el porvenir. Esta buena tendencia se debe en gran parte a que la crítica no venga, como antes acostumbraba, a clavar su aguijón envenenado en las producciones que van saliendo a luz. Lo mejor que la crítica ha hecho (tal como la hemos conocido aquí) es dejarse dormir tranquilamente. Su muerte ha sido un gran beneficio para las bellas letras, porque nunca tuvo ese carácter imparcial y severo que deben revestir la corrección y la enseñanza; nunca penetró el interior de las cosas, limitándose solo a dar vueltas de estilo, no acordándose jamás de filosofía, y entendiendo casi siempre las tendencias al revés. Y es sensible que ella se halle del todo abandonada, pues es bienhechora y de fecundos resultados la buena y verdadera.

Por último, el carácter que va tomando insensiblemente nuestra literatura nos hace esperar mucho para una época no lejana. No desesperamos que llegue un tiempo en que se pierda ese horror que se tiene a los literatos por los hombres graves de la sociedad; en que los escritores puedan ganar la vida con su pluma; en que los poetas no sean considerados como vagos; y en que todos aquellos que tienen disposiciones para desempeñar esta misión, no las abandonen para dedicarse a otra clase de trabajos también de dudosas esperanzas, para dejar su lugar a otros que luego seguirán su ejemplo.

[...]

Las caricaturas

En todo pueblo joven donde por primera vez se ensaya un arte, se pone en juego algún descubrimiento o se introduce alguna novedad por importante y provechosa que sea, encuentra siempre obstáculos, se sublevan en su contra necias preocupaciones, y por algún tiempo tiene que luchar con multiplicados inconvenientes para producir los beneficios que implica. Allí tenemos el telégrafo eléctrico, que por más de un año hubo necesidad casi diariamente de estarlo anudando, porque muchos ignorantes y mal intencionados se entretenían en destruirlo, y otros lo consideraban como una brujería que venía a pervertir al pueblo. Nosotros hemos oído a un hombre sencillo y de alta reputación religiosa y que goza de fama como orador ilustrado, exclamar, después de haber presenciado las operaciones del telégrafo: “No cabe duda ninguna: es un hecho, yo lo he visto con mis propios ojos”. Y este *sabio* manoteaba para dar más fuerza a su expresión.

Las caricaturas que publica nuestro periódico y que por primera vez se ensayan en el país, debían también ser objeto de las murmuraciones de los ignorantes y de los que se figuran ver en ellas un poder para atacar sus ambiciones. Pero ya nuestra sociedad no está tan atrasada como la suponen algunos, y esas murmuraciones han tenido que estrellarse en el buen sentido del pueblo y en el desprecio de las personas ilustradas.

El objeto de las caricaturas es corregir las costumbres y los defectos, es satirizar, poner en ridículo si se quiere, aquello que se manifiesta ridículo para procurar su corrección. Pero también tiene por objeto ensalzar, dar a conocer a las notabilidades o a las personas que merecen alguna distinción pública en la esfera en la que se manifiestan.

Toda persona a quien se la caricatura, si por un lado se la critica, por otro se la favorece, [col.2] porque ya este solo hecho da a entender, que ocupa cierto rango distinguido en la sociedad, que se encuentra en una posición expectable, o que es una especialidad en su profesión, arte u oficio.

Pero muchos que están tan al cabo de los adelantos de la civilización como de las costumbres de pueblos que no han visitado en su vida, tratan de inquietar al prójimo y echan bravatas creyéndose ya caricaturados. No les haremos semejante honor, y si los mal intencionados se entretienen en hacerles creer que nos ocupamos de ellos, contesten que nosotros sabemos dar el lugar que corresponde a las personas y que no nos encontramos en disposición de poner en ridículo nuestro periódico, dibujando sus estampas.

La caricatura en Europa es estimada en alto grado, y a ella deben su fama los Cham, Gavarni, O’Crane y tantos otros que son orgullo de sus pueblos y que donde quiera que se encuentren son atendidos y admirados. Los servicios positivos que la sociedad les debe como a críticos de primera fuerza, los colocan a una altura donde los rodean las distinciones de los inteligentes y donde de ninguna manera pueden alcanzarles los murmullos de los ignorantes. El *Punch*, el *Charivari* y otros periódicos de caricaturas, son recibidos en todas partes con entusiasmo y nadie se ha puesto en ridículo combatiéndolos como publicaciones inadecuadas o temerarias.

Un caricaturista célebre hizo las caricaturas de todos los representantes de la Francia republicana de 1848, pero se le olvidaron tres: estos individuos no viéndose entre sus compañeros, se dirigieron al artista y le dieron seriamente sus quejas, por lo que se vio obligado el caricaturista a darles una pública satisfacción.

Entre nosotros los caricaturados habrían sido los que la hubieran pedido. Pero es necesario que acabemos alguna vez de civilizarnos, porque indudablemente ya estamos en sazón.

Por otra parte, nuestro periódico marcha a este respecto con estricta imparcialidad, pues todos habrán visto que no se ha hecho distinción de partidos ni se ha favorecido a uno más que a otro.

La caricatura, pues, no es un arma que pueda desacreditar a nadie y sí que puede corregir, y aunque los necios se muestren susceptibles y murmuren, no nos ocuparemos de ellos ni de lo que digan. Han llevado la temeridad hasta correr que luego saldrán caricaturas de mujeres, lo que es una suposición gratuita, pues nada ha dado origen a que tal se crea. Cuadros de costumbres, escenas políticas, ideas, ocuparán al artista, pero jamás descenderá a un terreno que debe estar vedado para todos.

Más tarde se nos hará universal justicia.

IV

Romanticismo: polémicas

[Artículo sobre el romanticismo]

[J. B. Alberdi]

Cada vez que veamos publicarse una invectiva contra el romanticismo y los románticos, hemos de publicar un artículo como el que acaba de leerse: es la mejor respuesta que pueda darse a burlas impertinentes y miserables.

Lo hemos dicho en otras ocasiones: no tenemos el honor de ser románticos; no deseamos tampoco este honor; no defendemos pues nuestro partido: sabemos únicamente que se necesitan títulos que nadie nos ha dado a los españoles y a los americanos del día para reírnos de un sistema literario en que figuran los nombres de Shakespeare, Milton, Schiller, Byron, Chateaubriand, Lamartine y Victor Hugo. Creemos al contrario que es éste el mejor modo de ponerse en ridículo, porque es reírse de la estatura del Chimborazo siendo uno un pigmeo.

Está bueno que Nisard, Planche y Fortoul, allá en Francia, con los antecedentes literarios de su País, levanten sus protestas contra las demasías de una literatura que ha pasado de los límites en que debía cumplir su misión de reforma y de liber- [p. 80] tad. Pero que un tenebroso papelucho de Madrid se ponga a reír del sistema que han proclamado los Schlegel a la faz de la sabia y brillante Alemania, es lo que no debe sancionarse por hombres que tengan buen sentido. Bueno es no parodiar a Chateaubriand, pero también es bueno no parodiar a Nisard. ¿Qué se pretende sustituir en el lugar del romántico Shakespeare? ¿Al clásico Bretón de los Herreros?

El romanticismo es hoy batido en Francia, porque en Francia ha cumplido su misión. Esta misión ha sido grande y ha comprendido la lengua, el arte, la elocuencia, y el gusto. Fortoul ha hecho la historia de los servicios que la literatura de este siglo debe a las reformas operadas por el romanticismo. Entre otros beneficios, el romanticismo, ya decadente él mismo, ha hecho que no se pueda soportar en lo sucesivo la clásica literatura del siglo XVII. Un sistema debe destronar inevitablemente al romanticismo, pero ese sistema está por crearse, y nunca será el caduco sistema de Boileau. Esto sucede en Francia: otra cosa es España y América, donde el romanticismo comienza recién su misión de revolución y de independencia literaria. A nosotros, americanos y españoles, oprimidos bajo el peso de las más pesadas, de las más añejas y serviles tradiciones de una literatura sin vida y sin elegancia, ¿quién nos ha dado derecho para quejarnos de las libertades licenciosas y de las brillantes petulancias del pensamiento y del estilo romántico? Nosotros, como los franceses, necesitamos pasar de un extremo a otro, para caer más tarde en el justo medio. En literatura, como en política, es imposible escapar a la ley de los extremos. Para pasar de la servidumbre a la libertad es indispensable atravesar por la licencia. Sin Robespierre la Francia no hubiese pasado de Luis XV a Luis XVII; sin Victor Hugo, no hubiese andado

de Boileau a Nisard. Nos hemos puesto a proclamar la templanza antes de haber pasado por el exceso. Antes de llegar a los tiempos constitucionales de nuestra literatura, es preciso que tengamos nuestras barricadas y saturnales de pensamiento y de arte.

Nada más estéril, más pedantesco y más digno de lástima que las pretensiones de clasicismo entre nosotros, pobres escueleros que no tenemos nada que nos distinga sino los pocos [p. 81] golpes intuitivos y casuales que se escapan a nuestra inteligencia todavía en mantillas con más pasión y reflexión. En vez de alentar los ensayos de un pensamiento que comienza, alabando hasta sus despropósitos, nos armamos del cartabón clásico y juzgamos con el rigor de Boileau y de Planché los productos inexpertos de espíritu que recién quieren dar pasos. Pedantería miserable, que no merecía otro castigo que la de ser puesta en el ridículo que ella busca para los otros, por un examen tan severo como el suyo. Que el joven pensamiento Americano corra como un torrente y sin barreras ni diques aunque su linfa salga fangosa y turbia: ella conseguirá limpieza y claridad más a la larga. Hagamos poetas y escritores templando fuertemente las almas de los jóvenes, arrastrándolos a una vida de sacrificio y de grandeza, de sublimes tentativas y de nobles peligros; y no enseñándoles a medir versos y a contar frases; que la pasión por lo que es grande y noble rebose en sus pechos, y corra luego sobre el papel más abundante que escogida, más fecunda que pura, más rica que correcta.

Ningún sistema es responsable, por otra parte, de los abusos que de él hacen los necios. No se debe pues confundir el romanticismo con los abortos de los falsos románticos. Romanticismo es Hamlet, Ricardo III, Montegon y Capuleto, Chil d' Harold [sic], el Fausto, el Carmagnola. Las Meditaciones, René y Hernani. Románticos son Schiller, Goethe, Byron, Walter Scott, Chateaubriand, Manssoni [sic], Lamartine. ¿De este romanticismo y de estos románticos se mofa el *Panorama Matritense*? Ha hecho mal en llamar románticos y romanticismos, si con estas denominaciones ha querido señalar la tontería de los tontos que se dicen románticos. Tanto valiera que hubiese dicho *del clasicismo y de los clásicos*, porque también hay tontería y tontos en el clasicismo. ¿No hubiera sido más exacto titular el artículo: *De la tontería y de los tontos*?

Es malo atacar de una manera general la literatura romántica, porque en el público inexperto, esto despierta una prevención peligrosa contra la innovación literaria. El común del público que no conoce más que dos sistemas, el romántico y el clásico, o bien el nuevo y el viejo, ve combatir al romanticismo y deduce de esto que el clasicismo, es decir, lo viejo [p. 82] es lo mejor. Cobra repugnancia a las mudanzas y se apeg a los viejos hábitos de pensamiento. Por eso hubiese sido bueno que nuestro amigo *El Correo*, al reproducir el artículo del *Panorama Matritense*, hubiese declarado que su desdén por el romanticismo no significaba su amor por el clasicismo, si como nosotros, profesa él, el *progreso indefinido* por la ley del desenvolvimiento literario; ley que proscrib todas las restauraciones y los retrocesos a las cosas que han caducado una vez. De este modo hubiese evitado también que se tomase la acogida que daba a la chansoneta del *Panorama*, como una complacencia no muy independiente hecha a una preocupación literaria más desacreditada todavía que la preocupación romántica.

¡Qué de más pobre, por otra parte, que estas miserables críticas contra un sistema que, bueno o malo, es proclamado Rey de la opinión del momento! ¡Hablar contra Victor Hugo, entre nosotros y en España! ¿Para qué, por Dios? ¿Para que el lector que acaba de recorrer una de esas críticas, al volver la hoja, dando con el aviso de teatro que anuncia la *Catalina Howard*, corra a comprar luneta aunque sea a doble precio? Miserables bostezos de la plebe de los charlatanes; lancetazos de mosquitos sobre los cuernos del toro, pedradas burlonas a la cabeza del Anconquiya, insultos rabiosos y vanos contra el astro que, insensible a las vanas injurias,

¡Sigue en silencio su inmortal carrera!

Planche, el sabio Planche, con sus admirables análisis no puede conseguir en Francia un solo rayo de la luz que rodea a Victor Hugo, ¡y se quiere oscurecer en España y entre nosotros el sistema y los títulos del autor del *Hernani*!

Al corresponsal del *Correo*

[J. B. Alberdi]

Nos faltan dos páginas que llenar, ocupémonos de dar una respuesta superflua.

El Corsario no ha tenido jamás la intención de apresar al *buquecito de guerra al servicio de la libertad Americana: El Correo*. No ha cargado su *cañón giratorio hasta la boca a bala y metralla para dispararle sin piedad sobre el infeliz Correo*. Esta imputación por parte del corresponsal, es gratuita y torpe; es ofensiva también al buen sentido del mismo *Correo*, porque es suponerle, por una parte, incapaz de conocer él propio sus heridas, y por otra, una susceptibilidad pueril siempre al servicio de la primera sugestión de un charlatán. Conocemos la bandera del *Correo*, conocemos a sus redactores; estimamos la una y somos amigos de los otros. No hemos escrito en hebreo nuestra diatriba; puede volverse a leer, a ver si es el *Correo* a quien se dirigen nuestros más punzantes golpes. No hay pues lugar a nuestro arrepentimiento, porque no hemos incurrido en pecado; y que el corresponsal diga *tarde o temprano piache*, nos importa un bledo.

No hay *heridas rojas y frescas* en el *Correo*; esto es ridículo, sedicioso, inepto; las *burlas impertinentes y miserables*, son las del *Panorama*: el *Correo* no ha hecho ninguna. *Ponerse en ridículo siendo un pigmeo* es lo que ha hecho el *Panorama*, no el *Correo*. *Tenebroso papelucho*, es el *Panorama* de Madrid, no el *Correo*. *Las pesadas, añejas y serviles tradiciones de una literatura sin vida y sin elegancia*, no son las tradiciones de la brillante y clásica literatura española de la época de Cervantes y Calderón de la Barca; qué más quisieran el miserable corresponsal y el honorable *Correo*, que el verse atados al hilo de oro de esa brillante tradición. Ese hilo se rompió para la España de estos últimos tiempos, como para nosotros; y las tradiciones que pesan, no sobre el *Correo*, sino sobre todo el mundo en estos países, son las de la más baja, pesada, insulsa, y pobre literatura española de los tiempos próximamente precedentes.

Es un sarcasmo lleno de acíbar contra el pobre *Correo*, el suponerlo herido directamente por nuestra expresión de *libertades licenciosas y brillantes petulancias*. ¿Cómo es, buen corresponsal, que esta expresión le ha dejado también una herida *roja y fresca*?

Estéril, pedantesco y digno de lástima, es el clasicismo que aquí ostentan otros, no el *Correo*, que jamás se ha dicho clásico. *Pedantería miserable*, es la del *Panorama*, que se ha puesto a reír del sistema practicado por [p. 128] Shakespeare y formulado por los Schlegel. *Miserables críticas* son las críticas como la del *Panorama*; el *Correo* no ha hecho ninguna que nosotros sepamos.

¿Qué nos importa vuestra miserable profesión de fe literaria, articulista vano, que estáis bajo la máscara como si todo el mundo os estuviese conociendo? ¿Qué creáis más, que creáis que el artículo del *Panorama* es *bellísimo y solo se dirige a criticar a los necios*, qué nos importa, ni qué importa esto a la verdad de las cosas? ¿Quién sois, vos? ¿Qué valen vuestras creencias? ¿Vuestros abusos necios de las palabras cambiarán la naturaleza de las cosas? Para criticar a los necios, señor articulista, es muy inhábil, y muy absurdo, y muy péfido, el titular la crítica con nombres que jamás han convenido a los necios, sino a los

grandes hombres a quienes siempre han convenido y se ha dado. ¿Qué diríamos nosotros, si, para hablar de los ladrones y de los borrachos que hay en América, un extranjero titulase su artículo: *De la América y de los Americanos*? Antes que él dijera que no hablaba más que de los borrachos y ladrones ya no tendría una costilla sana, ¿no es verdad? Convénzase, señor corresponsal, que esa excepción es muy pueril y muy sonsa, y que nadie le quita al articulista del *Panorama* la malicia clásica con que ha usado de los nombres *romántico y romanticismo*.

El resto de la parte de comunicación publicada el viernes, no merece contestarse: es una pobre chicana de palabras, de nombres, de ideas mal entendidas, de burlas que dan piedad. El autor se muestra ignorante enteramente de lo que tiene entre manos; adultera nuestras palabras; convierte en caja de imprenta nuestro artículo, y tomándonos de aquí una palabra, de allá otra, compone una frase arreglada a su plan de ataque, y nos dice: esto han dicho Vds. Así se discute en las escuelas de gramática, no en la prensa pública: solo los niños están dispensados del pudor y de la probidad en la conducta de su lógica. Hablamos de la literatura y de la crítica en Francia, y se cree que hablamos de la crítica universal; hablamos de los antecedentes literarios de la Francia del siglo 19; y se contesta: “¡Qué! ¿la España no tiene antecedentes literarios? ¿Y Quevedo? ¿Y Mateo Aleman y Luis Véles, &?”. La España tuvo un Quevedo, un Cervantes, un Jovellanos, luego necesita un Planche en el día, aunque no haya tenido en el intermedio un Víctor Hugo, un Chateaubriand, un Dumas, un Lamartine. Señor articulista: todos los países tienen antecedentes literarios, y la España tal vez más ricos que ningún pueblo de su edad; pero no todos los antecedentes sirven igualmente a todos los postulados. Es preciso establecer antecedentes continuamente; antecedentes en cada siglo, en cada época, antecedentes nuevos sobre los viejos, a fin de sacar resultados continuamente, y mantener viva y enérgica esa cadena de creaciones continuas que se llama el progreso.

(Continuará sin duda)

El romanticismo no decae

El teatro francés ha vuelto a tomar a *Hernani*, y esta repetición ha tenido todo el atractivo de una primera representación; las hostilidades de la escuela clásica se han extinguido, salvo algunas críticas indigestas que desperdician su mala prosa en servicio de los viejos resabios de pandilla y que no pueden perdonar a Víctor Hugo el ser un gran poeta. ¡Coraje Zoilos encanecidos! Dad libre curso a vuestra mordacidad biliosa, vuestras saetas penosamente aguzadas no alcanzarán al autor de *Hernani*, semejantes a los golpes de los soldados de Pergamo, que se detenían impotentes en la coraza impenetrable de Aquiles. Podéis [col. 2] también abandonaros a vuestras tendencias de profetas y predecir la ruina de la escuela romántica. Tendréis la suerte de Casandra, no se os creará. En efecto, ahora que las pasiones están amortiguadas, que las prevenciones no ciegan ya a los adversarios del poeta, *Hernani* ha podido ser juzgado imparcialmente; los partidarios entusiastas de Víctor Hugo, reconocen que hay también en esta obra algunos defectos pequeños; pero de ¡cuántos versos bellos no están recompensados! ¡Si los resortes dramáticos no están perfectamente combinados, qué de bellas escenas y de rica poesía no encierra en cambio! Así esta función ha acercado a las sectas literarias; comienza a comprenderse mejor, y bien pronto, es nuestra esperanza, las mezquinas disidencias de partido dejarán de existir, y el porvenir teatral se volverá apacible y prospero”.

(Psyché)

Nosotros los americanos del Sud, que parecemos destinados a contemplar, en el seno de nuestras sociedades, la reproducción de todos los movimientos literarios de la Francia, hemos visto también aparecer y desenvolverse, en nuestro suelo, el movimiento romántico; y hoy creemos también tocar en la nueva situación literaria de la Francia, respecto a los partidos literarios. ¡Quiera Dios que, como nuestras disidencias políticas, desaparezcan también nuestras pobres reyertas literarias a la luz de un día de prosperidad y de calma para todas las opiniones y todos los intereses!

Clasicismo y romanticismo

En este siglo se ha comenzado una revolución que ha cambiado la faz y las leyes de la literatura moderna. Cualesquiera que fueren las simpatías que nos ligan a unos más que a otros de los sistemas contudentes, la revolución mencionada es ya un hecho consagrado y que aunque sea mal mirado por algunos que no la comprenden todavía, a nadie le es dado destruir ni negar porque está estampado ya en las páginas indelebles donde está escrita la historia del pensamiento moderno.

Esta revolución ha subordinado la forma de la literatura a la crítica del fondo; las inspiraciones espontáneas del ingenio a la reflexión científica; la belleza a la alta armonía de la razón, y así es como la inteligencia de nuestro siglo ha creído necesario levantar su antejo sobre las copas del cedro literario, para determi-[p. 123] nar el pensamiento elevado, filosófico, socialista, que cual una nube cargada de benéfica lluvia lo fertiliza derramando sobre él profundas y delicadas inspiraciones.

Esta pretensión del pensamiento moderno de hacer entrar a la poesía y el arte al servicio de una mejora moral de los pueblos es el resultado de anteriores innovaciones. La literatura que hoy producen los pueblos adelantados del siglo, debe clasificarse como una literatura que a la vez se inspira del arte y de la sociedad.

Removido el fondo de la literatura y bien examinados los principios de su existencia, se ha llegado a ver que las producciones literarias no son arranques caprichosos del ingenio individual; ni tampoco partos aislados de la imaginación, sino que ellas construyen una faz lógica y necesaria del perpetuo desarrollo del pensamiento; y que se encadenan por la época en que se producen con la marcha de la razón humanitaria.

Efectivamente, no siendo otra cosa las obras literarias que la expansión que los hombres eminentes hacen de sus ideas; y no pudiendo suceder, que en una cabeza eminente estén separadas las ideas del espectáculo que ofrece la situación de la sociedad, ni las impresiones personales sin puntos de contacto con los dogmas dominantes en la época en que se escribe; no pudiéndose tampoco, que el hombre que piense deje de estallarse con los intereses positivos de la vida y de [p. 124] sentirse en armonía o en choque con la sociedad que es la que formula y organiza esos intereses, resulta que una obra literaria envuelve en su fondo, con más o menos claridad, todos estos elementos y que por ellos está ligada con la sociedad, con la época, con la educación del escritor, con su libertad, con su familia, con su carácter; en una palabra, que todo escrito digno de memoria es el espejo que a la vez refleja las formas de un individuo, de un país y de un siglo. He aquí la balsa de la armonía que necesariamente existe siempre en las formas y las tendencias de toda obra literaria, y la época de su producción.

Sacamos de estas consideraciones y sentamos como principio que la literatura expresa las impresiones personales con la misma perfección que expresa las situaciones sociales; y que aun en la carencia de literatura encuentra el crítico filósofo un dato de verdad que resulta de la situación pública.

Apenas cincuenta años hace hoy que nadie entre nosotros comprendía que el teatro es un poderoso medio de moralizar a los pueblos y de propagar ideas de orden; que no sólo es una diversión para el ánimo sino un elemento de vida para la sociedad. Nuestra situación era tal a este respecto que con dificultad se hubiera encontrado un padre de familia capaz de no escandalizarse al ir hablar de la moral del teatro, ni un solo joven que no se creyera en el deber de ocultar su asistencia a esta clase de espectáculos como un delito, como una rebelión a la autoridad paterna y a las antiguas y sancionadas tradiciones de la moral doméstica.

¿Cuál era el fundamento de esta creencia? ¿Cuál era la razón en que se afirmaba esta situación literaria de nuestra sociedad? Creemos que sería difícil responder a estas cuestiones sino se tienen presentes las condiciones políticas de donde ellas arrancaban; pero si estas se determinan con precisión no se podrá menos que comprender que esa carencia total de instintos literarios era hija de una situación normal: era un resultado lógico de los antecedentes que constituían nuestras [p. 125] convicciones, nuestros modos de vivir y nuestro modo de ser social y público.

Cuando el único interés de un gobierno es conservar el conjunto de resultados sociales que constituyen su cimiento, y que le conservan el poder, sobre un estado dado y conocido; toda novedad introducida en las ideas, las costumbres o los intereses es un elemento de disolución. Cuando hay que conservar una situación moral, el primer empeño debe ser arraigar hábitos e ideas análogas a las entidades existentes. Por esto es que todo aquello que es nuevo y que por serlo sale del círculo trazado de los intereses, sino que al contrario propende a salir de ellos y los ataca sutilmente. Una novedad ensancha el campo del pensamiento, demostrando la estrechez de la circunferencia prescripta demuestra la falsedad también de los dogmas que lo estrechan. Una novedad provoca dudas, reflexiones, desengaños, que todos a la vez son síntomas mortales para la dominación pacífica del antiguo régimen. He aquí el germen de revolución que siempre llevan las novedades literarias.

Si reflexionamos de un modo general sobre la situación actual de teatro, sobre la atención que hoy merece de nuestros pueblos, sobre el carácter de los enemigos que conserva, enemigos que aunque ocultos en la sombra no cesan de acecharlo; si reflexionamos sobre el rol que tienen en la civilización estos hombres, o más bien diremos, estas clases, y el que hacen los amigos del teatro; si reflexionamos sobre la fuerza de opinión y desarrollo que ha necesitado conquistar esta forma del pensamiento humano para llegar a ser entre nosotros lo que es hoy a pesar de sus enemigos; concebiremos cuantas revoluciones, cuantos sucesos, cuantos sacudimientos ha sido necesario experimentar por obtener el resultado que disfrutamos de un modo bien mediano todavía.

No obstante su imperfección, el teatro hoy es uno de [p. 126] los baluartes que se ha alzado la civilización del siglo; es uno de los medios con la libertad moderna ha probado el poder de las ideas. Nos explicaremos: el teatro ha contribuido de un modo muy eficaz a darnos los resultados sociales de que vivimos, y no se le puede estudiar sin conocer que trabaja con acierto y con seguridad en la tarea de desenvolver y completar esos resultados. El ha respondido perfectamente a las necesidades de la sociedad y no ha sido la energía y la inteligencia lo que le ha faltado cuando se ha necesitado hacer un servicio de libertad.

Aun entre nosotros que no tenemos teatro pero que si tenemos necesidades que exigen en cierto modo la aclimatación del teatro europeo. Es palpable la analogía que siempre ha habido entre nuestros gustos y tendencias y las necesidades de la sociedad que satisfacía el teatro.

Bien poco hace que no asistiámos a la representación de una sola pieza notable que no fuera el resuello de una pasión o de una esperanza política, comprimida por la tiranía, donde los tiros del escepticismo demoledor que dominaba a fines del siglo pasado y a principios del nuestro, estuvieran menudeados con exceso contra el poder y sus columnas. Solo se atendía con entusiasmo las insurrecciones del patriotismo. Un solo individuo llenaba la escena. Este individuo se nos presentaba adornado con todas las grandes cualidades que constituyen en un hombre notable. Ya en el vicio ya en la virtud, se hacía sobresalir como un modelo. Nacía esta tendencia de que la sociedad necesitaba virtudes y pasiones fuertes, jefes que encabezarán la rebelión que trovaba ya sobre los poderes constituidos; de que se necesitaba individuos fuertes y no vínculos; porque la revolución preparada era para destruir y no para organizar. Esta es la tendencia que con más o menos éxito y con más o menos calidad, ha representado el teatro clásico desde Corneille hasta Chenier y Lamercier. En Corneille y Racine y los demás autores del [p. 127] siglo diez y siete esta tendencia se manifiesta en germen todavía y envuelta en el velo de la pasión y del honor: mas en Voltaire, Alfieri y sus secuaces es una tendencia que se convierte en una marcha franca y determinada, y que si de vez en cuando se apoya sobre el honor y la pasión, las más veces no pide sus inspiraciones a otra fuente que al interés y a la filosofía árida y malqueriente que inspiraba el instinto revolucionario contra la organización social.

Llegado al fin el día en que se realizó el sacudimiento social que desde tanto tiempo atrás se estaba preparando, el individualismo produjo al lado de grandes resultados, horrores y desgracias lamentables: atosigada la sociedad, repleta de sus consecuencias manifestó su fastidio y sus desengaños; y la literatura, que se había impregnado de él, quedó en languidez y siguiendo por algún tiempo una tendencia vieja, imitada de sus antecedentes, pero que no le servía para expresar las nuevas necesidades y la nueva situación de la sociedad.

Se habrá reparado que en el curso de este opúsculo solo hemos tenido fija nuestra vista en la macha del teatro francés. Sobre esto tenemos que explicarnos. Como nuestra intención por ahora no es más que determinar la situación y las tendencias del teatro actual, no pensamos que sea necesario remontarse hasta los tiempos en que la inteligencia española campeaba sobre la escena con originalidad y brillantez. Aquellos tiempos han tenido es verdad influencia y eco en nuestros días, así es que más adelante nos vendrá bien el hablar de ellos. Mas, por ahora hemos puesto nuestro punto de arranque en los momentos en que la literatura crítica de la Francia redujo a su ley y a su círculo la acción del pensamiento español. Nos hemos limitado así a nuestros antecedentes por dos razones; y es muy cierto que poca ha sido la influencia que han tenido Lope de Vega, Moreto y Calderón sobre el pensamiento americano: la segunda razón es la primera; pero mirada bajo [p. 128] otro aspecto. Nuestros conocimientos literarios no alcanzan, sino hasta donde alcanzan las necesidades e influencias literarias de la sociedad en que vivimos. Cortos son los unos, porque estrechas y mezquinas son las otras. Ni conocemos ni estamos en estado de conocer la influencia del teatro inglés o alemán sobre el nuestro; porque para esto sería

preciso entrar en el fondo del pensamiento europeo; cuyo trabajo está reservado únicamente a los grandes escritores de la Europa; a esos hombres educados al pie del árbol de la civilización y que recogen sus frutos frescos y sazonados, y no a nosotros que de vez en cuando recogemos alguno seco y mal parado. Aun en la tarea de determinar la influencia del teatro francés sobre nosotros ya se puede adivinar lo incompletos que seremos pues que estamos tan separados de su movimiento y tan rezagados en su marcha. Sin embargo algo podemos decir de provechoso.

Poca es la influencia que el teatro inglés y alemán han tenido sobre el teatro español. El idioma, el carácter nacional, las costumbres, las creencias y hasta el clima alzaban obstáculos que sólo era dado vencer al progreso de los tiempos, por medio de la amalgamación humanitaria que produce a la larga civilización, mas, respecto del teatro francés hay que decir cosa muy distinta; los dos idiomas y las dos literaturas se han alimentado recíprocamente y se han servido en su desarrollo: unas veces la una, otras veces la otra, se han apoyado y por esto es que al tratar de averiguar la situación presente nos creemos forzados a partir de su verdadero punto de arranque que es el clasicismo francés.

Cuando la Francia salía de la situación revolucionaria en que la hemos considerado, comenzaban en España a germinar las semillas de revolución. Esta revolución, salvas las diferencias de talle, arrancaba del mismo origen y tendía al mismo objeto que la revolución francesa. Había analogía en las cosas y en las per- [p. 129] -sonas; no solamente eran las mismas jerarquías, sino también los mismos principios, las mismas clases y la misma familia, lo que se trataba de destruir. Puesta la España en tal situación, su vista cayó necesariamente sobre su modelo. Imitó porque necesitaba imitar y porque imitando respondía a sus exigencias. Tal es el papel que representaron con sus obras los Moratines, Cienfuegos, Quintana y tantos otros españoles que con el talento mediano y de pura imitación supieron arrebatarse los aplausos de sus contemporáneos. No tanto campearon sobre la escena española los autores cuanto los traductores del teatro francés; circunstancia que, como antes hemos dicho, dependía de que la España sentía la necesidad de verificar una revolución general como aquella que había realizado la Francia en el siglo XVIII. He aquí la razón del clasicismo español.

Después que la Francia hubo pasado por todos los extremos y desengaños por donde pasa un pueblo en revolución sintió la necesidad de contenerse salvándose por medio de una reacción del precipicio a que la arrastraba el desliz revolucionario. La España por el contrario se arrojaba en ese mismo tiempo ciega y con avidez al proceloso mar de las revoluciones: pedía a gritos la regeneración sin anhelar otra cosa que la destrucción del sistema ominoso que la había oscurecido y consumido hasta entonces.

Volvamos ahora nuestros ojos a lo que sucedía en América. Poco más o menos en los mismos instantes experimentábamos nosotros un sacudimiento que a la vez que abría nuestros puertos al comercio europeo, abría nuestras inteligencias a las ideas, e introducía en nuestra sociedad la civilización moderna. Este sacudimiento era también una revolución; y lo que es más todavía, era una revolución llena de analogías con las anteriores de que hemos hablado. Poco más o menos se trababa de los mismos principios y se ventilaban las mismas cuestiones.

[p. 130] El teatro apareció entre nosotros junto con la revolución. El teatro nos sirvió para celebrar nuestras victorias; para entusiasmar nuestros pueblos. El teatro en fin,

fue el lugar en que se reunían nuestros padres, buscando energía y patriotismo, y aquel acaloramiento recíproco que resulta del aplauso de sensaciones comunes.

Preparadas estaban las producciones del teatro francés traducidas o imitadas por el teatro español. ¡Cosa singular! Los trabajos del pensamiento español, nos cuadraban perfectamente para destruir el gobierno con que la España subyugaba a la América. He aquí la razón de lo que podemos, tal vez, llamar clasicismo americano.

Mas entonces hacía tiempo ya que la Francia se había desembarazado de su primera situación revolucionaria: los desengaños le habían mostrado el abismo y le habían impelido hacia atrás. Estaba en reacción; porque así lo exigía su situación moral.

La literatura francesa movida de un modo progresivo por el espíritu reaccionario empezó a manifestarse enemiga de las exageraciones revolucionarias: este espíritu, por un movimiento natural la hacía sesgar hacia el estudio de aquellos tiempos en que habían dominado las ideas, los hábitos y las creencias atacadas por la revolución. Se dedicó con ardor a rehabilitar esos tiempos en la mente de los pueblos, a conquistarles amor, elevándolos a la belleza. Y de aquí nació el estudio de la Edad Media.

El estudio de la Edad Media es lo que caracteriza al movimiento reaccionario de la literatura moderna. No tardó mucho tiempo sin que este movimiento de reacción provocase el genio de alguna pluma brillante. El autor del precioso libro *Genio del Cristianismo* fue el primero que plantó en la literatura el estandarte de la reacción moral y progresiva que había tranquilizado en sus espantosos movimientos a la sociedad. Este libro fue un reflejo de cuanto habían tenido de bello y de grande los dogmas y siglos anteriores: su espíritu [p. 131] lejos de ser retrógrado era un espíritu de alianza ente el pasado y el presente, entre el presente y el porvenir. Su tendencia más directa era la de ligar las tradiciones de la sociedad; y aunque a este respecto M. de Chateaubriand se ha mostrado más tradicional que progresista, su libro será siempre mirado como el primer paso de nuestro siglo en el sendero nuevo y original que lo hace distinto del siglo pasado.

La juventud francesa arrancada del lecho helado del clasicismo por el estilo sublime y las bellas teorías de este genio contemporáneo, se sintió arrebatada a un mundo nuevo y templada en distinta fragua de aquella que había servido a templar la energía de sus padres. Jóvenes y brillantes plumas entraron con ardor a remover los nuevos principios y las nuevas cuestiones, siendo así como llegó a popularizarse esta tendencia de reacción que vulgarmente ha tomado el nombre de *romanticismo*.

Esta tendencia literaria estaba también apoyada en los trabajos de otros dos genios. Walter Scott y Byron escribían bajo el influjo de iguales pensamientos. Admirador el uno de la vieja aristocracia inglesa, idealista el otro, concurrían ambos a desprender de la sociedad el seco espíritu del escepticismo y a popularizar conocimientos y convicciones sublimes espiritualistas que servían perfectamente de apoyo al movimiento romántico.

El estudio de la Edad Media fue el requisito esencial de la ciencia nueva. La filosofía se apoyó en él, así como en el siglo anterior lo había atacado con ardor: la literatura puso en él la fuente de sus inspiraciones; la historia dedicó a resucitar aquella época, tomándola como punto de partida para sus conclusiones y reivindicando los dogmas sociales que entonces dominaban, como elementos verdaderos y necesarios de la civilización moderna.

Dada una tendencia a una época o una sociedad, es imposible pretender que la fragilidad humana no se [p. 132] mezcle con ella; y que al lado de su parte verdadera y

racional, no se críe otra parte ficticia y exagerada. El movimiento romántico, pues, tan racional en su principio pasó a hacerse exclusivo. Pero antes de hablar de sus defectos, tenemos que hablar de sus servicios. Lo que mejor caracteriza el romanticismo es esa pura y amable adhesión que ha mostrado por el catolicismo y la feudalidad, en el fondo; y en su forma, la imitación de las formas dantescas. La imitación de Dante era una cosa natural; porque el Dante era la feudalidad y el catolicismo. La literatura romántica adoptó con franqueza el uso de lo grotesco como elemento del arte. No solo el Dante sino todos los escritores célebres de la Edad Media habían escrito y pensado del mismo modo; habían representado su época, sino con el mismo genio que el primero, al menos bajo la acción de idénticas influencias. Estos escritores tan despreciados y oscurecidos por los siglos de Bossuet y de Voltaire, que aunque profundamente distintos entre sí marchaban a preparar una misma época, eran estudiados bajo la influencia romántica con el mismo ardor con que antes habían sido despreciados.

Poco más o menos había sucedido lo mismo en España. Los discípulos de Aranda habían destronado a los discípulos de Calderón. Una literatura ligera e insignificante había sustituido a la literatura fuerte y original de la nación. Más adelante y veremos cómo es que el movimiento romántico de la literatura francesa ha servido para que la España vuelva sus ojos hacia el pasado histórico y ligue sus tradiciones con el estado actual del desarrollo que le ha dado inteligencia francesa.

Sigamos ahora el movimiento del romanticismo en Francia que es donde está para nosotros su cuna moderna.

Dante, Shakespeare, Calderón, Klopstock y otros muchos poetas italianos, ingleses, españoles y alemanes corrieron de mano en mano como la moneda del tiempo- [p. 133] -po. Con ellos se encontraba naturalmente a sus anchas el romanticismo moderno porque era expresión palpitante de la época de que él tomaba sus inspiraciones.

Esta literatura se ha llamado romántica y a nuestro modo de ver este título le convenía perfectamente. Ella no solo resucitaba en el fondo, sino también en la expresión la vida de aquellos tiempos que siguieron a la disolución del imperio romano; tiempos de un inmenso y profundo significado para nosotros; de los que creemos dar una idea exacta diciendo que eran un vasto laberinto cruzado por tres grandes caminos: el Catolicismo, la Feudalidad y la Universidad. A estos tiempos, pues, corresponde una literatura original en el fondo y en el idioma. La creación y desarrollo de las lenguas llamadas romances, los sentimientos ideales de la religión católica, y los principios y hechos caballerescos de la feudalidad, constituyen las tres fuentes fecundas de la literatura romántica.

Ya sea que esta calificación de romántica quiera decir, literatura de los idiomas romances; ya signifique literatura caballeresca y feudal, ideal y grotesca, expresión de virtudes y de hechos atrevidos y caprichosos y desordenados, como son los que constituyen la historia real de aquellos tiempos; ya sea en fin, que romanticismo quiera decir ese espíritu vago, sublime y místico que inspira la religión católica; la verdad es que la voz romántica expresa una cosa real y positiva, un hecho existente en la historia de la humanidad, un hecho pasado; pero que es un antecedente indestructible de la época presente; la Edad Media.

He aquí los tres hechos sociales y literarios que el movimiento reaccionario de la literatura moderna ha expresado con la intención de anudar la cadena de tradiciones que

había roto la revolución francesa. El romanticismo moderno ha intentado expresar solidariamente estos tres hechos; porque el idioma, la organización social y la religión, son tan dependientes entre sí, que no se puede ni se debe nunca separarlos.

[p. 134] Como hemos dicho ya, esta tendencia reaccionaria de la literatura romántica moderna no era una tendencia retrógrada, sino lo contrario, progresiva. Los excesos revolucionarios habían mostrado que el bienestar, la belleza, el orden no podían resultar de las teorías absolutas y destructivas con que se había alimentado la furia revolucionaria. Nada más natural entonces, que volver la vista hacia atrás, para apoyarse en los hechos y tradiciones anteriores a las novedades que habían producido el error y las desgracias. El pueblo estaba en reacción; no quería ya ni las doctrinas, ni el estilo del siglo décimo octavo. Era, pues, necesario ir hacia atrás, para ligar las tradiciones perdidas y buscar en el estudio de lo pasado una situación, una literatura, una base política en fin, que determinara mejor la naturaleza racional del bienestar, de la belleza y del orden. La sociedad en masa volvió sobre sus pasos; echó la vista sobre lo que había perdido, con la esperanza de encontrar alivio a sus males. Arrepentimiento que siempre sigue al error; cuando el hombre se engaña, quiere siempre volver a la situación en la que estaba, antes de haberse equivocado.

Llegóse así a comprender, que para conocer nuestro tiempo, era necesario estudiarlo en sus elementos, y hacer arrancar su historia de sus antecedentes sociales y no de los caprichos individuales. He aquí el importante servicio que el romanticismo ha hecho a la época actual. El movimiento reaccionario que le sirve de base, ha llevado a los literatos hacia el estudio de las fuentes primitivas; y no solamente se han estudiado las tradiciones sociales, sino también las tradiciones filológicas. Los idiomas se han ganado en fijeza y naturalidad, y sobre las lecciones áridas de una gramática estéril y deslucida, se ha levantado el estudio de la literatura primitiva de cada idioma, y de la marcha progresiva e indefinida que lo va acaudalando y civilizando, a medida que se desenvuelve la inteligencia y las necesidades del pueblo que habla ese idioma. Esta es la razón por que el romanticismo ha destruido el fatuo despotismo de las reglas gramaticales y retóricas. Estas reglas aspiraban a la infalibilidad y a la fijeza inmovible, por consiguiente negaban la naturaleza perfectible de las lenguas y de la literatura; lo cual era lo mismo que negar la naturaleza perfectible de la inteligencia humana.

Por esto es que la primera valla que el romanticismo tuvo que romper, fue la que le oponían los gramáticos y los retóricos con sus mezquinas y estériles leyes de estética. Leyes que a la verdad son irracionales y petulantes; porque o niegan lo más precioso que tiene la naturaleza humana que es la libertad y la perfectibilidad, lo cual es irracional; o bien suponen que un idioma y una literatura tienen alcanzada ya la perfección absoluta, lo cual es petulancia y ceguera. La humanidad empero no hace caso de sus ridículos furores, y en cada desarrollo, los separa más de su columna.

No somos tampoco tan anárquicos, que pretendamos una insurrección brutal contra la gramática y la retórica. Todos los idiomas están sujetos a su influencia; es verdad, mas esta influencia está muy lejos de ser el *ultima ratio rerum*.

Cuando un idioma ha producido bellezas artísticas y se ha desenvuelto, a merced de la labor intelectual con que lo pule el desarrollo inteligente del pueblo que lo habla, es cuando se le reconoce ciertas reglas fijas, que le determinan su naturaleza especial.

Entonces viene a llenar su misión la legislación; organiza los hechos pre-existenciales, no como perfecciones que ya no se pueden variar, sino como gérmenes o datos de progreso; es decir, como cimientos del edificio intelectual y artístico, cuya construcción progresiva pertenece a los trabajos constantes de la humanidad y a su movimiento continuo; así es que la gramática y la retórica son datos más bien que leyes. En todo idioma, hay una parte accidental y otra estable, la primera pertenece a los progresos del pensamiento humano-[p. 136] no; la segunda a la naturaleza, y se revela más y más a medida que se alcanza esos progresos. La gramática ha querido hacer entender que es a ella y no al progreso a quien pertenece el poder de revelar y mejorar la naturaleza de un idioma. ¡Mentira!

El romanticismo no solo abrió una ancha y nueva carrera al arte, sino a la expresión. Verdad que demostraríamos fácilmente comparando dos grandes escritores, del siglo décimo octavo el uno y del siglo diez y nueve el otro. Voltaire y Víctor Hugo, o si se quiere Jovellanos y Donoso Cortés. Todos ellos igualmente puros, ligados a unos mismos elementos naturales; hablando respectivamente el mismo idioma; pero representando en el fondo y en la expresión, épocas distintas de ese idioma y del pueblo que lo habla.

Al romanticismo se le debe también la destrucción de las áridas preocupaciones del filosofismo del siglo pasado. Y a la verdad que no queremos decir una novedad, atribuyendo a la filosofía preocupaciones y fanatismo como las que puede tener cualquiera otra opinión. Hablamos de la filosofía como ciencia humana y no bajo el aspecto de su verdad absoluta. Porque entonces es verdad inalterable, única; porque es perfectamente idéntica con la religión y la poesía. A semejante altura todos estos nombres desaparecen, sin que quede más que una sola cosa, la verdad. Mas no sucede así cuando todos estos modos del pensamiento tienen que caminar al través del tiempo y de la atmósfera social; entonces es cuando se corrompen; cuando nacen las diferencias en el nombre, en los intereses; la lucha en fin. Como el movimiento reaccionario del romanticismo es el que ha producido este modo de considerar las cosas, no trepidamos en asegurar, que a él se le debe la rehabilitación de los estudios históricos y el profundo colorido local que hoy tienen. Conocidas las dos tendencias de la literatura moderna, representadas con los nombres clasicismo y romanticismo, es [p. 137] necesario que entremos a examinar la lucha con que ellas se han disputado el campo de las ideas.

Cuando la literatura clásica del siglo dieciocho se vio acusada de no producir nada importante para el siglo diecinueve; cuando se vio sofocada por la medianía y vulgaridad de sus obras tuvo que acogerse al amparo de los grandes escritores anteriores a la revolución francesa; y propaló, que eran modelos acabados de belleza de cuya imitación no era lícito apartarse. Aun dijo más; y es que estos escritores eran discípulos fieles de la literatura antigua; órganos de la belleza artística de griegos y romanos. Véase, pues, que atacada la literatura clásica de su esterilidad presente, se arrojaba en brazos de la tradición para venir en ella a disputar la conquista de la época con la innovación romántica.

Los modos de la belleza y los modos de la vida, es decir, el arte y las costumbres varían en todos los pueblos y en todos los tiempos. Todo lo que respecta a las ideas tiene un fondo de verdad inamovible, y ese fondo es el hombre. El hombre es el mismo siempre en todas partes pero cada día que pasa, consume un desarrollo verificado sobre este fondo. La naturaleza humana, por un fenómeno, cuya ley pertenece a la Divinidad, conserva su unidad primitiva pero trabajada esta unidad por la actividad libre e inteligente del hombre,

recibe desarrollos siempre nuevos, y que si no lo varían, la completan. La sucesión de estos cambios sucesivos verificados por la libertad del hombre, es lo que constituye la historia. La historia es pues la expresión de los movimientos, sucesos, innovaciones, con que al paso que se hace palpable la parte fundamental e inamovible de la naturaleza humana, se hace resaltar su parte libre y progresiva: por esta razón es que el hombre, tomado de la sociedad que es donde resalta su poder libre y progresivo, parece en todas las épocas idéntico bajo unos aspectos, y distinto bajo otros.

[p. 138] Estas cuestiones tocan muy cerca al arte; porque si hay un elemento en la naturaleza humana en que más resalte la unidad del fondo y la perfectibilidad de la inteligencia, es en las concepciones artísticas. Veamos ahora cómo ha considerado estas cuestiones la literatura clásica.

Para no remontarnos a tiempos y pueblos, cuyas ideas y situación social empieza recién a ser conocida por la vasta erudición de nuestro siglo, empezaremos por aquellos que reconocemos hasta ahora, como hijos primogénitos de la civilización europea: dejaremos pues los pelagos y los etruscos abandonados a las profundas y sorprendentes conjeturas de Niebuhr, Gans o Michelet; sin que por esto dejemos de reconocer el mérito científico que estos hombres han alcanzado, por el atrevido paso con que han restaurado la verdad de la historia antigua.

Tomando pues a los griegos y romanos como los primeros pueblos civilizados, nada más justo que concederles la creación de verdades inalterables. Por lo mismo que ellos fueron los primeros que observaron fueron los que determinaron la basa fundamental de la humanidad, y los que primero establecieron los principios inamovibles de la naturaleza. En todos los ramos de la inteligencia y del arte, en que tuvieron que copiar formas estables y perpetuas, son superiores a las naciones modernas. La escultura es el gran principio de superioridad que tienen sobre nosotros. Así es que los vemos sobresalir en la biografía, en la historia y en la poesía descriptiva; y por último en todo aquello que la moral y la sociedad tienen de escultural.

La admiración a la precocidad de su genio llegó a tal grado en los pueblos modernos, que se creyó que todas las verdades, todos los desarrollos sucesivos del tiempo, todos los otros estados sociales de la humanidad, todas las costumbres de los pueblos venideros, todos los giros que el pensamiento tenía que recibir en [p. 139] las edades futuras, estaban ya adivinados y formulados por la literatura antigua. De la superioridad con que había ejecutado la parte escultural y pintoresca de la ciencia humana, se quiso deducir su superioridad absoluta. He aquí el germen del error. Algo más había. Cuando una sociedad empieza a desenvolverse sucede, que lo más notable que ella presenta son los hombres fuertes y grandes que la rigen. Como que entonces la masa popular es nula; porque la civilización no está difundida; los hombres y las clases notables, son las únicas que aparecen y que brillan en la historia de ese pueblo: el individualismo domina por consiguiente la sociedad. Ahora bien, la historia griega y romana venía bajo esa faz, a presentarse a las miradas del siglo décimo octavo.

Esta historia presenta a cada paso grandes ejemplos de virtudes fuertes y rebeldes a la tiranía. Grandes y magníficas estatuas de la humanidad. Esculturas morales. La historia antigua deja sentir en el fondo de la sociedad una agitación democrática pronunciada y en continua revolución contra los poderes sociales. Poco más o menos esta era la misma

situación social de la Francia: y esta situación no solo hacía necesaria, sino lógica y racional la imitación de la literatura antigua. Resultaba de esto el carácter de imitación servil, que en cuanto a las formas ha presentado siempre el clasicismo, unido a un fondo de ideas altamente revolucionarias e independientes.

La Edad Media no podía ser a los ojos del clasicismo otra cosa que una época de aberración. ¿Cómo no? En ella estaban los gérmenes de la monarquía, de la nobleza, del clero; en fin, de todo cuanto pesaba sobre la sociedad, como un yugo infame de envilecimiento y de corrupción. En Grecia y en Roma, todo lo contrario. La república, la independencia y la altivez del individuo, la libertad del ciudadano, del patricio, la filosofía reducida a un escéptico estoicismo, el culto sensiblemente reducido a la falsedad y al ridículo [p. 140] cuido por la literatura y las costumbres, constituían la verdadera vida de la sociedad. ¿Podía darse una analogía más perfecta y mejor preparada para la imitación? El clasicismo ha representado esta analogía y nada más. Todo cuando ha querido hacer extraño a ella, le ha salido falso; porque a él, lo mismo que a cualquiera otra literatura, solamente le era dado representar su época. Así es que, siendo literatura moderna, solo pudo expresar lo que era moderno, es decir, la analogía entre la sociedad antigua y la moderna. Cuando él creía resucitar la vida de los griegos y romanos levantando estatuas donde escribía el nombre de su héroe, no hacía otra cosa que presentar modelos para el ciudadano moderno, para el ciudadano que necesitaba la sociedad contemporánea. Creía retratar un Bruto, un Coriolano, un Catón, un Tiberio, un Sila: sin llegar más que a retratar un Robespierre, un Moreau, un Mirabeau, un Napoleón, un hombre moderno al fin. He aquí cómo es que el clasicismo sufría el sello de su época y la representaba en todo, menos en los nombres, en los trajes y en el lugar en que ponía sus escenas. Como literatura, era tan distinta de la literatura antigua, como distinta era la sociedad de que partía, de la sociedad antigua.

¿Quién puede desconocer que un hombre griego ha debido ser profundamente distinto de un hombre romano; ni tampoco que el hombre antiguo ha debido ser profundamente distinto del hombre moderno? ¡Pues qué! ¿Los hábitos, las pasiones, los modos de vivir, los modos de obrar, los modos de pensar, tanto siglo pasado ya, tantas revoluciones, tantos sucesos, nada han trastornado? ¿Debía ser lo mismo y tener iguales bases la República moderna que la República antigua? ¿Debían ser iguales una y otra sociedad, unas y otras virtudes, y unos otros deberes? Por supuesto que no.

Para conocerlo, bastáramos ver a la literatura clásica, a pesar de sus pretensiones de antigüedad tradicional, no hacer otra cosa que desenvolverse con nombres [p. 141] griegos y romanos aspiraciones, sucesos, caracteres contemporáneos en el fondo; sin que esto pudiera dejar de suceder porque así lo quieren las leyes orgánicas del pensamiento humano que han prescrito que la literatura no será jamás otra cosa, que la expresión de la vida social contemporánea.

Ridícula es, pues, hasta cierto punto, la pretensión del clasicismo a darse como literatura griega y romana; porque para esto no le basta hacer esfuerzos, inútiles tal vez, para copiar las formas. La forma de una literatura siempre es visible y parece fácil de copiar. Pero, ¿cómo copiar el fondo, la vida interna que palpita en él? ¿cómo expresar la vida de un pueblo envuelto en la polvareda levantada por veinticinco siglos desplomados sobre la tierra, sin haber hecho bastantes excavaciones para conocer, al menos, la estructura del cadáver?; esta era una tarea que no era dado llenar todavía al siglo XVIII; una tarea que ni

el XIX, tal vez logrará llevar a cabo. Sus nociones en historia eran algo menos que incompletas, eran falsas; y la prueba está en la simple vanidad con que desenvolvía tipos contemporáneos, creyendo tallar estatuas antiguas; y repárese que esto lo hacía el clasicismo sin comprender siquiera la anomalía. Su ceguera a este respecto era tan grande, que no había comprendido la diferencia que todos los pueblos tienen en la vida, en las costumbres, en las ideas. ¿Qué cosa más graciosa, ni más risible que ver al clasicismo, descargando fuertes hachazos sobre el cadáver del politeísmo, y volverse lleno de cansancio y de satisfacción hacia el público para preguntarle “¿qué tal ha destruido el cristianismo?”

Esta pobre confusión de ideas ¿no es una prueba inequívoca de la pobreza de los conocimientos históricos del siglo dieciocho? ¿Puede confundirse así dos religiones que forman la diferencia esencial entre dos órdenes de tiempos, entre dos órdenes de sociedades, sin confun-[p. 142] dir esos tiempos y esas sociedades, y sin atraer sobre sí la nota de ignorancia?

Los griegos y romanos, especialmente los primeros, han sido admirables para expresar todo aquello que es propiedad inmutable de la naturaleza humana. Los clásicos también han sido golpes maestros y tienen demasiado bien probado su genio, para que pretendamos rebajar la gran admiración que justamente se les debe. Pero estas cualidades no pertenecen a *la escuela*; pertenecen a la naturaleza, a la humanidad, a la verdad, que es la propiedad y el patrimonio que trabajan todas las escuelas. En cuanto al fondo de las ideas, el clasicismo es tan grande, tan real, tan cierto, como la literatura antigua, como la literatura romántica, y como la literatura progresista que ha destronado a esta última: lo que nosotros investigamos aquí no es esto, pues; sino, si el sello de la literatura clásica, es decir, si su tendencia y sus formas son la expresión perpetua y necesaria de todos los tiempos, de todas las sociedades. Lo cual dicho en otras palabras; es lo mismo que averiguar, si todos los tiempos y todas las sociedades son iguales; si viven de las mismas impresiones; con las mismas necesidades y con los mismos intereses: en una palabra, si la humanidad no cambia, no camina, no destruye, no inventa.

Cuando los clásicos sistemaron [*sic*] sus doctrinas, expresaron su tiempo; mas la analogía que había entre este tiempo y los tiempos antiguos, les hizo creer que las leyes literarias a que ellos se sujetaban, habían sido y serían siempre las leyes perpetuas del arte: ahora entraremos a examinar la racionalidad de esta pretensión: apoyados en esta columna, que ellos tenían de bronce, lanzaron un decreto de expatriación contra todo desvío de la senda trazada.

Ciegos en cuanto a las dificultades sociales que originan las diferencias literarias, no supieron ver con toda claridad necesaria que un Homero, un Sófocles, un Eurípides, ya un gran crítico, el mismo Aris-[p. 143] tóteles, pensaban urgidos por otras necesidades, otras ideas, por otras sociedades, y sobre todo, en tiempos profundamente distintos, aunque para serlo no tuvieran más razón, que la inmensa distancia que los separaba.

Claro es, pues, que el clasicismo es meritorio tan luego por el lado en que él no pretendía serlo: esto es, por cuanto expresaba las ideas, las necesidades y las sociedades contemporáneas, y no lo que solo era antiguo y local. No hay un solo trabajo de la literatura clásica que no respire la atmósfera moderna, y que no viva de intereses y de impresiones puramente contemporáneas. Vamos a presentar la prueba de esto, tomando un libro cualquiera; no cualquiera, queremos tomar aquellos libros del siglo dieciocho, que por su

objeto especial debían haber estado más apartados de sufrir la influencia de las ideas exclusivas que dominaban en el tiempo en que se escribieron. Abramos, pues, los viajes de Anacarsis. ¿Qué encontramos? El siglo dieciocho vestido a la griega. ¿Qué hay en el Telémaco? Y por último, ¿Qué hay en cuanto libro se ha escrito entonces, sobre la antigüedad? Intenciones, deseos, principios, hombres, pueblos, todo moderno. Si se exceptúa los nombres, resulta que todo es tan distinto a la antigüedad como los autores que escribían en París en el siglo décimo octavo lo eran de los que escribían en Atenas siglos antes de nuestra era.

Estas diferencias reales que existen en el fondo de la literatura clásica y de la literatura antigua, prueban de un modo evidente que no merece atención la pretensión del clasicismo a darse como literatura antigua; y que aún cuando así fuese, esto sería una razón de desmérito más bien que de valor.

Examinemos ahora lo que hacía el clasicismo en el manejo de las formas.

(Continuará en el número siguiente)

Vicente F. López

Prospecto

Al trazar el prospecto del periódico que se ofrece al público bajo este título, no intentaremos hacer una vana ostentación de los objetos que en él proponemos, sino más bien una indicación sencilla de los deseos que nos animan al publicarlo. Conocemos nuestras débiles fuerzas: sabemos el grave compromiso que contrae un periodista. Pero en un país que empieza su existencia política, creemos que deben admitirse favorablemente aun los más imperfectos ensayos, siempre que propendan al bien general; ni es de otro modo como han principiado esas grandes naciones, cuya sabiduría y prosperidad nos llenan hoy de admiración. Por débiles y vacilantes que sean sus primeros pasos, felices aquellos que le excitan a darlos. Poco a poco los irá afirmando con el ejercicio, y si no desfallece su constancia al cabo de algunos años se asombrará de sus propios progresos. Esta persuasión es la que nos pone la pluma en la mano, y nos da la osadía que jamás habríamos tenido, si solo hubiésemos consultado nuestra debilidad.

Ante todas cosas debemos hacer una solemne protesta de que nuestro periódico no entra en el número de aquellos que se destinan a una oposición constante, y en algunos casos injusta, contra el Gobierno establecido. Puede que alguna vez emitamos opiniones sobre tal cual medida del nuestro. Pero ni las alabanzas que le demos podrán tacharse de adulaciones, ni las críticas que hagamos llevarán otro sello que el de la imparcialidad. La averiguación de la verdad y el bien sagrado de la patria serán la sola antorcha que nos guíe; y, exento de toda acrimonia, nuestro lenguaje será dictado por la moderación misma.

Mas, prescindiendo de esta inagotable fuente de la prensa periódica, ¿no hay otros mil objetos de la más alta importancia en que ella puede ocuparse con fruto? Admirables son ciertamente los progresos que Chile ha hecho en casi todos los ramos de la administración en los pocos años de tranquilidad que ha disfrutado; pero ¿podremos decir que se ha andado siquiera la mitad del camino? Mu-[col. 2] chas reformas han dejado de ponerse en planta por falta de medios, muchas por la escasez del tiempo, infinitas quizás porque no ha habido quién las indique. Ahora que todo corazón patriota ve con indecible regocijo el espíritu filantrópico que anima a nuestros más respetables conciudadanos, y el anhelo de saber y de la gloria, que fermenta en el seno de nuestra brillante y entusiasta juventud, ahora es el tiempo de que pongamos nosotros el hombro para ayudar ese espontáneo movimiento, y sostener ese entusiasmo generoso que tantos bienes nos promete para lo sucesivo.

Sin hacer una reseña especial de las diversas materias a que se consagrarán ocasionalmente nuestros discursos nos ceñiremos a indicar que será objeto de ello todo aquello que a nuestro entender, interese al bien público, y sea susceptible de mejora. Si no logramos que se adopten nuestras opiniones, tendremos siquiera la gloria de haber promovido la discusión. Todos los redactores somos chilenos, y, lo repetiremos, no nos mueven otros alicientes, que el crédito y la prosperidad de la patria.

Pero no creíamos llenar nuestro propósito, si en esta publicación no diéramos una parte no pequeña a la literatura. Chile, apenas salido de las tinieblas en que permaneció por espacio de tres siglos, Chile que al comenzar su vida política, debió contraer sus desvelos a aquellas exigencias de más vital importancia para las naciones principiantes, no ha podido dispensar hasta ahora a las bellas artes de toda la atención que merecen. Pero cuando a beneficio de algunos años de paz y de independencia, ha logrado entrar tan prósperamente en la carrera de la civilización, cuando ya las ciencias han comenzado a extender su bienhechor influjo sobre su suelo, en fin, cuando un vasto comercio le pone en contacto con todas las naciones del universo, mengua sería que Chile no hiciese también algunos esfuerzos para formarse una literatura. En vano intentaríamos pulir nuestras costumbres, sin el cultivo de las bellas artes: en vano pretenderíamos sin él difundir y hacer progresar el estudio de las ciencias. Preséntense desnudos y en esqueleto los preceptos que estas dan, y serán pocos los que se arredren al contemplar su aridez, pero que venga el buen gusto a darles una forma, un orden, y una vida, que la elocuencia revista esos preceptos de todas las galas del buen decir, y se verá al punto que desapareciendo el desagrado que antes inspiraban, ellas se hacen populares.

Estando, pues, tan persuadidos de la impor-[p. 2, col. 1] tancia de este estudio, y creyendo que la creciente afición al teatro que se nota entre nosotros, nos ofrece el medio más favorable para fomentarlo, presentaremos a menudo análisis de las piezas notables que se pongan en nuestra escena. Para estas críticas seguiremos solo los preceptos de la sana razón, sin adoptar ciegamente los principios de ninguna de las dos escuelas en que está dividida al presente la república literaria.

Como la poesía ocupa un lugar tan distinguido en la literatura, justo será que le demos también cabida en nuestras páginas. En ellas se verán algunas composiciones que versarán generalmente sobre asuntos nacionales. Por imperfectas que sean, por escaso de mérito que encuentren estos ensayos, no se les podrá negar al menos el fin con que van a publicarse. Este no es otro que el de alentar a la juventud chilena, a ejercitarse en esa arte encantadora, que ha arrebatado la admiración de todos los siglos y que eleva y perfecciona nuestra naturaleza, causando al alma las más dulces emociones, e inspirándole los más generosos sentimientos. Este es también el caso de que anunciemos a nuestros compatriotas que las columnas del *Semanario de Santiago* estarán abiertas a las composiciones, tanto poéticas como de cualquier otro género, con que se dignen favorecerlos siempre que no contengan personalidades, y se observe en ellas aquel decoro y respeto al público que deben guardar todas las que se presentan a su vista.

De cuando en cuando daremos algún artículo de costumbres. Conociendo bien los inconvenientes de esta especie de escritos, protestamos desde ahora que nuestra atención no se dirigirá absolutamente a zaherir a persona alguna en particular. Y si al indicar algunos abusos dignos de reforma, hubiésemos de sufrir la más leve sospecha de abrigar miras innobles, preferiríamos dejar para siempre la pluma en la mano.

Por conclusión diremos que, proponiéndonos hacer la lectura del *Semanario* lo más instructiva y divertida que esté a nuestros alcances, nos preparamos a dar noticia y algunos análisis de las obras interesantes que así sobre materias literarias como científicas, se publiquen recientemente, en español o en otros idiomas, luego que podamos proporcionárnoslas.

Tal es el proceso del periódico que ofrecemos. El será una verdadera miscelánea, destinada a unir, en cuanto sea posible, lo útil y lo agradable, y a suministrar a toda clase de personas un entretenimiento adecuado a sus inclinaciones. ¡Felices nosotros si conseguimos que él halle una benévola acogida!

.....

El prospecto de este periódico, sin vanidad sea dicho, ha sido acogido con entusiasmo por la juventud a que los redactores se precian de pertenecer, por hombres de otra edad que han concurrido gustosos a fomentar una empresa eminentemente chilena, y aún por alguna parte del bello sexo que con razón ha creído no serle indiferente la realización de las personas que aquel contiene. En el público que lee, se ha suscitado la esperanza de hallar algo menos grave y oficial que *El Araucano*; menos especial y técnico que *El agricultor* o *La Gaceta de los Tribunales*; más regular en su publicación, más nítido en su forma, y menos excéntrico en sus tendencias que *El Valdiviano Federal*; menos recóndito que *El Registro Municipal*, papel que se imprime, pero no se publica, y que parece haberse pro-[col. 2] puesto vivir, de modo

Que no lo note nadie ni lo vea;...
Y callado pasar entre la gente;
(Rioja)

Se ha creído en contra algo que no sea de un interés tan efímero, generalmente hablando, como *El Mercurio de Valparaíso*, tan esencialmente mercantil como *La Gaceta del Comercio*; algo en fin que sea más familiar, más casero, más nacional que el “Museo de ambas Américas” o “El Instructor”. De este último, la caridad cristiana exigía o que nada dijésemos o que hablásemos bien, por haber muerto, y según se dice, de enfermedad inaudita entre los de su especie, a saber: de una apoplejía de suscriptores, complicada con una plétora que le trajo su excesiva corpulencia.

Antes de proseguir, séanos permitido hacer dos prevenciones que pongan a salvo nuestra cortesía y modestia: 1°. Al indicar que entre los periódicos que circulan en nuestra República se echa de menos uno como el que nos proponemos redactar, no hacemos absolutamente crítica o censura de aquellos. Su objeto es limitado y también lo es el nuestro. Si ellos lo cumplen o no, es una cuestión en que no entramos. Hemos advertido, sí, un ancho intersticio en la obra de que está encargada la prensa periódica, y vamos a hacer lo que sea posible por llenarlo. No deben nuestros cofrades los periodistas llevar a mal lo que decimos de sus producciones respectivas, ni creer que nuestro saludo es un araño. 2°. Más distante estamos todavía de presumir que el *Semanario* nada dejará que desear; solo pensamos que hace falta un papel que siga el rumbo que nos hemos trazado, y nos pasará vivamente que nuestras fuerzas no basten a suplir esa falta, a satisfacer esa necesidad.

La misma necesidad se ha hecho sentir ya en algunas de las Repúblicas hermanas; y tenemos la mayor complacencia en llamar la atención de nuestros al prospecto (inserto en el *Araucano* número 619) de un periódico literario que se publica en Venezuela bajo el

título de “Liceo Venezolano”. Tanta analogía hay entre aquel prospecto y el nuestro, que este podría reputarse un plagio del otro, si Chile y Venezuela no hubiesen dado ya varias otras muestras de paralelismo con que se desarrollan y progresan. Sería sin duda no menos grato a nuestros lectores que a nosotros mismos, el que pudiéramos dar una noticia detenida de aquel periódico, e insertar en nuestras columnas algunos de sus artículos más interesantes, pues por ahora solo tenemos a la vista el prospecto. A este hemos aludido en prueba de que al acometer nuestra empresa, ocurrimos a una exigencia de nuestro país y de nuestra época; y como nos lisonjamos de haber asociado a nuestros débiles conatos el impulso de una fuerza social, al sentirnos arrastrados por ella, no trepidaríamos en vaticinar al *Semanario* una vitalidad prolongada y feliz, si nos tocase a nosotros el formar su horóscopo.

Literatura. Primer artículo

Comienza a germinar en la juventud de Santiago una afición a las letras antes desconocida. Numerosas sociedades se forman en diversos puntos, óyese por todas partes el ruido de la discusión, los periódicos se consagran a las cuestiones del gusto, el teatro apenas puede contener la brillante concurrencia que va a poner allí en ejercicio el corazón y la men-[col. 2] te. Parece que un soplo de vida ha venido a animar aquella masa no ha mucho tiempo inerte y fría. Empero, ¿bajo qué auspicios se desarrolla este germen precioso? ¿Qué principios le servirán de guía en sus primeros pasos? ¿Cuál será la tendencia que deberá tomar? He aquí materia de graves consideraciones de que deberían ocuparse con la más circunspecta atención los primeros hombres del Estado. Materia de graves consideraciones, decimos, porque esta afición a la literatura que tan rápidamente se ha difundido hasta enseñorearse de los espíritus, no es, a nuestro ver, una de aquellas inclinaciones pasajeras que el viento de la moda suele dar al gusto de los pueblos; es un movimiento que trae su origen de causas más elevadas e importantes y que debe prolongarse en lo futuro ejerciendo un influjo inmenso en la suerte de la República. Mucho se engañaría aquel que no creyese dignos de su atención, los fenómenos que ofrece el desarrollo moral de un pueblo. En las sociedades humanas todo está enlazado con admirable economía, todo depende de hechos anteriores y positivos y conspira a formar la cadena que une lo pasado a lo presente, y lo presente al porvenir. Ni merece el nombre de Estadista el que no es capaz de comprender esta alianza. Así, pues, inquirir la causa de la reciente afición a la literatura es una investigación filosófica que debe poner en claro muchas verdades útiles, que debe descubrir los principios que están fermentando en el seno de nuestra sociedad; investigación de que no podrían desentenderse los ciudadanos que están encargados de la dirección de los negocios públicos, sin exponerse a cometer graves errores, o por lo menos, a incurrir en faltas de difícil reparación.

Desde luego no trepidaremos en decir que el nuevo giro que han tomado las ideas, es síntoma de una transición social. Cuando las naciones sienten conmovidas las bases de su organización, y amaga a todos los intereses establecidos el peligro de una ruina general los ciudadanos preocupados de los riesgos que les cercan, no piensan más que en la defensa propia, ni emplean el discurso y el saber sino como un instrumento de combate. Tuvimos nosotros una época igualmente azarosa. Mas por fortuna pasó rápidamente, y los rastros de su fatal transcurso se han borrado del todo. Dígalo si no el carácter apacible de los trabajos mentales; díganlo las asociaciones de instrucción que han sucedido a los clubs políticos, las producciones de la prensa periódica en las cuales no brilla el fuego de la impugnación, sino la suave llama de la emulación y del progreso.

Pero no es esto lo que queremos notar aquí, sino descubrir el origen de ese movimiento literario para que podamos comprender su carácter y su tendencia, para estimarlo en lo que realmente vale. Nosotros creemos ver en él la acción poderosa del siglo, que comienza a obrar sobre nosotros. Cada época ha tenido su genio, sus caracteres peculiares: en unas el espíritu guerrero que se cebaba en las conquistas; en otras el celo

religioso que a veces se armaba para combatir con la espada desnuda a los enemigos de la fe, a veces encendía controversias y herejías que despedazaban la cristiandad; en aquellas el espíritu de aventuras que tantos millares de hombres trajo a las tierras lejanas de la América; en éstas el furor de las innovaciones y reformas sociales. Según el genio de cada una de estas épocas, así se ha tenido en más estima o el valor guerrero, o la devoción ferviente, o la fortaleza y la constancia del ánimo para soportar las penalidades de una vida errante, o el atrevimiento para romper los antiguos lazos de subordinación al trono [p. 5, col. 1] y al altar. Nada de esto vemos en el presente siglo. En vano los Bernardos y los Pedros predicarían hoy las cruzadas, y los Corteces y Pizarros levantarían su bandera de asolamiento. Tampoco quedarían satisfechos con los principios que hoy dominan, aquellos que en 1704 proscribieron el culto de la divinidad y derramaron en el patíbulo la sangre de un rey. Los tiempos de su dominación han pasado. Otro es el resorte del presente siglo: el *saber*; el saber que ha subrogado a las antiguas influencias, que ha roto las barreras que le oponía la aristocracia y escalado los tronos para dictar desde allí leyes a las naciones, para reorganizar los gobiernos, para lanzar al combate o refrenar en paz los ejércitos, para regir, en fin, los pueblos con el poder político después que los ha ganado con el hechizo poderoso del ingenio e imperado en ellos por la fuerza del convencimiento. Tiéndase por donde quiera la vista y no se verá otra cosa que el *saber* entronizado. El talento diplomático cría o destruye, engrandece o deprime las naciones que antes estaban a merced de la espada del guerrero; turbas de hombres nuevos aparecen en los parlamentos arrebatando a la antigua nobleza su prestigio por el solo poder de la palabra; siéntanse al lado de los reyes personajes que no tienen escudos de armas, ni más título que un libro en la mano o el diploma de profesor de colegio. ¿Qué es la prensa periódica, esa institución fiera que se ha erigido en medio de las monarquías, sino la república del pensamiento? Allí bajan como a una arena común personas de todas jerarquías, para recibir el laurel del triunfo, o sufrir la vergüenza de la derrota: allí se discuten las opiniones, los sistemas; allí se forma la opinión pública, reguladora de todos los intereses sociales, y se decreta la caída de los gabinetes y la formación de otros nuevos. ¿Y quién tiene el mando en esta república sino el talento? Pasemos del poder a la gloria y pregúntese ¿cuáles son las más brillantes reputaciones de la época? Guizot, Villemain, Thiers, Hugo, Martínez de la Rosa, Brougham aparecen en primera línea. Ellos desde el fondo de la sociedad se han elevado como globos aerostáticos hasta las regiones más altas, por la sola virtud del talento, y en su ascenso rápido han ido recibiendo el aplauso entusiasta de los pueblos; sus obras salvando los términos de la Europa, han ensanchado los límites del imperio intelectual que ellos dirigen y granjeándoles honra y fama hasta en las últimas comarcas de la tierra.

Nosotros que rompimos las cadenas de la dependencia colonial para injerirnos en el mundo político, pequeña rueda agregada a la gran máquina social, ¿cómo hemos de seguir un movimiento distinto del que siguen las demás ruedas con que estamos unidos? Recibimos de Europa las artes, las ciencias, las costumbres, las telas con que nos vestimos y hasta manjares para el adorno de la mesa, ¿y podíamos negarnos a obedecer el influjo poderoso a que ella está sujeta? ¿Quedaremos a oscuras cuando nos hemos colocado en una atmósfera de luz? De ninguna manera. La conquista europea comienza a efectuarse entre nosotros y acabará por identificarnos con el otro hemisferio. Cortamos los lazos políticos que nos unieron a un extremo del continente Europeo; ¡qué importa!; nos hemos unido con otros vínculos más fuertes. El león de España en el siglo 16 vino a estos países,

desgarró los imperios que estaban en él florecientes, y tendió sobre el teatro de sus carnicerías un velo denso que lo ocultase a las miradas del género humano. Este velo se ha roto, se han descubierto las úlceras profundas que nos aquejan y nuestra voz se dirige involuntariamente a la Europa pidiéndole un bálsamo [col. 2] que las cure. Este bálsamo es el *saber*. Nosotros lo recibimos con la más viva emoción, y devoramos los libros en que nos viene.

Insensiblemente hemos tocado otro de los principios que han hecho nacer la afición a las letras: la necesidad de trabajar en la mejora de nuestra sociedad naciente. Los padres de la revolución escuchando una inspiración repentina, dieron el grito de independencia y alzaron el monumento de nacionalidad que hoy se ha hecho el objeto de nuestros desvelos. Empero, este monumento levantado sin bases, sin columnas, bambolea sobre nuestras cabezas y amenaza sepultarnos en sus ruinas. Algunos brazos fuertes lo han sostenido cuando estaba próximo a caer: mas ¿será de esperar que se mantenga por largo tiempo sobre tan efímero apoyo? Leyes, costumbres, ilustración, riqueza, cimientos seguros en que las naciones descansan, nos faltan del todo, y es necesario, es urgente echarlos desde luego para consolidar la obra de la revolución. Tal es el encargo augusto que pesa sobre la conciencia de la generación presente, ¿podrá desempeñarlo si no se prepara con el estudio y el saber?

La patria, por otra parte, nos estimula, nos convida con sus instituciones al cultivo del entendimiento. Rasando con igualdad las cabezas de los ciudadanos, ha dejado expedita y libre de obstáculos la región superior a que podamos elevarnos: abiertas están a todos las puertas de la gloria, francos los asientos de la legislatura, al alcance de los ciudadanos la silla de la magistratura suprema. Este convite, la perspectiva de un halagüeño engrandecimiento, ¿no despertará la emulación, no encenderá en el pecho de la juventud una ambición noble? Ella la siente ya, y el ahínco con que acelera su educación y se libra a las fatigas del estudio, no es otra cosa que el aguijón de la gloria que obra activamente sobre ella.

La afición reciente a las letras que entre nosotros se difunde es, pues, la acción del siglo que pide a todo el mundo ilustración, saber; es efecto indispensable el desarrollo de nuestra sociedad y resultado indispensable del estímulo con que nuestra forma de gobierno nos excita. El Gobierno, los ciudadanos todos deben saludarla como el primer brote de una planta que crecerá y llegará a ser un árbol fecundo en frutos de vida. Desgraciada de la República si ella no hubiese prendido jamás. Pero desgraciada también mil veces si corrompida en su raíz, creciese torcida y enferma: entonces daría solo frutos de muerte.

[Artículo editorial sobre *El Semanario de Santiago*]

[V. F. López]

El jueves por la noche se repartió, o más bien diremos se vendió el primer número del *Semanario de Santiago*; contiene los artículos siguientes *Prospecto*, *Congreso Nacional*, *Literatura*, *Seminario de la Recoleta*, *Un suspiro y una flor* (versos), *El Mulato* (apreciación crítica de un drama que bajo este título se representó en el teatro de Santiago el domingo 10 del corriente), y un trozo traducido bajo el título del *Hombre distraído*.

Este periódico recientemente fundado en la capital se contraerá, según lo manifiesta el *Prospecto*, a servir de un modo especial los *intereses de la inteligencia*; así es que en una continuación de ese prospecto que encierra el número publicado, se pasa revista por todos los periódicos existentes hoy en Santiago y Valparaíso, y caracterizándolos rápidamente, se les tacha de no llenar el objeto a que se dedicará esta nueva producción del pensamiento nacional. Su redacción pertenece a una asociación de jóvenes chilenos que nutridos de buenas ideas y alentados con el amor de la patria, se proponen hacerle el más importante de todos los servicios que se le pueden hacer, el de ilustrar las masas, y ensanchar la escala de las influencias que deben ejercer las ideas sobre nuestra sociedad.

[Col. 2] Aunque en la revista que hemos dicho que hace este campeón de nuestro progreso de la prensa periódica chilena, le toca a la *Gaceta* la peor parte porque está clasificada así, como de *judía*; esto es, de no pensar sino en réditos, letras de cambios, recibos, *sueños*, *lucro*, &c. Sin embargo, como en este tiempo de anarquía religiosa hasta los judíos empiezan a meterse en todo, nos permitirá el *Semanario*, a quien no nos atrevemos a llamar *cofrade*, porque según él mismo nos lo ha dado a entender pertenecemos a religiones distintas, él a la *Universidad* y nosotros a la *Aduana* (lo cual no deja de ser cierto en el fondo); nos permitirá, decimos, saludarlo, si no como igual, como pariente lejano al menos, y deseársle larga vida y felicidad completa.

Mas el caso es, que hasta entre los cofrades de la Aduana hay curiosos que quieren saber lo que se hace en el terreno de la filosofía y de la literatura; y por si acaso hay alguno de estos cofrades que ha tenido el desacato de no suscribirse al *Semanario*, lo que no sería muy extraño entre gente *tan mercantil* como es la que compone nuestra feligresía, nos vemos en el caso, como buenos predicadores, de darle cuenta de las doctrinas que se empiezan a publicar en el nuevo púlpito, reservándonos una libertad tímida, como conviene que tenga todavía la sinagoga, para dirigir la conciencia de nuestros fieles, y darles el alimento del *Semanario* cuando nos convenga, esto es, amonestándolos para que no lo traguen.

Así pues siguiendo el ejemplo del *Semanario* en cuanto a la rapidez de las apreciaciones empezaremos diciendo, que el *Prospecto* es una promesa de paga a la vista y en dinero efectivo; y como no estamos muy al cabo del capital de los banqueros y somos además hijos netos de nuestro título y de nuestro siglo, diremos que pasamos adelante; porque no encontramos realidad en las promesas aunque sean buenas y bien hechas como lo son las del prospecto del *Semanario*, y concluimos como éste saludando a Venezuela verdadera hermana legítima de Chile.

El artículo *Congreso Nacional* es excelente; está perfectamente adecuado al objeto del periódico y si se continúa así, hará un servicio real a la opinión pública y tendremos un buen órgano a donde recurrir para saber las discusiones de las cámaras legislativas.

El artículo *Literatura* es bueno, excelente, pero hay un no sé qué de tímido y de diplomático en sus principios y en sus consecuencias que nos hace sospechar que su autor ha tenido miedo de ser más franco; no sería extraño tampoco que no lo hayamos entendido bien, porque sus fundamentos arrancan de cierta *tendencia nueva* que se deja notar en nuestra joven literatura y que nosotros no conocemos todavía; deseáramos mucho ver de un modo claro y neto lo que pretende y lo que quiere esa nueva tendencia; porque nos parece que si reventara de un modo franco nos habría de dar un espectáculo muy lisonjero y que, a la verdad, nos dejaría llenos de satisfacción.

El artículo *Seminario de la Recoleta Dominica* es superior en nuestro concepto a los que hemos recorrido; contiene verdades que se deja ver que son nacidas del corazón de un patriota impregnado del verdadero espíritu de su siglo; que comprende la civilización y la moral, y que sabe el camino por donde hoy se desenvuelven las ideas sociales hermanadas con las ideas literarias y religiosas; su mérito es modesto pero práctico; su autor sin ponerse enfáticamente a otra altura que la de su país muestra que sabe respirar la atmósfera del siglo, en lo más puro que ella tiene.

Los versos que llevan por título *Un suspiro y una flor* clasificados como *poesía*, no tienen mérito poético; le pedimos mil perdones a su autor, nuestro carácter es franco y no sabemos adular, quizá por eso no nos ha ido muy bien en el poco tiempo que hemos vivido. Aunque no somos conocedores en metro creemos poder decir que, en cuanto a esto, están bien satisfechas las condiciones literarias; mas hay un no sé qué de prosaico y de vulgar en las ideas de la composición que deja fría el alma después de haberla leído. Su principio no es más que una traducción libre de un pensamiento pobre de Ovidio.

Iamque quiescebant voces hominumque canumque
Lunaque nocturnos alta regebat aequus

Después, está demasiado plásticamente copiada la vida material; y nos parece que en una composición del género a que ésa pertenece, no es tan lícito sustituir de un modo tan exclusivo el diálogo al canto poético como lo hace el autor; mucho más cuando la inten-[col. 3] ción suya ha sido hacer una composición lírica en el fondo. Aunque se ha hablado mucho en estos últimos tiempos sobre la sencillez de la poesía, creemos que a nadie se le haya ocurrido decir que esta sencillez consista en la materialidad de la copia de la vida vulgar: la sencillez a nuestro modo de ver consiste en la pureza de la relación que se trate de cantar entre lo real y lo ideal, lo positivo y lo absoluto; si esta relación es pura la poesía será sencilla y será poesía; será cierta sin ser material; será humana y social sin ser doméstica.

La verdadera *corona* así material como social del *Semanario*, está en el excelente y socialista artículo escrito sobre la representación del *Mulato*; este artículo está valientemente concebido, es digno de ser leído y ha sido inspirado por un amor verdadero a la humanidad. Todo cuanto pudiéramos decir de él se reduciría a alabar los pensamientos regeneradores de que está lleno y más bien que hacerlo, queremos recomendar a nuestros lectores que lo lean. ¡Ojalá el público todo lo guste y lo adopte! No convenimos con el

crítico en que la pieza sea tan vulgar como él la pinta, ni en que sus resortes sean gastados. Al contrario es una de las piezas en que está mejor *trabajada e idealizada* la vida de salón, la vida europea; y por fin, por no ser demasiado extensos, diremos sin más autoridad que la que ha tenido el crítico del *Semanario* (*el criterio individual*) que la pieza está regularmente provista de lances nuevos, de resortes sorprendentes y de un movimiento que conserva en interés y en vigilia continua a la atención. Podríamos citar las escenas de la *taberna*, la del *canto*, la del *retrato* y en general todas las del último acto. Su analogía con la actual vida europea es perfecta, y esto solo ya es un verdadero mérito, y hasta cierto punto una verdadera novedad.

Romanticismo

[Salvador Sanfuentes]

No hace mucho tiempo, esta palabra se repetía a cada momento entre nosotros, y así que nadie entendiese su verdadero significado. Oíamos llamar románticos a los escritos, románticos a las cosas, románticos a las personas. Si un discurso, estaba plagado de frases campanudas e ininteligibles. Si una mujer era extravagante en sus ideas, un hombre extraño en su conducta o en su modo de vestir, bien podían estar seguros de merecer esa calificación. Pensaban unos que romántico era sinónimo de bello, otros de nuevo, éstos de raro, aquellos de maravilloso, muchos que de sublime, no pocos de patético. Algunos hombres juiciosos se reían entretanto de la fermentación producida en todas las cabezas por el célebre romanticismo, y comparaban sus afectos sobre las inteligencias a los que ocasionan en los cuerpos las enfermedades de nervios, pues así como en estas, cada paciente experimenta diversos síntomas, así el romanticismo era comprendido por todos en diferente sentido. Mas en el día parece que a esta palabra se le va pasando la moda. No vemos ya tantos vanidosos engreírse al escucharse enrolar entre las filas románticas, y aun el autor del folleto más insignificante quedaría poco satisfecho con que ese epíteto se emplease para calificar su producción. No han influido poco a nuestro modo de ver en este trastorno las representaciones que nos ha ofrecido en época no muy lejana el Coliseo de abominables piezas dramáticas denominadas románticas, llenas de extravagancias y de incidentes inverosímiles, condecoradas con títulos retumbantes, como bufones vestidos de reales insignias, y distribuidas en seis, siete y hasta ocho cuadros: estupendos mamarrachos que si aumentan diversiones, es solo para prolongar nuestro fastidio hasta lo infinito. Va sucediendo con el romanticismo en Chile lo que ha sucedido y sucederá siempre con aquellos escritos llenos de frases ampulosas, pero vacíos de sentido común, con que el falso merito pretende a menudo encontrar el difícil camino de la gloria. La multitud que los escucha los aplaude por la misma razón que no los comprende; pero como nunca podrá existir una fascinación duradera en el espíritu humano, a no ser producida por el mérito verdadero, la efervescencia causada por la novedad, se disipa bien pronto. La severa razón vuelve a sentarse sobre su trono, pronuncia su fallo inexorable, y lo que arrancaba a aplausos al principio, se mira luego con indiferencia, a la indiferencia sucede la burla, y últimamente, lo que es peor de todo, el ídolo que recibía los inciensos universales se sepulta en un olvido sempiterno.

Esto fue con poca diferencia lo que sucedió a los versos de Estacio, competidores un tiempo en Roma de los del imitable Virgilio. Así aparecieron en Francia las ridículas obras de Pradon, que algunos de sus contemporáneos osaron preferir al mismo Racine: así los patos monstruosos de los detractores de Moratín en España yacen hundidos en el polvo, mientras las composiciones de Inarco Celenio parecen adquirir más brillo con el transcurso de los años.

No se crea, sin embargo, que al expresarnos de este modo, pretendemos denigrar la escuela romántica para alistarnos ciegamente en las banderas del *clasicismo riguroso*. Nadie estará tal vez más fastidiado que nosotros de los innumerables sonetos llorones a Filis, de las insulsas églogas pastorales, de los poemas cristiano-mitológicos, y de las ridículas odas amorosas que inundaban no hace mucho tiempo el Parnaso español. Pocos hallarán más chocante el que se cometan inverisimilitudes tan garrafales como la de hacer conspirar a los enemigos de César en su propio palacio por no variar la decoración del primer acto, y que no se per-[p. 13, col. 1] mita una vez que otra divierta al público con chistes los personajes subalternos que intervinieron en una tragedia. Jamás hemos criticado a Victor Ducange por habernos hecho recorrer en su *Jugador* el intervalo de 30 años en una sola noche; ni es tan limitada nuestra imaginación que no se halle capaz de dar en el corto espacio de un intermedio, un salto tan grande como el de América a Europa. Sí, tan latos como todo esto son nuestros principios, pero exigiremos siempre que el autor no se tome estas libertades sin necesidad, antes bien se valga de ellas solo para admirarnos con nuevas bellezas, o darnos lecciones terribles como las del *Jugador*. Nunca perdonaremos al escritor que no disponga de sus planes, invente sus escenas, medite sus expresiones, alumbrado por la luz de la razón. Le condenaremos siempre que no observe rigurosamente las costumbres de cada edad, de cada tiempo, de cada nación, y en lugar de presentarnos pinturas fieles de la vida, nos ofrezca monstruos prodigios en las tablas.

Por mucho que respetemos a Víctor Hugo, por más bellezas de orden superior que encontremos en sus obras, no podemos menos de rebelarnos contra él, cuando en *Ruy Blas* nos pinta un lacayo que nunca ha sido más que un lacayo, locamente enamorado de una Reina, y penado el corazón de pensamientos y aspiraciones que apenas cabrían en el alma de uno de los más orgullosos grandes de España. La fortuna favorece tanto a este lacayo, que cuando menos piensa, se encuentra hecho noble por una impostura. Ninguno de los cortesanos reconoce, ni aun sospecha el fraude, aunque muchos de ellos habían conocido en su primera juventud al personaje, cuyo nombre toma Ruy Blas. Este prospera, y favorecido por la Reina, que, por supuesto, corresponde ciegamente a su pasión, llega a ser en poco tiempo primer ministro del reino. Y para llevar hasta el último grado la inverosimilitud, Víctor Hugo le hace aparecer en el tercer acto convertido ya en un diplomático de primer orden, dirigiendo terribles reconvenciones a las más altas dignidades, despojando de sus empleos a los primeros señores, y pretendiendo por medios tan poco políticos a la verdad, evitar la próxima ruina de España y devolverle todo su antiguo poder y lustre desfalleciente. Semejantes monstruosidades no existen en la naturaleza. Y si por ventura en algún tiempo se ha visto un lacayo desnudo de conocimientos, que nunca ha hecho otra cosa que vagar por las calles, revestirse de repente de los modales finos de un noble, y auxiliado solo de su talento y de su amor a una Reina, ser el único hombre capaz de salvar a una nación en las más críticas circunstancias, tales prodigios chocan a nuestro entendimiento y se nos hacen insufribles en el teatro.

Y si encontramos tales defectos en las obras de los fundadores del romanticismo ¿Qué diremos de sus imitadores? El *servum pecus* de la escuela romántica ha sido el mismo *servum pecus* de los tiempos de Horacio. Es el perpetuo destino de esta canalla no acercarse en lo bueno jamás a sus modales, y excederlos siempre en lo malo. Los poetastros que pretendían seguir las huellas del lírico latino, se levantaban ebrios y se acostaban beodos,

porque Horacio dijo un día que no había musa buena, si el vino no reanimaba de tiempo en tiempo su entusiasmo. De la misma manera, porque los aspirantes a los románticos del siglo 19, han [col. 2] oído decir a sus protagonistas que no deben ponerse trabas al poeta en la elección de sus asuntos, ellos se han creído autorizados para sacar a las tablas monjas sangrientas, pajes enamorados de sus madres, madres enamoradas de sus hijos, mujeres que asesinan a sus maridos sin la menor necesidad, y solo porque haya un nuevo crimen en el drama, personajes misteriosos que, sin que sepamos por qué, hacen estremecerse a los reyes sobre sus tronos, criminales monstruosos que asesinan a toda su familia, y otros infinitos disparates que son otros tantos insultos a la *moral*, el *buen gusto* y a la sana *crítica*. Porque los jefes de la escuela romántica han dicho que la división de las piezas dramáticas en cinco actos es una regla arbitraria, sus imitadores han aumentado indefinidamente los cuadros de sus cansadas composiciones, sin atender a que el mismo Víctor Hugo casi nunca se ha excedido de los cinco actos de sus dramas, porque su bien discernimiento le ha enseñado que pieza que traspasa esta división, por más buena que sea, corre mucho riesgo de fastidiar al auditorio. Porque han oído asentar que en los dramas es muy conveniente el movimiento y aparato, ellos han prodigado sin tasa ni medida, las muertes, los incendios, los raptos, los combates, las venganzas, aunque rarísimas veces han sabido producir estos incidentes por medios verosímiles. En fin, porque el romanticismo pide pensamientos nuevos y grandiosos, ellos han estrujado sus mulleras para producir desatinos expresados en un lenguaje campanudo e ininteligible. No concluíamos tan pronto, si quisiéramos enumerar todos los desbarros a que ha conducido a los autores el prurito de ser románticos y originales. *Todos los extremos son viciosos*, dice el proverbio, y cuando no se guardan límites prescriptos por la sana razón, es casi seguro errar.

Pero esperemos que al fin desaparezca ese desenfreno de las imaginaciones, como ha desaparecido el desenfreno de las revoluciones políticas. La inexperiencia del hombre, cuando llega a abrirse una nueva senda, casi nunca sabe contenerse en los términos debidos. Es preciso esperar que el tiempo con su mano de plomo haya venido a calmar la efervescencia producida por los primeros arranques. Entonces es cuando la verdad vuelve a recobrar su divino imperio, y las pasiones más tranquilas escuchan dóciles su voz. Otro tanto sucederá con el romanticismo. Pasará el influjo de esa escuela que ha amenazado invadirlo todo y le sustituirá otra nueva, ni clásica ni romántica, ni tan extravagantemente libre como la de Víctor Hugo, ni tan servilmente esclava como la de Harpe.

La razón y la buena filosofía serán sus únicas legisladoras; y entonces nosotros, sobre la tumba del romanticismo, pondremos este epitafio: “Fuiste el nuevo cometa del siglo 19. Amenazaste a los hombres con un estrago horroroso, diste de qué hablar y en qué devanarse los sesos a todas las naciones del universo. Pero de repente desapareciste sin que nadie hubiese podido comprenderte, y dejando en paz al mundo, oh fantástico romanticismo”.

[Segundo editorial sobre *El Semanario de Santiago*]

[V. F. López]

Nos escriben de Santiago que el *Semanario* se vende el jueves y se reparte el viernes, lo cual es para nosotros un enigma; porque no podemos determinar cómo es que un periódico se venda en un día a los compradores y se reparta en otro a los suscriptores.

El *Semanario*, desde la eminente altura que ocupa en el terreno de la opinión pública por su acreditado y vasto saber, nos suelta una tipada de tierra fina y cernida que nos ha dejado sin vista y sin resuello. A la verdad que esta nueva especie de galantería con una niña como la *Gaceta* tan pobrecita y humilde y que siempre anda tan peinadita (como que es pobre, aseada) nos ha parecido un *juguete* que de tan material raya en lo sublime de la poesía, ni más ni menos que *un suspiro* y *una flor*. Que la *Gaceta* tuviera sus fantasías con este caballero, nada tiene de extraño, al fin es *chiquilla*, y le está permitido ser caprichosa, coqueta y de vez en cuando irreverente, displicente, atrabiliaria como se hace en los salones sin que nadie lo tenga a mal. Pero ¡cáspital! ¡El *Semanario* se ha portado de otro modo! Por una levantada de hombros que le hizo la *Gaceta* con dulzura mujeril, la esperó al paso y le soltó tal nube de tierra, que la ha dejado convencida de que los judíos no están muy bien parados todavía en los pueblos católicos, y que son como los *rotos*, libres, muy libres para todo (como ciudadanos) menos para entrar a las iglesias cristianas en día de función, ni para mezclarse con la gente en la cañada en un día de *globo*. En ambos casos la *rotería* se asienta a una distancia lamiéndose el *pie* y mirándose las *uñas* como cóndor que codicia algún rebaño; y como este pájaro, busca las alturas; unas veces toma la pila y otras el cerro para extender con más avaricia su vista perspicaz sobre la rica y galana sociedad que se desenvuelve descuidada por el llano y que la aleja con enfado de su lado; lo cual, no lo hace la *constitución*, pero sí lo hace la *sociedad*. Con el tiempo hemos de ver si la constitución vence a la sociedad, o [col. 3] la sociedad a la constitución. Mas por ahora, esto es bueno; y si no se hiciera, veríamos de continuo las uñas del cóndor enredadas entre la parte colgante de la *lana* del rebaño, y ¡sabe Dios! cuántos vellones de menos se le encontrarían después de cada fiesta.

Pero... ¿qué diablo es el que nos ha traído a semejante digresión? ¡Ah! Ya nos acordamos: decíamos que los *judíos* se parecen a los *rotos* y que la pobre *Gaceta* es *judía*; es decir, que por más que ella quiere ser cristiana, y por más que se arrima a los cristianos, éstos abren los codos, la echan abajo de la vereda; ella los saluda, le vuelven la espalda, y cuando se anima a decirle a alguno de ellos; señor, lleva Ud. el fraque tuerto (ni más ni menos que la *hoja poética* de la *flor* que le dieron a uno con un *suspiro*) y mal cortado; ya no se usa ese corte, etc., etc., se vuelve el caballero, alza tierra y se la echa a la infeliz aturdida por

los ojos; para que otra vez no hable de los defectos de su fraque, y deje que todos crean que va en regla y muy elegante.

Pero como los judíos tienen pacto con el diablo se lavan y sanan pronto y privados de hablar con la sociedad hablan consigo mismos; y así fue que la *Gaceta* cuando hubo acabado de leer el último articulito del *Semanario* dijo para su colete: “No hay mejor escuela que la polémica; vea ahora Ud. todo lo que me ha enseñado ahora el mismo *Semanario*; primero, que la *poesía cuando es juguete*, no es *poesía*; segundo, que aquel que no da mérito poético ni a sus pobres juguetes, es muy capaz de darlo a las obras serias. Esta verdad era vieja; pero dentro de poco nos va a dar de ésta un ejemplo *clásico*, en el *Semanario*, D. Suspiro, el marido de la Da. Flor, que por sus juguetes sin *poesía* ya se puede conjeturar lo muy poeta que será; tercero, que el mérito de una *poesía juguete* (clasificación nueva, pero tan sensata y atinada como la de idilios, églogas, elegías, etc., etc.) que ese mérito, pues, consiste en que la flor inspiradora tenga una hoja caprichosamente puesta, esto es, *tuerta*, y que por eso los que tenemos dos ojos y miramos derecho no estamos organizados para juzgar esta clase de caprichos, que no trepido en llamar *románticos*, ateniéndome al atinado y profundo artículo que sobre este *cometa incomprensible* y guerrero ha publicado pacífica y comprensiblemente el magistral del *Semanario*: yo creía que había asuntos sobre los cuales nada se podía escribir que no fuera lírico, y tal me parecía el que sirvió de texto al *suspiro y una flor*, mas ahora dícenme que no, pero yo me quedo siempre creyendo lo contrario. Lo mejor de todo, dijo la *Gaceta*, es el progreso que hemos hecho en la crítica. Ahora pocos días decíamos que una cosa que no habíamos leído nosotros era porque ni al *diablo se le había ocurrido escribirla*. Pero ahora hemos dado vuelta la medalla y decimos: todo lo que el diablo ha dicho, está ya dicho desde mucho tiempo atrás. Y así es que, si en Buenos Aires hubo un *salón literario* en que todos los miembros, sin que faltara uno, dijeron que la juventud argentina aspiraría a una *poesía* y a una *literatura original*; un *salón literario* en que se ventilaron algunas poquitas cuestiones de literatura, y de *industria*, y de *sociabilidad*; fuerza es ahora, que cuanto se escriba en la *Gaceta* se haya escrito en el *salón*. El salón predicó la *literatura original*; la *Gaceta* dice, la primera quizá en toda la América, que no es posible entre nosotros alcanzar una *literatura original*; y el *Semanario*, tan impuesto en lo que se hizo en Buenos Aires, grita ¡pues! ahí tiene Ud.; eso mismo se escribió en el salón. El salón separaba la *industria* de la *ilustración*; la *Gaceta* dijo que eran inseparables. ¡Nuevas seguridades de que este periódico repite! Por último, la *Gaceta* nada ha publicado ahora que pertenezca de un modo especial a los trabajos del *salón*, ¿qué importa? ¿deja, por eso, de estarnos repitiendo lo que oyó decir u oyó leer en el *salón*? Esto: (continuaba la *Gaceta*) esto se llama adelantar en crítica; ¡ya se ve! la *costalada* de D. Eleili fue demasiado fuerte para buscar el camino por el mismo lado; pero el *Semanario* se olvidó de que después de haberse resbalado por un pie se debía resbalar por el otro, y que la caída iba a ser total en ese caso. ¡Vean qué diablos! decía la *Gaceta*, ¡cómo me han averiguado que estoy copiando al salón de Buenos Aires! Preciso es confesar que éstos son gatos, de quienes no se escapan sino los ratones; inquisidores (y españoles) de quienes se escapan solo los judíos, policía que nunca prende a un *malhechor*; pero en desquite, sagaz como un diablo para saber lo que se hace en los

oscuros rincones de la oscura Buenos Aires, por su parte [p. 3, col. 1] oscura, que es su malhadada juventud. ¡Oh! éste es un tino que no tiene igual sino en el que mostró D. Eleili para criticar la *parentela* y la *organización física* de los días ¡qué fortuna es siempre el saber todo!

Diciendo aquesto se paseaba la *Gaceta* por su cuarto; cuando entra en el mismo instante un amigo suyo, y cortejo viejo; y le dice:

—Vamos, señora mía, le han cascado a Ud. con éxito.

—¡Oh! sí señor, eso mismo me estaba diciendo ahora.

—Y por supuesto le habrán quitado a Ud. las ganas de meterse con los *versos a la muerte de una madre* del segundo número del *Semanario*; eso les sucede siempre a lastijereteadoras y enredistas como Ud.

—Señor: déjese Ud. de bromas y de *poesía*, quiero decir de *versos* dedicados a los muertos; hoy no estoy para meterme en estas honduras; como Ud. sabe me han dado en gustar las *remoleúras* como al *Semanario* el *Agur*; y como soy calavera, no faltaré esta noche a una preciosa tertulia a que estoy convidada; figúrese Ud. si tendré la cabeza como para pensar en versos a los muertos; cuando estoy toda ocupada de peinados, tules, encajes, cintas y todas esas cosas que como Ud. sabe, son para mí de primera necesidad. Pero ¿me ofrece Ud. el apoyo de su brazo para ir a la tertulia?

—Y ha podido Ud. dudar de mi gusto para acompañar a Ud.? ¡Qué falta de franqueza! Pero en fin, óigame Ud. ahora un cuento; mi cuento no es picante pero el suceso que lo motiva es raro. Ha de saber Ud. que esta mañana a eso de las ocho he encontrado por la calle un figurón muy raro: calcule Ud. cómo sería; llevaba zapatos de gran taco y gran moño de raso en las orejas (del zapato, no vaya Ud. a creer que era en las de la cara); media de patente, calzón corto, grandes hebillas de rubíes y de esmeraldas, chupetín de brocado o de tisú; casaca redonda con el talle suelto y largo hasta las asentaderas, bordada en todas las orillas con seda de colores rojo y amarillo (la bandera española iba flameando en toda su persona con gala), botones de piedras en el chupetín y en la casaca; una sábana de hilo puesta de corbata y atada con un gran moño, lo cual le tenía tiesa la cabeza como un palo; llevaba rico espadín de puño dorado; por entre la abertura de la camisa se le veía un rosario y un escapulario de nuestra señora del Carmen al lado de otro que llenó de indulgencias el Papa por la batalla de Lepanto: llevaba también peluca con grandes rulos muy clásicamente peinados, empolvados y coronados por un sombrero de tres picos a guisa de falucho: llevaba un reloj de sobremesa en la faltriquera que, desde allí mandaba al oído de su dueño *los acompasados y mudos sonidos* de sus segundos; y pendía de él hasta la rodilla una inmensa cadena de oro con dos sellos y una llave; un sello representaba a Santo Domingo con la iglesia en la mano y una multitud de *fieles* que le pedían la exterminación de los *infieles*; el otro sello representaba a Aristóteles mandando una batería de artillería en la batalla de Waterloo (feliz representación de lo que había de suceder cuando llegara el día de criticar al Romanticismo) y largando intrépidamente cañonazos contra Dante y Shakespeare y Goethe, que mandaban la caballería del campo de los aliados. ¡Oh! era un sello de reloj portentoso; porque todas las figuras estaban en bulto.

No se olvide Ud. de que hoy estamos a 22 de julio de 1842. El dueño caminaba ufano por la calle con lentitud y compás: al verlo, *me paró no los monos que sí la atención*; me acerqué a una puerta y pregunté a un pobre roto que lo miraba absorto ¿quién es este sujeto? “Señor (me dijo el roto) es un caballero recién llegado de las montañas de Santander, y que dice que como él se han de vestir dentro de poco todos los pueblos modernos”. Cualquiera que oiga esto, se espantará de que estas palabras haya dicho un roto; pues lo dijo; ¡ya se ve! era de este siglo el pobre. “¿Y dónde vive?”, le pregunté de nuevo. “Señor: vive... vive... no sé, señor, me parece que ha parado en aquella imprenta con otros señores, que visten unos como él, y otros como Ud”. Con esto me despedí del roto, seguí mi camino y me vine aquí.

¡Vaya con el cuento! dijo la enredista *Gaceta*; lo contaré luego en el baile; aunque no deja de ser un poco *leso*; *soy contenta* de que Ud. me lo haya contado; porque *quiero* saber siempre todo lo nuevo. Pero mejor me hubiera estado aprovechar el tiempo que he perdido oyéndolo, leyendo la poesía, quiero decir, los versos a la muerte de una madre. Ya es hora de que Ud. se retire D. Serapio, tengo que empezar mi *tualeta*.

[Editorial sobre romanticismo en *El Semanario de Santiago*]

[V. F. López]

La vida de la prensa es la polémica. No es ésta una verdad nueva, ni lo es tampoco que esta vida está sujeta a leyes de moderación que son las únicas que la pueden hacer larga y útil. Todo sacudimiento violento y exagerado lejos de proporcionar un bien puede ser la causa de un mal: en la polémica como en la vida individual es preciso tener siempre presentes las leyes de la higiene y no agitarse más allá de lo que convenga a la naturaleza de cada uno y a las condiciones generales de la naturaleza humana. La *Gaceta* tiene el convencimiento de haber sido suave y culta, y si una que otra vez se ha mostrado maliciosa y critica, es porque no siempre le ha sido posible resistir a sus instintos de hembra; más en estos casos jamás ha dejado de tener en vista un buen resultado; y las faltas que ha señalado han sido siempre tales en el fondo de su conciencia. Esto quizá es lo que ha hecho que aquellos de sus parientes y tocayos con quienes se ha topado una que otra vez, al dar vuelta la esquina y tener la depravada intención de hacerles un chichón, la hayan clasificado aun en estos instantes de ceguera como *positiva* y *circumspecta*, palabras que le han regocijado más que lo hubiera hecho un buen regalo, y que cuidaremos de no desmentir en vez alguna. Ahora tiene que entrar en lucha con el *Semanario* de Santiago; porque se trata de una cuestión en la que poco hace ella publicó doctrinas que hoy están contradichas y atacadas por este periódico; no tiene la pretensión de decir que la verdad esté por su parte y al no creer que tampoco pertenezca al *Semanario*, está persuadida de que no injuria a nadie y de que sólo tiene que habérsela con opiniones y no con personas, con ideas y no con naciones, con principios y no con aplicaciones.

El segundo número del *Semanario* muestra en sus columnas un artículo titulado “Romanticismo” en que se pretende clasificar este movimiento del pensamiento moderno como una tendencia extraviada del gusto y como una literatura extravagante y caprichosa que ha pasado sin ser comprendida y sin dejar útiles resultados a la sociedad y a la literatura. Este modo de mirar un hecho histórico tan notable como ha sido el Romanticismo en Francia desde el año 1814 hasta 1830, como lo ha sido en Inglaterra de Shakespeare a Byron y Walter Scott, en Alemania desde Lutero hasta hoy mismo, en España desde Larra, nos ha parecido contrario a los dictados de una crítica estudiosa e imparcial, y sobre todo inconciliable con la historia moderna y con las enseñanzas que ella nos ha dado en los mejores libros de nuestro tiempo.

[Col. 2] El mérito de crítica que ha servido al escritor del *Semanario* no es ciertamente el más propio para determinar la parte verdadera y social de un sistema. Cuando se trata de estudiar cosas grandes como son los sistemas creados por la filosofía, la literatura, la industria, la legislación, no se puede ir a tomar el *criterium* de esos sistemas en la

boca de la parte menos ilustrada de la sociedad; ni menos atenerse, para hacerlo, a lo que piensan los pueblos más apartados del movimiento de la civilización contemporánea; los grandes resultados de la civilización es preciso juzgarlos en los pueblos más altos, en aquellos que por su gigantesca cabeza dominan a la humanidad, y hacerlo bajo el punto que nos den los hombres que fueren principales órganos del cerebro de esas sociedades.

Si el objeto del *Semanario* fue impedir que los extravíos literarios del romanticismo se propagaran en nuestra sociedad como verdades y como belleza, debió hacerlos comprender sacándolos del movimiento social, de la historia, de la literatura y determinar lo que había de malo y de bueno en esta tendencia. Pero decir que porque el romanticismo ha cometido errores es un absurdo todo él, es una falsedad chocante que nadie puede creer y que deja cerrado los ojos del pueblo a quien todos queremos servir sobre estos errores, y también sobre las muchas ventajas que la ilustración ha conseguido con el romanticismo. Decir que ha pasado sin lograr hacerse comprender es repetir un dicho ligero y pueril que salió de la boca de Mora sin más motivo que el capricho de decirlo y sin razón ninguna para hacerlo, puesto que en el libro mismo en que lo dijo se mostró esencial y altamente romántico, como lo vamos nosotros a demostrar; es desmentir sin tener capacidad para hacerlo a una multitud de hombres ilustres que han explicado al romanticismo a no dejar dudas sobre él, y cuyas explicaciones están ya sancionadas como hechos y creencias ciertas en el libro del pensamiento actual. Mil veces han explicado satisfactoriamente al romanticismo en las revistas francesas Edgard Quinet, otras mil Schlegel, otras tantas Saint Marc de Girardin y mejor que todos la imponente pluma de Hipólito Fortoul en sus dos trabajos publicados en la *Revista Enciclopédica* del año 1833 bajo el título *Recuerdos Románticos*, el uno; y de *El arte actual*, el otro. Las revistas alemanas y casi todas las obras literarias de esta gran nación han dado una idea exactísima y clara de este sistema literario y de las causas sociales que lo han producido y sostenido; las revistas inglesas no han hecho menos y en casi todas las críticas que ha publicado la de Edimburgo sobre las obras de Mr. Bulwer hay explicaciones satisfactorias de lo que él ha hecho a favor de la civilización y el arte; y de las causas de error y de muerte [col. 3] que encerraba en su organización y que lo ha hecho perder el puesto de código literario que ha tenido en otras épocas. El romanticismo ha muerto; nadie hay hoy que crea que es posible acercarse al sepulcro de este Lázaro, y resucitarlo sano y limpio de sus llagas; pero este cadáver ha tenido un alma que cuando vivió sobre la tierra llenó su misión e hizo eminentes servicios a la causa de la civilización y de la libertad. Decir que ha sido incomprensible y absurdo, es ignorar todos los trabajos altamente filosóficos, profundos y llenos de evidencia que le han señalado un lugar eminente y notable entre las grandes categorías de nuestro siglo, o bien es tener otra intención secreta que no alcanzamos a comprender; confesamos que la primera suposición pugna en nosotros con la idea que nos hemos formado de los escritores del *Semanario*.

El romanticismo ha muerto, es cierto, ¿y qué se deduce de esto, que su vida ha sido absurda e inútil? No; lo único que se puede deducir es que las condiciones sociales que sostenían su existencia literaria han pasado y han sido sustituidas por otras que él no podía llenar; y esto es común a todos los grandes sistemas que engendra la inteligencia humana. [...] Los grandes sistemas son para la humanidad como los pies para el hombre que

camina; cuando apoya el uno quita del suelo el otro, y si le vuelve a sentar lo hace más adelante, en un terreno distinto de aquel de donde lo levantó; deja allí su huella, pero no vuelve a poner el pie. El romanticismo ha perecido después de haber enterrado al clasicismo, y la mejor prueba de esto es lo siguiente: ¿cuáles son los hombres eminentes que han sostenido al clasicismo mientras lo destruía el romanticismo? ¿Dónde está el clásico contemporáneo de Victor Hugo que se le pueda comparar como pensador y como poeta? ¿Dónde está el dramaturgo contemporáneo que haya hecho una tragedia clásica que pueda rivalizar con la *Teresa*, con la *Ángela* y que haya vivido y luchado con Dumas? ¿Dónde está el historiador que, siendo hijo de la escuela de Hume, Gibon, Rollin, Millot o que, imitando al maestro de todos estos, al colosal Voltaire, pueda disputar la palma de historiador a Niebuhr y Michelet, a Thierry y a Guizot, a Arant, a Thiers y a [p. 3, col. 1] Mignet? [...] ¿Dónde está, en fin, el crítico que con las reglas de Boileau y Aristóteles en la mano haya ojeado las obras de la literatura y haya logrado ponerse al lado de Villemain o de Planche? ¿Dónde está el romancista clásico que haya oscurecido a las dos estrellas de nuestro siglo, a la brillante Staël y a la idealista Sand? ¿Para qué cansarnos? En parte ninguna se encuentran reputaciones clásicas que habiendo sido contemporáneas de las reputaciones románticas hayan logrado hacer su nombre conocido.

[...] Veamos ahora qué es romanticismo, cuál es la época en que nació; cuáles las fuentes de su vida; cuáles sus vicisitudes; cuáles sus vínculos con el pensamiento moderno y con la sociedad; y, en fin, cuáles las manos y las influencias que lo sepultaron.

[Col. 2] En todo este trabajo marcharemos en un sentido contrario al del *Semanario* y nos batiremos en nombre de nuestra opinión; pero sin perderle el miedo que las mujeres deben tener a los hombres; es decir, la parte más débil a la más fuerte; la menos capaz a la más capaz; la menos armada a la más armada.

(Continuará.)

La Gaceta del Comercio, N° 150, Valparaíso, 30 de julio de 1842, p. 2, cols. 1-3

[Continuación del editorial sobre romanticismo en *El Semanario de Santiago*]

[V. F. López]

Este abandono que hacen del campo de la lid las grandes capacidades, supone mejor que otra prueba alguna la incapacidad moral e íntima en que estaba la doctrina de luchar con éxito en contra del romanticismo. ¿Quién podría decirnos por qué es que los hombres más capaces de comprender las cosas y de expresarlas; los más capaces de dirigir las sociedades, es decir, los hombres de genio, abandonan el clasicismo y se alistan todos bajo las banderas levantadas por el romanticismo? Esto, decíamos, que probaba mejor que

otra razón alguna que el clasicismo no tenía vida ya, puesto que no presentaba aliciente ni amor a la razón y al corazón de los grandes pensadores. Vamos ahora a investigar las razones de este hecho; y a determinar lo que ha sido en sí, en su espíritu y en sus servicios este gran sistema, perfectamente conocido hoy, por más que lo contrario diga ligeramente el artículo del *Semanario*.

Antes de todo queremos hacer notar a este periódico la equivocación enorme que ha sufrido al hablar de la literatura antigua aseverando que Virgilio triunfó de Estacio porque hacía versos *mejor medidos* y más sonoros; o, lo que importa lo mismo, porque los hacía con más sujeción a las reglas *griegas*. Rogamos a nuestros lectores que se fijen en esta calificación de griegas que damos a estas reglas; porque esto importa mucho para la inteligencia de la literatura antigua. Vamos a explicarnos.

El genio italiano ha sido siempre un genio especial y original. Este genio se desenvolvió en la antigüedad sin mezclarse con el de otros pueblos y constituyó la fuerte sociedad cuyo nudo estaba en Roma. Esta sociedad, original en sí, original en sus desarrollos, original en sus leyes y en sus obras, produjo también una literatura original, nacional e italiana que expresaba la sociedad de donde había brotado. Uno de sus principales representantes es el poeta Ennio; y otros muchos hay resucitados hoy por Niebuhr y Michelet, que han hecho de ellos un estudio especial para deducir de su lectura el genio nacional de la primitiva Roma. Ahora bien, este genio se había desenvuelto con independencia y libertad hasta los tiempos de los Escipiones; tiempos en que, más estrechadas las relaciones con la Sicilia y con la Grecia, empezaron a germinar en Roma las semillas de la civilización y del arte griego.

Esta invasión del espíritu de la civilización y del arte griego en el terreno de la sociedad y de la literatura romana, no se hizo ni en poco tiempo ni con mucha facilidad porque el genio italiano, resistió siempre las innovaciones y mantuvo sus banderas bien afirmadas; verdad es también que la invasión avanzaba y que el genio seductor de la Grecia se introducía de un modo lisonjero por todos los poros de la sociedad romana. Esta lucha nada tiene de incomprensible, ni de raro: [col. 2] pues si estudiamos bien los pueblos modernos la encontraremos también en ellos, y veremos a la originalidad del genio español invadida por la literatura francesa, a la originalidad del genio inglés lo mismo; veremos a la Francia desde 1814 hasta 1830 bajo la influencia del genio romántico alemán, y en fin, veremos a Chile invadido por el genio europeo representado por la literatura francesa. Tal fue lo que sucedió en Roma cuando se puso en un estrecho contacto con la Grecia; recibió de esta la custodia de la civilización; la adoró y se inspiró en ella; pero sin conseguir que todos sus hijos se postraran ante el nuevo monumento. Hubo muchos que se quedaron atados a las tradiciones nacionales, y que las defendieron contra la invasión extranjera. Sin embargo esta invasión, este grecismo, que hacía en Roma el papel que hace hoy en todas las sociedades españolas el galicismo, triunfó completamente del genio primitivo y nacional en los últimos tiempos de la república, y encarnándose en Cicerón y en Virgilio, dominó la sociedad y la expresó maravillosamente. Porque así como las obras de estos dos escritores son una mezcla de lo griego y de lo italiano, así lo era también la sociedad en tiempos de Augusto.

Había, pues, en Roma, durante el siglo de Augusto, dos sistemas literarios que representaban las dos facciones en que está siempre dividida toda sociedad, la innovación y la tradición. Virgilio, como es fácil verlo desde el primer verso de sus obras, era un hombre completamente formado por la civilización griega. Su grande obra la *Eneida* manifiesta del modo más patente la profundidad de los estudios que le ligaban a los tiempos primitivos de la Grecia, y muchas veces hace sospechar que las conocía mejor que las antigüedades romanas. La forma misma de su poema está calculada sobre el arte griego, y si en algo aventaja a Homero en cuanto al orden y economía de su trabajo, no es porque saque estas ventajas de la ilustración romana, sino de los progresos que la razón y la literatura griega habían hecho desde Homero hasta Aristóteles. [...] He aquí resuelto el problema: Estacio era, como es muy sabido ahora, el poeta más popular de Roma en tiempo de Virgilio; no era el poeta *literato*, sino el poeta *payador*, el poeta que representaba con el fondo y con la forma de sus producciones el genio nacional, original, primitivo, hostil a la innovación griega. Muchos datos podríamos acumular para probar esta verdad histórica [col. 3] [...]; pero no lo hacemos porque comprendemos la diferencia que hay entre un trabajo de erudición y una polémica ligera. El precioso trabajo de M. Nisard sobre los poetas de la decadencia latina muestra palpablemente que Estacio representó contra Virgilio la resistencia del genio nacional contra el griego.

Resulta, pues, de esto, que la superioridad que tuvo en la antigüedad Virgilio sobre Estacio, se funda en la misma razón que hay para declarar que el romanticismo ha sido superior en su época al clasicismo; porque así como Virgilio ha representado la benéfica encarnación de la literatura griega en la sociedad romana, así también Victor Hugo y sus discípulos representaron la feliz encarnación de todas las tradiciones modernas de la Europa en la sociedad formada por la revolución francesa; representaron esa época de tránsito que hubo desde 1814 hasta 1830.

Decir, pues, como dice el *Semanario*, que Virgilio era superior a Estacio porque hacía mejores versos, es decir una puerilidad sin sentido; es no comprender que esta superioridad estribaba en causas más profundas y más sociales, porque suponía la existencia de dos tendencias, una nueva y otra tradicional. Virgilio triunfó porque era progresista, mientras que Estacio se aferraba a las tradiciones del genio primitivo, y, por lo tanto, representaba lo antiguo. Así, pues, el error del *Semanario* es enorme, pues supone del modo más superficial que puede darse, que Estacio por innovador, es decir por romántico, pereció a manos del venerable Virgilio; cuando ha sido completamente al revés; Virgilio, como romántico de la antigüedad, como innovador, triunfó de la tradición representada por Estacio. En una palabra, la importación griega hizo en Roma, por medio de Virgilio, lo que la importación inglesa y alemana hizo en la literatura francesa (y de rebote en la literatura española) bajo la clasificación de romanticismo: a saber, rehabilitar el genio poético y servir de tránsito a una nueva situación. Las doctrinas filosóficas y literarias de la Grecia prepararon el reino del cristianismo; y las doctrinas filosóficas y literarias de la Inglaterra y de la Alemania, es decir, el eclecticismo y romanticismo prepararon el reino de la libertad constitucional y la subordinación del egoísmo predicado por la filosofía del siglo XIX a los dictados de la

razón y del idealismo, cuyos representantes más perfectos son para nosotros Jouffroy y Lamartine.

(Continuará.)

La Gaceta del Comercio, N° 151, Valparaíso, 1 de agosto de 1842, p. 2, cols. 2-3 y p. 3, cols. 1-2

[Continuación del editorial sobre romanticismo en *El Semanario de Santiago*]

[V. F. López]

El escritor del *Semanario* ha querido apoyarse en un ejemplo tomado de la antigüedad para herir el romanticismo; pero no ha acertado en su elección porque, según hemos visto, el triunfo de Virgilio sobre Estacio prueba el triunfo de la civilización nueva sobre el genio nacional, primitivo, exclusivo, retrógrado; y ya otra vez hemos dicho, y lo repetimos sin temor de ser desmentidos: “La completa originalidad está solo en la barbarie primitiva”. El grecismo de Virgilio representa las nuevas condiciones a que se sujetó la sociedad romana bajo la dirección de Augusto. Entonces el espíritu griego había modificado todas las costumbres y todas las creencias sociales y solamente la plebe, es decir, la parte no civilizada pertenecía a la nacionalidad primitiva, y nada hay que extrañar de esto, pues que sucede así siempre. Estacio representaba con esa fecundidad poética del improvisador, esto es, del poeta nacional, a la parte baja del pueblo, y así es que fue mucho más apreciado y conocido de ésta que Virgilio. Mas, como el genio de la civilización de la humanidad no era el genio nacional italiano, sino que debía componerse del *extractum* producido por el trabajo intelectual de todos los pueblos civilizados antiguos y modernos, era claro que el pensador que representara en la antigüedad la amalgamación de la civilización italiana y de la civilización griega debía ser el más apreciado y distinguido para los pueblos modernos, pues que era el que más se armonizaba con el espíritu de unidad que tiene la civilización universal. Vea el *Semanario* si hay diferencia entre un triunfo de Virgilio explicado así y explicado del modo pueril en que él lo ha hecho. Se ha escapado pues a la vista sagaz del *Semanario* lo único real y verdadero que había en esta cuestión, es decir, la lucha de dos civilizaciones, o, más bien, de dos tendencias bajo la personificación de dos nombres. Igualmente desdichado ha andado el *Semanario* para la elección de sus otros dos ejemplos; pues Racine venció a Pradon, porque aquel representaba el espíritu moderno, [col. 3] el espíritu filosófico e innovador del siglo XVIII; el espíritu engendrado por la renovación filosófica hecha por Descartes, abrazada y representada por la escuela del Puerto Real. Moratín, en España, fue lo mismo; y extrañamos que unos escritores tan avezados en el estudio de la literatura española ignoren que Moratín y todos los literatos

contemporáneos suyos, que nada merecen menos que el título de hombres de genio, no hicieron otra cosa que representar en España el espíritu de la civilización francesa que preparaba la regeneración social de la España a que todos hemos asistido y que todos hemos visto tan análoga en todo a la de Francia. Moratín, pues, no es más que un reflejo, y un reflejo español, de la literatura francesa. Si Moratín logró representar en su país el punto culminante de la literatura, fue porque era innovador, extranjero, copista, plagario, en fin, como llama Larra a todos los literatos españoles contemporáneos del sacudimiento de 1808. Ellos, con sus obras, representaban la absorción que el espíritu francés ejercía sobre el espíritu español; ese movimiento, en fin, que hizo que la diplomacia francesa, los ejércitos franceses y las ideas francesas se desparramaran sobre la sociedad española como un torrente desprendido de las alturas de los Pirineos. ¿Es posible que escritores como los del *Semanario*, que se presentan diciendo: contraeremos méritos de seriedad y de profundidad, no hayan comprendido el vínculo que hay entre la literatura y los movimientos sociales? Veamos ahora de qué les sirven los ejemplos antiguos y modernos que han traído para atacar al romanticismo; véanlo aquí, lejos de desacreditarlo, lo ensalzan. Virgilio venció a Estacio, muy bueno, ¿por qué lo venció?... responde la historia: por innovador. Racine venció a Pradon, ¿por qué? Por innovador; Moratín triunfó de sus detractores literarios, ¿por qué? Por innovador dice la historia. ¿Y qué se deduce de aquí? Precisamente se deduce una consecuencia que es la que ha hecho que el romanticismo triunfe del clasicismo. Los ejemplos anteriores muestran que es ley de la humanidad que las innovaciones triunfen de las tradiciones, y que en esto consiste el progreso; luego el romanticismo, que era innovación ha debido triunfar del clasicismo que solo era ya una tradición muerta, y solamente así se explica que este sistema haya dominado en los pueblos más adelantados de la Europa y que haya mostrado en sus reales las más altas notabilidades de nuestro siglo.

No sabemos cómo no se han llenado de vergüenza los escritores del *Semanario* al ver las consecuencias que se deducen de su modo de ver el romanticismo. ¿Ellos lo clasifican como extravagante, lo clasifican como un absurdo, lo clasifican como una locura brutal y que nada ha producido? Muy bien; aceptamos la conclusión con que nos hace comulgar su sacerdotal sabiduría, pero permítannos estos literatos un momento de reflexión y vamos haciendo conjeturas. ¿Él es una locura? Luego la Alemania, que nunca ha sido clásica, es un país de locos; luego Goethe, Kant, Schiller, Hegel son locos, son absurdos, son gentes inexplicables; luego toda la Europa que los ha mirado como a grandes hombres está loca; luego el foco de la civilización está en Chile y el foco del atraso y de la demencia está en Europa. Muy bien; vamos adelante con tan lindas consecuencias, ¡vaya otra! La Inglaterra es un país de locos; Milton, que no quiso trabajar como la escuela clásica, sino románticamente, es un bárbaro comparado con el más infeliz catedrático de prima de la Universidad de Salamanca; Shakespeare es un estúpido al lado de Cienfuegos y de Martínez de la Rosa y de la insigne doña Josefa Gálvez; en fin, toda la poesía inglesa, en cuyo campo jamás ha descollado un genio bajo las condiciones del clasicismo, es un tejido de absurdos; lo es también toda la poesía original española desde los romanceros del Cid hasta que surgió el gran Meléndez (buen chico por cierto). Si el romanticismo es un

absurdo, ha sido una sociedad de absurdos la sociedad francesa desde 1812 hasta 1830; y lo es todavía, porque nosotros no sabemos que sobre el romanticismo haya prevalecido ninguna escuela clásica, hija de las obras de Racine y de Inarco Celenio; sino al contrario, ha prevalecido una escuela que directamente ha nacido de la renovación romántica y de la revolución de 1830. ¿A dónde, pues, nos conducirán las consecuencias de tal principio? Al mayor de todos los absurdos; vamos a mostrarlo. Para librarnos del romanticismo es necesario levantar el siglo de Inarco Celenio, es decir, deshacer lo que ha hecho Dios, ¡lo cual es *sensatez, profundidad!* ¡Adelante!, que vamos bien; en fin, de consecuencia en consecuencia nos vamos a dar con la Edad Media, y sabe Dios si no vamos todavía más atrás. Y que no nos digan, que los que resisten lo de hoy habrán apoyado lo de ayer, no; el mismo principio que hace resistir hoy habría hecho resistir ayer y por eso es que en ningún tiempo han faltado resistencias a las cosas más sancionadas y recibidas, y por eso es que las reformas no se han hecho jamás sin guerra y sin lucha. Resumamos pues las consecuencias que se deducen de tal artículo romanticismo del *Semanario*:

1. La Alemania desde Lutero hasta hoy, es un país de locos, no hay en ella sino extravagantes incomprensibles, y esta desgracia les viene de no tener un solo autor clásico.
2. La literatura inglesa es también, toda ella, un tejido de absurdos.
3. No hay más literatura digna de imitarse y de respeto que la que representa Inarco Celenio y Racine, y para resucitarla es necesario deshacer la sociedad actual y resucitar las tendencias y necesidades que produjeron esa literatura, porque según se ha repetido tanto, la literatura es la expresión de la sociedad; para resucitar una literatura es necesario resucitar una sociedad. Esto según los profundos y serios escritores del *Semanario* es cosa fácil; va a suceder mañana no más, pues no sólo va a desaparecer el desenfreno de las revoluciones políticas que cambian la sociedad y producen las reformas, sino que vamos a resucitar las cosas pasadas para que luzcan los ingenios que entonces lucieron, es decir, que la humanidad va a perder la capacidad de producir cosas nuevas, se va a encerrar en la imitación y a repetir a Inarco Celenio como una eterna letanía. [...]

Una de las acusaciones que el *Semanario* hace al romanticismo es el haber producido muchos malos escritores. ¡Válganos Dios! Sin duda que por este principio el *Mercurio* y la *Gaceta* andarían bailando las cuadrillas entre la comparsa de los malos románticos; pero le aseguramos al *Semanario* que tampoco él se escaparía del enrolamiento, y que algunos de los poetas y escritores que están en su lista se presentarían bailando el paspié entre los malos clásicos también. Seamos justos al fin, y no tengamos tantas pretensiones. Gran parte de la juventud americana escribe mal, muy bueno, mas, ¡veamos! ¡Brote la otra parte que escribe bien! El mérito de un americano como escritor no puede menos de ser relativo, necesariamente ha de expresar las imperfecciones de la sociedad que lo ha producido. Esta verdad es eterna, y aplicable lo mismo a los escritores del *Semanario* que a los de *Tirteo*; lo

mismo al *Mercurio* que a la *Gaceta*. No hay razón para tener pretensiones hoy; todos nos conocemos, [col. 3] y por más que lo ocultemos nos apreciamos en nuestro justo valer. Por nuestra parte respetamos mucho a muchos de los escritores con quienes ahora nos batimos y estamos ciertos de que por más que lo disimulen no nos tienen por muy inferiores a ellos; ni a las producciones por muy altas para ser comparadas con las nuestras.

Nos ha sido preciso entablar todos estos antecedentes para hacer apreciar las cuestiones que hoy suscita el romanticismo en su justo valor. Entremos ahora en el fondo de este sistema, y recorriendo rápidamente sus fases y sus significados, mostrémoslo tal cual es y entonces se verá todo lo que hay de pueril, de efímero y de insustancial en ese pobre artículo que ha tirado el *Semanario* como un guante de desafío. Esperamos que no será a nosotros a quienes pese el haberlo recogido, porque estamos ciertos de demostrar que todo no es otra cosa que un tejido de falsas nimiedades.

(Continuará.)

La Gaceta del Comercio, N° 152, Valparaíso, 2 de agosto de 1842, p. 2, col. 3 y p. 3, cols. 1-2

[Continuación del editorial sobre romanticismo en *El Semanario de Santiago*]

[V. F. López]

Inconcebible ha sido para nosotros que unos escritores como los del *Semanario*, no hayan comprendido las estrechas relaciones que tienen las revoluciones y regeneraciones literarias con los sacudimientos y renovaciones sociales; y si es que las han comprendido, no sabemos cómo explicarnos el que no hayan sabido mirar al romanticismo en su verdadero punto de vista; esto es, ligándolo con el carácter de la *restauración francesa*, ligándolo con el genio particular de la civilización alemana, con el genio nacional inglés y, sobre todo, examinándolo como una literatura que expresaba los principios civilizadores de la Edad Media, a saber: el *catolicismo*, la *feudalidad* y el *idealismo*. Solamente así habrían conseguido hacer un artículo serio, instructivo y no desmentir sin razón y sin capacidad la eterna verdad que enseña que la literatura es la expresión de la sociedad y de la época. Si los redactores del *Semanario* se propusieron refutar un gran sistema con miras estrechas y personales, no merecen atención ni tienen derecho a reclamar el respeto público; pues no se propusieron servirlo, sino desahogarse; y a la verdad, que lo hicieron de un modo muy pobre, y abrazando voluntariamente una causa indiferente y pésima. En tal caso nosotros los dejaremos revolcarse entre el plátano que ellos mismos eligieron para desplegar su línea de batalla, y seguiremos nuestra marcha por el terreno firme de la historia. Aun hay más; el *Semanario* nos anunció en su prospecto que trataría de ilustrarnos; teníamos, pues, derecho a

esperar que él fuera el órgano de todos los progresos del pensamiento europeo que fuera el destructor de nuestras preocupaciones perjudiciales; y, en fin, que mostrara la vergonzosa debilidad de ir a indagar las creencias extraviadas y ridículas de la multitud para atrincherarse con ellas y hacer la guerra a las novedades de la civilización europea. Esto es lo que ha hecho el *Semanario* en su artículo “Romanticismo”; se ha hecho representante del vulgo, diciendo vulgaridades para desacreditar lo que vive más allá de la ciencia de ese vulgo. ¡Oh!, mejor misión le quedaba si fuese verdadero amigo de la civilización de su país. Debía haberse armado contra las vulgaridades atrasadas y empeñarse en hacer vulgaridades los últimos resultados del pensamiento moderno; en vez de atacar al romanticismo y de fingir que no lo comprendía, debió haber enseñado que este sistema no es lo que cree el vulgo, y debía haberse contraído a difundir las ventajas nuevas que él ha proporcionado a la civilización en su tránsito por la sociedad europea. Esto era digno de escritores patriotas e ilustrados; y no lo es acreditar vulgaridades que solo sirven para mantener cerrados los ojos de los pueblos y hacer que tarden mucho en comprender las innovaciones continuas y benéficas de la civilización. Pues ¡qué! ¿El romanticismo había de haber sido en Europa, es decir, en el foco de la civilización, un gran principio de desarrollo intelectual; había de haber levantado poetas sin rivales en el siglo XIX, historiadores, críticos, filósofos, para dejarnos el derecho de decir en Chile que había un laberinto, una fiebre de la inteligencia, un cometa incomparable y, qué sé yo qué otros disparates de esta naturaleza? ¿De cuándo acá, señores redac-[p. 2, col. 1] tores del *Semanario*, los hombres como Victor Hugo y Dumas, como Guizot y como Thierry, como Cousin y como Leminier, como Villemain, Planche, Fortoul, Leroux, etc., etc., han sido representantes de las locuras y de los extravíos de la civilización? ¿De cuándo acá han movido ellos su inteligencia por impulsos dementes y sin tino? ¿De cuándo acá han dado ellos direcciones a las sociedades que merecen compararse a las leyes que mueven la marcha de los cometas? Según la ley de crítica del *Semanario* nada habría tan extravagante como el genio, porque el genio descubre las novedades y es el principio que empieza las revoluciones; su camino no puede ser el camino andado porque de serlo dejaría de ser genio; es preciso que haya genios, o que no los haya; si no los hay... ¿Para qué vamos a decir lo que sucedería si no los hubiese; pues que es que la ley de humanidad y ley divina, que los haya y que ellos muevan siempre a la sociedad con creaciones nuevas; jamás siguiendo humildemente la huella que les dejó la época pasada? He aquí otra razón que explica porqué es que todos los grandes hombres de nuestro siglo han mojado en la savia del árbol romántico.

Cierto es que cuando el imperio romano se desplomó en medio de la barbarie europea apareció con él el genio de la *civilización* y de la *sociedad antigua*; pero al mismo tiempo apuntaron por toda Europa los brotes de la *civilización* y de la *sociedad moderna*. Si la sociedad había reconocido como principios legislativos, religiosos y morales al politeísmo y al egoísmo estoico, la sociedad nueva iba a reconocer en iguales categorías al cristianismo y a la filosofía idealista y social que iba a emanar de él. Para comprender esto, compárese la basa de nuestros códigos con la de los códigos antiguos; compárese la basa de nuestra moral y nuestra religión, de nuestra civilización en fin, y se verá si es justo clasificar como

de egoísta, o nacionalista, si se quiere, a la antigüedad, y como generosa, democrática, *humanitaria* a la era moderna.

Ahora bien, para que esta revolución se verificara y llegara al punto en que hoy lo vemos, era indispensable la destrucción del imperio romano. Cuando se realiza la destrucción de algún gran cuerpo social sobreviene una época más o menos en la Edad Media que debe ser considerada como el embrión en que se envuelven y se agitan y fomentan todos los principios que han destruido la sociedad pasada y que han de partir a la sociedad nueva. He aquí lo que sucedió en la Edad Media que debe ser considerada como el embrión de las edades posteriores y futuras de nuestra actual civilización. En la Edad Media dominó un nuevo principio artístico, legislativo, filosófico: el *catolicismo*. En la Edad Media dominó un nuevo principio orgánico y político: la feudalidad o de la *caballería*. En la Edad Media dominó un nuevo principio filosófico y moral: el principio de *abnegación* y de *penitencia*, el *idealismo*. En la Edad Media el idioma latino fue sustituido por los dialectos europeos que tomaron el nombre de Romances. En la Edad Media, en fin, el pueblo romano fue sustituido por los pueblos europeos: las costumbres romanas por las costumbres europeas; las ideas y creencias del vasto imperio de Marco Aurelio fueron suplantadas por las ideas del vasto imperio de Carlomagno. Al Pórtico y al Foro se sucedieron las escuelas, las cátedras y el palenque; a los patricios y a los plebeyos se siguieron los clérigos y los legos, las guerras del derecho canónico y del derecho civil, las de las universidades, la de los concilios y la de la curia romana; a Roma y Alejandría, a Augusto y Marco Antonio, al Occidente y al Oriente se siguieron la disputa de Gregorio VII y Alejandro III con Henrique y con Federico Barbarroja, las del Norte y las del Mediodía, las del Papado y las de la Monarquía.

¿Qué quiere decir todo esto, señores redactores del *Semanario*?... Según ustedes nada; puesto que creen que [a] una sociedad como ésta le venía muy bien la literatura de Virgilio y de Horacio. Mas, ¿cómo combinan ustedes ésta *literatura* con ésta *sociedad*, sin destruir el principio reconocido por ustedes en su primer número que dice: “la literatura es la expansión de la sociedad”? Permítannos, pues, que por esta vez les digamos que lejos de haberse mostrado ustedes trivialísimos y vulgares hasta el extremo.

En fin, así como la Edad Media era distinta a la edad romana, así produjo también una literatura original por su fondo y su forma. Por su fondo, porque era la expresión de la feudalidad, del catolicismo, de la caballería, de la abnegación y de los sacudimientos apasionados que son propios de todas las épocas de agitación y de embrión; por su forma, porque el lenguaje era nuevo; porque como eran romances todos los idiomas que exhalaban su pensamiento, sus formas de expresión y de estilo, fueron también románticas, es decir, hijas de los idiomas romances de los idiomas nacidos en latín, de los idiomas que hoy hablamos todos, ustedes y nosotros ¿tiene algo de ininteligible? Vaya, que si esto es lo que hay de incomprendible para los Redactores del *Semanario* en el tal romanticismo, y lo que lo hace ser para ellos un cometa, se les pueda aconsejar con lástima que se dejen de literatura; porque en toda ella no encontrarán sino cosas que les *den en qué devanarse los sesos sin llegarlas a comprender*.

He aquí lo que quiere decir *literatura romántica*. Literatura románica es la que salió de la Edad Media de los distintos dialectos en que se fraccionó el bello *todo* del idioma latino; de esos dialectos que son italiano, el francés, el español, el portugués, etc., y que todos hablamos hoy.

Veamos ahora cuál fue la causa que obró esta revolución en las costumbres, es decir, en la sociedad; y en la expresión, es decir, el idioma.

Entre los pueblos bárbaros que triunfaron en Roma, los más fuertes así como los más originales fueron los de la raza celta y los de la raza sajona. Ambas razas tenían su sinnúmero de afinidades en las costumbres y en el idioma. Su mezcla con los súbditos de Roma, así como también la de todos los otros pueblos bárbaros de la Europa produjo los dialectos romances, e introdujo en las nuevas sociedades que hablaron estas lenguas, una porción de principios originales que eran gérmenes de la civilización moderna. Así, pues, los focos de estas razas, que era la Alemania de hoy y (para ahorrar investigaciones y pruebas impropias de este lugar) la Inglaterra, conservaron con más fuerza el carácter propio de esos idiomas y las costumbres originales que ellos mezclaron con la civilización romana en todos los países que dominaron.

Así, pues, en la Edad Media, toda Europa fue invalida por los pueblos del norte; porque cambió de idioma y de religión y de costumbres. Pero más románticas que todas las otras naciones fueron la Alemania y la Inglaterra; porque eran los dos pueblos que menos habían sufrido la dominación romana.

La Gaceta del Comercio, N° 153, Valparaíso, 3 de agosto de 1842, pág. 2, col. 3 y pág. 3, col. 1

[Continuación del editorial sobre romanticismo en *El Semanario de Santiago*]

[V. F. López]

He aquí por qué es que en Inglaterra y en Alemania los grandes poetas, y los pensadores de todo género han sido originales, tan poco clásicos, tan eminentemente románticos.

La Inglaterra y la Alemania no recibieron otros principios civilizadores que los del catolicismo y los de la feudalidad; por consiguiente, su vida social empezó con la Edad Media y fue enteramente original respecto de la civilización antigua. La literatura que vino a expresar esta vida nueva debía ser necesariamente original, independiente de tradiciones anteriores, fueran griegas o romanas, y esencialmente romántica, y así sucedió efectivamente. En Inglaterra y en Alemania no se han observado jamás las imposiciones del

código clásico. Estas palabras *código clásico* merecen una explicación; que será el resultado natural de lo que vamos a decir.

De todo lo que hemos dicho anteriormente resulta, que cuando se consumó la caída del imperio romano quedó la Europa dividida en dos razas, que tenía cada una su tendencia especial, tanto por lo que hace [a] la organización social como por lo que hace a la expansión artística y literaria de las ideas. La civilización tomó en los pueblos del Mediodía una dirección más original, más nueva, más independiente, más católica, más moderna. No es decir tampoco que estas dos tendencias permanecían aisladas y sin mezclarse; sino que la primera dominaba a la segunda en una parte; y en la otra, la segunda a la primera. Mas como toda la sociedad europea, el Mediodía, lo mismo que el Norte, constituía un cuerpo nuevo y original en la Edad Media, la literatura que brotó de esta sociedad y que la expresó fue también nueva, y solo dejó un reflejo pálido a la civilización antigua. De aquí nació pues una literatura caprichosa y libre como la feudalidad caballeresca, como las costumbres de ese tiempo; visionaria como era el corazón de la caballería andante; grotesca como lo era toda la sociedad; poco erudita como eran tiempos de renovación los que expresaba; idealista y sublime como la religión católica; original, en cuanto al idioma, porque el habla que se usaba era nuevo; eran dialectos recién criados y que no estaban bajo reglas ni tradiciones anteriores, una literatura creadora; porque ella era la expresión de una sociedad primitiva, y que empezaba a crearlo todo. Era preciso, pues, o hacer retrogradar a la humanidad y sacarla de la Edad Media para volverla a sentar en medio de los tiempos antiguos; o bien aceptar tal cual la daba la Edad Media. Lo primero era imposible, lo segundo era indispensable porque esta nueva situación era obra de Dios y de los tiempos. He aquí el germen de la literatura *romántica*, de esa literatura distinta en sí, y rival de la literatura antigua. Dante es un poeta más grande que Virgilio, tan grande como Homero; pero un poeta cuyas condiciones de grandeza son eternamente diferentes a las de Homero y las de Virgilio; tan esencialmente diferentes como lo eran las sociedades en las que vivieron. Shakespeare, Goethe, Schiller son (valga la palabra de los críticos europeos) tan grandes como Sófocles y Eurípides, tan originales y tan poetas como ellos, pero tan esencialmente distintos, como eran entre sí las sociedades antiguas y las sociedades nuevas. Bien, pues, estos grandes pensadores, estos grandes poetas, jamás se han subordinado a las leyes artísticas de la antigüedad. ¿Por qué? Porque sujetos a esas leyes no habrían sido la expresión de su tiempo, ni de su pueblo, ni de las costumbres y de las ideas dominantes en esos tiempos y en esos pueblos. Véase, pues, aquí como se formaba en la Edad Media un genio literario de la antigüedad.

Mas, en los pueblos del Mediodía, especialmente en Italia y en Francia a medida que fue pasando el alboroto de las invasiones bárbaras, fue desenvolviéndose el germen antiguo; es decir, la misma semilla que aquel árbol había dominado por su altura todo el país y que lo había alimentado con sus frutos; los recuerdos de la civilización romana empezaron a avivarse; y desde luego se contrajo la atención al estudio de los fragmentos preciosos que quedaban de esa civilización. Esto, unido a las analogías que debían necesariamente resultar de las necesidades del clima, de raza y de genio nacional, hizo que, a pesar de ser tan distintas las [p. 3, cl. 1] épocas, los resultados de la civilización romana se

amalgamaran, en cuanto posible fuera, con los principios y los elementos de la civilización moderna en Italia y en Francia. Y de aquí nació ese declive desconocido en los pueblos y en las ideas del Norte. Aquí, pues, tenemos en dos tendencias, los elementos del clasicismo y del romanticismo.

El clasicismo es tan moderno como el romanticismo y solo se diferencia en que en el uno domina la tendencia mitológica de la antigüedad y la tendencia orgánica del genio romano, mientras que en el otro domina la tendencia católica del Norte y el genio ideal, caballeresco, independiente y caprichoso de los pueblos del norte. ¿Hay en esto algo incomprensible? Sin duda que quien no conozca la historia no conoce estas cosas, pero para el literario que se ocupe en averiguar los pasos que ha dado la humanidad apenas hay cosas más claras y comprensibles, pues que todas aquellas están basadas sobre hechos sociales y sucesos históricos.

A medida que se fue desenvolviendo el genio francés y el genio italiano, se fue desenvolviendo la tendencia a la organización que siempre han dejado ver estos pueblos en los tiempos antiguos y en los tiempos modernos. Por lo que hace a Italia, ahí está el derecho romano y el derecho canónico, la república y el imperio en la antigüedad, las repúblicas y el pasado en la Edad Media, ahí están Virgilio, Dante y Tasso; y esto prueba la realidad de esta tendencia que existe en el genio italiano a la armonía, al orden, a la organización, a la unidad. Algo de esto sucede también con el genio francés, es eminentemente organizador y ordenador, lógico, amigo de la analogía y del método. Esta tendencia del genio nacional lleva naturalmente hacia la imitación de la civilización antigua, que se presentaba tan simple, tan organizada, tan limitada, en fin.

Cuando se organizó del todo la monarquía francesa, tan sencilla en sí, y tan fuerte que brotó a su lado como una planta indígena una literatura tan culta como la de *Corte*, tan sencilla en sus formas como la *sociedad*, tan erudita como los *estudios universitarios*, y en fin tan sometida a las conveniencias como la *etiqueta*. Esta literatura cortesana fue el clasicismo. Mas, la literatura llevaba en su seno fuertes principios que la separaban de la literatura antigua y la hacían moderna: en primer lugar, su carácter cristiano; en segundo, su carácter filosófico y revolucionario; en tercero, su tendencia caballeresca y aristocrática; en cuarto, su vida monárquica; en quinto, su ambiente espiritualista. He aquí el genio social del clasicismo francés bajo el reinado de Luis XIV, que ha sido su grande época, su gran palacio.

Mientras la sociedad francesa subsistió bajo condiciones monárquicas, nada más análogo para ser su expresión que su literatura clásica; mas, después de esta sociedad se desplomó en medio del alboroto revolucionario. ¿Cómo sería posible que esa literatura siguiera siendo la expresión de esa sociedad cambiada, regenerada, revolucionada, disuelta, por la más radical de todas las revoluciones? Querer que así fuese era querer un imposible. Así es que mientras sacudió la Francia sus tradiciones y las hizo caer a pedazos de su gigantesco cuerpo, no tuvo literatura, propiamente tal, pues con la antigua no podía expresarse, y su pensamiento no se había recogido todavía a la meditación y al estudio, ni se había contraído a la investigación de una nueva expresión que fuera análoga al nuevo giro de sus ideas y sus necesidades.

La revolución atacó todos los hechos sociales que había establecido en Francia la Edad Media; a saber, atacó a la aristocracia, al catolicismo, a la monarquía, destruyó las tradiciones universitarias de los estudios. Pero con todo esto, llegó al borde de un abismo. Se pierde la sociedad si no se retira. Se retira pues empujada por la mano poderosa de Napoleón. ¿A dónde va a parar esta sociedad en retirada?

(Continuará)

La Gaceta del Comercio, N° 154, Valparaíso, 4 de agosto de 1842, p. 2, cols. 2-3 y p. 3, col. 1

[Conclusión del editorial sobre romanticismo en *El Semanario de Santiago*]

[V. F. López]

Napoleón empieza a restablece todas las antiguas creencias, y los antiguos hechos, el catolicismo, la aristocracia y el despotismo. La reacción política era demasiado fuerte para que la pudiese sufrir el pueblo francés. Cae, pues, el trono imperial, pero subsiste la reacción social, que viene a ser coronada por el triunfo de los pueblos del Norte encabezados por la Inglaterra y por Alemania; se levanta pues el reino de la restauración. Entra la época del recogimiento, de la tranquilidad del estudio.

La restauración traía la antigua monarquía, traía la antigua y caballeresca nobleza, traía la antigua religión, para vengar a la sociedad del funesto extravío con que la había hecho peligrar el espíritu revolucionario. Era pues, imposible que el genio y el talento se escaparan de este impulso, y entonces se levantó una literatura tradicional que venía a rehabilitar todas las tradiciones destrizadas por la revolución. Esta literatura, pues, fue a estudiar esas tradiciones a la época de vida y de fuerza que habían tenido, a la Edad Media; fue a estudiarlas en los pueblos que habían vencido a la revolución francesa; en los pueblos del Norte. ¿Podría dejar de ser romántica? Y si lo era ¿Es justo que se clasifique a su literatura como *febril* y *extraviada*, como cometa incomprensible?

La literatura de la restauración francesa, fue, pues, romántica porque se ligó a las tradiciones de la Edad Media, es decir, a las tradiciones de los tiempos en que empezó la literatura de los idiomas *romances* o dialectos formados del latín. Llegándose a la Edad Media, se ligó a la caballería y al idealismo visionario de aquellos tiempos, y de aquí vienen todos sus extravíos. Ligándose a la Edad Media se ligó al catolicismo, y por eso el romanticismo es la literatura más religiosa de los tiempos modernos. En fin, el pensamiento literario de la restauración francesa fue romántico en el fondo; por haberse ligado a las tradiciones románticas de la Edad Media. Veamos ahora en cuanto a las formas.

Vamos a entrar aquí ligeramente en un trabajo que habíamos pensado alguna otra vez hacer y que no lo hicimos por varias causas que no es del caso ya explicar.

Nada tan natural como el que dominara en esta reacción de la literatura francesa, la imitación de la literatura de los pueblos que mejor habían representado a la Edad Media por sus costumbres y por sus ideas; que eran la Italia del tiempo de Dante, la Alemania y la Inglaterra, que tenían el inapreciable tesoro de Shakespeare. La causalidad, de hacer tan poco que estos pueblos habían campado en las plazas de París, coincidía también para que la literatura francesa tuviera por delante sin cesar a la Alemania y a la [col. 3] Inglaterra. Se sometió, pues, a las leyes artísticas y nacionales de estos dos países, y la imitación dramática de Goethe y de Shakespeare cayó naturalmente sobre los teatros franceses. Viendo dramas de Shakespeare, se reveló el genio de Dumas¹, estudiando la Edad Media se alzó el genio de Hugo.² Apenas, pues, puede darse una cosa más lógica que el abandono que ellos hicieron del *código clásico* para someterse al *código romántico*. El código clásico era el código nacional francés, el código romántico era el código inglés y alemán. ¿Cuál era el mejor entre los dos? A semejante cuestión solo podemos responder con otras dos preguntas. ¿Cuál sabe más entre la Inglaterra, la Alemania y la Francia? ¿Cuál es más poeta y más civilizada? De aquí puede deducirse si son superiores las formas usadas por el clasicismo o lo son las usadas por el romanticismo.

Hay algunos que creen que el romanticismo solo consiste en no observar las unidades del tiempo, de lugar y acción recomendadas por el clasicismo francés y que (sea dicho de paso) nunca lo fueron por Aristóteles ni fueron observadas por Sófocles ni Eurípides. Estos que así piensan no han estudiado el movimiento de la inteligencia moderna, puesto que no comprenden que aquellos dos sistemas representan, permítasenos la expresión, dos sistemas de la civilización moderna, y que por lo tanto el romanticismo abraza mil otras cosas (como lo hemos mostrado).

Era, pues, imposible observar la condición de las unidades en una literatura que quería expresar las tradiciones de la Edad Media y que necesariamente tenía que imitar a la Alemania y la Inglaterra. Un poco de reflexión sobre esto, y se concebirá toda la imposibilidad.

El romanticismo, pues, no ha desaparecido, como lo dice el *Semanario*, sin ser comprendido y sin hacer grandes servicios a la civilización moderna; él ha mezclado la tendencia de la civilización de los pueblos del Norte con la tendencia de la civilización de los pueblos del Mediodía; ha servido para que unos se nutran con la substancia y el trabajo de los otros recíprocamente; ha servido, en fin, para moralizar y sociabilizar los resultados de la revolución francesa.

Muchas causas hay que nos obligan a poner un término a este trabajo; lo habíamos pensado continuar hasta demostrar cómo es que la revolución de 1830 sustituyó en lugar del romanticismo una literatura más social y más moderna, una literatura que no va a buscar sus antecedentes ni en la Edad Media ni en la antigüedad, sino en la sociedad contemporánea; una literatura que no sólo da a los pueblos los resultados de la civilización

¹ *Mis Memorias*, por Alejandro Dumas.

² Prefacio del *Cromwell*.

antigua o los resultados de las revoluciones de la Edad Media, sino los de las revoluciones contemporáneas; que no solamente se ocupa de lo pasado, sino del presente y del porvenir; que no solamente se ocupa de tal o cual nación, sino de la humanidad.

Hemos dicho que varias causas nos impiden hacer esto; y no son las de menos peso las que originan el giro [p. 3, col. 1] desagradable que ha tomado esta cuestión. Concluimos pues diciendo que, para saber la influencia que ha cabido al romanticismo tener en la literatura española y en la nuestra, basta fijarse en la influencia que la civilización francesa ha tenido siempre y debe tener en España y en la América del Sud. Sea, pues, nuestra última palabra una declaración de que, a pesar de la polémica que hemos sostenido con algunos de los escritores de Santiago, nunca hemos dejado de tributarles el respeto que merecen por sus luces. Algunas veces hemos pagado en la moneda con que se nos ha comprado a nosotros; sentimos haberlo hecho; pero nadie habrá que, juzgando imparcialmente, no conozca que a este respecto hemos sido muy inferiores a nuestros adversarios como periodistas o articulistas.

El Semanario

Cuando los redactores del *Semanario* se reunieron para dar a luz este periódico, no se propusieron otro objeto que suplir la falta generalmente notada en Santiago de un papel que hiciese circular algunas ideas, que alimentase el gusto naciente por la lectura y tratase de indagar lo que somos y lo que podemos ser. Esta empresa pacífica y honesta por naturaleza, no debía excitar ni celos, ni animosidades; antes bien era la obra del buen deseo de algunos cuantos que querían consagrar al bien público los breves momentos de descanso que sus ocupaciones les dejaban. Así fue también apreciado por los que leyeron su prospecto. Con todo, dos periódicos que salen de talleres muy distintos del nuestro, y que no están movidos por el mismo estímulo, ni animados por los mismos sentimientos que a nosotros nos dominan, desentendiéndose de los objetos patrióticos que nos habíamos propuesto, han saludado al *Semanario* como a un enemigo con quien deseaban suscitar columnas. Buena es la polémica considerada como la vida de la prensa periódica, como un medio de poner en claro cuestiones dudosas, de sacar a luz pensamientos sepultados en los rincones de los gabinetes, de excitar los talentos que viven en ociosa inacción; y los redactores del *Semanario* que no han salido a dar lecciones al pueblo, sino a hablarle para que discurra, se habrían dado la enhorabuena de encontrar hombres sensatos que les ayudasen a cumplir su noble propósito. Pero en las impugnaciones que se han hecho a sus artículos, hemos visto un ánimo doloso que estudiosamente desfigura o afecta no entender lo que decimos, hemos visto un deseo de vengar sentimientos personales, y satisfacer el escozor del amor propio atormentado por las derrotas sufridas en anteriores contiendas, hemos visto en fin un corazón repleto de negra bilis que vomita diatribas contra una comunidad aborrecida. ¿Qué motivo ha habido para lanzar las indecentes invectivas con que se ha zaherido a alguno de nuestros colaboradores? ¿Una cuestión literaria era acaso una guerra de federación o muerte? ¿Hay acaso un pretexto no ya digno, pero ni siquiera especioso que pueda paliar el insolente lenguaje que se ha empleado en esta cuestión? En vez de polémica se ha excitado una riña de puñal, en vez del tono comedido que la educación recomienda se ha empleado la manera de la plebe soez, y si por accidente se ha escapado alguna reflexión que nazca del entendimiento, se ha cuidado de envolverla en acíbar para que ofenda antes que pueda convencer. Si hubiésemos de aceptar el reto indecoroso que se nos hace, sería preciso que el *Semanario* y *El Mercurio* de Valparaíso fuesen a batirse bajo el ojo del puente. No: los redactores del *Semanario* no pueden entrar en esta lucha inmunda: ellos no están en el caso de ofrecerse en espectáculo-[col. 2] lo al pueblo como historiadores de farsa; quédese este recurso para los escritores famélicos cuando se vean en la precisión de llenar la tasa que les ha impuesto para ganar su pres. Ni los hábitos contraídos en una vida decente y recogida, ni la moderación que es propia de su carácter, y que sabrán guardar en público como en privado, les permite lanzarse en una contienda de afrentas y de improperios a que no están acostumbrados, y en que seguramente serían vencidos por discípulos de mejor escuela.

Mientras tanto no podemos menos de lamentar la táctica inmoral que el redactor de *El Mercurio* ha establecido en algún tiempo a esta parte; táctica inmoral para el objeto innoble que le mueve y de que ha hecho un escandaloso alarde, inmoral por las armas vedadas de que se ha valido. Inmoral por hacer ostentación de salvar todas las reglas que la urbanidad y las convenciones sociales han establecido para las relaciones mutuas de los individuos. Siguiendo adelante este sistema, la prensa periódica será para siempre entre nosotros una arena en que solo puede luchar el hombre descarado que hace de los desprecios su plato favorito, y de la cual huirá todo aquel que conserve sentimientos de delicadeza y pundonor. Los redactores del *Semanario* no son tan menguados que les ponga espanto una pluma tornasol de pavo real, ni escritos vacíos de ciencia y de cordura, repletos tan sólo de una presunción necia y de locuaz charlatanería: con la certeza del triunfo entrarían a sostener una polémica en que tenían que habérselas con una fantasía hueca: pero esta polémica sería un escándalo, una vergüenza que no se sienten con ánimo de causar. Sería arredrar a todos aquellos que comenzando a dar pasos vacilantes en la difícil carrera del diarismo, no quieren exponerse a ser presa de un diente emponzoñado. A ellos, sin embargo, era a quien el *Semanario* deseaba consagrar sus páginas y estimular con su ejemplo y sus exhortaciones. Frústrese enhorabuena este útil pensamiento, pero caiga la responsabilidad de daño sobre el funesto escritor que lo ha originado.

El *Semanario* seguirá adelante su camino; cuando salga a la palestra un caballero, dará una contestación atenta. Cuando el impugnador sea hombre de cancha, se desdeñará de combatir con él.

El Semanario de Santiago, N° 4, 4 de agosto de 1842, p. 32, cols. 1-2

Una advertencia a la *Gaceta*

Entre escritores honrados y de buena fe, el dar tormento a los escritos ajenos para arrancar de ellos lo que no contienen, el atribuir a un adversario ideas y opiniones que él no emitió, por tener el gusto de atacarle, y lucir una erudición pedantesca de nombres propios, es una superchería desagradable, un insulto grosero al público, a quien se supone incapaz de comprender lo que ayer leyó. Tal ha sido el desleal proceder de la *Gaceta del Comercio* en su crítica del artículo del *Romanticismo*, inserto en nuestro número segundo. Ha refutado especies que en vano se buscarían en aquel; y parece querer arrogarse los honores de un triunfo ahuyentando fantasmas que ella sola había forjado.

Estamos de acuerdo con la *Gaceta* en muchas de las ideas que ha expuesto sobre Romanticismo, y así lo reconocería si, como es probable, esta materia vuelve a tratarse en nuestras columnas. Entretanto séanos permitido indicar un error craso en que ha incurrido. En su número 150 se lee, “Estacio era, como es sabido ahora, el poeta más popular de Roma en tiempo de Virgilio”; se cita en apoyo de esta verdad histórica a Michelet y a

Nisard; sobre esta base se establece un papeleo entre Estacio y Virgilio, y se afirman en conclusión, que Virgilio como romántico de la antigüedad, triunfó de la tradición representada por Estacio. ¡Virgilio romántico! ¡He aquí una novedad del bulto! ¡Estacio contemporáneo de Virgilio! Hasta ahora la realidad histórica enseña que Virgilio murió unos ochenta años antes que naciese Estacio; y el mundo literario reputa a Virgilio uno de los corifeos del clasicismo.

Mais nous avons changé tout cela, dirá tal vez la *Gaceta*. “Todo eso lo hemos cambiado”, respondió Gines a los que, como nosotros, creían que el corazón se hallaba al lado izquierdo del cuerpo humano, ¡y el hígado al lado derecho! *¡Pauvres bêtes, nous avons changé tout cela!*

EN TORNO A LA LENGUA

IV

Lengua, literatura, nacionalidad

Literatura nacional

[Juan Cruz Varela]

Extraño parecerá este título. ¿Qué podremos comprender bajo él? Propiamente hablando, no puede decirse que tenemos una literatura nacional; lo que en este ramo de ilustración hemos adelantado está reducido a algunos trozos sueltos, de diferentes géneros, de un número reducido de autores, muchos de ellos cargados de defectos, bastantes que pueden llamarse buenos, y muy pocos que merezcan el nombre de perfectos. Estas fracciones diseminadas todavía no han formado, ni están en estado de formar, un todo que se pueda llamar literatura del país, y ni siquiera tenemos un pequeño repertorio de ella; porque la *Lira Argentins*, publicada en París en 1824, es una mezcla confusa de lo bueno, de lo malo, y de lo detestable que tenemos en poesía. Hay más: mucho tiempo pasará, antes de que hayamos formado nuestra literatura; porque la mayor parte de los obstáculos que hay que superar son hábitos nacionales, cuyas profundas raíces no será fácil arrancar en muchos años.

Pero esta época ha de llegar, y, para acercarla, es menester empezar indicando los caminos que deban conducirnos al término que deseamos, los escollos en que han tropezado los que han emprendido esta carrera, y, finalmente, las mejoras a que debemos aspirar. Este será el objeto de nuestros artículos de *literatura nacional*. Al indicar las causas del atraso en que se halla, entre nosotros, este ramo importante de los conocimientos humanos, manifestaremos los resortes que es preciso tocar para removerlas, y ponernos en estado de progresar. Enseguida, nos contraeremos al examen de las principales producciones indígenas de esta especie; y aquí debemos advertir que sólo hablaremos de las obras, sin nombrar a sus autores, porque aun existen casi todos, y como muy a menudo tendremos que censurar, queremos evitarles, en cuanto sea posible, el que vean herido su amor propio. Finalmente, expondremos nuestro juicio sobre el carácter que debe tener la literatura, y sobre los objetos que debe llenar. No nos lisonjemos con la esperanza de desempeñar nuestro plan con perfección, pero estaremos satisfechos si conseguimos que se fije la atención sobre un punto tan importante, y abrimos el camino a genios más fecundos, y capaces de ilustrar en la materia.

[col. 2] En los nuevos estados americanos, todas las instituciones útiles se resienten de impotencia de la infancia. Ocupados, desde su nacimiento político, en rechazar a sus opresores, con las armas en la mano, o en establecer en orden a cualquiera que afianzase su tranquilidad interior, y su seguridad exterior, no han podido distraer su atención a objetos, que, aunque de la mayor importancia, no urgía tan instantáneamente [col. 2] como aquellos. La legislación, el sistema de hacienda, la política interior, la educación pública, todas las instituciones, en una palabra, solo han recibido mejoras parciales y pequeñísimas, ocasionadas por las necesidades del momento, que era preciso satisfacer, o debidas al genio

particular de algunos hombres, que se propusieron empezar a apartar los desmontes que embarazaban el campo que querían explotar. Esta causa general de atraso ha sido común también a la literatura, y nos contentamos con indicarla, porque está al alcance de todos, sin necesidad de analizarla. No sucede lo mismo con otras de que vamos a hablar.

Un eminente literato, de quien probablemente nos acordaremos más de una vez en nuestros artículos, dijo, hace poco, que el único resto precioso que conserva el nuevo mundo de la dominación española es la lengua, que sirve de vínculo común a las repúblicas que lo componen; y en verdad que este resto es precioso, porque la lengua en que hablamos nada tiene que envidiar a los demás idiomas vivos, ni por la sencillez de la construcción, ni por la armonía de los sonidos, ni por la energía con que expresa las ideas, y mucho menos por la abundancia de sus recursos. Pero este tesoro es, en nuestras manos, lo que son los metales preciosos, mezclados aun con las demás sustancias minerales, en manos de quien no sabe beneficiarlos. Nuestro idioma se presta a todo con la misma facilidad; a las inspiraciones del genio, como a los preceptos de la razón; al terror de la tragedia, como a la agudeza del epigrama; pero en nada sabemos emplearlo. No conociendo, ni su índole, ni la extensión de sus recursos, forzamos, a cada paso, sus construcciones, adulteramos su pureza, y ninguna ventaja sacamos de él. No se crea que, al decir nosotros, nos ceñimos únicamente a Buenos Aires: estos vicios son comunes a todos los nuevos estados, y acaso en Buenos Aires es donde más se ha hecho para reformarlos.

Pero los americanos nos somos responsables de este pecado original. Nuestros opresores nos legaron su idioma como los campos de que eran dueños; fecundísimo, pero inculto. En la península fue donde primero se corrompió. Desde Felipe II empezó la España a retrogradar a pasos largos: como era rica y fértil fue el objeto de las aspiraciones de varias potencias del continente: pero la Francia, sobre todo, ayudada hasta de su posición geográfica, logró influir poderosamente, no sólo en la suerte política de aquella nación infeliz, sino que también le dio sus costumbres, sus ideas, y hasta sus modas y caprichos; y el idioma fue lo primero que se resintió del contagio. Puesto a cada paso en tortura, fue perdiendo progresivamente su belleza primitiva, y esta fuente copiosa y cristalina se enturbió al fin con mil sustancias heterogéneas. El contagio debía pasar naturalmente a la América, cuyo estado de atraso, de nulidad, era muy propio para propagarlo, sin que siquiera se advirtiese. Pero aun hay más: el deseo mismo de ilustrarnos ha contribuido al descuido con que miramos al idioma patrio. Desde que nacimos al mundo político, sentimos la necesidad de saber alguna cosa, y procuró [col. 3] cada individuo satisfacerla, ¿Pero en qué fuentes habíamos de beber los conocimientos que deseábamos adquirir? La España no podía suministrarlos libros originales, donde hallásemos consignados los principios de todas las ciencias: porque ella misma no los tenía. Sus hombres distinguidos (y a fe que los ha tenido, y los tiene en todo género) ignorados de la multitud, y viendo despreciados sus talentos, o se han perdido en la obscuridad de la vida privada, o han emigrado a otros países, donde les era preciso trabajar para satisfacer sus primeras necesidades, sin tener tiempo, por lo mismo, para desplegar sus talentos. ¿Dónde, pues, buscaríamos los americanos los maestros que necesitábamos? Indispensablemente en el vastísimo almacén de la Francia. Sus escritos han sido los primeros libros que hemos tomado en la mano, y en los que siempre hemos estudiado. Nadie puede desconocer esta verdad práctica. Véanse todas las bibliotecas particulares de Buenos Aires, y se hallará un

prodigioso excedente de libros franceses sobre los españoles: véanse los libros que sirven de texto en nuestra universidad, y se reconocerá que casi todos son franceses.

¿Quién podrá desconocer que esta precisión de consultar diariamente los escritos extranjeros produce el descuido del idioma patrio, acostumbrándonos a mirarlo con indiferencia? ¿Y quién no advierte que la falta de conocimiento del idioma patrio es una causa potísima del atraso de la literatura? Destinada ella a enseñar deleitando, ¿cómo se podrá alagar a la imaginación con un estilo incorrecto, duro, o chabacano? ¿Cómo es posible delinear grandes cuadros, hacer bellas descripciones, producir imágenes sublimes, si se ignora el idioma que ha de servir de intérprete a todas estas ideas? Es imposible escribir bien, si no se sabe antes pensar bien: pero también es difícil pensar bien si no se sabe escribir correctamente.

Es indispensable, pues, para que formemos una literatura nacional, empezar por conocer el idioma en que hablamos. Este conocimiento es el que ha de abrirnos el camino que deseamos. Las Repúblicas Americanas tienen en esta parte una ventaja inmensa sobre todas las naciones del viejo mundo. Desde el Cabo de Hornos hasta las orillas del Misisipi, es uno mismo el idioma en que se habla; y esto produce, a nuestro juicio, dos efectos muy importantes. Primero: la mayor facilidad de progresar, tanto en el conocimiento del idioma, como en la literatura, desde que simultáneamente nos empeñemos en ello; porque entre muchos millones de habitantes, serán numerosísimos los esfuerzos parciales que se hagan, y de este modo se conseguirá más fácilmente el resultado. Además, las producciones literarias de cada República, servirían recíprocamente de modelos originales, y se prestarán una mutua cooperación; si agregamos a estas consideraciones la de que el estímulo, causa fecunda de los progresos en todo ramo, tiene una esfera muy dilatada, por la comunidad del idioma, será preciso convenir en la importancia de esta ventaja. El segundo efectos es, que, no teniendo por vecinos sino naciones que hablan una misma lengua, en ningún [p. 3, col. 1] caso estamos expuestos al contagio de la fraseología extranjera; peligros cuyos efectos hemos manifestado con relación a la España. La concurrencia de extranjeros a nuestro territorio, no puede dañarnos a este respecto, pues, por numerosa que sea, nunca podrá, ni remotamente, [anular, superar] el número de los naturales.

A pesar de las ventajas que hemos indicado, no es obra de un momento la perfección en el conocimiento del idioma. A este respecto hay, como dijimos al principio, hábitos muy arraigados. En las tertulias, en las conversaciones más serias, en los escritos, en la tribuna, se cometen diariamente los errores más groseros. Prescindamos, por ahora, de la pronunciación, que es viciosísima en todas las [fases], y fijémonos en cosas más importantes. En la propiedad de las palabras, en la exactitud de las construcciones, se observa generalmente la mayor ignorancia del idioma; y es tan frecuente oír a un joven decir un cumplimiento a una señora, en una frase alambicada, cuyo sentido nadie entiende, como oír a un político pronunciar su opinión por medio de un pomposo barbarismo. De aquí nace necesariamente el descuido total en corregir a los niños, mientras dura su infancia: así es que llegan a la edad de empezar sus estudios sin saber hablar más que un dialecto confuso, en el que apenas se advierte el idioma español, y se desconocen enteramente sus sonidos.¹

¹ Es generalísimo entre nosotros, pero [...] y principalmente los niños, el alargar las palabras finales de los imperativos, y aun el agregarles una letra, diciendo, v. gr. *tomá* por *toma*, *corré* por *corre*, *vení* por *ven*.

Para desarraigar estos hábitos perniciosos, es preciso dedicarse con alguna contracción al estudio del idioma: fijar mucho la atención en la conversación de las personas que lo hablan bien, y familiarizarse con los buenos escritos españoles. La literatura, aunque pobre, no carece de modelos perfectos; pero es menester saberlos escoger. Felizmente los escritos en que el idioma español despliega todas sus galas, resaltan tanto entre los que son producciones de almas mezquinas, e inteligencias limitadas, que una vez leídos, es imposible dejar de conocer su superioridad. Abramos *El Español*, del célebre Blanco White, repasemos los escritos de Jovellanos, leamos las odas de Quintana, empapémonos en la lectura de Melendez, consultemos los *Árabes*, el *No me olvides*, los varios escritos que conocemos de su ilustrado autor; y conoceremos la distancia a que nos hallamos de manejar nuestro idioma con perfección; conoceremos la infinita variedad de bellezas de que es susceptible, y no podremos menos que empeñarnos en sacar de él todo el partido posible. Repasemos después las comedias del inmortal Moratin, algunas de sus poesías sueltas, el prólogo y las notas de su traducción de Hamlet, y no nos contentemos con reír de sus ingeniosísimas agudezas: meditemos su estilo, los preceptos que envuelve cada frase, y nunca acabaremos de admirarnos de que el [ilegible] no esté inundado de obras clásicas españolas, con el recurso de un idioma como este, si no supiéramos cuanto influyeron los buenos o malos gobiernos sobre los progresos o atrasos de las naciones.

El Tiempo, N° 44, 25 de junio de 1828, p. 2, col. 3, p. 3, cols. 1-3.

Literatura nacional (segunda entrega)

[Juan Cruz Varela]

Hemos demostrado* que la causa principal del atraso de la literatura, y el obstáculo que más se opone a sus progresos, es la ignorancia del idioma patrio. Indicaremos ligeramente algunas otras, que, aunque menos poderosas, tienen una grande influencia en los progresos o atraso de este precioso ramo del saber humano.

La primera que se nos ofrece es el mayor o menor grado de perfección a que haya llegado, en un país, el arte inestable de imprimir. El amor propio es uno de los motivos más poderosos de nuestras acciones de todo género. Al deseo de gloria debemos quizá las más brillantes hazañas, los descubrimientos más importantes, las más acabadas producciones de las artes. Así pues, cuanto más dilatada sea la esfera que ofrezca a los talentos de un escritor, cuantos más [p. 3, col. 1] medios haya de propagar sus escritos, tanto mayores serán los estímulos que lo animen al trabajo; y su aplicación y su esmero crecerán a medida que se aumente el número de sus jueces. La imprenta es el único vehículo para comunicar las producciones del ingenio. Si su ejercicio es libre, si su perfección facilita la multiplicación de sus escritos, y no exige gastos considerables, indudablemente ganará la causa de la literatura. Pero la acción de este resorte poderoso es muy débil entre nosotros.

* Véase el número 36 del *Tiempo*.

Tendremos, si se quiere, libertad de escribir,¹ pero el arte de imprimir está tan poco adelantado en su ejecución, es tanto lo que cuesta la impresión de un pliego de papel, que son pocos los que pueden procurarse los medios de publicar sus ideas. Muchos serán, sin duda, los proyectos formados para escribir periódicos, y abandonados por aquellos motivos. ¿Y quién no sabe cuánto contribuyen los periódicos a la ilustración de un país? ¡Cuántos talentos fecundos se habrán esterilizado por esta causa! Entretanto, es indudable que, si el filósofo que medita en su gabinete, el orador que discute en la tribuna grandes intereses nacionales, el que trabaja en reunir datos para escribir la historia, y el poeta que ejercita su imaginación, copiando la naturaleza, tuviesen la facilidad de dar al público sus producciones, en el momento de acabadas, el gusto se formaría; el deseo de obtener la estimación general haría nacer esa noble emulación de que resultan siempre las mejoras de toda clase, y la mayor *demanda* de ese género, si así podemos explicarnos, aumentaría su *cantidad ofrecida* como sucede con todos los demás.

Indicaremos, por último, otra causa de atraso, que, aunque remota, no por eso tiene una acción menos cierta. Sea por carácter nacional, sea por las convulsiones que han agitado hasta ahora a nuestro país, sea porque las riquezas no han estado muy repartidas, o por otro motivo cualquiera; lo cierto es que, en nuestros paisanos, es muy poco común la costumbre de viajar lejos de su suelo natal, y menos la de atravesar el Atlántico. Los viajes, sin embargo, contribuyen poderosamente a la ilustración de los hombres. Todo lo que los libros contienen sobre los diversos pueblos del mundo, sobre sus costumbres, sus leyes, su civilización, sus monumentos, su industria, su fertilidad, sus bellezas naturales, &c., nunca podrán producir, en el hombre que los estudia, el mismo efecto que si él se hallase en estos pueblos, y examinase por sí mismo todos aquellos objetos. Pues que ¿será lo mismo leer que la Inglaterra es el país más industrial del universo, y donde el comercio ha llegado a su último grado, que presenciar ese rápido desarrollo de la industria, ver florecer los campos más ingratos bajo la mano activa y laboriosa del isleño, hallarse envuelto en ese gran movimiento comercial que atrae los tesoros de todo el mundo, para enviar a todo el mundo productos de la isla? ¿Sentiremos el mismo efecto al ver escrito que la falta de libertad y los vicios del gobierno [col. 2] producen el atraso de la industria y traban los progresos de las ciencias, que al presenciar la desnudez del suelo fertilísimo de España, al ver los ciudadanos temblando al nombre del opresor, al advertir desiertos los talles, y al lamentar la esclavitud en que yace la alta inteligencia de los hijos de la desgraciada península? Ciertamente que no. Hallándose en el teatro de los sucesos, el historiador podrá referir con más propiedad lo que ha visto que lo que ha leído; el político podrá meditar mejor y hacer aplicaciones más exactas de las instituciones que ha palpado, y cuyos efectos conoce prácticamente: el filósofo, el poeta, todos, en una palabra, sacarán más ventajas de lo que ven que de lo que oyen, y este estudio práctico será, sin duda, favorable a todos los conocimientos humanos, y a la literatura, como uno de ellos. ¿Y no podremos decir con razón que esa tendencia a no salir del país influye en el atraso de la nuestra? Creemos que sí, aunque remotamente, como antes lo hemos dicho.

Contraigámonos ya un poco más, y veamos cuál ha sido el resultado de nuestras tentativas en el cultivo de la literatura. El deseo de aprender fue siempre uno de los caracteres distintivos de nuestro país; y permítasenos un sentimiento de vanidad, al decir

¹ Puede ser que no sea una injusticia el agregar a las numerosas objeciones que se han hecho a nuestra nueva ley de imprenta, la de que es un obstáculo a los progresos de la literatura.

que en Buenos Aires se han educado los hombres todos que más han ilustrado a Buenos Aires desde la época de nuestra emancipación. Sus esfuerzos han debido ser más que comunes, destituidos, como lo estaban, de los numerosos auxilios que encuentra la educación en las grandes capitales de la Europa. Pero desde que descansamos de las fatigas de la guerra, desde que logramos alguna tranquilidad interior, los hijos de este país se dedicaron, con más empeño que nunca, al cultivo precioso de la inteligencia, y desde entonces también han visto la luz pública las producciones de algunos ingenios particulares.

La literatura periódica dio algunos pasos firmes desde al año 21 hasta el 24 en que varias sociedades de hombres ilustrados se propusieron comunicar a sus conciudadanos los frutos de sus meditaciones. *La Abeja Argentina*, que publicaba mensualmente la Sociedad literaria merece sin disputa un lugar distinguido en la biblioteca de un hombre de gusto. Su objeto era ilustrar al pueblo sobre materias científicas, artísticas y literarias; y sus autores llenaron dignamente su objeto. Después de disuelta aquella sociedad, se han hecho algunas otras tentativas de este género, pero con poca constancia de parte de sus autores. Hay más de un motivo para sentir este abandono. La literatura periódica contribuye del modo más activo a formar el gusto en estas materias: insensiblemente nos acostumbramos a leer cada mañana uno o dos pliegos de papel; y esta costumbre llega muy pronto a ser una necesidad, que es preciso satisfacer. Así se va adquiriendo poco a poco la afición a la lectura, y la curiosidad de profundizar las materias tratadas ligeramente en los periódicos. Como todos los leen a la vez, nada es más natural que el hablar sobre lo que se ha leído, luego que algunos hombres se reúnen: la discusión empieza; su interés ocupa progresivamente; nacen [col. 3] dudas; es menester consultar autores capaces de decidir la cuestión; y de todo esto resulta la ilustración de la materia. Pero, desde aquella época, esta fuente benéfica, destinada a satisfacer al pueblo su sed de conocimientos, se ha enturbiado considerablemente, por no decir que se ha cegado. *El Conciliador* publicado en mayo de 1827, hubiera producido los mejores resultados, si su vida hubiera sido más larga. Por lo demás, los periódicos todos se han alistado bajo banderas de algún partido político, y han defendido su causa con ardor fanático, semejante a los de las guerras de religión. La imprenta se ha hecho la arena donde se han dado grandes batallas: y la intolerancia y el encarnizamiento de las opiniones políticas, que nada perdonan, o respetan muy poco, no es ciertamente el mejor medio de ilustrar. En este vasto campo de batalla apenas podremos señalar la *Crónica política y literaria de Buenos Aires*, como el único campeón que se mantuvo firme en su puesto, y que sólo vistió la armadura para defenderse, abandonando después el campo con honor.

El Tiempo, N° 49, 1 de julio de 1828, p. 2, cols. 1-2, p. 3, cols. 1-2.

Literatura Nacional (tercera entrega)

[Juan Cruz Varela]

Hablemos ahora sobre el cultivo de la elocuencia en nuestro país. Este ramo de literatura es de la mayor importancia y merece una atención muy especial, sobre todo en las naciones que gozan de los beneficios de la libertad y del sistema representativo. ¡Qué ejemplo tan noble el de las facultades intelectuales del hombre, cuando las ejerce discutiendo en la tribuna los grandes intereses nacionales, sosteniendo la dignidad y los derechos de sus conciudadanos, reprimiendo los avances del poder, protegiendo en el foro la inocencia, y destruyendo con el poder luminoso de la verdad las tenebrosas maquinaciones de la intriga! ¡Qué ministerio tan digno de la inteligencia humana, el de instruir al pueblo, desde el púlpito, en los principios de la sana moral, en los deberes religiosos del hombre en sociedad, y en las puras y suaves doctrinas del evangelio! Con razón ha merecido la Oratoria, en todo tiempo, las mayores consideraciones. En la Grecia y en Roma se la miraba como una parte esencial a la buena educación, y a su ejercicio deben, casi exclusivamente, Demóstenes y Cicerón una celebridad, que quizá durará tanto como el mundo.

La libertad civil y política contribuye poderosamente a los progresos de la elocuencia; y esto tiene, en parte, adelantado a las repúblicas Americanas. El hombre que goza de una libertad perfecta, siente toda su dignidad, se forma una idea elevada de sí mismo, se cree capaz de grandes investigaciones, de sorprender los misterios de la naturaleza, se lanza con orgullo en esta carrera, y expresa con energía y precisión las concepciones de su inteligencia. No es esta una idea bella, propia de la fantasía de un poeta: nosotros la creemos una verdad innegable. ¿Qué cosa grande y noble puede producir la imaginación de un esclavo miserable, que despliega los labios temblando, o para adular a su Señor, o para anunciar sus voluntades? ¿Cómo puede atreverse a investigar su propia naturaleza, y la de todos los objetos que lo rodean, un ser degradado, que consiente en su degradación, y que se cree destinado a servicio? No: entonces verdaderamente está la inteligencia aprisionada.

Es estrecho recinto, en que se opaca
El numen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca¹

Pero aunque tengamos en nuestro favor la ventaja que acabamos de indicar, su influjo se halla muy debilitado por las causas que hemos desenvuelto en nuestros anteriores artículos, y principalmente por la ignorancia del idioma; pues el idioma es la materia de que se forma la elocuencia. Así es que este arte precioso está tan atrasado en nuestro país. Pocos, muy pocos, son los oradores que tenemos: a nadie ofendemos en decirlo, y nadie debe darse por ofendido. En todas las naciones que hablan nuestra lengua, incluso la España, está perdida enteramente la elocuencia: ¿Qué extraño será que lo esté entre nosotros? Muchos creen que esta es un don natural; pero nosotros pensamos que la naturaleza podrá, cuando mucho, dotar a los individuos de más o menos capacidad para aprender; mientras la elocuencia es un arte difícilísimo, en que no es posible perfeccionarse, sino a fuerza de estudio, de meditación y de un trabajo constante. Para ser buen orador es indispensable conocer a fondo el corazón del hombre, es preciso, en una palabra, ser humanista y moralista consumado. Contentándonos con indicar esta verdad, pasaremos a

¹ Quintana, Od. a Españ. Desp. de la revol. de Marzo.

considerar, con relación a nuestro país, los tres géneros de elocuencia generalmente conocidos.

1°. *Elocuencia de la tribuna*

Podemos decir que en el año 21 recién se estableció en Buenos Aires un cuerpo deliberante; y por consiguiente hemos tenido muy poco tiempo de versarnos en este género de elocuencia. En nuestra tribuna hemos oído millares de veces resonar frases hinchadas, huecas y anfibológicas, prodigar a manos llenas los [pág. 3, col. 1] galicismos, cometer muy a menudo faltas imperdonables de gramática, emplear un estilo poco digno, ramplón y a veces indecoroso, quebrantar en fin, los preceptos todos de la oratoria. Repetimos que nadie debe ofenderse de esto, porque nadie duda de que es verdad lo que decimos. Este género de elocuencia es el más difícil, a nuestro juicio, y exige requisitos que le son peculiares. No hay un acto más augusto, más solemne que la discusión de una ley; todo debe corresponder, en ella, a la dignidad del objeto; todo debe ser noble, y majestuoso; todo debe respirar un profundo respeto al cuerpo soberano de la nación. ¿Pero ha sido así entre nosotros? ¿No es verdad que el furor de los partidos, y aun en los sentimientos personales se han desplegado siempre en la tribuna, y profanado aquel augusto recinto? ¿Y cómo puede ser un buen orador el que va dispuesto, no a procurar el esclarecimiento de la verdad no el triunfo de la razón, sino el abatimiento de un partido y la elevación de otro? ¿Qué dignidad, qué decoro puede conservar un hombre, que, olvidando el alto puesto que ocupa y los grandes intereses que se le han confiado, se desata en personalidades, y cita, como argumentos contra una medida, los defectos y debilidades de los que la sostienen? ¿Una sátira amarga, un dicharacho punzante puede jamás pertenecer al idioma sagrado de los legisladores de un pueblo?

Es verdad que todo esto es un efecto lastimoso de nuestras tempestades políticas, y de nuestra infancia en la representación nacional. Si en las cámaras de Inglaterra se oyese una personalidad, una palabra descompuesta, la opinión pública se sublevaría, la miraría como un escándalo, y el que la hubiese proferido necesitaría mucho valor para volver a pedir la palabra. Pero allí las costumbres están formadas; la opinión es el juez supremo a quien todos se sujetan, y cuyo beneplácito solicitan todos a fuerza de estudio, de dignidad, y de raciocinios. Nosotros nada de eso tenemos: no sabemos contener los impulsos de nuestro carácter, naturalmente vivo e inflamable. De aquí resulta que nada es más frecuente que el que un orador sea interrumpido en medio de su discurso, por una réplica inoportuna e impolítica; que las discusiones sean diálogos de medias palabras que no permiten desplegar razones ni desenvolver las ideas del orador, obligando a defenderse instantáneamente de ataques parciales y sucesivos. Necesitamos aprender a oír, porque todavía no lo sabemos. Cuando un orador tiene la palabra, es falta de crianza que el otro representante, o la Barra, lo interrumpa; en ninguna parte debe respetarse más la opinión que en un cuerpo deliberante. Por eso es que nosotros pensamos que un buen reglamento de debates contribuirá poderosamente a los progresos de la elocuencia parlamentaria. Círrase enteramente la puerta a las personalidades; hágase que los representantes respeten la autoridad del presidente, que a él solo le dirijan siempre la palabra, como en los Estados Unidos; que ni siquiera repliquen, cuando aquel los llame al orden; que respeten la opinión de los toros, sin interrumpirlos jamás; que el pueblo sea un espectador [col. 2] impasible de todos los debates; y entonces tendremos una dignidad en nuestros cuerpos deliberantes, las

discusiones serán luminosas, los representantes tendrán la tranquilidad e independencia necesarias para desplegar enteramente sus talentos, para presentar sus razones en todos los aspectos que quieran, y de todo esto resultará el descubrimiento de la verdad, el acierto en las medidas legislativas, y la perfección y brillantes de los discursos. Facilítese además, cuanto sea posible, la pronta publicación de los diarios de sesiones, hágase circular rápidamente por todas partes los discursos pronunciados en la tribuna; y los individuos que la ocupen se verán precisados a aplicarse al estudio, a meditar los grandes modelos de todo género, a aprender su idioma en los autores clásicos, porque nadie querrá exponerse a parecer en público delirante en política, cometiendo errores crasos en historia o en geografía, y usando un lenguaje desaliñado y mestizo.

El Tiempo, N° 51, 3 de julio de 1828, p. 3, cols. 1-3, p. 4, col. 1.

Literatura nacional (cuarta entrega)

[Juan Cruz Varela]

En el número anterior hablamos del estado de la elocuencia en nuestros cuerpos legislativos, indicamos algunas causas particulares de su atraso, y algunos medios de promover su mejora; bien entendido, que el principal y más indispensable es el estudio y la aplicación más constante, sin lo que nada puede conseguirse en este ramo. Siguiendo el plan que nos hemos propuesta, hablaremos ahora.

2º. De la elocuencia en el foro

Esta no existe absolutamente entre nosotros. Tenemos algunos abogados que saben perfectamente su profesión; pero la [col. 2] saben del único modo que es posible saberla en los países donde rige la jurisprudencia española; es decir, conocen a fondo las leyes, saben interpretarlas rectamente y aplicarlas con exactitud a los casos particulares. Pero sus escritos, sus discursos no son, ni pueden ser, trozos de elocuencia (hablamos siempre de la generalidad). Que no lo son, está demostrado con abrir cualquier proceso y leer los escritos que contiene, con asistir al tribunal de justicia y oír los discursos de los abogados. En todos reina un estilo árido y cansado, desnudo de elegancia, de gracia y de fluidez. Que no pueden serlo, es lo que vamos a demostrar.

El motivo más poderoso es el modo con que ha sido preciso hasta hoy estudiar la jurisprudencia. Sin un plan de enseñanza fijo y sencillo, sin un curso elemental de derecho, que reúna clara y metódicamente sus principios, llevando al estudiante por un camino seguro; sin un cuerpo de leyes en que estén consignadas con precisión las disposiciones vigentes; un joven se lanza en una carrera espinosísima, sembrada, a cada paso, de obstáculos casi insuperables, en un laberinto oscuro e intrincado donde es imposible saber el rumbo que debe seguirse; y de aquí resulta necesariamente el desaliento, y el descuido de la elocuencia, incompatible con la fastidiosa aridez de aquel estudio. Nuestra legislación

civil y penal es un conjunto de disposiciones diseminadas en diversos códigos, dictadas por necesidades concurrentes, sin relación las unas a las otras, derogadas estas por aquellas; es, en una palabra, un caos lleno de contradicciones; y, como alguno ha dicho,

*... Rudis indigestaque moles;
Frigida ubi pugnant calidis, humentia siccis,
Mollia cum duris, sine pondere habentia pondus.*

Agréguese a esto el idioma en que están escritas la mayor parte de nuestras leyes, el escuadrón de autos acordados, de ordenanzas, de reales cédulas, de pragmáticas, que rigen, sin registrarse en los códigos; la falange de comentadores que un estudiante se ve obligado a consultar; y véase si basta la vida de un hombre para la operación de alambicar toda esta multitud de escritos, y sacar la sustancia pura que se desea; dígasenos si el joven, que se ve obligado a hacer este estudio, puede tener tiempo para cultivar su estilo sacando partido de las bellezas del idioma, para enriquecer su imaginación con los conocimientos necesarios a un buen orador; si la naturaleza misma de la materia sobre que discurre no le impide adoptar un estilo pulido, fácil y gracioso, trazar el plan ordenado de un discurso, y desenvolverlo con elegancia y brillantez. No se crea por esto que queremos patrocinar un vicio, diametralmente opuesto a la aridez, que es muy frecuente en el foro. Algunos jurisconsultos, queriendo huir de esta, han adoptado un estilo declamatorio y pomposo, formando discursos compuestos de sonidos sin significación, y descubriendo el secreto de no decir nada en muchas palabras, cuando hasta ahora era un mérito el decir mucho en pocas. Nosotros juzgamos que este extremo es más perjudicial que el otro, porque pone más [col. 3] trabas al descubrimiento de la verdad, y a la ilustración de la materia. Creemos que el arma que más conviene usar en el foro es la lógica, una lógica estricta y severa, desnuda de arreos opacos y fastidiosos. Es verdad que puede haber muchas causas en cuya defensa sea preciso echar mano de los recursos de la Retórica y dirigir los ataques al corazón más bien que a la cabeza: pero esta será siempre un excepción de aquella regla; y el talento del orador le indicará el estilo que debe adoptar. Entre tanto creemos necesario repetir que la lógica debe ser la principal arma del foro. El interés de la justicia y la tranquilidad social así lo exigen. A nuestro juicio, es un error creer que el defensor de un reo está obligado a salvarlo de la pena a todo trance, aunque sea sacrificando la justicia. Los jueces tienen sentimientos como los demás hombres, y un jurisconsulto que poseyera el arte de conmover los corazones podría con facilidad arrancar una sentencia dictada por la compasión y la humanidad a favor de un criminal, o de muchos. ¿Habría quien diga que esto es conveniente? Si así fuera, la jurisprudencia tendría por objeto la protección de los delitos.

Concluiremos, pues, diciendo que, mientras nuestra legislación civil y penal no reciba una mejora fundamental, un ser enteramente nuevo, mientras no se formen códigos rurales, luminosos y capaces de satisfacer completamente las necesidades de la justicia; mientras el estudio de la jurisprudencia no se metodice y facilite, desnudándolo de los inconvenientes que hoy tiene; será imposible que veamos nacer y progresar en nuestro país la elocuencia del foro. La forma que se dé a nuestros tribunales, y el orden que se establezca en los juicios debe contribuir también a su progreso. Si se sanciona la completa publicidad de los juicios, si se llama a todos los ciudadanos a presenciar los debates, si se

logra, en una palabra, administrar la justicia por los medios establecidos en Inglaterra;¹ entonces nuestros jurisconsultos tendrán mayores estímulos. En esta profesión, como en todas, es preciso tener crédito para ganar dinero; este crédito no se consigue sino brillando ante el pueblo; para brillar es indispensable el estudio y la aplicación: y así es como el interés personal haría progresar nuestra jurisprudencia y fomentaría la elocuencia en el foro. Sigamos adelante.

3°. *Elocuencia del púlpito.*

Nunca no es más amarga que ahora la necesidad de criticar. El púlpito, destinado a ilustrar el pueblo sobre puntos tan importantes, sobre materias que tienen un influjo tan poderoso en la tranquilidad de las conciencias particulares, en el régimen interior de las familias, en las costumbres públicas, en la organización de los Estados, el púlpito ha sido por largo tiempo en nuestro país la cátedra del error, el oráculo del fanatismo. Muy poco tiempo hace que este [p. 4, col. 1] último sufrió los primeros ataques; poco a poco se ha ido debilitando su poder; pero aun no lo hemos extirpado; y no lograremos extirparlo, mientras los sacerdotes ilustrados no tomen a su cargo este empeño, enseñando, desde la cátedra del evangelio, los verdaderos principios de la religión, las máximas de la sana moral; y desengañando al pueblo sobre los abusos que se han mezclado con el dogma. Esta materia es delicadísima; y no creemos oportuno ni conveniente desenvolver en este lugar todas las ideas que tenemos sobre ella. Así que, nos contentaremos con decir que la elocuencia del púlpito necesita una reforma fundamental, tanto en la parte moral como en la oratoria. Por lo que respecta a la primera, ya hemos dicho cual es el deber de los ministros de culto: enseñar al pueblo, explicarle las máximas y los preceptos contenidos en nuestras santas escrituras, recomendarles la práctica de las buenas acciones; y no ir a contar en el púlpito cuentos absurdos y ridículos, o sucesos maravillosos, extraordinarios e inverosímiles, que asustan la imaginación sin convencer el entendimiento. Por lo que respecta a la parte oratoria, que es la que tiene más relación con nuestro asunto, no podemos dejar de decir que apenas hemos oído uno que otro sermón que merezca nombre de tal. El estilo claro, sencillo, inteligible a todos, pero no bajo, la unidad del discurso, su división conveniente, son cosas desconocidas en nuestro púlpito; y mucho más el tono, la acción y el gesto del predicador. Los gritos descompasados, las contorsiones violentas son impropias de toda oración y de todo lugar, pero mucho más del templo de Dios, donde todo debe respirar moderación, recogimiento y respeto. En nuestro país no es de extrañarse el abandono de este género de elocuencia. Prescindiendo de muchas consideraciones, relativas al estado y beneficios del clero, que no son de nuestro resorte, hay en nuestra educación pública un vacío que conviene llenar, La enseñanza de la moral religiosa, y de las materias que debe saber un ministro del altar está muy descuidada en Buenos Aires; y si queremos tener un clero ilustrado, es menester proporcionar medios de formarse a los jóvenes que quieran dedicarse a esta carrera.

¹ Puede ser que alguna vez nos ocupemos de la institución de los jurados aplicada a nuestro país. Ahora no es ocasión de examinar si se puede o no establecer; por eso es que sólo decimos si se logra... etc.

Literatura nacional (quinta entrega)

[Juan Cruz Varela]

En nuestros dos últimos artículos tratamos del cultivo de la elocuencia, y creemos que lo que allí dijimos con relación a Buenos Aires, es aplicable, con más o menos extensión, a todos los puntos del [col. 2] nuevo continente, donde se habla el idioma español. Siguiendo el plan que nos hemos propuesto en estos artículos, nos abstendremos de considerar las pocas obras científicas que han visto la luz en Buenos Aires, porque este análisis no es de nuestro resorte; y pasaremos a examinar los progresos de la poesía, de ese arte delicioso, conocido y practicado en todas las épocas por todos los pueblos del mundo, desde las hordas errantes de los desiertos hasta las naciones más cultas de la Ilustrada Europa.

La poesía sigue siempre paso a paso los progresos de la civilización y del idioma. Aquella enriquece la fantasía; este da fuerza y elegancia a la dicción: la una pone a disposición del poeta medios necesarios, no solo para copiar la naturaleza, sino también para enseñar deleitando las lecciones útiles de la filosofía, y presentar, bajo un disfraz halagüeño, los preceptos severos de la moral; el otro es el campo que se ha de explotar, y del que se sacarán más riquezas, cuanto más cultivado se encuentre. Si falta la primera, la poesía servirá solo para alhagar [*sic*] la fantasía con imágenes brillantes, pero de ninguna utilidad práctica: si el segundo es semi-bárbaro, o se halla corrompido, ni lo útil ni lo bello se pueden conseguir, con una versificación dura y disonante, con un estilo incorrecto, y con una fraseología adulterina. Esta verdad nos servirá para apreciar con exactitud los progresos de nuestra poesía. Nuestra civilización data de una época no muy remota, y, como mil veces lo hemos dicho,

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy a nuestro idioma gravemente aqueja¹

agregándose al peligro natural de esta enfermedad el descuido con que la miramos.

Nuestras prensas han dado a luz millares de composiciones métricas de todo género; y ¡ojalá no hubiesen dado tantas! La fiebre de hacer versos y de ser autor ha puesto la pluma en manos de muchos, que, sin talentos, sin estudios, sin conocimiento siquiera de las primeras y más triviales reglas del arte, y aun sin saber la gramática castellana, se han creído con derecho a publicar las producciones insulsas de su estéril imaginación. Así hemos visto, en un *Poema épico-descriptivo sobre la batalla de Maipú*,² seguir escrupulosamente las rachas y contramarchas de ambos ejércitos, describirnos las más minuciosas circunstancias, contar lo que hablaban los jefes entre sí, decir el empleo que cada uno tenía, especificando sus nombres y apellidos, poner, en una palabra, el parte y los detalles de

¹ Iriarte

² Este poema se publicó en un folleto suelto en 1818, y se halla inserto en la *Lira Argentina*, publicada en París.

aquella jornada en versos ramplones, sin armonía, sin estilo, sin ideas, Así hemos visto desnudar a la oda de su orgullosa dignidad por un poeta que, describiendo las batallas de Salta y Tucumán, y esclavizando su imaginación a la ingrata ley del consonante, dice que

Venían las falanges enemigas
Como tropas de hormigas³

[col. 3] Y nos cuenta después la aparición de la Santísima Virgen en el campo de batalla. Así también hemos visto en nuestro desgraciado teatro las traducciones jenízaras del Mahoma, de la Alzira, de la María Estuarda, y los insulsos Araucanos, pieza original de que hablaremos en su lugar.

Nunca llegaríamos al fin si nos propusiéramos enumerar todas las composiciones métricas que han sido la afrenta del buen gusto, y han alimentado la ignorancia en este ramo de la literatura. En vano se ha escrito tanto contra los malos poetas; en vano se les ha ridiculizado bajo mil formas diversas: nada ha sido bastante para evitar que se multipliquen sus producciones. La razón es clara: porque los malos poetas, o no leen los escritos de los maestros, o no entienden sus preceptos, ni conciben el espíritu de sus sátiras. “¡Oh corvas almas! dice don Hermogenes, para quienes los silbidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!”. Pero doblemos esa hoja tan desagradable.

La poesía es siempre el espejo que presenta la imagen del carácter nacional. El de los Americanos es vivo, variable y alegre; y sin embargo, por una singular anomalía, la poesía ligera y festiva es la más atrasada en nuestro país. El epigrama, la letrilla satírica, todas las composiciones de este género, o no se han cultivado, o se han cultivado con muy poco suceso. De esto tenemos pruebas muy recientes. En los últimos tiempos, en que las prensas han servido tanto al furor de los partidos, han visto la luz millares de composiciones del género que nos ocupa, celebradas por unos con entusiasmo, y vituperadas por otros con acritud, sin que en el juicio de estos ni de aquellos tuviesen parte la reflexión y la imparcialidad. Lo cierto, a nuestro juicio, es que, en ese gran repertorio de agudezas, hay poquísimos trozos que puedan llamarse perfectos, algunos buenos, muchos malos, y muchísimos detestables. Puede ser que, cuando estemos más tranquilos, y pensemos en reformar nuestras costumbres, y en atacar seriamente a los que corrompen el gusto literario, estos y aquellos sirvan de asunto a la sátira festiva de nuestros poetas.

Con algún más suceso ha sido cultivada la poesía lírica, en todos sus otros ramos, y tenemos muchas composiciones que honrarán siempre al Parnaso argentino. Ninguno de nuestros poetas ha publicado todavía una colección completa de sus versos; así es que sólo conocemos los que se han escrito sobre objeto de un interés público, y algunas piezas dramáticas. De estas hablaremos en su lugar, examinándolas una a una, porque su número es reducido. De los demás sólo podremos hablar con generalidad. El género más cultivado ha sido el canto lírico y la oda. Entre los primeros merece alguna atención el que se publicó en celebridad de la Defensa de Buenos Aires contra las armas británicas, en 1807. Verdad es que no carece de defectos, pero fue de los primeros ensayos de nuestra poesía, y, por otra parte, tiene trozos bellísimos, e imágenes muy valientes. El *Canto al vencedor de Maypú*, conocido generalmente por su primer verso:

³ Oda sobre las batallas de Tucumán y Salta, publicada en Buenos Aires en aquella época.

es también un bello trozo de literatura, y su autor ha sostenido la elevación de su estilo, de un modo digno de aquel principio. Menos feliz en su *Canto lírico a la libertad de Lima*,⁵ su estilo desdice a veces, por su debilidad, de la grandeza del asunto, y de los muchos trozos bellos en que abunda la composición. Ha pasado tan poco tiempo desde la publicación del *Canto lírico* titulado *Campana del Brasil y triunfo de Ituzáingó*, que nuestros lectores deben tenerlo aun muy presente, y pueden juzgarlo por sí mismos. Nosotros lo miramos como una producción en la que el poeta ha sentido toda la elevación de su asunto, y lo ha desempeñado de un modo digno. Puede ser que, pasado el entusiasmo nacional, cuando pasen las circunstancias que lo producen, le consideremos de otro modo.

En la oda se han hecho también ensayos bastante felices. Muchas, y de diversos autores, han visto la luz en celebridad de los triunfos de nuestras armas, o en elogio de la prosperidad de nuestro país, que figurarán siempre de un modo digno en los fastos de la literatura nacional. No sucede así con la elegía. Algunas hemos visto aparecer, consagradas únicamente a nuestros hombres distinguidos; pero son poquísimas las que, en nuestro sentir, merecen una mención honrosa, y diremos que las virtudes y los méritos del ilustre general D. Manuel Belgrano, por ejemplo, merecían ser cantados de un modo más digno que lo que fueron por cuantos expresaron en verso el duelo de nuestra patria, en aquel lance doloroso.

La poesía descriptiva no ha dado aun un solo paso entre nosotros, a pesar de que el suelo de la América parece que convida a los poetas a despegar su genio en esta clase de composiciones. Una vegetación rápida y prodigiosa, un suelo siempre verde y florido, un clima dulce y templado, un cielo sereno y despejado, donde parece que el sol brilla con mayor ostentación, una cadena de montes, cuyas cimas propiamente se esconden en las nubes, y donde todo es grande, nuevo y portentoso, las nieves, los torrentes, la infinita variedad de la naturaleza, más caprichosa allí que en ninguna otra parte, unos ríos soberbios y caudalosos que ofrecen a la vista la imagen misma del Océano; todos estos objetos son propios para inflamar la imaginación de los poetas, y producir bellas y grandiosas descripciones. Pero hasta ahora los poetas argentinos solo han pulsado la lira, o inflamados por el entusiasmo nacional, o en los grandes triunfos de la patria, o deseosos de mostrar al mundo su esplendor, sus instituciones y progresos. Acaso, entre las numerosas composiciones de nuestros genios, que no han visto la luz pública, se hallarán modelos de poesía descriptiva, debidos a los portentos de la naturaleza en el suelo de la América.

Dijimos al principio que, al hablar de las obras, nunca nombraríamos los autores. Pero permítasenos hacer una excepción en este lugar, y que la amistad pague al mérito el tributo de una justa alabanza, [col. 2] ya que las musas desagradecidas del Plata no han sembrado de rosas la tumba de uno de sus hijos más ilustres. ¡Virtuoso y dulcísimo Luca!⁶

⁴ Publicado, en 1818, en Buenos Aires, e inserto en la *Lira Argentina*.

⁵ Publicado, en 1821, en esta capital, e igualmente inserto en aquella colección.

⁶ El distinguido porteño D. Esteban Luca naufragó en el Barco Inglés, a principio del año 1824, volviendo de Janeiro en clase de secretario de una legación. Se arrojó al agua sobre una armazón de tablas, y aun se ignora la suerte que corrió.

Tu vida fue la delicia de tus amigos, el consuelo de tu familia. Tus virtudes públicas, tu patriotismo y tus talentos, fueron la gloria de tu país, cuyo nombre ilustraron las bellas producciones de tu genio: pero tu muerte desgraciada y prematura fue el duelo de todos tus conciudadanos, y tu memoria arranca hoy las lágrimas de cuantos tuvieron la fortuna de conocerte. Nosotros que tuvimos la de ser tus amigos, que conocimos y apreciamos tus virtudes privadas, que nos gloriamos de merecer tu confianza, y que sentimos hoy una pena amarga, al consagrarte este recuerdo de nuestra amistad, nosotros te aseguramos que el nombre de Estaban Luca jamás se borrará de la memoria de tus amigos. Tú nos faltas, es verdad; pero has dejado entre nosotros los recuerdos de tus servicios, de tus virtudes, y los rasgos inmortales de tu pluma.

Permítasenos, repetimos, este pequeño desahogo, mientras pasamos a ocuparnos del estado de nuestro teatro, y del examen de las piezas dramáticas que pertenecen a nuestra literatura.

(Continuará)

Boletín Cómico.

Fragmento inédito de *La Moda*.*

Cursos públicos.

Enseñanza del idioma

[Juan B. Alberdi]

Profesor: el señor Figarillo.

La sala es vasta, el concurso inmenso:
el orador sube a la cátedra en medio
de ruidosos aplausos; se inclina modestamente; sigue un profundo silencio, y comienza:

Calaveras:

Voy a principiar por enseñaros a hablar, porque ni eso sabéis. Vos no habláis la lengua castellana, sino la lengua que os da la gana; y entre nosotros no hablar la lengua castellana, es no hablar ninguna lengua.

Siempre en nosotros la gana por delante, y jamás la razón. No contentos con haber embarullado la política de España, ahora queréis embarullar también su lengua: ya no hacéis caso de la Academia ni de Cervantes, ni de Jovellanos, ni de los dueños del idioma que tenemos prestado: os habéis figurado que es vuestro, y le tratáis sin la menor ceremonia, sin prever que mañana nomás, si a la España le da también la gana, viene y nos quita su lengua, que es suya porque ella la formó; y no se la dio el Papa, ni la robó a nadie, ni la ha enajenado, ni la ha arrendado a nadie, y nos deja mudos a todos, mirándonos unos a otros y hablándonos por señas.

¿Quién os ha dicho que las lenguas deban ni puedan cambiar jamás? ¿Qué son mujeres acaso? ¿Son veletas? ¿son opiniones? ¿son peinetas para que un día estén de un modo y otro día de otro? De ningún modo, señor: la constancia, la constancia en todo, y en esto más que en nada, aunque es mala comparación, el hombre firme debe ser como el benteveo, que lo mismo canta hoy que cantó ahora tres mil años, esto si el benteveo es de los que escaparon en el arca de Noé, que yo no sé lo que dice Cuvier a este respecto.

He preferido también principiar por la lengua, porque no solo es el primero, sino también el último, el más interesante de los estudios, para el pueblo sobre todo. Para que un pueblo no pueda ser libre, ni rico, ni feliz sin el manojito puro de su lengua. Así pues, pobre del pueblo, que, hablando la lengua castellana, confunde, por ejemplo, en algún caso, la S con la Z, ya está próximo a caer en servidumbre; porque así como hoy confunde la s con la z, mañana no más confundirá también la justicia [pág. 18, col. 1] con la injusticia, la

* Hemos podido obtener algunos fragmentos inéditos de la difunta *Moda* de Buenos Aires, y creemos que el público nos agradecerá su inserción en nuestro papel.

verdad con la mentira, la virtud con el crimen. Notad que los pueblos nunca han sido más libres, que en los tiempos floridos de su lengua: ved la Francia bajo Luis XIV; la España bajo Felipe III; la Italia bajo León X, Roma bajo el imperio de Augusto. Y ya se ve que debe ser así, ¿en qué han de pensar los pueblos libres sino en su más primordial y sublime interés? ¿Cuál? ¿La libertad? ¿El progreso? ¿La igualdad? ¿La riqueza? ¿La paz?; nada de eso, en lo que está primero que todo, esto: la lengua. ¿Para qué queréis una libertad escrita con v en vez de b? ¿Para qué sirven la riqueza y la paz escritas con s en vez de z? Bien saben pues como proceden esos literatos que renunciarían los siete cielos juntos si los viesen escritos con s.

¿Queréis escribir vuestro idioma?: no escribáis el idioma que habla vuestro país porque vuestro idioma, no es vuestro idioma. Vos debéis escribir como nadie habla ni escribe aquí; y si escribís como se habla y escribe aquí, no sabéis escribir. Es cierto que la literatura debe ser la expresión de la sociedad, pero eso es para otras partes. La literatura nacional debe ser la expresión de la sociedad española, porque nuestra sociedad no tiene boca todavía ni tiene nacionalidad, es pupila, y debe hablar la España por ella.

Otro gran secreto del español castizo, está hoy día en la sintaxis.

Lenguas indígenas de la América

Las lenguas de la América son tan poco conocidas
como las del África.

Malte Brun. *Précis de la Géographie Universelle*

Si tendemos la vista por el continente americano, veremos en todos sus puntos la decadencia, o por mejor decir, la ruina casi completa de la raza índica. En el norte, el sable y el whiskey de los ingleses la han extinguido, como el hacha ha arrastrado las florestas de aquellas regiones. Huyendo una civilización que las rechaza de su seno, las reliquias de las antiguas tribus, se han retirado en los Estados-Unidos a lugares desiertos o a los espesos bosques del oeste, para encontrar un alimento, que los progresos de la agricultura, alejando la caza, les arrebatában cada día. Estas emigraciones les han sido funestas, y diezmados por la muerte, los indígenas han señalado su camino con sus huesos. Los ingleses se asemejan a Alejandro, han cortado el nudo en vez de desatarlo. Han trasplantado una nueva Europa, pero sin extender la mano al indio, señor de la tierra. Ahora mismo avanzan sin descanso y conquistan pie a pie con un tesón infatigable, la inmensidad de las llanuras, de los ríos y de las selvas, y arrojan ciudades populosas y florecientes allí en donde se levantaba la choza del salvaje: mientras que éste, estrechado como una bestia feroz por las fábricas, los caminos de hierro y los establecimientos europeos se encuentra acometido en los últimos atrincheramientos.

El sistema de colonización español fue muy diverso: hicieron de los naturales el cimiento sobre que elevaron su edificio, imponiéndoles su religión, su lengua y sus costumbres. No cegaron como los otros todas las cabezas para limpiar el terreno, y aclimatar en él una planta extranjera; sino que injertaron uno de sus brotes en un tronco que querían cultivar. Mas a consecuencia de este mismo orden de cosas, la raza índica, ya que no perece en los dominios antes españoles, pierde al menos su carácter original, mezclándose con elementos heterogéneos, para producir una sociabilidad esencialmente diversa. Algunos pueblos, jirones de los antiguos imperios de la América, esparcidos de trecho en trecho en nuestros territorios, como despojos del gran naufragio de la conquista, son los únicos representantes que subsisten de la civilización índica, conservando su fisonomía peculiar y su lenguaje pintoresco como los paisajes de la América.

El plan de absorción continuado por las nuevas repúblicas, no gastará ya mucho tiempo en concluir su tarea, y habrán desaparecido de la tierra todos esos pueblos, sin que nos hayamos aprovechado por un estudio detenido de los preciosos datos que nos suministran para la resolución de los más importantes e intrincados problemas. Las relaciones de la raza americana con el resto del género humano, como su organización y sus rasgos característicos, serán siempre el blanco de las meditaciones de los hombres pensadores. Pero un misterioso velo cubre su pasado, y solo sus ruinosos monumentos y las lenguas, menos durables todavía, puesto que cada tribu que perece arrastra a su tumba alguna de ellas, son las únicas antorchas que pueden alumbrarnos en tan espesas nieblas.

En el examen de los primeros se han empleado ya algunos sabios ilustres; pero el de las segundas requiere una permanencia entre los salvajes más larga de lo que sus circunstancias permiten por lo general a los viajeros europeos, estos cometas de nuestra horizonte científico. Así es que el rico minero de la lingüística americana, casi puede decirse que está aún por explotarse. Es necesario que llevemos ahí nuestras miradas cuanto antes, pues la importancia de semejante estudio no puede ponerse en duda. Siendo la ciencia de la gramática general aplicada de una manera comparativa a las diversas lenguas, nos ofrece un poderoso interés histórico y psicológico; porque solo este estudio nos permite subir más allá de los datos de la historia y de la tradición hasta el origen de las naciones, seguir a través de los siglos las emigraciones de los pueblos, encontrar las huellas de su mansión en las diversas partes del mundo; y arrojando alguna luz sobre la geografía antigua y sobre los anales desconocidos de las primeras edades, nos suministra preciosos documentos acerca del desarrollo sucesivo de las facultades del hombre.

En algunas lenguas indígenas se ha observado, por ejemplo, que las palabras al pasar por la boca de la mujer, toman una terminación distinta de la que les es propia, cuando las usa el hombre. La explicación de esta anomalía se ha obtenido, suponiendo con mucha verosimilitud en *estas naciones* [sic] conquistadoras la costumbre de matar a los hombres conservando las mujeres. Tales son los medios que las lenguas proporcionan para aclarar los antecedentes oscuros y los hábitos ignorados de esta raza. Sin embargo, hasta ahora no han sido estudiadas más que por los misioneros y los viajeros. Aquellos no han tenido en sus investigaciones un objeto científico, y no han trabajado en ellas, sino por el servicio de su religión; mientras que estos solo han podido estudiarlas de paso, llamando preferentemente su atención la gigantesca y majestuosa naturaleza de la América. Esas montañas que ocultan su cabeza entre las nubes, esos volcanes, crisoles inmensos en donde hierve el oro, esas llanuras cuyos límites se pierden en el horizonte, esos ríos de embocadura tan dilatada como un mar, debían atraer su observación antes que las pobres y bárbaras hordas, que aparecen apocadas por tan imponente espectáculo.

Se suelen examinar tan superficialmente estos idiomas que escritores de nota aseguran que en una página se podría contener su diccionario, sosteniendo que no se puede expresar en ellos, a causa de su grosera esterilidad, un pensamiento, una idea una [sic] y ni aun la pasión. Pero este error, efecto de juicios precipitados, ha sido combatido con argumentos al parecer irrefutables por M. Alcide d'Orbigny. "Si los Quichuas y los Aymarás civilizados, dice, tienen una lengua extensa, llena de figuras elegantes, de comparaciones cándidas, de poesía, sobre todo cuando se trata de amor, no se debe creer que aislados en el seno de florestas salvajes, o arrojados en medio de llanuras sin límites, los pueblos agricultores, cazadores y guerreros, estén privados de formas elegantes de lenguaje, de figuras ricas y variadas. Los voluminosos diccionarios *chiquitos* nos suministran una prueba; por otra parte, si no fuese así ¿qué podrían decir esos infatigables oradores que hemos visto entre los Patagones, los Puelches, los Yuracares, los Araucanos conmover a su auditorio y animarlos con sus discursos? De qué se compondrían entre los Guarayos (tribu de los Guaraní) esos himnos religiosos y alegóricos, tan ricos en figuras? Cuanto más penetramos en el genio de estas lenguas, tanto más las concebimos y tanto más reconocemos que son, en general, extremadamente ricas, abundantes. Si se pudiese estudiar a fondo el *guaraní*, el *chiquitos*, el *quichua*, como se estudia el latín, el griego podrían convencerse de este hecho."

Este testimonio no es aislado; también algunos otros, cuyos estudios prolijos en estas materias nos garantizan que casi por todas partes estos idiomas ofrecen más riqueza, matices más finos de lo que podía esperarse en el estado de atraso de los pueblos que los hablan. Son, según se afirma, de una composición tan artificial, tan ingeniosa que la fantasía refiere por necesidad su invención a alguna nación antiguamente civilizada; no digo civilizada a la manera de los modernos, sino como lo estaban los griegos de Homero, teniendo ideas morales desarrolladas, sentimientos exaltados, imaginación viva y galana, en fin bastante tiempo y tranquilidad para entregarse a meditaciones, para crearse abstracciones. Por el genio, pues, por los tintes y aun por las irregularidades mismas del lenguaje americano, se podría llegar a averiguar el origen de los habitantes de estos países. Es un instrumento misterioso, que nos permitiría mirar a través de los tiempos, facilitándonos los medios de asistir con nuestras conjeturas al momento en que se pobló la América. Este solo motivo haría interesante su estudio, aun prescindiendo de su importancia psicológica.

No advierten por lo general que la igualdad de clima y el estado análogo de civilización o de barbarie en la especie humana, podrían formar costumbres, hábitos y hasta una constitución corporal idénticos, sin que fuese permitido deducir de estas semejanzas la comunidad de origen. Las mismas influencias físicas deben en efecto imprimir un sello uniforme sobre la organización humana, expuesta de igual modo a su acción. Así todas las analogías físicas no bastan siempre para establecer una raíz común a las naciones que se parecen; pero la lengua, no dependiendo de la atmósfera ni de los otros accidentes naturales, corrige aquel inconveniente. Convengo en que por sí sola, no es una prueba concluyente en pro o en contra de la cuestión, mas es un indicio poderoso que haría inclinar de un modo notable la balanza. “Las lenguas”, dice Malte-Brun, “son después de los caracteres fisiológicos, la señal más cierta del origen común de los pueblos. En las de la América se ha creído encontrar las únicas pruebas positivas de una emigración de las naciones asiáticas, a la cual el nuevo mundo debería su población. Mr. Smith Barton [*sic*] ha dado el primero a esta hipótesis una especie de solidez, comparando un gran número de palabras, tomadas en diversos idiomas americanos y asiáticos. Estas analogías, así como las que ha recogido el abate Hervas y M. Vater [*sic*] son sin duda demasiado numerosas para poder considerarlas como un juego de la casualidad; pero como lo observa M. Vater no prueban más que comunicaciones aisladas y emigraciones parciales. El encadenamiento geográfico les falta casi del todo; y sin este encadenamiento ¿cómo se establecería sobre ellas la base de una conclusión?

“Hemos continuado las indagaciones de los tres sabios nombrados, y, sin tener a nuestra disposición *materiales muy extensos*, hemos obtenido resultados que nos han hecho creer un momento, que íbamos a demostrar como una verdad histórica, el origen enteramente asiático de las lenguas americanas.

“Encontramos desde luego el encadenamiento geográfico incontestable de muchas palabras principales, que se han propagado desde el Cáucaso y el Ural hasta las cordilleras de México y del Perú. No son sílabas las que hallamos semejantes por artificios etimológicos: son palabras enteras, desfiguradas tan solo por terminaciones o inflexiones de sonido, cuyo viaje, por decirlo así, podrán seguir nuestros lectores. Los objetos más notables de los cielos y sobre la tierra, las relaciones más dulces de la naturaleza humana, las primeras necesidades de la vida, tales son los eslabones que ligan muchas lenguas de la

América a las lenguas del Asia. Se presentan aun algunas correspondencias, si se puede decir, más metafísicas, en los pronombres y en los nombres; pero aquí la cadena está con frecuencia interrumpida. Todavía esto no es todo. El encadenamiento geográfico se ha ofrecido muchas veces a nuestras indagaciones, bajo el aspecto de una comunicación doble y triple: algunas veces esas líneas se confunden en los puntos intermediarios, hacia el estrecho de Behring y las islas Aleutianas; pero se distinguen por los anillos extremos. El número de las analogías ciertas es más del doble de lo que se había observado. En fin, no es una sola denominación del sol, de la luna, de la tierra, de los dos sexos, de las partes del cuerpo humano, la que ha pasado de un continente a otro: son dos, tres, cuatro denominaciones diferentes, proviniendo de lenguas asiáticas, reconocidas por pertenecer a diversos troncos.

“Tantas semejanzas imprevistas, y que no habían apercibido nuestros antecesores, habrían podido excitarnos a sostener con una especie de seguridad, el origen puramente asiático de las principales lenguas americanas. Pero, más fieles al interés de la verdad, no ensayaremos fundar sobre nuestras observaciones, una aserción imponente y aventurada: diremos con franqueza, que las analogías entre los idiomas de los dos continentes, aunque elevadas, por nuestras indagaciones, a un nuevo grado de certidumbres y de importancia, no nos autorizan, sino para sacar las conclusiones siguientes:

“1. Tribus asiáticas, ligadas por parentesco e idioma con las naciones finesas, ostiacas [sic], permianas y caucasianas, han emigrado hacia la América, siguiendo las riberas del mar glacial, y pasando por el estrecho de Behring. Esta emigración se ha extendido hasta Chile y hasta la Groenlandia.

“2. Tribus asiáticas, ligadas por parentesco e idioma con los Chinos, los Japoneses, los Ainos y los Kurilianos, han pasado a América, costeano las riberas del Grande Océano. Esta emigración se ha extendido por lo menos hasta México.

“3. Tribus asiáticas, ligadas por parentesco e idioma con los Tonguses, los Mantchuses, los Mongoles y los Tártaros, se han derramado, siguiendo la altura de los dos continentes, hasta México y los Apalaches.

“4. Ninguna de estas emigraciones ha sido bastante numerosa, para borrar el carácter originario de las naciones indígenas de la América. Las lenguas de este continente han recibido su desarrollo, su formación gramatical y su sintaxis, independientemente de toda influencia extranjera.

“5. Las emigraciones han sido hechas en una época en la cual las naciones asiáticas no sabían contar, sino hasta dos y cuando más hasta tres, y en que no habían formado completamente los pronombres de sus lenguas. Es probable que los emigrados del Asia no trajeron consigo, sino perros y quizá cerdos; sabían construir canoas y cabañas; pero no daban ningún nombre particular a las divinidades que han podido adorar, ni a las constelaciones ni a los meses del año.”

“6. Algunas palabras malayas, javanesas y polinesas han podido ser transportadas a la América meridional con una colonia de los Madegases [sic] más fácilmente que por la ruta del Gran Océano, en que los vientos y las corrientes no favorecen la navegación, en una dirección oriental.

“7. Un cierto número de palabras africanas parecen haber sido transportadas por la misma vía que las palabras malayas y polinesas; pero las unas y las otras no han sido reconocidas todavía en bastante cantidad, para poder servir de base a alguna hipótesis.

“8. Las palabras de lenguas europeas, que parecen haber pasado a América, provienen de las lenguas finesas y lettonas; se ligán al nuevo continente por las lenguas permiana, ostiaca y yukajira [sic]. Nada en las lenguas persa, germánica, céltica; nada en las lenguas semítica o de la Asia occidental, ni en las del África septentrional indica emigraciones antiguas hacia la América”.

Estas sabias y curiosas observaciones del primero de los geógrafos modernos, son una elocuente prueba de los recursos que encierran las lenguas, para fijar el origen de los pueblos, y trazar la historia de sus emigraciones. Ellas son, sin disputa, el anteojo mágico que traspasando el tiempo y el espacio, nos permite descubrir tan importantes secretos. A pesar de no poseer *materiales muy extensos*, Malte-Brun ha adivinado por su medio, lo que parece casi increíble, que los emigrados asiáticos traían consigo perros y quizá cerdos. Lo afirma sin embargo, con toda seguridad, porque está apoyado por el *encadenamiento geográfico*, circunstancia que garantiza el crédito de las lenguas.

Urge, pues, que los Americanos interroguen el pasado de la raza índica, si quieren alcanzar resultados científicos que atraerían las miradas de la desdeñosa Europa. Sería por otra parte el único modo de remediar los males de esa indiferencia que nos ha hecho olvidar casi todas las tradiciones indígenas y españolas. En China y en el Japón se tienen por invenciones muy modernas las que solo suben a dos mil años; y en América no hay más que uno que otro acontecimiento, y se tiene por muy antiguo, que alcance a la época del descubrimiento. Hemos heredado el desdén de los conquistadores por los vencidos, y por eso los indios desaparecen sin que recojamos un vestigio de su pasaje por la tierra. En el Perú, en Guatemala y en México algunas ruinas de edificios, pinturas, historias, monumentos de escultura, declaran la antigua civilización de los naturales; pero apenas se encuentra, según observa un célebre viajero, en una provincia entera, algunas familias que tengan nociones precisas sobre los Incas y los mejicanos. Volvemos pocas veces los ojos hacia atrás, olvidando que el sol ilumina primero los objetos situados a nuestras espaldas. Así también suele encontrarse en esas lejanas edades la solución de muchos problemas. Su explicación se hallaría tal vez en el indio, que se nos presenta con su traje, su lengua y su carácter: tiene mucho de interesante, estudiémosle, pero luego, porque ya ha perdido su *quippus* [sic] y sus pinturas simbólicas, y el cristianismo borra cada día de su alma los sentimientos del salvaje, que nos manifiestan una faz del corazón humano. Él es el monumento vivo de una civilización concluida ya, la raza a que pertenece, por lo general, no ha desafiado al olvido como los Egipcios escribiendo en libros de piedra, sus luchas, el nombre de sus guerreros y de sus sacerdotes, sus instituciones, sus costumbres, etc.: es de estos últimos herederos de tantas generaciones de quienes debemos recibir noticias que los otros han confiado a sus pirámides, a sus obeliscos y a sus sepulcros.

Somos un pueblo sin recuerdos, pues esa era de gloria, esa epopeya, que se llama la guerra de la independencia, es casi contemporánea: lo que no deja de ser un obstáculo para el establecimiento de una literatura original. En el momento de la conquista, el colono europeo, bajo el influjo de una naturaleza exótica, adquirió hábitos adoptados a las nuevas necesidades, las memorias nacionales se empeñaron en su alma y se adormeció en el presente dirigiendo pocas veces los ojos hacia atrás. Por esta causa, aunque la gloria de Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y bosques de la América; aunque el pueblo pronuncia a veces estos nombres ilustres, se presentan a su imaginación como pertenecientes al mundo ideal o al vacío de los tiempos fabulosos. Como visiones de

la fantasía, estas visiones flotan, por decirlos así, en el aire sin que nadie se las apropie. En verdad que no hay para qué recordarlas: pertenecen a otras regiones y a otros climas. El entusiasmo de la revolución, todavía no apagado, nos las hace aun odiosas.

No sucede lo mismo con las tradiciones índicas; hasta en la pasada lucha ha habido cierta tendencia a identificar nuestra suerte y la de los primitivos habitantes. Para expeler a los españoles, nos hemos proclamado representantes de los indígenas. Su historia ignorada tiene el interés por lo desconocido, y podríamos suplir con ella los recuerdos que nos faltan. Entregándose con tal espíritu al estudio de las lenguas se aclararía cuanto se pudiese todo lo relativo a los tiempos anteriores a la conquista así como lo que se refiere a esta y a la dominación española. Se pondrían en contacto con las naturales para aprender su idioma, y profundizando de este modo todo lo que les concierne, es muy probable que se descubriesen nuevos datos sobre su estado anterior y posterior al descubrimiento. Sería este otro provecho que indirectamente deberíamos a las lenguas.

No se me oculta la dificultad de resolver esos espinosos problemas; pero si la gota de agua que destila de una roca traspasa al cabo una montaña ¿por qué la inteligencia a fuerza de constancia, no lograría alcanzar una solución satisfactoria? La tarea además es larga, y solo el concurso de muchos obreros podría darle cima. Balbi ha demostrado en su *Atlas Etnográfico*, que puede subirse a 2000 el número de las lenguas conocidas. El estado imperfecto de la ciencia no le ha permitido, con todo, clasificar más que 860 lenguas y cerca de 5000 dialectos. En este número prodigioso de idiomas, 155 pertenecen al Asia, 53 a la Europa, 115 al África, 116 a Oceanía y 422 a la América. Nuestro continente, seguro se ve, posee tantas lenguas como el resto del mundo.

Este gran número de idiomas prueba quizá que la mayor parte de las tribus americanas, han vivido largo tiempo en el aislamiento salvaje, en que se destacan todavía. La familia y la tribu, que vaga en las florestas en persecución de las fieras y siempre armada contra otras familias, otras tribus que teme, se crea necesariamente palabras de orden, contraseñas de reunión, en fin, una jerga de guerra que sirva para garantizarlas de sorpresas y traiciones. Cada uno de estos grupos, imita en sus voces al grito de los pájaros, el aullido de los animales, para distinguirse de sus enemigos y ocultarle sus maniobras. Así se alteran las lenguas y tienen origen los dialectos.

Pero el inconveniente que ocasiona el número excesivo de lenguas ni debe arredrar, pues la asociación de las fuerzas puede vencerlo. Un hombre solo no mueve por cierto la roca que embaraza su marcha, siendo para algunos reunidos un obstáculo fácil de superar. La cooperación de muchos es aquí tanto más necesaria, cuanto que el objeto del estudio se halla esparcido en una vasta extensión. De esta manera, se estrecharían los vínculos, por desgracia demasiado flojos, de las repúblicas americanas. Seguiríamos en esto el ejemplo de la Europa, en donde se reúnen sociedades para estudiar todo lo que atrae la atención bajo este aspecto, como por ejemplo, la lengua *vasca*.

Uno de los puntos en que parece debían ponerse de acuerdo los que se encargasen de esta empresa, sería la ortografía. La falta de uniformidad en los métodos de escritura, ha sido uno de los principales motivos del atraso de la lingüística.

Algunos de los sabios que se han ocupado de esta parte de los conocimientos humanos, se han sorprendido al encontrar en las lenguas americanas, una gran disparidad de palabras al lado de una gran analogía en la estructura. Son como materias diferentes, revestidas de formas idénticas. De aquí la necesidad de atender no sólo a las reglas

gramaticales y a la sintaxis, sino también a las voces mismas. Únicamente así pueden distinguirse los dialectos de las lenguas-madres y clasificarse como corresponde. Teniendo todas una misma fisonomía por su construcción, sólo en las palabras es posible sorprender las diferencias. Las gramáticas y los vocabularios son pues la base del estudio. En casi todas las gramáticas, que se han trabajado hasta ahora, se toma el latín por punto de partida, forzando sin duda muchas veces la estructura original de estos idiomas, para hacerlos caber en el cuadro de su teoría. Hay pues que revisar todas las obras de esta clase, comparándolas con los resultados que se obtengan del examen de las palabras estudiadas al salir de la boca del salvaje, con el objeto de rehacerlas bajo otro método, sino están conforme con la verdad.

Como uno de los principales estímulos que incitan a emprender esta tarea, es el deseo de averiguar la cuna de la porción del [...] [ilegible] [...] y guturales, ya eufónicos y suaves que chocan o halagan el oído en los idiomas americanos. Porque los hijos olvidan muy lentamente el acento de sus padres, y aunque de ellos los separe el océano y una larga serie de años, siempre en su lenguaje subsisten huellas evidentes de esos sonidos primitivos. La significación y forma de las palabras, la estructura del discurso y la pronunciación, he aquí los objetos que es preciso observar en cada uno de los pueblos indígenas. Cuando se haya penetrado a fondo todas estas lenguas, llega el momento de compararlas para hacer su clasificación en familias y de descubrir las relaciones que tengan unas con otras. Enseguida es preciso efectuar el mismo trabajo, confrontándolas con las del otro continente. Entonces sólo estará la planta bastante cultivada, y se podrá recoger el fruto de tantas fatigas. Pero mientras tanto, se habrá proporcionado a los individuos de la nueva generación los medios de contestar con útiles estudios al *quién vive* de la sociedad sobre sus timbres literarios; y ya se sabe que el blasón de la ciencia no se dispensa hoy día de [ilegible] en el escudo del que pretende atraer las miradas.

Aquí hay ocupación para todos, pues todo está por hacerse: no ha sido posible dividir, a causa de lo poco que se conocen, las lenguas de la América en familias; y los geógrafos al considerarlas, tienen que descomponerlas en grupos, atendiendo a las regiones ocupadas por las naciones que las usan. Es un desdoro para los americanos, que los extranjeros, a pesar de las muchas dificultades que se ven obligados a vencer, procuren profundizar estas importantes cuestiones, sin que los auxiliemos en lo menor. Guillermo Humboldt, hermano del célebre viajero, y que se ha labrado una gran reputación por sus estudios sobre lenguas, ha escrito hace algún tiempo a Chile, rogando encarecidamente que sin reparar en gastos, se le enviasen copias de gramáticas existentes aquí, señalando el lugar donde podían hallarse. Nosotros, por el contrario, nos hemos manifestado demasiado indolentes a este respecto, como lo prueba la escasez de noticias verdaderamente científicas acerca de la lengua araucana. No sé que hayan existido otras gramáticas a más de las siguientes:

Don Pedro Garrote. *Gramática de la lengua chilena*.

El Padre Bernardo Halberstadt. *Gramática chilena*.

El Padre Gabriel Vega. *Gramática y notas de la lengua chilena*.

El Padre Luis de Valdivia. *Arte y Gramática de la lengua chilena*.

Gramática y lengua de Chile, con Vocabulario y Confesionario, junto con el Catecismo cristiano, traducido en lengua chilena.

El Padre Andrés Febres. *Arte de la lengua chilena*, con un Diálogo chileno-hispano, Doctrina cristiana, Vocabulario hispano-chileno y un Calepino chileno-hispano.

El Padre Juan Ignacio Molina. *Idea de la lengua chilena*.

El Padre Miguel Ángel Astraldi ha publicado recientemente una *Gramática de la lengua chilena*, en la imprenta de los tribunales, por encargo del Gobierno, que en decreto de 20 de mayo de 1847 ha ordenado a los misioneros de la frontera, esos verdaderos conquistadores religiosos, que por medio de esta gramática aprendan en cuatro años a más tardar el idioma araucano.

Habiendo enjugado de su frente el sudor del combate, es el momento de que la América siegue en el campo de la ciencia doradas espigas, que orlen sus sienes a la par que los laureles de la guerra. Tiene que emanciparse en el mundo literario, como ya lo ha hecho en el político. ¿Y quién sabe si un día se atreverá a demostrar por semejantes estudios, aunque parezca un anacronismo, que el nuevo continente es la cuna del antiguo? Ya dos sabios de los Estados Unidos¹ han sostenido que había tanta razón para que las tribus del norte del Asia descendiesen de los americanos como éstos de aquellas.

Miguel Luis AMUNATEGUI

¹ Romans y Jefferson

Palabras indígenas americanas

En un libro de vasta erudición y de sana crítica escrito por un benedictino, se leen las siguientes palabras: “El idioma español es el que el día de hoy [1745] abunda de más voces extrañas, a causa de la infinidad de naciones diferentes que o la dominaron, o vinieron a ella, o han sido sujetadas a sus armas”. El mismo autor es de opinión que si se consideran divididas en cien partes las voces todas castellanas, una décima parte puede tenerse por oriunda de [col. 2] las indias orientales y de la América.

Es curioso observar que siendo nuestro idioma, según testimonio tan intachable, el que, entre todos los vivos debe más a las influencias extrañas y a los caudales ajenos, haya querido últimamente con tanta tenacidad cerrar la puerta a todo vocablo y giro extranjeros. Y no es menos curioso que habiendo recibido sin repugnancia las voces bárbaras de la jerigonza gitana, hayan pasado los hablistas peninsulares temblando medio siglo de la invasión de la lengua francesa, tan clara como culta. Los [p. 87, col. 1] Pirineos les parecían poco altos para encastillarse contra tan mortal enemiga, y D. Antonio Capmany creyó hacer obra de patriotismo, avanzando una centinela frenética contra franceses.

Igual resistencia ha puesto la Academia española a conceder carta de ciudadanía a las voces americanas, con excepción de poquísimas, como *xícara*, por ejemplo, que es voz de México, y de otros pocos sustantivos que denominan objetos naturales desconocidos antes de Colón. Y, si no ha muchos años que el librero Salvá colocó en su Diccionario un número crecido de aquellas voces, más que por acto de inteligencia o de justicia, le tenemos por cálculo de interés pecuniario, pues de este modo podía granjearse mayor benevolencia con los americanos del sur, que son los que han agotado las repetidas ediciones que hizo aquel valenciano de sus *Calepinos* y de sus *artes*.

Dícese que para el trabajo se valió de ciertos apuntes hallados entre los papeles del laborioso Villanueva, quien se ocupaba de reunir las palabras de estilo puramente americano, en circulación entre las poblaciones civilizadas que pertenecieron a la España; con lo cual hacía, sin duda, un servicio a la lengua materna, puesto que enriquecía así el caudal de sus expresiones.

Pero, reflexionando sobre la tendencia del espíritu de este literato, y persuadido de que los elementos de su labor no podían ser sino incompletos e inexactos, nos inclinamos a creer que poco fruto hubieran dado sus estudios desde el punto de vista de la utilidad. Sin duda que sería de desear la posesión de un diccionario en que se hallasen todas las palabras de origen puramente americano. Pero los europeos de nuestra habla, que poseen por ejemplo las palabras *potro*, *corvel*, *trotón*, etc. para denominar al caballo, según sus calidades y [col. 2] aplicaciones a las necesidades de la vida social, sin duda que para nada necesitan de la palabra *pingo*, con que nosotros caracterizamos a aquel animal cuando concurren en él todas las condiciones de fuerza y de belleza; ni la de *mancarrón*, cuando la vejez, la fealdad o las malas mañas le alejan de la simpatía del *gaucho*.

Lo que importaría a los escritores peninsulares, sería el conocimiento de aquellos modismos, de aquellas maneras peculiares de decir y de pintar la idea por la imagen, que

dan carácter y fisonomía original al lenguaje de todo un pueblo. Y es justamente este trabajo el que, no sólo no está desempeñado todavía, pero, según creemos, ni comprendido siquiera por literato alguno de los que se dan a este género de indagaciones. Para entrar en este campo de filología y de erudición, juzgamos que es necesario usar como materna la lengua española, haberla estudiado en esos libros que los peninsulares llaman sus “clásicos” y haber nacido en América para poseer ese tacto innato sobre las cosas familiares que se perfecciona y desenvuelve familiarizándose con ellas desde la cuna.

El estudio filosófico de las lenguas ha sido siempre una ocupación importante del espíritu aun cuando no haya comenzado a tomar carácter de ciencia hasta fines del siglo pasado. Es de grande auxilio para la historia; y en fuerza de la luz que derrama sobre el origen y transformaciones de las razas humanas, ha prestado servicios importantes a las indagaciones sobre el hombre que con tanta profundidad se hacen en nuestros días.

En América, aquel estudio, con respecto a las lenguas indígenas, es absolutamente necesario para resolver varios problemas que apenas están planteados. ¿Cuáles eran las naciones que existían al comenzarse la [p. 88, col. 1] conquista? ¿Qué lugar ocupaban en las islas o en el continente? ¿El país en donde los hallaron los españoles, era el mismo que ocuparon siempre? ¿Nacen de una misma familia todas esas naciones diseminadas en una superficie tan vasta? ¿Qué dirección siguieron en sus indudables emigraciones? Todas estas cuestiones que se relacionan inmediatamente con la geografía y la historia, no pueden resolverse por los monumentos sino en casos determinados. Los mejicanos, o sus ascendientes, y los peruanos en toda la extensión que dominaba el Inca, son los únicos pueblos que han labrado la piedra, construido templos y nivelado caminos. Los demás, y muy especialmente los vecinos del Río de la Plata, poco agricultores y muy vagabundos, ni supieron ni quisieron edificar; pero obedeciendo a una ley eterna que hace imposible el olvido absoluto de la existencia de una nación, esos mismos marcaron sus huellas de una manera imperecedera. Los *Guaranís*, por ejemplo, dejaron títulos a la posesión del suelo, de tal naturaleza que los conquistadores han tenido que respetarlos. Y sin poseer anales de sus emigraciones se les puede seguir fácilmente desde las islas del Paraná inmediatas a Buenos Aires, hasta las cordilleras del Perú. Dotados de una lengua rica y armoniosa, dieron a los ríos y a los objetos naturales nombres que son actualmente los de la geografía del Brasil, del Paraguay y de casi todas las Provincias del litoral argentino. ¡Pueblo singular que escribió la más cierta página de su historia sobre la inestable corriente de las aguas!

Nos parece que pueden reducirse a tres las lenguas indígenas que han comunicado algunas de sus palabras y modismos a la española que se habla en la República: la Guaraní, la Araucana y la Quíchua. En [col. 2] Corrientes es la primera todavía la lengua materna. En Santiago del Estero se habla todavía la peruana. Para entender la significación de muchos nombres de localidades de nuestra provincia, pueden consultarse útilmente los vocabularios chilenos de los jesuitas. *Maribuincul*, por ejemplo, significa las siete colinas, porque en estas lenguas pintorescas casi siempre el sustantivo adjetiva, por decirlo así, indicando una propiedad de la cosa o describiéndola.

Pero es de notarse que no son los pueblos indígenas más inmediatos a esta capital los que más palabras nos han legado para el uso doméstico incorporándose al diccionario provinciano. En este momento no conocemos más voces guaraníticas que las de *ñandú* [avestruz] y la de *chágua*, que probablemente proviene del nombre de la sustancia con que

se fabrica, extraída de la pita llamada *chaguar*. El araucano nos ha dado la palabra *lauch* para significar el ratoncillo pequeño casero que es diferente en algo del de Europa.

La lengua peruana, más culta, más dócil para incorporarse a la civilización cristiana, ha entrado, por caminos que serían de averiguar, como lengua de conquista hasta nosotros. Tenemos ideas o necesidades en Buenos Aires que no podemos representar sino con palabras quichuas muy poco adulteradas.

En una urgencia despachamos un *chasque*. *Echamos un partido* de bochas o de pelota en la *cancha*. Las señoras obligan a sus *mucamas* a que se aliñen la *chasca*. El paisano esconde los vicios en la *chuspa*. No emprendemos viaje largo, sin robustecer el rodado con *guasacas* bien torcidas. Toda jardinera avisada desarraiga los *yuyos* que pueden sofocar las plantas de flor. Nos deleitamos en tiempo de *choclos* con las *umitas*. Padecemos más de *chucho* [p. 89, col. 1] que de calofrío. Hay veces que la moda aconseja llevar la *vincha* que usaban las esposas del sol en Quito: los hombres la usan también para el dolor de cabeza. La guerra *vinumacana* de Atahualpa, se ha envilecido en manos de los carreteros. Y por último, dejando de mencionar muchas otras palabras, la Pampa que según nuestros poetas es una alfombra de verduras, tiene su verdadera significación en el diccionario quíchua y vale tanto como *campo*, *llanada*, *lugar de pastoreo*.

No es fácil explicar por qué tenemos tantas palabras peruanas a las orillas del Río de la Plata, cuando a las del Guayas cuya capital es Quito, y en Chile cuyo territorio fue en parte conquistado y ocupado por los Incas, son contadas las voces de aquel idiomas que se emplean en la conversación de las personas cultas. Si en Copiapó, la nomenclatura de los objetos relativos a la explotación de las minas es casi toda peruana, es porque esta industria se desarrolló allí más que en Potosí, y los procedimientos prácticos para extraer los metales preciosos, se introdujeron por mineros de aquel afamado.

Las naciones guerreras tienen hasta ahora por la sanción de la historia, el privilegio de llevar su idioma a la extremidad de las armas triunfantes; pero los Incas han probado en América que no sólo se agrandan los límites de un imperio por la guerra, sino también por la superioridad de civilización y por la blandura simpática de las costumbres. La política gubernativa de los descendientes del sol se encierra en estas palabras que Olmedo puso en boca de *Huaiva-Capac*:

Yo con riendas de seda regí al pueblo
Y cual padre le amé...

A los charrúas del oriente del Uruguay, que eran un puñado de salvajes, pagaron [col. 2] los españoles mayor tributo de sangre que la que derramaron para someter a sus leyes todo el imperio de Atahualpa; y aquella tribu, hasta hacer indispensable su total exterminio, no ha legado al espirar sobre su caballo de batalla, más que algunas tradiciones vagas de sus costumbres bélicas.

Las indicaciones pasajeras que acabamos de bosquejar sobre las lenguas americanas, prestarían materia para un volumen y para investigaciones detenidas. Legamos con gusto este trabajo a la juventud estudiosa que ansía por encontrar asuntos nacionales a qué aplicar su actividad mental.

Juan María Gutiérrez

VI

Polémicas de la lengua

Álbum Alfabético (continuación)

[Juan B. Alberdi]

C.

Castellano. El Dante tomó de las calles de Florencia, el idioma que hoy habla la Italia. El Dante hizo su deber: obró como un hombre de genio; aceptó como buen republicano, lo que el pueblo, omnipotente en todo, había sancionado.

En las calles de Buenos Aires circula un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdennan por el castellano de Madrid. Dudamos que la importancia tenaz de una lengua que nuestra patria no quiere hablar, subsista mucho tiempo. Una juventud independiente y ávida de progreso, acaba de comprender que el castellano de Madrid, no será jamás el castellano de Buenos Aires. Pueblos tan diferentes no podrán hablar un mismo idioma. El estilo, es el hombre, ha dicho un escritor de genio. La lengua [p. 8, col. 1], es la nación, concluimos nosotros. La lengua de un pueblo es el reflejo de su historia, gobierno, clima, costumbres y carácter.

Trescientos años de una observación experimental deberían convencernos de que el castellano argentino no será ya el castellano español. En vano copiaremos a Cervantes y a Moratín, nuestras copias no conseguirán hacerse populares: el pueblo habla un lenguaje suyo y no copiado, modificado por el sello de su genio, de su carácter propio y nacional. Nosotros preferimos el mal lenguaje del pueblo a las más bellas copias del mundo; y hablaremos con más gusto el castellano informe de Buenos Aires que no el más culto castellano de Madrid.

Clasicismo. Se llama *clasicismo* [a] un sistema de creación imitativa, modelada sobre las creaciones acabadas y perfectas que se llaman clásicas. Se deja ver que un tal sistema, niega y destruye el progreso continuo del genio poético, porque se subordina al imperio absoluto de la tradición. Este sistema es hermano del método escolástico: ambos vienen de Aristóteles. En el siglo 17, Descartes había dado en tierra con la filosofía escolástica. Recién en este siglo se ha consumado la ruina de la poesía escolástica; la escuela, pues, no existe ya ni en el arte ni en la ciencia, y Aristóteles solo podrá obtener en adelante una rehabilitación histórica. Hoy no es clásica sino la medianía: siempre lo ha sido, y no puede menos de serlo.

¿No nos cansaremos nosotros alguna vez de abusar de esta palabra clásico, aplicada a cualquier cosa, *documento clásico*, *prueba clásica*, *verdad clásica*, *testimonio clásico*? ¡Qué poco gusto, señor! ¡Qué vulgaridad!

Costumbres. Un tratado de meras costumbres, podría llegar a ser el tratado más constitucional del mundo, supuesto que en las costumbres de un pueblo es donde verdaderamente reside su constitu- [col. 2] ción política. Es este código vivo lo que nosotros hemos descuidado hasta hoy, mientras nos hemos ocupado de escribir códigos abstractos. Hemos querido siempre empezar por el fin, por el resultado de aquello que no queremos hacer: un sistema nuevo de ideas y de costumbres democráticas. Pero, ¿qué son las costumbres de un pueblo? Nada más que las prácticas habituales de las ideas sociales de

ese pueblo. Ocuparse pues de esas ideas y de esas costumbres, investigar la más adecuada y emprender su propaganda, es hacer más por la constitución de ese pueblo, [de lo] que pudieran hacer todo los congresos del mundo a este respecto. Siempre hemos tenido mucha fe en los congresos, y hasta hoy estamos creyendo que ellos nos han de dar lo que nos falta. Sin embargo, es preciso confesarlo, los congresos son estériles: nada crean, observan, formulan, escriben y sancionan: he ahí toda su misión. Entreguémonos pues al desenvolvimiento de los antecedentes, si queremos tener un congreso que deje resultados.

El último resultado que M. Tocqueville saca de sus largos estudios de la democracia de Norte América, es que la Constitución de los Estados Unidos reside esencialmente en las costumbres de sus habitantes. En efecto, Méjico ha adoptado esta constitución, y no hay en el mundo un país más trastornado.

Hace mucho tiempo que no viene a las repúblicas de Sud América un libro de política más adecuado y más bello que el tratado *De la Democracia en la América del Norte*, por Alejo de Tocqueville. La obra cuenta más ediciones que años, y no hay lengua viva en que no se halle traducida.

(Continuará)

Emancipación de la lengua

[Juan B. Alberdi]

I.

La revolución estallada, o consumada más bien, en la lengua que habla nuestro país, es una faz nueva de la revolución social de 1810, que la sigue por una lógica indestructible:

*Si la lengua es el conjunto de las relaciones simples y elementales de nuestro pensamiento con la materia de que estamos rodeados, y por tanto, es dúctil, perfectible, variable, como el pensamiento y la materia.*¹

Si ella sigue y provoca infaliblemente los cambios del espíritu humano.²

*Si la lengua no se da, si ella como el sol no para jamás.*³

*Si en las revoluciones de la lengua nosotros no presidimos; si ellas nos arrastran a pesar nuestro.*⁴

¿Qué valen pues nuestras impotentes protestas contra la revolución que hoy vemos sancionarse en nuestra lengua? ¿Está en la mano de nadie el sofocarla? ¿No es el pueblo quien la ha hecho? ¿Y quién destruye lo que levanta el pueblo? Que los puristas digan lo que quieran, el pueblo americano no hablará jamás la lengua neta de la España: porque el pueblo americano tiene un suelo, sentidos, ideas, necesidad, recuerdos, esperanzas, gobierno, leyes, costumbres, tradiciones, sentimientos que le son propios, y cuyo conjunto forma el espíritu americano, de que la lengua americana quiere ser un fiel reflejo. Ni pues el pueblo mismo ha hecho esta mudanza, sino el suelo, la situación, la revolución, las necesidades, los acontecimientos en fin independientes y superiores a la voluntad del pueblo no hace ni la lengua, ni la ley; la lengua, como la ley, es la razón, la naturaleza declarada por el pueblo. El que ordena las condiciones normales de los pueblos, es realmente el que determina la lengua. De suerte que hay cierto fatalismo inteligente en los destinos de la lengua, como en la historia de los pueblos.

Pero si es necesario abandonar la estructura española de la lengua que hablamos, y darle una forma americana y propia ¿cuál pues deberá ser esta forma? Ella no está dada como no está dada tampoco la forma de nuestra sociedad: lo que sabemos es a quién toca darla, es el pueblo americano y no el pueblo español.

[col. 2] Sería una vergüenza que la España misma, que todos los días tratamos de esclava, retrógrada, añeja, viniese a darnos lecciones en esta parte, cuando escribe en las columnas del *Guardia Nacional* ⁵ estas palabras: “Marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones de hoy a las de ayer, analogías modernas a las antiguas, y pretender estacionarse en la

¹ Fortoul

² Id.

³ V. Hugo

⁴ Villemain

⁵ De 30 de marzo de 1837

lengua, que ha de ser la expresión de estos mismo progresos, perdonénnos los señores puristas, es haber perdido la cabeza”.

Pues nosotros tenemos puristas, y no de España, sino de América, que han creído que hemos perdido la cabeza cuando hemos tenido el pensamiento feliz de la *emancipación de nuestra lengua*.

“Las lenguas, dice Larra,⁶ siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado a fuer de escribir castizo, es intentar imposible; es imposible hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierte, sólo podrá perjudicar a la marcha y al efecto general de la obra que se escribe”.

Así protesta la literatura española contra la inmovilidad de la lengua; ¡qué no pudiera exigir con más razón la ciencia en que la lengua española no ha recibido la más ligera elaboración! Antes que la Alemania derramase su nueva tecnología jurídica en las ciencias meridionales de Europa, hemos visto al hábil comentador y traductor de Bentham romper mil veces las barreras del purismo, y crearse una nomenclatura nueva con escándalo de la Academia. La fusión del espíritu germánico con el espíritu francés, ha traído después un movimiento en el lenguaje filosófico de las ciencias morales, que ha hecho todavía más difícil la versión de las nuevas ideas en su español castizo y neto, es decir, en un español sin idealismo, sin filosofía, material como la nación que lo formó. Eh!, ¡y qué es este casticismo egoísta y estrecho de una lengua en un siglo que corre a la unidad del espíritu europeo y humano! Ya no es la gloria de una lengua el ser castiza sino el ser cosmopolita y humanitaria. ¿Y se obtiene esta universalidad levantando entre los idiomas extranjeros y el idioma nacional murallas feudales?

II.

Anunciamos un pensamiento que absuelve la nueva [p. 17, col. 1] dirección que ha tomado nuestra lengua en las manos de una porción de jóvenes de talento.

Conviene no pensar que la forma exacta y económica que admiramos en la lengua francesa sea una mera especialidad que la caracteriza, una forma privativa que dependa del carácter francés; y que la difusión y verbosidad de la lengua española sea un resultado del carácter español. Creemos en la especialidad de las naciones, porque creemos en las diversidades de la naturaleza; pero hay una especialidad que no depende de los climas sino del tiempo, por la cual un pueblo tiene hoy un modo de ser y mañana otro; por la cual un pueblo niño difiere de un pueblo viril. Claro es que esta especialidad se acaba con el tiempo que concluye con la niñez, volviendo la virilidad. Bajo este punto de vista, las naciones pierden su especialidad a medida que avanza el progreso humano, tal es, pues, en gran parte la especialidad de la España, especialidad de cronología. La España difiere de la Francia, porque ella es niña, y la Francia adulta. Y la mayor parte de la diferencia entre la lengua española y la lengua francesa, no resulta sino del progreso mayor del espíritu humano en Francia que en España.

El entendimiento es uno en sus leyes, como en su sustancia; la gramática es una, como la lógica es una; la lengua, pues, no es más que una. Lo que llamamos diversas lenguas, no son sino diversos dialectos de una sola lengua filosófica. Hay, pues, un progreso gramatical filosófico que es común a todas las lenguas, que tiene por objeto conquistar para la emisión del pensamiento una forma cada día más simple, más exacta,

⁶ Fígaro, tomo 2º, art. 6º.

más breve, más elegante. Tales son el origen y el carácter de la forma actual de la lengua francesa. Es una lengua de la mayor perfección filosófica, y de una perfección a que todas las lenguas tienen el mismo derecho que ella. Bien, pues: aproximarnos a esta forma por las imitaciones francesas, no es abandonar por un mero capricho de la moda, las formas españolas por las formas francesas; es acercarse a la perfección de nuestra lengua, porque las formas de la lengua francesa son más bien las formas del pensamiento perfeccionado; son más bien formas racionales y humanas, que francesas. La lengua, lo hemos dicho ya, es una faz del pensamiento; perfeccionar una lengua, es perfeccionar el pensamiento, y recíprocamente, imitar una lengua perfecta es imitar un pensamiento perfecto, es adquirir lógica, orden, claridad, laconismo, es perfeccionar nuestro pensamiento mismo. Tal es lo que a nuestro ver sucede con nuestras imitaciones francesas. Ellas pues [col. 2] son útiles, cuando son practicadas con discernimiento, por razón de mejora, de claridad, de concisión, y no por motivo de capricho, por afectación. Conviene aceptar cuanto nos ofrece de perfecto, cuidando de no importar aquello que es peculiar del espíritu francés.

III.

Después de todo, este movimiento es inevitable; ya está dado, y no sólo dado, sino sancionado. Es invencible porque no es de ayer. La revolución americana de la lengua española, comenzó el día que los españoles por la primera vez pisaron las playas de América. Desde aquel instante, ya nuestro suelo les puso acentos nuevos en su boca, y sensaciones nuevas en su alma. La revolución americana la envolvió en su curso; y una juventud llena de talento y de fuego acaba de comunicarla

Que se lean con cuidado los primeros escritores que la regeneración Americana ha presentado en todos sus rangos, y se verá que la juventud actual no hace más que consumir con más bravura y altivez una revolución literaria comenzada instintivamente, por sus ilustres padres, los Moreno, Belgrano, Monteagudo, Funes, Alvear, Bolívar.

En adelante ya nadie envidiará el mérito pobre y estrecho de escribir español castizo. Escribir claro, profundo, fuerte, simpático, magnético, es lo que importa, y la juventud se va portando. Ya no hay casi un solo joven de talento que no posea el instinto del nuevo estilo y le realice de un modo que no haga esperar que pronto será familiar en nuestra patria el lenguaje de Lermenier, Hugo, Carrel, Didier, Fortol, Leroux.

Literatura. Revolución de la lengua castellana

[Juan B. Alberdi]

“Estudiad ante todo vuestra lengua nativa; conoced primero el instrumento con que debéis pensar y dar a conocer nuestro pensamiento. Sin este preliminar inevitable nunca seréis poeta, ni filósofo, ni orador”.

Sería preciso en efecto no poseer noción alguna sobre la intimidad de la lengua con el mecanismo de las facultades intelectuales, para desconocer toda la verdad contenida en este precepto. Pero ¿dónde estudiar nosotros esa lengua nativa? ¿Dónde encontrarla tal como la han formado la tradición pasada y la tradición contemporánea, y sobre todo, tal como lo demandan las necesidades de la presente civilización general y Americana? En sus fuentes primitivas, se nos contestaba antes de ahora, y por algunas gentes para quienes antes es ahora se nos contesta todavía, en los grandes monumentos de la lengua española, en Cervantes, en Mariana, en Luis de León y Jovellanos.

Podrá ser muy útil, y lo es evidentemente, el estudio reflexivo de estos grandes orígenes: ellos nos suministran cuando menos la tradición pasada de la lengua que hablamos en el día y que ha de servir de *substratum* para todos los cambios y progresos que se realicen en la constitución sucesiva del idioma. Pero un instinto más poderoso que todas las preocupaciones consagradas, aquel instinto mismo tal vez que había conducido a los grandes colaboradores de la lengua castellana, nos ha dicho desde luego, y antes que a nosotros ha dicho a nuestras masas y a nuestros talentos independientes, que Cervantes y Mariana no eran los únicos y principales manantiales de donde debería salir la lengua que quería hablar nuestro siglo y nuestro país. Observábamos en el ambiente de nuestra época algo de libre, de general, de espiritual, de serio que se escapaba a las formas largas y perezosas de la lengua bufa en que había sido escrito el Quijote. Nos sentíamos arrastrados [p. 177] más que por la autoridad de Cervantes y de la Academia Española, por el imperio de nuestro clima Americano, de nuestras costumbres transformadas, del Castellano modificado que nuestra sociedad hacía sonar de continuo en nuestros oídos, de los grandes y nuevos modelos que nos enviaban las literaturas extranjeras, de la moda, del capricho que también es un regulador de los idiomas, de las nuevas leyes, de las nuevas ideas, de la nueva política; nos arrebatava, sobre todo, el ejemplo fascinador del lenguaje con que nuestros grandes hombres de espada y de estado, conducidos por el sentimiento de su siglo y del nuevo espíritu de cosas, habían arrastrado a nuestras masas en los grandes trabajos de nuestra revolución política y social; aquel lenguaje elocuente, rápido y nuevo, como nuestros destinos, que habían empleado a su turno Moreno, Castelli, Pasos, Monteagudo, Funes, López, Bolívar, Santander, Alvear y Lavalle, a quien es preciso colocar, por su estilo, a la altura de Bolívar.

Y cuando se nos veía proseguir esta tendencia con arrojo, y buscar en la filosofía los títulos de su legitimidad, se nos consideraba por los espíritus estacionarios y rutineros, como enteramente extraviados del buen camino y condenados a no conocer jamás nuestra lengua. Era preciso hacer inversiones, trasposiciones raras de palabras, desenterrar voces anticuadas, emplear de propósito palabras inarmónicas, giros irregulares, frases sanchescas: esto se llamaba escribir español neto. Por desgracia nuestra nosotros no podíamos sancionar nuestras ideas acertadas, ni por la autoridad de nuestro nombre oscuro, ni por el ejemplo de nuestras páginas imperfectas. Pero la España joven, más denodada y más desprendida que nosotros, viene hoy a prestar en sostén de nuestras ideas sobre el nuevo giro del idioma, la autoridad de sus bellos nombres, de sus claras doctrinas y sus elocuentes ejemplos.¹ En adelante [p. 178] podremos continuar adornándonos con los harapos que arroja la España libre y progresiva; y pronto conseguiremos que se aplique a nosotros, antiguos provincianos de la vieja España, la observación exacta de Nisard: que las hábitos literarias no comienzan a ser de moda en las provincias sino cuando han llegado a ser rancias en las Capitales.

¹ La República Argentina posee dos talentos jóvenes, a quienes las circunstancias no nos permiten nombrar, que, habiendo llegado a adquirir con admirable habilidad la hermosa lengua de la España del siglo 16, la han abandonado por obedecer a las reformas, ganando en este cambio, para su estilo, una elegancia y una fuerza inmensas. Igual suceso nos atreveríamos a pronosticar al joven hábil que redacta el *Nacional*, si como sus compatriotas mencionados, rompiese de una vez las tradiciones de la antigua forma, y se lanzase con audacia en el camino en que ha entrado con tanto esplendor Donoso Cortés.

Señores Editores de *El Mercurio*

Hemos visto en el número 4072 de su apreciable periódico bajo el epígrafe *Ejercicios populares de lengua castellana*, un catálogo de voces distribuidas en dos columnas que expresan; la primera, la forma en que se dicen, y la segunda en la que a juicio del autor deben decirse. No entraremos por ahora en un análisis individual de los errores groseros e imperdonables en que incurre el autor de este “ejercicio” cuya lectura lo ha sido muy grande de nuestra paciencia. Para ello se necesitaría de más tiempo del que por ahora podemos disponer; y creemos urgente dirigir a ustedes estas cuatro líneas para que atajen el mal en su origen, antes que se apure el vocabulario iniciado, y se acabe de difundir una idea muy mezquina de nuestra ilustración entre los extranjeros que recorran las columnas del citado número.

Dejando a un lado otras muchas faltas notables del articulista, nos fijaremos en la repoblación que hace de las voces abyección y abyecto, adolorido, ansiedad, apertura, arredrar, arteria, artero, asiduidad, asonada, avenimiento, avenencia, que lejos de poderse censurar con justicia, se oyen todos los días empleadas por personas educadas y se ven a cada paso en los mejores escritores de nuestro idioma, no teniendo algunos de ellos un equivalente exacto que los reemplace.

En cuanto a dicciones anticuadas no creemos se deba seguir ciegamente la autoridad del diccionario. El estar o no anticuada una palabra es un simple hecho, que puede existir en España o en otra parte y no existir en Chile. Así es, que cuando se nos previene que debemos decir alero de tejado y no aleta, se presenta como arcaísmo lo que, de ningún modo lo es entre nosotros; y es falso y falsísimo decir en Chile que la expresión “aleta de tejado, no se oye sino en boca de la gente vulgar y común”. También es un solemne desatino querer que el pueblo diga hilo de acarreo en vez de hilo de acarreto. La primera locución nada significa: la segunda es, según el diccionario, un andalucismo y está generalmente recibido en Chile donde se han aclimado del mismo modo otros muchos idiotismos de esta provincia. Al preceptuar que en vez de Astrología (ciencia) se debe decir astronomía, parece que el autor se ha propuesto darnos la última prueba de su ignorancia, constituyéndose uno de aquellos maestros “culpables por su descuido y la poca afección que tienen en honrar nuestra lengua”. Esta se empobrecería y pervertiría hasta lo sumo si por desgracia se hiciesen populares los ejercicios a que aludimos; por lo que suplicamos a ustedes, señores editores, en nombre de nuestro hermoso idioma castellano, en nombre del sentido común y del buen gusto, rudamente ultrajados por nuestro “ejercitante”, no presten sus columnas a ulteriores publicaciones de este género.

[Firma] T.R.E.S.

Se contesta a un comunicado

[D. F. Sarmiento]

El autor del comunicado segundo, que publicamos en nuestro número del martes, nos recomienda que nos abstengamos de dar cabida en nuestras columnas asuntos como el vocabulario de *Ejercicios populares*; otros consideran que otros debimos, al darlo a luz, notar sus defectos, y no faltan malos lectores que hayan entendido que el editorial con que lo anunciamos y el vocabulario eran una misma cosa, ambos hijos de un mismo padre. Ni nos es posible siempre evitar ciertas publicaciones que no dañando a persona determinada, llevan en su misma aparición aparejado su correctivo, ni nos hacemos un deber de hacer la crítica de los materiales que se nos transmiten para darles publicidad. Dejamos casi siempre al público el cuidado de examinar estas producciones extrañas a la redacción, y, cuando más, nos extendemos a sacar de ellas una generalidad o una idea útil para desenvolverla.

A propósito de los *Ejercicios populares* que insertábamos, quisimos demostrar la utilidad de esos trabajos para la instrucción del pueblo, alias vulgo, y lo acertado del medio adoptado. Quisiéramos además que cuando uno de nuestros jóvenes dedica al público la primera ofrenda de su anhelo por la mejora pública, no sea ésta desechada sin miramiento ni cortesía. La crítica debe corregir y no matar, y por más que digan, más vale un trabajo imperfecto que el que no haya ninguno. El examen revela los defectos, la discusión los determina y el convencimiento final los hace desaparecer. Este camino han llevado todos los progresos humanos. No será de prometerse que nadie emprenda la confección del librito que indicamos en nuestro precitado artículo, ya que tan mal parado ha quedado el que primero intentó algo semejante.

Nosotros vamos a defender ahora al caído contra lo que previene el adagio. Por no haber comprendido el objeto y fines enteramente populares del vocabulista, han andado escandalizándose los críticos con la sustitución de la palabra *astronomía* en lugar de astrología. ¡Y bien! ¿Es cierto que nuestras gentes vulgares (se entiende que entra en esta clase alguna parte, aunque pequeña, de la que lleva fraque) llaman astrología a la astronomía, u astrólogos a los astrónomos? Cansados estamos de oírlo y a propósito de este *cansados* y otros modismos vulgares que ex profeso usamos en nuestro artículo sobre los tan vituperados *Ejercicios populares*, nos ha llenado de satisfacción la indirecta contestación que nos ha dado el comunicado sobre la cuestión que indirectamente proponíamos, a saber, si nosotros debíamos repudiar en nuestro lenguaje hablado o escrito aquellos modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, al mismo tiempo que adoptamos los que usan los escritores españoles. Se ha alegado en el comunicado que el *aleta del tejado* sea anticuado en España, no es razón para repudiarlo entre nosotros, puesto que esta expresión es usada por toda clase de gentes. Hay en esta solución una solución liberal, aplicable por analogía a nuestra cuestión, y que puede dar origen a muchos y muy interesantes desenvolvimientos.

Ejercicios populares de lengua castellana

[Andrés Bello]

Esperando ver su continuación en otro número para dar más interés a algunas observaciones que desde luego pensé dirigir a *El Mercurio*, he visto entre tanto dos refutaciones (contraídas solo a dichos *Ejercicios*) y bruscamente depresiva la segunda, del laudable interés en ofrecer algo de útil a la instrucción popular; pues tanto de las observaciones acertadas que se hagan en semejante materia como de una fundada y cortés impugnación de los errores, el público iliterato saca no poco fruto.

Esta consideración me hace añadir el fundamento de lo que a mi juicio se ha criticado muy a la ligera, y aún de lo que se ha omitido en las contestaciones anteriores; no pudiendo menos que disentir al mismo tiempo de los ilustrados redactores de *El Mercurio* en la parte de su artículo que precede a los ejercicios, en que se muestran tan licenciosamente populares en cuanto a lo que debe ser el lenguaje, como rigoristas y algún tanto arbitrario el autor de aquellos.

A la verdad que no para las mientes (no que los monos) el avanzado aserto de los redactores, atribuyendo a la soberanía del pueblo todo su predominio en el lenguaje; pues parece tan opuesto al buen sentido, y tan absurdo y arbitrario, como lo que añade del oficio de los gramáticos. Jamás han sido ni serán excluidos de una dicción castigada las palabras nuevas y modismos del pueblo que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua; pero ese pueblo que se invoca no es el que introduce los extranjerismos, como dicen los redactores, pues, ignorantes de otras lenguas, no tienen de donde sacarlos. Semejante plaga para la claridad y pureza del español es tan solo transmitida por los que iniciados en idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura se lanzan a escribir según la versión que más han leído.

En idioma jenízaro y mestizo,
Diciendo a cada voz: yo también bautizo
Con el agua del Tajo;
Aunque alguno del Sena se la trajó
Y rabie Garcilaso enhorabuena;
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.
Iriarte

Contra estos reclaman justamente los gramáticos, no como conservadores de tradiciones y rutinas, en expresión de los redactores, sino como custodios filósofos a quienes está encargado por útil convención de la sociedad fijar las palabras empleadas por la gente culta, y establecer su independencia y coordinación en el discurso, de modo que releve fielmente la expresión del pensamiento. De lo contrario, admitidas las locuciones exóticas, los giros opuestos al genio de nuestra lengua, y aquellas chocarrerías vulgaridades e idiotismos del populacho, vendríamos a caer en la oscuridad y el embrollo, a que seguiría la degradación como no deja de notarse ya en un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se va degenerando el castellano en un dialecto español-gálico que parece decir de aquella sociedad lo que el padre Isla de la matritense.

Yo conocí en Madrid una condesa,
Que aprendió a estornudar a la francesa.

Si el estilo es el hombre, según Montaigne, ¿Cómo podría permitirse al pueblo la formación a su antojo del lenguaje, resultando que cada cual vendría a tener el suyo, y concluiríamos por otra Babel? En las lenguas como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades; como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma. En vano claman por esa libertad romántico-licenciosa del lenguaje, los que por prurito de novedad, o por eximirse del trabajo de estudiar su lengua, quisieran hablar y escribir a su discreción. Consúltese en su último comprobante del juicio expuesto, cómo hablan y escriben los pueblos cultos que tienen un antiguo idioma; y se verá que el italiano, el español, el francés de nuestros días, es el mismo del Ariosto y del Tasso, de Lope de Vega y de Cervantes, de Voltaire y de Rousseau.

Pero pasemos ya a los *Ejercicios populares de la lengua castellana*. El autor incurre en algunas equivocaciones, ya por el principio erróneo de que no deben usarse en Chile palabras anticuadas en España, ya porque confunde la acepción de otras con la de equivalente que no pueden serlo. En cuanto a lo primero, dejarían de usarse en España por la misma razón las palabras que se anticúan en Chile y demás puntos de la Península; reduciendo así a mezquino caudal una lengua tan rica; así no hay por qué repudiar, a lo menos en el lenguaje hablado, las palabras criticadas, abusión, acarreto, acriminar, acuerdo, adolorido, agravación, aleta, alindarse, alado, arbitrar, arrancada, arrebató, asecho. Con mucha menos razón las voces acezar; que expresa más que jadear, esto es, respirar con suma dificultad; ansiedad, inquietud, y ansia, deseo vehemente; apertura de colegios, de clases, etc., y abertura de objetos materiales, como de mesa, pared; arredrar, es retraer a uno de lo intentado o comenzado u atemorizar es infundir temor; artero se aplica a lo falaz y engañoso; y astuto, a lo sagaz y premeditado; asiduidad es tesón, constancia; frecuencia es repetición de actos que pueden ser interrumpidos; así puede uno asistir con frecuencia al

colegio, pero no con asiduidad; arrinconado, dice mucho más que retirado; oigamos si no a Ercilla, despidiéndose de las musas en su canto 37:

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndose que pare aquí la pluma.

¡Cuán viva imagen nos presenta aquí la expresión arrinconado! Reemplazado por retirado, quedaría una insípida vulgaridad. Finalmente las palabras asonada, avenencia, ni aun están anticuadas en el diccionario.

Un Quídam

Contestación a Un Quídam

[D. F. Sarmiento]

En idioma genízaro y mestizo,
Diciendo a cada voz: yo te bautizo
Con el agua del tajo;
Aunque alguno de Sena se le trajo
Y rabie Garcilaso enhorabuena;
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

Iriarte

Yo conocí en Madrid una condesa,
Que aprendió a estornudar a la francesa.

Isla

Aceptamos con costas y perjuicios el cargo que con la aplicación de estos versos nos hace el autor de un comunicado que suscripto “Un Quídam” y bajo el epígrafe *Ejercicios populares* insertamos en nuestro número del 12. No nos proponemos demostrar que dicha aplicación es inexacta, ni menos que nosotros vamos por el buen camino cuando hemos querido mostrarnos tan licenciosamente populares en materia de lenguaje. En estas cuestiones, como en muchas otras, apelamos a nuestras propias deducciones sacadas de ciertos hechos establecidos, o que pugnan por establecerse, y sin una doctrina o una teoría aprendida en las aulas y recibida como un artículo de fe, sobre cuya evidencia no nos es dado alimentar ningún género de duda, examinamos los hechos que nos rodean; y de su conjunto, de su unidad y de su tendencia sostenida, deducimos *a posteriori* la teoría que les da existencia. Sabemos muy bien que la licencia de nuestras ideas en la materia de que hemos tratado en el artículo que precedió a los *Ejercicios populares* y que tantos comunicados ha improvisado, va a suscitar, con nuestras nuevas explicaciones, mayores y más altos clamores de parte de los rigoristas que, apegados a las formas del lenguaje, se curan muy de las ideas, los accidentes y vicisitudes que lo modifican. Pero nuestro ánimo es solo explicar la causa sin justificar los efectos; decimos por qué sucede tal cosa, sin entrometernos a averiguar si esta cosa es buena o mala. Así, cuando se habla de extranjerismos, cuya introducción en el castellano atribuye nuestro Quídam a los que, iniciados en idiomas extranjeros y sin *el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir según la versión que más han leído*, obraba por estos medios, no inculcamos sobre la degradación del idioma, sino que acusamos las causas que la motivan, y que la justifican acaso.

Hemos escogido por tema de nuestras observaciones las amargas burlas de Iriarte e Isla, no tan solo por lo que pueden convenirnos, sino porque ellas revelan un hecho que nos servirá de punto de partida. Iriarte e Isla nacieron muy a principios del siglo XVIII, por manera que la invasión del galicismo sobre la unidad del castellano se ha hecho notar de

ciento cincuenta años a esta parte. ¿Por qué no se quejaban entonces de Iriarte e Isla, y por qué no se quejan ahora como entonces los gramáticos de los *tartarismos* o los *indianismos* que se introducen en el idioma? Sin duda porque no está amenazado de estas invasiones lejanas. Y luego, si el gálico trata de degradar el español ¿es por ventura a causa de la vecindad de la España con la Francia? No por cierto, porque en Chile se deja hoy sentir esta maléfica influencia, según la nota el Quídam, y ya hay un pueblo en América cuyo lenguaje va degenerando en un español-gálico; de donde se colige que hay una causa general que hace sentir sus afectos dondequiera que se habla la lengua castellana, en la Península como en las repúblicas de América. Y cuando se nos replica que allá como aquí es causada esta revolución por los que, *iniciados en los idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir según la versión que más han leído*, preguntamos ¿por qué los tales estudian con preferencia los idiomas extraños? ¿Qué buscan en ellos que no hallen en el suyo propio? ¿Se quejan los franceses o ingleses de los españolismos que se introducen en sus idiomas respectivos? ¿Por qué los españoles que no son puramente gramáticos, no estudian los admirables modelos de su rica literatura, y van a estudiar las literaturas extranjeras, y luego se lanzan a escribir *según la versión que más han leído*? ¡Oh! ¡Según la versión que más han leído! He aquí la solución del problema, solución que nuestro Quídam sin profundizar, sin comprender siquiera, nos arroja con desdén y creyendo avergonzarnos con ella. Eso es, pues escriben según la versión que más leen, y no es culpa si la antigua pureza del castellano se ve empañada desde que él ha consentido en dejar de ser el intérprete de las ideas de que viven hoy los mismos pueblos españoles. Cuando queremos adquirir conocimientos sobre la literatura estudiamos a Blair el inglés, a Villemain el francés, o a Schlegel el alemán; cuando queremos comprender la historia, vamos a consultar a Vico el italiano, a Herder el alemán, a Guizot el galo, a Thiers el francés; si queremos escuchar los acentos elevados de las musas, los buscamos en la lira de Byron o de Lamartine o de Hugo, o de cualesquiera como extranjero; si vamos al teatro, allí nos aguarda el mismo Víctor Hugo y Dumas y Delavigne y Scribe y hasta Ducange; y en política y en legislación y en ciencias y en todo, sin excluir un solo ramo que tenga relación con el pensamiento, tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma. Parecía que en religión, en historia, y costumbres nacionales, hubiésemos de contentarnos con lo que la católica España nos diese de su propio caudal; pero desgraciadamente no es así. Los españoles de hoy traducen los escritos extranjeros que hablan de su propio país, y nunca tuvieron en religión un Bossuet, ni un Chateaubriand, ni un Lamennais. ¿Con qué motivo de interés real y de aplicación práctica a nuestras necesidades actuales, se quiere que vayan a exhumarse esas antiguallas veneradas del padre Isla y Santa Teresa y Fray Luis de León y el de Granada, y todos esos modelos tan decantados que se proponen a la juventud? ¿Para adquirir las formas? ¿Y quién suministra el fondo de las ideas, la materia primera en que han de ensayarse?

Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso, y mal han de intentar los del gusto delicado por tener coladeras al torrente: que pasarán las aguas y se llevarán en pos de sí esas telarañas fabricadas por un espíritu nacional

mezquino y de alcance limitado. Esa es la posición del idioma español que ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz, y en España como en América se ve forzado a sufrir la influencia de los idiomas extraños que lo instruyen y lo aleccionan.

Y no se crea que no sabemos apreciar sus bellezas ni su capacidad; apuntamos solamente un hecho en sus efectos y en su origen, señalamos lo que los puristas en el estrecho círculo en que se han encerrado no alcanzan a comprender, y si presienten la pretendida degradación del idioma, les apuntamos la enormidad de la causa para que no estén en vano dando coces contra el aguijón. Los gritos de unos cuantos (porque unos cuantos serán siempre los que se dediquen a estériles estudios) no bastarán a detener el carro que tiran mil caballos. Y no hablamos en esto de memoria, como suele decirse. Vamos a producir nuestras pruebas. Hemos tomado a la ventura el catálogo de una de nuestras librerías, y de cerca de quinientas obras en castellano, solo cincuenta son originales, y entre ellas ocupan un largo espacio obras como éstas: *Aviso de Santa Teresa*, *Camino real de la Cruz*, *Despertador eucarístico*, etc.

En el Instituto Nacional, exceptuando muy pocos casos, todos los libros de que se hace un uso para la enseñanza elemental son de origen extranjero, y en el prólogo de una de las gramáticas formadas entre nosotros, hallamos estas instructivas palabras: “*En la analogía me he valido de las gramáticas de Ordinaire, de Lefranc y de la que se titula el Arte explicado; en sintaxis, el nuevo método de Port-Royal, el curso de lengua latina por Lemarc y la gramática de Lefranc, etc.*”

Por manera que los que han renunciado a su propio pensamiento para repetir las tradiciones de sus pedagogos, en lugar de enseñar nuestros *admirables modelos*, debían ocuparse con más aprovechamiento de sus discípulos, de enseñar el arte de importar ideas y los medios de expresarlas, porque ésta es la ocupación primordial del castellano. La España aun no está libre hoy de esta cadena que ha pesado sobre su cuello durante tantos siglos: privada por la Inquisición y el despotismo de participar del movimiento de ideas que con el *Renacimiento* había principiado en todos los otros pueblos; dominada entonces por ese mismo odio a todo lo que era libre y repugnaba con su unidad católica y su reconcentración despótica que muestran los celosos partidarios de la imposible incolumidad de la lengua, quedóse sola en Europa y renunció a su poder marítimo, terrestre, literario y científico; y cuando la mano de la libertad ha venido a despertarla en nuestros tiempos, como despertó a las colinas, halló a su madre y a las hijas en la miseria y en la ignorancia, sin tradiciones, sin arte y sin ideas. Desde entonces madre e hijas van a buscar al extranjero las luces que han de ilustrarlas; y con cortas diferencias van a la par pidiendo cada una de su propia cuenta, porque las necesidades son casi iguales. De aquí nace que la España y sus colonias se alarman con los extranjerismos que deponen en su idioma las ideas que de todas partes importan. Trabájese en España como en Chile en la adquisición de las luces que poseen los extraños, y en España como en Chile se levantan clamores insensatos contra un mal inevitable. El pensamiento está fuertemente atado al idioma en que se vierte, y rarísimos son los hábiles disectores que saben separar el hueso sin que consigo lleve tal cual resto de la parte fibrosa que lo envolvía. Cuando el pensamiento español se levante, cuando el tardío renacimiento de nuestra literatura se haya consumado, cuando la lengua española produzca, como la alemana o la francesa, 4.000

obras originales al año, entonces desafiará a las otras extrañas que vengan a degradarla y a injertarle sus modismos y sus vocablos.

Sin tratar de mirar en menos los esfuerzos que el naciente ingenio español hace hoy por elevarse y desplegar sus alas, no nos arredraremos de decir que la influencia del pensamiento de la Península será del todo nula entre nosotros; y que teniendo allí que alimentarse y tomar sus formas del extranjero, no se nos podrá exigir cuerdamente que recibamos aquí la mercadería después de haber pagado sus derechos de tránsito por las cabezas de los escritores españoles. En el comercio de las letras, como en el de los artefactos, tenemos comercio libre y, como españoles, importaremos de primera mano, naciendo de esta libertad misma y de otras con causas que en el artículo separado señalaremos que, por más que rabie Garcilaso, bastará en América que los escritores, siguiendo el consejo de Boileau, *aprendan a pensar antes de escribir, para que se lancen a escribir según la versión que más hayan leído, y que así como en tiempo de Moratín se empezaba a conceder sentido común a los que sabían latín, se conceda hoy el criterio y luces a los que no han saludado, porque no lo han creído necesario, a Lope de Vega, ni a Garcilaso, ni a los frailes de León y de Granada.*

Segunda contestación a Un Quídam

[D. F. Sarmiento]

Supongo un pueblo aristócrata en el cual se cultivan las letras; los trabajos de la inteligencia, como los negocios del gobierno, serán dirigidos por una clase soberana. La vida literaria y la existencia política permanecen casi enteramente concentradas en esta clase, o en las que se le acercan.

Tocqueville

En las lenguas como en la política es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades (las del pueblo) como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes que autorizarle en la formación del idioma.

Un Quídam

Al contraponer estos dos fragmentos nos hemos quedado largo rato con la pluma en la mano recapacitando si es cierto que lo último se ha escrito en una república donde el dogma de la soberanía del pueblo es la base de todas las instituciones y de donde emanan las leyes y el gobierno. No parece sino que un noble, inscripto en el libro de oro de Venecia, dijese en el consejo de los Diez: “Es ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes. No podemos, no queremos autorizarle en la formación del lenguaje.” ¡Qué es esto, por Dios! ¿Dónde está esa autoridad que no consiente en autorizar al pueblo en la formación del lenguaje? ¿Quién es ése que tan ridículo haya confiar al pueblo la decisión de las leyes? He aquí, pues, los resultados; emplead toda nuestra vida en examinar si tal palabra está usada con propiedad, si tal otra es anticuada, si tal modismo es vulgar, si la academia lo ha reprobado, si es extranjero, o si lo usó Argensola o Juan de los Palotes, y en seguida subíos a la cátedra a decir... ¿qué?... No importa, con tal que lo que se diga esté arreglado a los admirables modelos de la lengua. Ocupaos de las formas y no de las ideas, y así tendréis algún día literatura, así comprenderéis la sociedad en que vivimos y las formas de gobierno que hemos adoptado.

Creemos, sin embargo, que la palabra pueblo, tomada en su sentido aristocráticamente falso, ha contribuido al extravío de ideas que notamos. Si hay un cuerpo político que haga las leyes, no es porque sea ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes, como lo practicaban las ciudades antiguas, sino porque representando al pueblo y salido de su seno, se entiende que expresa su voluntad y su querer en las leyes que promulga. Decimos lo mismo con respecto a la lengua: si hay en España una academia que reúna en un diccionario las palabras que el uso general del pueblo ya tiene sancionadas, no es porque ella autorice su uso, ni forme el lenguaje con sus decisiones, sino porque recoge como en un armario las palabras cuyo uso está autorizado unánimemente por el pueblo mismo, por los poetas. Cuando los idiomas, romances y prosistas en su infancia, llevaban el epíteto de vulgares con que el latín los oprimía, se formaron esas academias que reunieron e incorporaron la lengua nacional en un vocabulario que ha ido creciendo según que se extendía el círculo de ideas que representaban. En Inglaterra nunca ha habido academia, y no obstante ser el inglés el idioma más cosmopolita y más sin conciencia para arrebatarse

palabras a todos los idiomas, no ha habido allí tal Babel ni tal Babilonia como el Quídam y Hermosilla se lo temen. En Francia hay una ilustrada academia de la lengua, pero a más de que se ocupa de asuntos más serios que recopilar palabras, su diccionario no hace fe, y muchos hay, escritos y publicados sin su anuencia, que son más abundantes de frases y de modismos, y que por tanto son más populares. Otro tanto sucederá en España cuando sea más barata la impresión de libros, y aun ahora empieza a suceder.

Cuando hemos señalado la influencia que la literatura francesa ejerce sobre nuestras ideas, y por consecuencia en nuestra manera de expresarlas, hemos creído indicar las causas que perturban el lenguaje, y la noble disculpa que hallarán a los ojos de la cultura intelectual, ya que la gramática se muestra tan cerca, los que embebecidos en los idiomas extraños de que sacan abundante nutrimento, andan perezosos en consultar a los escritores originales que nuestro antagonista, ahorrándonos cuestiones que no lo son en realidad, examinase los elementos que constituyen nuestra propia lengua, para que se convenza de que los pueblos en masa, y no las academias, forman los idiomas. Encontraría entonces impresos en el nuestro las huellas de todos los pueblos que han habitado, colonizado o subyugado la península. El idioma de un pueblo es el más completo monumento histórico de sus diversas épocas y de las ideas que lo han alimentado; y a cada faz de su civilización, a cada período de su existencia, reviste nuevas formas, toma nuevos giros y se impregna de diverso espíritu. Cuando Roma conoció la civilización griega, el latín abrió sus puertas a las palabras que le traían nuevas ideas; a su turno la civilización latina, apoyada en las legiones romanas, encarnó su idioma en los pueblos conquistados; el francés recibió de la emigración griega de Constantinopla un fuerte sacudimiento; y el inglés ha continuado, después de haberse impregnado de voces hebreas, latinas y griegas en sus estudios de la Biblia, al regreso de cada buque importando una palabra más para su diccionario.

Pero una influencia más poderosa, porque es más popular, empieza a sentirse en todos los idiomas modernos, y que el castellano sufre también, en razón de la nueva organización que las sociedades modernas han recibido. Los idiomas vuelven hoy a su cuna, al pueblo, al vulgo, y después de haberse revestido por largo tiempo el traje bordado de las cortes, después de haberse amanerado y pulido para arengar a los reyes y a las corporaciones, se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quien los escritores se dirigen, y ennoblecen sus modismos, sus frases y sus valientes y expresivas figuras. El panteísmo de todas las civilizaciones, de todas las literaturas que las investigaciones de los modernos construyen; la mezcla y la fusión de las ideas de todos los pueblos en una idea común, como la que empieza a prepararse; el contacto diario de todas las naciones que mantienen el comercio; la necesidad de estudiar varios idiomas; la incorrección y superficialidad de la prensa periódica y las diversas escuelas literarias; en fin, el advenimiento de tantos hombres nuevos, audaces y emprendedores, hacen vacilar todas las reglas establecidas, adulteran las formas primitivas y excepcionales de cada idioma, y forman un caos que no desembrollarán los gritos de los gramáticos todos, hasta que el tiempo y el progreso hayan sacado al arte como los idiomas de las crisis que hoy experimentan. En vano será decirle a Víctor Hugo, que asesina el idioma, que aprenda a escribir. Inútil; seguirá adelante con paso firme arrastrando en pos de sí a la multitud encantada, hasta ir a sentarse, quieran que no, en las sillas académicas. ¿Qué hacer, Dios mío, con un Dumas que solo saber leer y escribir y se mete a componer dramas y se sienta tranquilo en una luneta, a esperar los aplausos que en efecto le prodiga el público más

quisquilloso y más inteligente del mundo? ¿Qué hacer? Darle un asiento en la academia y dejarlo.

Un escritor francés que ha conquistado también una silla en esa academia de sabios, arrojando a la luz pública un libro que a su turno ha echado un torrente de luces sobre la condición de las sociedades modernas y de las antiguas, de las sociedades aristocráticas y de las democráticas, ha caracterizado admirablemente el tono de los escritos y de la literatura de ambas sociedades. Hablando de la primera dice: “el estilo en ellas parecerá tan importante como la idea, la forma, como el fondo; su tono será correcto, moderado, sostenido. El espíritu marchará allí con un paso siempre noble, rara vez con un aire vivo; y los escritores se empañarán más bien en *perfeccionar* que en *producir*.” Hablando de las sociedades democráticas, no podría, como en los tiempos de la aristocracia, presentar la imagen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte, encontrándose por el contrario descuidada la forma y a veces despreciada. “El estilo se mostrará, por lo general, extravagante, incorrecto, sobrecargado y flojo, y casi siempre atrevido y vehemente”. Y bien, ¿a cuál de estas dos épocas quieren nuestros puristas pertenecer en la forma de sus escritos? ¿A la aristocrática, eh? Pero mal que les pese no lo han de catar; porque he aquí que nos presentamos nosotros y arrojando al público una improvisación sin arte, sin reglas, hija sola de profundas convicciones, logramos llamar la atención de algunos, y sentándonos en la prensa periódica estamos diariamente degradando el idioma, introduciendo galicismos; pero al mismo tiempo ocupándonos de los intereses del público, dirigiéndole la palabra, aclarando sus cuestiones, excitándolo al progreso. Y cuando los inteligentes pregunten quién es el que así viola todas las reglas y se presenta tan *sans-façon* ante un público ilustrado, le dirán que es un advenedizo. Salido de la oscuridad de una provincia, un verdadero Quídam, que no ha obtenido los honores del colegio ni ha saludado la gramática. Pero esto no vale nada. A cada uno según sus obras, esta es la ley que rige en la república de las letras y la sociedad democrática. Y lo que sucede hoy sucederá mañana, porque la forma de nuestras instituciones hace necesarias estas aberraciones, y el estado de nuestra civilización actual no puede ni consiente otra cosa. Cuando la prensa periódica, única literatura nacional, se haya desenvuelto, cuando cada provincia levante una prensa, y cada partido un periódico, entonces la Babel ha de ser más completa, como lo es en todos los países democráticos.

¡Mire usted, en países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto que solo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa! Y cuando las naciones civilizadas desatan todos sus andamios para construir otros nuevos, cuya forma no se les revela aún, ¡nosotros aquí, apegándonos a las formas viejas de un idioma exhumado ayer entre los escombros del despotismo político y religioso, y volviendo recién a la vida de los pueblos modernos, a la libertad y al progreso! Y luego achacando a atraso “el de un pueblo americano en otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se va degenerando el castellano en un dialecto español-gálico”... Entendámonos. Si se habla de los periódicos que redacta el puñal tirano, convenido, porque allí no hay un hombre ilustrado, un hombre de conciencia; si se habla de lo que escriben los que representan la civilización de aquel país, convenido también; pero hay que notar un hecho, y es que estos literatos, bastardos como se quiere, han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria; y

nosotros, con todas las consolaciones de la paz, con *el profundo estudio de los admirables modelos*, con la posesión de nuestro *castizo idioma*, no hemos sabido hacer uno solo, lo que es uno, que parecemos perláticos con ojos para ver, y juicio sano para criticar y para admirar con la boca abierta lo que hacen otros, y sin alientos ni capacidad de mover una mano para imitarlos. ¿A qué causa atribuir tamaño fenómeno?... ¿Al clima que hiela las almas?... ¿A la atmósfera que sofoca y embota la imaginación?... ¡Bella solución, por cierto, que no solo condena a la impotencia y a la esterilidad la generación presente, sino que insulta a las venideras, y pronuncia sobre ellas un fallo tan injusto como arbitrario! No, no es el clima, que es variado y risueño, y ha cobijado almas enérgicas y guerreros valientes. No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de dondequiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminaires de la época, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agraderá al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defecto, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud el estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcado en su propia cancha; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.

Más bien que contestar a nuestro antagonista, hemos querido combatir doctrinas que están generalmente admitidas como inconcusas; y cuando se nos acusa de incorrectos y de gálcos, hemos sin negarlo, sin paliarlo siquiera, mostrado la irresistible arma que nos causa esas heridas. Hemos querido en cuanto a formas manifestarnos como somos, ignorantes por principios, por convicciones, dejando las cuestiones de palabras, según decía Herder, para los que no están instruidos sino en palabras; y como el zapador que pone fuego a la mecha, aguardamos impasibles la explosión de la mina, sonriéndonos de antemano de la sorpresa o de la rabia del enemigo que en sus atrincheramientos se siente herido, sin saber de dónde ni por quién.

Al señor redactor de *El Mercurio*. Otro Quídam

[José María Núñez]

Bravo, mi amigo, bravo. Nos ha fletado usted con un soberbio artículo. ¡Qué artículo!... Nuestra menguada juventud encerrada en el gótico edificio de la antigua escuela, estrechada entre angostas paredes, pálida, entumecida con la fría sombra de aquella prisión, daba un gemido al soltar al papel cada palabra. ¡Desgraciada, que no tenía aliento, ni capacidad para romper sus cadenas! Usted con planta erguida, con la noble desenvoltura del genio, se acerca y de dos tajos echa por tierra el lúgubre edificio, y nos restituye a la luz y a la libertad. ¡Lo que vale la arrogancia!...

¿Hasta cuándo el entendimiento sutil, impalpable había de estar con mengua del don de agilidad, su esencial constitutivo, aherrojado en miserables redes? ¿Por qué habíamos de vivir condenados a no pronunciar más palabras que las que salieron de la boca de Garcilaso o Cervantes? Principios absurdos han mantenido al género humano por más de treinta centurias maniatado con voluntarias ligaduras: es tiempo ya de que goce esa libertad jamás conocida, que sacuda su yugo, que alce la cabeza para respirar el aire vivificante de la región de los ensueños. A ti, San Juan, “pequeño entre las aldeas de Judá”, estaba reservada la gloria de dar al mundo su nuevo redentor. ¡Salve una y mil veces!

Valor, mi amigo, la empresa es ardua, pero gloriosa: mil añejas preocupaciones como guijarros que estorban el paso al caminante, han de contener a usted en su triunfante marcha; no hay que hacer caso; adelante. No faltan a usted apasionados secuaces, que con la risa en los labios, señal de gozo, se complacen en su hechicera doctrina: tampoco faltan otros valientes campeones que con espada en mano proclamarán al profeta. Yo me inscribo desde luego en el número de estos guerreros, y juro por esta misma independencia que se nos acaba de revelar, que no volveré al descanso hasta que la imaginación ande sin estorbos por prados, por precipicios, por cloacas, si le da la gana (que para eso la ha creado Dios) y hasta que la lengua emancipada del frenillo se mueva por acá, por allá, como badajo de campanilla.

La campaña, empero, se ha abierto a la primera señal. Los aristócratas con sus reglas y su purismo enristran las plumas; débiles armas que no resisten al acero bien templado de los demócratas. Un susurro general se siente: salen de todas partes aquello que los castellanos llaman carcajada y que nosotros no sabemos todavía cómo llamar en el nuevo idioma. ¡Qué importa! Pronto desaparecerá esta voz castiza, y cuando aprendamos de los ingleses o de los franceses el modo de reír, oirán también los aristócratas nuestros éclats de rire, o, loud laughter. Por ahora no hay más que disparatar para que los que vengan atrás corrijan. ¿No es esto? A fe que nadie me ha de ganar en esta táctica sublime, a mí que no he aprendido nada por principios, que tengo mis ideas tomadas al vuelo y hablo en todas las materias dogmáticamente. Sólo le tengo miedo a aquel campeón retrógrado absolutista de quién usted dice con tanta gracia que debía echársele del país por ostracismo. Con tanta gracia, digo, porque el recurso es ingenioso para deshacerse, sin cometer injusticia, de un literato que tan perjudicial ha sido a nuestra literatura, por el mismo hecho

de ser más literato que nosotros. Los literatos no tan literatos tendrán entonces las cátedras y la regencia del pensamiento: la tendría usted, mi amigo, y nos repetiría sin cesar que las “fórmulas del pensamiento no merecen más atención que el pensamiento mismo, que debemos echar miradas observadoras sobre la patria, sus costumbres, sus instituciones, sus necesidades, que el pueblo y no las academias es el árbitro absoluto del lenguaje; nos enseñará, en fin, tantos otros arcanos que estaban ocultos hasta hoy a los ojos torpes de los chilenos”.

¿Pero qué mucho si la perversidad de los estudios les ha extraviado el juicio? (De paso ¿usted es hombre para juzgar de los estudios de nuestras aulas? Alabo tanto saber y sigo adelante). Entonces, decía, más que ahora, nos quedaríamos perláticos con la boca abierta, sabiendo que la paz que neciamente nos gloriábamos, como testimonio de nuestra cordura, es una zumba; y que para mejorar de condición debíamos importar a esta tierra bruta la ilustración transandina, fecunda en versos, representante (como es toda literatura) del estado de ese pueblo medio destruido, medio salvaje, en que el rencor de los partidos despedaza las entrañas de la patria, en que el degüello es un timbre de honor, en que los principios que se han llamado protectores de la virtud y de la propiedad han sido revelados por la inmoralidad y el pillaje, en que las sublimes concepciones de la mente no pierden su brillo por la torpeza del lenguaje en que se vierten, y en que se ha difundido, arraigado, entronizado un sistema de ideas que algunos creerán extraviado, pero que es el origen de la democrática anarquía que lo desorganizó del horrible despotismo que hoy lo consume. Venga esa literatura y la imaginación de los chilenos quedará libre de su engarrotamiento; venga esa ilustración y volarán avergonzadas las reglas que nos habían hecho modestos, tolerantes, pacíficos, pero que no nos permitían hacer versos.

Algunos dirán tal vez, porque ¿qué cosas no pueden decirse? Que a pesar de haber echado usted tantas miradas al pueblo, a sus costumbres, etc., no ha acertado a encontrar la causa del engarrotamiento de nuestra imaginación, ni han atinado con la verdad en la cuestión literaria de “si debemos truncar y estropear el idioma español para expresar las ideas que hayamos adquirido en libros extranjeros”. Yo les contestaré que esas ideas no tienen signos a propósito en español, que los españoles no han sentido, ni pensado jamás para inventar palabras, y que el diccionario de su lengua es un volumen en blanco que está dispuesto para recibir en sus renglones vacíos las palabras inglesas, francesas, alemanas que nos han de venir con los conocimientos ingleses, franceses y alemanes; para que del conjunto de voces peregrinas, resulte una habla rica, sonora, variada, libre y arrogante en sus giros, majestuosa en sus locuciones, como debía serlo y no lo es, la que tenemos.

En fin, mi amigo, doy a usted el parabién, y me lo doy a mi mismo por su artículo del domingo, que será probablemente uno de esos rayos de los grandes luminaires de la época (v. g. el *Diccionario de la conversación*) que usted toma con mano sacerdotal y aplica con tanto acierto a nuestras circunstancias.

Hasta muy luego se despide de usted su afectísimo servidor.

Al *Mercurio* números 4.094 y 4.097

[José María Núñez]

Les difficultés grammaticales arrêtent quelquefois les plus grands esprits
et ne sont pas indignes de leur application.
Préface du Dictionnaire de l'Académie

Bien se deja ver en los artículos editoriales de los números citados de *El Mercurio*, su redactor no ha comprendido o no ha querido comprender la cuestión, extraviándola quizá de propósito de su verdadero punto, para eludir el ataque de su absurda doctrina, y dándole un colorido epigramático con dicharachos y chufletas que llenan el vacío material de un periódico, sin que de ellas pueda hacer mérito la juventud educanda a quien particularmente interesa la discusión de la materia, en la que gustoso vuelve a entrar el *quidam*, convidando para esclarecerla, al redactor de este periódico, a que lo siga en ella sin evasiones ni incongruencias.

Recogido el guante que en su artículo *Ejercicios populares de la lengua castellana*, usted arrojó cual torrente impetuoso que sale de madre, aseverando “que el pueblo tiene en el lenguaje todo su predominio, y que los gramáticos, esto es, los académicos, están obligados a admitir mal de su grado los extranjerismos y vulgaridades chocantes”, dije en mi refutación, bajo aquel epígrafe, número 4.087, que el pueblo (iliterato se entiende) no tenía semejante predominio, ni podía tenerlo, pues lo inverso fuera absurdo, un contrasentido, y que los extranjerismos, lejos de emanar de dicho pueblo, ignorante de otras lenguas, eran una plaga para la claridad y la pureza del castellano, transmitida solamente por los que iniciados en los idiomas extranjeros y sin el estudio de nuestros admirables modelos, se lanzan a escribir según la versión que más han leído; he aquí mis dos tesis en respuesta, a las que usted, señor redactor, ha objetado también en dos artículos, en los que igualmente necesito contestarle por seguir a usted con orden en sus ideas, y por exigirle la extensión de mi réplica, reservando la primera para mi artículo siguiente.

Dice usted, señor redactor, que deben justificarse los extranjerismos, “porque un pueblo que no vive de su propio pensamiento, tiene que importar de ajenas fuentes, con el limo y las arenas, el agua que ha de saciar su sed, porque el español ha dejado de ser maestro, para tomar el humilde puesto de aprendiz, porque tenemos que mendigar al extranjero las luces, de que carecemos, y en fin porque el pensamiento está fuertemente atado al idioma en que se vierte”; razones todas tan especiosas como fútiles a toda luz. Con que el verter ideas y aun al tomar palabras del francés o del inglés ¿Hemos de fundirlas en el giro, en la construcción, o para hablar a usted más a propósito, en la tournure respectiva de estos idiomas? Tal es el primer punto en cuestión que solo podía ocurrir al redactor de *El Mercurio* y a su peregrina secta. Qué resultaría de la admisión de semejante principio, ya lo dije en mi anterior artículo, y lo han fundado muchísimos antes que yo. Cuando el inglés toma palabras del francés, no les da por cierto la construcción de este idioma, sino la suya nacional, y lo mismo sucede cuando el francés las toma del inglés: así, teniendo que toma ideas o palabras del griego, del latín, del español, del alemán, ¿quién podría entenderse con

los muchos helenismos, latinismos, hispanismos y germanismos? “Solo los muy hábiles disectores que saben separar el hueso de la parte fibrosa que lo envuelve”; es decir, lo que deberían saber profundamente, a más de la literatura propia, la de cada una de las demás lenguas. Ahora bien, señor redactor, ¿qué hacen los eminentes Dumas y Víctor Hugo en sus escritos al formar voces nuevas en su lengua o al sacarlas de otras? ¿Han hecho locuciones exóticas? No: han formado combinaciones suyas, peculiares de su lengua: han hecho modismos atrevidos, pero felices, profundos en la fuerza del decir; han hecho en fin, enriqueciendo su lengua, lo que el sublime Bossuet en su época, Shakespeare y Byron y Granada, y Cervantes, sin recibir el limo y las arenas de ajenas fuentes, como usted quiere, señor redactor; porque tanto sería exigir la adopción del pensamiento ajeno con el ropaje de su lengua, como el hortelano hubiese de tomar la flor envuelta en el áspid de la dañá.

Atribuye usted al trazo de la literatura castellana, a su completa parálisis en ciencias y artes, la necesidad de prohiar la dicción de las ideas extranjeras de que vivimos. Mas pregunte usted a los ingenios españoles que se han formado en la literatura inglesa y particularmente en la francesa ¿Por qué, desechando los extranjerismos, han conservado y enriquecido el habla de Garcilaso y de Cervantes? Pregúntelo usted a Isla e Iriarte, a Moratín y Jovellanos, a Meléndez y Hermosilla, a Quintana y Martínez de la Rosa, a Mora y Saavedra, a Bretón, y en fin a Larra. ¿Por qué han conservado la pureza, corrección y elegancia de los admirables modelos de Luis XIV de los españoles? ¿Por qué se leen y se leerán siempre con el mayor gusto el *Gil Blas de Santillana*, las *Fábulas literarias*, *La comedia nueva*, *El delincuente honrado* y las *Epístolas a Batilo*, los *Discursos forenses*, las *Anacreónticas*, *El arte de hablar* y, aun en el absurdo si se quiere, monstruoso jacobinismo, los *Españoles célebres*, *El espíritu del siglo*, el *Don Opas*, *El moro expósito* y los *Romances históricos*, el *Muérete y verás* y la *Marcela* y finalmente los amenos e ingeniosos artículos de *Fígaro*? Y si Quintana y Martínez de la Rosa fueron incorrectos y gálicos en sus primeras producciones, rectificaron su extravío, el primero con el ejemplo de los *Españoles célebres* y el segundo con *El espíritu del siglo*.

Tan respetables escritores se han nutrido de los tesoros extranjeros y en especial de la literatura francesa; y en estos tesoros sólo han sido beneficiados y vertidos en el abundante y hermoso español, que nunca ha dejado el puesto de maestro para ocupar el de aprendiz. ¿Mas en dónde no hacen otro tanto los escritores de las demás naciones? Los franceses a quienes usted es tan adicto, con sobrado fundamento, tendrán, sin embargo, para usted el defecto de ser nimios en el estudio de su idioma y defenderlo contra toda invasión. Consultemos si no a Voltaire, Boileau y aun a la misma Academia. Si: consultemos a Voltaire que nos asegura que cuando iba a escribir en prosa se preparaba poco antes con la lectura de Massillon; cuando en verso con la de Racine. ¿Qué buscaba Voltaire? ¿Qué ideas, qué relación podía buscar aquel asombroso ingenio entre unos sermones y los diferentes escritos de su pluma inmortal? Buscaba sin duda el lenguaje en que quería empaparse su construcción filosófica y analítica; en una palabra, la pureza y elegancia del bien decir. Veamos aun lo que sobre el mismo Voltaire nos dice Girault Duvivier; lo que Boileau, en el canto I de su *Arte poética*, después de aconsejarnos que “antes de escribir aprendamos a pensar”; lo que previene la misma Academia francesa en el epígrafe de este artículo, y concluiremos que no hay nación culta que no reconozca como un dogma literario, así la necesidad de la corrección y nacionalidad del estilo, como la de rechazar firmemente los vicios que la desnaturalizan y corrompen.

Por lo expuesto ya, verá usted, señor redactor, con qué motivo de interés real y de aplicación práctica a la necesidad reconocida en todos los pueblos cultos, y prescrita por los primeros sabios, la tenemos nosotros de estudiar nuestra lengua en los admirables modelos que usted desdeña con el dictado de antiguallas, no sé si por ignorancia o por sistemática afectación de una escuela demagógica que ha de quedar aislada en su estrafulario propósito. Sepa usted, señor redactor, que hay en esas antiguallas a más de los primores de elocución, sin comprender qué importancia la lógica del pensamiento, no poca ciencia que aprovechar, y sin cuyo título no habrían sido alabados a porfía por los primeros literatos extranjeros, los Gradanas, los Leones, los Avilas, los Cervantes, los Solís, los Mariana, Los Lope de Vega, Los Moretos y Calderones. Participe usted del entusiasmo con que hablan de ellos los ingleses: oiga usted a Voltaire, dando a Santa Teresa el renombre de divina y a Sismondi en su *Literatura del mediodía*, analizando con una filosofía culminante las obras españolas, y tributando elogios a su mérito literario; vea en fin en el gran literato alemán don Juan Jorge Keil, el culto que profesan los alemanes a la literatura española, llegando a traducir todas las comedias de Calderón en sus propios metros, y haciéndolos representar entre ellos con el mayor interés y complacencia. Empero se reservaba a usted, señor editor, lo que llama usted formas en sus antiguallas; mas esas formas no son palabras aisladas, no son frases desnudas: son, según Bacón, citado por Mora, “la ciencia que nos enseña a descifrar todos los misterios del pensamiento, y a poner en perfecta armonía los trabajos interiores del espíritu y el trabajo exterior de los labios y de la pluma.”

Nos pondera usted el atraso de la literatura española y sus concausas, cosa tan sabida y repetida por tantos, a fin de probarnos que debemos buscar el saber en las lenguas extranjeras.

Pero si como en prueba de nuestra exigüidad literaria tomó usted la gruesa ventura un catálogo de libros españoles, la mayor parte traducidos, hubiese tomado casualmente otro catálogo más grueso, habría visto algunos más originales, conviniendo con usted en que nunca serían muchos.

Dice usted en conclusión que “basta en América que los escritores, siguiendo el consejo de Boileau, aprendan a pensar antes de escribir para que se lancen a escribir según la versión que más han leído”; pero medite usted los citados versos de Boileau a renglón seguido y verá usted al reverso de su medalla.

Agradezco a usted muy sinceramente el consejo que piadosamente me dirige sobre el arte de importar ideas (si hay arte de importar ideas) para mis alumnos, en lugar de enseñarles nuestros admirables modelos. Descifrando, lo primero, esto es, la enseñanza de una sana crítica y del buen gusto, lo he practicado ya antes de su caritativo consejo del mejor modo que ha sido posible a mi mediano alcance con los alumnos que he tenido y tengo la honra de dirigir.

Al concluir, señor redactor, mi artículo primero, me permitirá rectificar una equivocación de usted, atribuyéndome el que yo he dicho que tanto en Chile como en otro pueblo de América se hace sentir la maléfica influencia de los extranjerismos. Sólo usted ha querido decirlo, pues yo no podría atribuir tan falsa acusación sin ser desmentido por las ilustres plumas de mis compatriotas, desde el sabio orador y distinguido poeta Camilo Henríquez, hasta el galano escritor de *El Filopolita* y *El Araucano* y émulo de Cervantes en sus cartas patrióticas.

El Quídam

El comunicado del otro Quídam

[D. F. Sarmiento]

Le patriotisme exclusif,
Qui n'est que l'égoïsme
Des peuples, n'a pas de
Moins fatales conséquences
Que l'égoïsme individuel.
De Lamennais

Mucho tiempo hacía que *El Mercurio* no suscitaba una cuestión que interesase vivamente al lector y le hiciese seguir con ahínco las sucesivas publicaciones de la prensa: devorar el comunicado, improbador el artículo editorial, aplaudir una réplica victoriosa, festejar un golpe en regla, leer en corro, vivir, en fin, del pensamiento de la prensa, seguirlo en cada uno de sus desenvolvimientos y en cada una de sus fases. ¡Viva la polémica! Campo de batalla de la civilización en que así se baten las ideas como las preocupaciones, las doctrinas recibidas como el pensamiento o los desvaríos individuales.

El pueblo escucha, cree al principio lo que cada uno de los contendientes alega, la duda sobreviene, se establecen comparaciones, y el juicio propio aleccionado concede la victoria a quien o más razón lleva, o más impresiones deja. Suelen los antagonistas en el lugar de razones tirarse tierra en la cara, arañarse también, y no faltan ocasiones en que se hacen heridas profundas y duraderas. Falta de ejercicio... Maneras un poco francas, un tanto rudas si se quiere, pero la continuación..., el hábito..., la cortesía..., la risa de los espectadores también, el criterio, en fin, todo contribuye a quitarle a esta lucha caballeresca lo que de áspero tiene en sus principios. Son las personalidades la arena y el limo que arrastran al agua del torrente.

Nos hemos visto, pues, metidos sin saber cómo en una alta y peliaguda cuestión de idioma, de gramática, de literatura y aun de sociabilidad; porque tal es el enlace y la trabazón de las ideas, que no es posible hablar de idioma sin saber quién lo habla o escribe, para qué, para quiénes, dónde, cómo y cuándo. Esto es lo que veremos al menos en el discurso de esta polémica. Pero ya que nos veíamos cogidos en la red, quisimos poner la cuestión en términos que removiese los ánimos, suscitase antipatías o aficiones, a fin de que todos los que se interesan en esta materia prestasen atento oído a lo que se iba a decir de ambas partes, y no sucediese lo que de ordinario con los trabajos de la prensa periódica, que pasan el día claro delante de nosotros como las aves nocturnas cruzan el cielo en el silencio de la noche, sin que nadie se fije en ellas. Y por cierto merece ser considerada; se trata de saber qué estudios ha de desenvolver nuestro joven pensamiento, qué fuente debe alimentarlo y qué giro ha de tomar nuestro lenguaje; si a este respecto hay doctrinas sancionadas entre nosotros, si tienen el apoyo de la filosofía y la sanción de los hechos. ¿Hay en esto una pretensión insensata y presuntuosa? Esto es al menos lo que dice cada siglo, cada forma de arte, cuando se les presentan sucesores a disputarles el predominio de la sociedad.

Voltaire llamaba bárbaro, borracho a Shakespeare, Boileau fanático a Milton; los académicos franceses no habían oído jamás nombrar a Hugo, aunque después su nombre literario llenaba el mundo. Un poco después la Academia ha recibido en su seno a este innovador ignorante y el borracho Shakespeare y el fanático Milton han arrancado el cetro a los que con asco los rechazaban.

Grande fermentación ha causado nuestro artículo del 22 de Mayo, y bueno fuera que no hubiéramos logrado nuestro intento cuando poníamos todos los medios de conseguirlo; pero la primera manifestación que de esta efervescencia ha salido a luz, suscrita por *Otro Quídam*, nos saca fuera de la cuestión literaria y nos lleva a otra social, a la que iremos de mil amores, porque lo creemos no solo necesario, sino también útil y laudable.

Revela *Otro Quídam* una profunda irritación de ánimo, una cólera reconcentrada que la risa sardónica y la punzante ironía y la amarga burla que afecta no alcanza a encubrir. ¿Qué ha podido irritarlo tanto? ¿Qué? ¡La cuestión literaria! ¡Santo Dios! No merecía la pena de incomodarse por ella; mas hay una palabra que a nuestro juicio lo explica todo. El patriotismo exclusivo, es decir, el egoísmo de los pueblos de que habla Lammenais.

El autor del comunicado pregunta quién es el redactor que viene a enseñar doctrinas tan peregrinas, y nosotros vamos a contestarle. Es uno de los redactores de *El Mercurio*; y no dé un paso adelante, porque le está vedado, es un redactor de un diario que al hacerse cargo de esta tarea, no ha venido a la tierra como un ser descendido del planeta Saturno para hallar que la tierra es chica, que los hombres son como las hormigas de su planeta. No; el redactor de *El Mercurio* ha revestido el saco que debe llevar el escritor público en los pueblos americanos llenos de vicios, de preocupaciones, de indolencia, educados para el despotismo, la inacción y el retroceso, y sin pretender ser llamado oráculo, ha manifestado francamente sus opiniones, ha levantado su voz contra un abuso, contra una costumbre añeja y retrógrada; a la policía le ha dicho: nuestras calles son inmundas e intransitables, componedlas; a la municipalidad, no tenemos caminos, no tenemos teatros, no tenemos alumbrado, levantaos, cumplid con vuestros deberes; al gobierno le ha dicho, los carros ambulantes son una monstruosidad, remediadla; a la juventud, habéis estudiado, ocupaos de las ideas de nuestra época, servid a la patria con vuestras luces, ilustrad al público con vuestros escritos. Ha ridiculizado lo que era ridículo a todas luces, aplaudido todo lo que mostraba visos de merecerlo, ha manifestado sus opiniones en las cuestiones de política interna y externa, sin penetrar jamás en el santuario de la vida privada; ha deplorado la muerte de los buenos ciudadanos como Salas y como Pereira, y recordado siempre con veneración la memoria de los héroes de la independencia, cualesquiera que, por otra parte, hayan sido sus opiniones políticas y la afección o desafección del gobierno para con ellos; ha hecho, en fin, lo que cualquiera otro hubiera hecho en su lugar, es decir, cumplir con los deberes que impone la redacción de un diario que debe ocuparse en todos y en cada uno de los intereses de la sociedad, fomentar el bien, perseguir los abusos, ridiculizar las preocupaciones y las malas costumbres de expresar libremente sus opiniones.

Cuando este redactor de *El Mercurio* ha visto una producción útil, la ha anunciado en el diario con encomio, sin permitirse observación alguna que revelase sus defectos; si una sociedad se ha formado, ha ponderado su utilidad; si un verso ha aparecido, lo ha elogiado y recomendado a los jóvenes para su imitación; y cualquiera sea el juicio que de las cosas que hayan llamado su atención ha formado, cualquiera que fuese el asunto en que se

haya ocupado, el redactor de *El Mercurio* ha tenido particular empeño en sembrar aquí y allí doctrinas sanas del liberalismo, porque está convencido que los periódicos deben ser el vehículo por donde los principios de libertad descendan hasta el pueblo como el rocío de la mañana, para verificarlo y animarlo al bien y al progreso. El redactor de *El Mercurio* ha podido medir sus palabras no por la utilidad que para la regeneración social podían traer, sino por la tenacidad de las resistencias que suscitaría en el ánimo de algunos, y ha desdeñado este fácil camino que puede proporcionar mucha popularidad; ha tomado, por el contrario, el sendero que han trazado todos los hombres de corazón y de principios en los pueblos que, como los nuestros, marchan al cambio radical de costumbres e ideas.

Los redactores al Otro Quídam

[D. F. Sarmiento]

Un hermoso libro que ha producido nuestra imprenta circula felizmente con profusión en el país, libro que contiene útiles lecciones para todos los que saben entenderlo. Hablamos de los artículos de costumbres de don Mariano José de Larra, en los cuales está trazada en caracteres indelebles la marcha que deben seguir los que trabajen en la mejora de los países españoles, los que entienden que es preciso despejar el suelo para sembrar la semilla de la libertad. Su patriótico sistema, dictado por la primera necesidad de un pueblo que recién sale de las manos de un despotismo secular, ha sido seguido en España y en América. El *Otro Quídam*, que tan celoso se muestra del nombre chileno, gusta, sin embargo, de oír a Larra humillar a sus propios paisanos, halla muy justo y muy laudable que un español levante en el seno de España su voz iracunda y eche en cara a su nación su atraso, se burle de sus costumbres, de su pobreza y de su ignorancia, y que con sus sales punzantes haga de su patria el objeto de lástima de todas las naciones. ¿Qué moral saca de su lectura? ¿Cree que Larra escribió en España sus inmortales artículos para darle a él asunto de risa? ¿Cree que los muchos que le han seguido y de cuyo lenguaje castizo se muestra tan prendado, han hallado por muy gustoso el martirizar a su nación, degradarla, arrastrarla por los suelos? ¡Insensatos! ¡Larra en tales manos no es más que un chusco impávido que *escribe muy bien el castellano*! Pero ese Larra, cuyas palabras parecen tan limadas y que por solo eso es apreciado en algo, es un modelo que todos los escritores públicos, en América como en España, deben afanarse en imitar; es el campeón de la juventud que habla el idioma español hoy, que ama a su patria, la América o la España, no importa; que la hiere, que la sacude para que se irrite, se incorpore, se levante y marche en el ancho camino de progresos que le han abierto la civilización y la libertad de las otras naciones. Es el alma virgen de la democracia que levanta la voz contra la sociedad caduca y retrógrada en que ha nacido, que llena de energía y con el alma pura de un ángel, se irrita contra el vicio y las preocupaciones y la indolencia del pueblo, y que con la risa de la desesperación en los labios se burla de su pasado y de sus literatos, llueve sobre ellos los dardos de su sátira, destilando sangre y veneno. Hallan muy hermoso en España aquel lenguaje, y cuando el escritor en América, que en cada sección de las suyas tiene mil llagas podridas que curar, cuando *El Mercurio* dice que no tenemos poesía, que no hemos escrito un solo verso, no por incapacidad, sino por la mala tendencia de los estudios, entonces se levanta el patriotismo del *Otro Quídam* echando espumarajos y diciendo a grandes voces: venga acá el redactor de *El Mercurio*, ¿quién es su padre? ¿Dónde ha nacido? ¿En la capital o en las provincias? ¿De este lado o del otro de los Andes? ¿Tiene usted carta de nacionalidad para atreverse a decir que no hemos hecho versos? ¿Tiene usted patente para tener ojos y juicio y opiniones? ¿Cómo insulta a la nación diciendo lo que sucede, para que se remedie el mal o se averigüe su causa? ¡Pobrezas que harían avergonzar a cualquier hombre culto, patriota y verdadero amante de su país! ¡Miserias que la juventud ilustrada debe desechar con el asco que merecen! ¡Preocupaciones en que nos crió el régimen colonial odiando a todo lo que

no era español y despótico y católico! Así nos educaron para sobrellevar sin murmurar el bloqueo continental en que estuvieron las costas americanas durante tres siglos, en que no oímos hablar de los extranjeros sino como de unos monstruos, herejes y condenados, y cuando la independencia abrió nuestro puerto al comercio, empezamos a buscar entre nosotros mismos dónde se alzaba un cerro de por medio, dónde se atravesaba un río para decir: allí, del otro lado, están los extranjeros que hemos de aborrecer ahora; porque nos ha quedado un fondo de odio que no sabemos dónde ponerlo para que dé todos sus intereses. Así la España, por odio a los extranjeros, se quedó en su Península; pobre después de haber sido rica, débil, despreciada, cuando había sido el terror de la Europa; ignorante, cuando su antigua literatura había ido a inspirar la de otras naciones; sin industria, después de que sus fabricas sirvieron a todos de modelo; pero desnuda de ideas y de vestido, se envolvía en su roto manto y calentaba sus manos ateridas en las hogueras de la inquisición, encendidas para abrazar en ellas las ideas que se desenvolvían en el extranjero; todo por odio a los extranjeros. Nosotros seguimos ahora sus huellas; ahora que ella ha abandonado ese camino, los americanos, divididos en pequeños grupos de españoles hostiles, se miran de reojo, no se tratan, no se comunican; si un grupo parece a manos del despotismo, los otros no lo saben, no le tienden la mano, no inquietan por qué padece tanto. ¿Para qué? Son extranjeros que fueron hermanos para liberarse juntos; extranjeros que hablan un idioma, que tienen una religión, un origen, unas costumbres, un gobierno, un solo fin. ¡Extranjeros! Así marchamos a la libertad, a la asociación americana, a la emancipación. ¡Qué piezas para construir naciones que necesitan abrir sus brazos a los extranjeros de todo el mundo, cuánto y aun más a sus propios hermanos! La juventud va por el mismo camino y se llama, no obstante liberal, progresista. ¡Dios nos ampare!

Es, pues, un sentimiento colonial el que, envuelto en el ropaje del patriotismo, ha hecho el *Otro Quidam* atufarse tanto con la lectura de nuestro último artículo sobre idioma. Es retrógrado preguntar de dónde se viene el que escribe y en dónde ha nacido para saber si tiene razón; es impropio en un hombre civilizado, humano y liberal, insultar a una nación entera que combate por su libertad, como combatió por la independencia de muchos, porque se ha dicho de ella que tiene poesía; es desleal citar entre comillas, como nuestras, palabras suyas y que quiere hacer pasar al lado de las nuestras. Esto, en el lenguaje hablado, se llama calumnia. Es manifestarse muy ajeno de las cuestiones literarias de nuestra época, el admirarse tanto de que haya quien sostenga doctrinas como las nuestras; es muy material entender que, al hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato, para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y gratitud; el ostracismo supone un mérito y virtudes tan encumbradas que amenazan sofocar la libertad de la república. Es malicioso aplicar a éste lo que decimos de Hermosilla, el retrógrado absolutista que ha escrito un infame libro que debía ser quemado, y no andar de modelo de lenguaje entre las manos de nuestra juventud; finalmente, es muy poco decoroso para quien sale lanza en ristre a defender una cuestión, no tener nada que decir en apoyo de ella, y después de enseñar una palabra, *engarrotamiento*, para mostrar que debía *decirse dado garrote* por *agarrotado* que dijimos, concluir con no sacar nada de ese fondo de luces que debemos suponer le hace menospreciar nuestras observaciones y desfigurarlas, sacándolas de sus quicios y medida; porque, al fin y al postre, ¿de qué se trata entre nosotros? De unas doctrinas absurdas en materia de idioma, ¿no es cierto? ¿Por qué, pues, azuzar contra el que las sostiene el perro del patriotismo exclusivo, y hacer una guerra internacional de una

simple querella de literatura? ¿Y para esto recoger por campo de batalla su propia casa, donde todas las ventajas están de su parte? Hemos tocado una cuestión de idioma; hay pro y contra. La parte más racional, mejor cimentada, la hemos dejado a nuestros contrarios; nos hemos reservado la más escabrosa, la que cuenta con menos antecedentes, la más absurda. ¿Habrá partido más ventajoso? ¿Por qué irritarse tanto? ¡Por lo que antes hemos dicho, por un sentimiento extraviado, por ver en *El Mercurio* no un periódico sino un hombre, y a éste suponerlo manchado con el baldón de extranjero!

Pero en vano son esos gritos impotentes. Chile no verá eso en aquél que penetrándose de los verdaderos intereses de la sociedad en que vive, contribuye con su grano de arena a la regeneración social, a la ilustración y al progreso. Día llegará, pues, en que el *Otro Quídam* y el redactor de *El Mercurio* puedan presentar antes las aras de la patria sin títulos de nacionalidad.

Hemos vuelto digresión por digresión en la cuestión literaria, estamos a mano. Nuestros lectores nos perdonarán que, como un candidato popular para la Cámara de los Comunes en Inglaterra, hayamos subido al tablado a defendernos y probar que si no tenemos títulos para aspirar a la consideración pública, nada hemos hecho que el verdadero patriotismo tenga derecho de desaprobar. Seremos, pues, en adelante *El Mercurio* y nada más que *El Mercurio*. A él y no a la persona del redactor deben dirigirse los ataques.

Tercer comunicado

[José M. Núñez]

Supongo un pueblo aristócrata en el cual se cultivan las letras; los trabajos de la inteligencia, como los negocios del gobierno, serán dirigidos por una clase soberana. La vida literaria y la existencia política permanecen casi enteramente concretadas en esta clase, o en las que se le acercan.
Tocqueville

En las lenguas como en la política es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades (las del pueblo) como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes que autorizarle en la formación del idioma.
Un Quídam

Al contraponer estos dos fragmentos, dice con énfasis el redactor de *El Mercurio*, en el número citado, nos hemos quedado largo rato con la pluma en la mano, recapacitando si es cierto que lo último se ha escrito en una república donde el dogma de la soberanía del pueblo es la base de todas las instituciones, y de donde emanan las leyes y el gobierno. No parece sino que un noble inscrito en el libro de oro de Venecia, dijese en el consejo de los Diez: “es ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes”. “No podemos, no queremos autorizarle en la formación del lenguaje.”

He aquí un insigne paralogismo bueno solo para los que carecen de sentido común; una fanfarroneada democrática, proferida con toda la elección del que dice: “He aquí que nos presentamos nosotros, sentándonos en la prensa periódica, degradando el idioma, pero aclarando las cuestiones del público, excitándolo al progreso, etc.” El gran Tocqueville, señor redactor, ha presentado un hecho, ha dicho una gran verdad en su fragmento, y *Un Quídam* en el suyo ha dicho también otra verdad, aunque humilde, y tan en su lugar quedan ambas verdades, como una axioma de lógica y otro de jurisprudencia. ¿Qué tiene que ver la soberanía del pueblo con el cuerpo de sabios comitentes suyos que le representan en su formación de leyes? ¿Quién ignora que cuando el pueblo por una necesidad de su existencia política y por su propia insuficiencia nombra ese cuerpo de legisladores que ha de arreglar sus instituciones ejerce el acto más augusto de su soberanía? ¿Y en qué se mengua esa soberanía, o de qué modo la pierde un pueblo, porque se le prescribe hablar como hablan las personas bien educadas, las personas cultas, que son las únicas que pueden reducir el habla a un sistema de signos y de combinaciones sancionadas para la común inteligencia? ¿No es éste otro hecho análogo, otra necesidad correlativa, otra ley de la sociedad? Pero el redactor no tenía materia para sus artículos: hubo *Ejercicios populares de lengua castellana* y ocasión para propalar ideas que, aunque subversivas de los sanos principios, bullían por salir al palenque: hubo contestación para atajar el contagio, más hubo réplica, hilarachas de democracia y ociosa palabrería; hubo, en fin, desatinos editoriales que poner al descubierto.

“Pero un sentido aristocráticamente falso de la palabra pueblo (dice el redactor para cohonestar de algún modo sus anteriores paradojas) ha contribuido al extravío de ideas que notamos.” Es muy falso que las academias no hacen más que recoger las palabras formadas por los pueblos en masa, pues sí, lejos de tener un instituto filosófico, solo serían, según usted, pobrísimos archiveros; las academias recogen para su diccionario las palabras y las frases idiomáticas formadas por los buenos escritores, por los escritores analíticos, sin esperar que la masa del pueblo las reconozca en su uso; forman también ellas palabras y locuciones nuevas y fijan por el fin el sentido y propiedad de los vocablos: esto es lo que puede hacerse convenientemente, y lo que se ha hecho desde que existen academias de lengua, no embargante que haya en sus respectivos diccionarios algunas voces y modismos que deriven su formación del pueblo inculto; y aun en Inglaterra donde, como usted dice, no hay academia, lejos de ser su idioma presa del empeño anárquico de escritores exabrupto, está ya bastante bien fijado para que pueda roerlo semejante carcoma.

Otro tanto deberá decirse del español, a pesar de la nueva organización de las sociedades modernas, de nuestros gobiernos democráticos y de lo que pide la literatura de América; y así como las grandes crisis y vicisitudes de la revolución francesa no han corrompido ni innovado la lengua del siglo de oro de Francia, tampoco alcanzarán nada los anarquistas contra el hermoso lenguaje que nos han legado nuestros clásicos; no pudiendo hacer más que enriquecerlo aun; pero no con chocarrerías como “aplaudir a un literato al verlo revolcarse en su propia cancha”; no con metáforas gongorinas e impropísimas como “el puñal de un tirano redactando periódicos”; no en fin con enigmas como “el panteísmo de todas las civilizaciones, de todas las literaturas que las investigaciones de los modernos construyen”; charada que podría presentarse al filólogo más sutil, que seguramente no llegaría a desentrañar el sentido, si le asaetearan por ello.

Tal es el resultado de escribir caprichosamente a su modo con afectado menosprecio de lo que ha querido llamar, sin entenderlo, formas heladas, vanas exterioridades del pensamiento y otras vaciedades semejantes. El que no ha hecho el estudio de su lengua, que recomienda Pericles, que exige Bacón y prescriben todos los literatos; dotado de un instinto feliz de imitación, puede llegar a ser un buen escritor con lectura de mejores modelos, mas el que desprecia uno y otro por eximirse de una labor indispensable, el que vacía y embolla las construcciones de un modo histerológico (permítase la expresión) y el que emplea locuciones rastreras, solo será, como dice Boileau, “un méchant écrivain”. En vano será tomar idea al vuelo de veneros extraños; pues serán minas sin beneficio, medicina sin médico; y si tal ocupa entre nosotros la prensa periódica, la juventud chilena, a quien apostrofa con su proclama anarquía en el lenguaje, es bastante ilustrada la fortuna, para responder a ella con la desaprobación y el desdén. Sí, jóvenes compatriotas, haced lo que practican todas las naciones cultas de Europa; lo que os acaba de recomendar en su luminoso discurso el ilustrado chileno don José Victorino Lastarria, estudiad vuestra lengua a la luz de la filosofía, de la lógica del pensamiento: estudiadla en esos modelos que admiran los sabios extranjeros; y enriquecido con vuestros liberales estudios que ha calificado de perversos el que no ha hecho ninguno: al paso que están reconocidos por los mejores que se hacen en América, seréis oradores, seréis escritores

correctos y juiciosos, seréis también poetas. Haréis versos, ya que la estima de este don empieza a prometeros la recompensa de la gloria; publicaréis los ya hechos, siendo buenos o medianos, porque sois bastante moderados y circunspectos para publicar lo conocidamente malo, y porque ninguna literatura se manifiesta con publicarlo todo, muchos versos malos o acaso pésimos, como serían vuestros ensayos de escuela, vuestros juguetes de distracción literaria. Así tendréis una literatura que honre y dignifique a nuestra patria; y cuando ciñáis su laurel envidiable y precioso, no olvidéis un homenaje de gratitud al laborioso literato; al sabio más benemérito entre nosotros, al que debemos principalmente la mejora de nuestros estudios, el crédito diplomático de nuestro gabinete, el movimiento y consagración a la literatura, estimulados por su enseñanza y sus publicaciones; la gran codificación, por fin, en que se ocupa con tanto desvelo por el bien de Chile.

El Quídam

Correspondencia

Suplico a ustedes, señores redactores, se sirvan acomodar en lo más despejado de su sección *Correspondencia*, este nuestro ligero trabajo; pues que a decir verdad, la parte auxiliar de su periódico que lleva aquel título, suele encontrarse no pocas veces, como algunas de nuestras calles atravesadas, tan intransitables, que es preciso que el transeúnte se mire mucho para aventurar un pie. Aquello de “dime con quién andas y te diré quién eres”, podría por las malas vecindades aplicarse con poca razón a cada uno de los que entran en ese camino de descaminados que ustedes han dado en llamar correspondencia. No se alucinen ustedes, creyendo que desaprobamos del todo las observaciones que algunos de los artículos editoriales de *El Mercurio* han probado, ni mucho menos que el vituperar el modo brusco con que ha sido tratada la cuestión sobre *Ejercicios populares de la lengua castellana*, no reconozcamos que de parte de la redacción de *El Mercurio*, se hayan arrojado piedras, que merecían ser contestadas con la granizada que ha descargado la correspondencia. ¿Han precisado ustedes la cuestión de manera de que el público literato supiese claramente sobre qué disputaban? ¿Se han comprendido bien? ¿No han tocado ustedes en la exageración de principios que podrían ser admisibles, si desde el momento en que se anuncian, no viniesen descubriendo ya las consecuencias a que pueden conducir? Otro tanto diremos de sus antagonistas. ¿Qué han pretendido probar con sus acaloradas réplicas? ¿Cuáles son los principios que impugnan? ¿Se quiere que las ideas no sean expresadas con la claridad y encadenamiento que la lógica exige?

No pretendo dar lecciones a los redactores de *El Mercurio*, ni menos alistarme en las filas de sus opositores, a menos que de una y otra parte definan bien los puntos controvertibles, y abandonen todas las pequeñeces y personalidades que tan fuera de propósito han interpelado en su polémica, que entonces me aventuraría a hacer algunas apuntaciones a la juventud estudiosa, a fin de que las agregase a las propias; pues que no me siento con la capacidad suficiente, ni cuento con los momentos desocupados que necesitan para abrazar en todos sus pormenores cuestión que de suyo ofrece vasto campo a la discusión y al estudio.

Esto sobre entendido, pasaré a mi propósito que poco tiene que ver con las publicaciones de *El Mercurio*; quiero hablar del artículo inserto en la *Revista de Valparaíso*, que lleva por título “Clasicismo y romanticismo”. ¿Se han fijado nuestros jóvenes en este escrito, y la tendencia general de los principios e ideas en él desenvueltas? Me parece que si no me he dejado fascinar por la novedad de las deducciones, encierra abundante materia para que las dos escuelas rivales levanten aquí tanta grita y tanta polvareda como la que han suscitado en otras partes. En cuanto a lo que los jóvenes llaman *romanticismo*, no entiendo yo más que lo que el *Curioso parlante* ha dicho sobre esta estrafularia escuela, y a eso me atengo: pero me parece digno de muy grave consideración lo que en la citada *Revista* se anuncia con respecto a nuestra literatura y las fuentes de donde ella emana. Dice, por ejemplo, el autor “que en este siglo se ha comenzado una revolución que ha cambiado la faz y las leyes de la literatura moderna, y que los resultados de esta revolución han pasado a

ser la propiedad del vulgo, de la plebe, que es lo que en la república literaria forma, del mismo modo que en todas las demás repúblicas, la opinión pública y la fuerza moral de una ley”. Aquí encontramos una cosa que no se nos alcanza, quizá porque el autor no nos ha explicado cuáles son los resultados, por lo que no entraremos en cuestión alguna, contentándonos con notar este pensamiento en vía de memorándum.

Con no menos sorpresa que agrado, he recorrido las dos primeras fojas, en que el autor establece la doctrina de la triple expresión de la literatura, individuo, pueblo y época, y la relación íntima que tienen las producciones del espíritu con las necesidades, ideas e intereses del pueblo para quien se escribe. Tomada en este sentido la literatura, convierte en nuestro humilde sentir en estudio digno no solamente de ocupar los ocios de sabio, sino también de un lugar distinguido, la escala de los conocimientos que con preferencia deben suministrarse a la juventud; porque de este modo un literato viene a ser el que mejor comprenda la época en que vive, es decir, las tendencias de su siglo, o las creencias y opiniones en él dominantes, y las necesidades de su patria, su organización civil, su religión, su cultura, sus costumbres y todo lo que constituye su modo de ser especial.

La explicación que de nuestro teatro hace el autor y las relaciones de afinidad y consanguinidad que a éste le encuentra con el teatro francés, al cual le concede los honores de la paternidad, me agradan por cuanto manifiestan pensamientos que tienen relación con nosotros. Cansado estaba ya de leer autores, y revistas y artículos que hablan de Francia, de España y de Inglaterra, sin encontrar nunca escrito nada sobre lo que somos nosotros; y mientras hemos aprendido las reglas y requisitos que constituyen el poema épico, y el asunto, formas y unidades de la tragedia heroica, nada se nos dice ni por incidencia de lo que tiene relación con el estado de nuestra propia literatura. El modo de que a mi ver se llene el noble objeto de la sociedad literaria que con tanto lustre ha anunciado el señor Lastarria, sería el de entrar en estas cuestiones y dirigir sus estudios a examinar e interrogar nuestra propia sociedad, cuya tarea desde ahora le recomiendo; porque no es mi ánimo seguir paso a paso al autor en la marcha que se ha propuesto, ni disputar al susodicho romanticismo los servicios eminentes que, según él, ha presentado a la república de las letras. Yo le doy las gracias de todo corazón; pero lo que repruebo en este examen filosófico de las afinidades de una literatura con la sociedad en que se desenvuelve, es que teoría tan plausible llegue a desacreditarse por el empeño de hacerla la única causa de que una forma literaria emane.

Se pretende explicar el clasicismo de los siglos XVII y XVIII de la literatura francesa, por las tendencias democráticas que empezaban a germinar entonces, y por hallarse en la literatura griega y romana, los elementos que la sociedad necesitaba para emanciparse de los diversos linajes de despotismo que había legado la edad media; sin cuya necesidad social parece que no hubiera tenido lugar en Europa su reaparición y la imitación servil de sus formas, que quiso el absolutismo de la escuela hacer aparecer como el último grado de perfección a que era dado llegar a la inteligencia humana. Me parece que esta manera de considerar la cuestión peca contra los antecedentes y hace el último desenvolvimiento de un hecho continuo, un acontecimiento aislado y casual. El clasicismo o las formas de la literatura romana y griega, ha reaparecido en los dos precedentes siglos, porque la Europa se civilizaba; y porque el primer elemento de civilización que tenía ante sus ojos, era la literatura romana: no había en qué escoger, esa era la única, y era preciso conocerla y adoptarla hasta que el pensamiento europeo, llegando a la altura del

pensamiento romano, examinase y desenvolvese los demás elementos civilizadores que las sociedades modernas encerraban en su seno. La literatura romana era para la Europa bárbara, a manera de una semilla que, regando la tierra en que se estaba oculta, había de brotar en una nueva planta. Los bárbaros del Norte que ocuparon el suelo del imperio destrozado, legaron a sus descendientes la más alta veneración por la civilización de los pueblos vencidos; y la Iglesia cristiana conservando el idioma latino, ofreció siempre en él un camino para ir a desenterrar algún día los tesoros de la sabiduría de los antiguos, sepultados entre los escombros de la edad media. Aristóteles subordinaba y maniataba el pensamiento, ¿a fuer de qué? A fuer de antiguo, porque en el estado de la inteligencia europea, sus opiniones en ciencia y arte, eran consideradas como verdades, tan infalibles como en religión los Evangelios. Lo mismo sucedía en política, en religión; en todo el campo de la ciencia se enseñoreaba la autoridad, la tradición. Con el renacimiento de las ciencias sobrevino primero la erudición, esto es, el conocimiento de todos los autores griegos y romanos que habrían salvado de la catástrofe; y después la lucha del espíritu de independencia contra el respeto tradicional a la literatura de los antiguos. Si ha de llamarse romanticismo a todos los trabajos del ingenio que en las formas que revisten, se separasen de las observadas por los griegos y los romanos, puede decirse que entonces principió la lucha: que el clasicismo triunfó en los siglos XVII y XVIII en Francia, porque era necesario que llegase el estudio de los antiguos a su último desarrollo antes de que el espíritu de los modernos se considere bastante fuerte para abandonar aquellos pañales, y revestir nuevos extravíos. Ni es inoportuno recordar la influencia que ejercieron los emigrados griegos después de la toma de Constantinopla y la que más tarde tuvieron sobre toda la Europa culta las universidades y la enseñanza clásica de la Compañía de Jesús. El arte poético de Boileau es, según muy fidedignos autores, una obra de polémica, pues que ya en ese tiempo se disputaba sobre las formas de la literatura.

Con la exposición de estos antecedentes, el autor del artículo de la *Revista* encontrará explicado de un modo más natural y más conforme a los datos históricos, la reaparición del clasicismo en los dos pasados siglos y la fuente de donde sacaba su pretensión de erigirse en regla absoluta e inviolable. Hoy que el sentimiento de virilidad de las sociedades europeas se ha desarrollado completamente; que los estudios históricos han ido a remover todas las ruinas, y que las obras del ingenio de todos los hombres grandes, de todas las épocas y de todos los pueblos son el patrimonio de la civilización moderna ¿Qué extraño es que el clasicismo haya sido destronado, como ha sido destronado todo lo que antes existía como autoridad o como principio invariable de certidumbre?

Estas y otras reflexiones que omito, me ha sugerido la lectura del artículo de la *Revista de Valparaíso*, y recomiendo a otros ingenios más avanzados en estas materias, que examinen con calma y detención los principios literarios emitidos en el dicho artículo.

[Firma] *Uno de antaño*

EN TORNO AL TEATRO

VII

Crítica teatral

Las cuatro épocas.

Drama nacional en seis cuadros, por B. Mitre, representado por primera vez en Montevideo el 26 de mayo de 1840.

La juventud literaria de ambas repúblicas del Plata había dicho desde mucho tiempo: el drama quiere ser nacional por su forma y sus colores, y civilizante [*sic*] por sus destinos: el teatro actual es llamado al desempeño de un deber austero; su misión más alta es tribunicia y política como la de su prensa diaria; instrumento admirable de propaganda y de iniciación popular, debe agitar en su seno todas las cuestiones políticas de la época y presentar por rasgos incisivos y enérgicos las soluciones más conformes a las opiniones, a los intereses, a las necesidades más generales y más completas de la sociedad. Nuestra juventud había establecido esta doctrina: y un talento que ha nacido, que pertenece y será todo para la juventud, es decir, para las ideas y los impulsos más progresivos y más nuevos, acaba de realizarla de una manera sorprendente.

Liras sonoras y nuevas habían demostrado que podía existir una poesía americana: el autor de las cuatro épocas acaba de enseñarnos que puede existir también un teatro americano. Si la poesía es la idealización patética y brillante de las esperanzas, de los recuerdos y los sueños queridos del pueblo, ¿hay pueblo más rico en poesía que el pueblo americano, cuyo porvenir todo es miseria, cuyo pasado todo es gloria? La poesía nos rodea por todas partes: poetas es lo que nos falta, poetas que la sepan descubrir en sus fuentes vivas, y tomarla de allí para transportarla al arte.

Una de estas fuentes, las más rica y fecunda de todas, que vierte todas las tintas, desde los celestes colores de la victoria hasta los cárdenos matices del terror y del crimen, que contiene lágrimas y perlas, gozos y llantos, que puede suministrar a la paleta del poeta, todos los colores del arte de Shakespeare, es la revolución americana. El Sr. Mitre, joven como es y fértil de ingenio, no tiene necesidad de abandonarla, para encanecer trabajando en ella sin haber hecho otra cosa que iniciarla.

Es su vocación, debe comprenderlo: la poesía política y de propaganda. Ser el poeta de la revolución debe ser todo su anhelo; la revolución es inagotable, infinita como el tiempo; comprende el pasado, el presente, el porvenir; el poeta que se propone cantarla, pintarla, enseñarla por principios y por dogmas al pueblo, se lanza en un mar inagotable de grandes y bellas cosas. Tal es la ruta en que vemos ya colocado al autor de las *Cuatro épocas*; y esta sola elección lo declara poeta, pues que solo el poeta sabe donde reside la poesía y es de necesidad tener una grande alma para atinar con un grande alegato.

Sería miserable tomar el arte por punto de vista para juzgar la obra de que nos ocupamos. ¿Cómo juzgar las obras de arte sino por el arte?, se dirá. Hay en el día otro modo de juzgarles. Ya el arte no trabaja sólo para el arte: trabaja principalmente para la política, para la libertad, para la patria, y cuando en este último sentido se ha desempeñado con grandeza y con [col. 2] felicidad, se le dispensa fácilmente de las omisiones padecidas en el sentido propiamente literario; ya la literatura es política, es filosófica, es histórica, como lo ha dicho bien Larra; y cuando no es así, cuando sólo es literatura, es miseria. No

hay derecho nacional para tildar a un poeta que ha violado todas las convenciones del arte en sí, cuando por las grandezas de las pasiones, de los recuerdos, de las ideas que ha removido en la escena, ha conseguido arrebatarse al pueblo cincuenta aplausos entusiastas y patrióticos.

Era lo que nosotros necesitábamos: un poeta que supiese desenvolver en nuestra escena, nuestros grandes hechos, nuestras bellas pasiones, nuestros caros principios y esperanzas. Y el Sr. Mitre nos ha dado derecho a esperar que en él tendremos algún día a este pintor privilegiado. Su primer ensayo ha triunfado completamente. Desempeñado al día siguiente de una exhibición de Victor Hugo ha conseguido más aplausos que el autor de Marion de Lorme [*sic*] y se ha podido notar en esto cuanto es subalterno el mérito del arte al de las grandes impresiones de la Patria.

Es subalterno por ahora el examen del modo como el Sr. Mitre ha desempeñado su pensamiento. Más o menos regularmente, él le ha desempeñado; y con faltas o sin faltas de arte, él ha conseguido su objeto, él se ha hecho aplaudir, ha exaltado las imaginaciones, ha inflamado su público y le ha dejado salir del espectáculo lleno de impresiones, de recuerdos, de esperanzas bellas. Después de esto, qué debe importarle que en su drama se eche de menos el progreso de una acción especial y única, las identidades de espacio y tiempo que reclamaba la vieja escuela. Es cierto que todo esto falta en las *Cuatro épocas*; y si, con esta falta, ha podido superar la obra, es cierto también que la falta de estas cosas no es tan grande como se supone. Se debe clasificar al drama de Mitre, para estimarle en su justo valor, entre esos dramas de circunstancias y de interés momentáneo que, con tanto suceso se han escrito en el curso de la revolución francesa, especie de folletín de periódico, de panfleto político, a los que con tanta justicia se ha llamado *drama-panfleto*, *drama-libelo*; obras que como la prensa periódica y la tribuna política, han sido escritas para mover las masas y arrastrarlas en el sentido de un grande y poderoso objeto; que, tomando el arte por pretexto y la política por fin, cuando se ha visto en el término, han arrojado con sonrisa el fútil instrumento de que se habían servido para arrastrar a los espíritus ligeros, en las garras de la crítica chicanera y miserable de los peripatéticos: tal es el drama de Mitre; un magnífico panfleto revolucionario lanzado contra el despotismo y el atraso que pesan sobre los laureles de Buenos Aires; una proclama en acción que recuerda a los argentinos lo que han sido, lo que son, y lo que van a ser; una serie de cuadros representándonos escenas queridas de nuestra época heroica, con que el poeta se propone encender más el odio contra la humillación presente; un glorioso panorama donde vemos sucederse alternativamente nuestras glorias, nuestros desastres, nuestros ejércitos, nuestros estandartes famosos; una tribuna desde la altura de la cual el joven poeta deja caer con audacia sobre el cráneo del pueblo la luz resplandeciente de las doctrinas y de las ideas de la presente juventud.

[Firma] A.

27 de mayo de 1840.

**Correspondencia. Representación de *Las cuatro épocas*
Drama del joven D. BARTOLOME MITRE**

Se acaba de realizar un alto pensamiento y de satisfacer una gran necesidad nacional. La noche del 26 de Mayo hemos visto desarrollar en escena con valor y poesía infinita, cuatro sucesos prominentes todos ellos en la historia de la revolución Argentina. Solo una inteligencia joven, robusta, poderosa, como la del joven autor, pudo arrojarse a empresa semejante, y tratar con cara descubierta los hechos cardinales de las CUATRO EPOCAS.

El Poeta ha puesto a los ojos del Pueblo el inmortal suceso, de la partida de las tropas Argentinas a la campaña del Brasil, en auxilio de los patriotas Orientales que batallaban por libertad e independencia nacional. Este suceso no tocado por nadie, y cuyas consecuencias no han sido menos profundas para las dos Repúblicas del Plata, parece una verde corona que el joven ha colocado sobre las sienes marchitas de su patria infeliz. Este suceso que, sean cuales fueren los sinsabores a que ha dado origen en el curso de los tumultuosos días Argentinos, marcará siempre un gran paso hacia la ley sagrada de la fraternidad de todos los pueblos, un gran progreso de la civilización Argentina, el carácter de una noble sociedad. El joven poeta ha sido feliz en su desarrollo. El pueblo ha respondido, como responde siempre, a todo lo que es verdaderamente grande, patriótico, nacional.

Este primer cuadro no concluye con solo el tumulto de las armas, y entre las aclamaciones por la libertad y la victoria. Un episodio melancólico y sublime, hábilmente colocado, y perfectamente sentido, da lugar al desarrollo de pasiones individuales que desde luego han de marchar con las exigencias revolucionarias del Drama. Eduardo y Delfina empiezan allí una carrera dramática, y Molina el noble viejo, el retrato fiel de nuestros padres los revolucionarios de Mayo, con dos o tres líneas bosqueja el esqueleto de toda esta época raquíca que ha producido a Rosas.

Luego la vuelta de los soldados Argentinos a su patria, las aclamaciones por la libertad conquistada en Ituzaingó, el reconocimiento de los amantes, las escenas patrióticas de Eduardo con Delfina, las sabrosas gracias de Miguel y Teresa, y cien accidentes de familia, tan bien manejados por el poeta, como aplaudidos por el Pueblo. En ellos, poesía a torrentes, verdad y sencillez en todo; pensamientos grandes y severos, dignos de los hijos legítimos de la revolución de Mayo; lecciones admirables, que prescinden justamente de todas las simpatías que han podido arrojar en el corazón de nuestra sociedad, las miserables facciones en que se halla dividida la patria, y de las que esta es la víctima inculpable.

¿Pero a qué todo esto? se podrá preguntar, como lo hacía el público por la ansiedad de su semblante. ¿A qué? Por qué el poeta se propuso dar una idea del estado de Buenos Aires, a la conclusión de la campaña del Brasil, para subir desde él hasta el embarque del General Lavalle para la Isla de la Libertad. Porque el poeta quiso bosquejar en pocos rasgos

aquel estado feliz, en que el pueblo era libre, y el estado de esclavitud y de envilecimiento actual de Buenos Aires.

[col. 2] De ahí pues la necesidad de recorrer la escala de los accidentes acaecidos desde el arribo de las tropas argentinas, hasta la revolución del 1° de Diciembre; de ésta hasta la tiranía de Rosas, de la tiranía a la conspiración, de la conspiración al asilo, y de éste hasta la fuga de Martín García.

Tal es el orden en que han sido desarrollados los sucesos y tal es también el de la historia real de ellos. Y nos es grato decir que, cada uno de estos sucesos ha sido maestramente clasificado, a pesar de la inmensa dificultad de los momentos actuales.

Hemos presenciado, por una parte la explosión vehemente y patriótica de esos sentimientos del pueblo porteño, que Rosas no ha agotado, y que nadie agotará, y por otra, la marcha sangrienta de ese sistema infernal con que el déspota ha podido amortiguar el ánimo fuerte de sus compatriotas, y el deseo inextinguible de ser libres. Caracteres perfectamente trazados y lógicamente sostenidos. ¿Quién no reconocía en Eduardo al conspirador contra el tirano, a alguno de esos valientes cuya cabeza ha hecho rodar el malvado en diez años de asesinatos populares? ¿Quién que haya bebido leche porteña no ha sentido humedecerse el rostro y vibrar el corazón de cólera, al descubrir la cinta ignominiosa y el luto que el tirano llama *federal*, en su cruel ironía? Por nuestra parte el cuadro de la conspiración, nos ha hecho derramar lágrimas amargas, en que se mezclaba tanto el amor patrio, como el recuerdo de pasadas glorias. Y el pueblo sentía con nosotros, porque el pueblo ama la libertad de todos los pueblos de la tierra, y el pueblo es el intérprete de los sublimes sentimientos.

El poeta ha obtenido un suceso poco común en nuestra escena; este es un hecho que nadie le negará, sean cuales fuesen los defectos del drama, y los principios del que le juzgue.

¿Cuál es la ley del arte que el joven Mitre ha realizado en su obra? ¿Cuál es el ministerio con que a todos ha conmovido, con que a cada palabra de su obra ha arrancado un aplauso? ¿Qué ha hecho él por fin?

Poeta de 19 años, nacido entre las descargas de las guerras civiles, nutrido entre las lágrimas de la emigración, y con el espectáculo sangriento de la tiranía constantemente a sus ojos, ha alzado su voz con la voz del pueblo, contra ese poder brutal que yerma los estados, y que abate las más nobles cabezas, que pisotea las entrañas de la patria. Esto ha hecho, y la corona dramática ha ceñido sus sienes.

Poco acostumbrado, el poeta, a dejarse dominar del *arte puro* en sus obras, ha abrazado con bazarria un suceso nacional, y lo ha desenvuelto con verdad. Este es su mérito mayor, y el secreto de su arte. Arte soberano entre nosotros, porque resume todos los conceptos, todas las reglas, todas las teorías literarias, que en las escuelas racionales, no se dirigen sino a la realización de la verdad en escena.

Enarbolar la bandera revolucionaria, sacando del corazón de la patria todos los resortes del Drama como conviene a nuestras sociedades, no es un triunfo efímero sobre los que creen que el arte de Racine y de Voltaire ha de nacer vestido y calzado en nuestros países, ni un suceso de tan pequeña importancia para nuestra naciente literatura.

El ensayo del Sr. Mitre ha sido para cierta clase de personas, más que un motivo de regocijo, una lección profunda. Hay todavía, en nuestros países, tan pobres en ideas como en ciencias y en literatura, hombres que creen que esta última no es más que un

entretenimiento, un lujo de la sociedad. Nosotros lo hemos dicho, y hoy lo repetimos con orgullo, nuestra literatura debe ser mas social que literaria, mas verdadera y positiva que artística, Porque ¿qué somos? ¿Dónde están los sagrados antecedentes que debemos respetar? ¿Cuál es el arte que nos han legado nuestros padres con sus grandes trabajos de Maipú, Chacabuco, Ituzaingó?

Tan jóvenes, y tan pobres, pues que es necesario traducirnos en la escena, aun cargados de los andrajos de la guerra, como hemos levantado la República Americana, así todo el que quiera llamarse verdaderamente poeta, tiene que admitirnos en la desnudez en que nos hallamos; marcar el hecho, y lanzarse por el camino que ese mismo hecho determina: tomar la tradición sublime, la tradición de Mayo, y arrostrar con su bandera en el aire, todas las críticas, todas las preocupaciones de esa literatura estrecha, para llegar en el sentido de nuestra regeneración social, hasta donde llegaron nuestros padres, sin tácticas, sin academias, sin más maestro que la necesidad y el valor.

Que el joven poeta adopte los aplausos del Pueblo, y mire con desdén las pobres críticas de los que no quieren ser Pueblo en cuanto al arte. Su carrera es inmensa, y el porvenir no será ingrato.

[Firma] C.

Teatro de Santiago

Con el objeto de amenizar un tanto nuestras columnas, nos hemos decidido a publicar la siguiente carta escrita a un amigo nuestro desde la capital, y que contiene algunos renglones sobre el teatro, cuya lectura no desagradará tal vez a nuestros lectores.

Santiago, 17 de junio.

... Dejaré pues estos asuntos serios y pasaré a ocuparme del teatro con el objeto de ponerlo a Ud. al corriente del estado de nuestras diversiones públicas. Anoche asistí a la representación de la *Catalina Howard* de Dumas. Otra vez hemos hablado sobre este drama y creo que le tengo dicho mi juicio sobre él. A mi modo de ver pues, es uno de los que menos valen entre los trabajados por Dumas. Los caracteres son débiles, las pasiones exageradas y las costumbres tan lejanas de nuestra época, con tan pocos puntos de contacto con las nuestras, que más bien hacen aparecer esta pieza como un esfuerzo de erudición, que como un drama destinado a conmover y servir a la época moderna. En él está palpitante y viva la manía del romanticismo de tirarnos a la cara la caballería y las virtudes muertas de la edad media para combatir y moderar el impulso plebeyo, escéptico y positivo que nos domina; y que mal que mal nos llevará a resultados mil veces más grandes que aquellos de que disfrutaron con toda su caballería y todo su idealismo religioso los infelices a quienes tocó vivir en los siglos que median entre el siglo XII y el XVI.

Esta manía, digo, está vivita en la pieza de anoche: todo lo hacen los reyes, los condes y los marqueses y las princesas; y lo que es peor, estos caballeros que han sido y son siempre la gente más corrompida e infame del mundo, aparecen en la *Catalina Howard* obrando siempre por motivos grandes y nobles, mientras que una infeliz muchacha del pueblo aparece más egoísta que una judía, más infame que una Brunegilda (que era reina) y dotada de una veleidad que rarísima vez se encuentra en las mujeres. [...]

Los caracteres de la pieza son pobres y están delineados de un modo confuso: se ven como ahogados por un cúmulo de sucesos tan grande que no les da tiempo a desenvolverse, y que los domina en vez de ser dominado por ellos. Yo no sé si me engaño; pero le digo a Ud. francamente, que no me gusta un drama en que no hay uno o más caracteres que dominen la acción, como los hay en la *Teresa* y el *Antony*, que sin duda es el trabajo más perfecto de Mr. Dumas: cuando la acción, el espectáculo o los sucesos dominan al personaje, resulta un drama trivial, que interesa tal vez pero que no sorprende ni arrebat. El método de los grandes maestros es hacer dominar la *acción* por el *hombre*, o lo que es lo mismo, el *movimiento material* por la *razón*. Así han hecho Corneille, Shakespeare, Calderón, Victor Hugo y Dumas mismo, algunas veces. Los griegos siempre lo hicieron; lo que le noto a Ud. de paso, a pesar de que ahora soy tan poco clásico como poco romántico.

Las pasiones de la *Catalina* son exageradas. Conocemos muy poco el corazón de la mujer; pero creemos que el amor jamás es en ésta otra cosa que *la flor del instinto*, como dice un gran poeta contemporáneo. Pero Mr. Dumas, dice que no, y al pintar maliciosamente a la *Catalina* como a una mujer que no tiene otro móvil para elegir marido que el del mayor

interés, parece que dejara traslucir la pretensión de pintar a todas las mujeres de todas las épocas. Yo protesto formalmente contra esta calumnia, y digo que cuando más concederé que así era en aquellos tiempos *ideales*, pero que en nuestra época, que es tan *positiva*, jamás sucede esto, y que hasta ahora no he visto que el móvil de una señorita que quiere casarse, sea el interés [col. 2] neto y puro: tal vez esté yo ciego, pero me parece que si esto sucedió entonces, no sucede hoy ya por fortuna. Como Ud. es tan malicioso, siempre que hablo de hechos morales o sociales, me siento en la necesidad de protestarle que hablo sin ironía.

[...]

Teatro. Primera representación del Mulato

Pocas veces hemos visto en el teatro una concurrencia tan numerosa como el domingo. Es verdad que la primera representación de una pieza, mueve poderosamente la curiosidad; pero creemos que en la de que hablamos [*sic*], ha habido un estímulo más, puesto que en iguales circunstancias, piezas de fama, apadrinadas por el nombre de autores célebres, no han excitado tanto alboroto. Todo el mundo deseaba ver el *Mulato* porque se creía encontrar en este drama alguna tendencia social, algún hecho que definiese, algún cuadro que caracterizase este individuo, especie de apodo viviente, y sin embargo noble y generoso a veces, y más caballero, en ocasiones, que los que se precian de serlo sin otros títulos para la sociedad que los roídos pergaminos que les han legado sus padres. El teatro moderno que pinta las necesidades del día, que clasifica los individuos con abstracción del nacimiento y de otras exterioridades, y que aspira a reformar la sociedad, al anunciar *el Mulato*, ser hasta cierto punto indefinido, despreciado si es pobre, atendido y halagado si rico; pero que, tanto en su hu-[col. 2] milde como en su encumbrada posición carga sobre sí un pecado de nacimiento que no puede borrar, una maldición que no ha merecido y que sin embargo le persigue con más eficacia que un remordimiento, parecía normal que se ocupase en él y le designase el lugar que la filosofía le señala con desprecio de la preocupación. Cuando la guillotina del 93 niveló las diferentes condiciones de la sociedad, el mulato debió entrar en el goce de todos los derechos del hombre, y esa fue para él como para la nobleza, una época de transición en que él subía y ésta bajaba hasta encontrarse en un mismo plano, sin perjuicio de poder subir después a la nueva aristocracia que iban a constituir el talento y la fortuna. Así sucedió en el reinado de Napoleón en que el mulato, lejos de avergonzarse de su nacimiento, viéndose colmado de honores que debía únicamente a sus esfuerzos, podía exclamar con el mismo orgullo que el moro de Venecia:

Soy un mulato,
... y para mí este nombre
Lejos de vituperio, es un aplauso.

Así ha continuado siendo en Francia y con pocas excepciones en el resto de la Europa.

Mas en nuestra sociedad chilena eminentemente aristocrática aunque con instituciones republicanas, el mulato es todavía un nombre de escarnio y de desprecio, aunque aún reina la preocupación antigua, pero muy modificada en favor del saber y del dinero. Éste, mejor mil veces que la guillotina, sabe aplanarlo y liberarlo todo, de suerte que el mulato rico es hoy día preferido a muchos nobles –y esperamos que llegará el tiempo en que el mulato honrado y laborioso sea también preferido al noble holgazán y corrompido; en que prefiera en fin la nobleza del alma a la nobleza del pergamino: nuestra sociedad habrá dado entonces un paso de gigante hacia su perfección.

El drama representado el domingo no abraza estas consideraciones, ni ha podido abrazarlas habiendo puesto su autor la escena en el reinado de Luis XV, antes que la revolución francesa hubiese desterrado las preocupaciones del nacimiento y abolido las ridículas prerrogativas de la nobleza. Refiere solamente un episodio que no generaliza lo bastante la condición del mulato en ese tiempo, para poder siquiera establecer una comparación con lo que es en la época presente. [...]

[p. 8, col. 1] El autor de la pieza se ha propuesto sin duda, manifestar que un hombre de bajo nacimiento puede abrigar sentimientos nobles y generosos y que es tan aparente para la sociedad como el noble más esclarecido. Su fin moral se dirige a hacer recaer la indignación del espectador sobre el padre inhumano que abandona sus hijos naturales exponiéndose así a que éstos lo desatiendan y desconozcan a su vez; pero no ha unido el ejemplo al precepto, pues él también ha abandonado su obra. La pieza es bastarda como el héroe de ella, su autor no la ha reconocido prestándole su nombre; el traductor don J. Varela la ha prohiado.

Teatro. “Luis Onceno”

Hay que evitar dos escollos, aunque no igualmente temibles, cuando se elige un carácter o suceso histórico para base o asunto de una obra de imaginación. Por una parte, el adulterar la historia, desfigurando los hechos, invirtiendo las fechas, cambiando los lugares o desnaturalizando los personajes, al mismo tiempo que extravía a los ignorantes y propaga mil errores, causa una impresión desagradable a los que se hallan en aptitud de descubrir la infidelidad de la relación o pintura. Por otra parte, el apego excesivo a la historia, sujeta y abate el vuelo del genio; la tosquedad de los hechos viene a borrar ese esmalte delicado que la imaginación estampa en sus creaciones; se anda siempre por un camino real, trillado y derecho, sin vagar por las amenas praderías que se extienden a sus lados: en una palabra, se sustituye lo positivo a lo ideal. Hemos indicado que estos dos escollos no son igualmente de temer, y en efecto, nuestro siglo, por lo mismo que en su existencia material busca con ansia lo positivo, lo verdadero, apenas lo solicita, cuando entra en esa vida ficticia que la imaginación anima y embellece. En el día se exige del historiador la más escrupulosa exactitud; y se concede la más amplia libertad al novelador, al poeta. Aquí se dan a la imprenta archivos enteros de papeles de estado, sin variar ni siquiera su ortografía; allí publican sus cuentos fantásticos Hoffman [*sic*], Balzac, y Zorrilla. [...]

El ingenio feliz de Sir Walter Scott supo hermanar admirablemente en sus novelas históricas la invención y la verdad. Víctor Hugo, aun cuando más se aparta de ésta y acaso de la verosimilitud, pinta las costumbres con una propiedad extremada, y siembra en sus dramas alusiones, dichos e incidencias que les dan un sabor de naturalidad y como un principio de vida. Alejandro Dumas no se ha desempeñado ordinariamente con tanto acierto a este respecto, pero, en cambio, no reconoce entre sus contemporáneos superior, ni igual tal vez, en los efectos teatrales que hace resaltar con maestría suma en sus dramas y comedias.

La literatura francesa del día cuenta un número crecido de escritores que muy poco se curan de la historia, para quienes no es otra cosa que un registro de nombres propios de que pueden usar a su antojo; y sin embargo sus dramas o novelas, que solo pueden llamarse *históricos* por antífrasis, son bien acogidos si satisfacen a los que acuden a ellos en busca de estímulos que despierten su curiosidad y exciten sus simpatías.

Mr. Casimir Delavigne, autor de la pieza cuyo nombre sirve de epígrafe a este artículo, y autor también del “Marino Faliero”, tragedia conocida en nuestro teatro, tan poco acier- (col. 2) to ha tenido a nuestro juicio en las libertades que se tomó con la historia en la una, como en el exclusivo empeño con que reduce la otra al retrato de un Monarca.

[...] Para nuestro gusto la conferencia entre el Santo y el Rey es la mejor escena de la pieza; campean en ella bellezas de primera clase, y deja una impresión profunda de terror y lástima. Convenimos con Mr. Duviquet en que es una de las más hermosas que pueden admirarse en el teatro francés.

Pero no estamos de acuerdo con este crítico en el elogio que hace de la escena que pasa luego entre Luis y Nemours. Poseído del odio más vivo contra el rey, cuando desde el principio de la pieza solo ha respirado venganza contra él, y por saciarla, ha desechado los medios de salvarse que la amistad le había proporcionado, cuando, aun a riesgo de perder a Cotier, su protector, queda oculto detrás de un tapiz, con un puñal en la mano para clavarlo en el pecho de su enemigo, cuando acaba de oír la confesión del asesinato de su padre, ejecutado por orden de Luis, cuando en fin ha visto que su anhelo más vivo es el de prolongar su vida, cambia repentinamente de propósito; y en vez de satisfacer su venganza, prefiere dejar con vida al tirano, para que le ataracen los remordimientos. Esto es pintar a un tigre hambriento, que teniendo entre las garras la presa que desde largo tiempo acecha, la mira y se aparta. Y sobre todo, es olvidarse del carácter de Luis Onceno. [...]

[p. 8, col. 1] [...] Si se alega que la historia le manifiesta así, responderemos que no todos los caracteres históricos sirven para protagonistas de una tragedia. La verdad histórica no basta para hacer una tragedia buena, ni siquiera para excusar una tragedia mala. “¿Queréis,” dice Victor Hugo a los copistas serviles, “que se diga de la historia lo que se ha dicho de la poética de Aristóteles —*que enseña a hacer bien malas tragedias?*”

Correspondencia. Producciones dramáticas modernas

¿Hay moralidad en las producciones dramáticas de la moderna literatura? He aquí una cuestión que abrirá vasto campo a la discusión y a la crítica; porque no ignoramos que sea cual fuere nuestra opinión, habrá amigos y enemigos de ella. [...] La prensa no puede ser el teatro de la terquedad y de la descortesía, pues lo que no sería tolerable en la última sociedad, menos puede serlo ante el público, extraño a todo lo que no le sea útil y a todo lo que no sea la razón y la verdad.

[...] Y si entre las producciones modernas vemos no pocas que merecen hasta cierto punto alguna aceptación, bien que no se conformen a nuestras costumbres e ideas, no está distante el día en que consideradas bajo el aspecto de moralidad, caiga sobre ellas el fallo de una justa reprobación. A los modernos somos deudores de una emancipación, que así como en legislación y en política hace gustar los bienes de la libertad, así en literatura dejando al genio dueño de sus facultades, abre el más hermoso y el más vasto campo a la imaginación y al gusto. [...] [col. 2] Pero es preciso no confundir, y no abusar, o como dice una frase común, no confundir la libertad con la licencia. La unidad de acción debe respetarse, casi como regla matemática, y lo que en contrario se diga, más es sutileza que razón. [...] Por lo que hace a las unidades de tiempo y de lugar, éstas son barreras inútiles ya y de ellas puede prescindirse, aunque consultando la verosimilitud y curso natural de los sucesos. [...] Reglas de tiempo y de lugar, he aquí las ruinas de un edificio sobre el cual ha sentado el tiempo su huella destructora: regla o unidad de acción, he aquí lo que debemos respetar como lección de la experiencia, y como una de esas verdades que prueban que el corazón ha sido siempre el mismo.

La pintura de los sentimientos y el combate de las pasiones es lo que constituye la moralidad de un drama, y en este punto no es donde los modernos pueden cantar el triunfo. [...] No consideramos el teatro precisamente como una escuela de la moral; pero sí lo consideramos como el campo de la imaginación y del buen gusto; y el que aspire a la gloria y a nuestra aprobación, necesita sernos útil, o por lo menos, no dañarnos. Lo consideramos también como un espectáculo público frecuentado por la más sana y escogida parte de una población, y lleno el patio de hijos y padres, de hombres y mujeres, de viejos y jóvenes, sus conciencias y costumbres son un sagrado en que no es dado tocar. Si son malas y corrompidas es preciso corregirlas poniéndoles a la vista los cuadros de la religión, de la virtud y del deber, o los del vicio y del crimen, empero siempre con un modo y un propósito morales y útiles. [...]

[...] Si nos disgusta en Molière la escena 6° del acto 2° de la *Escuela de las* [pág. 7, col. 1] *Mujeres*, si una de éstas no podría verla sin vergüenza, y si lo mismo sucede con las comedias inglesas del tiempo de Carlos II, es también seguro que nadie podrá ver sin horror un hijo expirando maldecir a su madre como en *Margarita de Borgoña* y en *Catalina Howard* presentando un marido el hacha ensangrentada con que ha cortado la cabeza de su delincuente esposa a quien castiga siendo su verdugo. [...]

La literatura, se ha dicho, *es o debe ser la expresión de las necesidades de una época*, y esto es una verdad. Pero desconocer o desatender el espíritu y necesidades de esa época, olvidar que los principios deben predominar sobre las pasiones y que su influencia debe ser promovida para nuestra propia utilidad y para la conservación de todo lo que puede hacernos moralmente mejores ¿no es prostituir la profesión del literato? [...] [col. 2] Y si la moral *consiste en los hechos* y no en *dogmas*, el autor que los olvida y entregado a su fantasía cree lo que no es, no nos venga a decir que ha pintado la verdad y la naturaleza; confesaremos que tiene genio creador, que es poeta, pero lamentaremos su extravío.

Cuando al lado de grandes abusos y de extravíos perniciosos y funestos, vemos y admiramos el genio, la imaginación, la poesía y el conocimiento profundo y filosófico del corazón humano, casi es preferible la ignorancia y el error, antes que admitir como un progreso, como una tendencia útil, esas pinturas, ya exageradas, ya falsas y puramente fantásticas, que más de una vez vienen turbando la armonía de nuestras ideas y de nuestros sentimientos, a sembrar un germen de corrupción o de relajación. [...]

[Firma] J. E. C.

Teatro. “No más mostrador”

Hay bien poca delicadeza en algunos autores para engrosar sus obras con producciones ajenas, aun sabiendo cuán difícil es hoy día hacer esta clase de robos literarios sin ser descubiertos. Tiempo ha que habíamos visto con asombro la franqueza con que don Pablo Xérica presenta como originales entre sus poesías jocosas algunas traducciones de Collé y Panard, sin tomarse siquiera el trabajo de invertir el orden de los pensamientos, o cubrir el plagio de cualquiera otra manera; y ahora vemos que D. Mariano José de Larra pretende otro tanto con la pieza representada el jueves, *No más mostrador*, existiendo en francés con el mismo título, y en las obras harto conocidas de Scribe el original que ha traducido.

Es verdad que la pieza francesa solo consta [col. 2] de un acto, mientras que la de Larra tiene cinco; pero también lo es que esta mayor extensión proviene de haberse agregado el papel del conde que sólo está indicado en el original; de haberse introducido uno que otro accidente; parafraseado algunos pensamientos y prolongado a toda costa la acción hasta producir el mismo desenlace que tiene la pieza de Scribe. Aun estas agregaciones no son del propio fondo de Larra, pues bastante están demostrando que al reformar les *Adieux au comptoir* de Scribe, ha tenido a la vista *L'École des Bourgeois* de D'Allainval, así como éste tuvo sin duda presente al *Bourgeois Gentilhomme* de Molière. Mas dejemos a un lado los plagios para descubrir la idea filosófica de Larra al introducir un nuevo personaje en la pieza que traducía, el fin social que se propuso, el modo como ha llevado a cabo su pensamiento y el provecho que en Chile se puede sacar de su pieza.

Hasta el año 89 la sociedad europea en general y principalmente la francesa podía considerarse como dividida en tres clases, la nobleza, la gente acomodada (*bourgeoisie*) y la plebe: la nobleza, llena de privilegios, orgullosa y corrompida; la gente acomodada propensa a imitar a la nobleza aun en sus descarríos, y la plebe considerada como el macho del molinero, cargando sobre sí el trabajo y el desprecio. De una sociedad así organizada, nacían naturalmente costumbres que pedían escarmiento. Molière más que ningún otro fue el azote vivo tanto de estas costumbres, como de otros ridículos de su tiempo. Después de haber combatido algunos vicios inherentes al corazón del hombre, sacó a la mofa del público en el *Bourgeois Gentilhomme* la necia pretensión de algunas gentes de figurar entre la nobleza y de buscar una esfera distinta de la que la naturaleza les ha concedido. Esta pieza habría alcanzado el triunfo que otros [sic] del mismo autor, si al mismo tiempo que corregir un ridículo, no se hubiese propuesto divertir a la corte y si no hubiese sacrificado su dialéctica poderosa, su admirable penetración y buen sentido al *faites-moi rire* que le pedía Luis XIV. [...]

[p. 55, col. 1] [...] Molière en el siglo XVII ridiculizó al hombre vanidoso y *dio un golpe* a la nobleza; D'Allainval en el siglo XVIII, ridiculizó también al vanidoso, pero *atacó* la nobleza y sus vicios; y Larra en nuestro siglo, ridiculiza al vanidoso, *degrada* la nobleza, manifiesta que la pretendida superioridad del nacimiento es una quimera; que el noble es un hombre como cualquiera otro; que sus modales finos, su exquisita política, sus ideas de honor y todas las demás exterioridades que lo distinguían del vulgo, son las mismas en toda la gente de educación, aunque con menos orgullo y más delicadeza.

Esta comedia no nos parece de completa utilidad moral para nuestra sociedad chilena donde reina la igualdad de condiciones, donde solo puede considerarse plebeyo el desvalido, y noble el hombre rico y el de talento. Todo individuo que con su trabajo y economías adquiere alguna fortuna que su previsión destina a sus hijos, será siempre estimado y considerado como un noble y buen ciudadano. Mas si no propende a corregir los humos de nobleza, servirá por lo menos a ridiculizar otras pretensiones que también critica la pieza y de que por desgracia no está exenta nuestra sociedad.

Teatro de Copiapó

Para uno de los días del 18, la compañía cómica de este pueblo, a la que debemos muy buenos ratos, anunció la primera representación de una petipieza, obra original del doctor don Enrique Rodríguez, nacional argentino, titulada “*La batalla de Maipú, o un brindis a la Patria*”. “El autor, se dijo en las tablas, al hacer el convite, la dedica al Presidente de la República, el señor General don Manuel Bulnes.”

La merecida reputación del señor Rodríguez como abogado, sus conocimientos literarios, su juicio ilustrado y otras prendas intelectuales que le adornan, nos hicieron esperar que la composición ofrecida al público fuese digna de su autor, quien le daba a luz al mismo tiempo que su nombre sin ningún miedo de comprometerlo. Y viendo que la dedicaba al primer personaje de Chile, nos persuadimos enteramente de que el obsequio correspondería a la confianza desplegada por el poeta. Mis esperanzas, por lo menos, salieron frustradas, bárbaramente frustradas. “*La batalla de Maipú*” se volvió disertaciones interminables sobre asuntos más propios para llenar las columnas de un periódico redactado por demagogos, que para preparar o producir efectos dramáticos: resultó ser una colección de diálogos narcóticos sobre cosas que ya todos sabemos de memoria, sembrados de ocurrencias triviales, de vulgaridades sin gusto, de anacronismos insoportables; y nada de acción, nada de intriga, nada de pasión, nada de teatro en fin, que era lo que allí íbamos a buscar.

¡Ninguno de los héroes de la batalla de Maipú, ni uno solo de los tiros que allí se dispararon, ni una gota de la sangre que, en ese día, corrió a torrentes...! ¿Para qué profanar la memoria de esa jornada inmortal, dando su nombre a la bachillería de “*doña Isabel*” a las simplezas de “*Don Cándido*” y a las brutalidades de “*don Pacífico*” y de “*doña Circuncisión*”? ¿Qué giro dio a los acontecimientos, qué efectos produjo, qué parte tuvo en el desenlace el “*brindis a la Patria*”? Cuando yo creía que el poeta nos conduciría al campo de batalla a presenciar mil muertes, o que del brindis resultasen noventa y nueve desafíos entre patriotas y españoles, todos estos descabros pueden esperarse del furor romántico que anima a los literatos trasandinos, he aquí el ratón que parió la montaña. [...]

[p. 167, col. 1] [...] La caída del telón nos anunció el fin de la pieza que, al paso que llevaba, todavía admitía el funeral de los muertos en la batalla, un baile y una fiesta de toros.

Moral de “*la Batalla de Maipú o un brindis a la Patria*”. Que siendo viejo y godo ningún hombre ha de pensar en casarse. Y que no deben creerse las noticias dadas por los motilonos de San Francisco.

La señora Montesdeoca [*sic*] a quien no se puede ver en la escena sin aplaudirla, sin tributar a sus talentos muy debidos testimonios de aprecio, dio, representando el papel de

Isabel, una prueba incontestable de su robustez pulmonal [sic]; como la rindió también el admirable señor Casacuberta de los tiernos recuerdos que conserva de la Patria, cuando abrazando el descolorido pabellón que hoy ensangrienta un tirano, le habla de sus glorias y triunfos, como si quisiera consolar su tristeza, como si quisiera que ellos y no los cadalsos pronosticasen su porvenir.

[Firma] *Jotabeche*.

Teatro. “El ambicioso o La dismicion [sic] de un Ministro”

La ambición ha prestado al teatro en todos tiempos asunto muy fecundo para ponernos a la vista las ridiculeces, los excesos y hasta los enormes crímenes que consigo arrastra aquella pasión avasalladora y volcánica: así Victor Hugo y Dumas nos representan en Fabian Fabiani, en Ricardo Darilington [sic] y en Catalina Howard tres monstruos en quienes ya seco el corazón, sólo queda un vértigo horrible que no mira a su alrededor, sino sangre, venenos y víctimas. Empero en *El ambicioso* de Scribe no se desarrolla esta pasión con aquellos elementos de muerte. Roberto Walpole, que desde sus primeros años no tuvo otro afecto ni ahínco más imperioso que el del *poder*, luego que llegó a ser primer Ministro de Jorge II, a fuerza de intrigas y humillaciones, sólo trató de conservar su puesto, sojuzgando tres reinos por espacio de veinte años, a costa de grandes sacrificios y de una absoluta abnegación; pues como dice él mismo, “*jamás disfrutó de placer alguno, nunca sintió palpar su corazón por el amor de una mujer; nunca amó a nadie, ni fue amado de nadie.*” [...]

[Col. 2] He aquí un espejo del diplomático aspirante, una comedia de carácter, muy fina, con una acción tan natural como delicadamente enlazada con episodios interesantes, en que reduce el admirable diálogo de la pluma de Scribe, apoderándose siempre del corazón para expresar tan fielmente los afectos más íntimos y ocultos.

Algunos la creerán pesada, soporífera tal vez, cuando hemos visto impasible a una numerosa concurrencia que no la ha favorecido con un aplauso, ni tampoco a los actores que la han desempeñado con propiedad y aun maestría sobresalientes. El señor Fedriani [sic], que ha dado tan relevantes pruebas de su distinguido talento para todos los papeles de carácter elevado (con tal que no sean [sic] muy declamatorios) ha añadido en el de Roberto Walpole un lauro más a su bien merecida reputación. La apostura de un alto personaje, su acción noble y mesurada, su acento grave y sentencioso y cierta pulcritud de modales de alta sociedad, han identificado al señor Fedrini con el Conde Rantzeau en *El arte de conspirar*, con Luis Onceno, con el Regente en *Los hijos de Eduardo* y Roberto Walpole en *El ambicioso*, como con todos los magistrados de esta jerarquía. La ironía de todos los afectos de esta clase y la risa feroz del tigre que arrebató la presa, próxima a escapársele, nos han parecido, sobre todo, en las dos últimas piezas, inimitablemente expresadas por el señor Fedrini. [...]

El drama moderno. ¿Es moral o es inmoral?

Ya que hemos inaugurado el *Mosaico* dando a luz en sus primeras páginas la preciosa traducción de la *Teresa* de Dumas, no dejaremos de decir algunas palabras sobre la cuestión que éste y otros dramas modernos han suscitado entre nosotros.

Los escritos periódicos, como que nacen y mueren en un día, parecen destinados a ventilar las cuestiones del momento, esas cuestiones que, aunque no siempre de un interés general y positivo, absorben sin embargo por algunos instantes la atención del gran número. Tal creemos nosotros la que, sobre la moralidad o inmoralidad de las piezas dramáticas, se ha debatido en el período que va corriendo. Y en esta inteligencia y aunque no nos sea dado hacerlo aquí con toda la atención que el asunto merece, vamos a examinar *lo que es el drama moderno*, para deducir de su constitución y de la manera con que obra sobre el indi-[col. 2] viduo, la buena o mala influencia que leído o representado ejerce en la sociedad.

[...] Vista la idea que nosotros formamos respecto a la constitución y naturaleza del drama moderno, y supuesta en el autor dramático la capacidad necesaria para desempeñar con acierto el asunto que se propone, bajemos desde luego a la de-[p. 2, col. 1] batida cuestión con que encabezamos estas líneas. ¿Es moral o es inmoral el drama moderno?

[...] Nosotros comprendemos que la pintura que hace el drama, de las pasiones feas del hombre, no es únicamente para que vistas y conocidas sus fatales consecuencias, el hombre las aborrezca y abandone. No por cierto. Si así fuese, el autor de un buen drama habría hecho un servicio a las letras, al teatro, a su país, a la humanidad tal vez; pero su obra distaría todavía de llenar su verdadero objeto. Es verdad que pudiera haber influido algún tanto en la mejora del individuo; pero poco o nada habría hecho en favor de la mejora y del progreso social.

La tendencia del drama es a nuestro juicio, harto más filosófica y socialista, y al mismo tiempo, harto más importante y reformadora. La pintura que nos presenta el drama de las pasiones del hombre tiende, sin duda, a hacer que la inteligencia social las examine, las estudie, las depure, y ponga de su parte los medios de que puede echar mano para corregirlas, a fin de convertir en provecho de la sociedad aquello mismo que la daña y perjudica.

[...] El teatro antiguo pintaba siempre la tiranía doméstica o la tiranía política: todo rey era entonces tirano de su pueblo, todo padre tirano de su hijo. El teatro moderno no puede presentarnos en la escena reyes y esclavos, padres e hijos, opresores y oprimidos; pero copiando a nuestra moderna sociedad, nos presenta, sí, hombres de igual clase y jerarquía, que debiendo amarse, se aborrecen mutuamente y que, por una especie de tácita convención, parecen empeñados en violar unos respecto de otros, hasta sus más sagrados y preciosos deberes.

[Col. 2] He aquí una triste, tristísima verdad que pasa en el mundo desapercibida, y que el drama elocuentemente nos revela y pone sin cesar delante de nuestros ojos. Si esto es cierto, como nosotros lo creemos, el drama es un medio más eficaz que todos los

medios conocidos hasta aquí, para publicar y poner de bulto ante la sociedad los vicios que encierra el corazón del hombre. Estos vicios que ha observado y estudiado el dramaturgo con toda la conciencia y filosofía de que es capaz, se presentan con su colorido natural y propio ante esa sociedad, no por cierto para corromperla, sino para despertar la inteligencia pública y hacerla pensar en el medio que debe adoptarse para refrenarlos, y si es posible, para depurarlos, mejorarlos, y hacerlos producirse en sentido favorable.

[...] [p. 3, col. 1] Hasta principios del presente siglo nuestra metrópoli pareció una excepción prodigiosa de esta regla general. Contra el torrente de la innovación europea mantuvo por largo tiempo sus costumbres rígidas y despóticas; pero la invasión francesa y el contacto de sus hijos con los hijos de otros países, fueron haciéndole desterrarlos de a poco, hasta llegar, como lo estamos viendo ahora a la licencia más desenfadada.

[...] [Col. 2] La moralidad del drama moderno consiste, pues, en la acción que leído o representado ejerce sobre la inteligencia individual y sobre la inteligencia pública, y no, como se ha pretendido que fuese, en una predicación efímera, ridícula y de todo punto ineficaz así para la primera como para la segunda.

[...] Pero volviendo a la influencia social del drama moderno, diremos, para concluir de una vez, que en esa influencia en- [p. 4, col. 1] contramos nosotros la más provechosa y verdadera moralidad de una obra; y que en tal sentido el drama no es a nuestros ojos otra cosa que un espejo donde se reflejan los vicios y males que aquejan a la sociedad y se ponen en claro y a la vista de todos. El individuo los ve, los conoce, y procura evitarlos para liberarse de sus malas consecuencias: la inteligencia social los examina, los estudia, y para corregirlos y depurarlos abre el campo a nuevas costumbres y nuevas leyes.

Fichas técnicas de las publicaciones

Título completo: *El Tiempo. Diario político, literario y mercantil*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y /o duración: 01/05/1828 a 01/08/1829

Lugar: Buenos Aires

Frecuencia: diaria (menos feriados y domingos)

Números: 342

Imprenta: Argentina, y del Estado (Buenos Aires)

Formato: 4 pp., 3 cols., in fol.

Redacción y/o Dirección: Juan Cruz y Florencia Varela, Manuel Bonifacio Gallardo

Colaboradores: Julián Segundo de Agüero, Valentín Gómez, Bernardino Rivadavia

Editor responsable: Juan Cruz Varela

Observaciones adicionales: El diario de los Varela, opositor acérrimo del gobierno federal de Manuel Dorrego, concentró sus diatribas contra la ley de imprenta del 8 de mayo de 1828, sancionada por aquél. Ya en el N° 3, por ejemplo, se analiza bajo el título de “Libertad de Imprenta” el proyecto original enviado a la legislatura. En el número 69 se publica la “Oda a la libertad de imprenta” de J. C. Varela, poema publicado originalmente en 1822, y se retoman los comentarios críticos sobre la susodicha ley de imprenta.

§§§

Título completo: *El Lucero. Diario político, literario y mercantil*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y /o duración: 07/09/1829 a 31/07/1833

Lugar: Buenos Aires

Frecuencia: diaria (menos feriados y domingos)

Números: 1121

Imprenta: Argentina, del Estado, y de la Independencia (Buenos Aires)

Formato: 4 pp., 3 cols., in fol.

Redacción y/o Dirección: Pedro de Angelis

Colaboradores: Manuel de Irigoyen (firma: *El Observador*) y Ángel Navarro (firma: *El Catamarqueño*).

Editor responsable: Pedro de Angelis

Observaciones adicionales: A pesar de ser un papel político y oficioso como resalta la mayoría de las historias de la prensa, *El Lucero* también daba lugar entre sus columnas a publicaciones misceláneas –lo que por entonces se llamaba “amena literatura”–. Además de las reseñas críticas a los poemas de Esteban Echeverría que aquí publicamos, aparecieron comentarios sobre la obra de Calderón (números 18 y 19) y de Lord Byron, entre otros; poseía, asimismo, una sección dedicada a la publicidad del teatro, y en la sección “Avisos” aparecían cada tanto las novedades literarias y

bibliográficas que recalaban en el puerto. Una semana después al comentario de “El Regreso” de Echeverría, *El Lucero* publicaba el siguiente aviso: “El Gaucho: Nuevo periódico, por un habitante de las costas del salado. Saldrá los miércoles y sábados de cada semana. En la Imprenta del Estado se reciben suscripciones a razón de dos pesos mensuales, sin anticipación” (Nº 249, 23 de julio de 1830, p. 4, col. 2).

§§§

Título completo: *Diario de la Tarde*

Leyenda y/o subtítulo: “¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!”

Año de aparición y/o duración: 16/05/1831 a octubre de 1852

Lugar: Buenos Aires

Frecuencia: diaria (menos sábados y domingos)

Números: ---

Imprenta: Argentina (Buenos Aires)

Formato: 2 pp., 3 cols., in fol. (A partir del Nº 341 de julio de 1832, pasa a 4 pp., 3 cols.)

Redacción y/o Dirección: Pedro Ponce (fundador), Federico de la Barra, Simón Méndez, Lázaro Almada y Cayetano Casanova.

Colaboradores: ---

Editor responsable: ---

Observaciones adicionales: A pesar de su carácter marcadamente oficial, este periódico resulta una fuente capital dada la cantidad de avisos dedicados al teatro y a las ofertas bibliográficas publicadas sistemáticamente entre sus avisos. El Nº 341, del 16 de julio de 1832, trae, además del cambio de formato, otra novedad de interés: en él se publica el poema “El t́mulo de un joven” de E. Echeverría con la siguiente apostilla: “Publicamos una composición métrica, en la cual, sin ser poetas, hallamos un particular mérito. Ella, por otra parte, encierra la recomendación de ser obra de un joven compatriota nuestro, cuyas producciones le han granjeado la estimación de los que saben tributar a los talentos y al saber el respeto que justamente se merecen”.

§§§

Título completo: *La Gaceta Mercantil. Diario comercial, político y literario*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y/o duración: 01/10/1823 a 03/02/1852

Lugar: Buenos Aires

Frecuencia: diaria (menos sábados y domingos)

Números: 8.473

Imprenta: Hallet y Cía. (Buenos Aires)

Formato: desde el año 1826 predomina el formato de 4 pp., 5 cols., in fol.

Redacción y/o Dirección: Esteban Hallet, Santiago Kiernan, José Rivera Indarte, Manuel de Irigoyen, Pedro de Angelis, Nicolás Mariño, Bernardo de Irigoyen, Avelino Sierra.

Colaboradores: ---

Editor responsable: ---

Observaciones adicionales: Lleva el título acotado *Gaceta Mercantil* hasta el 13 de julio de 1826; a partir del número siguiente adopta el título completo *La Gaceta Mercantil. Diario comercial, político y literario*.

§§§

Título completo: *El Recopilador. Museo Americano*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y /o duración: mayo a octubre de 1836

Lugar: Buenos Aires

Frecuencia: semanal

Números: 25

Imprenta: Imprenta del Comercio y Litografía del Estado (Buenos Aires)

Formato: 8 pp., 2 cols., in fol. Con una estampa litográfica en la primera página de cada número

Redacción y/o Dirección: Juan María Gutiérrez

Colaboradores: Juan Thompson, Esteban Echeverría, Rafael Menvielle

Editor responsable: César Hipólito Bacle

Observaciones adicionales: *El Recopilador*, continuidad del *Museo Americano*, es, junto a éste, el primer periódico ilustrado de la región. En efecto, cada número llevaba una estampa litográfica en su página inicial, de suerte que antes que a un periódico o semanario *El Recopilador* se asemejaba a una revista ilustrada de carácter misceláneo. En este semanario se publicaron por primera vez textos de J. M. Gutiérrez, E. Echeverría y J. Thompson, de entre los integrantes de la llamada generación del '37. De Echeverría, además de la conocida "Apología del matambre", se dieron a conocer los siguientes poemas: "Serenata", "El Desamor", "A una lágrima", "La Aroma", TINIS. Extracto de un poema titulado "Rosaura", poemas que aparecerían poco tiempo después en las *Rimas* (1837).

§§§

Título completo: *La Moda. Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres*

Leyenda y/o subtítulo: "¡Viva la Federación!"

Año de aparición y /o duración: 18/11/1837 a 21/04/1938

Lugar: Buenos Aires

Frecuencia: semanal

Números: 23

Imprenta: de la Libertad (hasta el nº 8); de la Independencia (Buenos Aires)

Formato: 4 pp., 2 cols., in 8°.

Redacción y/o Dirección: Juan Bautista Alberdi

Colaboradores: Carlos Tejedor, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Demetrio y Jacinto Peña, Rafael Jorge Corvalán, José Barros Pazos, Carlos Eguía, Manuel Quiroga de la Rosa

Editor responsable: Rafael J. Corvalán

Observaciones adicionales: A la izquierda del título, llevaba la leyenda: “Sale los sábados – Suscripción mensual – 4 pesos ejemplar 12 reales”, y a la derecha: “Véndese en esta imprenta, en casa de los señores Sastre, Steadman, Balcarce y Mompié”. El prospecto, donde toda publicación de la época exponía sus presumibles objetivos, declaraba: “Este papel contendrá: 1. Noticias continuas del estado y movimiento de la moda en trajes de hombres y señoras, en géneros, en colores, en peinados. 2. Una idea sucinta del valor específico y social de toda producción inteligente que en adelante apareciere en nuestro país, ya sea indígena o importada. 3. Nociones claras y breves, sin metafísica, al alcance de todos, sobre literatura moderna, sobre música, sobre poesía, sobre costumbres y muchas otras cosas cuya inteligencia fácil cubre de prestigio y de gracia la educación de una persona joven. En todo esto seremos positivos y aplicables. La literatura no será para nosotros Virgilio y Cicerón, será un modo de expresión particular, será las ideas y los intereses sociales”. Con *La Moda* Alberdi hizo famoso su seudónimo *Figarillo* –diminutivo del *Fígaro* del español Mariano José de Larra–, con el que trazaba sus diatribas satírico-burlescas en la sección denominada “Boletín cómico”.

§§§

Título completo: *El Iniciador*

Leyenda y/o subtítulo: “Periódico de todo y para todos”

Año de aparición y /o duración: 15/04/1938 a 01/01/1839

Lugar: Montevideo

Frecuencia: quincenal (días 1 y 15 de cada mes)

Números: 16 (Tomo I, 12 números; Tomo II, 4 números)

Imprenta: Oriental (Montevideo)

Formato: 24 pp., 2 cols., in 8°

Redacción y/o Dirección: Miguel Cané, Andrés Lamas

Colaboradores: Félix Frías, Esteban Echeverría, Florencio y Juan Cruz Varela, B. Irigoyen, J. B. Cúneo (un italiano emigrado a la costa uruguaya por pertenecer a una logia mazzinista) J. B. Alberdi, Juan María Gutiérrez, Carlos Tejedor, Rafael J. Corvalán.

Editor responsable: Miguel Cané

Observaciones adicionales: Aunque menos atado a esa política de “coquetería” con que Miguel Cané calificara al semanario de Alberdi y Corvalán, no por ello *El Iniciador* fue un periódico abiertamente combativo. Al contrario, en sus páginas predomina una prédica por los nuevos valores ciudadanos y por las nuevas ideas del romanticismo sin menciones casi a la política rosista. Cabe señalar que la autoría de los artículos del periódico se deduce de las inscripciones manuscritas realizadas por Miguel Cané sobre

el ejemplar de *El Iniciador* perteneciente a la Biblioteca Nacional. De esas referencias, transcriptas por Vedia y Mitre en la edición facsímil, se extraen los nombres de los colaboradores.

Todos los números llevaban el epígrafe “*Bisogna ripossi in via. Es necesario ponerse en camino*”. En *El Iniciador*, Alberdi difundió y continuó sus escritos satíricos suspendidos con el cierre de *La Moda*. Además del *Boletín Cómico* titulado “Cursos públicos. Enseñanza del Idioma”, reproducido en la presente antología, en *El Iniciador* se reeditan, o vuelven a publicarse, los *Boletines* de Alberdi-Figariello titulados “Los escritores nuevos y los lectores viejos” y “El Bracete”. Por su parte, Miguel Cané publicó dos narraciones ficticias breves: “Una Historia” (después conocida como *Marcelina*) y “Dos pensamientos” (número 1 del tomo II). En el último número del periódico (T. II, N° 4) se publicó el famoso *Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*, o *Palabras simbólicas*, redactado por Echeverría.

§§§

Título completo: *El Corsario*

Leyenda y/o subtítulo: “Periódico semanal, Compilador, Universal”

Año de aparición y/o duración: 01/03/1840

Lugar: Montevideo

Frecuencia: semanal (se publica los domingos)

Números: 6 (199 pp.)

Imprenta: de la Caridad (Montevideo)

Formato: 32 pp., 1 col., in 4°.

Redacción y/o Dirección: Juan Bautista Alberdi

Colaboradores: Juan María Gutiérrez

Editor responsable: Juan Bautista Alberdi

Observaciones adicionales: *El Corsario*, extraño periódico de combate tanto en el frente literario como en el político, tuvo corta vida: apenas un mes y medio. En su número inicial anunciaba: “Pensamos que el pueblo tiene sus gustos y su criterio político, literario, artístico, moral, y nosotros procuraremos seguir siempre el criterio y los gustos del Pueblo en todo sentido”. Y ofrecía asimismo una imagen, la de la piratería, que sería cara al Sarmiento de *El Progreso*: “Como su título lo deja ver desde luego, el *Corsario* vivirá principalmente del botín... la prensa oriental será el mar favorito de sus cruceros; la explotará en su provecho y en el provecho de todos, y llevará sus productos reunidos en las aduanas extranjeras”. Escrito mayormente en prosa, disponía sin embargo de buena cantidad de versos en casi todos los números. Publicaba partes de guerra (como los extractos del avance de Rivera en Yaguari, enero de 1840) así como folletines literarios; de hecho, tenía una sección denominada “Literatura romántica”; en ella se publicaron, entre otros, el folletín “Claudio Guex” de Victor Hugo y la novela *Judith o el Palco de la ópera*, de E. Scribe. En el número 4 se publica un índice con las materias de los primeros cuatro números.

§§§

Título completo: *El Talismán. Periódico de modas, literatura, teatro y costumbres*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y /o duración: 13/09/1840 a 17/12/1840

Lugar: Montevideo

Frecuencia: semanal

Números: 16 (196 pp. en total)

Imprenta: del Nacional

Formato: 12 pp., 2 cols.

Redacción y/o Dirección: Juan María Gutiérrez, José Rivera Indarte

Colaboradores: Adolfo Berro, Juan Bautista Alberdi, Bartolomé Mitre, Esteban Echeverría, Luis L. Domínguez, Miguel Cané (padre), José Mármol, José María Cantilo, César Díaz, Esteban Echeverría, Miguel de Irigoyen, Melchor Pacheco y Obes.

Editor responsable: Juan María Gutiérrez, José Rivera Indarte

Observaciones adicionales: *El Talismán* publicó una importante cantidad de textos literarios (algunos de ellos traducidos) y de crítica teatral (cuya sección, “Crónica de teatro”, aparecía fija en todos los números); además de los artículos reproducidos en esta antología, se destacan: “Literatura presente de la España” (Nº 1), “De las novelas” (Nº 8), “Educación de las jóvenes” (Nº 11), “De las imprentas y los imprenteros” (Nº 13). “Grosería de los poetas” (Nº 15).

§§§

Título completo: *El Nacional. Diario político, literario y mercantil*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y /o duración: 11/11/1838 a 31/07/1846 (segunda época)

Lugar: Montevideo

Frecuencia: diaria (menos feriados y domingos)

Números: 2281

Imprenta: Oriental, del Nacional

Formato: 4 pp., 2 cols., in fol.

Redacción y/o Dirección: Andrés Lamas, Miguel Cané (p.); Juan Bautista Alberdi (desde su fundación hasta mayo de 1839); José Rivera Indarte (desde octubre de 1839 hasta marzo de 1845); Francisco Agustín Wrigth y Manuel L. Acosta (desde septiembre de 1845, fecha del fallecimiento de Rivera Indarte, hasta julio de 1846)

Colaboradores: Juan Thompson, Félix Frías, Luis L. Domínguez, Bartolomé Mitre. Esteban Echeverría

Editor responsable: Andrés Lamas, Miguel Cané (p.), José Rivera Indarte (según los períodos señalados de redacción)

Observaciones adicionales: El periódico acumuló dos épocas en su existencia: la primera se extiende desde abril de 1835 hasta julio del año siguiente, cuando fue clausurado por orden de Oribe y su redactor, Andrés Lamas, exiliado al Brasil; la segunda ocurre entre octubre de 1838 y julio de 1846. Junto con *El Comercio del Plata*,

El Nacional fue uno de los periódicos de mayor relevancia política de la época en Montevideo; publicó sobre todo noticias, partes, comunicados y documentos oficiales, relativos a los combates entre Fructuoso Rivera y Manuel Oribe, las fuerzas aliadas de Montevideo y Juan Manuel de Rosas.

§§§

Título completo: *Revista del Plata*

Leyenda y/o subtítulo: “Diario político, literario, noticioso y mercantil”

Año de aparición y /o duración: 15/05/1839 a 21/08/1839

Lugar: Montevideo

Frecuencia: diaria (menos feriados y domingos)

Números: 78

Imprenta: de la Caridad

Formato: 4 pp., 3 cols., in folio

Redacción y/o Dirección: Juan Bautista Alberdi, Miguel Cané (p.), Juan María Gutiérrez

Colaboradores: Bartolomé Mitre, Juan María Gutiérrez

Editor responsable: Juan Bautista Alberdi, Miguel Cané (p.)

Observaciones adicionales: En general, predominan en *La Revista*... textos y temas de orden literario (aunque, como en todos los impresos de la época, los asuntos políticos permean asiduamente en sus páginas); de entre ellos, se publican poemas de Florencio Balcarce, de B. Mitre (uno en memoria precisamente del fallecido Balcarce), y reconocidos textos de Mariano José de Larra, como “Rápida ojeada sobre la historia e índole de la literatura española” (Nº 27) o “La polémica literaria” (Nº 48); desde el número 4 se publica en forma seriada la obra dramática de J. B. Alberdi, *La revolución de Mayo*.

§§§

Título completo: *El Plata Científico y Literario*

Leyenda y/o subtítulo: “Revista de los Estados del Plata sobre Legislación, Jurisprudencia, Economía-Política, Ciencias Naturales y Literatura”

Año de aparición y /o duración: 1854

Lugar: Buenos Aires

Frecuencia: bimensual

Números: 7 tomos

Imprenta: Imprenta de Mayo

Formato: 160 a 200 pp. por tomo, 2 cols., in fol.

Redacción y/o Dirección: Miguel Navarro Viola

Colaboradores: Miguel Cané (p), Juan María Gutiérrez, Marcelino Ugarte, José Barros Pazos, Manuel R. García, Manuel Pacheco y Obes, Vicente F. López, Federico Pinedo, José Roque Pérez, Tomás Guido, Domingo Parodi, Lucio V. Mansilla

Editor responsable: Miguel Navarro Viola

Observaciones adicionales: *El Plata Científico y Literario* es la primera revista cultural más o menos profesional que se publica en Buenos Aires (en efecto, tanto su frecuencia, como sus contenidos y formato inauguran un tipo de publicación específica, el de las revistas culturales), marcando el inicio de un recorrido que continuará con publicaciones como la *Revista de Buenos Aires* (1863-1871, 24 tomos), la *Revista del Río de la Plata* (1871-1877, 13 tomos), la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (1879-1882, 4 tomos) y la *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-1885, 13 tomos), editadas todas ellas por la imprenta de Carlos Casavalle.

§§§

Título completo: *El Mercurio de Valparaíso*

Leyenda y/o subtítulo: “Diario comercial, político y literario”

Año de aparición y/o duración: 1827

Lugar: Valparaíso

Frecuencia: miércoles y sábados (1827); diaria (desde 1830)

Números: Continúa en el presente. Hasta 1900 se publicó sólo en Valparaíso

Imprenta: Republicana (1827-1831) y Del Mercurio (1832 en adelante)

Formato: 4 pp., 3 cols., in folio (hasta el tomo 8º)

Redacción y/o Dirección: El fundador y primer redactor fue el general José Ignacio Zenteno. Desde aproximadamente 1838 hasta 1852, *El Mercurio* fue sucesivamente redactado por Pedro Félix Vicuña (padre de Benjamín Vicuña Mackenna), Ladislao Ochoa, Domingo Faustino Sarmiento, Miguel Piñero, Félix Frías, *Jotabeche* (José Joaquín Vallejo), Juan Bautista Alberdi, Demetrio Rodríguez Peña, Juan Carlos Gómez, Jacinto Chacón y Santiago Godoy.

Colaboradores: ---

Editor responsable: Wells (1827) – Pery Echart (1838) – Rivadeneira (1841) – Santos Tornero (1842 en adelante)

Observaciones adicionales: Sobre *El Mercurio* –considerado el más antiguo periódico de habla hispana en todo el continente– existe abundante bibliografía. Algunos de los clásicos trabajos referidos a este periódico son: Santos Tornero. *Reminiscencias de un viejo editor*, Valparaíso, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1889; José Peláez y Tapia. *Historia de El Mercurio*, Santiago de Chile, Talleres de El Mercurio, 1927; los sucintos ensayos de Ricardo Donoso aparecidos ese mismo año con el título “Veinte años de historia de *El Mercurio*” en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Vol. LIV, N° 58, 1927, pp. 331-388 y Vol. LV, N° 59, pp. 265-298.; y las páginas dedicadas por Raúl Silva Castro en *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)* (Ediciones Universidad de Chile, 1958), que ocupan el capítulo 3, titulado “Fundación y primeros años de ‘El Mercurio’”, pp. 127-167. Recientemente, producto de una investigación conjunta, Claudia Lagos editó el libro *El diario de Agustín: Cinco estudios de casos sobre El Mercurio y los derechos humanos (1973-1990)*, Santiago, LOM Ediciones, 2009, que indaga el rol del periódico bajo la dictadura de Pinochet; y con el mismo material se realizó seguidamente el documental *El Diario de Agustín* dirigido por

Ignacio Agüero –quien filmó los testimonios y más de cien entrevistas de los investigadores durante más de un año y medio.

§§§

Título completo: *Gaceta del Comercio*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y/o duración: 01/02/1842 a 17/03/1847

Lugar: Valparaíso

Frecuencia: diaria (menos domingos y feriados)

Números: 1572

Imprenta: del Comercio

Formato: 4 pp., 3 cols., in folio; a partir de 1843 se extiende a 4 cols.

Redacción y/o Dirección: Demetrio Rodríguez Peña, Vicente Fidel López, Juan José Cárdenas, Juan Nepomuceno Espejo

Colaboradores: Vicente Fidel López, Juan José Cárdenas

Editor responsable: ---

Observaciones adicionales: La *Gaceta del Comercio* es el primer periódico de Chile – y tal vez de la región– en incorporar a sus páginas la sección del folletín, lo cual ocurre en su edición n° 78, del 4 de mayo de 1842.

§§§

Título completo: *Revista de Valparaíso*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y/o duración: febrero-julio de 1842

Lugar: Valparaíso

Frecuencia: mensual

Números: 6

Imprenta: del Mercurio

Formato: 40 pp., 1 col., in 4°

Redacción y/o Dirección: Vicente Fidel López

Colaboradores: Juan María Gutiérrez, J. B. Alberdi

Editor responsable: Vicente Fidel López

Observaciones adicionales: Junto a una “Teoría de un sistema administrativo y económico para la República de Chile” que principió a publicarse en el primer número, la revista ofrecía algunas biografías (Dr. Francia, por ejemplo) y páginas literarias; entre ellas, a continuación del artículo “Clasicismo y romanticismo”, se publicó el poema “Ogaño y antaño” de J. M. Gutiérrez. En el número 6 –y último–, bajo el título de “Algunas vistas sobre la literatura Sud-americana”, se dio a conocer el Informe que escribiera J. B. Alberdi con motivo del Certamen poético realizado en Montevideo en 1841.

§§§

Título completo: *El Semanario de Santiago*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y /o duración: 14/07/1842 a 02/02/1843

Lugar: Santiago

Frecuencia: semanal

Números: 31

Imprenta: de la Opinión

Formato: 8 pp., 2 cols., in folio

Redacción y/o Dirección: Antonio García Reyes, Salvador Sanfuentes, José Victorino Lastarria, Francisco Bello, José Joaquín Vallejo (Jotabeche), Manuel Antonio Tocornal, Manuel Talavera (a cargo de la crítica teatral), Marcial González, Antonio Varas, Joaquín Prieto, José María Núñez (el “quidam”, discípulo de Andrés Bello, que terció en la polémica sobre la lengua con D. F. Sarmiento), Juan Nepomuceno Espejo (a cargo de la sección “Congreso Nacional”).

Colaboradores: ---

Editor responsable: ---

Observaciones adicionales: Con tipografía reducida, debajo del título, el periódico ostentaba dos leyendas acerca de los datos y condiciones de la publicación. A la izquierda se leía: “Se publica el jueves de cada semana. Se halla de venta en la esquina de D. Antonio Ramos plaza de la Independencia; en la de D. Martín Saldías contigua a esta imprenta, y en la librería de D. Santos Tornero en el puerto de Valparaíso”. Y a la derecha, las condiciones de suscripción, en estos términos: “Se reciben suscripciones en la Agencia de D. Dionisio Fernández en Santiago, y en la librería de Tornero en Valparaíso. Cada suscripción consta de seis números, puestos en casa de los suscriptores, e importa diez reales que se pagarán adelantados”. El periódico poseía determinadas secciones fijas, como las tituladas “Congreso Nacional”, destinada a pasar revista de los debates en la Cámara de diputados, sección que encabezaba cada número, y la dedicada a la crítica teatral (“Teatro”), que en general ocupaba las columnas de la última página. A pesar de ser una publicación nacida al calor de las nuevas ideas y de ciertos escritores jóvenes como J. N. Espejo, J. M. Núñez o J. V. Lastarria, *El Semanario* manifestó posiciones más bien conservadoras en términos estético-literarios. El mismo Lastarria cuenta, en sus *Recuerdos literarios* –cuyo notorio tejido tendencioso, vale aclarar, no quita veracidad a ciertos episodios, como este–, la influencia de Andrés Bello –y sus adláteres– en la redacción del periódico.

§§§

Título completo: *El Crepúsculo*

Leyenda y/o subtítulo: “Periódico literario y científico”

Año de aparición y /o duración: 01/06/1843 al 01/08/1844

Lugar: Santiago

Frecuencia: mensual

Números: 16

Imprenta: del Siglo

Formato: 40 pp., 1 col., in 4º

Redacción y/o Dirección: Francisco de Paula Matta

Colaboradores: José V. Lastarria, Hermógenes Irizarri, Jacinto Chacón, Juan y Carlos Bello, Francisco Bilbao, Francisco Solano Astaburuaga, Cristóbal Valdés, Santiago Lindsay, Andrés Bello, Mercedes Marín del Solar

Editor responsable: ---

Observaciones adicionales: Al decir de Bernardo Subercaseaux (1981), *El Crepúsculo* fue en verdad la primera revista literaria de Chile; y tanto su formato como su frecuencia así lo indican. Los contenidos mayormente responden a intereses literarios – en *El Crepúsculo* se publicó el que aún hoy sigue siendo considerado primer cuento de la narrativa chilena, esto es, el breve relato titulado “Jorge”, de Santiago Lindsay; también el relato “El mendigo” de J. V. Lastarria, el poema “El occidente”, traducción de Lamartine por Andrés Bello, y el poema “Elena y Eduardo. Leyenda chilena” de su hijo Juan, entre otros. El periódico fue clausurado a raíz de la aparición en su número dieciséis (agosto de 1843) del ensayo “Sociabilidad chilena”, de Francisco Bilbao.

§§§

Título completo: *El Mosaico*

Leyenda y/o subtítulo: “Periódico semanal de ciencias, literatura y bellas artes”

Año de aparición y/o duración: 14/06/1846 a 30/08/1846

Lugar: Santiago

Frecuencia: semanal

Números: 12

Imprenta: del Teatro

Formato: 8 pp., 2 cols., in folio

Redacción y/o Dirección: Vicente Pérez Rosales, Hermógenes Irizarri, Manuel Blanco Cuartín, José Luis Borgoño

Colaboradores: ---

Editor responsable: ---

Observaciones adicionales: En el prospecto, entre otras cosas, se anunciaba: “Las modas, las poesías, las novelas, y todo lo que puede ser agradable al bello sexo, tendrá su lugar escogido en nuestro periódico”. Más adelante, demostrando cierta versatilidad comercial, los redactores agregaban: “Se compondrá nuestra publicación periódica, que aparecerá todos los domingos, de ocho hojas de impresión en todo semejantes a las que ofrecemos en este prospecto, de cuyas ocho, las cuatro primeras contendrán el periódico y las cuatro últimas formarán una entrega de la publicación de alguna comedia o drama que haya sido compuesto o traducido en Chile, la que será foliada separadamente para que pueda encuadernarse aparte cuando concluya la impresión”.

§§§

Título completo: *Revista de Santiago*

Leyenda y/o subtítulo: ---

Año de aparición y /o duración: abril de 1848 a 1849

Lugar: Santiago

Frecuencia: quincenal

Números: 3 tomos (más de 400 pp. por tomo)

Imprenta: Chilena

Formato: in 4º

Redacción y/o Dirección: José Victorino Lastarria

Colaboradores: Cristóbal Valdés, Marcial González, Miguel Luis Amunátegui, Guillermo Blest Gana, Andrés Bello, Ramón Briseño, Juan Bello, Joaquín Blest Gana, Eusebio Lillo, Jacinto Chacón, Santiago Lindsay, Hermógenes Irizarri, Gregorio Víctor Amunátegui, Santiago Arcos, Francisco Fernández Rodella, Antonio Torres, Francisco de Paula y Guillermo Matta

Editor responsable: ---

Observaciones adicionales: Así describía el redactor de la revista los objetos a tratar: “Al enunciar nuestro propósito no queremos absolutamente hacer en detalle una ostentación inútil de los asuntos que deberán ocuparnos; pero, en cuanto penda de nosotros, procuraremos empeñosamente corresponder con nuestras producciones a las esperanzas del público que lee; consignaremos en la REVISTA los últimos resultados de las ciencias, de la literatura y de las artes que estén a nuestros alcances; y tendremos en ella un eco de la cultura intelectual de nuestra sociedad, independiente de los intereses y de las pasiones mezquinas que tan a menudo la desfiguran”. Y agregaba: “La REVISTA se publicará el día 15 de cada mes en un cuaderno de 80 páginas de la dimensión de este prospecto, y contendrá no solamente artículos sobre cuestiones científicas abstractas, sino también sobre todas aquellas que correspondan al desarrollo de los intereses de Chile y de la América”.

§§§

Título completo: *La Semana*

Leyenda y/o subtítulo: “Revista noticiosa, literaria y científica”

Año de aparición y /o duración: 21/05/1859 a 09/06/1860

Lugar: Santiago

Frecuencia: semanal

Números: 49 (repartidos en 2 tomos)

Imprenta: del Correo

Formato: 16 pp., 2 cols., 4º mayor

Redacción y/o Dirección: Justo y Domingo Arteaga Alemparte

Colaboradores: Guillermo Matta, Miguel Luis y Víctor Gregorio Amunátegui, Diego Barros Arana, Joaquín, Guillermo y Alberto Blest Gana, Manuel Carrasco Albano, Marcial González, Hermógenes Irizarri, José V. Lastarria, Martín José Lira, José Pardo, Vicente Reyes, Ramón Sotomayor Valdéz, Ignacio Zenteno, Demetrio Rodríguez Peña. Manuel José Cortés

Editor responsable: Justo y Domingo Arteaga Alemparte

Observaciones adicionales: En *La Semana* se publicaron varios reconocidos textos de A. Blest Gana –además del aquí compilado “De los trabajos literarios en Chile”, la novelita *Un drama en el campo*, por ejemplo–; de José V. Lastarria –como su relato histórico *Don Guillermo*, publicado en entregas a partir del número 35, del 3 de marzo de 1860–; de los hermanos Amunátegui –en particular, cabe recordar las entregas de sus trabajos críticos sobre poetas hispanoamericanos, que recolectados obtendrán un premio de la Universidad de Chile, para ser publicados en volumen con el título: *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*–; y otros ensayos críticos de cierta relevancia, como los artículos de Joaquín Blest Gana acerca de la poesía de Guillermo Matta, o el extenso trabajo de Demetrio Rodríguez Peña, leído en el Círculo de Amigos de las Letras y publicado luego en entregas en el periódico: “De la literatura chilena. Su nacionalidad. Su carácter y su influencia en el progreso y felicidad del país, o sea De la Literatura Chilena, considerada en sus fuentes, y en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de su nacionalidad e influir en el progreso y felicidad del país” (ver reedición y comentarios de ese trabajo en Pas 2012: 161-180).

§§§

Título completo: *El Correo Literario*

Leyenda y/o subtítulo: “Periódico político, literario, industrial y de costumbres. ILUSTRADO.”

Año de aparición y/o duración: 18/07/1858 a 11/12/1858 (primera época)

Lugar: Santiago

Frecuencia: semanal

Números: 22

Imprenta: del Conservador

Formato: 12 pp., 2 cols., 4º mayor, más 70 láminas de ilustraciones

Redacción y/o Dirección: José Antonio Torres

Colaboradores: Antonio Smith, José Victorino Lastarria, Justo Arteaga Alemparte, Guillermo Matta, Diego Barros Arana, Bartolomé Mitre, Benjamín Vicuña Mackenna, Martín José Lira, Guillermo Blest Gana, Bonifacio Díaz Gana, Manuel Matta, Alberto Blest Gana, Manuel Bilbao

Editor responsable: José Antonio Torres

Observaciones adicionales: El periódico, primera publicación con ilustraciones caricaturescas en Chile, acumula en total 3 épocas: 1858 (22 números); 1864-65 (28 números); y 1867 (3 números). Aquí nos ocupamos solamente de la primera. Cada número iba acompañado de algunas caricaturas (realizadas por Antonio Smith), que referían a motivos del orden político interno. Sobre éstas se decía lo siguiente en el primer número: “Cuatro caricaturas que representan cada una de ellas una idea y con las que queremos manifestar a los susceptibles, que este género nuevo entre nosotros, sólo puede inquietar a lo lesos” (Nº 1, p. 12, col. 2). En *El Correo*... Alberto Blest Gana publica su famosa obra de teatro *El jefe de la familia*.

Bibliografía

Bibliografía citada

- Amunátegui, M. Luis y G. Víctor, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- Bosch, Mariano G., *Historia de los orígenes del Teatro Nacional Argentino y la época de Pablo Podestá*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1969 [1º edición: Talleres L. J. Rosso, 1929]
- Cánepa Guzmán, Mario, *Historia del teatro chileno*, Santiago de Chile, Editorial Universidad Técnica del Estado, 1974.
- Durán Cerda, Julio, *El movimiento literario de 1842. Volumen I: textos*, Santiago, Editorial Universitaria, 1957
- Echagüe, Juan Pablo *Teatro Argentino (Impresiones de teatro)*, Editorial América, Madrid, 1917
- Freire López, Ana María, *El teatro español entre la Ilustración y el Romanticismo. Madrid durante la Guerra de la Independencia*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana, Vervuert, 2009.
- Gramuglio, María Teresa, “El buen salvaje no existe. (Para una relectura comparativa de dos textos románticos)”, mimeo.
- Gramuglio, María Teresa, “Literatura argentina y literaturas europeas: Aproximaciones a una relación problemática”, en *CELEHIS*, año 13, nº 16, 2004
- Gutiérrez, Juan María, *Archivo. Epistolario*. Tomo I, Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación, 1979.
- Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, México, Gustavo Gili, 1986.
- Jitrik, Noé, “Soledad y urbanidad. Ensayo sobre la adaptación del romanticismo en la Argentina”, *Ensayos y estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1970.
- Laforge, Jorge (Selección, notas y cronología), *Teatro rioplatense (1886-1930)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977
- Lastarria, José V., *Recuerdos literarios*, Santiago de Chile, Librería de M. Servat, 1885.
- Martino, Luis Marcelo, ¿“Guerra de los diarios” o “rencillas de escuela”? *Crónica de una polémica en la prensa uruguaya de 1840*, Cuadernos Artesanos de Latina, Universidad de La Laguna, Tenerife, 2012. Acceso digital en: <http://issuu.com/revistalatinadecomunicacion/docs/cal31martino>
- Mayer, Jorge M. y Ernesto A. Martínez (comps.), *Cartas inéditas a Juan María Gutiérrez y a Félix Frías*, Buenos Aires, Luz del Día, 1953.
- Morales, Ernesto (ed.), *Epistolario de Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires: Instituto Cultural Joaquín V. González, 1942.
- Moretti, Franco, “Conjectures on World Literature”, *New Left Review*, Jan-Feb. 2000.
- Ordaz, Luis, *El teatro en el Río de la Plata. Desde sus orígenes hasta la actualidad*, Buenos Aires, Futuro, 1946 [2º edición corregida y aumentada: Buenos Aires, Leviatán, 1957].
- Pas, Hernán (edición, compilación y estudio preliminar), *El Recopilador. Museo Americano*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2013.
- Peña M., Nicolás (comp.), *Teatro dramático nacional*. Tomo I, Santiago de Chile, Imprenta Barcelona, 1912
- Pereira Salas, Eugenio, *Historia del teatro en Chile: desde sus orígenes hasta la muerte de Juan Casacuberta 1849*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1974.

- Picard, Roger, *El romanticismo social*, México-Buenos Aires, FCE, 1947.
- Pinilla, Norberto, *La controversia filológica de 1842*, Santiago, Universidad de Chile, 1945
- Pinilla, Norberto, *La generación chilena de 1842*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1943.
- Pinilla, Norberto, *La polémica del romanticismo en 1842 (V. F. López, D. F. Sarmiento, S. Sanfuentes)*, Buenos Aires, Ed. Americalee, 1942,
- Prieto, Adolfo *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996; FCE, 2003.
- Rama, Ángel, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982.
- Rodó, José Enrique, "Juan María Gutiérrez y su época", en *Obras completas*, introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1957.
- Schwarz, Roberto, "As idéias fora do lugar", *Ao vencedor as batatas*, Sao Paulo, Duas Cidades, 1977.
- Serrano, Sol, "Emigrados argentinos en Chile (1840-1855)", en Esther Edwards (comp.), *Nueva mirada a la historia*, Santiago de Chile, 1996.
- Sgard, Jean, "La multiplication des périodiques", en Roger Chartier et Henri-Jean Martin, *Histoire de l'édition française, II. Le livre triomphant, 1660-1830*, Paris, Fayard/Promodis, 1990.
- Subercaseaux, Bernardo, *Historia del libro en Chile (Alma y Cuerpo)*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1993.
- VVAA, *La Moda*. Edición facsimilar, Academia Nacional de la Historia, Prólogo y notas de José A. Oría, Buenos Aires, Kraft, 1938.
- VVAA, *El Iniciador*. Edición facsimilar, Academia Nacional de la Historia, estudio preliminar de Mariano de Vedia y Mitre, Buenos Aires, Kraft, 1941.
- Watt, Ian, *The Rise of the Novel. Studies in Defoe, Richardson and Fielding*, London, Penguin Books Ltd., 1968, p. 53.
- Weinberg, Félix, *Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución*, Buenos Aires, Taurus, 2006.
- Weinberg, Félix, "Juan Cruz Varela, crítico de la literatura nacional", *Boletín de Literatura Argentina*, Universidad Nacional de Córdoba, año 1, n° 1, 1964.
- Zinny, Antonio, *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída de Rosas*, Buenos Aires, Imprenta del Plata, 1869.

Bibliografía específica

Las fichas técnico-bibliográficas fueron realizadas consultando, además de las mismas fuentes periódicas, la siguiente bibliografía específica:

- Anrique, Nicolás. 1904. "Bibliografía de las principales revistas y periódicos de Chile", *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo CXV, Santiago.
- Arrieta, Rafael Alberto. 1955. *La ciudad y los libros. Excursión bibliográfica al pasado porteño*, Buenos Aires, Librería Del Colegio, Editorial Sudamericana.
- Auza, Néstor Tomás. 1978. *El periodismo de la confederación. 1852-1861*, Buenos Aires, Eudeba.
- Auza, Néstor. 1988. *Periodismo y feminismo en la Argentina (1830-1930)*, Buenos Aires, Emecé.

- Auza, Néstor. 2004. "Estudio preliminar" a *La Aljaba. Dedicada al bello sexo argentino, 1830-1831*. Edición facsímil del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, pp. 13-28.
- Beltrán, Oscar. 1943. *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Sopena Argentina.
- Briseño, Ramón. 1965. [1862 y 1879]. *Estadística bibliográfica de la literatura chilena: 1812-1876: impresos chilenos, publicaciones periódicas*, Tomo I (1812-1859) y Tomo II (1860-1876), Estudio preliminar de Guillermo Feliú Cruz, edición facsimilar de la Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.
- Buonocore, Domingo. 1973 [1944]. *Libros, editores e impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino*, Buenos Aires, Bowker Editores.
- Campbell, Margaret V. 1962. "The Chilean Press. 1823-1842", en: *Journal of Inter-American Studies*, Coral Glabes, Florida, Vol. IV, N° 4, October, pp. 545-555.
- Chartier, Roger et Henri-Jean Martin (dirs.). 1990. *Histoire de l'édition française. Le temps des éditeurs*. Tomo III, Paris, Fayard/ Promodis.
- Donoso, Ricardo. 1927. "Veinte años de historia de *El Mercurio*", Vol. LIV, N° 58, 1927, pp. 331-388; Vol. LV, N° 59, pp. 265-298.
- Fernández, Juan Rómulo. 1943. *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Perlado.
- Fernández y Medina. 1900. *La imprenta y la prensa en el Uruguay desde 1807 a 1900*, Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes.
- Galván Moreno, Carlos. 1944. *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Claridad.
- Lapido, Graciela y Spota B. 1976. *The British Packet. De Rivadavia a Rosas*, Buenos Aires, Solar/Hachette.
- Martínez Baeza, Sergio. 1982. *El libro en Chile*, Santiago, Biblioteca Nacional.
- Moreno, Galván. 1944. *El periodismo argentino*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- Peláez y Tapia, José. 1927. *Historia de El Mercurio*, Santiago de Chile, Talleres de El Mercurio.
- Piwonka Figueroa, Gonzalo. 2000. *Orígenes de la Libertad de prensa en Chile: 1823-1830*, Santiago de Chile, RiL Editores.
- Quesada, Ernesto. 1883. "El periodismo argentino (1877-1883)", en: *Nueva Revista de Buenos Aires*, Año III, Tomo IX, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, C. Casavalle, pp. 72-101.
- Silva Castro, Raúl. 1958. *Prensa y periodismo en Chile, 1812-1956*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.
- Tornero, Santos. 1889. *Reminiscencias de un viejo editor*, Valparaíso, Imprenta de la Librería del Mercurio.
- Valdebenito, Alfonso. 1956. *Historia del periodismo chileno*, Santiago de Chile, Círculo de la Prensa de Valparaíso.
- Weinberg, Félix. 1957. "El periodismo en la época de Rosas", en: *Revista de Historia*, Buenos Aires, N° 2.

- Zinny, Antonio. 1868. *Efemeridografía Argiroparquiótica o sea de las provincias argentinas*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- Zinny, Antonio. 1869. *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída de Rosas*, Buenos Aires, Imprenta del Plata.
- Zinny, Antonio. 1883. *Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay, 1807-1852*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Casavalle Editor.

Nota sobre el editor

Hernán Pas es Doctor, Licenciado y Profesor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), donde trabaja como docente en la cátedra de Literatura Argentina I, e investigador del CONICET. Ha publicado varios artículos sobre literatura y prensa del siglo diecinueve en revistas especializadas, tanto nacionales como extranjeras (*Mapocho*, *Revista Chilena de Literatura*, *Estudios*, *Varia Historia*, entre las últimas). Es autor de los libros *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)* (2008) y *Sarmiento, redactor y publicista. Con textos recobrados de El Progreso (1842-1845) y La Crónica (1849-1850)* (2013). Preparó y compiló la reedición del periódico porteño *El Recopilador* (1836) para la colección Reediciones & Antologías de la editorial de la Biblioteca Nacional y coordinó el dossier "Literatura, prensa periódica y público lector durante la primera mitad del siglo XIX en Sudamérica (Venezuela, Chile, Río de la Plata y Brasil)", publicado en *Estudios*, Caracas, Vol. 18. N° 36 (2010). Desde el 2007, pertenece al Consejo de Redacción de *Katatay. Revista crítica de literatura latinoamericana*.